FERNANDO MAÑÉ GARZÓN
RICARDO POU FERRARI

JUAN B. MORELLI

EN LA HISTORIA DE LA MEDICINA URUGUAYA

MONTEVIDEO
2004

Fernando Mañé Garzón nació en Montevideo en 1925. Cursó sus estudios en la Universidad de la República y se recibió de médico en 1954, luego de haber sido Practicante Interno de los Hospitales (1952-1955). Adquirió paralelamente una sólida formación biológica, iniciada ya en su adolescente en el entonces Laboratorio de Ciencias Biológicas junto a los iniciadores de la investigación biológica en el Uruguay: Ergasto H. Cordero, Clemente Estable y Francisco A. Sáez. Cursó estudios de perfeccionamiento en París en las clínicas de Robert Debré y Maurice Lamy y en biología general y zoológica en el Laboratorio de Etres Organisés de la Facultad de Ciencias de París. Realizó toda la carrera docente en la Facultad de Medicina, siendo Profesor Titular de Clínica Pediátrica.

Ha sido el creador de la Genética Clínica en el país, creando un grupo de trabajo e investigación, concretado en la publicación de numerosos trabajos. Ha publicado 350 trabajos de investigación en clínica pediátrica, genética clínica, neonatología y endocrinología. Fue Jefe de Pediatría de la DGSS del CASMU y sigue actuando como consultante de Pediatría en numerosas entidades asistenciales. Es Profesor Emérito de la Facultad de Medicina, Miembro Titular de la Academia Nacional de Medicina y de la Academia Riale de Medicina de Catalunya. Fue Profesor de la Facultad de Humanidades y Ciencias, donde fue Director y Profesor Titular de Zoología.

Vocacionalmente motivado por la Historia de la Ciencia, dirige el departamento de Historia de la Medicina de esa Facultad. Ha publicado más de cien trabajos de investigación en biología, sistemática, filogenética y experimental y en genética de poblaciones.

Es autor entre otros libros: Pedro Visca, Fundador de la Clinica Médica en el Uruguay (2 vol., 1983); Vilardebó, Primer médico uruguayo (1989); Un Siglo de Darwinismo (1990); Federico Susviela Guarch, primer patólogo uruguayo (1992); Enrique M. Estrázulas, primer pediatra uruguayo, pintor y amigo de José Martí (1993); El Gringo de Confianza, Memorias de un médico alemán en Montevideo (1993); ¡No es para tanto mi tío! Vida del Doctor Henrique Muñoz (1995); Memorabilia, una introducción a la pediatría (1996); Historia de la Ciencia en el Uruguay (2 vol., 1996); El Glorioso Montevideano. Vida y Obra del Doctor José M. Pérez Castellano (1742-1815) (3 vol., 1999-2003); Historia de la Fisiología en el Urugüay (2001); Publicaciones médicas uruguayas de los siglos XVIII y XIX (2001); Metahistoria, Entorno a una Anécdota Ejemplar (en colaboración con Mario Berta, 2003); Historia de la Cirugía de Urgencia en el Uruguay (2004); Historia de la Ciencia en el Uruguay, vol. III (2004).

FERNANDO MAÑÉ GARZÓN
RICARDO POU FERRARI

JUAN B. MORELLI

EN LA HISTORIA DE LA MEDICINA URUGUAYA

MONTEVIDEO
2004

Impreso en:

el toboso s.r.l.

Gabriel A. Pereira 3245.
11300 - Montevideo, Uruguay.
Tel.: 707 8161.

Abril de 2004.

Depósito Legal Nº 331.509/04.

ISBN: 9974-39-650-6

PRÓLOGO

El propósito de realizar un estudio biográfico del Profesor Doctor Juan B. Morelli (1868–1947) surgió en los autores inducidos por los nietos de éste, en quienes, en ejemplar tradición familiar, persiste vivo el recuerdo de esa fascinante personalidad de nuestra cultura.

A esto contribuyó con particular importancia el hecho que se nos facilitara el archivo que conserva todo lo referente a la vida y obra de Morelli, el que incluye su actuación política, así como datos sobre su familia y la de su esposa Rosa Mackinnon Algorta de Morelli.

En tesonero trabajo que se ha extendido durante casi un año, fuimos reuniendo otros documentos, así como copias de todos los trabajos de intención docente o de divulgación y sobre todo aquellos dedicados a la investigación clínica, particularmente a la patología clínica y tratamiento de la tuberculosis pulmonar.

Es nuestro propósito hacer un estudio completo del legado científico, cultural, social y docente de esta figura realmente excepcional, así como poner de manifiesto algunos aspectos de la evolución de nuestra medicina.

Agradecemos especialmente a la familia Morelli Mackinnon el habernos acercado, como ya hemos dicho, el archivo que conservan de Juan B. Morelli, así como algunas comunicaciones personales. A la Asistente del Departamento de Historia de la Medicina, Br. Sandra Burgues Roca por su constante y valiosa colaboración. A la Biblioteca de la Facultad de Medicina, Directora Stella Launy y Amelia Urán y al servicio de fotocopias de la misma Facultad. Al Dr. Augusto Soiza Larrosa por el valioso capítulo sobre la actuación política de Juan B. Morelli. Finalmente a Teodelina Mañé Lezica de Harley, Lecticia Oliveira, María Laura

Ferrara Piegas de Ferreira y Dora Garra Rossi por la esmerada labor de ubicación de documentos y secretaría general.

Corresponde también agradecer en forma muy destacada a la Señora Elvira Iglesias Puig de Voulminot y familia la invitación a visitar la estancia Arazatí, donde fue asistida Ana Amalia Batlle Pacheco, así como a la senadora Julia Pou de Lacalle las constancias de la actuación de Juan B. Morelli en el Senado de la República.

Nos complace que este libro sea editado al cumplirse los cien años de la Revolución de 1904 y en particular de la batalla de Tupambaé, en la que Morelli tuvo destacada actuación médica.

INTRODUCCIÓN

En la evolución histórica de la medicina nacional, Juan B. Morelli (1868–1947), ocupa un lugar tan propio y especial que para tener un justo concepto de ello, se hace necesario concretar en forma monográfica su prolongada, laboriosa, sabia y original labor.

La medicina clínica de gravitación académica se inicia, bien lo podemos afirmar, con el acceso de Pedro Visca (1840–1912) a la cátedra de Clínica Médica de nuestra Facultad de Medicina en 1885. Graduado en la Facultad de Medicina de París en 1871, fue Interno en los Hospitales de París, trajo a nuestra incipiente ciencia médica, cursada, estudiada y ejercida, una base tan sólida como fecunda. Ello permitió que varias de nuestras jóvenes generaciones de médicos se formasen en torno a él, en una docencia tanto empírica como teórica, que desde el pie de la cama de los pacientes emprendía generosa, afable en atrayente discurso la prueba semiológica, la sistemática analítica de la síntesis diagnóstica.

Podríamos contar numerosos alumnos, muchos de ellos verdaderos discípulos, que llevaron a sus vidas profesionales aquel saber erudito y humanista. Pero es de rigor destacar entre ellos, sin desmerecer a nadie, a: Luis Morquio (1868–1935), Juan B. Morelli (1868–1947) y Américo Ricaldoni (1868–1928).

Sin dejar de darle el lugar relevante que le corresponde, la clínica médica era cultivada con un nivel de excelencia similar por Francisco Soca (1856–1922), cautivante personalidad que colmó el entusiasmo de sus jóvenes alumnos, armonizando en su entorno otra escuela clínica, que sin rivalizar con la de Pedro Visca, hacia valer con mayor actualidad generacional, los nuevos descubrimientos aportados por la medicina fecundada por una tecnología en progresivo avance, la que sin embargo cursó por caminos y ritmos asaz diferentes.

Paralelamente a la medicina interna se desarrolló durante los mismos períodos la clínica quirúrgica en la que desde su inicio académico con José Pugnalini (1840–1900), fue adecuada y talentosamente proseguida por Alfonso Lamas (1867–1955), Luis Pedro Lenguas (1862–1932) y Juan Francisco Canessa (1868–1939). A esta escuela de raíz vernácula vino a sumarse la que a partir de 1895 impartió Alfredo Navarro (1865–1951).

Hacia el comienzo del siglo XX, se van perfilando las especialidades clínicas más importantes: la Otorrinolaringología, creada la cátedra por Manuel Quintela (1868–1927), la clínica Psiquiátrica por Bernardo Etchepare (1867–1925), la clínica Oftalmológica por Albérico Isola (1857–1933), la Ginecológica por Enrique Pouey (1857–1938), Luis P. Bottaro (1868–1947), Juan Pou y Orfila (1875–1947) y Augusto Turenne (1867–1948).

Así se perfila la medicina al entrar en acción la generación del 900 de la que Morelli formó parte sustancial. Es por lo tanto necesario ya contar con estudios biográficos completos de este período tan crucial de nuestra ciencia médica. Si bien existen monografías sobre esos tres grandes clínicos del 900, Morquio, Morelli y Ricaldoni, ellos son sin excepción, semblanzas o elogios muy encomiables por cierto, pero que no dan en forma explícita y total la representatividad científica local e internacional a cada uno de ellos.

Al iniciar el estudio metódico de la personalidad de Morelli, nos fuimos dando cuenta del lugar especial y señero que tuvo y por consecuencia tiene en la égida de la ciencia uruguaya en aspectos aún poco puestos de relieve, en especial aquellos que tratan la importancia de las ciencias básicas (anatomía patológica, bacteriología, fisiología, epidemiología, medicina social, etc.). Esta formación básica de Morelli, el único de su generación que la cultivó, lo llevó a concretar su esfuerzo en la enfermedad más maligna y temida de la primera mitad del siglo XX, la tuberculosis, al tratamiento de la cual y con sus propias palabras, dedicó lo mayor y mejor de su tiempo. La tisiología fue su obsesión diagnóstica, clínica y terapéutica, la que fue luego el fundamento de la neumología y de la cirugía de tórax.

En forma no menos detallada y entusiasta, trataremos la actuación política de Morelli, Morelli el revolucionario de 1897 y 1904, el miembro activo y considerado del Partido Nacional, cuyo Directorio integró reiteradas veces, su comprometida labor parlamentaria desde el Senado de la República del que formó parte durante quince años, en la que manifestó una constante preocupación por la cultura y la salud.

No dejaremos por último de trazar la trayectoria espiritual de nuestro sabio, que con la lucidez de su inteligencia y la responsabilidad de su conciencia adhirió a las filas confesionales de la religión católica. Tocado por la fe, y estimulado por sus estudios filosóficos y teológicos que lo llevaron a difundir su creencia, practicando con el ejemplo de su vida volcada al bien y la tolerancia.

Capítulo I

LA GENERACIÓN MÉDICA DEL 900

I

Una generación está integrada por individuos nacidos alrededor de la misma fecha, que viven sus años de formación bajo la influencia de un ambiente espiritual y que, con diferencias propias de sus variadas vocaciones y personalidades, desarrollan un proyecto de vida que les es peculiar.

José Ortega y Gasset[1] insistió en la conveniencia de encarar la historia según el criterio generacional y no desde una perspectiva meramente genealógica. Si bien cada generación es hija o heredera de todas las que la anteceden, también coincide e interactúa con otras. Señala la diferencia entre contemporáneos y coetáneos. Ambos conviven en un mismo espacio y momento histórico. Los primeros cohabitan en él, sean o no coetáneos. Los segundos, cuando integran una generación, adhieren a una concepción del hombre, del mundo y del porvenir; tienen un proyecto en común, una ideología.

La duración de cada generación, establecida en quince años por Ortega, es algo arbitraria y discutible, pero sirve para pensar la historia, que de por sí es una realidad compleja y cambiante. Por excepción, algunos individuos alcanzan prematuramente la madurez y otros se mantienen vigentes por períodos más prolongados.

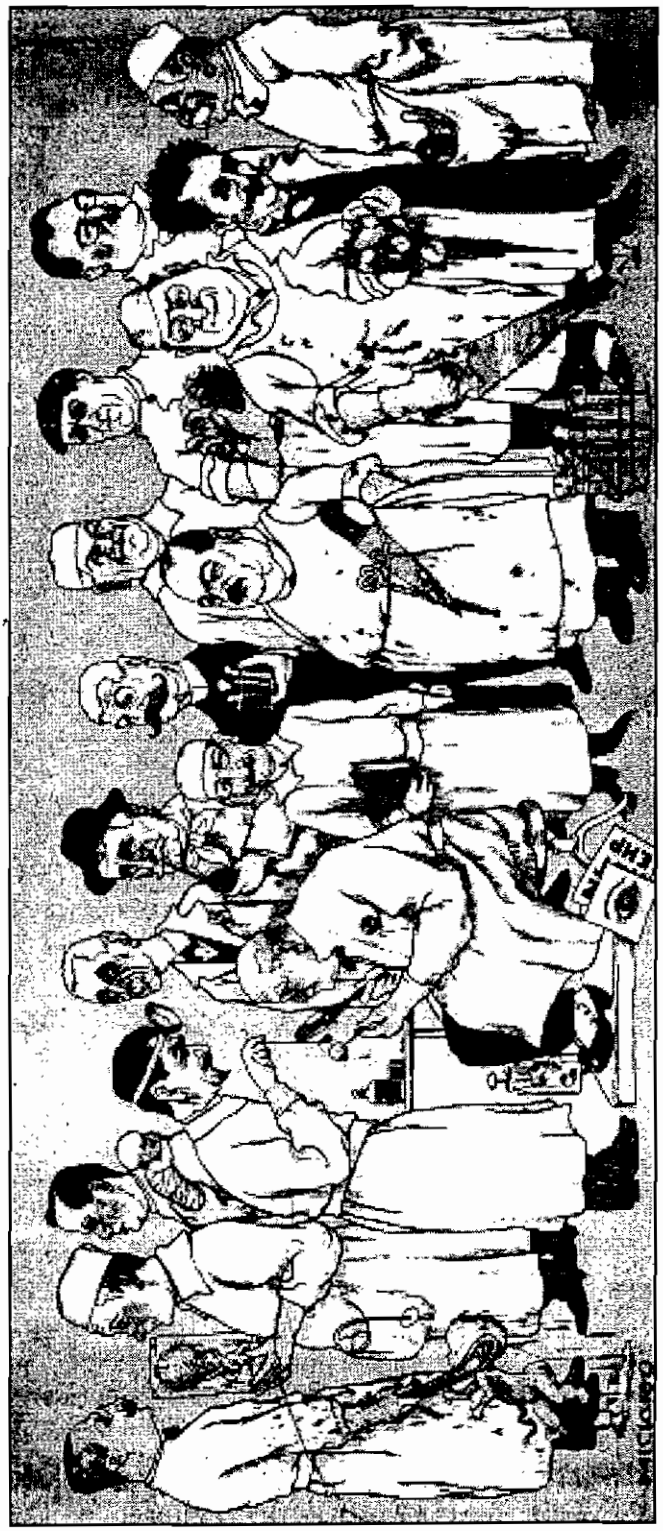


Figura 1

Caricatura de los médicos del 900 por Miciano, 1925.

De izquierda a derecha: Augusto Turenne, Juan Pou y Orfila, Héctor García San Martín, Ernesto Quintela, Albérico Isola , ¿?, Elías Regules, Américo Ricaldoni, Francisco Caffera, Alfonso Lamas, Manfiuel B. Nieto, José Iraola, Juan Francisco Canessa, , ¿?, Alfredo Navarro, Juan B. Morelli.

II

Hemos denominado generación médica del 900 al conjunto de profesionales que llegan al acmé de su actuación casi simultáneamente. Los más representativos son: Gerardo Arrizabalaga (1869–1930), Luis P. Bottaro (1868–1947), Juan Francisco Canessa (1868–1939), Bernardo Etchepare (1869–1925), Alfonso Lamas (1867–1955), Luis Pedro Lenguas (1862 – 1932), Arturo Lussich (1872–1966), Luis Mondino (1867–1957), Juan B. Morelli (1868–1947), Luis Morquio (1867–1935), Alfredo Navarro (1868–1951), Juan Pou y Orfila (1875–1947), Manuel Quintela (1865–1928), Elías Regules (1860–1929), Américo Ricaldoni (1867–1928), Augusto Turenne (1868–1947) y Alfredo Vidal y Fuentes (1863–1926) (fig. 1).

La corriente de pensamiento que identifica a esta generación médica se inscribe en un ambiente filosófico, estético y literario, cuyos representantes son: Samuel Blixen (1868–1910), Roberto de las Carreras (1873–1961), Juan Manuel Ferrari (1874–1916), Pedro Figari (1861–1938), Eduardo García de Zúñiga (1867–1951), Luis A. de Herrera (1873–1959), Carlos María Herrera (1875–1914); Julio Herrera y Reissig (1875–1910), José Irureta Goyena (1874–1947), Enrique Legrand (1861–1936), Daniel Martínez Vigil (1867–1940), Carlos Martínez Vigil (1870–1949), Víctor Pérez Petit (1871–1947), Horacio Quiroga (1878–1937), Carlos Reyles (1868–1938), José Enrique Rodó (1871–1917), Carlos Roxlo (1861–1926), Florencio Sánchez (1875–1910), Carlos Federico Sáez (1877–1901), Luis Sambucetti (1860–1926), José Serrato (1868–1960), Gabriel Terra (1871–1942), Carlos Vaz Ferreira (1872–1958), María Eugenia Vaz Ferreira (1878–1924) y Javier de Viana (1868–1926). (2)

III

A efectos de trazar el perfil de los médicos del 900, se pueden apreciar algunos aspectos comunes. Todos ellos hicieron su formación coincidiendo con el inicio de la universidad positivista, representada por la prédica de Alfredo Vásquez Acevedo (1844–1923). Esta figura señera, que fue Rector en tres períodos (1880–1882, 1884–1893, 1895–1899), fue elocuentemente caracterizada por Morelli:

El primero en llegar y el último en salir de la Universidad, al corriente del funcionamiento de las clases y de las lecciones dictadas, como cualquier estudiante; conociendo el movimiento de la caja tanto como el tesorero; la biblioteca como el bibliotecario, habría podido decir con toda justicia, parodiando la frase de Luis XIV: «La Universidad soy yo». (3)

El 14 de julio de 1885 se promulga la Ley Orgánica de la Universidad, en sustitución de la de 1849 que, con algunos ajustes introducidos en 1889, debería regir la institución hasta 1908. Si se quisiera definir esta etapa de la Universidad,

podría adoptarse el lema *«Instruir y educar»*[4], con el que esta institución destaca, como objetivo docente, no sólo el de otorgar títulos académicos, sino el de formar intelectualmente a los estudiantes con un bagaje filosófico que les permita asumir los distintos problemas con los que van a enfrentarse en su vida profesional. El segundo y tercer rectorado de Vásquez Acevedo implicaron la consagración del positivismo filosófico, conmoción ideológica que Arturo Ardao ha calificado como *«fenómeno único y emocionante de la historia de nuestra cultura»*.[5] En este período se produjo una incentivación de la ciencia, lo cual fue en parte el reflejo de la influencia de las universidades alemanas en el mundo latino.[6] Es, según expresión del propio Rector:

... una hermosa escuela que lo espera todo en el orden político y social, de la evolución y del cumplimiento de las leyes naturales... emanando muchos males del funesto doctrinarismo, impuesto por una falsa filosofía. [7]

Esta transformación determinó una de las más enconadas polémicas en torno a problemas educacionales y culturales que se dieron en el Uruguay, que fue la manifestación de las posiciones antagónicas y apasionadas entre las autoridades universitarias positivistas por una parte, los espiritualistas (Julio Herrera y Obes) y los católicos (Monseñor Mariano Soler y Juan Zorrilla de San Martín). La nueva Ley Orgánica de 1889, que mantiene los lineamientos de la predecesora, reajusta la reglamentación de los estudios libres. Un rasgo muy notorio de esta fase de la evolución universitaria fue el aporte puntual y concreto a la solución de problemas concernientes a la sociedad:

Quizás el hecho más significativo de estos años sea la inauguración del primer instituto universitario, el de Higiene Experimental, primero también en su género en América Latina. Con él la Universidad abría el camino para la investigación científica original, a la vez que encaraba el estudio de problemas vitales para el desarrollo de la sociedad. [8]

La nueva de la Ley orgánica del 31 de diciembre de 1908, procura:

... hacer enseñanza profesional, práctica, desalojando en absoluto todo propósito de especialización científica o de teoría pura, que sería una vanidad y un absurdo para nuestro país en el transcurso de muchos años todavía. [9]

IV

La gran mayoría de los integrantes de la generación del 900 se graduaron en la Facultad de Medicina de Montevideo, a la que ingresaron alrededor de 1885 y en la que se graduaron en el entorno a 1895. Esta podría denominarse *etapa de consolidación* (1885– 1908) de dicha institución, que se corresponde con la integración de médicos uruguayos al profesorado, *«nacionalización»* del cuerpo docente. Manifestaba el Rector Vásquez Acevedo en 1885:

Comprendiendo todo lo que podía esperarse del elemento nacional, y en una dirección competente y celosa, hice empeño desde el primer momento para que se llenaran todas las vacantes con médicos orientales bien preparados y competentes, y una vez conseguido esto, para que se confiara la dirección de la Facultad a uno de esos médicos... [10]

Es así que ingresan como docentes en 1884: José Arechavaleta (1838–1912) en Botánica Médica, Elías Regules en Medicina Legal e Higiene Pública, José Scoseria (1861–1996) en Química Médica, José Máximo Carafí (1853–1893) en Anatomía segundo curso, Eugenio Piaggio en Anatomía, primer curso y Fisiología, Albérico Isola en Oftalmología y en 1885, Pedro Visca en la de Clínica Médica, acompañado por Enrique Figari (1856–1940) como Jefe de Clínica.

En la etapa siguiente de la Facultad de Medicina, que podría considerarse como de profesionalización y especialización, ejercen el decanato varios integrantes de la generación del 900: Alfredo Navarro, Augusto Turenne y Manuel Quintela. Se construye el edificio del Instituto de Química y se coloca la piedra fundamental del futuro edificio de la Facultad de Medicina.

V

Un grupo numeroso y representativo de los médicos del 900 realizaron sus estudios o el complemento de su formación médica en Francia, siguiendo una tradición ya iniciada por Teodoro Miguel Vilardebó, Henrique Muñoz, Francisco Antonino Vidal, Gualberto Méndez, Pedro Visca, Francisco Soca, Enrique Pouey, Joaquín de Salterain y José Máximo Carafí. Entre los graduados en Francia figuran Alfredo Navarro, Gerardo Arrizabalaga, José Martirené, Bernardo Etchepare e Isidoro Rodríguez. Hicieron estadías más o menos prolongadas también en Francia Enrique Castro, Luis Demicheri, José Brito Foresti, Pascual Vero, José Bado, Pedro Martino, Manuel Quintela, Luis Morquio y Augusto Turenne.

VI

Al igual que representantes de la misma generación en otros campos de la cultura, los médicos del 900 fueron los primeros en tomar conciencia de la importancia de la educación, en este caso médica. Hasta entonces, con raras excepciones, eran profesores improvisados. Predomina ahora la intención docente y de investigación, la preocupación por el contenido de los programas, incluso de bachillerato, por los laboratorios e institutos, por la metodología y pedagogía médicas. También surge el interés por las publicaciones, tanto procedentes de los principales centros mundiales de la medicina, como vernáculas, que recogen la incipiente investigación clínica, o simplemente consignan observaciones originales, que discuten y cotejan con las referencias internacionales, sin dejar en más de una ocasión de realizar aportes de valor a la medicina internacional.

VII

Si bien la medicina nacional tuvo manifiesta inquietud por la trascendencia de la función social del médico desde sus albores (Vilardebó, con las reglamentaciones sobre Sanidad Pública, Pedro Visca, a través de la promoción de la Primera Convención Sanitaria Internacional), esta generación tuvo especial preocupación por los problemas de la higiene pública (a través, por ejemplo, de la creación del Instituto de Higiene Experimental, así como de su activa participación en el Consejo de la Asistencia Pública Nacional y luego en el Consejo Nacional de Higiene),[11] en Obstetricia Social (con la creación de la Casa de la Maternidad y del Servicio de Protección de Madres), en puericultura, en la lucha antituberculosa, en la promoción de la vacuna antivariólica, en la creación de una Liga contra el Cáncer Genital Femenino, en la organización de la campaña contra la sífilis, etc.

VIII

Es la primera generación que enfatiza la importancia de las ciencias básicas, *per se* y en sus aplicaciones clínicas: bacteriología, ciencias fisiológicas y anatomía patológica. Esto se concretó en la creación de institutos y adquisición de instrumentos.

IX

Con esta generación surgen las especialidades: Pediatría (Morquio), Obstetricia (Turenne), Ginecología (Pouey, Bottaro, Pou y Orfila), Tisio–Neumología (Morelli), Cirugía (Navarro), Neurología (Ricaldoni), Psiquiatría (Etchepare), Otorrinolaringología (Quintela).

X

En estos años nace la preocupación gremial, tanto estudiantil como profesional y la ya mencionada gravitación social de la Medicina, que llevará, luego de muchos años de prédica a la actual Ley Orgánica de la Universidad de 1958.

XI

Por gestión de esta generación también empiezan a perfilarse las primeras sociedades científicas médicas, así como las revistas médicas nacionales, tanto genéricas, como la Revista Médica del Uruguay (1898), Revista de los Hospitales (1908), Anales de la Facultad de Medicina de Montevideo (1918), Archivos de

Pediatría (1928), Revista de Psiquiatría del Uruguay (1925), Archivos Uruguayos de Otorrinolaringología, . Archivos Uruguayos de Medicina, Cirugía y Especialidades (1932).

Notas

1) Ortega y Gasset, J. En torno a Galileo (1933), in: Obras Completas de José Ortega y Gasset (1958), 5:13–164.

2) Todo el movimiento renovador en materia cultural literaria surge en un medio ajeno al universitario. *«Asumieron los autodidactas el papel protagónico de la renovación intelectual; tuvieron en la peña del café –completada a veces con la mal provista biblioteca– el natural sucedáneo de la clase, del foro y del desaparecido salón. Julio Herrera y Reissig, Javier de Viana, Carlos Reyles, Florencio Sánchez, Horacio Quiroga; algo después Delmira Agustini y María Eugenia Vaz Ferreira, nombres sobresalientes de las letras uruguayas del nuevo siglo, junto al gran Rodó, dejando de lado el caso particularísimo de (Carlos) Vaz Ferreira, no debieron su formación a la Universidad, aunque por sus aulas hayan pasado Rodó y Reyles. La Universidad es un mundo aparte; un mundo divulgador de cultura europea, fundamentalmente francesa; un centro formador de cierta élite intelectual y política a la que imprimió su sello indeleble; una institución que había representado en su momento la vanguardia cultural del país. Vaz Ferreira fue la gran excepción»* (Real de Azúa, C. El ambiente espiritual del novecientos, un número: La literatura uruguaya del 900, Montevideo, (1950): 16).

3) Morelli, J. B. La Sección de Enseñanza Secundaria es hija gloriosa del Dr. Vásquez Acevedo, «El País», Montevideo, 5. VII. 1925 y An. Universidad (1925), 34:45.

4) Vásquez Acevedo, A. Informe del Rector de la Universidad, correspondiente a los años 1895 y 1896, Montevideo, An. Universidad, (1897), 5:8.

5) Ardao, A. Racionalismo y Liberalismo en el Uruguay, Montevideo (1962): 12.

6) Acevedo, E. La enseñanza universitaria, (1905): 13.

7) Vásquez Acevedo, A. Informe del Rector, Montevideo, 24 de mayo de 1887, al Ministerio de Justicia, Culto e Instrucción Pública, correspondiente a los ejercicios 1885–1887 (1887–1888), Montevideo, (1888): 540.

8) Vásquez Acevedo, A. Informe del Rector de la Universidad, correspondiente a los años 1895 y 1896, An. Universidad, (1897), 5:87.

9) Oddone, J. y París de Oddone, B. Del militarismo a la crisis, Montevideo (1971), 1:10.

10) Vásquez Acevedo, A. Op. cit., (1888): 546.

11) Los médicos de la generación del 900 serán quienes, durante la primera presidencia de Batlle, *«colonizarán»* la Comisión de Caridad, determinando no sólo un cambio de nombre por el de Asistencia Pública Nacional, sino la sustitución del concepto de caridad por el de asistencia y la apertura de los hospitales a la enseñanza médica.

Capítulo II

JUAN B. MORELLI (1868–1947)

José León Morelli Mackinnon *

I

Hace ya algún tiempo, revisando papeles viejos, encontré uno, doblado, ajado, como sucede con esos papeles que van quedando en los bolsillos durante mucho tiempo. Tenía anotaciones a lápiz de puño y letra de mi padre; aprovechando, como él solía hacerlo, el primer lugar que se le presentara para escribir una palabra, una frase, que luego iría convirtiendo en la base de alguna conferencia o clase. En efecto, se leía claramente lo siguiente: «... a propósito de neumonías TBC benignas... entre paratuberc y tuberc... formas intermedias... porvenir mostraría esa aparente identidad... ». Tal como suponía, se trataba del esquema del comienzo de una clase. Abierto totalmente el pliego, llamaba inmediatamente la atención el membrete que lucía y que correspondía a la Facultad de Medicina, fechado el 21 de febrero de 1924, en el que el Decano de la Facultad de Medicina, comunicaba al Dr. Juan B. Morelli su nombramiento como Profesor de la Cuarta Clínica Médica. Seguí buscando y fueron apareciendo cartas, documentos, recortes de diarios y revistas, listas fraccionarias de nombramientos en la Facultad,

---

* Esta biografía, hecha por su hijo, estaba aún en curso de elaboración cuando falleció inesperadamente. Los autores han adaptado muchos puntos del texto, así como lo han completado oportunamente con numerosas notas.

apuntes bibliográficos y entre esos recortes, las versiones de los discursos pronunciados en el Senado y en la Facultad con motivo de los homenajes que se le tributaron en diferentes ocasiones. Una vez ordenados estos papeles, evidentemente se observaban vacíos, que hacían imposible armar un esquema coherente de su vida.

Figura 2
José León Morelli Mackinnon (1910 – 1995).

Este hecho provocó mis deseos de completar una biografía, no sólo con los datos encontrados, sino también agregando las versiones familiares. Quise completar la búsqueda y empecé a consultar la Biblioteca Nacional, la carpeta personal en la Facultad de Medicina y la Biblioteca del Palacio Legislativo. El resultado fue que cada día aparecían nuevos documentos y citas que me obligaban a complementarlo de continuo, agregando notas. Tenía ya veinte páginas escritas de texto corrido, pero se agregaron dieciséis más de notas. Tuve que compaginarlo todo de nuevo, a fin de evitar todo lo que pudiera ser subjetivo y

asentando literalmente todo lo que hallaba. Con ese plan de trabajo, lógicamente me vi obligado a salir de lo estrictamente relacionado a su persona, porque la figura del Dr. Morelli se hallaba íntimamente relacionada con su entorno social y político, sobre todo con este último (fig. 2).

Figura 3
Leone María Morelli (1837 – 1902).

II

Sus últimos años los pasó semiparalítico y es el recuerdo que queda de esa época, por ser el último. Sentado en una poltrona, bien rodeado de almohadones, con las piernas tapadas por una liviana manta. A sus costados, en una mesita y en sillas, había cantidad de libros, sus compañeros inseparables. Ante él, una amplia ventana orientada hacia el poniente, que deja pasar las últimas luces del día, hora en que, finalizadas nuestras labores, los hijos íbamos a visitarlo.

Transcurre diciembre de 1947, las campanas del reloj anuncian las ocho de la noche. Su mirada se halla perdida en la luz naranja de la puesta del sol y en ese cielo resaltan dos pequeñas nubes que cortan su nitidez. Tal vez esas nubes que se esfuman le recuerdan sus dos seres queridos que se fueron antes que él: su mujer y su hijo Juan.

Sus libros le han reavivado nostalgias del pasado: guías turísticas de Italia, el recuerdo de su Roma natal, libros de arte, revistas de medicina, tratados de Claude Bernard, Vaquez y Laubry, libros sobre las revoluciones uruguayas, sobre Aparicio Saravia, su admirado jefe, sobre Luis Alberto de Herrera, su amigo, correligionario y compañero de lides políticas inolvidables. La luz de la ventana va perdiendo intensidad, la sombra va borrando el contorno de los objetos, hasta que de pronto se hace la noche. Fueron casi 80 años de vida intensa, apasionada y útil para todos. Quedará para siempre el ejemplo y el recuerdo imborrables.

III

Juan Bautista Morelli D'Auggero nació el 27 de abril de 1868, en Italia, en el pequeño pueblo Artena de la campiña romana, cerca de Veletri. Fue su padre Leone María Morelli[1] (fig. 3), médico romano[2], que había sido profesor supernumerario de la Enfermería de Roma (Ospedale Santo Spirito) y que luego se radicara en la zona rural de su propia tierra, como Médico Condotto (Médico Comunal), en Strangolagalli primero y luego en Artena, en los Montes Albanos. Su madre, Constanza D'Auggero[3] (fig. 4), era hija de Juan Bautista D'Auggero, nacido en Menton y que fue médico pontificio bajo el Papa

Figura 4
Constanza D'Auggero de Morelli (1842 – 1870).

Gregorio XVI[4] y de Cyrilla de Bottini. Uno de los hermanos de Constanza, Alberto, emigró por razones políticas a la Argentina y llegó a ser administrador de un obraje maderero e ingenio azucarero en Formosa, Argentina.

Para el espíritu inquieto de Leone María, el cargo de médico *condotto* que desempeñaba, con la monotonía inherente y la escasa retribución, hicieron que decidiera emprender viaje hacia el Río de la Plata, ante el requerimiento de su cuñado. Lo acompañaron su esposa y sus dos pequeños hijos, María y Juan Bautista, de cuatro y dos años respectivamente. María contraería luego enlace con Américo Ricaldoni. [5]

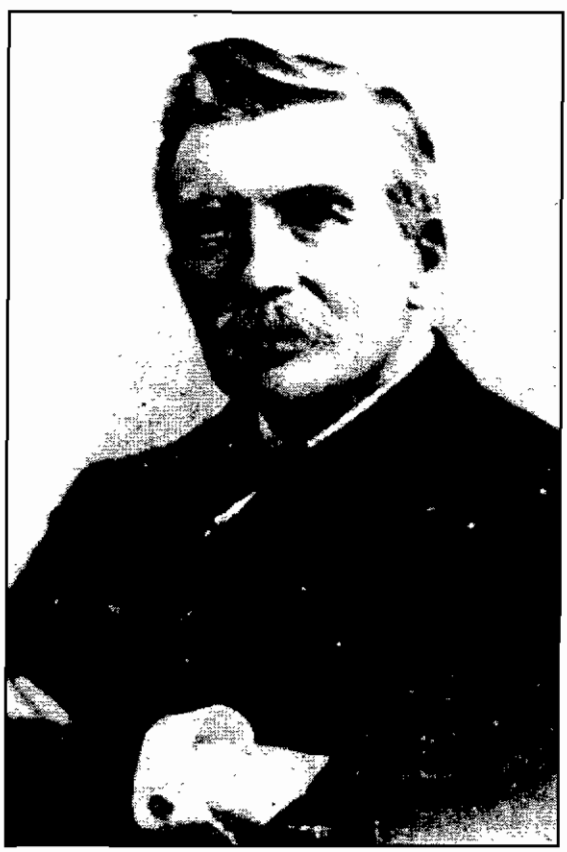


Figura 5
José Arechavaleta (1838 – 1912).

IV

Transcurría el año 1870. El barco en que viajaban, luego de una larga travesía, recaló en el puerto de Montevideo. Por azar, que tantas veces interviene en el destino de las personas, en Montevideo reinaba una epidemia de cólera y su

puerto era «sucio», por lo tanto quedó el barco en cuarentena.[6] En estas circunstancias recibe la visita de un amigo y compañero de Roma, Juan Antonio Crispo Brandis (1843–1937), quien fue posteriormente Decano de la Facultad de Medicina, el que lo convence de afincarse en Montevideo, ciudad en rápido crecimiento, con escasos médicos.

V

Instalados definitivamente en esta ciudad y llegada la edad escolar, Juan B. inicia su instrucción primaria en la Scuola Serale, de la Società Italiana D'Instruzione, creada por la Lega Lombarda. De esa época, en la que su padre era presidente de la Lega, se conserva un diploma ganado por el alumno Giovanni Morelli (1878).[7] Leone María Morelli estuvo al frente de dicha Lega hasta octubre de 1886, cuando, por su tesonera labor, consiguió unir las tres pequeñas escuelas italianas de Montevideo bajo el nombre de Scuola Italiana delle Societta Reunite, la cual en mayo de 1918, llegó a ser la actual Scuola Italiana di Montevideo.[8] Continúa sus estudios secundarios en el Liceo Internacional, dirigido por Josué Bordoni. [9]

Figura 6

VI

Ingresa a la Facultad de Medicina en 1885, rindiendo su primer examen el 17 de octubre.[10] En el año 1887, sigue los cursos regulares del Profesor de Botánica Médica José Arechavaleta (fig. 5), con quien traba estrecha relación[11]. Participa junto con él en excursiones botánicas, en las que se dedican a determinar los componentes más importantes de nuestra flora y su aplicación a la Materia

Médica (como se le llamaba en esa época a la Terapéutica). Al emprender Arechavaleta un viaje a Europa y ante la necesidad de no interrumpir el curso, conocidos ya la aptitud y conocimientos del bachiller Morelli, la Facultad de Medicina lo designa primero encargado del curso y luego profesor interino de Botánica Médica. Dicta su primera clase el 24 de agosto de 1887[12], iniciando así Morelli la carrera docente a los diecinueve años[13] (fig. 6).

Figura 7
Pedro Visca (140 – 1912).

En 1888, ante la necesidad de dar a sus alumnos un texto moderno, correspondiente a una materia nueva y en constante evolución como la bacteriología y no encontrando ninguna publicación adecuada, escribe su primer trabajo, *Apuntes de Bacteriología* donde así se expresa:

Todas estas razones me obligan como deber hacia los estudiantes, a recoger y publicar lo más importante que existe en las obras de Bacteriología... pidiendo encarecidamente a mis discípulos quieran recibir estos Apuntes con la misma condescendencia con que escuchan mis explicaciones y por la cual les doy gracias. [14]

La publicación de estos apuntes se hizo posible gracias a que, conjuntamente con sus compañeros Nereo Iturriaga, Américo Ricaldoni, Juan Guglielmetti editan, a partir de ese mismo año, la *Revista Científica de Medicina y Ciencias.* Dos años después editan la *Revista Uruguaya de Medicina y Farmacia.* [15]

VII

No descuidó Morelli durante su carrera adquirir una sólida formación en clínica médica como discípulo de Pedro Visca (fig. 7). Fue este quien le inculcó su espíritu de autocrítica y abnegación, que más adelante lo distinguirían como clínico sagaz en el ejercicio de su profesión. En este ámbito presentó detalladas histo-

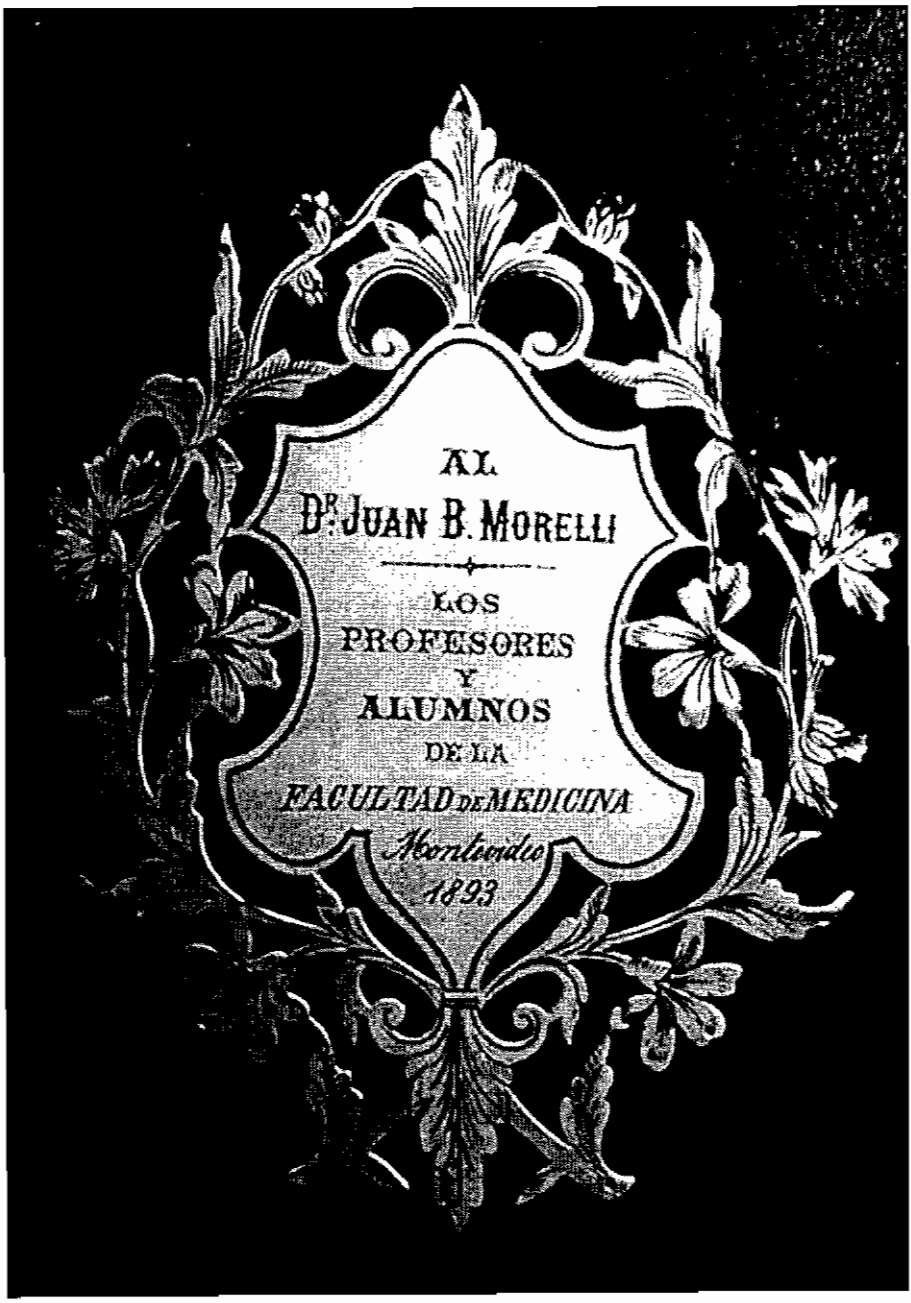


Figura 8
Tapa de Álbum obsequiado a Juan B. Morelli en ocasión del homenaje en 1893.

rias clínicas así como destacados informes anatomopatológicos. Mañé Garzón, en su libro sobre Pedro Visca, así se expresa:

Sólo nos detendremos en dar una reseña de tres de ellos» (discípulos de Visca) que, por su gravitación en la continuidad de la enseñanza clínica, y su talento creador, cumplieron a su vez una misión de enorme importancia, más amplia y fecunda quizás, que la del viejo Maestro: Américo Ricaldoni, Juan B. Morelli y Luis Morquio... Juan B. Morelli es sin duda el menos recordado de los tres grandes discípulos de Pedro Visca, pero no por ello menos digno de ser reseñada su labor (fue durante 57 años Docente de la Facultad de Medicina) desde varios campos de actividad médica y promotor esforzado y entusiasta de las ciencias básicas... siendo el creador en nuestro país de la Neumología (denominada entonces Tisiología)... [16]

VIII

El 26 de febrero de 1890, Morelli rinde su último examen y obtiene el título de médico, pero continuará sin ejercer la profesión liberal hasta 1898,[17] dedicándose hasta entonces exclusivamente a la investigación y a la enseñanza.[18] El hecho de graduarse no fue para Morelli el fin de una etapa de investigación y docencia, sino el complemento necesario para proseguir la docencia emprendida.

IX

En 1891 la Facultad de Medicina le encarga la organización y dirección de un Laboratorio de Fisiología, con el material para la enseñanza práctica de esa materia, comprado en Europa por el profesor de terapéutica, Dr. Eduardo Kemmerich. [19]

A este respecto, el decano Elías Regules, el 29 de junio de 1893, informa al Consejo:

El Laboratorio fundado por el Dr. Morelli le permite acompañar sus lecciones con experiencias interesantes y completas: ha hecho de su asignatura una de las que con más brillantez se cursan en nuestra Facultad. Las novedades de Laboratorio que han despertado algún interés en el mundo científico europeo, han sido repetidas por su mano en esta Facultad; y nuestros estudiantes han podido observar desde las experiencias antirrábicas de Pasteur hasta los últimos estudios de Brown–Séquard y de D'Arsonval, ofrecido todo por el indiscutible entusiasmo y generosos afanes del Dr. Morelli. [20]

El 26 de febrero de 1891 es nombrado profesor interino de Fisiología, ante la renuncia de Pedro Hormaeche. Con fecha octubre de 1892, la Facultad accede a la solicitud de Morelli para instalar en el Laboratorio de Fisiología que entonces dirige un servicio especial para inoculaciones de jugo testicular a los enfermos que lo precisen.[21] Esta actuación le permitió obtener la creación de

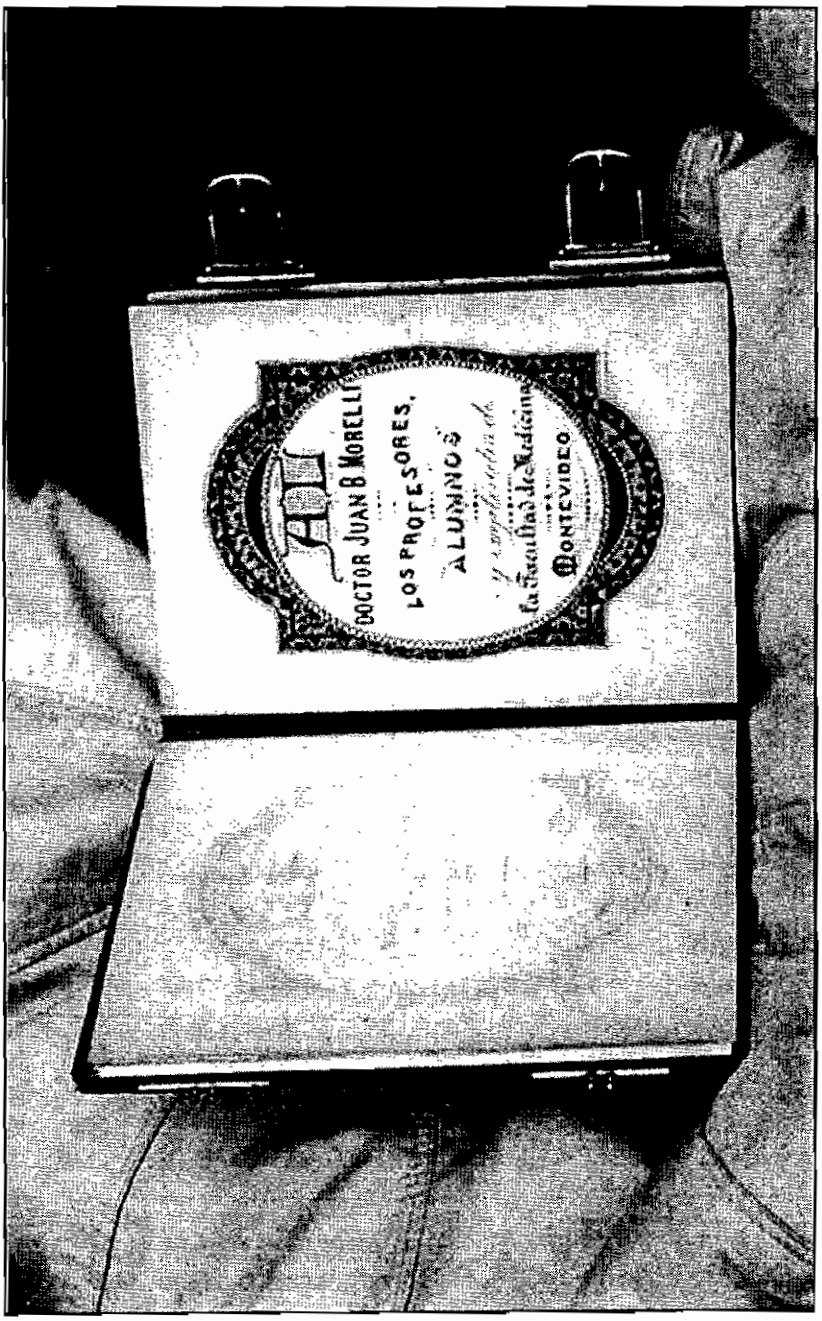


Figura 9
Portada del Álbum obsequiado a Juan B. Morelli en ocasión del homenaje de 1893.

un cargo de ayudante para la realización de las clases prácticas, que Pablo Scremini obtuvo por concurso en 1895. Dicho nombramiento le permitió a este último, bajo la inspiración de Morelli, presentar su tesis sobre fisiología de la tiroides.[22]

En Setiembre de 1897 Morelli ocupa interinamente el cargo de Profesor de Patología General. [23]

X

En octubre de 1892, se celebra en Buenos Aires, con motivo del IV Centenario del Descubrimiento de América y organizado por el Círculo Médico Argentino, el Congreso Sud–Americano de Medicina. Morelli presentó en él un trabajo sobre la etiología bacteriana del beri–beri.[24] El jurado nombrado al efecto lo declaró acreedor al Premio Medalla de Oro de dicho congreso. Sin embargo, este no cumplía las condiciones exigidas, dado que debía de ser inédito. En efecto, Guillermo Leopold (1836–1912),[25] a la sazón profesor de Anatomía Patológica de la Facultad de Medicina de Montevideo, había publicado sin conocimiento de Morelli los resultados de dicho trabajo. Ante este hecho, en Montevideo se gestó un movimiento revindicatorio y de homenaje a Morelli, consistente en un acto público en el que se le hizo entrega de un álbum (Fig 8, 9 y 10), con una constancia que lo justifica, con las firmas de profesores, alumnos y amigos, entre los que se destacan Pablo De María, Elías Regules, José Scoseria, José Pugnalini, Albérico Isola, Domingo Arena, Augusto Turenne, Américo Ricaldoni, Pablo Scremini, etc. [26]

Figura 10: Hoja de plátano con inscripciones y alegorías, incluida en el álbum de homenaje.

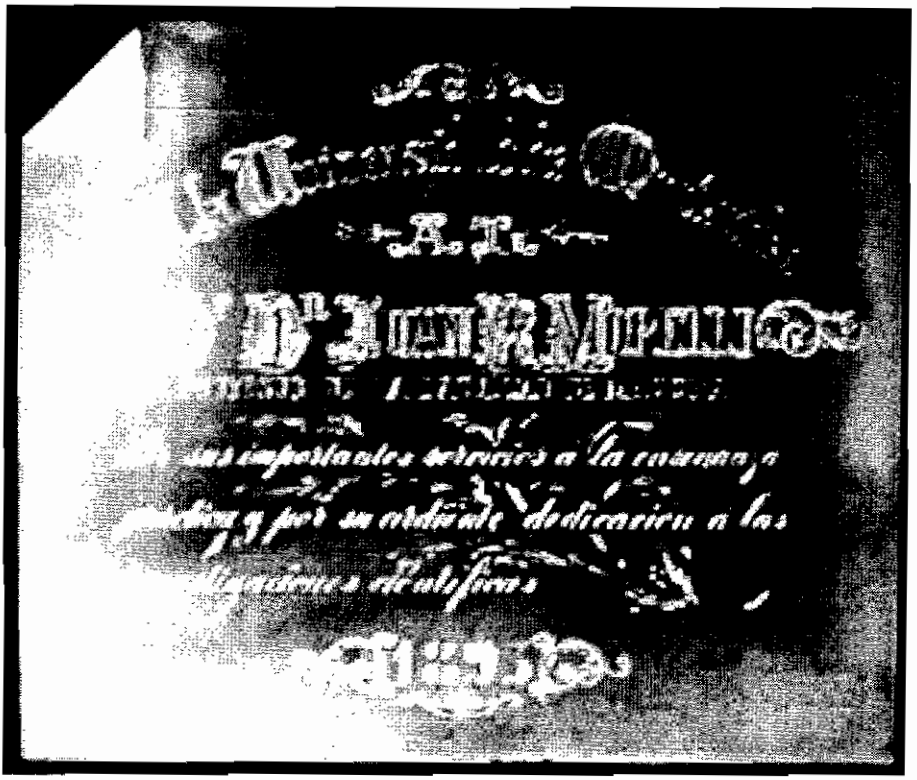


Figura 11
Placa de oro ofrecida a Juan B. Morelli por la Universidad de la República.

XI

En el Informe ya citado de junio de 1893, el Decano, además de la enumeración de esos méritos, solicita al Consejo de la Facultad, el otorgamiento de:

... un premio especial... por sus desinteresados y útiles esfuerzos en la fundación y sostenimiento de nuestros Laboratorios (Bacteriología, Análisis Químicos y Fisiología) y por su intachable laboriosidad, se le ofrezca al Dr. Morelli como demostración tangible de que la Universidad de Montevideo sabe premiar a sus buenos Profesores. [20]

Por resolución del 30 de junio de 1893, ante dicha solicitud, el Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior, resuelve:

... autorizar al Sr. Rector de la Universidad, Dr. Vásquez Acevedo para hacer entrega al Dr. Morelli de una placa de oro que dice así: La Universidad de la República, al Dr. Juan B. Morelli, por sus importantes servicios a la enseñanza práctica y por su ardiente dedicación a las investigaciones científicas. 1893[27] (fig. 11).

Figura 12
Promotores y primer Director del Instituto de Higiene Experimental.
De izquierda a derecha: José Sanarelli, José Scoseria y Juan B. Morelli.

XII

Se vivían los años de la aceptación universal de la teoría microbiológica de las enfermedades. Por primera vez en la historia de la medicina se concretaba de una manera objetiva y experimental, con la posibilidad de conocer la causa determinante de la enfermedad, con lo que se desterraban conceptos obsoletos, que se postulaban desde la antigüedad. Esta nueva concepción tuvo por consecuencia cambios en el diagnóstico y prevención de las enfermedades, haciendo prevalecer la noción de vertiente social de la medicina, con gran jerarquía del concepto de higiene. La revolución producida por los hallazgos de Robert Koch y Louis Pasteur se hizo tan significativos que en muchos casos se atribuyó erróneamente a dicha etiología enfermedades que respondían a otras causas.

Figura 13
Rosa Mackinnon Algorta de Morelli (1870 – 1929).

En consecuencia a ello, en 1895, Morelli y Scoseria presentaron al entonces Presidente de la República Juan Idiarte Borda, el proyecto de creación de un Instituto de Higiene Experimental, que seguiría el modelo del Instituto Pasteur de París, creado sólo siete años antes.[28] Para ello se contrató en Italia a José Sanarelli (1875–1940), como director del Instituto (fig. 12). Este inicia sus funciones en agosto de 1896 y despliega una brillante aunque controvertida actuación, al creer haber descubierto el agente microbiano de la fiebre amarilla.[29] No dejó sin embargo de hacer aportes importantes, tanto en la docencia como en la investigación, entre los cuales debe contarse el descubrimiento del ciclo biológico del virus de la mixomatosis del conejo, el primero descrito en el mundo de un agente viral.[30]

XIII

El 31 de agosto de 1898 se produce un acontecimiento que resultó fundamental en la vida privada de Morelli, así como también en la profesional y social. Este fue su matrimonio con Rosa Mackinnon y Algorta[31], (fig. 13).

Este provoca un cambio profundo en todos los aspectos de su vida. Encuentra en su esposa la compañera ideal y la madre perfecta para sus hijos. A partir de entonces y teniendo en cuenta que ya no le era posible atender los requerimientos de una familia con sólo el menguado salario que le brindaba la Facultad de Medicina, inicia la práctica privada asistencial en la cual rápidamente adquirirá justificado renombre.

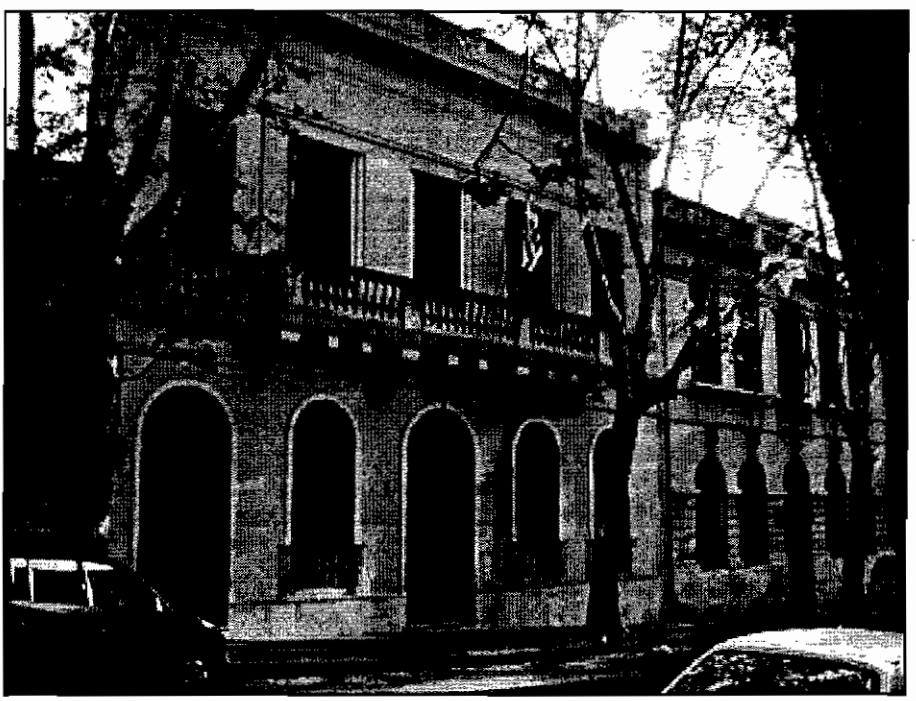


Figura 14
Casa de Juan B. Morelli en la calle Canelones 982.

Así lo justifica Elías Regules:

Los primeros años de su vida médica y de Profesor los pasó el Dr. Morelli en el laboratorio, dedicado exclusivamente al estudio y a la enseñanza y sólo cuando adquirió el convencimiento de que con la modesta compensación que recibía no podía vivir, fue que se resignó a iniciarse en el ejercicio profesional. [32]

Como médico, fue uno de los profesionales más solicitados, ya sea en su consultorio o en domicilio, así como también médico de consulta, siendo frecuentemente solicitada su opinión por colegas del interior, para lo cual iba en tren expreso, que lo transportaba en el menor tiempo posible y en las horas que podía disponer.[33] Adquiere la casa que perteneció a Julio Herrera y Obes en la calle Canelones 982, donde también tuvo el consultorio y su laboratorio privado (fig. 14). Asimismo, adquirió una chacra en Progreso. El núcleo familiar se caracterizó siempre por una gran unidad. Tuvieron cinco hijos, tres varones, Juan Enrique, Alberto y José León y dos mujeres, Helena María y Silvia Inés (fig. 15).

Figura 15: Familia Morelli–Mackinnon. De izquierda a derecha, primera fila: Sylvia, José León; segunda fila: Juan Enrique, Juan B., Helena María, Rosa, Alberto; c 1920.

Así lo recuerda Mañé Garzón:

Era un lector permanente y era clásico verlo en su automóvil, sentado en la parte posterior, siempre leyendo, mientras su chofer lo conducía a sus visitas, lectura que continuaba con la luz interior del auto encendida cuando oscurecía y él continuaba visitando a sus pacientes, lo que hacía muchas veces hasta altas horas de la noche. [34]

Sin embargo, su vocación y carrera docente no se vio interrumpida por el ejercicio profesional. En efecto, el 2 de marzo de 1902, es nombrado profesor de Materia Médica y Terapéutica.

XIV

Fueron estos años de gran agitación política, en la cual Morelli tomó parte activa en el Partido Nacional.

En 1897 estalla la revolución nacionalista al mando Diego Lamas, como protesta al conflictivo gobierno de Juan Idiarte Borda. El 17 de marzo de ese año, se produce un encuentro particularmente grave con las tropas del gobierno en el arroyo Tres Árboles, el cual dejó muchísimos heridos. Al día siguiente un tren expreso se dirige hacia Paso de los Toros, llevando a bordo una expedición sanitaria de la Cruz Roja Uruguaya al mando de Enrique Pouey, junto a los doctores Francisco Velazco, José Samarán, Juan B. Morelli y otros, además de practicantes y material sanitario. Otra expedición sanitaria, ésta surgida de la Cruz Roja de las Señoras Cristianas, tiene como jefe a Luis Pedro Lenguas, quien así se expresó en relación a la primera:

Me creo en la obligación... de hacer un paréntesis en mi relación para ponderar y admirar el acto de humanidad y heroísmo realizado por la expedición presidida por el sabio y apreciable colega doctor Enrique Pouey. [35]

La última remesa de heridos llegó a Montevideo al cuidado de Morelli, Isidoro Rodríguez (1860–1916) y del practicante Ernesto Quintela.[36] En el desempeño de sus funciones médicas en el campo de batalla, Morelli atendió heridos de ambos ejércitos, entre los cuales estaban los oficiales del gobierno Gomeza y Chiaparra, a quienes volverá a encontrar en la batalla de Tupambaé.

El 17 de octubre de ese mismo año figura Morelli en una lista de adherentes al Partido Nacional y es integrante de varias de ellas para la elección de convencionales. En dicho acto es designado miembro de la comisión de escrutinio y resulta elegido convencional por Montevideo el 5 de diciembre de 1897. En enero de 1899 intervino en la misma calidad en las sesiones secretas de San José, formando un frente con Carlos Roxlo y Luis Ponce de León. [37]

XV

A comienzos del año 1904, como miembro del Directorio del Partido Nacional y llevando un mensaje de Batlle, Morelli formó parte de la misión de paz que trató de evitar el desencadenamiento de la revolución, misión que fracasó. Ese mismo año, estalla la revolución encabezada por el General Aparicio Saravia (1853 – 1904) contra el primer gobierno de José Batlle y Ordóñez. El fuerte del ejército revolucionario se encontraba en el departamento de Cerro Largo. El ejército gubernista se dirige hacia el norte al mando del general Justino Muniz, llegando hasta Nico Pérez. Las fuerzas se enfrentan en la indecisa batalla

de Tupambaé, que tuvo lugar los días 22 y 23 de junio. La consecuencia más importante de esta última fue el retiro de las fuerzas de Aparicio Saravia hacia el norte. Atraviesan los departamentos de Tacuarembó y Rivera y, ya casi pasando al Brasil, se enfrentan al ejército gubernista al mando de Pablo Galarza, el que obtiene la victoria de Masoller (1 de setiembre de 1904). En esta última, Saravia, herido mortalmente, es trasladado al Brasil, donde muere pocos días después. El fin de la contienda se sella con la paz de Aceguá firmada el 24 de setiembre de 1904.

XVI

Morelli, pese a ser italiano de nacimiento, se siente identificado con su país de adopción. Atraído por los ideales del Partido Nacional,[38] con el fervor que ponía en todos los actos de su vida, deja momentáneamente atrás tanto su brillante actuación docente como asistencial y su hogar recién formado, para incorporarse al ejército revolucionario.[39] No sabemos con fecha exacta el momento en que Morelli se incorporó al ejército revolucionario (fig. 16). Con fecha 14 de marzo de 1904 integra la sanidad de dicho ejército, con posterioridad a la batalla de Paso del Parque (2.III.1904). [40]

En la retirada del ejército revolucionario de la ciudad de Melo, Morelli quedó al cuidado de los heridos no transportables de ambos bandos; en esas circunstancias fue detenido. Previamente había habido un intercambio de telegramas con el Domingo Arena (1870– 1939), que actuó como intermediario, mediante el cual se le hizo saber a Morelli que, *previa promesa de ir al ejército solamente como médico, el Presidente Batlle le daría plena libertad de acción.*[41] Es puesto en libertad *por orden del Gobierno y con un salvaconducto provisto por el encargado de la Jefatura de Cerro Largo.*[42] Se incorpora nuevamente al Ejército Revolucionario y el 18 de Junio, días antes de la batalla de Tupambaé, se encontraba en la pulpería de Yáñez y Oribe, en el Cerro de las Cuentas, las siguientes personas:

Aparicio Saravia, Basilio Muñoz, Lindoro Pereira, Juan B. Morelli y su practicante Sr. Uris, Luis Ponce de León y el ayudante Alberto Muñoz. Después de permanecer largo rato en el almacén, salieron en dirección al campamento del ejército, situado a corta distancia, en Sarandí del Quebracho. Iban dos filas. En la primera, Saravia, Basilio Muñoz, y Pereira, que departían animadamente sobre el buscado encuentro con el Ejército del Sur. Morelli y sus compañeros los seguían en silencio, sin perder un solo detalle de aquella interesante conversación. Fue en esos momentos que quedó resuelta la composición de la vanguardia, que al día siguiente se desprendería del ejército, en observación del enemigo, con el gran Saravia al frente. [43]

Esta fue la última vez que Morelli vio a Saravia y le mereció el siguiente juicio:

Figura 16
J. B. Morelli en uniforme de Sanidad del Ejército Revolucionario (1904).

A las cinco de la tarde, vuelto a esas inmediaciones, tomó de mano de un soldado una carabina Mauser, con la cual hizo siete u ocho disparos a las guerrillas del gobierno, le contestaron con una descarga cerrada. El general se rio fuerte, montó a caballo y marchó en dirección a la División número 10. Fue la última vez que vi a este soldado sin miedo, y caballero sin mancha, que ha sido el corazón más noble y el cerebro más claro que yo haya nunca conocido. (44)

El día 22 se entabló la gran batalla en la que, en varios improvisados hospitales se atendieron 150 heridos. Morelli, como médico que era del Cuartel General, siguió el movimiento de la extrema vanguardia (Divisiones 9 y 2), guiada por el propio General:

Llegaron al almacén de Fasciolo, que recién había sido ocupado, a donde «empezaron a llegar heridos que se fueron acomodando en las piezas disponibles, en la cochera, en el galpón y en dos ranchos inmediatos. En la mañana siguiente, una vez reanudado el combate, dispuso el General abandonar la posición. Todos los heridos ambulatorios, es decir transportables, fueron llevados a nuestro parque». Los graves, no transportables, quedaron en ese hospital improvisado, al cuidado del Dr. Morelli. Eran unos cuarenta. Así, con la autorización del General Saravia y de su Jefe Lindoro Pereira, Morelli quedó al frente de ese hospital, hasta que llegara la Cruz Roja. Según su relato, tan solo en la primera noche se me murieron nueve, y así sucesivamente, hasta llegar a una veintena de defunciones. (43)

A las cinco y cuarto de la tarde llega el primer destacamento del Gobierno al mando del Oficial Troncoso:

Al informarlo Fasciolo de nuestra presencia le dijo que tanto yo como los heridos estábamos completamente garantidos. A los pocos momentos llegó el Mayor Dubra, a quien comuniqué que me quedaba allí hasta la llegada de la Cruz Roja de Montevideo y Treinta y Tres, que se calculaba no podía tardar más de dos días, para entonces reincorporarme al ejército. (45)

Morelli creyó que tanto Batlle como Galarza mantendrían el criterio dictado por el Convenio Internacional ya mencionado. (45)

Al día siguiente llegó al almacén de Fasciolo la sanidad militar del Gobierno, al mando del Dr. Alberto Eirale. Morelli siguió atendiendo heridos de ambos bandos y ayudando a operar a Eirale. Este se mostró sorprendido ante la habilidad de Morelli que, sin serlo, *ligó arterias con la habilidad de un cirujano.*(46) Eirale no recordaba que Morelli, como profesor y director del laboratorio de la cátedra de fisiología, había adquirido prácticas quirúrgicas en su experimentación con animales.(47)

Eirale relata una anécdota sobre las ansias de libertad de Morelli, que no se ajusta a la verdad. Dice así:

Habiéndome dicho que en un rancho cercano (?) había heridos blancos; le facilité material para que fuera a curarlos; los guardó en una pequeña valija y se alejó. No había transcurrido mucho tiempo cuando lo vi volver sujetado de los brazos por dos guardias nacionales, que voceaban diciendo que había querido fugarse. (48)

Esta anécdota es consignada por carta de un Sr. Varzi, quien manifiesta que integraba un grupo de avanzada del ejército gubernista, cuando de pronto vio y detuvieron *al Dr. Morelli cuando iba muy orondo a juntarse con los suyos.*. Morelli narra los hechos de una manera muy diferente:

El día 25 (de Junio) a las nueve de la mañana, el Dr. Eirale del ejército gubernista, me comunicó que en la estancia de José Francisco Lucas, distante unas 25 cuadras de allí, habían quedado 15 heridos nacionalistas sin ser curados. Le dije que iría inmediatamente. Le pedí unos paquetes de gasa, y después de cargar una pequeña maleta de lona improvisada por la excelente y caritativa señora de Fasciolo, me dirigí a pie hacia la estancia. Había caminado tres cuadras cuando me alcanzó un oficial preguntándome para dónde iba. Le expuse el objeto de mi paseo; me hicieron volver al almacén y me arrestaron incomunicándome.[49]

Confrontando ambos relatos, se notan las coincidencias y las divergencias existentes. Las coincidencias son que Eirale dice *no había transcurrido mucho tiempo* y Morelli manifiesta que *había caminado tres cuadras.* Las divergencias están en que Eirale dice que Morelli le manifestó *que en un rancho cercano habían heridos blancos* y en cambio Morelli dice *me comunicó (Eirale) que en la estancia de José Francisco Lucas, distante unas veinticinco cuadras de allí, habían quedado 15 heridos.* En estas divergencias que nacen de la deformación de la verdad del primer relato, se quiere poner de relieve que Morelli deseaba huir, hecho impropio de su carácter y de la misión que desempeñaba en esos momentos. Esta verdad surge del pensamiento expresado por el senador colorado José Espalter, cuando manifestó ante la Cámara Alta que *el Dr. Morelli prefirió caer prisionero del ejército gubernista, antes que dejar de asistir, como médico, cumpliendo desde luego con su deber.* Se lamenta también de *su candidez, al creer que lo afirmado en el telegrama ya nombrado bastaría para que lo reintegraran a sus funciones en el ejército revolucionario.* [50]

El Sr. Alberto Lacordelle se entrevistó con el coronel Galarza al llegar al almacén de Barceló, en Olimar, para relatarle el contenido del telegrama de Melo, pero no tuvo éxito en su gestión, pues éste le manifestó que tenía *razones especiales para detenerlo.*[48] Esta negativa de Galarza se basa seguramente en el pensamiento de Batlle, manifestado a Pedro Figari, que se relata más adelante.

Si la detención de Morelli fue un hecho que mereció las más duras críticas, no menos inaudito fue el trato que recibieron los heridos revolucionarios que él cuidaba en el almacén de Fasciolo:

Nunca creyeron, los heridos, que se les trataría como a prisioneros y menos al Dr. Morelli, que como todos los médicos nacionalistas, había estado prestando servicios a blancos y a colorados, sin distinción. [51]

Continúa Morelli en la carta ya citada:

No puedo hablar de este suceso sin evocar el recuerdo del Comandante José Chiaparra, al cual fuimos entregados a su pedido, que fue nuestro amigo premuroso durante unos días,

quien nos envió hasta Montevideo acompañados por un oficial de su escuadrón, el Sr. Felippone. Mucho más le debemos a este apreciable oficial y dignísimo ciudadano, pero, quizás algún día habrá que volver sobre este episodio y podremos ser más explícitos. (49)

Este enigmático final de la carta de Morelli, quedó sin pública aclaración. Evidentemente el Comandante José Chiaparra evitó algo muy grave al imponer su voluntad de custodiar a Morelli y sus heridos, hecho que aseguró la perdurable amistad de éste y de Ramón Arocena con el referido comandante. En efecto, Arocena manifestó lo siguiente:

Al Comandante Chiaparra a quien no visité en Montevideo por no haber logrado averiguar su domicilio, quiero que, por estas líneas, llegue un fuerte apretón de manos que él sabrá apreciar lo que significa. (51)

Eirale relata algo importante y oportuno que merece reproducirse:

Al día siguiente de madrugada, desafiando el intenso frío, recorrí el campo de batalla, por si encontraba algún herido; solo encontré infinidad de cadáveres desnudos cubiertos por la blanca helada. En una hondonada pequeña conté ocho cabezas humanas cortadas, con los ojos abiertos, endurecidos y vidriosos por el frío, las hirsutas melenas levantadas, las enmarañadas barbas ensangrentadas, reunidas allí como para un partido de bochas. (52)

Esta tétrica narración, episodio conocido como el de Rincón de Barbat, hecha por un médico militar acostumbrado a los horrores de la guerra y minuciosa en sus detalles narrativos, muestra que esa barbarie no es atribuible a soldados regulares del Gobierno, sino a bandoleros oportunistas.

El Diario «El Día» dedica dos artículos a la actuación de Morelli. El primero, del 28 de junio de 1904, en el que hace saber que Morelli queda en el almacén de Fasciolo asistiendo a Luis Ponce de León, pero omite decir que también a otros varios heridos allí confinados. En el segundo, del día 30, comunica que Ponce de León y Morelli han llegado a la capital en calidad de prisioneros de guerra. (53)

Carlos Roxlo en su obra sobre la guerra civil, así se expresa:

En Junio, la detención del Dr. Lussich vino a unirse a la detención del Dr. Morelli, hecho prisionero después de Tupambaé y en el Hospital instalado en el Almacén de Fasciolo que se halla en las cercanías del lugar del combate. Llevado a Montevideo, el Dr. Morelli fue sometido a la más rigurosa de las incomunicaciones en uno de los Cuarteles de la Ciudad, trasladándolo más tarde a la Isla de Flores... En vista de esto, y emocionado por las quejas del cuerpo médico montevideano, el Dr. Figari (Presidente de la Cruz Roja Batllista) se acercó al Sr. Batlle (Presidente de la República, y, se supone, el primero en cumplir las Leyes) «tratando de obtener de su generosidad (!!!), lo que no podía obtener de su anestesiado espíritu de Justicia. ¡Tiempo perdido! El Sr. Batlle contestó que reflexionaría; que el Dr. Morelli era miembro del Directorio del Partido en armas; que al Dr. Morelli no le alcanzaba aquella inviolabilidad que los Códigos guerreros que todas las Naciones cultas conceden, no solo a las personas, sino

también a los útiles profesionales del médico en campaña, y concluyó por despedir al Dr. Figari sin respuesta concreta y haciendo gala de la férrea tenacidad que durante toda la lucha manifestó... En Brasil y en la Argentina fue ocasión de censuras, no poco severas, aquel desconocimiento de todas las leyes humanitarias dadas al mundo entero por los Convenios Internacionales de Ginebra y de San Petesburgo. Un médico, revolucionario o no cuyas armas que son el bicloruro que desinfecta y el bisturí que ensancha la herida para que salte la sangre corrupta; un médico sorprendido en el ejercicio de sus funciones no puede ser tratado sino con el respeto que su misión merece y que su ciencia inspira. Cada uno de los actos del Sr. Batlle, vistos a la luz de la crítica histórica, ponen de manifiesto que era la venganza de lo pasado y el odio a los nacionalistas, lo que se ocultaba bajo la máscara de su amor a la verdad institucional: como si la verdad institucional fuera enemiga del Derecho de Gentes. (54)

Con anterioridad a Tupambaé se cumplió con lo dispuesto por el Convenio de Ginebra, por lo cual se puso en libertad a Aurelio Mora y Otero, integrante de la Sanidad Gubernista y que fuera tomado prisionero en acción de guerra. Lo mismo aconteció en Rivera con Arturo Lussich y en Melo con Morelli. Es evidente que, tanto el Presidente Batlle, como su subalterno Galarza desconocieron e infringieron el convenio antes citado, que era Ley Nacional, tanto con los heridos Ramón Arocena, Luis Ponce de León y otros, como con el Dr. Juan B. Morelli, a los que se les declaró «Prisioneros de Guerra» y se les impuso la pena de prisión en la Isla de Flores. (55)

Poco tiempo después, entre el 24 y 26 de Junio, salió de Montevideo la 14º Expedición de Auxilio de la Junta Central de la Cruz Roja para socorrer los heridos de Tupambaé, que estuvo al mando de Luis Piñeyro del Campo y Luis P. Bottaro.(56) Llevaban como instrucciones que los heridos se consideraran indultados y que fueran remitidos a los departamentos de procedencia. La expedición a Melo el 5 de Julio y la junta delegada de Melo le comunicó que habían recibido el siguiente telegrama:

Gobierno comunica esa Junta (Central) que caso de entrar fuerzas Legales a Melo, podrían tomar como prisioneros de guerra insurrectos, heridos o no, que hallen en la plaza, lo que pongo en su conocimiento para que lo haga saber a los mismos y expedicionarios. (57)

Este causó revuelo y alarma en todo Melo. A la vez dejaba en mala posición a los miembros de la Expedición de Auxilios, ya que anulaba las instrucciones que portaban. Melo estuvo bajo el dominio de Saravia hasta el 7 de Julio. En el hospital habían muchos heridos, entre los cuales, siete del ejército gubernista. Uno de ellos era el Sargento Primero Carlos Massiotto, que fue lanceado en Tupambaé y permaneció tirado en el campo, hasta que fue rescatado Arturo Lussich, que recorrió veinte kilómetros con un asistente a esos efectos. Visto el giro que tomaba el asunto, casi todos los heridos, aún los graves, ante el peligro de que, con la llegada de los del gobierno, los consideraran presos de guerra, resolvieron el día 13 evacuar Melo en dirección a la frontera. Compenetrado del espíritu de la Cruz Roja, Piñeyro del Campo resolvió dividir el personal de su

expedición, dejando una parte en Melo, a cargo de los doctores Eduardo Lorenzo y Luis Álvarez con la finalidad de cuidar a los hospitalizados. Por otra parte, él y Bottaro, acompañaron a los heridos que huían hacia Aceguá, hasta que los médicos del ejército revolucionario se hicieran cargo de ellos:

El Dr. Bottaro y yo comprendimos que esta parte de nuestra misión era la más difícil, la más penosa y la más delicada y por eso, como era nuestro deber de directores, la tomamos a nuestro cargo, designando para acompañarnos a los practicantes Gianetto, Correa y Cuervo. Tres días duró la marcha a Aceguá durante los cuales se efectuó una curación general al aire libre... hasta el día 21 de Julio, en que llegaron los Médicos y Practicantes que debían hacerse cargo de los heridos. [57]

XVII

El diario «El Día» criticó la actitud humanitaria de Piñeyro del Campo, pero consideró como:

... benéfica a su gobierno y a su causa la noticia de la masacre del «Rincón de Barbat», suceso más alevoso aún que Quinteros, verdadero acto de barbarie... en el que más de cien ciudadanos de distintos colores políticos, asilados en el monte, fueron ferozmente degollados y mutilados. Batlle ordenó la suspensión del diario «El Siglo», porque pedía que se aclararan los hechos del Rincón de Barbat. Batlle dio al jefe de la horda que consumó la masacre –tal vez como galardón de tanta sangre uruguaya derramada–, los despachos de Teniente Coronel de los Ejércitos de la República». (57)

XVII

Terminada la revolución y liberado Morelli de su confinamiento en la Isla de Flores el 2 de febrero de 1904, en la que estuvo tres meses, en pleno invierno, retorna a su actividad profesional, tanto a su cargo de profesor de la Facultad de Medicina como a la atención médica «en ville». No abandona, sin embargo, de ninguna manera su compromiso partidario. Así se reintegra al Directorio del Partido Nacional y a la lucha electoral. Estos tres aspectos de su vida pública le eran indispensables para cumplir su vocación de servicio. Hombre de gran elocuencia, memoria y prestigio, sin abandonar sus compromisos familiares, profesionales y científicos, se puso nuevamente al servicio de su patria de adopción.

El 2 de febrero de 1905, el Decano de la Facultad de Medicina, Alfredo Navarro, solicita al Rector de la Universidad, Eduardo Acevedo:

... el nombramiento de Catedrático en Propiedad para la Cátedra de Terapéutica para el Dr. Morelli, el que formaba parte del Cuerpo de Profesores de esta Facultad, desempeñando ese cargo cuando por razones ajenas a la enseñanza dejó el puesto. Desaparecidas las causas

que motivaron su alejamiento... propongo su reintegración a la Facultad, nombrándolo Catedrático. [58]

XIX

En las elecciones nacionales de 1904, Morelli es electo Representante Nacional por el departamento de Montevideo (XXII Legislatura); es proclamado el 7 de febrero de 1905.[59] Fue cuestionada la validez legal de dicha designación por el diputado Gregorio S. Rodríguez. Sin embargo, durante la discusión primaria, el diputado Domingo Arena manifestó que *si el Dr. Morelli no se encuentra dentro de los términos de la Constitución, sin duda alguna, él se apresurará a presentar renuncia.*[60] La Comisión de Poderes de dicho cuerpo determinó que, analizada la Carta de Ciudadanía del Dr. Morelli, está en ejercicio de ella desde 1898, por lo tanto, dentro de las prescripciones legales, lo que fue aprobado quedando titular de su banca.[60] Por motivos de órdenes políticos y personales el 23 de ese mismo mes, Morelli presenta su renuncia.[61] Ella no significó de ninguna manera su desvinculación a la militancia política.

En 1905 Morelli era vocal del Directorio del Partido Nacional, el que al año siguiente renuncia en pleno. El Colegio Elector lo renueva y queda constituido de la siguiente manera: Carlos Berro, presidente; Antonio Carvallo Lerena y Juan B. Morelli, como primero y segundo vicepresidente y Alfredo Vásquez Acevedo, Remigio Castellanos, Enrique Legrand y Jacinto Durán, como vocales.[62] El 2 de Marzo de 1906, Morelli y Regino Olivera, –en representación del Directorio del Partido– entrevistan a Mariano Saravia, hijo de Aparicio, que había demostrado «alguna intranquilidad», y «estaba reuniendo gente». Ellos comprobaron que no había motivos de alarma. Villanueva Saravia se trasladó a la capital por motivos personales, demostrando así su falta de compromiso en supuestas rebeliones. A este respecto el Directorio emitió una declaración pública. El gobierno, precavido, sin embargo movilizó tropas y armamentos a Rivera y Cerro Largo, mientras el Presidente Batlle «se confinaba» a su fortaleza de Piedras Blancas. El 4 de marzo se implantó la «censura de prensa». El 5 son detenidos en el interior varios caudillos y en Montevideo son llevados a la correccional Morelli y Guillermo García y en la jefatura quedan detenidos Pantaleón Quesada y el Comandante Galarza:

Ayer fueron sometidos a la Justicia Civil nuestros distinguidos compañeros de causa que con motivo de los sucesos políticos que son de dominio público, se hallan privados de su libertad. Esta medida se imponía, pues es necesario buscar antifaz para tratar de encubrir el atentado. Interviene como Juez de Instrucción el Dr. Pastor y actúa el Escribano Villalengua. Como primera providencia se intimó a los detenidos el nombramiento de defensor, siendo designados los siguientes: al Dr. Juan B. Morelli, el Dr. Martín C. Martínez; al General Guillermo García, el Dr. Martín Aguirre, al Comandante Guillermo Galarza, el Dr. José Pedro Ramírez; al Dr. Pantaleón Quesada, el Dr. Salvador Milans. [63]

Ante estos desmanes del gobierno, se allana la casa de Morelli. Como se ha dicho, el Secretario de la Jefatura, Sr. Brizuela, acompañado del Sr. Levratto y del comisario Sanguinetti, se trasladaron al domicilio del Dr. Morelli. La visita tuvo por objeto apoderarse de la correspondencia del Dr. Morelli. La policía se incautó de varias cartas que resultaron sin importancia alguna, hallándose entre ellas, algunas de carácter amistoso del Comandante Nepomuceno Saravia. (64)

A estos hechos, continuaron otros agravios:

El 9 de marzo de 1906, después de haber sido encarcelado... ... acusado de colaborar en un plan subversivo, el Dr. Juan B. Morelli, médico eminente, especialista en enfermedades pulmonares, asistido por su defensor, el Dr. Martín C. Martínez preguntó al Juez si podía hablar libremente con su defendido. Respondió que sí». Pero el Director de la Cárcel, Sr. Cobo, no los dejó solos ni un instante. El Dr. Martínez preguntó si su presencia se debía a algún fin determinado, o si era puramente accidental. El Sr. Cobo respondió: «la incomunicación le ha sido levantada al Dr. Morelli por el Juez, pero continúa incomunicado por orden directa del Señor Presidente de la República. « El Juez se limitó a decir: «Es verdad lo que acaba de manifestar el Sr. Cobo. (65)

Otro suelto del día 17 de marzo de ese año dice lo siguiente:

El Dr. Morelli. Su libertad Provisional. El Fiscal Dr. Romeo Burgues, «Luminosa Vista». ¡QUÉ PUNTILLAZO!» Después de trece días de prisión, tan injusta como irritante, ayer de mañana recobró su libertad nuestro nobilísimo y distinguido correligionario Dr. Juan B. Morelli. No necesitamos aquí recordar las causas que motivaron la prisión de aquel consecuente compañero de causa, ni tampoco tenemos para qué insistir en el móvil vengativo que revelan las persecuciones de que ha sido objeto el Dr. Morelli. Todo esto ya se ha hecho carne en la conciencia popular, juzgándolo con merecida severidad. Una vez más, el Presidente de la República ha puesto en evidencia que nada ni nadie lo detiene cuando la pasión lo domina; y una vez más, también, un fracaso completo, absoluto, ha sido el resultado de sus actos rencorosos. La prisión del Dr. Morelli fue la consecuencia lógica, de las prevenciones que el Primer Magistrado tiene para aquel dignísimo ciudadano. Quiso envolverlo en una terrible conspiración, urdida allá en la soledad de Piedras Blancas, y por más empeños que puso para lograr ese objeto, sus planes fallaron totalmente. La luminosa vista del Fiscal Dr. Romeo Burgues... «demostró ese fallo». El juez de crimen de 1er turno, Dr. Mendoza y Durán confirma con sentencia definitiva el fallo del fiscal Luis Romeo Burgues, en el juicio contra el General Guillermo García, el General Basilio Muñoz, el Dr. Juan B. Morelli, el Esc. E. Quesada, el Comandante Antonio Galarza y Rosendo Oris. (66)

Luis Alberto de Herrera, en «La Democracia» dice, al día siguiente de los acontecimientos reseñados:

Triste y doloroso espectáculo. De un lado un partido pletórico de vida, lleno de lozanía, purificado por el infortunio, perseguido siempre, siempre atormentado, predicando la paz y la concordia, la tolerancia y el olvido como medio de contribuir al engrandecimiento de esta patria

tan cruelmente castigada. Del otro un gobernante lleno de pasiones, lleno de encono, fanático, implacable, con tendencias de boxeador anarquista, sin un solo impulso de nobleza hidalga, provocando continuadamente la guerra, fraguando revoluciones, sembrando alarmas e inquietudes por todo el país, fomentando la emigración, persiguiendo a nuestros compañeros. (67)

XX

En 1907, Morelli por razones familiares y profesionales, emprende un viaje a Europa. Su meta principal es la de concurrir a la Clínica del Profesor Carlo Forlanini (1847–1918), quien, al igual que el Profesor John B. Murphy (1857–1916), había experimentado con éxito un nuevo tratamiento para la tuberculosis pulmonar: el pneumotórax artificial.

La tuberculosis pulmonar a fin del siglo XIX y comienzos del XX, fue motivo de especial atención por la enorme morbimortalidad que ocasionaba. Los escasos recursos con que se contaba para combatirla, eran totalmente empíricos, como ser el reposo, la sobrealimentación, la helioterapia o las curas marítimas. El descubrimiento del bacilo causante de la enfermedad por Robert Koch en 1882 marcó una nueva orientación, no en su tratamiento, sino en su prevención. Coincidentemente, los autores arriba mencionados preconizaron el primer tratamiento racional para tuberculosis pulmonar, mediante el reposo del pulmón lesionado por medio de la inyección de aire en la cavidad pleural, obteniendo así el colapso de dicho órgano y por tanto de la caverna, con lo que se evitaban las temibles e incoercibles hemoptisis, frecuentes accidentes terminales de las tuberculosis graves. Morelli, desde su cátedra y laboratorio de terapéutica había seguido las experiencias de Forlanini, bajo las indicaciones hechas por correspondencia por ese profesor. Era para él necesario entonces una visita a la clínica italiana para poder captar los mayores detalles de dicho tratamiento. Fue así que adquirió en Roma toda la pericia necesaria para practicarlo con éxito dicho tratamiento. En el curso de ese viaje concurrió también a París, donde frecuentó las clínicas Vaquez, Laubry y Babinsky.

XXI

A su retorno de Europa, Morelli vuelve a sus múltiples actividades Luego de varios años en que los ánimos parecieron apaciguarse, siendo presidente Claudio Williman, el año 1910 fue de intranquilidad. En efecto, en enero hubo claros movimientos preparatorios revolucionarios en Buenos Aires. El patacho *Piaggio*, pequeña embarcación de bandera argentina, que llevaba armamentos para los revolucionarios y al que acompañaban barcos argentinos, fue interceptado por cañoneras uruguayas y desviado hacia Concepción del Uruguay, donde las armas fueron decomisadas. En ese puerto esperaban los armamen-

tos los voluntarios uruguayos y argentinos, al mando del Coronel Carmelo Cabrera.[68] Poco después renuncia nuevamente el Directorio del Partido Nacional, eligiéndose otras autoridades. Ocupa la presidencia Alfredo Vásquez Acevedo y Morelli y Arturo Lussich como vicepresidentes. Los focos de rebelión contra el gobierno continuaron. En octubre de ese año, se levantaron los blancos al mando de Basilio Muñoz y la gente de Treinta y Tres tomó en combate al pueblo de Nico Pérez. El 25 de octubre el Gobierno ordena la prisión de Abdón Arosteguy y de Antonio María Fernández, al tiempo que en Durazno es requerido Basilio Muñoz. Los detenidos son confinados todos en la Isla de Flores. El 26 Mariano Saravia invade por el norte. El Gobierno dicta una ley de interdicción de bienes para una lista de sospechosos. Antonio Bachini[69], Ministro de Relaciones Exteriores, presenta renuncia a su cargo el día 28 por haber recibido duras críticas del diario «El Día», a raíz de haberse interesado por su amigo Arosteguy, que fuera detenido. Como consecuencia de estos acontecimientos, Morelli estima oportuno exiliarse en Buenos Aires, a donde lo siguen Duvimioso Terra y Guillermo García. Los revolucionarios en armas eran Nepomuceno Saravia, Basilio Muñoz (h), Mariano Saravia, Lizardo González, Juan J. Muñoz y Miguel A. Pereyra.

Este exilio de Morelli dio origen a un episodio asaz pintoresco. Al tener éste noticias de que estaba requerido por la policía, se dirigió hacia la Legación Argentina, situada en avenida Agraciada y 19 de Abril. Al llegar allí, vio que los portones estaban bajo guardia policial para impedir que se asilaran los políticos requeridos. En vista de eso, continuó su «paseo» hasta llegar a una quinta, propiedad de un cliente suyo, situada sobre la calle Uruguayana, cuyos fondos lindaban con los de la Legación Argentina. Según testimonio, don Juan Llovet, propietario de la referida quinta, le facilitó la escalera para salvar el muro que dividía las propiedades, quedando así asilado. Esa misma noche, acompañado por el secretario de la legación, pretendió embarcarse en el vapor de la carrera. La policía que vigilaba los embarques lo detuvo, a pesar del asilo diplomático. El ministro argentino, en conocimiento del hecho, reclamó inmediatamente y Morelli tuvo que ser devuelto a la legación, pasando posteriormente a Buenos Aires. En esa ciudad permaneció con su esposa y cuatro hijos desde el 28 de Octubre de 1910 hasta el 12 de Febrero de 1911.

Fue este un episodio más de su vida política en la cual tuvo enfrentamientos con Batlle y que provocaron continuamente en este último reacciones que hoy en día se conocen como «atentados contra los derechos humanos». Carlos Roxlo, dice a propósito de él:

Mirabeau Tommellu, llamado también Mirabeau Cravette, decía de Necker, que dicho personaje «hacía gárgaras con todas las virtudes, pero no bebía de ninguna». Del Sr. Batlle puede decirse que gargariza con todos los Mensajes de Paz, protestando de su profundo amor al país: pero que todos los mensajes le desagradan, y todo lo exaspera. [70]

XXII

Pero, al fin llegó un día en que la omnipotencia de Batlle encontró su valla limitadora. La anécdota que vamos a relatar ha tenido múltiples versiones. Una de ellas pertenece a uno de los discípulos de Morelli, Uruguay Marino, a su vez admirador de Batlle. En un opúsculo que publicó con motivo de los diez años de la muerte de su maestro, dice:

En la verdad o en el error solo le movilizaba (a Morelli) un fin superior; y jamás se le oyeron palabras ni juicios de condenación cuando se recordaban las contingencias sufridas por sus actuaciones políticas: persecuciones, prisiones, destierros, con todo el cortejo de tristes secuelas, entre las que más profundo dolor le causara, el prolongado alejamiento de su familia. La pasión política dominaba los ánimos: era el signo de la época... [71]

Años más tarde, la fatalidad se cierne sobre el hogar del prominente hombre público: cae seriamente enferma la única hija del referido personaje, Ana Amalia Batlle Pacheco. Todo concurre, frente a la gravedad del caso, a que se haga imprescindible la opinión del Maestro. El entrañable amor paterno puede más que el encono y la enemistad política y se solicitan sus servicios profesionales. El episodio vivido es digno de ambos personajes. ¿Qué ocurrirá? De él saldrán enaltecidas dos figuras próceres.

En efecto, Ana Amalia, al salir de una fiesta, en abril de 1912, sufre un enfriamiento. A pesar de los cuidados prodigados por Américo Ricaldoni, se hizo evidente un proceso pulmonar crónico de origen tuberculoso.[72] Frente a este diagnóstico, Ricaldoni solicita la asistencia de Morelli. La dificultad que se presentaba era si este, dados los antecedentes de su mala relación con Batlle, consentiría en hacerse cargo del tratamiento. Para esa gestión se encargó a Domingo Arena, a quien hemos visto figurar en este relato. Arena, además de amigo de ambos personajes, era el novio de una clienta de Morelli. Este último exigió en primer lugar una autorización escrita del médico tratante y en segundo lugar, una gestión directa de Batlle.[73] Según versión de César Batlle Pacheco, Batlle concurrió al consultorio de Morelli. El diálogo fue breve: «*Vengo en busca del Médico. El Médico y el Hombre están a sus órdenes.* En su propio coche, Batlle condujo a Morelli desde su casa de la calle Canelones hasta la quinta de Piedras Blancas. Viajaron solos durante una hora. No cambiaron palabra.[74] En la extensa obra de Giudice y González Conzi sobre Batlle no se hace ninguna mención sobre la intervención de Morelli.[75]

No dejaron de realizarse, sin embargo, consultas a Europa, ni de manejarse la posibilidad de que la enferma viajara al viejo continente, lo que fue desaconsejado, dada la gravedad del caso. Por otro lado, la situación política de Batlle, enfrentado a una nueva presidencia, no le permitía alejarse del país. Entre las consultas realizadas, se hizo una al eminente tisiólogo Carlo Forlanini, al cual ya nos hemos referido, solicitándole si podía venir al Uruguay. Este declinó el ofre-

cimiento, dado que consideró que la persona indicada para el tratamiento estaba precisamente en Uruguay y era Morelli. Se intentó también realizar el tratamiento con la vacuna Friedman, para lo cual fue consultado el Dr. Rafael de Miero, que se hallaba entonces como diplomático en Europa, que por otra parte fue quien contactó con Fornalini. Dicha vacuna fue desaconsejada por considerársela ineficaz.[76] Se indicó entonces el aire de la costa, por su promovido efecto benéfico. El 20 de noviembre de 1912, en el Crucero Uruguay, cuyos gastos de carbón corrían por cuenta de Batlle, fue llevada a una estancia en las costas del Arazatí (Departamento de San José), donde, con extremos cuidados, fue instalada, teniendo como médico para asistirla allí al discípulo de Morelli, Alberto Mañé (1884–1960). Éste intenta tres neumotórax, que no tuvieron éxito, debido a las adherencias fibrosas del proceso.[77] Ante la escasa mejoría obtenida en Arazatí, así como el fracaso de los neumotórax, volvió la ya muy debilitada paciente a la quinta de Piedras Blancas, donde fallece el 24 de enero de 1913.

Para los que conocían al Dr. Morelli, su actuación en este episodio era la previsible, dada la personalidad demostrada en todos los actos de su vida y también, de acuerdo al Juramento Hipocrático, que cumplió siempre, a pesar de ser «un Nacionalista furiosamente anti Batlle».[78] La actitud posterior de José Batlle y Ordóñez para con el Dr. Morelli, en los años posteriores a este episodio, continuó siendo la misma, de «furiosamente anti–Morelli» y «El Día» siguió fielmente esa pauta. Evidentemente continuó con los «gargarismos» que mencionaba Carlos Roxlo.

XXIII

El 20 de Julio de 1917, siendo decano de la Facultad de Medicina Américo Ricaldoni, Morelli es nombrado profesor titular de Clínica Terapéutica.[79] Al crearse la IV Cátedra de Clínica Médica, con fecha 17 de febrero de 1924, es designado para ocuparla, previo llamado a aspirantes. Esta designación merece las siguientes palabras, vertidas en el Consejo de la Facultad:

En todas las iniciativas y reformas de alguna importancia que se realizaran en la Facultad durante ese período, vemos siempre figurar al Dr. Morelli, siendo entusiasta partidario de encaminar a la Facultad por la vía del estudio y de la Investigación científica... Desde entonces, ininterrumpidamente ha continuado prestando a la Enseñanza el valioso concurso de su ilustración y de su cariño a la Facultad, nunca puesto en duda. [80]

Al hacerse cargo de este Servicio, Morelli es rodeado de colaboradores, en años sucesivos, tales como Justo Montes Pareja, Manuel Abascal, Pablo Purriel, Alberto Mañé (como cirujano de la Clínica), Juan N. Quagliotti, Gilberto y Abelardo Sáenz, Andrés Castro, Aristeo Piaggio, Cleopatra Epifanio, José J. Estable, Uruguay Marino, entre otros. El trabajo en esta Clínica fue intenso, se investigó en diferentes campos (enfermedades infecciosas, hematológicas,

neurológicas, etc.), pero rápidamente se orientó en forma definitiva hacia el estudio de la tuberculosis y en general, de las enfermedades respiratorias, donde llevó a cabo una labor de relevancia internacional al haber sido, junto con Gumersindo Sayago en la Argentina y Manoel Abreu en el Brasil, uno de los creadores de la lucha antituberculosa en Sudamérica. [81]

Como otra prueba de la labor creativa realizada en su clínica, transcribimos el siguiente pensamiento de Purriel:

En su clínica se puede trabajar ampliamente; hay libertad máxima, que es lo que más me agrada; hay allí un hombre a quien puedo consultar sobre cualquier tema; siempre me informará al respecto, siempre me dará datos bibliográficos y con dulce sonrisa terminará diciendo: «Yo tengo el libro o la revista, pase por mi casa a buscarlo»... Pero en este hombre hay muchas cosas que admirar. Se le ve activo al exceso; su capacidad de trabajo es infinita y lo que más me impresiona es esa contagiante inquietud que tiene por lo desconocido. En todo punto encuentra el misterio. Como sabe y está informado, ubica el problema, pero siempre plantea la falta de solución. En su duda se adivina el conocimiento del punto, pues sólo a los que saben los asalta la duda y son los ignorantes los que todo lo han resuelto.

Fue profundamente tolerante; logró reunir a su lado, en cierto momento, colaboradores que sustentaban las más contradictorias ideas. En su clínica han convivido, en su trabajo diario, místicos como Abascal, anarquistas como Bottero, socialistas como yo, hombres que él sabía que combatíamos con todo nuestro ardor sus ideas políticas, que las ubicábamos dentro de los severos límites de un conservadorismo que siempre creímos perjudicial y enemigo para la felicidad de los hombres humildes. Jamás puso reparos a nuestra manera de pensar, haciendo en ocasiones un estudio analítico de nuestro ideario y reconociendo los puntos que él aceptaba como buenos. [82]

XXIV

Fue preocupación principal de Morelli el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, por el único método efectivo que existía hasta ese momento, que era el pneumotórax artificial o colapsoterapia, método de Forlanini. Repite las experiencias de laboratorio y en 1911, practica por primera vez en Sudamérica dicho método. Esta prioridad fue públicamente reconocida por Sayago en Córdoba, quien manifestó que Morelli se le había adelantado por 6 meses. [81]

Al mencionado recurso terapéutico, siguieron otros métodos de colapsoterapia, que desarrollaron sus colaboradores, Alberto Mañé, Luis Felipe Algorta, Eduardo Bastos, Juan A. González Tafernaberry y Juan N. Quagliotti. Estos métodos buscaban el reposo del pulmón, ya sea con la inmovilización del hemidiafragma (frenicectomía) o colapsando el pulmón con parafina, otras sustancias o tejidos (plombaje) o aplanamiento del tórax por resecciones costales (toracoplastias). [83]

Con respecto al tratamiento de la tuberculosis, corresponde transcribir este párrafo de Uruguay Marino:

Ya hemos dicho que Morelli fue el hombre que mejor estudió la tuberculosis en el Uruguay. Las primeras etapas del ejercicio de su profesión coincidieron con un período de inusitado auge epidemiológico de la terrible enfermedad. Apenas habían transcurrido unos pocos años desde que Robert Koch descubriera el bacilo y haciéndose la luz para todos para que se pusiera fin a la vieja y enconada lucha entre contagionistas y anticontagionistas. La enfermedad diezmaba a la juventud, tronchado numerosas vidas en flor. Eran, sobretodo los humildes, los más débiles económicamente, los que pagaban mayor tributo al flagelo y ya no dudó (Morelli) un solo momento en dedicar sus mejores afanes... a la batalla contra esa dolencia... y su preocupación por lo más decepcionante: lo poco con que se contaba en el arsenal terapéutico para combatir la enfermedad. En honor a la verdad puede afirmarse que Forlanini y Murphy tuvieron la idea inicial del procedimiento (Neumotórax Artificial) en la misma época. Morelli tomó con ahínco el estudio del método. Cumplidos los estudios experimentales, y luego de pacientes observaciones, lo ensaya en algunos enfermos: el resultado es satisfactorio. Desde entonces se establece una asidua correspondencia, con un permanente contacto con el ilustre Profesor de la Facultad de Pavia. [71]

XXV

Al mismo tiempo, aparecen los escépticos y los detractores del método, entre los cuales se encuentran algunas figuras de gran prestigio en la medicina nacional. Es necesario defenderse y convencer y el mejor argumento es la presentación de los enfermos mejorados y curados, cada vez más numerosos y así llega Morelli a reunir un profuso material que le permite, en el año 1918, responder a los detractores con la publicación de un tratado sobre la colapsoterapia de la tuberculosis.[84] Fue la guía fundamental y la mejor fuente para la práctica del método de Forlanini. Y el amor, la emoción, el entusiasmo y el fervor puesto en la obra se trasuntan en las palabras con que, en simbólica donación, finaliza el prólogo:

Entrego a mis discípulos y colegas este trabajo que refleja los ocho años de labor científica y sentimental más ocupados de mi vida de médico y de profesor. [84]

En 1927 se celebra en Córdoba, Argentina, el Primer Congreso Panamericano de la Tuberculosis. A este congreso concurre, entre otras personalidades relevantes de la tisiología universal Ernst F. Sauerbruch[85], creador de la toracoplastia. Es en esta oportunidad que se reconoce a Morelli como uno de los creadores de la prevención de la tuberculosis pulmonar en Sudamérica.[86] La delegación uruguaya, con una nutrida concurrencia de sus discípulos, llevaron la profusa experiencia de nuestro país. En este congreso pudo establecerse que Alberto Mañé fue el cirujano que inició el tratamiento quirúrgico de la tuberculosis pulmonar en nuestro continente. Por indicación de Morelli había efectuado

varias frenicectomías y 22 toracoplastias, por lo que dicho cirujano fue objeto de felicitación por parte del Prof. Allende. En dicha oportunidad Mañé practicó, en presencia del creador del método, la operación de Sauerbruch, quien se manifestó elogiosamente respecto a la utilización de la anestesia local, en lugar de la anestesia general preconizada por Sauerbruch.

XXVI

A instancias de Morelli la Facultad de Medicina invitó a Abreu, de Brasil, tisiólogo renombrado y autor de un aparato de Rayos X que permitía hacer radiografías en película pequeña (16 mm) y costo muy reducido, método muy apropiado para exámenes preventivos y diagnóstico precoz de la tuberculosis pulmonar. Como resultado directo de esa visita, se instaló en Montevideo el primer aparato para el abreudiagnóstico de tórax. [87]

José Martirené, director general de la Asistencia Pública e integrante del Consejo de la Facultad de Medicina, procuró organizar la lucha contra la tuberculosis. En mayo de 1929 presentó un proyecto de creación de una cátedra de tisiología, a fin de hacer más efectiva esa lucha. Esta propuesta no tuvo andamiento. Fue entonces que, tratando de corregir esa anormalidad y para colmar este vacío sentido en los ambientes técnicos, Morelli, Profesor de Clínica Médica y en esos momentos Presidente de la Cámara de Senadores, presenta al Cuerpo un proyecto de transformación de una de las Clínicas existentes en la Facultad de Medicina, en una Cátedra de Tisiología. Esta iniciativa tampoco tuvo aprobación. Recién en 1937, con motivo de tratarse en el Senado el Presupuesto de Gastos para el ejercicio 1938, Morelli manifiesta su preocupación por no haberse aún creado dicha cátedra. Finalmente se concreta el proyecto el 8 de julio de 1937.[88] El 21 de octubre de 1938 Morelli fue designado para ese cargo, en el que es confirmado el 9 de marzo de 1939. Desempeñó, con la solvencia que le daba su sólida preparación, la Cátedra de Tisiología y la Dirección del Instituto de Tisiología, durante 7 años. [89]

El 8 de Abril de 1940, Morelli eleva al Decano, Julio C. García Otero, un proyecto de reglamentación y creación del Dispensario Profiláctico Antituberculoso Estudiantil, como sección del mismo Instituto, para el despistaje de la tuberculosis en los estudiantes universitarios, lo cual fue aprobado.

Durante estos años, Morelli realiza numerosos trabajos de investigación clínica, tanto en el área tisiológica como neumológica.

Entre las numerosas distinciones que recibió, fue designado Académico de Honor de la Academia de Medicina de Buenos Aires, presidente de las Sociedades de Medicina y Tisiología; miembro honorario de las Sociedades de Tisiología de varios países de América Latina. Fundó en el país la Revista de Tisiología y la

Hoja Tisiológica[90], que congregaron los principales trabajos sobre epidemiología, diagnóstico y tratamiento de la tuberculosis.

Recibió numerosas condecoraciones, entre las que destacamos: la Orden de San Gregorio Magno (Vaticano)[91], Comendador de la Orden de Isabel la Católica, Comendador (1926) y luego Gran Oficial de la Corona de Italia, orden a la que renunció cuando Mussolini declaró la guerra, uniéndose al nazismo.[92]

Fue Miembro Honorario de la Academia de Medicina de Buenos Aires. De los Institutos de Tisiología de Buenos Aires, Asunción, La Paz, Valparaíso, Río de Janeiro; de la Sociedad de Biología de Montevideo, de la Sociedad Argentina de Anatomía Normal y Patológica. Sus conocimientos en ciencias le valieron entre otras distinciones, ser Miembro Vitalicio de la Royal Astronomical Society de Londres y Presidente Honorario de la Sociedad de Biología de Montevideo, de la que había sido uno de los fundadores.

El 2 de mayo de 1937, la Sociedad Médica del Centro de la República organizó un Congreso Nacional de Medicina, con sede en la ciudad de Rivera, ocasión en la que se le rinde homenaje, inaugurándose en esa ciudad un pabellón para el tratamiento de la tuberculosis con el nombre de «Dr. Juan B. Morelli».

XXVII

El 24 de Agosto de 1937, se cumplen los cincuenta años de su primera clase en la Facultad de Medicina, sus Bodas de Oro como docente. Se le rinde en esta ocasión un homenaje en el que participan autoridades nacionales, de la Facultad de Medicina, la Sociedad de Medicina de Montevideo y a la cual asiste también una representación de médicos argentinos.

En agosto de 1943, luego de 57 años de labor docente, al cumplir los 75 años de edad, se retira voluntariamente de la actividad universitaria y profesional. En esta ocasión también es objeto de un sentido homenaje. [94]

XXVIII

¿Cómo era el Dr. Morelli? (fig. 17).

Este es un tema difícil de exponer, pues lógicamente en su larga vida, su aspecto físico fue variando. Cuando trabajaba en la vieja Facultad en la calle Sarandí y Maciel, tal como lo muestra una fotografía junto con Luis Mondino, era un joven más bien bajo, con bigote, sin barba, lentes de patilla y cabello bien poblado. En otra foto, aparece de aspecto más formal, con jopo y barba, que, con poca variación, es el aspecto que se observa en la imagen de la Sanidad de 1904. En épocas posteriores se afeitó definitivamente la barba.

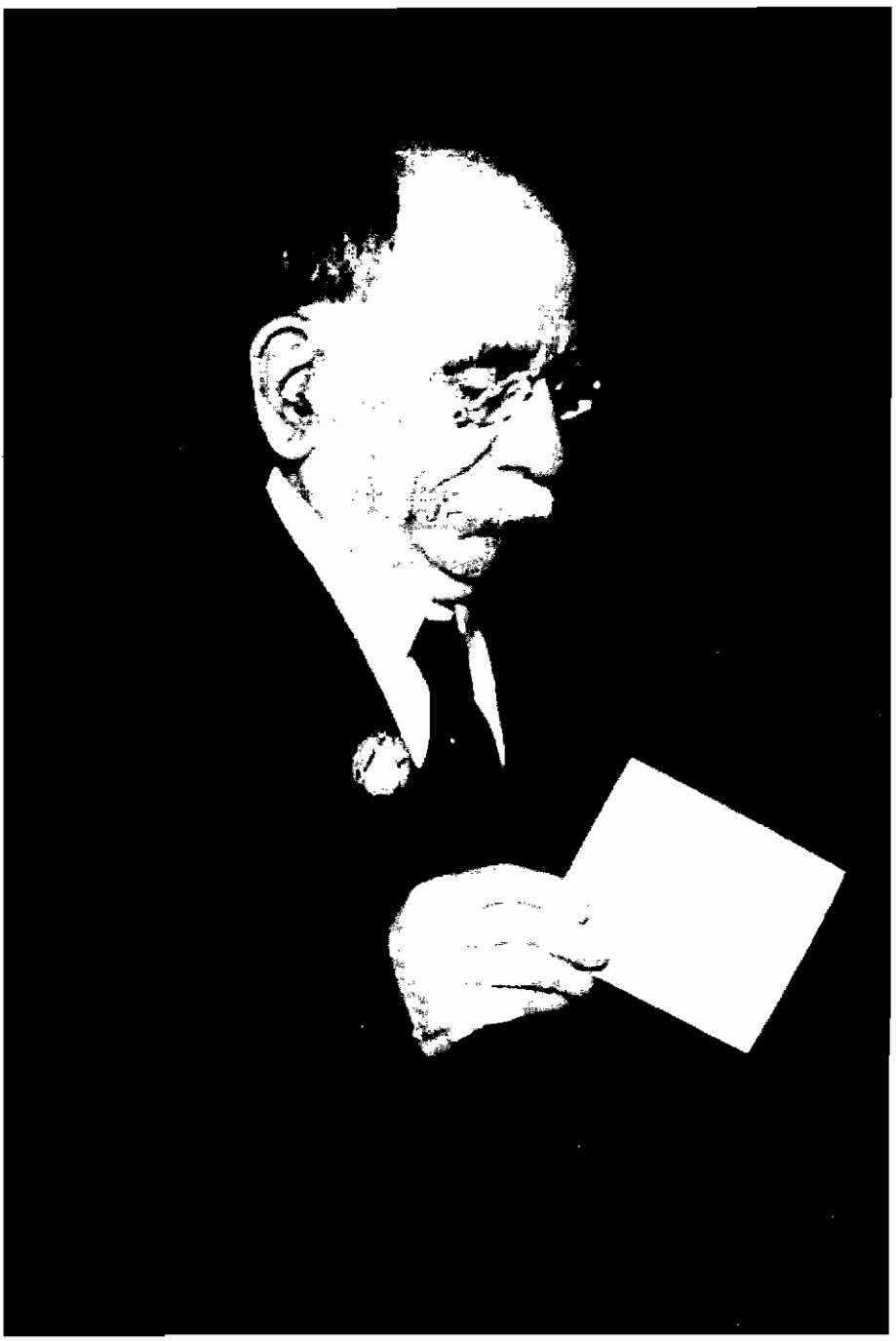


Figura 17
Juan B. Morelli, c1925.

Era de baja estatura, fornido, con cabeza relativamente grande, con macizo facial oval, frente amplia, con arcada orbitaria marcada, sirviendo de base a unas cejas amplias y pobladas, característica muy personal de él, cejas que debía recortar periódicamente para poder calzar con comodidad los anteojos. Eran sus ojos castaños, grandes, ligeramente prominentes, que se veían achicados por efectos de sus lentes de miope. Su mirada era por momentos pensativa, como perdida en el espacio, otras veces, escudriñadora e investigadora y otras, suave, afectuosa y comprensiva. Otra particularidad de su cabeza y que llamaba la atención era tener las orejas muy grandes, pobladas de pelos. Sus alumnos decían que cuando el Profesor Morelli auscultaba a un enfermo con su oreja abarcaba todo el pulmón de este. Era su bigote bien poblado, sin guía que lo prolongara, canoso y enmarcado por dos pliegues que le bajaban de la nariz. Esta, algo pronunciada, roma, presentaba las correspondientes marcas producidas por los anteojos de «pellizco», anteojos de miope, que cuando leía se los sacaba y llevaba prendido en el dedo índice de su mano derecha, con que sostenía el libro, próximo siempre de sus ojos. Su cuello era corto, asentado sobre hombros algo cargados pero fuertes. De cabellera muy poblada en el perímetro de la cabeza, raleaba en su parte superior; era negra, canosa, sobretodo en las patillas y en el bigote.

A esta descripción estática de sus rasgos, hay que añadirle el cambio sutil que los animaba los diferentes estados de ánimo.

¿Cómo era Morelli en su trato personal? Para un hijo es difícil ser objetivo en estas definiciones, en que ve envuelta profundamente la afectividad. Por suerte, cuando uno creía haber llegado a un «impasse», surgen fuentes de información que evitan este obstáculo.

Uno de nosotros (F.M.G.) que lo conoció íntimamente desde su niñez, puede agregar que su persona irradiaba paz, sabiduría y bondad. Era delicioso verlo discurrir, con una dicción algo sentenciosa, pero modesta, sobre muy diferentes tópicos, en particular sobre medicina clínica, en la que solía intercalar dichos y frases en la más depurada lengua italiana. Esta manera de ser, afable y tolerante, contrastaba con la pasión que desde joven había puesto en su participación partidaria.

Carlos Roxlo dijo así refiriéndose a su participación en la revolución de 1904:

El Dr. Morelli había sido... el médico de la familia del Dr. José Romeu, Ministro de Relaciones Exteriores del Sr. Batlle, (1912). ¡Y qué médico! Afectuoso, completamente desinteresado, pronto al sacrificio de todas sus noches, nunca reacio al llamado de los que sufren, amante del estudio hasta lo inverosímil y conocedor de todas las novedades que exaltan la atención del mundo científico. El Dr. Morelli os explica la historia del cielo como un astrónomo: sabe de las virtudes de los simples como una hechicera del medioevo; maneja el microscopio como si de lo pequeño dependiese su salvación; os cita cuanto nombre eslavo y alemán se lee en las revistas, o se escribe en

los libros; todas las enfermedades le han costado vigilias a la luz de la lámpara y a todos los dolores ha buscado consuelo, con un ardor en el que se confunden expresamente las piedades y la nunca saciada curiosidad del sabio. De mediana estatura, amorenado por el cierzo y el sol, pelinegro y con algunas hebras de plata en la barba revuelta; siempre locuaz y con el rostro cruzado de continuo por el relámpago de los nervios, movedizo y ágil, de tórax robusto y anchas espaldas, vestido con un traje de pana de color marrón y con altas polainas de paño obscuro, con chambergo o boina de matiz claro, con la cartera profesional cruzada sobre los pectorales y con el poncho en los tientos de la grupa de su caballo. Pésimo jinete y muy corto de vista, nada habituado a la vida campera, el Dr. Morelli halló fuerza de su voluntad lo que otros encontraban en la fuerza de la costumbre: y fue en los campamentos, motivo de envidia y causa de asombro por lo inagotado de su buen humor, por lo indescriptible de su fe en el triunfo, por su rapidez en el esparcimiento de las noticias halagadoras y por el gesto de desdeñosa duda con que recibía las noticias mortificantes. El frío y la niebla no lo amilanaron; las privaciones y las largas marchas se estrellaban contra lo grande de su estoicismo; todos los enfermos le merecieron solicitud y a todos los heridos le ganó el alma con lo afectuoso de sus cuidados. No cambió su carácter, el carácter agreste, de roca de piratas, de la Isla de Flores; diose a la pesca y jugó a la pelota, ¡para vigorizar su paciencia y sus músculos! Soñaba a toda hora, despierto y dormido, con el triunfo de la Revolución. [95]

Figura 18
Juan B. Morelli y Luis Alberto de Herrera.

Entre sus correligionarios, actuó siempre como elemento de unión, como moderador de las tensiones internas del partido, como conciliador en las diferencias de opinión y apaciguador de las discrepancias entre las fracciones circunstanciales. Vale la anécdota cuando se postuló en 1922 a Morelli como

Presidente del Consejo Nacional de Administración, y se le pidió a Lorenzo Carnelli su opinión, éste fue favorable a esta candidatura, pese a que Morelli era herrerista En la lista de candidatos al Consejo, el Radicalismo Blanco «obtuvo la satisfacción moral» de llevar a Morelli como Segundo Suplente, quien, si bien no era afiliado a ese sector, contaba en él con notorias simpatías. En determinado momento de tensión, el convencional Carlos Roxlo manifestó:

Sé toda la fuerza que tiene el Dr. Morelli en el espíritu de sus correligionarios, y, creo que por error, arrojó sin querer en uno de los platillos de esta discusión, el peso enorme de su influencia. (95)

XXIX

No podemos cerrar esta biografía de Morelli, sin evocar la de su compañero de tantos años de las lides políticas, Luis Alberto de Herrera. Apenas terminada la Revolución de 1904, Herrera (fig. 18), desde su estupendo baluarte cívico, el diario La Democracia, mantiene vivo el espíritu del Partido Nacional y aprovecha cuanta ocasión se le presente, señalando, tanto los errores de los gobernantes, léase Batlle, como evocando el glorioso pasado, las luchas para la conquista de la pureza electoral. Vemos así que en noviembre de 1904 reivindica la batalla de Tupambaé como triunfo final del Partido y que, en el cuarto día de la batalla, obligó a un retroceso del ejército comandado por Galarza hasta el Arroyo de Las Pavas. Publica un pormenorizado diario de campaña sobre dicha batalla escrito por Ismael Cortinas y con artículos propios y colaboraciones de otros, prueba fehaciente de su triunfo. Entre los colaboradores se publican las cartas que ya hemos referido de Morelli, en las que Herrera, en preámbulo a ellas dice: *Este noble compañero, tan brillantemente vinculado a la campaña revolucionaria, nos ha remitido la carta que va al pie.* Relativo a una segunda carta de Morelli, encabezaba ésta con un *Querido Luis Alberto*, éste, como prólogo de la misma escribe:

A los muchos testimonios que hemos acumulado de nuestras publicaciones anteriores, tenemos que agregar hoy, el muy valioso que nos ofrece el nobilísimo y abnegado correligionario, el Dr. Juan B. Morelli. El Dr. Morelli es un verdadero carácter, un verdadero apóstol de la verdad, nos escribe la carta que, complacidos publicamos más-abajo. Lo que dice no puede ser discutido, es lo cierto, lo innegable, lo que nadie puede desautorizar.

Tales términos fueron la expresión de los sentimientos más íntimos de Herrera a favor de quien, en el futuro, sería su íntimo amigo, su médico y su admirador más ferviente y constante.

La amistad entre ambos se veía apoyada por los sentimientos semejantes que existían entre sus esposas, Rosa Mackinnon de Morelli cultivó una profunda amistad con Margarita Uriarte de Herrera, indiscutible primera dama de la socie-

dad uruguaya, no sólo por ser la esposa de Herrera, sino por el enorme prestigio que gozaba por su dedicación a obras de interés social.

Un episodio que es digno de ser recordado es el de la prisión que sufrió Luis Alberto de Herrera siendo diputado nacional. Por orden de Batlle fue detenido al salir del recinto de las Cámaras. Inmediatamente se promovió la cuestión de fueros en el Parlamento y el pedido de informe urgente al Poder Ejecutivo. Herrera fue puesto en libertad, pero Batlle no se conformó con este fracaso y emprendió contra Herrera en el diario «El Día», escribiendo personalmente en su doble rol de Presidente de la República y de periodista. Ante este hecho, el Dr. Herrera le envía a Batlle los padrinos para un duelo, pero este último, empleando por excusa el hecho de ser Presidente, se negó a aceptar el desafío.[96] Este es otro de los gargarismos del Señor Batlle. Algo similar a lo que le había sucedido más de una vez a Morelli: vidas paralelas...

Como ejemplo de la siempre vivaz convicción partidaria, recordaremos una anécdota referida a Morelli. En efecto, en una reunión de la Coordinadora del Partido Nacional en noviembre de 1984, se conversaba de blancos de otra época. Llevaba la voz cantante un viejo servidor del Partido, quien, dirigiéndose a Rodolfo Larrañaga y ante unas trescientas personas, le dijo:

«¿Así que vos pibe sos blanco?». Para ser blanco, según el Dr. Juan B. Morelli, se necesitan tres cosas: ser valiente, ser honesto y ser desconfiado, porque los colorados son como las mulas, en el momento menos pensado te dan una patada y disparan.

XXX

La vida de Morelli, colmada de satisfacciones, tanto personales, familiares, sociales como políticas, sufrió el dolor de la muerte de dos de sus seres queridos: su esposa Rosa, en 1929 y su hijo mayor Juan Enrique, médico bioquímico, de solo 36 años de edad en 1942. Luego de una larga y progresiva enfermedad, murió el 31 de Diciembre de 1947. Tomamos al respecto la noticia como la publicó un diario que siempre se manifestó en contra de Morelli, nos referimos al artículo de «El Día», «Ante el fallecimiento del Dr. Morelli»:

Falleció el Profesor Juan B. Morelli. Una figura de indudable relieve en nuestro ambiente médico–científico, desaparece con el fallecimiento del Profesor Juan B. Morelli. Su gestión docente en nuestra Facultad de Medicina, a la cual renunció hace pocos años por límite de edad, lo consagró un clínico eminente y un Maestro de nuestra escuela médica. Como Profesional, estuvo vinculado a nuestra sociedad por una larga y destacada actividad que le valió consideración por las virtudes que le acreditaba su vocación médica, que se tradujo en nuestros centros hospitalarios, en un esfuerzo humanitario y una dedicación científica digna de encomio. Por este motivo, su deceso ha de poner de manifiesto la consideración que había logrado en vida, en mérito a su larga actuación de médico y científico. [97]

La ultima voluntad de Morelli con respecto a los honores que se le pudieran tributar en ocasión de su fallecimiento, la expresó el 22 de marzo de 1941:

No he agradecido bastante al Uruguay y a sus nobles y generosos habitantes de los infinitos beneficios que me han dispensado. El uruguayo es el pueblo más generoso del mundo... Es mi más firme deseo que no se vele mi cuerpo fuera de mi casa, que no se le tributen honores fúnebres de ninguna clase, que no se invite por los diarios para el entierro, que no haya discursos. (98)

Sin embargo, el Poder Ejecutivo envía un mensaje Poder Legislativo, que fue aprobado, rindiéndosele honores de Ministro de Estado, en mérito a su larga actuación, tanto científica como política. En Sesión Extraordinaria del Senado, el Presidente de ese cuerpo, Dr. Cyro Giambruno, dijo:

«Me creo en el deber de recordar las virtudes excelsas del Profesor Morelli, hombre que honró a la especie humana con los mejores atributos y virtudes. Fue un ciudadano que estuvo siempre en los puestos de peligro y de responsabilidad; jamás rehuyó los lugares donde tenía que poner una nota de dignidad, y fue además de todo eso, una figura señera en nuestro ambiente científico... y en su tumba y en su recuerdo se asocian amigos y adversarios, porque este hombre bueno, digno y humano escaló los senderos de su vida, reuniendo todas las virtudes de la especie y ejerciendo con toda dignidad, la tolerancia, la firmeza en el sostenimiento de sus ideas».

Se adhirieron al homenaje los senadores Martín Etchegoyen, Gustavo Gallinal, Dardo Regules, Isabel Pintos de Vidal, Suárez, Viña, Ángel Cusano, Calleriza y Lorenzo Batlle Pacheco. Destacaremos estos párrafos del discurso del senador Aquiles Espalter:

Nuestro sector también adhiere emocionado a este homenaje que se tributa a la memoria del ilustre y eximio ciudadano desaparecido, que fue el Dr. Juan B. Morelli. Es indiscutible que su personalidad científica traspasó los límites de la patria. Por lo tanto, pues, como lo señaló el Señor Senador Etchegoyen, su pérdida aflige a toda la República. Como ciudadano fue el Dr. Morelli, un ejemplar magnífico de luchador incansable, abnegado, bueno, amplio, generoso. Como político fue un amigo de sus adversarios. Hay un hecho, señor presidente, que lo dice todo aunque para señalarlo tenga que remontarme a la época felizmente pasada de luchas fraticidas. En la batalla de Tupambaé, el Dr. Juan B. Morelli atendía por igual a los heridos de uno y otro bando. Y cuando en el campo de batalla atendía a un herido del Ejército Gubernista, –el entonces capitán y ahora General Gomeza, el doctor Morelli prefirió caer prisionero del ejército gubernista, antes que dejar de asistir, como médico, a quien cumpliendo desde luego con su deber, luchaba contra él. Sólo este hecho, justifica pues la afirmación de que, como político fue amigo de sus adversarios. (99)

Se votaron los honores solicitados «de pie y por unanimidad». En la Cámara de Diputados, Salvador García Pintos, además de detallar sus méritos científicos, expresó:

El Dr. Morelli hizo de su vida un permanente culto de estas disciplinas científicas, se distinguió también por otra faceta singular: su militancia política. La política que él concibió a la manera noble y caballeresca, que explica esa sensación unánime de que, una vida intensamente aplicada a la política, luego de extinguirse, no deja tras sí ningún recuerdo amargo, ni aún entre aquellos que fueron sus adversarios... La gran sinceridad llevaba al Dr. Morelli a ver en sus adversarios, su propia imagen. El Dr. Morelli sirvió al país desde ésta su actividad política con la naturalidad de quien concibe en ella el cumplimiento del Deber... no encontraba excusa para sustraerse a ese deber de todos los ciudadanos, de prestar sus servicios a la Política, a la cual él nada le pedía y a la cual él nada debió, fuera de la satisfacción del cumplimiento de los servicios prestados sin ponerles precio.

En su carácter de representante cívico y católico ferviente, García Pintos agregó:

El Dr. Morelli, como todos los hombres de su tiempo, sobre todo como los universitarios de su generación, creció y se formó en la filosofía del agnosticismo, del escepticismo metafísico y casi en una concepción materialista de la vida; pero Morelli, no era solamente hombre de ciencia, sino que fue hombre de intensa vida interior, fue llevado por sus preocupaciones filosóficas, lentamente y en evolución natural, hacia una concepción menos materialista de la vida; luego, a una concepción espiritualista de la misma, para terminar en la concepción religiosa de la vida que, al fin y al cabo, no es más que el complemento y culminación de la misma. Fue, primeramente, un convertido cerebral, conversión acaecida cuando el Dr. Morelli se encontraba en el apogeo de sus facultades mentales (1922) y en el pináculo de su gloria de sabio. Un convertido cerebral primero, donde la verdad es todavía fría, como la luz de los astros muertos, que solo pueden reflejar la recibida por otros, pero sin calor propio. Mas, como también ocurre en los hombres que con sinceridad buscan la senda de la Verdad, sin poner trabas, esa verdad que entró por la vía del raciocinio filosófico, ha fertilizado en el espíritu y lo ha vuelto apto para la fecundación por la Fe; la hora en la que la Fe desciende de lo Alto como un don inestimable y gratuito, esa hora está próxima. Encontró el Dr. Morelli, que nada había perdido de su Libertad... que la Fe se armoniza sin interferencias ni estorbos con la Libertad más pura del Espíritu... y así fue que el Dr. Morelli, con toda Libertad y toda Verdad, fue un cristiano en el concepto integral de la palabra y un perfecto hombre de ciencia. [100]

En esa misma sesión hablaron también Juan C. López Gutiérrez, Zulma Soto de Otamendi, José Olivera Ubios, Daniel Fernández Crespo, Piffaretti, Esteban Bacigalupi y Adolfo Tejera.

En el acto del sepelio en el Cementerio Central, hablaron Cyro Giambruno en nombre del Senado, Uruguay Marino en nombre del Ministerio de Salud Pública, Abel Chifflet decano de la Facultad de Medicina y el Prof. Pablo Purriel por sus discípulos. El Directorio del Partido Nacional se abstuvo de designar orador, respetando los deseos del Dr. Morelli, que no se efectuaran actos en su homenaje.

NOTAS

1) AJBM, Bibliorato I: 1,3,4,5,7,12.

2) AJBM Bibliorato I:13.

3) AJBM Bibliorato I:3.

4) AJBM Bibliorato II:43, 72.

5) Homenaje a la memoria del Prof. Dr. Américo Ricaldoni. An. Fac. Med. Montevideo (1929), 14: 665–966.

6) El autor confunde la situación epidemiológica, ya que en ese momento en Montevideo no existía ninguna epidemia. Por otra parte, la patente no se le aplica a los puertos sino a los barcos y la cuarentena se le aplica justamente a aquellos que tienen patente sucia. La probable explicación es que el referido barco, que llevaba como destino Buenos Aires, al recalar en Montevideo, se le advierte que en aquella ciudad reina aún la fiebre amarilla, por lo cual se detiene en Montevideo y se le permite a la familia Morelli desembarcar.

7) AJBM I: 8–11.

8) AJBM I: 72.

9) Josué Bordoni era italiano, padre de César y Eliseo Bordoni Pose. Fue fundador del Colegio Internacional, donde se formó gran parte de la generación del 900, y que al decir de Turenne en el artículo sobre José Scoseria, «era un instituto educacional extraño para la época en el que se formaron abogados, profesores, médicos y hasta un Presidente de la República qui a mal tourné» (Turenne, A. José Scoseria, 1861–8 de mayo–1946, An. Fac. Med. Montevideo, (1946), 31: 543–572).

10) Es en ese año que Visca ocupa la cátedra de Clínica Médica, quien posteriormente será su Maestro (Mañé Garzón, F.; Pedro Visca (1982), 1:173–212). El año 1885 es un año fundamental en la historia en nuestra cultura, ya que la Universidad, al morir Plácido Ellauri, nombra Rector a Alfredo Vásquez Acevedo. De este modo se opera un viraje desde una concepción espiritualista, liderada por el primero a una orientación positivista, de la que el segundo es el más típico representante. La gestión de Francisco Suñer y Capdevilla (1842–1916), Julio Jurkovski (1834–1913) y José Arechavaleta se inscribe en realidad en el más estricto materialismo filosófico. José Enrique Rodó y Carlos Vaz Ferreira, pertenecientes a esta generación, hicieron una reinterpretación neoespiritualista, aunando muchos aportes del positivismo y haciendo predominar la filosofía de la vida (Ardao, A. Espiritualismo y positivismo en el Uruguay, México, 1950, 287 pág.). En igual sentido, José Batlle y Ordóñez, tampoco se suscribió al positivismo reinante, conservando una posición ecléctica, de franca influencia krausista (Ardao, A. La leyenda del positivismo de Batlle in: Ardao, A. Etapas de la inteligencia uruguaya (1968): 221–225). Esta filosofía no debe confundirse con el materialismo filosófico, iniciado en nuestro país por Suñer y Capdevilla y Julio Jurkowski y, como ya hemos dicho, continuado posteriormente por Carlos Reyles (1860–1938) y Pedro Figari (1861–1938).

11) Peluffo, Antonio. José Arechavaleta: el investigador, el maestro, el hombre. An. Fac. Med. Montevideo (1960), 6:7–22.

12) Suponemos que Morelli cursaba el segundo año de la Facultad y que, puesto que sustituía a Arechavaleta, esta clase versó sobre botánica y especialmente bacteriología. Esta última disciplina surgió con Pasteur y particularmente con Koch, quien descubre el bacilo que lleva su nombre en 1882 y ya en ese año, Arechavaleta coloreaba dicho bacilo. Fue muy importante la actuación de Koch fundamentalmente por haber comenzado a utilizar los medios sólidos en el cultivo bacteriológico, a lo que siguió la tinción de Gram en 1884 y el uso de la caja de la de Petri en 1887. Estos adelantos llevaron a desarrollar la bacteriología como una nueva ciencia. (Brase, Girdle. The microscopical tradition in: Bynum, W. F. and Porter, R. Companion Encyclopedia of History of Medicine (1993), 1:112–114).

13) Buño, W. Nómina de egresados de la Facultad de Medicina de Montevideo entre 1881–1965. Ses. Soc. Urug. Hist. Med. (1992), 9–10: 1–49.14) Morelli no presentó tesis de doctorado, dado que, entre los años 1889 y 1891, mediante una gestión de los estudiantes, fue suprimida la exigencia de presentar una Tesis de Doctorado. (Buño, W. y Bollini Folchi, H. Tesis de doctorado presentadas a la Facultad de Medicina de Montevideo entre 1881 y 1902. Rev. Histórica (1980), 52:1–246).

15) Morelli, J. B. Apuntes de bacteriología (ver Cap. XX, 7).

16) De dichas revistas se publicaron: de la primera Años I y II, apareciendo doce números y de la segunda se publicaron números entre 1889 y 1890. (Mañé Garzón, F. y Burgues Roca, S. Publicaciones médicas uruguayas de los siglos XVIII y XIX (1996): 88 y 89).

17) Mañé Garzón, F. Pedro Visca Fundador de la Clínica Médica en el Uruguay (1982), 2: 62–67.

18) Quintela, M. Nota al Consejo de la Facultad de Medicina de fecha febrero 17 de 1924 y Morelli Juan B.: Apuntes de bacteriología. Rev. Cient. Med. Cien. (1888): 48–56; 78–81; 122–125; 183–187; 236–240; 270–273 38).

19) Mañé Garzón, F. y Mazzella, H. Historia de la Fisiología en el Uruguay (2000):294–295. La primera reglamentación sobre dedicación total en la Universidad de la República, merece una consideración especial. Fue analizada por el Ingeniero Rafael Laguardia, director del Instituto de Matemáticas de la Facultad de Ingeniería. Dos métodos fueron ensayados para su instalación: uno crear institutos con todo su personal *full–time*, y otro, estimular que docentes e investigadores se acogieran al régimen en forma voluntaria. Si bien estos no se excluyen, en nuestra Universidad se optó por el segundo, que, aunque más lento al principio, alcanzó luego sectores más amplios. Algunos centros de investigación no universitarios se acogieron también a este régimen. Sin embargo los rubros asignados no se cubrían y no se autorizaba a acumular los remanentes anuales. La Facultad de Medicina estuvo beneficiada en forma muy especial. Se acogieron preferentemente a este régimen sólo aquellos que por diferentes razones, entre ellas la económica, pudieron compensar o adaptarse a retribuciones siempre exiguas. Dicho régimen cobró vigencia a partir de 1953.

20) Eduardo Kemmerich (1845–1912), médico alemán renano, inscribió su título en Montevideo en 1872, pero desde al menos 1871 era médico y químico de la compañía Liebig and Co. de Fray Bentos. Estrechamente vinculado a dicha compañía, pasó a dirigirla a la muerte de su suegro Gibert, belga procedente de Hamburgo y fuerte accionista, pero fue desplazado de ella por lo que optó por volver a la práctica médica. Excelente clínico, ocupó por concurso de oposición la cátedra de Materia Médica y Terapéutica de nuestra Facultad de Medicina desde el 23 de marzo de 1877 hasta el 9 de julio de 1880, período durante el cual le dedicó todo su tiempo. Fue el cuarto decano de dicha casa de estudios (1878 y 1879). Es autor de varios trabajos que publicó en revistas nacionales sobre farmacología (Mañé Garzón, F. y Burgues Roca, S. Publicaciones médicas uruguayas de los siglos XVIII y XIX (1996): 73, 74 y 78). Así se expresa sobre Kemmerich, Carlos Brendel, el destacado médico alemán que ejerció en Montevideo entre 1867 y 1892: *«Era un hombre muy inteligente, su colaboración me resultó muy valiosa, nos complementábamos mutuamente y se desarrolló una amistad recíproca muy arraigada, así como una comunidad de intereses, que existió imperturbablemente, en lo malo y en lo bueno y nunca fue perturbada por el extraño carácter de su mujer. La esposa era hija del recientemente fallecido Giebert, fundador de ese negocio gigante que es Liebig y compañía. Nuestras vidas y anhelos pronto se unieron de tal manera, que constituyeron el mecanismo de mi conocimiento de la vida y él sigue siendo hasta el día de hoy. Inclinado a seguir con la industria del extracto de carne, Kemmerich optó en 1880 por radicarse en Entre Ríos, donde compró campo con un saladero, «Santa Elena», que lamentablemente terminó en la quiebra»* (Mañé Garzón, F. y Ayestarán, A. El gringo de confianza (1992): 280: varias referencias).

21) Nota del decano Elías Regules de fecha 29 de junio de 1893.

22) AJBM, Bibliorato II:82.

23) Scremini, P. Contribución al estudio del cuerpo tiroides, Tesis para optar al grado de Doctor en Medicina y Cirugía, 62 pág, 1896.

24) AJBM Bibliorato II:87.

25) Ver Capítulo III.

26) Guillermo Leopold (1836–1912). En 1885 pasa a desempeñar la cátedra de Anatomía Patológica, creada ese mismo año. Dictó Leopold la cátedra sin conocimientos ni vocación, por lo que fue motivos de acerbas críticas y bromas, muchas de ellas crueles: ni la Facultad de Medicina ni el alumnado fueron justos con este profesor, que rescató con una muerte voluntaria, silenciosa y digna, las lagunas de una enseñanza que al final de su vida se le había impuesto para dar cabida a elementos nuevos y que él aceptó vencido por la adversidad (Turenne, A. La celebración del LX aniversario de la Facultad de Medicina, An. Fac. Med. Montevideo (1936), 21:6).

27) El álbum es de cuero de Rusia y mide: 310 mm de longitud x 180 mm de ancho x 50 mm de espesor, que luce en su tapa una figura decorativa en bronce con la siguiente inscripción: Al – Dr. Juan B. Morelli – los– Profesores– y – Alumnos – de la – Facultad de Medicina – Montevideo. 1893. Con una dedicatoria que dice así: *Lo hemos acompañado en sus anhelos y hemos visto con halagüeña satisfacción, el resultado de sus esfuerzos, en el Laboratorio y en la Cátedra palpitaron vigorosos sus desvelos; y si sus éxitos no representan las victorias donde se recogen los laureles de los sabios, constituyen, sin embargo triunfos positivos de la inteligencia y del trabajo, que han desfilado siempre por nuestra vista, como guirnalda de esperanzas. Ayer nomás el Jurado del Concurso Sudamericano de Medicina celebrado últimamente en la ciudad de Buenos Aires por el Círculo Médico Argentino, para solemnizar el cuarto centenario del descubrimiento de América, declaraba en su veredicto que el titular «Contribución al estudio bacteriológico del beri–beri (sin lema), es acreedor al premio del gobierno de la República Oriental del Uruguay (medalla de oro), por su originalidad; pero no tiene atribuciones para adjudicárselo por cuanto carece de la condición de ser inédito que el reglamento exige, pues los mismos artículos han sido publicados por Leopold en la revista Berliner Klinische Wochenschrift N° 40, 1892. Este trabajo era del Dr. Morelli, y los artículos del Dr. Leopold, a que hace referencia el veredicto, fueron apuntes facilitados a este último por el Dr. Morelli sobre los primeros resultados de sus investigaciones. En esta oportunidad y después de haber revistado los recuerdos de todos sus afanes, hemos resuelto llenar con nuestras firmas estas páginas, para depositarlas en sus manos, como ofrenda justiciera y cariñosa de sus admiradores y amigos.* Montevideo, agosto de 1893: Pablo De María, José Scoseria, Elías Regules, Antonio Prunés, Albérico Isola, Antonio Serratosa, Alejandro Fiol (de Pereda), José Samarán, Guillermo Leopold, José Pugnalini, Isabelino Bosch, Alfredo Vidal y Fuentes, Américo Ricaldoni, Enrique Pouey, José M. Carafí, Jacinto De León, Alfonso Lamas, Enrique Figari, Carlos María Carlosena, Ramón Pérez, Ernesto Morató, Camilo C. Rivero, Juan María Grezzi, Horacio Errandonea, Ernesto Burlando, Pablo Scremini, Ángel Bessio, Alejo Martínez, Pascual Vero, Eugenio R. Egger, Luis de León, Eugenio Bruel, Buenaventura Delger, José P. Abadie, Luis Paysée, Domingo Arena, Rafael de Miero, Carlos Berrutti, Alejandro Saráchaga, J. Savini, Domingo Larralde, Juan P. Suárez, Joaquín Betteder, Arturo Lussich, Manuel Ferrería, Juan Chans, Juan Aranguren, Andrés F. Pujol, Luis Cuocco, Alejandro Gallinal, Arturo J. Bastos, Juan C. Demaría, Uberfil R. Acuña, Julio J. Etchepare, Félix Ángel Olivera, José Ramasso, Joaquín Ponce de León, Miguel Buceta, Ovidio Morató, Arturo Garabelli, Eduardo Paysée, Juan J. Murguía, Alejandro Piovene, Juan J. Coppola, Luis Mondino, Fernando Rebollada, Domingo Catalina, José María Arregui, Agustín J. Aguerre, Juan Bado, Pedro Rivera, Alberto Stirling, Augusto Turenne, Ricardo A. Burmester, Emilio Castro, José Brito Foresti, Gerónimo Danieri, A. González Hackenbruch, Aníbal Méndez del Marco, F. Martínez Rodríguez, Francisco Pisano, Benito del Campo, Martiniano J. Paiva, Raúl Vargas, Martín Gastesi, Andrés Severia, Francisco A. Caffera, Luis Eduardo Surraco, Ángel Vidal y Cuervo, Ricardo Scanavino, Florencio Demicheri, Santiago Puppo, Ignacio C. Arcos, Arturo Silva, Valentín Aznárez, Santiago Serruti, José G. Guglielmetti, Juan Francisco Cazau, Felipe Solari, Juan Fleurquin, Julio A. Faravelli, Luis Curuchaga, J.

Rocca Pagliata, Eduardo Abreu, Julián Carbó, Antonio Sanguinetti, Temístocles Rossi y Julián Bonnet.

Los que suscriben se adhieren complacidos a la manifestación que simboliza este libro: Natalio Azcárate, Juan A. Crispo Brandis, José María Muñoz, Héctor Bazzano, A. Jiménez., Pedro G. Aicardi, Enrique Baitx, Antonio R. Carballido, Aquiles J. Monsani, Francisco M. Miveris, E. Cardozo, Antonio María Rodríguez, Prudencio de Pena, Manuel Irisarri, Fortunato Cusoátegui, Lucas J. Vukassovich, Manuel Pérez, Ángel Pérez, Ángel C. Maggiolo, Felipe L. Puig, Héctor Ansoategui (hijo), J. F. González, J. J. Chiozza, Juan B. Sicardi, Emilio Paysée, Antonio Gaviejo, Alejandro Lamas, Gabriel Terra, Héctor Marengo, Benigno Paiva, Bernardo García, Ildefonso García Acevedo, Luis S. Ramasso, M. F. Silva, Daniel García Acevedo, Eduardo Vero, Luis De María, Julio Lorenzo, Matías Zeballos, Lázaro N. Bianchi, José Cremonesi, Julián Quintana, Alberto J. Vaeza, Javier Mendivil, Atilio C. Brignole, Pedro Otamendi Gallego, G. De Sierra, Guillermo West, J. Chiafarini Díaz, José N. Cavanera, Ferrer, José D. Pérez. A. Rodríguez, Manuel Quintela y Manuel Villasucren. Hoja de plátano grabada, con collage Escudo nacional– Flor– Dedicado al Dr. Juan B. Morelli, junio de 1893. Siguen 17 folios en blanco.

28) Resolución del Consejo Nacional de Enseñanza Secundaria y Superior, 30 de junio de 1893, AJBM, Bibliorato II: 83.

29) Mañé Garzón, F. El Instituto de Higiene Experimental: 1896–1952. Origen, pasión y vigencia. Rev. Méd. Uruguay (1996), 12:59–68, 1997, 13:163–184.

30) Sanarelli, J. La fiebre amarilla. Conferencia dada en la Universidad de Montevideo el 10 de junio de 1897. An. Universidad (1897), 8:1–39.

31) Sanarelli, J. Das Mixomatogene Virus Beitrag zum Studium der Krankheitserreger ausserhalb de Sichtbaren Vorlängife. Mitterling. Centr Bakt. Parasit. Infekiosk (1898), 23:865–873.

32) En ocasión de su próximo casamiento le es ofrecida una cena de homenaje en hotel Pirámides, con gran número de amigos, entre los cuales destacamos las firmas de: Alfredo Giribaldi, Luis Morquio, J. Escalada, Ernesto Quintela, Eduardo Paysée, José J. Carballido, Otero Mendoza, Juan Fleurquin, Rafael de Miero, R. Mestre, J. Ravecca, E. Puppo, Pedro Aicardi, Felipe Solari, Leonardo Danieri, Pablo Ferrando y Olaondo, Alfredo Pernin, José Gaudencio, J. Guglielmetti, Luis Mondino, Luis Demicheri, Alfredo Vidal y Fuentes, José Repetto, José Scoseria, José Brito Foresti, Manuel Quintela, Luis P. Bottaro, Augusto Turenne, Enrique Pouey, Arturo Ferrer, Gerardo Arrizabalaga, Fernando Giribaldi, Domingo Garabelli, Ovidio Morató, Albérico Isola, Arteo Garabelli, Juan B. Seré y Juan Antonio Rodríguez (AJBM, Bibliorato I: 59 w).

«El Bien», 1° de setiembre de 1898: *SOCIALES. Anoche, a las 9 y media en la casa de la familia de Algorta se efectuó el enlace del Dr. Juan B. Morelli con la señorita Rosa Mackinnon Algorta, siendo los padrinos del acto, la Sra. Rosa Algorta de Mackinnon madre de la desposada y el Dr. Luis (León) Morelli, padre del novio el que por razón de enfermedad fue representado en la ceremonia por el caballero Enrique Mackinnon. Bendijo la unión matrimonial el Presbítero don Tomás Camacho el que pronunció una bellísima y elocuente alocución, haciendo votos para que Dios colmare de dicha el hogar que acababa de bendecir. Una concurrencia selecta y numerosa asistió al acto, pasándose unas horas de agradable y amena sociedad en medio de las finas atenciones de los distinguidos dueños de casa. Gran número de doctores entre los que se hallaban lo más distinguido de nuestro cuerpo médico, acompañaron al apreciado Dr. Morelli en aquel solemne instante. La Señorita se vio rodeada, por su parte, por un encantador grupo de amigas, que formaron luego en los salones una brillantísima reunión llena de atractivos. No se bailó pero las horas pasaron ligeras dejando en el espíritu gratas sensaciones de los momentos allí pasados. Los novios recibieron gran número de valiosos y elegantes obsequios, cuya nómina publicaremos mañana. Entre ellos recordamos, no obstante, un artístico termómetro, sustentado por dos ángeles de bronce, y que ostenta en su parte superior, un globo terrestre, obsequio de los discípulos del Dr. Morelli. Al regalo acompañaba una tarjeta con la siguiente dedicatoria: «Los estudiantes del aula de Fisiología dedican este modesto obsequio al querido catedrático, el distinguido e ilustrado Dr. Juan B. Morelli, en la fecha memorable de su enlace, haciendo votos por la felicidad de su*

naciente hogar. Montevideo, Agosto 31 de 1898». El servicio de bufette estuvo a cargo de la acreditada confitería Jockey Club. Entre las familias presentes recordamos a las de Mackinnon, Guani, Carve, Lessa, Uriarte, Heber, Mañé, Goyechea, Holveg, Passano, Algorta, Ferrere, Giménez Pastor, Pujol, Pastori, Lenguas, Gomensoro, Ruano, Butler, Wickham, Soto, Hernández, Grozcourth, Cohelo, Castillos, etc.

33) Regules, E. Nota al Rector de la Universidad, An. Universidad (1893), 4: 305–307.

34) El Ferrocarril Central del Uruguay disponía de un vagón especial compuesto de un amplio salón dormitorio, provisto de una hermosa estufa de leña, con acondicionamiento de baño, cocina y dependencia para un asistente. Traccionado por una locomotora podía llevar hacia al interior a un médico consultante cuando era requerido con urgencia.

35) Mañé Garzón, F. Op. cit. (1982), 2: 34–35.

36) Memoria de la Cruz Roja de Señoras Cristianas (1897), y «El Bien», 25.III.1897.

37) «La Tribuna Popular» 25.III.1897.

38) Palomeque, A. Convenciones Nacionales: Las sesiones secretas de San José, 58 pág., Montevideo, 1899.

39) Ver Capítulo VII.

40) Vale recordar esta anécdota de Virgilio Bottero, anarquista, fue a luchar a la guerra de España, junto a José B. Gomensoro y que fueron luego traicionados por los comunistas, por lo que debieron regresar. Siempre estaba protestando por las injusticias sociales. Pocos años después, siendo asistente de Morelli, mientras pasaba visita en el Hospital Maciel, este ultimo le dice: «¿Cómo le va Bottero, siempre tan revolucionario?; a lo que el interlocutor respondió: «Si, doctor, pero no tanto como Ud.; recuerde cuando con su amigo Alfonso Lamas montaban a caballo y salían a incendiar comisarías.». (Mañé Garzón, F. y Mazzella, H. Historia de la Fisiología en el Uruguay (2000): 90).

41) La Sanidad estaba compuesta por: Alfonso Lamas, Mayor del Ejército, Eduardo Lamas y Juan B. Morelli, del Estado Mayor; Practicante José Muñoz, División número 1; Dr. A. Piovene y practicante Luis Sopeña, División número 2; Dres.: Arturo Lussich y A. Ramos Suárez, División número 4; Dr. José Ponce de León y practicante José Pedro Urioste; Félix Olivera, División número 9; Dr. Alejo Martínez, División número 16; practicante A. Carbajal, División número 12; Dr. Francisco Trotta, División número 12; Dr. A. Berro, división número 13 (Praderi, R. C. y Bergalli, L. Notas para una historia de la cirugía uruguaya desde la independencia hasta principios de este siglo Rev. Cir. Uruguay (1981), 50:185–194).

42) Este cable está de acuerdo con lo que estableció la Ley del 6 de abril de 1900, por la cual se aprueba la Convención Internacional de Ginebra del 22 de agosto de 1864. Dicha Ley recibió el cúmplase el 9.IV.1900 y su proyecto, aprobado en las Cámaras, fue elevado por José Batlle como Presidente de la Asamblea General (La Cruz Roja. Organización general y nacional. Reglamento e Instrucción. Publicación del Comité Central de la Cruz Roja. Montevideo, 1901).

43) Adami, A. Sangre de Hermanos Crónica completa de los sucesos militares y políticos durante la revolución de 1904, Montevideo, (1905): 179.

44) Gutiérrez, F. Tupambaé, 3 vol. Montevideo (1915–1918), 2:54 y Gutiérrez, F. Tupambaé: segundo día de batalla y sucesos posteriores (de acuerdo a documentos inéditos del Archivo del Ejército Revolucionario), 304 pág., Montevideo, 1918.

45) La Democracia, 22.XI.1904.

46) La Democracia, 6.V.1905.

47) Eirale, A. Memorias de un Médico; biografía ampliada con seis apartados, tercera edición, Montevideo (1957): 134–139.

47) Una de las condiciones para ser buen fisiólogo es la de tener habilidad quirúrgica, para poder realizar experiencias, que muchas veces requieren una manualidad peculiar.

48) Eirale, A. Op. cit.: 134.

50) La Democracia, 22.XI.1904.

51) AJBM, Bibliorato II:25.

52) Ponce de León, L. La revolución del 97: escenas y episodios de los combates, las marchas y los campamentos, 156 pág., Montevideo, 1978.

53) Eirale, A. Op. cit.: 139.

54) Ponce de León, L. R. Aparicio Saravia, héroe de la libertad electoral. Escrito con documentos del archivos de Luis Ponce de León, secretario del Gral. Aparicio Saravia en 1903 y 1904, 128 pág., Montevideo, 1956 Montevideo, (1956):112.

55) Roxlo, C. El Uruguay en 1904. La Guerra Civil. 290 pág., Buenos Aires, (1904):108.

56) La Democracia, 22. XI. 1904.

57) Gutiérrez, F. Op. cit., 3: 286.

58) Gutiérrez, F. Op. cit., 3: 277.

59) AJBM, Bibliorato II:86.

60) Nota de la Junta Electoral, proclamando a Morelli 17° titular de Representante por el Departamento de Montevideo para el período de la XXII Legislatura Fdo. Julio Freire. Montevideo, febrero 7 de 1905 (AJBM. Bibliorato II:78).

61) Sesiones de la Cámara de Representantes, XXII Legislatura, 9, 18 y 23 de febrero de 1905, 180:16–21; 55–65; 90–92 (AJBM Bibliorato II: 59 m).

62) Artículo de prensa de José León Morelli (AJBM Bibliorato II:55 f).

63) La Democracia, 2. IV. 1905.

64) La Democracia, 6.III.1906.

65) La Democracia, 6.III.1906.

66) La Democracia, 9.III.1906.

67) La Democracia, 17. III. 1906.

68) La Democracia, 18. III. 1906.

69) La Democracia, 27 y 30. I. 1910.

70) Antonio Bachini (1860–1932) ocupó la cartera de Relaciones Exteriores entre 1907 y 1910, en donde le cupo una brillante actuación.

71) Roxlo, C. Op cit:110.

72) Marino, U. A diez años de la muerte del Profesor Morelli: su vida y su obra. Montevideo (1958), 55 páginas, s/p.

73) La tradición familiar de la familia Batlle y Ordóñez, José Batlle, atribuyó el contagio a un mono «ti–ti», los que en esa época era frecuente traer como regalo cuando alguien viajaba a Río de Janeiro.

74) Vangler, M. I. The Model Country: José Batlle y Ordóñez of Uruguay (1907–1915). Ann Arbor, Mich., 1980; 2ª Edición, Buenos Aires, 1983; 3ª edición Montevideo, (1991):196–211.

75) Haedo, E. V. Herrera, Caudillo Oriental, Montevideo (1969): 138,151.

76) Giudice, R. B. y González Conzi, E. Batlle y el batllismo, 1198 pág., Montevideo, 1928.

77) Ver Capítulo VIII.

78) Ver Capítulo VIII .

79) Vangler, M. Op. cit.: 199–201.

80) AJBM Bibliorato II, 79.

81) AJBM Bibliorato II, 87.

82) Ver Capítulo IX.

83) Purriel, P. Homenaje al Profesor Juan B. Morelli (1941): 11–17.

84) Ver capítulo IX, Italia y su ciencia, La Época (Mercedes) enero, 1925.

85) Morelli, J. B. El Pneumotórax Artificial y otras intervenciones en la Tuberculosis Pulmonar, Montevideo, 2 vol., 1916–1918.

86) Sauerbruch, E. Mes souvenirs de chirurgien. Trad. par M. Forstetter, 291 pág., Paris, 1952.

87) Bol. Com. Hon. Lucha Antitub. (1970), 87:6.

88) Abreu, M. y De Paulo, A. Roetgenfotografía 185 pág., Río de Janeiro, 1940.

89) Ley Nº 9667, 8. VII. 1937.

90) Gorlero Bacigalupi, R. Historia de la Lucha Anti–Tuberculosa en el Uruguay, Ministerio de Salud Pública, 173 pág., Montevideo, 1964 (mimeografiado).

91) Ver Cap. XIII.

92) El 26 de octubre de 1926 recibe de Pío XI la condecoración de San Gregorio Magno, acompañada de una nota que dice: PÍO XI PAPA. –Amado Hijo, Salud y Apostólica Bendición–. Por el elogiosísimo testimonio del Arzobispo de Montevideo hemos llegado a saber con toda certeza que tú, varón notabilísimo por la pericia en el arte médica, eres digno de toda recomendación por tu amor a la Religión y por tu fidelidad, probada con hechos, a la Cátedra Romana y que te glorias de merecer bien de la Religión cristiana en la República del Uruguay. Nos es, pues, grato acceder a los deseos del mismo Prelado y corresponder a tus eximias virtudes con una prueba especial de la benevolencia pontificia. En consecuencia, por estas Letras te elegimos y constituimos Caballero de la Orden de San Gregorio Magno, de la clase civil y te agregamos a dicha esclarecidísima Corporación de Caballeros. Te concedemos, en consecuencia, que puedas vestir el uniforme propio de los Caballeros de esta Orden y llevar su insignia, a saber, cruz de oro, octogonal, la que ostenta en su centro, en campo rojo, la imagen de San Gregorio Magno, y llévase colgada a usanza de los otros en el lado izquierdo del pecho. Y, para que ni en el uniforme ni en la cruz que hayan de llevar, haya discrepancia, hemos ordenado que se te envíe al adjunto facsímil. Dado en Roma, en San Pedro, bajo del Anillo del Pescador, el día 26 del mes de Octubre, del 1922, Primero de Nuestro Pontificado. P. CARD. GASPARRI Secretario de Estado.

93) En 1926 recibe la condecoración de Comendador de la Orden de la Corona Italiana, cuyo Diploma transcribe el decreto de fecha 7 de febrero de 1926, firmado: Vitorio Emanuele (Rey de Italia); Contrafirmado: Mussolini; Visto P. Boselli. En 1937, la misma Orden lo designa Gran Oficial, cuyo decreto establece el carácter de «Vicepresidente del senato della Repubblica dell Uruguay», igualmente firmado Vitorio Emanuele (Rey de Italia y Emperador de Etiopía); Contrafirmado: Mussolini; Ciano Visto: Revel.

94) «El Debate», «El Día», «La Mañana», 17 y 18. VIII. 1937.

95) «El Bien Público» y «El Debate», 29.XII.1943.

96) Roxlo, C. Op cit.: 120.

97) Manini Ríos, C. La Cerrillada, (1973): 123,114 y 201.

98) «El Día», 2.I.1948.

99) «El Debate», 2.I.1948.

100) «La Mañana», 2.I.1948.

100) «El Bien Público». 2.I.1948.

Capítulo III

DOCENTE E INVESTIGADOR EN BACTERIOLOGÍA

I

Como ya hemos visto Morelli ingresó a la Facultad de Medicina en 1885, y se vinculó casi inmediatamente a la Cátedra que desempeñaba José Arechavaleta (1838–1912)[1]. Junto a este maestro adquirió la práctica en las técnicas de bacteriología, lo que dio lugar a que, al ausentarse temporariamente dicho profesor para Europa, lo sustituyera interinamente Morelli para dictar las clases de la entonces llamada Cátedra de Botánica Médica.

II

La bacteriología como ciencia autónoma surgía en esos años, al influjo de los trabajos de Louis Pasteur (1822–1895)[2] y Robert Koch (1843–1919).[3] Con ellos cobraba valor la llamada teoría microbiológica de la enfermedad (*germ–cell theory of diseases*), que postulaba que toda enfermedad, hasta demostración de lo contrario, tenía como causa primaria un agente vivo microscópico. Esto justifica que en primera instancia se atribuyera esta etiología a ciertas enfermedades, entre ellas el beri–beri, el escorbuto, la pellagra, el raquitismo, para las que luego se demostró una causa de otra naturaleza, en especial las carencias nutricionales. Es de recordar que el descubrimiento del agente de la tuberculosis fue realizado en 1882, hecho al que siguieron rápidamente muchos otros descubrimientos bacteriológicos.[4]

III

En Uruguay, Julio Jurkowski fue el primero en señalar el origen parasitario de las enfermedades en 1879.[5] Los tres pensionados por el gobierno de Máximo Santos en 1885, Francisco Soca, Joaquín de Salterain y Enrique Pouey, que cursaron íntegramente de nuevo sus carreras médicas en París, estuvieron en el epicentro de los acontecimientos vinculados al nacimiento de la bacteriología. De los informes trimestrales que debían elevar al Ministerio de Instrucción Pública, surgen interesantes datos sobre los prolegómenos de su formación microbiológica, que luego repercutiera directamente sobre la medicina académica y práctica en Uruguay. Así, comentando la profilaxis de la rabia, recuerdan un caso de esta enfermedad, estudiado por ellos en 1883, antes del viaje, que culminó con la muerte de la paciente, a quien:

... luego de la muerte, practicamos traqueotomía, introduciendo luego en la tráquea, una esponja muñida de una sonda, a fin de poder extraerle mucosidades bronquiales... Inyectamos las mucosidades bronquiales en los abdómenes de dos conejos. Lo mismo con la sangre recogida... La sangre de la enfermita es observada al microscopio... Se notan schizomizetes, pero escasos y ninguno bien caracterizado... [6]

Si tenemos en consideración que las primeras experiencias de Pasteur en seres humanos datan de julio 1885 y el informe está fechado en mayo de 1886, no puede dejar de asombrarnos que estos jóvenes médicos fueran testigos presenciales de un hecho científico médico que revolucionó la ciencia mundial. En efecto, afirman:

Abandonándolo todo, acudimos al llamado (de la Academia de París), y emocionados escuchamos la palabra autorizada del venerable anciano que, enriqueciendo el tesoro de los conocimientos humanos, ha dedicado los últimos años de su vida gloriosa y honrada al tratamiento de la rabia. Los medios que pusimos en práctica para llegar, entre los primeros hasta Mr. Pasteur, los solicitamos del Ministro Residente, coronel don Juan José Díaz, quien, con amabilidad exquisita, nos facilitó una nota de introducción, llena de términos lisonjeros... En posesión de ese oficio, días después, y no sin emoción, nos dábamos cita en el laboratorio de Mr. Pasteur, para asistir a sus experiencias. Y si grande había sido nuestra admiración por tan eminente sabio, mayor fue nuestro entusiasmo al mirarle de cerca, que por su modestia y afabilidad, como por su benevolencia para con los pobres enfermos, impone su superioridad a todos los que le rodean... Laboratorio y aparatos, procedimientos y experiencias, todo fue sometido a nuestra observación, durante los días que concurrimos, con una buena voluntad tan sincera, que, más que nunca quisiéramos que nuestra palabra tuviera alguna autoridad para poder significar nuestro reconocimiento. [7]

Agrega Pouey en su informe de agosto de 1885:

A mi llegada a París, el doctor Doléris puso a mi disposición los conocimientos que en el laboratorio y bajo la dirección de Pasteur había él adquirido sobre microbiología, y me facilitó

mis investigaciones en el laboratorio perfectamente organizado de la clínica de partos, de la cual él era el jefe... La microbiología siempre fue objeto de mi estudio preferente; las conquistas que, bajo el impulso de Pasteur, esa ciencia ha conseguido ya en el terreno de la práctica, sus promesas para el porvenir, –principalmente en la profilaxis de las enfermedades–, siempre me interesaron vivamente. De ahí que me haya dedicado a esa rama de la ciencia al mismo tiempo que a la cirugía y afecciones de mujeres. (8)

En ocasión de enviar una colección de láminas microscópicas (preparaciones de bacteriología y de anatomía patológica), el mismo becario, señala:

... he ingresado en el laboratorio de histología y microbiología de la clínica de partos de la facultad de París... Bajo (la) dirección (de Doléris) he adquirido los conocimientos delicados de la técnica microbiológica y he hecho gran número de cultivos. (9)

Con el citado profesor(10), presentó un trabajo a la Société de Biologie de Paris sobre *Albuminuria gravídica y eclapcia* (sic), en el que presentan sus investigaciones sobre la presencia de bacterias en la orina de embarazadas normales y con la citada complicación y concluye que:

... en la sangre de las grávidas albuminúricas se hallan a menudo, si no siempre, organismos evidenciados por el cultivo y que la orina y la sangre de ciertas eclámpticas albuminúricas contienen microbios. Se puede observar la marcha creciente y decreciente de la nefritis micróbica y de la infección sanguínea paralelamente con los accidentes convulsivos. (11)

Este es otro ejemplo de cómo, llevados por el entusiasmo de los descubrimientos bacteriológicos, se atribuyó esta complicación gravídica a una infección, de la misma manera como se vinculó con esa etiología a algunas enfermedades carenciales o tumorales.

Es preciso destacar que la tesis de doctorado presentada por Pouey en París es sobre un tema microbiológico. (12)

Joaquín de Salterain, en un trabajo sobre oftalmía purulenta del recién nacido, también recurre al origen bacteriano de la enfermedad y narra, a propósito de la teoría del contagio, una anécdota algo inusual, que demuestra a qué punto llegaba el celo de algunos estudiosos por llevar adelante sus demostraciones:

Por lo que se relaciona con las condiciones de receptividad individual, véase el ejemplo siguiente: Durante el mes de febrero de 1885, poco más o menos, nuestro distinguido colega, el Dr. N., ocupado en estudios de bacteriología, se inoculó en el meato urinario el líquido proveniente de culturas verificadas con el pus blenorrágico. Pocos días después quedó constituida una verdadera blenorragia que molestó a nuestro amigo durante algún tiempo. Queriendo renovar sus experiencias, nos propuso, así como a uno de nuestros jóvenes compatriotas, dejarnos inocular el mismo virus, con ánimo de llevar a cabo un estudio completo de este punto interesante. La experiencia tentada en nuestro amigo y en nosotros mismos, dio resultados completamente negativos, sin experimentar, después de la inoculación, la más mínima molestia. (13)

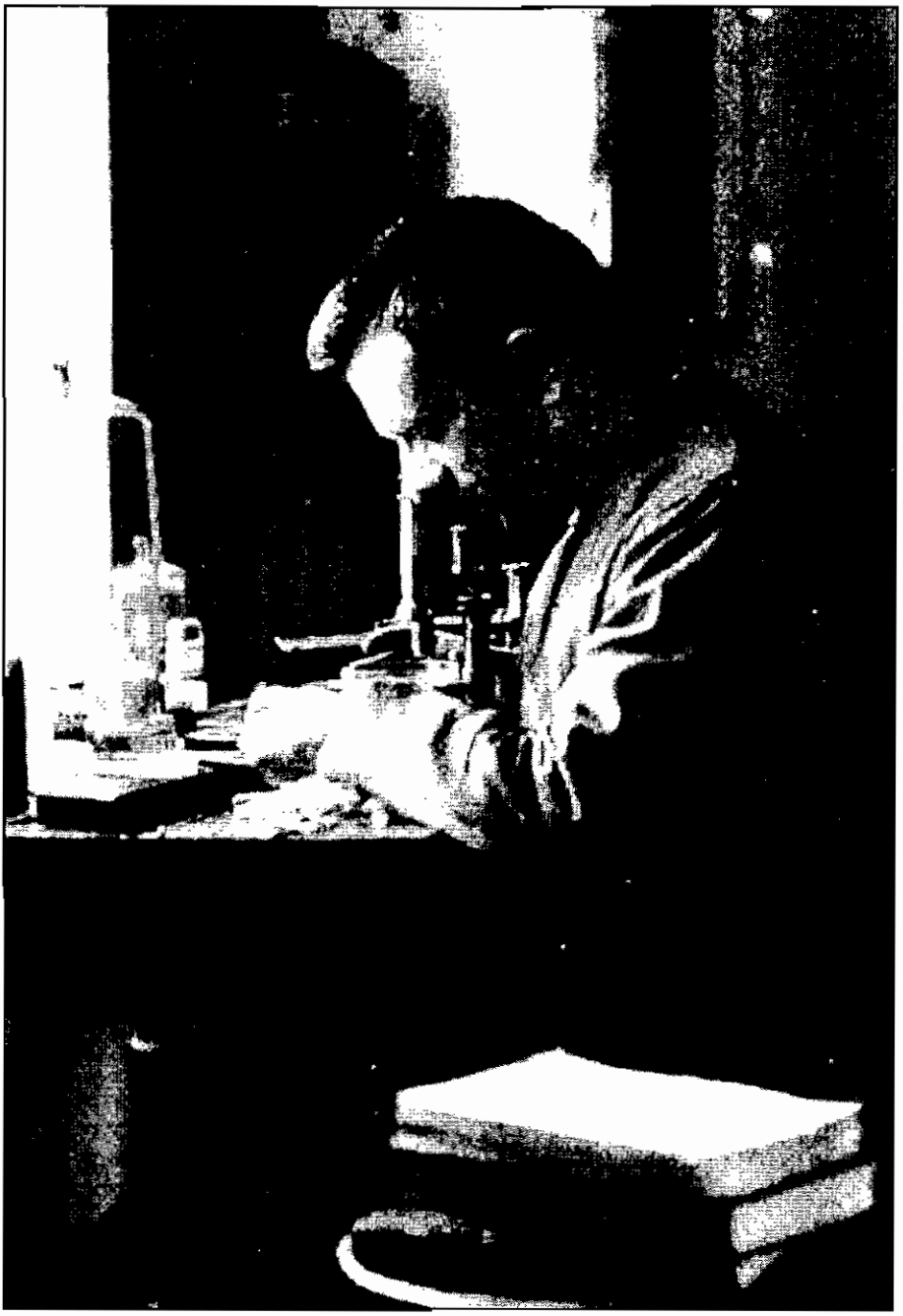


Figura 19
Juan B. Morelli en el laboratorio, c 1893
(Fotografía de Augusto Turenne).

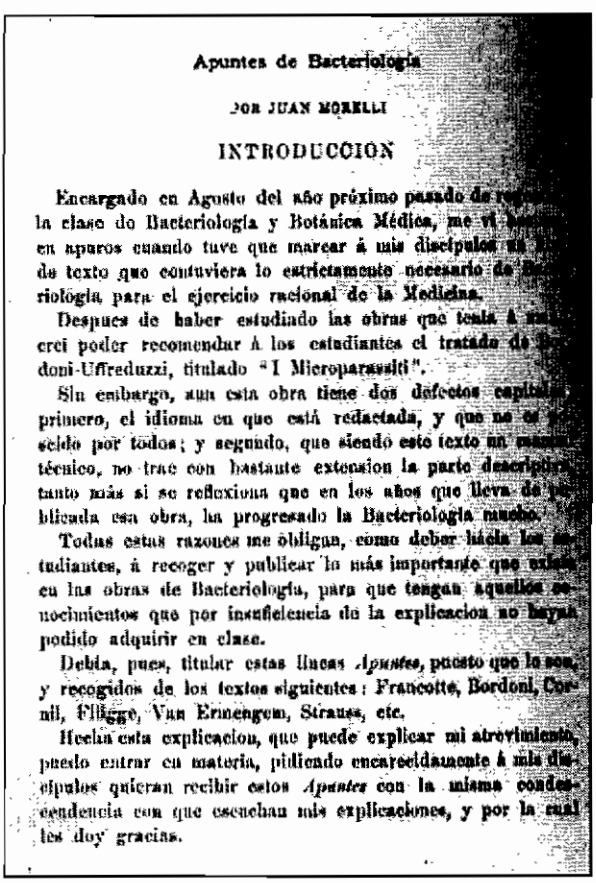
IV

Pese a la importancia de estos aportes para la introducción de los nuevos conceptos en nuestro medio, ninguno de estos precursores continuó cultivando la bacteriología como actividad primordial. Es por eso que consideramos que Morelli fue el primer médico uruguayo que adhirió firmemente a la teoría microbiológica de la enfermedad (fig. 19).

Es a este influjo que la primaria inquietud de Morelli como docente e investigador se vio captada por esta fecunda orientación en el saber médico. Su actuación dio lugar a que publicara, para facilitar la enseñanza, unos apuntes de bacteriología[14] (fig. 20), en los cuales expone las técnicas elementales de observación microscópica, procedimientos de tinción, cultivo e inoculación, ateniéndose a las exigencias formuladas en los postulados de Koch para poder definir una enfermedad como causada por un agente microbiológico específico. Ello dio lugar además a la publicación de varios trabajos de investigación primaria sobre distintos temas relacionados a patología infecciosa. Es de particular importancia el referido a un caso de septicemia consecutiva a un ántrax.

Debido a la amabilidad del doctor (Pedro) Hormaeche, pudimos en Agosto del año próximo pasado estudiar la sangre de un barraquero, que enfermo de un ántrax voluminoso en la frente, presentaba fenómenos septicémicos que lo condujeron al sepulcro. [15]

En la muestra de sangre, así como en la pieza operatoria, identificó el *Staphylococcus aureus*, utilizando la técnica de Gram. Seguidamente presenta otra observación de una septicemia a consecuencia de una lesión abscedada de miembro inferior en un



Apuntes de Bacteriología

POR JUAN MORELLI

INTRODUCCION

Encargado en Agosto del año próximo pasado de re[illegible] la clase de Bacteriología y Botánica Médica, me vi [illegible] en apuros cuando tuve que marcar á mis discípulos un [illegible] de texto que contuviera lo estrictamente necesario de Bacteriología para el ejercicio racional de la Medicina.

Despues de haber estudiado las obras que tenia á mi [illegible] crei poder recomendar á los estudiantes el tratado de [illegible] doni-Uffreduzzi, titulado "I Microparassiti".

Sin embargo, aun esta obra tiene dos defectos capital[illegible] primero, el idioma en que está redactada, y que no es [illegible] sciido por todos; y segundo, que siendo este texto un manual técnico, no trae con bastante extension la parte descriptiva, tanto más si se reflexiona que en los años que lleva de publicada esa obra, ha progresado la Bacteriología mucho.

Todas estas razones me obligan, como deber hácia los estudiantes, á recoger y publicar lo más importante que existe en las obras de Bacteriología, para que tengan aquellos conocimientos que por insuficiencia de la explicacion no hayan podido adquirir en clase.

Debia, pues, titular estas líneas *Apuntes*, puesto que lo son, y recogidos de los textos siguientes: Francotte, Bordoni, Cornil, Flügge, Van Ermengem, Strauss, etc.

Hecha esta explicacion, que puede explicar mi atrevimiento, puedo entrar en materia, pidiendo encarecidamente á mis discípulos quieran recibir estos *Apuntes* con la misma condescendencia con que escuchan mis explicaciones, y por la cual les doy gracias.

Figura 20

nefrítico, en que halló el mismo germen. Otro trabajo de investigación bacteriológica básica trata sobre la septicemia de los conejos, en los cuales, siguiendo los postulados de Koch, individualiza el agente bacteriano, no sólo en la sangre sino también en las lesiones diseminadas en distintas vísceras. Esta es una comprobación de que las septicemias son debidas a la presencia del microbio, que, transportado por la sangre, provoca lesiones multiparenquimatosas, o sea que en realidad se trata de una séptico piohemia. [16]

Otra demostración de la inquietud por la investigación de la diversidad expresiva microbiana, es su trabajo sobre un absceso hepático, con muerte del enfermo provocado por el *Bacterium coli commune*, en el que diferencia dos formas de esta afección: las septicémicas y las piógenas localizadas. Muestra así el interés por consignar la variación en virulencia de una misma especie bacteriana. [17]

Consigna también una «*picqûre anatomique*» ocurrida en un disector, en cuya lesión vesicular de inoculación identifica el estreptococo.[18] Esto es de singular importancia, si recordamos que en el seno de la Asociación Médica de Montevideo en 1885, Eustaquio Herrero y Salas todavía postulaba la posibilidad de la etiología miasmática de la fiebre puerperal, en discrepancia con Karl Brendel.[19] Para poner de manifiesto la posición de avanzada que defendía Morelli, cabe señalar que en 1879 Pasteur afirma por primera vez en el seno de la Académie de Sciences de París que el estreptoco era el agente de dicha enfermedad y que, en el mismo año de la publicación de Morelli, Doyen presenta un trabajo en el que demuestra, en 70 casos, que la septicemia estaba ligada a la presencia de estrepto y estafilococos en la sangre.[20] Aún en el año 1900, en la discusión sobre la etiología de las congestiones pulmonares gripales, en la cual Morelli defiende el rol del agente de la gripe como indicador de una tuberculosis oculta, destaca la importancia de los microorganismos en el determinismo de la enfermedad. En la discusión Alejandro Fiol de Pereda plantea su discrepancia con la explicación microbiana y afirma que el contagio está en relación íntima con las modificaciones y trastornos atmosféricos y que a esas influencias se deben las serias perturbaciones que se establecen en el organismo cuando el microbio tiene su manifestación. A lo que contesta Morelli:

... que antes de las doctrinas microbianas, eran admitidas las teorías de que las epidemias fueran debidas a modificaciones del medio ambiente. Pero con la influenza ha pasado lo mismo que con tantas enfermedades infecciosas y epidémicas, comenzando por el cólera, que cuanto más se conocen los hechos, más dudas se aclaran, al punto que las pretendidas excepciones a esta gran ley del contagio, deben de ser consideradas simplemente como hechos incompletamente observados... .

Y concluye:

... de manera que, muy contra mi voluntad, no puedo estar de acuerdo con el profesor Fiol respecto a esta cuestión, probablemente por mis empedernidas tendencias bacteriológicas. [21]

Muchos trabajos posteriores de Morelli se refieren a temas de etiología infecciosa de patologías médicas, tales como el diagnóstico microbiológico de la prostatitis crónica, la peritonitis de origen urinario, la faringomicosis benigna, una nueva forma de angina séptica, la sífilis maligna, la sífilis hepática, la meningitis a neumococo, etc. [22]

Su preocupación bacteriológica se extendió también al problema del suministro de agua corriente a la ciudad de Montevideo. En efecto, referente a ello, en 1894 publicó dos trabajos, uno referente al hallazgo del *Bacterium coli* en el agua corriente y otro sobre la presencia de bacilos colerígenos. Como se ha mencionado, estos trabajos, realizados por estímulo de Arechavaleta y en colaboración con Felipe Solari, fueron un aporte del laboratorio a la gestión de la Junta Económico Administrativa de Montevideo, presidida por Carlos María de Pena, y que dio lugar a la decantación de las aguas en la represa del Canelón y a la instalación de filtros de arena.[23] Debemos destacar que esta dedicación inicial de Morelli a la bacteriología se continuó durante varios años, además de haberse hecho cargo, como veremos oportunamente, de la enseñanza de la fisiología.

V

Consideración especial merecen los trabajos, emprendidos entre 1890 y 1892 con la finalidad de demostrar la etiología microbiológica del beri–beri.

En lo referente al estudio de la etiología microbiana del beri–beri[24], Joao Batista Lacerda (1845–1915) empieza en 1883 en Brasil trabajos sobre el particular, que publica en 1887 en su obra *«O Micróbio do Beri–beri»*.[25] Poco tiempo después Antonio Prunés, en la tesis de doctorado de la Facultad de Medicina de Montevideo[26] hace la crítica del trabajo del autor brasileño y llega a la conclusión de que contiene incorrecciones metodológicas que lo hacen poco confiable.

Ogata, en 1883[27] había publicado resultados idénticos a los de Lacerda, probablemente por haber seguido similar metodología. Peskelaharing y Winckler[27] encontraron, investigando en la sangre de beribéricos de la isla de Batravia, diversos microbios, *«bastando el alejamiento por unos días del lugar de la infección para que desaparecieran de la sangre»*. De los cadáveres de los beribéricos, los autores no pudieron aislar microbio alguno. Estudiaron la variedad de bacterias más frecuentemente halladas (*micrococus* en *diplococcus* o grupos irregulares) e inocularon siete conejos y cuatro perros en los que observaron las mismas alteraciones de los nervios que se ven en el hombre enfermo y con igual topografía. Cornelissen y Sugenoya hallaron también bacilos en la sangre de beribéricos. Análoga comprobación hizo Eyksmann en 1888.[27] Rabougeron reportó el hallazgo de un *micrococcus* en la médula, cuyo cultivo, inoculado a animales de experimentación, provocaba la enfermedad. Llama la atención sobre las variaciones de la virulencia de las bacterias en función de la latitud geográfica (alta en Brasil, baja en Fran-

cia).[27] Estos estudios fueron juzgados como poco convincentes por bacteriólogos de fama como Kitasato, Cornil y Babès y Baumgartem.[27]

Los trabajos de José Musso[28] y Morelli sobre la etiología microbiana del beri–beri abarcan el período de 1889 a 1892. En una primera etapa (mayo a noviembre de 1889) obtienen muestras de sangre de un beribérico asilado accidentalmente en el Hospital de Caridad. Identificaron un grueso *micrococcus*, cuyos cultivos eran de color *«amarillo canario»*, que no parecía licuar la gelatina y que, inoculado a los conejos y cuises a la dosis de 1 a 2 cc, ocasionaba su muerte en 2 a 4 meses, con derrame pericárdico, ascitis y neuritis múltiple. El cultivo hecho con los nervios de los animales de experimentación, dio por resultado un *coccus* similar al inoculado, pero más pequeño y que licuaba la gelatina.[29]

La segunda etapa consistió en el viaje que realizó Musso a Río de Janeiro en noviembre de 1890, ciudad donde el beri–beri era endémico. En el hospital de Copacabana recogió sangre de ocho beribéricos, encontrándose y aislándose, entre otros microbios, uno que tenía las características del cultivado de los nervios de los animales inoculados con la bacteria de Montevideo. Cuando se hizo lo propio con el microbio de Río de Janeiro, también se vieron polineuritis y derrames en las serosas abdominal y pericárdica. Esto fue comunicado al Círculo Médico Argentino[30] y ese material de experimentación fue empleado para la ya mencionada tesis de doctorado de Prunés.[26] Finalmente en el tercer período (enero de 1892 en adelante) Morelli practicó la autopsia de dos beribéricos, muertos en el Lazareto de la Isla de Flores, de los que tomó muestras de sangre. Describió con una exactitud y corrección admirables y propias de quien conoce a fondo la anatomía patológica macroscópica, las lesiones típicas del beri–beri y halló en los cultivos *«varios tipos de micrococcus, que tienen bastantes caracteres comunes como para permitir afirmar su unidad específica»*.[31] En un trabajo publicado en Francia[32] destaca el hallazgo en la sangre de microorganismos propios de la piel y las mucosas, mediante la observación microscópica, así como el cultivo de muestras de sangre de pacientes con beri–beri. Concluye que:

... sin duda, durante el proceso el beri–beri puede ser favorecido por las lesiones nerviosas que deben presumiblemente impedir la fagocitosis normal de nuestra superficie interna y externa, (por lo que ocurre) una penetración de los microbios que existen generalmente en la piel y en las túnicas mucosas».

La investigación sobre el origen microbiológico del beri–beri, motiva la presentación de dicho trabajo ante el Congreso Sudamericano de Medicina de Buenos Aires en 1893, en el que es candidato al Primer Premio, al cual no accede, debido a no cumplir con las exigencias del reglamento, por haber sido publicado con anterioridad en Europa por Guillermo Leopold.

En su labor científica Morelli prosigue con el interés por los estudios bacteriológicos, cobrando cada vez más jerarquía esta inquietud en su vertiente

clínica y volcándola posteriormente a la que sería su preocupación principal, la tuberculosis.

VI

La constante inquietud de Morelli por cultivar y difundir la idea de la importancia de la etiología microbiológica de la enfermedad, se demuestra en su actuación para la creación en Uruguay de un Instituto cuyo fin primordial fuera el estudio de la bacteriología, tanto desde el punto de vista clínico como de promoción de la higiene y particularmente con finalidad terapéutica. Es así que en 1895, junto con José Scoseria, elevan un proyecto de creación de un instituto similar al Instituto Pasteur de París, creado siete años antes. Tuvo entusiasta aceptación por las autoridades de gobierno y particularmente del Presidente de la República, Juan Idiarte Borda. Aceptada esta inquietud, lograron contratar en Italia a un joven y distinguido bacteriólogo, José Sanarelli (1875–1940), formado en las escuelas de Robert Koch y Louis Pasteur, quien ocupó la dirección de dicho servicio, el cual fue dotado de todas las facilidades, tanto de local como de instrumental y personal. [33]

Notas

1) Arechavaleta vino a Uruguay como polizón en un barco. Se vinculó luego a la Farmacia de Las Cases y se hizo idóneo de farmacia. Revalidó más tarde el título como farmacéutico. Puso su propia farmacia en la calle Convención a cuya trastienda concurrían una serie de personajes de la época. Tuvo como maestro a Ernest Gibert, emigrado francés de la revolución de 1848, humanista y naturalista vocacional, con grandes conocimientos botánicos. De este modo, su obra se puede dividir en dos: el cultivo de la microbiología, en la cual suponemos que fue un autodidacta y su obra botánica, profundamente original, que concretó en varias publicaciones originales sobre la flora uruguaya. En lo que refiere a la primera faceta, su aporte fue la identificación del bacilo de Koch procedente de enfermos de Montevideo en 1884 (dos años después de la descripción princeps de Koch), así como la individualización del bacilo del cólera en la epidemia de 1886. Fue otro aspecto más de su actuación relevante el demostrar que el tasajo, al que las autoridades del Brasil achacaron transmitir el cólera, prohibiendo el ingreso de este producto nacional, fuente principal de nuestras exportaciones hacia aquel país. Enviado por nuestro gobierno a Río de Janeiro, comprobó en forma experimental que el tasajo no transmitía dicho germen, por lo cual la autoridad sanitaria brasilera le otorgó el título de Primer Bacteriólogo de América.

2) Louis Pasteur nace el 27 de diciembre de 1822 y hace sus primeros estudios en Arbois. Luego se traslada a París en octubre de 1838 para preparar su ingreso a la Escuela Normal Superior, pero, inadaptado a las condiciones de vida de la capital, después de un tiempo vuelve a su ciudad natal y más tarde prosigue sus estudios en el Colegio Real de Besançon. Es bachiller en letras en 1840 y dos años más tarde, en matemáticas. En 1843, vuelto a París, ingresa a la École Normale Supérioure, donde trabaja con el químico Jean–Baptiste Dumas, con quien adquiere conocimientos tanto de química como de física y cristalografía. Ello le permite presentar, en 1847, dos tesis sobre sendos temas. Se dedica entonces al estudio de la polarización de la luz y

descubre que ciertos cristales de idéntica estructura la desvían de modo diferente, unos a la derecha y otros a la izquierda: ha puesto en evidencia la isomería. Luego de haber enseñado en Dijon y en Strasbourg, es designado profesor y decano de la nueva facultad de ciencias de Lille. En esa ciudad establece numerosas relaciones con la industria y hace un descubrimiento capital: las levaduras son seres vivos, responsables de la fermentación y no subproductos de esta última. Nombrado director de estudios científicos, solicita que se ponga a su disposición el granero de la escuela para instalar allí su laboratorio. Prosigue sus estudios sobre la fermentación durante tres años y escribe una comunicación sobre la fermentación butírica. Después de 1858, Pasteur está en oposición con los defensores de la generación espontánea. Durante seis años se suceden los experimentos en diferentes condiciones y lugares, así como los artículos científicos y las conferencias. El 7 de abril de 1864 Pasteur pronuncia una alocución en la Sorbonne, con que termina definitivamente con la tesis de la generación espontánea. A partir de 1865, dedica cuatro años al estudio de la enfermedad de los gusanos de seda. Sus observaciones le permiten identificar a las mariposas enfermas y separar los huevos afectados antes que toda la camada se vea inutilizada. Luego de la caída de Napoleón III, Pasteur, un ferviente admirador del emperador, lentamente retoma sus investigaciones, esta vez sobre la cerveza y sus problemas de fermentación. En 1875, luego de cinco años de experiencias, publica los estudios sobre la cerveza y los consejos a sus fabricantes. Poco tiempo después en Inglaterra y Alemania se observan microorganismos en diferentes medios. Los intereses de Pasteur y su equipo se dirigen en ese sentido y descubren el *Stasphylococcus*. Se dedica enseguida a las enfermedades cuyos agentes microbianos pueden cultivar sobre órganos: carbón de los corderos, cólera de las gallinas, rabia de los perros. En el verano de 1879, con sus colaboradores Roux y Duclaux descubren que los cultivos envejecidos del microbio del cólera, inyectados a gallinas, no determinan la enfermedad y hacen que estos animales se vuelvan resistentes a nuevas infecciones. Roux y Chamberland prueban que el calor atenúa la virulencia de los microbios y hacen una prueba de campo en corderos, en mayo de 1881, la que es muy exitosa. Pasteur inicia sus investigaciones sobre la rabia a partir del caso de un niño muerto en 1880. Parece que la médula desecada de animales infectados, protege de la enfermedad a otros, cuya inoculación reciben. El 6 de junio de 1885, Pasteur recibe la visita de una mujer que lleva un niño que había sido mordido por un perro, presumiblemente rabioso. Comienza entonces las inyecciones y en tres meses el niño se ha salvado. El primero de marzo de 1886, ya hay 350 vacunados con un solo muerto. El Instituto Pasteur nace en 1888, como centro de investigación, formación y cuidados. Pasteur permanece a su frente, hasta su muerte, el 28 de setiembre de 1895

3) Robert Koch nace en Klansthal, Alemania, en 1843 y fallece en Baden–Baden en 1910. Inicia sus estudios de medicina en la Universidad de Göttingen en 1862 y tres años más tarde es nombrado asistente del Museo Patológico de dicha ciudad, antes de obtener un puesto de médico adjunto en el Hospital de Hamburgo en 1866. Mientras trabaja en la consulta diaria, hace investigación científica. Se inicia así en la microbiología, a través del estudio del carbón de los corderos, afección sobre la que publica una memoria en 1877, que será muy bien acogida por sus colegas. Por el carácter innovador de sus investigaciones, es reclutado por el Instituto de Higiene de Berlín, donde encontrará todos los medios para llevar adelante su tarea. Infatigable, Koch perfecciona la técnica bacteriológica naciente, pone a punto los medios de cultivo sólidos, los extendidos sobre láminas de vidrio e inicia la utilización de las primeras coloraciones específicas. Por sus investigaciones sobre la infección de las heridas y los desinfectantes, pone las bases de la [illegible] moderna, que serán llevadas a la práctica por Lister. El 24 de marzo de 1882, durante una sesión de la Sociedad de Fisiología de Berlín, Koch anuncia que ha identificado y cultivado el agente de la tuberculosis y ha puesto en evidencia sus modos de transmisión. Si bien de enorme importancia, su descubrimiento es rechazado en un primer momento, para luego ser universalmente admitido. Será preciso esperar hasta 1921 para que Albert Calmette y Camille Guérin pongan a punto una vacuna contra la tuberculosis: la B.C.G. Ya famoso a los 39 años, Koch continúa sus investigaciones. Al año siguiente es enviado a

Alejandría donde reina el cólera, y descubre el agente microbiano causante de la enfermedad, el bacilo vírgula. Es nombrado director del nuevo Instituto de enfermedades infecciosas en 1885, lo que no le impide continuar con sus viajes, que son a la vez expediciones etnológicas y misiones científicas. Durante estas excursiones estudia otras patologías: las pestes bovina y equina, la piroplasmosis, el paludismo y principalmente la enfermedad del sueño. En todos los casos, Koch hace avanzar los conocimientos, si no halla la vacuna específica. En 1905, recibe el Premio Nóbel de Medicina y Fisiología. Luchando sin tregua contra el conservadorismo médico, estará siempre situado en la vanguardia del progreso médico. Muere de una crisis cardíaca en 1910. El Instituto que dirigía tomará a partir de ese momento el nombre de Instituto Robert Koch.

4) La primera enfermedad descrita producida por un microorganismo fue la causada por un hongo, el *Trychophytum schoenleini* por Lukas Schönlein en 1837; la segunda el muguet, también producida por un hongo, *Candida albicans*, por Frederick Berg en 1847; la tercera fue el bacilo del cólera, descubierto por Philippo Pacini en 1854, la cuarta el bacilo del carbunclo, *Bacillus anthraci*, descrito por Casimir Davaine en 1863. Estos antecedentes fueron tenidos en cuenta cuando, debido a la influencia de Pasteur y Koch cobró vigor la teoría microbiológica de la enfermedad (Mañé Garzón, F. Pedro Visca, fundador de la clínica medica en el Uruguay (1982), 1:249.

5) Jurkowski, J. Algunas consideraciones sobre la etiología parasitaria de las enfermedades llamadas catarrales Rev. Médico–Farm.(1879),1:47.

6) Salterain, J. de y Pouey, E. Profilaxia de la rabia, Montevideo, (1888): 18–19

7) Salterain, J. de y Pouey, E. op. cit.: 28–29.

8) Doléris, J. A. y Pouey, E. Albuminuria gravídica y eclampcia (sic), Montevideo, (1889):5.

9) Doléris, J. A. y Pouey, E. Op. cit.: 15.

10) Jacques Amédée Doléris (1852–1938) estudió medicina en París, donde fue externo en 1872, interno en 1874 y doctor en medicina en 1879. Trabajó con Louis Pasteur desde 1878 a 1881. Entre 1883 y 1898 fue Jefe de Clínica de los hospitales de La Pitié, Bouciccault y St. Antoine. Primero estudió la microbiología de las infecciones puerperales, las septicemias y la erisipela; luego se concentró en las intervenciones ginecológicas (operaciones para la corrección de la retroverso–flexión interina) y fue fundador de los *Archives d'Obstétrique et de Gynécologie*. Estuvo en 1926 en Montevideo y su firma figura en el acta de fundación de la Sociedad de Ginecología del Uruguay.

11) Doléris, J. A. y Pouey, E. Op. cit.: 9–10

12) Pouey, Henry. Recherches sur les microbes du pus blénorrhagique, Thèse de Paris, 1888

13) Salterain, J. de. Contribución al estudio de la oftalmía purulenta de los recién nacidos, Montevideo, 1888.

14) Morelli, J. B. Apuntes de Bacteriología. Rev. Cient. Med. Cien. (1888), ver cap. XX.

15) Morelli, J. B. Septicemia consecutiva del ántrax. Rev. Cient. Med. Cien. Uruguay (1888), ver cap. XX.

16) Esta era causa relativamente frecuente de muerte por diseminación septicémica de dicho germen. Esta circunstancia dio lugar en nuestro medio a un hecho trágico. En efecto, en el concurso de practicantes internos realizado en 1901, compartió el primer puesto con otro estudiante, José Negrotto, quien pasó a desempeñarse como tal en la Sala de Niños, Sala San Luis, a cargo de Luis Morquio. El 12 de mayo de dicho año, ingresa en esa sala un niño de cinco años con grave insuficiencia respiratoria, falleciendo tres horas después. Al día siguiente, a las nueve de la mañana, Negrotto le practica la autopsia en presencia de Morquio. La causa de la muerte era una bronconeumonía que le había invadido totalmente los dos pulmones: «*Negrotto hacía la autopsia en mi presencia, al cortar las costillas, había astillado una de ellas, y al introducir la mano en la cavidad torácica, raspó la cara dorsal del dedo medio de la mano derecha con la punta de dicha costilla;*

se apercibió inmediatamente y se hizo un gran lavado y desinfección, examinándose después con prolijidad, no notó nada, continuando con la autopsia. Setenta horas después sintió el primer chucho, temperatura constante de 41 grados y dolor en la axila derecha, dos días después tenía un foco bronconeumónico en el pulmón derecho, luego hematuria, apareció insuficiencia respiratoria con esputos sanguinolentos, para fallecer el día 21 de mayo» (Morquio, L. El practicante José Negrotto. Rev. Med. Uruguay (1902), 4:179–180) y Mañé Garzón, F. Pedro Visca Fundador de la clínica médica en el Uruguay (1982), 1:92.

17) Morelli, J. B. El Bacterium coli commune en el agua corriente. An. Universidad (1894): 191–195, ver capítulo XX.

18) Morelli, J. B. Vesícula de disector Rev. Cient. Med. Cien.(1888),1:151,ver capítulo XX.

19) Morelli, J. B. La Universidad (1885), 1:259–269

20) Zunino Nogués, Juan. I. F. Semmelweiss y la tragedia de la fiebre puerperal, 160 pág., Buenos Aires, 1942.

21) Morelli, J. B. Neumopatías gripales. Rev. Med. Uruguay (1900), 3:268–273,ver capítulo XX.

22) Ver Capítulo XX.

23) Ver Capítulo XX.

24) El beri–beri fue descrito como la «enfermedad nacional del Japón», pero se volvió un problema cada vez más importante en muchas regiones del sudeste asiático en la segunda mitad del siglo XIX. En los adultos, la enfermedad se caracteriza por neuritis periférica, afectando especialmente la motilidad y sensibilidad de los miembros inferiores y determina un debilitamiento del músculo cardíaco, que puede llevar a la insuficiencia cardíaca, y, en algunos casos («beri–beri húmedo») provoca un edema generalizado de la mitad inferior del cuerpo. En los niños que son amamantados por mujeres afectadas, produce frecuentemente muerte súbita por insuficiencia cardíaca. En 1882, a punto de partida de observaciones recogidas en una epidemia de la enfermedad ocurrida en un velero naval japonés, Kanehiro Takaki (1849–1915), un cirujano naval, hizo notar la baja ingesta proteica de los afectados con relación a la media para los marineros de tierra. Las autoridades decidieron que en un viaje similar a realizarse al año siguiente, la dieta fuera modificada, reemplazando parte del arroz por vegetales y por el agregado de carne, leche condensada y tofú (queso de soja). Este viaje fue un éxito, sin muertes. Takaki creyó que había probado que la causa del beriberi era una carencia de proteínas en la dieta. Ulteriores progresos provendrían de las colonias holandesas en Indonesia, donde el beri–beri era endémico. Como en el caso de la pellagra, primero se pensó que la enfermedad era debida a infección por una bacteria y se enviaron especialistas de Holanda para tratar de identificar el agente. Estos bacteriólogos trataron de transferir la enfermedad a un grupo de pollos por inoculación. Por casualidad, Christian Eyksmann (1858–1930), en 1890, al notar que algunas de las aves no inoculadas habían desarrollado polineuritis, pensó en la posibilidad de que hubiera otra explicación. Halló que el período en el que se observaba la polineuritis, correspondía al tiempo durante el cual los animales habían sido alimentados con un exceso de arroz blanco, en lugar del arroz marrón con que se nutrían habitualmente. Las aves alimentadas con arroz blanco desarrollaban polineuritis, pero se recuperaban si su dieta era suplementada con arroz marrón. Dicho autor estaba en conocimiento de que muchos prisioneros en la isla de Java presentaban beri–beri. Entonces dicho autor distribuyó un cuestionario en las 84 prisiones de Java, preguntando acerca de la incidencia de la enfermedad, las características de los edificios y el tipo de arroz que utilizaban en la alimentación. Las respuestas mostraron que no había relación entre la vejez de los edificios, la ventilación adecuada, el grado de sobrepoblación de las prisiones con la incidencia del beri–beri. No obstante, la enfermedad era un serio problema en 71% de los establecimientos que comunicaron que usaban arroz blanco y sólo en el 3 % de lo que reportaron el empleo de arroz marrón o integral. Eyksmann tuvo que retornar a Europa por razones de salud, pero estaba convencido de que el beri–beri era causado por una toxina presente en el arroz blanco, para la cual debía haber un antídoto en la capa externa del grano. Gerrit Griijns, su sucesor en Java, continuó la investigación y mostró

que habían otros alimentos que también protegían a los pollos de los malos efectos del arroz blanco, pero la eficacia de estos suplementos, incluyendo el arroz marrón, era destruida sometiéndolos al autoclave. El trabajo en Malasia, luego bajo control británico, confirmó la asociación del beriberi con el consumo de arroz blanco. También se mostró que los trabajadores Indios en aquel país estaban libres de la enfermedad, aún cuando consumían arroz blanco. Sin embargo, este era producido por un proceso diferente, llamado *«parboiling»*. El mismo consistía en que el arroz blanco era mantenido en agua por una o dos horas y luego dejado secar; con posterioridad era pelado de la manera habitual. El procedimiento gelatinizaba y endurecía la capa externa del arroz blanco, lo que facilitaba el procedimiento de pelado, con menos rotura de granos, lo que, a su vez, reducía el subsecuente ataque por insectos, que era una importante causa de pérdidas de arroz en los climas cálidos. Henry Fraser (1873–1930) y A. T. Staton (1875–1938) llevaron a cabo en 1905 un experimento bien diseñado, en un manicomio de Kuala Olampur, con lo que confirmaron la diferencia entre los dos tipos de arroz, administrado a la población dividida al azar. La explicación inmediata fue que el tratamiento del arroz mataba o removía microorganismos que hacían tóxico al arroz blanco. No obstante, más tarde comprobaron que mientras que los pollos se mantenían sanos mientras eran alimentados con arroz tratado, si este material era sometido a la acción de alcohol caliente, los animales a los que se suministraba este extracto desarrollaban polineuritis. Reportaron sus hallazgos en una conferencia en 1910 y concluyeron que *«el arroz blanco era deficitario en alguna sustancia o sustancias esencial para el normal metabolismo del tejido nervioso... Nosotros creemos que el método de estimar las dietas por el contenido en proteínas, grasas, carbohidratos y minerales contenidos en ellos, merece reconsideración»*. En 1911 Casimir Funck en el Lister Institute de Londres aisló una sustancia cristalina que erróneamente pensó que era el factor anti beri–beri y lo denominó *«vitamina»* por su estructura química de amina. En 1926, dos químicos alemanes, B. C. P. Jansen y W. F. Donath, trabajando en Java, lograron identificar y cristalizar, a partir de la cáscara de arroz, la sustancia activa. Recién en 1936, J. Williams logró por síntesis el principio activo contra la enfermedad, denominándolo tiamina (Albury, W. R. Ideas of life and death in: Bynum, W. F. and Porter, R. (eds.) Companion Encyclopedia of the History of Medicine (1993), 1:272–274).

25) Lacerda, J. B. Etiología e genesis do beriberi, Rio de Janeiro, 1883 y Lacerda, J. B. O micróbio do beri–beri, suas relaçoes com o processo anatomopatológico desta molestia, Rio de Janeiro, 1887.

26) Prunés, A. Microbios del beri–beri, Tesis para optar al grado de Doctor en Medicina, 54 págs., Montevideo, 1891.

27) Musso, J. y Morelli, J. B. Sobre la etiología del Beri–beri, investigaciones bacteriológicas (Laboratorios de la Facultad de Medicina) Rev. Urug. Medic. Farm. (1889), 12:185–191.

28) José Musso, nacido en Italia en 1852, había cursado secundaria en el Colegio de Provincias de Turín y egresó de la Facultad de Medicina de la capital del Piamonte en 1876. Luego de una corta actuación como médico en un pueblo, retorna a Turín, donde actúa como asistente de Física, Psiquiatría, director del Gabinete de Electroterapia del Hospital Mauriciano, hasta que fracasa en un concurso. Desilusionado, migra a Uruguay, primero a la campaña *«ganando dinero y olvidándose poco a poco de que existía la ciencia»*. Cuando llega a Montevideo para dar su examen de reválida, allí se queda, haciendo mucha clientela, y se incorpora al Laboratorio de Bacteriología de la Facultad de Medicina, donde conoce y trabaja con Morelli. Se embarca para Italia, a efectos de visitar a su familia en Navidad, pero muere en Módena el 24 de diciembre de 1891. Entre sus trabajos previos a la llegada al Uruguay, figuran varios sobre temas neurológicos: La enfermedad de Friedreich (artículo citado por Charcot, 1884), Las variaciones del diámetro pupilar en los epilépticos (1884), La pseudo parálisis general por intoxicación lenta por el óxido de carbono(1885), La amiotrofia progresiva hereditaria (1887), Las modificaciones de la circulación cerebral durante la narcosis clorofórmica y por la acción de las excitaciones dolorosas (en colaboración con Carle, 1886), Las variaciones térmicas de la cabeza durante las emociones (en colaboración con E. Tanzi, 1888), El hipnotismo y la sugestión (en colabora-

ción con E. Tanzi, 1887), Sobre una forma especial de alteración regresiva de las células nerviosas (1887), Algunas alteraciones de las células nerviosas espinales (1888), Segundo caso de conformación anormal de las columnas de Clarke (1887)(Morelli, J. B. El doctor José Musso. An. Universidad (1891) ,1:210–215).

29) Musso, J. y Morelli, J. B. Contribución al estudio del Beri–beri. An. Universidad (1891), 1:640–645, ver capítulo XX.

30) Musso, J. y Morelli, J. B. Sobre la etiología del beriberi An. Círc. Med. Argentino, (1890), 13:313–315, ver capítulo XX.

31) Musso, J. y Morelli, J. B. Contribución al estudio del Beri–beri. An. Univ. Montevideo (1892), 2:196–204 y 545–550, ver cap. XX.

32) Morelli, J. B. Sur la pénétration de microbes étrangers dans le sang et dans les tissus des malades de Béribéri. Comp. Rend. Soc. Biol. Paris (1893), 22–23, ver capítulo XX.

33) Mañé Garzón, F. En el centenario del Instituto de Higiene experimental, 1896–1996, Origen, pasión y vigencia Rev. Med. Uruguay (1996), 12:59–68 y 1997, 13:163–184.

Capítulo IV

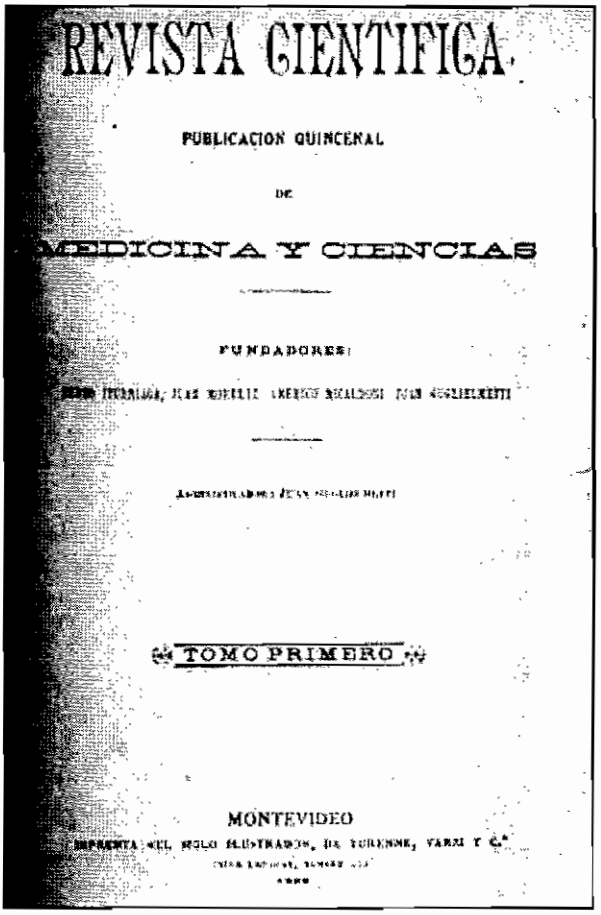
DOCENTE Y PROMOTOR DEL DIAGNÓSTICO ANATOMOCLÍNICO

I

La llamada tradición anatomoclínica surgió a fines del siglo XVIII, con Giovanni Batista Morgagni (1682–1771) en Italia y luego alcanzó su apogeo en Francia con Xavier Bichat (1771–1802), Gaspard Laurent Bayle (1774–1816) y René Théophile Laennec (1781–1824). Este método consiste en correlacionar los hechos clínicos con las lesiones observadas en el cadáver en forma macroscópica. Hacia 1830, Johannes Müller (1801–1858) comienza a utilizar el microscopio, que había sido mejorado desde el punto de vista óptico, una vez corregidos los defectos de esfericidad y las aberraciones cromáticas. Ello hizo posible la más exacta observación de los tejidos sanos y enfermos y el advenimiento de la teoría celular. Esta última llevaría en años posteriores (1840 a 1860) a la teoría celular de la enfermedad, formulada por Rudolph Virchow (1821–1902) en su obra *Cellular Pathologie,* publicada en 1858. Esta última concepción permitió identificar enfermedades que, no obstante tener lesiones macroscópicas similares, eran entidades diferentes si se observaban microscópicamente, lo que implicaba para ellas tanto nuevos pronósticos como terapéuticas. [1]

II

Pese a que contamos con muy escasos datos, es indudable que Morelli fue el pionero de la Medicina anatomoclínica en nuestro país, ya que realizó protocolos de correlación de la morfología con la manifestaciones clínicas con intención diagnóstica. Tenemos la firme convicción de que obtuvo su formación en este campo como complemento de sus investigaciones bacteriológicas y que fue guiado en sus primeros pasos por Eduardo Kemmerich y Guillermo Leopold. En efecto, estos dos médicos alemanes, profesor el primero de Materia Médica y Terapéutica y profesor de Clínica Médica y Anatomía Patológica el segundo, tenían, a través de la formación adquirida en su patria, un conocimiento apropiado de las técnicas de estudio microscópico de las lesiones, así como de los métodos de fijación, inclusión, sección, coloración y montaje. Morelli cultivó esta disciplina a lo largo de toda su vida, al punto de instalar en su casa un completo labora-


REVISTA CIENTIFICA

PUBLICACION QUINCENAL

DE

MEDICINA Y CIENCIAS

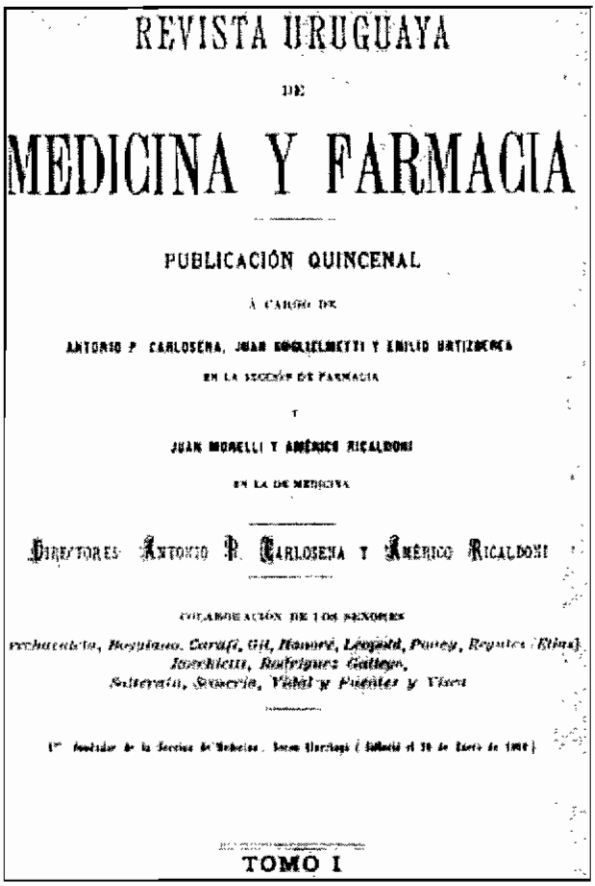
FUNDADORES:

TOMO PRIMERO

MONTEVIDEO

Figura 21

torio de histología. Sus observaciones fueron publicadas, así como las de otros de su generación, en dos revistas que ellos mismos editaron: *Revista Científica de Medicina y Ciencias* (fig. 21) y *Revista de Medicina y Farmacia* (fig. 22). Ellas se ven plasmadas varios correlatos anatomoclínicos, en clases dictadas por Pedro Visca[2]: Carcinoma coloideo de la lengua[3], Carcinoma hepático[4], Método de Frankel para colorear el bacilo de Koch en los cortes.[5] En los trabajos sobre el beri–beri[6] se destacan las prolijas autopsias, que denotan un conocimiento acabado de la anatomía macroscópica humana[7]; en aquellos que pretenden demostrar las lesiones neuríticas, presuntamente debidas al agente productor del beri–beri en los animales de experimentación, se pone de manifiesto la capacidad en la observación microscópica, aún cuando las preparaciones fueron realizadas por aplastamiento y no mediante cortes con micrótomo.[8] También puede considerarse a Morelli un pionero en la comprobación histopatológica mediante la obtención de biopsias durante actos quirúrgicos de lesiones poco conspicuas, como es el caso del diagnóstico de la sífilis hepática, operado por Luis Mondino.[9]


REVISTA URUGUAYA

DE

MEDICINA Y FARMACIA

PUBLICACIÓN QUINCENAL

Á CARGO DE

ANTONIO P. CARLOSENA, JUAN GUGLIELMETTI Y EMILIO ORTIZDORCA

EN LA SECCIÓN DE FARMACIA

Y

JUAN MORELLI Y AMÉRICO RICALDONI

EN LA DE MEDICINA

DIRECTORES: ANTONIO P. CARLOSENA Y AMÉRICO RICALDONI

COLABORACIÓN DE LOS SEÑORES

Fernandez, Beyziaco, Cerrafi, Gil, Hamore, Leopold, Pomey, Reyes (Elias), Isorbetti, Rodriguez Gallego, Salerain, Scoseria, Vidal y Puentes y Visca

1.er Secretario de la Sección de Medicina, Juan Gurlaqui (Editado el 20 de Enero de 1902)

TOMO I

Figura 22

En trabajos posteriores sigue Morelli demostrando interés en jerarquizar la relación anatomoclínica. Así vemos en uno de sus últimos trabajos un detallado estudio necrópsico e histopatológico de una disgénesis del aparato respiratorio, que consideramos es la descripción de una nueva entidad nosológica.[10] Igualmente se revela dicha tendencia en la sistematización embriológica de la patología pulmonar que propone, así como en el concepto que ampliamente desarrolla a propósito del istmo pulmonar.[11]

Es preciso tener en cuenta que uno de los datos esenciales para el diagnóstico de la tuberculosis es la identificación microscópica del granuloma de Koster. En esto se aprecia la imbricación de la histopatología con la bacteriología, por lo que no es extraño que Morelli se viera estimulado en el cultivo de esta última como complemento de sus inquietudes bacteriológicas.

Notas

1) Maulitz, R. C. The pathological tradition in: Bynum, W. F. y Porter, R. (edit.) Companion Encyclopedia of History of Medicine (1993), 1:175–76.
2) Mañé Garzón, F. Pedro Visca. Fundador de la Clínica Médica en el Uruguay (1982), 2: 163–186.
3) Morelli, J. B. Carcinoma coloideo de la lengua. Rev. Cient. Med. Cien. (1888), 1:181–182, ver Capítulo XX.
4) Morelli, J. B. Carcinoma hepático, cirrosis consecutiva. Rev. Med. Cien. (1888), 1:296–298, ver Capítulo XX.
5) Solari, F. y Morelli, J. B. Modificación del método de Frankel para colorear el bacilo de Koch en los cortes. Rev. Cient. Med. Cienc. (1888), 1:47–49, ver Capítulo XX.
6) Musso, J. y Morelli, J. B. Etiología sobre la etiología del Beri–beri, investigaciones bacteriológicas (Laboratorio de la Facultad de Medicina) Rev. Urug. Med. Farm (1889), 1:557–559, ver Capítulo XX
7) Musso, J. y Morelli J. B. Contribuciones al estudio del Beri–beri. An. Universidad (1891), 1:640–645 (1892) y 2:196–204, 545–550, ver Capítulo XX.
8) Musso, J. y Morelli, J. B. Etiología del Beri–beri An. Circ. Med. Argentino (1893),16:431–451, ver Capítulo XX
9) Morelli, J. B. Rev. Med. Uruguay (1924), 27:163–175, ver capítulo XX.
10) Morelli, J. B. Disgenesia del aparato respiratorio: el enfisema gigante con pulmonalitis congénita. Bol. Ac. Nac. Med. Buenos Aires (1936), ver cap. XX.
11) Ver capítulo XX.

Capítulo V

DOCENTE E INVESTIGADOR DE FISIOLOGÍA (1891–1902)*

I

Encargado de organizar el laboratorio de Fisiología desde 1890, el 2 de febrero de 1891 Juan B. Morelli ocupa en forma interina la cátedra de Fisiología y desde el 16 de enero de 1894, previo concurso de oposición, es titular de ella (fig. 23). La desempeñará hasta el 15 de mayo de 1902, en que pasa a ocupar la cátedra de Terapéutica.[1] Morelli, como ya hemos visto formado junto a José Arechavaleta en las ciencias básicas de la medicina[2], promueve ahora, al ocupar esta cátedra el desarrollo de la medicina experimental. Simultáneamente con Morelli, se designa encargado honorario del Laboratorio de Fisiología y jefe de trabajos prácticos a Pablo Scremini (1874–1950).[3]

II

Morelli organiza el Laboratorio de Fisiología para la enseñanza práctica, en base al material comprado en Alemania por el profesor de Materia Médica y

---

* Mañé Garzón, F. y Mazzella, H. Historia de la Fisiología en el Uruguay, Capítulo IV, Montevideo, 2000.

Terapéutica Eduardo Kemmerich, a quien debemos considerar como el iniciador en Uruguay de los estudios experimentales.[4]

A este respecto elevó Morelli al Decano, el siguiente informe:

Satisfaciendo el pedido del Sr. Rector, vengo por medio de la presente a hacer una ligera reseña del Laboratorio de Fisiología, estado actual de los trabajos hechos y necesidades sentidas.

Los instrumentos. El Laboratorio fue fundado como Ud. recuerda bien a principios del corriente año, sirviendo de plantel para su creación los aparatos pedidos hace algunos años a Europa por el eminente ex profesor de Terapéutica Dr. D. Eduardo Kemmerich, autorizado iniciador de los estudios experimentales en nuestra joven Facultad. Estos aparatos, posteriormente a la salida del referido, habían sido incorporados al Gabinete de Física Médica, de donde han salido, como Ud. podrá verlo por el Inventario adjunto, para cumplir con su primitivo destino.

Figura 23
Juan B. Morelli docente de fisiología. Con compañeros, entre ellos José Pedro Mondino.

Dos aparatos, ambos importantes (máquina neumática de mercurio y espectroscopio de Merz), me han sido galantemente cedidos por el profesor de Química Médica Dr. Scoseria, por estar próximo a recibir modelos más completos.

Con este plantel de aparatos no se podía hacer todavía nada serio y fue entonces que gracias a la inteligente solicitud de las autoridades universitarias pude encargar a Europa una serie de aparatos.

La casa que elegí para hacer este pedido fue la de Verdin de París, que en pocos años de existencia ha sabido conquistarse una fama universal por la exactitud y elegancia de sus aparatos, y me es altamente satisfactorio poner en su conocimiento que los aparatos llegados son todos de primer orden.

De los tres pedidos hechos a Europa en los meses de Febrero, Abril y Julio, ha llegado tan solo parte de los instrumentos que corresponden a los dos primeros, de tal manera que hoy nos encontramos en la imposibilidad de hacer una experiencia completa. Pero este estado de cosas se modificará totalmente de aquí a dos o tres meses época en que creo habranse completado los instrumentos llegados.

Entonces estará el Laboratorio de Fisiología en condiciones de ofrecer a los estu-diantes un curso experimental bastante completo, excepción hecha de la respira-ción como función química, estudio que requiere el empleo de aparatos (de Andral, Jolyet, Bergonie, etc.), puestos en movimiento por un motor cualquiera que desgraciadamente no existe en nuestra Facultad.

Pero fuera de este punto especial, tenemos material suficiente para emprender el estudio experimental de todos los puntos de la Fisiología, desde la composición de la sangre hasta las localizaciones cerebrales.

Si dentro de pocos meses este Laboratorio podrá responder a las necesidades de la enseñanza práctica, no por eso podrá decirse completo, ni muchos menos; pues es inmenso el número de aparatos ideados por los experimentadores para el estudio de las cuestiones en detalle, acostumbrándose en los laboratorios europeos a com-prarlos en vista ya de algún trabajo que se piensa hacer.

Ahora bien, nos proponemos con mi querido amigo el doctor Musso de Turín, persona bien conocida en el campo experimental, continuar aquí las investigaciones que él había empezado en Italia con el objeto de esclarecer un punto de la fisiología de los centros nerviosos. Sería pues conveniente, aprovechando el viaje inminente del referido doctor, autorizarle para la compra de los instrumentos necesarios para nuestros trabajos, instrumentos todos ellos accesorios y cuyo costo no puede pasar de cien o ciento cincuenta pesos.

El local. Ocupamos el local destinado antes a Laboratorio de Química Médica, compuesto de un pequeño salón y de una piecita anexa.

Si se elimina esta última, que por sus condiciones especiales ha sido destinada exclusivamente a la instalación de los galvanómetros, tenemos que nuestras experiencias deben verificarse en un salón de cuatro y medio metros por cinco, salón en gran parte ocupado por cuatro armarios y por una gran mesa de vivisección a cuyo alrededor se agrupan los estudiantes para contemplar la experiencia, ocupando completamente lo poco que quedaba disponible del salón. Si a esto se agrega la necesidad de colocar los aparatos que se emplean en la misma mesa de mármol (desniveladas para las necesidades de desagüe), donde está fijado ya el animal, que a veces es de talla regular, no podrán desconocerse las condiciones de incomodidad con que se trabaja. Y en cuanto a la pieza de los galvanómetros, sus dimensiones son tan reducidas, que apenas cabe en ella la mesa necesaria para sostener a los animales cuyos fenómenos eléctricos se van a medir.

Es pues evidente la necesidad imperiosa de un ensanche de local, que por ahora podría limitarse a la adquisición de dos nuevas piezas, un salón (más iluminado que el actual) de cuatro por cinco metros, destinado a la experimentación propiamente dicha, y otro salón de las mismas dimensiones, destinado exclusivamente a la galvanométrica, debiendo reunir para ello las siguientes condiciones: tener un pavimento sólido y estar alejado lo más posible de la calle, con el objeto de evitar las vibraciones y perturbaciones que vendrían engendradas por el paso en la calle de vehículos y de masas metálicas considerables.

Las dos piezas actuales quedarían empleadas: la grande para las vivisecciones sangrientas y para guardar los aparatos y la pequeña se destinaría a cámara oscura para estudios de espectroscopía, fotometría, etc.

El personal. Tengo como ayudante al estudiante señor Scremini, de cuya actividad e inteligencia no podré hacer nunca bastantes elogios y que debido a razones económicas por todos conocidas, presta gratuitamente sus servicios. Aprovecho la oportunidad para insistir acerca de Ud. sobre la conveniencia y la justicia que habría en asignarle una retribución conveniente.

Tenemos un peón de Laboratorio bastante mal retribuido y que presta servicios a éste y en el Laboratorio de Bacteriología.

Sería altamente conveniente obtener un sueldo mayor, que permitiera tener un sirviente inteligente, cuya importancia en un Laboratorio, no obstante la humildad de sus funciones, es de primer orden.

Trabajos efectuados. Como se comprenderá fácilmente en este período de creación del Laboratorio no se han podido hacer muchas experiencias, debido a la llegada tardía de los instrumentos y también a la falta de destreza del que suscribe, que ha debido improvisarse profesor experimental, cosa mucho más difícil que la de dar lecciones teóricas. No obstante estos inconvenientes tengo la conciencia de haber hecho todo lo posible con los instrumentos que disponía.

Animales para las experiencias. Hemos luchado en la primera mitad del año escolar con dificultades inmensas para conseguir un número suficiente de ranas, cuises y conejos para experiencias; el único animal cuya provisión fue regular es el perro, que nos compensaba de la falta de otros animales, con la complejidad de las experiencias que se pueden practicar en él.

Actualmente gracias a la estación más templada, hemos podido conseguir numerosas ranas que llenan el acuario de la Facultad; pero subsiste aún la dificultad para conseguir cuises y conejos, cuya falta se hace sentir en este Laboratorio y en el de Bacteriología.

Es verdaderamente extraño que no haya en el Departamento personas que se quisieran encargar de la cría en escala seria de los dos animales referidos.

Las jaulas en que se encierran los animales de experiencia son pequeñas para los perros, y se hallan además en un estado de deterioro notable, sería pues un desideratum la construcción de jaulas nuevas de dimensiones mayores y bastante sólidas como para resistir a los dientes de los prisioneros que encerrasen.

Así mismo sería conveniente la traslación de los perros a un local apartado (estos ocupan actualmente el patio común a los laboratorios de Fisiología y Bacteriología), con el objeto de que no incomodarán con sus gritos el trabajo de los Laboratorios y las clases que tienen lugar en el Anfiteatro contiguo.

Trabajos originales. Las mismas razones que apuntábamos al hablar de las experien-cias de clase, han influido poderosamente para que el Laboratorio no pueda ofrecer el más mínimo trabajo original, pero no será así por mucho tiempo, porque además de las investigaciones que pensamos emprender con el doctor Musso, he empezado en el Hospital, ayudado por algunos estudiantes de Clínica, estudios de cardiografía y de estetografía que podrán ser luego utilizados para la confección de alguna tesis.

Para terminar mencionaré que el Laboratorio tiene en creación una biblioteca propia, que recibe los siguientes periódicos: Archives de Physiologie, Archives Italiennes de Biologie y Archivo Italiano per le Scienze Mediche.

Saluda al señor decano con el mayor respeto,

Juan B. Morelli

Montevideo, Septiembre 23 de 1891.

Apéndice.

Lista de los instrumentos que sería conveniente pedir a Europa:

Electrómetro capilar de Lipman.

Aparato fotocronográfico de Marey.

Aparato de D'Arsonval para filtración de los jugos de la economía.

Aparato de Bohr para análisis de los gases de la sangre.

Aparato de rotación variable de Helmholtz.

Reótomo diferencial de Bernstein.

Diapasón de 1000 vibraciones por segundo.

Id. de 10 Ibid.

Pilas termo–eléctricas de Heidenheim.

Aparato para excitar el nervio en ciertos momentos de la rotación del disco, etc. [5]

III

En este período, bajo la conducción de Morelli se organizó en forma académica el curso de Fisiología y las demostraciones prácticas e incluso se intentó

iniciar la investigación. Quedó marcada esta incipiente inquietud en algunos trabajos, a los que oportunamente liaremos referencia.

Así se expresa respecto a la actuación de Morelli el decano Elías Regules en informe al Rector:

Para los que siguen de cerca la vida de nuestra Facultad de Medicina, es un hecho evidente que muchos de los adelantos efectuados en estos últimos años han sido debidos a la dedicación ejemplar del profesor de Fisiología, doctor Juan B. Morelli, quien ha puesto incondicionalmente al servicio de la enseñanza, todo el esfuerzo de su exuberante inteligencia y de su admirable voluntad.

Con el objeto de realizar algunos ejercicios prácticos destinados a la asignatura de Historia Natural Médica, se estableció un pequeño laboratorio cuya dirección fue encomendada al doctor Morelli. En poco tiempo el desenvolvimiento de aquel laboratorio fue un verdadero asombró para todos, tanto por el arsenal de aparatos con que contaba como por la variedad e importancia de las observaciones que en él se recogían. Poco más tarde, la iniciativa del doctor Morelli abrió, allí mismo, el servicio de análisis químicos y microscópicos con aplicación clínica, que ha ido gradualmente conquistando la confianza del cuerpo médico de Montevideo y al que se recurre hoy, sin vacilaciones, en la mayoría de los casos.

Producida la última vacante en la cátedra de Fisiología, se designó al doctor Morelli para ocuparla. Esta materia, hasta ese entonces, se había enseñado exclusivamente en la forma teórica. El doctor Morelli fundó el laboratorio respectivo y acompañando sus lecciones con experiencias interesantes y completas, ha hecho de su asignatura una de las que con más brillantes se cursan actualmente en nuestra Facultad.

Las novedades de laboratorio que han despertado algún interés en el mundo científico europeo, han sido repetidas por su mano en esta Facultad, y nuestros estudiantes han podido observar desde las experiencias antirrábicas de Pasteur hasta los últimos estudios de Brown–Séquard y D'Arsonval, ofrecido todo por el indiscutible entusiasmo y generosos afanes del doctor Morelli.

Entre sus trabajos, tiene uno dedicado a la investigación del microbio patógeno de beri–beri, que envió al Congreso Sudamericano de Medicina celebrado, últimamente en la ciudad de Buenos Aires, por el Círculo Médico Argentino, para solemnizar el 4° centenario del descubrimiento de América. El Jurado de ese Concurso declara en su veredicto que: el titulado Contribución al estudio bacteriológico del beri–beri, (sin lema), es acreedor al premio del Gobierno de la República Oriental del Uruguay (medalla de oro) por su originalidad, pero no tiene atribución para adjudicárselo, por cuanto carece de la condición de ser inédito que el reglamento exige, pues los mismos artículos han sido publicados por Leopold en la revista «Berliner Klinische Wochenschrift», número 40, 1892.

Este trabajo era el del doctor Morelli y los artículos del doctor Leopold a que hace referencia el veredicto, fueron noticia o apuntes facilitados a este último por el doctor Morelli, sobre los primeros resultados de sus investigaciones.

De todas maneras, la declaración del Jurado en el Concurso del Círculo Médico Argentino es altamente honrosa para nuestro joven profesor y he creído cumplir con un deber de justicia, aprovechando esta oportunidad para pedir en mi carácter de Decano, al Consejo de Instrucción Secundaria y Superior, que por este éxito, por sus desinteresados y útiles esfuerzos en la fundación y sostenimiento de nuestros laboratorios y por su intachable laboriosidad, ofrezca al doctor Morelli una placa conmemorativa como demostración tangible de que la Universidad de Montevideo sabe premiar a sus buenos profesores.

Saludo al señor Rector atentamente,

Elías Regules.

Consejo de Enseñanza S. y Superior.
Montevideo, Junio 30 de 1893.

De acuerdo con lo expuesto en esta nota, autorízase al señor Rector de la Univer-sidad para hacer entrega al señor Profesor doctor don Juan B. Morelli de la placa que propone el señor Decano de la Facultad de Medicina, en demostración de gratitud por sus útiles servicios a la enseñanza y como estímulo por su ardiente aplicación a las investigaciones científicas.

Vásquez Acevedo

Enrique Azarola
Secretario. [6]

La Universidad le ofrece entonces, una placa de oro con la siguiente inscripción:

La Universidad de la República al Doctor Juan B. Morelli, por sus importantes servicios a la enseñanza práctica y por su ardiente dedicación a las investigaciones científicas. [6]

IV

Morelli nos ha dejado una muestra de su labor en un trabajo de intención original, sobre el período de excitación latente del músculo. En él mediante un carrete de inducción trató de determinar la velocidad de transmisión nervio músculo estriado (gastrocnémico de la rana), hallando un valor mucho más alto que el obtenido por Helmholtz [7].

V

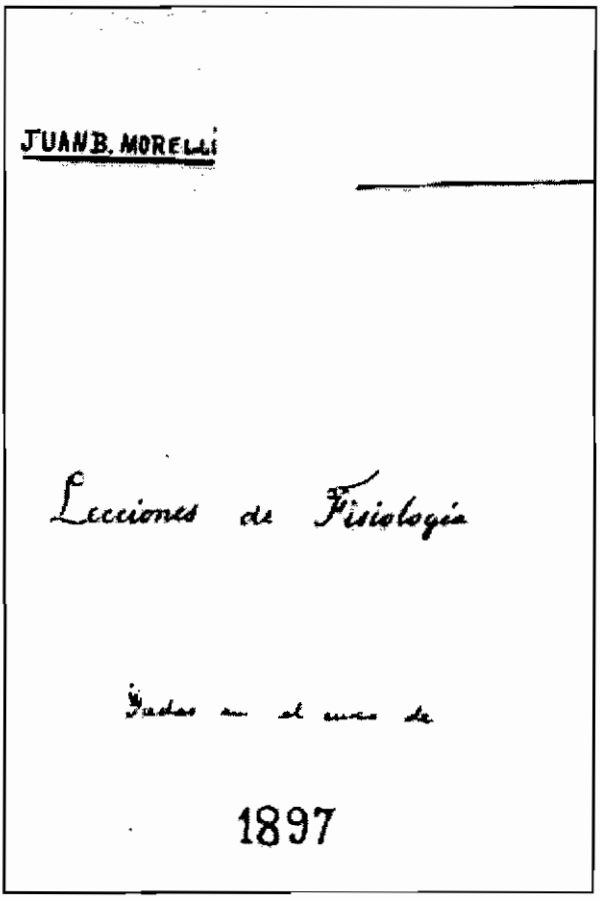
Pablo Scremini fue ayudante de Morelli desde su instalación en la cátedra. Se destacó como un asiduo colaborador. Culminó su carrera con la presentación de una tesis de Fisiología experimental que versó sobre la función de la glándula tiroides.[8] En ella trata de ver por qué extirpar la glándula tiroides (con las glán-

dulas paratiroides, a las cuales no discrimina ni su función ni su importancia) se obtienen resultados sorprendentemente negativos. Una de las teorías existentes era que la tiroides neutralizaba la acción de productos tóxicos originados en el bazo. Doce perros sin tiroides fueron esplenectomizados y tratados con inyecciones ele bazo, la mayoría murieron entre el séptimo y noveno día y dos sobrevivieron.

Luego del retiro de Morelli, Scremini se desvinculó de la Cátedra de Fisiología. [9]

VI

En relación a la docencia que impartió Morelli en la cátedra de Fisiología nos han llegado, en primer término, el programa dictado en 1897[10], y la versión parcial de dos de los cursos que dictó, el primero en 1897 y 1898 y el segundo en 1900. El curso teórico fue completado por primera vez, desde 1891, por un curso práctico con el uso de los más difundidos instrumentos y aparatos de experimentación fisiológica. Se puede apreciar en ellos que los estudios de las diferentes funciones van precedidos de conceptos monográficos, particularmente histológicos, para lo cual Morelli se valió fundamentalmente del texto de Richard Hertwig (1849–1922) publicado en 1890[11] y en el de Santiago Ramón y Cajal.[12] En Fisiología se usó como texto básico el de Léon Fredericq (1851–1935) fisiólogo belga creador de la llamada Escuela de Lieja[13] y los de Mathias Duval (1844–1907),


JUAN B. MORELLI

Lecciones de Fisiología

Dadas en el curso de

1897

Figura 24

Eugène Gley (1857–1935)[14], Filippo Bottazzi (1867–1930)[15], Luigi Luciani (1842–1920)[16] y otros.

Del curso dictado en 1897–1898 tenemos una versión mucho más completa, en la que se exponen: 1. la morfología y función celular; 2. sangre y circulación; 3. calor animal; 4. digestión; 5. absorción y asimilación; 6. sistema nervioso central. Constituye en total la transcripción de 73 clases que se dictaron entre el 22 de abril de 1897 y el 11 de enero de 1898[17] (fig. 24).

La sección correspondiente a la fisiología general, en el tema sobre la morfología y función celular, toma como textos básicos las obras ya citadas de Hertwig y de Ramón y Cajal. Comprende 17 clases. Expone la teoría celular formulada por Schleiden y Schwann, la teoría de la constitución del protoplasma, su morfología, sus propiedades fisicoquímicas, la morfología nuclear y la importancia de la nucleína o cromatina con sustancias esenciales de su composición, formando el ovillo cromático y el nucléolo. Da una buena descripción de la meiosis. Analiza en forma pormenorizada las funciones celulares: motilidad, irritabilidad, nutrición y reproducción. Con respecto a esta última función, explica la carioquinesis por mitosis, la formación de los cromosomas con abundantes detalles experimentales, tanto referidos a los fenómenos observados en invertebrados como en mamíferos, con abundantes referencias a la patología.

Continúa el estudio de la coagulación de la sangre, basado en los textos de Gautier y de Fredericq, en la que expone con toda claridad tanto los hechos y las diferentes teorías conocidas para explicar el fenómeno. Expone el origen, forma y función de los glóbulos rojos, adhiriéndose a la teoría hematoplástica de Hayem, las características de los glóbulos blancos. Explica luego los gases en la sangre, la tensión parcial del oxígeno, ácido carbónico, la destrucción de los glóbulos rojos en forma normal o patológica (hematosis). Luego la fisiología cardíaca es estudiada con esmero, para lo cual primero describe los aparatos usados para su estudio con los que demuestra una familiaridad adecuada de su uso, y sintetiza con claridad las experiencias de Marey, Gley, Chaveau, Francois Franck. En base a ello formula las teorías más conocidas para la interpretación de las gráficas obtenidas tanto sobre el lleno sistólico (el platillo sistólico), como la presión diastólica, la mecánica de las estructuras valvulares, la pequeña circulación y las características de la circulación vascular, explicación que acompañó con el trazado de registros y la causa de los ruidos cardíacos. Dedicó una lección especial a la estructura de la fibra cardíaca, a las particularidades de la contractilidad cardíaca y las influencias sobre la cual actúan los nervios excitantes y los inhibidores sobre los ganglios nerviosos intracardíacos. Los efectos de la variación de la presión sanguínea a nivel central y periférico son consignados con precisión conforme a las leyes de la hidrodinámica; da término a ello estudiando la presión venosa. Hace una corta descripción del sistema linfático y de los caracteres específicos de la linfa y su circulación. Las lecciones sobre la fisiología respiratoria se desarro-

llan también en forma amplia, explicando la mecánica respiratoria y el intercambio gaseoso, la ubicación del centro respiratorio en el bulbo raquídeo y los diferentes ritmos, haciendo especial referencia al fenómeno de Cheyne–Stockes, al reflejo de Hering y otros fenómenos de inervación. A este respecto complementa la informa-ción con las experiencias del fisiólogo italiano Ángelo Mosso.

Dedica una sección especial al calor animal, en la que expone las principales experiencias y las teorías más admitidas. Detalla los diferentes modos de medir la temperatura en diversas circunstancias mediante termómetros adecuados y fieles y en especial la utilización del calorímetro de D'Arsonval.

Sus lecciones referentes a la digestión se unen al estudio histológico de ese aparato, para luego iniciar el estudio de sus funciones: la secreción salivar, los fenómenos de deglución y la función y secreción gástricas. La bilis es descrita en su origen, composición y función en la digestión, a lo que sigue el estudio de la secreción pancreática. Entra a continuación en el estudio de la formación de la urea como último término en el metabolismo de las proteínas, así como del ácido úrico, cuyo metabolismo distingue en aves y mamíferos.

La exposición de la absorción y asimilación de los hidrocarbonatos es muy completa y Morelli hace especial y detallada referencia a la función glucogénica del hígado y explica las investigaciones clásicas de Claude Bernard: los glúcidos del organismo se forman a expensas del glucógeno hepático. Expone las experiencias realizadas sobre la extirpación del páncreas y la producción de una diabetes experimental (por Mering y Minkowski en 1889) y el efecto de la punción del piso del cuarto ventrículo sobre la producción de glucosa.

Es de particular interés lo consignado bajo el título de secreciones internas protectoras o el estudio de las glándulas vasculosanguíneas, tales como cuerpo tiroideo, cápsulas suprarrenales, timo e hipófisis, a los que debe agregarse la del páncreas y del hígado en la formación de la glucosa. Los médicos ingleses fueron los primeros que hallaron la relación de la tiroides con el mixedema. Hace una excelente descripción de esta enfermedad y de la caquexia estrumipriva. Cita la tesis de Scremini y relata el efecto letal de la extirpación tiroidea, fenómeno que recién fue explicado cuando Gley descubrió el papel que desempeñaban las glándulas tiroideas accesorias (paratiroides), diferenciando la signología tiropriva de la tetania. Refiere el uso por Murray de extracto de tiroides para curar el mixedema, así como su extirpación en el hipertiroidismo. El estudio de la glándula suprarrenal, Morelli lo concreta en la experiencia de extirpación hecha por Brown–Séquard. En 1859 que realiza a fin de comparar con la enfermedad de Addison, de la que da una exacta descripción. Con respecto a la hipófisis, refiere los trabajos de Gley sobre su extirpación y los fenómenos observados. El hígado y el riñón también son estudiados como glándulas con secreción interna. Con respecto al testículo se hace eco de las experiencias de Brown–Séquard referentes a la acción de la inyección del extracto glandular.

Muchas clases fueron dedicadas a la fisiología del sistema nervioso. Inicia con una excelen-te disquisición sobre los trabajos de Golgi y de Ramón y Cajal referentes a la teoría de la neurona y de la sinapsis, en la que en pasos sucesivos va dilucidando este entonces discutido y complejo problema; hace uso de la más reciente bibliografía, que complementa con un claro concepto de la degeneración walleriana, conducción a la unidad funcional de la neurona. Entra luego en explicación de la función nerviosa de irritabilidad, dinamogenia e inhibición y de los centros nerviosos en general y en particular: médula, bulbo, cerebelo, protuberancia, vías ópticas, etc. La versión del segundo curso de Fisiología que se ha conservado, fechada en 1900, es bastante parcial, pues trata únicamente sobre fisiología general· estructura, función de la célula y la morfología y función de la sangre y fisiología cardíaca. Es una versión de 29 clases, que abarca 205 páginas. [18]

Es por demás interesante valorar los conceptos formulados por Morelli en sus primeras clases que de ningún modo transmiten una simple lectura de textos vertidos en forma repetitiva. Por el contrario, demuestra, pese a la juventud del profesor, una acabada y segura orientación en la metodología de la ciencia. Vale destacar algunos de los conceptos vertidos.

Al tratar la importancia de la Fisiología en relación a la Patología dice:

Esta cuestión puede considerarse bajo dos puntos de vista distintos: beneficios que la Fisiología reporta a la Patología y beneficios que la Patología reporta a la Fisiología.

Para lo cual Morelli da ajustados ejemplos de complementación en la concepción unitaria del fenómeno biológico normal y alterado y a continuación discurre sobre el método en la ciencia fisiológica:

El método en Fisiología está constituido por la experimentación y la observación como todas las ciencias biológicas. No es mucho el contingente que nos presta la observación, pues el fisiólogo, limitado a este método, no avanzaría mucho camino; en efecto, la observación podría darnos sobre los órganos superficiales, pero escaparía a su alcance todo el funcionamiento de los órganos profundos.

La metodología se vio fecunda con la experimentación, la que:

Estuvo reducida en un tiempo a la vivisección. Se tomaba un animal y se mataba para examen (en un momento dado de su existencia) tal o cual órgano, se comprende que por este medio no podría hacerse mucho...

Es así que la Fisiología pasa a valerse de:

... la verdadera experimentación (que) aparece... con Claude Bernard, el fisiólogo más grande del siglo. ¿En qué está basada la experimentación? En el determinismo científico. No es más que el gran principio de las causalidades que ya reinaban cuando este sabio lo introdujo en el terreno de las ciencias naturales.

Morelli continúa con esta filosofía de la ciencia y explica el valor de la hipótesis:

Es el acompañante necesario de la experimentación decía Bernard, y en efecto ella es el punto de partida: sin hipótesis (la mayor parte falsas) no hay experimentación posible. La hipótesis, aunque falsa, permite dilucidar gran número de hechos y marcha por el camino recto a la experimentación; ésta ratifica o no las suposiciones de aquella.

La experimentación se beneficia con el uso del microscopio, que permite valorar en las diferentes fases de la función las modificaciones celulares. Gran ayuda presta el método gráfico, que expresa relación entre valores.

Tal importancia han adquirido los gráficos que ningún fisiólogo presenta la descripción de un fenómeno sin acompañarlo de su gráfico... en una palabra nos presenta en un trazo lo que expresado otro modo necesitaría muchas páginas.

Se expone una minuciosa explicación de los diferentes tipos de registros, ya sea construidos con valores de peso y tiempo; ya sea registro mecánico directo de un fenómeno mediante un sistema que registra sobre papel blanco o ahumado; ya sea por el cilindro de registro de Füchs; ya mediante el ergógrafo de Mosso o el registro fotográfico de Marey, etc.

La Fisiología general, como en el curso anterior es tratada de acuerdo al texto ya nombrado de Hertwig aunque expone los conceptos más nuevos como inmunidad y fagocitosis refiriendo los trabajos de Metchnikov. Con respecto a la división celular, explica con particular claridad tanto la mitosis como los complejos fenómenos de la meiosis.

A partir de la lección XIX, Morelli expone la coagulación de la sangre, origen, forma y función de los glóbulos rojos, los gases en sangre (oxígeno y ácido carbónico). La fisiología cardíaca es también expuesta en detalle, con el uso de formas variadas de registro y disquisiciones críticas sobre las diferentes teorías sobre contractibilidad y secuencias del ritmo cardíaco, el origen de las ondas cardíacas con especial referencia a los trabajos de Marey, Gley, Mosso y Brücke.

Podemos afirmar en base a estos apuntes, versiones incompletas del curso que anualmente dictó Morelli (por demás representativas de él), que en primer lugar los cursos tuvieron un nivel universitario real, que el docente tenía una información bibliográfica actualizada basada en textos, en especial el de Léon Fredericq, aunque había estudiado otros principalmente franceses y alemanes traducidos al francés o al italiano. La información era depurada por un particular talento docente que le permitió a Morelli al mismo tiempo que destacar el valor testimonial de los experimentos, desprender de ellos conceptos generales y claros. Si bien no refiere experiencias realizadas personalmente, muestra que tuvo un conocimiento concreto de las técnicas básicas de la fisiología de su época, pues las expone con la sobriedad y simplicidad propias de quien sabe realizarlas (fig. 25).

EVOLUCION

Anotaciones al texto de clase

DE

FISIOLOGÍA HUMANA

(FREDERICQ Y NÜEL)

POR EL

Doctor Juan B. Morelli

Ex catedrático de la materia en la Universidad de Montevideo

TOMO I

MONTEVIDEO

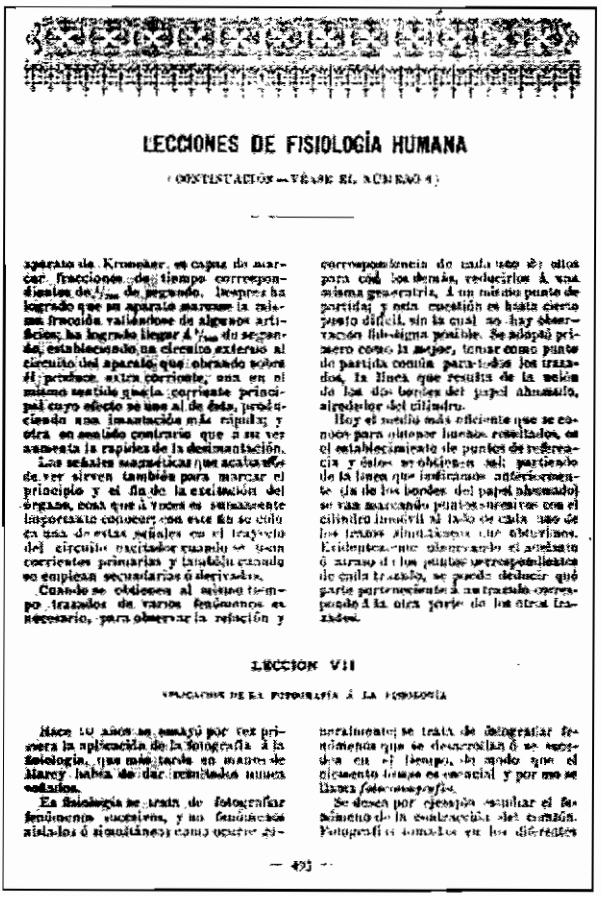
1900

Figura 25

VII

Las clases de Morelli fueron publicadas en una revista estudiantil cuando ya no era profesor (fig. 26), pero merecieron de sus alumnos ser ofrecidas en fascículos a fin configurar un texto:

Estas lecciones perfectamente corregidas y aumentadas por su autor, formarán un texto que los estudiantes podrán encuadernar, para cuyo fin hemos de darles en pliego completo, a fin de que pueda ser desprendida de la revista siempre que se desee.



LECCIONES DE FISIOLOGÍA HUMANA

(CONTINUACIÓN—VÉASE EL NÚMERO 4)

aparato de Kronecker, en cuya de marcar fracciones de tiempo correspondientes de 1/100 de segundo. Después ha logrado que un aparato marcase la misma fracción valiéndose de algunos artificios; ha logrado llegar á 1/1000 de segundo, estableciendo un circuito exterior al circuito del aparato que obrando sobre él produce extra corriente, una en el mismo sentido que la corriente principal cuyo efecto se une al de ésta, produciendo una imantación más rápida; y otra en sentido contrario que á su vez aumenta la rapidez de la desimantación.

Las señales magnéticas que acaba de ver sirven también para marcar el principio y el fin de la excitación del órgano, cosa que á vosotros es sumamente importante conocer; con este fin se coloca una de estas señales en el trayecto del circuito excitador cuando se usan corrientes primarias y también cuando se emplean secundarias ó derivadas.

Cuando se obtienen al mismo tiempo trazados de varios fenómenos es necesario, para observar la relación y correspondencia de cada uno de ellos con los demás, reducirlos á una misma geocentría, á un mismo punto de partida; y esta cuestión es hasta cierto punto difícil, sin la cual no hay observación fisiológica posible. Se adoptó primero como la mejor, tomar como punto de partida común para todos los trazados, la línea que resulta de la unión de los dos bordes del papel ahumado, alrededor del cilindro.

Hoy el medio más eficiente que se conoce para obtener buenos resultados, es el establecimiento de puntos de referencia y éstos se obtienen así: partiendo de la línea que indicamos anteriormente (la de los bordes del papel ahumado) se van marcando puntos sucesivos con el cilindro inmóvil al lado de cada uno de los trazos simultáneos que obtenemos. Evidentemente observando el ángulo ó ángulo de los puntos correspondientes de cada trazado, se puede deducir qué parte pertenecente á un trazado corresponde á la otra parte de los otros trazados.

LECCIÓN VII

APLICACIÓN DE LA FOTOGRAFÍA Á LA FISIOLOGÍA

Hace 10 años se ensayó por vez primera la aplicación de la fotografía á la fisiología, que más tarde en manos de Marey había de dar resultados inmensos.

La fisiología se trata de fotografiar fenómenos sucesivos, y no fenómenos aislados ó simultáneos; como ocurre ordinariamente; se trata de fotografiar fenómenos que se desarrollan ó se suceden en el tiempo, de modo que el elemento tiempo es esencial y por eso se llama *fotocronografía*.

Se desea por ejemplo estudiar el fenómeno de la contracción del corazón. Fotografías tomadas en los diferentes

— 493 —

Figura 26

Siempre necesario recomendar la importantísima colaboración del doctor Morelli, porque su autor es reputado por nuestra juventud estudiosa y en general por el país, como uno de los médicos más sabios y más conscientes en el delicado ejercicio de su profesión. (19)

Hemos ubicado, por último, un cuaderno de apuntes de 199 páginas en el que no consta fecha, muy probablemente tomados en los últimos años de la

gestión de Morelli, que comprende 17 clases y que versan sobre circulación, respiración, calor animal, ilustrado con excelentes dibujos tomados directamente de dichas clases. [20]

VIII

En 1902 Morelli renuncia a la cátedra de Fisiología y pasa a ocupar la de Materia Médica y Terapéutica. Al estallar la revolución de 1904, siente el llamado de sus íntimas convicciones partidarias. Ferviente nacionalista, se une a la sanidad militar del ejército revolucionario, hecho que contrasta con su actuar conciliador y pausado. Destituido y luego prisionero después de la batalla de Tupambaé, es confinado a la Isla de Flores, de donde vuelve en 1905 para recuperar su cátedra. [21]

Notas

1) Facultad de Medicina. Cátedras, personal docente, administrativo y de servicio (1876–1942), libro, in: Arch. D.H.M.
2) Ver capítulo II.
3) Achard, A. Pablo Scremini (1874–1950), in: Gutiérrez Blanco, Horacio. Médicos Uruguayos Ejemplares (1989), 2:167–170.
4) Ver capítulo II, Nota 19.
5) Morelli, J. B. Laboratorio de Fisiología. An. Universidad (1891), 1:285–293, ver capítulo XX.
6) Regules, E. Informe al Rector de la Universidad, 29.VI.1893. An. Universidad, (1893), 4:305–307.
7) Morelli, J. B. Determinación del período de excitación latente de los músculos. An. Universidad., (1897), 10:212–217, ver capítulo XX.
8) Scremini, P. Contribución al estudio de las funciones del cuerpo tiroides, Tesis para optar al grado de Doctor en Medicina y Cirugía, 62 págs., 1896.
9) Scremini pasó a ocupar la cátedra de Patología General, primero como interino a partir del 21 de marzo de 1901 y luego como titular a partir del 25 de febrero de 1903, hasta el 20 de mayo de 1907. En ese año ocupa la cátedra de Patología Médica hasta mayo de 1910, en que obtiene en titularidad de la Clínica Semiológica. Fue Profesor de Clínica Médica a partir de 1924 hasta su fallecimiento y Decano entre 1930 y 1934.
10) Morelli, J. B. Programa de Fisiología (hecho por un estudiante con arreglo a las explicaciones del Prof. Juan B. Morelli) en el curso del año 1897. Los Debates. Revista Universitaria, (1898):4, ver capítulo XX
11) Hertwig, R. Die Zelle und die Gewebe, Jena, 1892, trad. franc. Céllule et Tissus, Paris, 1893.
12) Ramón y Cajal, S. Elementos de histología normal y patológica, Valencia, 1889.
13) Fredericq, L. Éléments de physiologie humaine, Bruxelles, 1875. Conoció muchas ediciones, entre ellas: Fredericq, L. y Niel, J. J. Éléments de physiologie humaine, Gand, 1910.
14) Duval, M.; Gley, E. Traité Élémentaire de physiologie, Paris, 1895.
15) Bottazzi, F. Chimica fisiologica, Roma, 1898.

16) Luciani, L. Fisilogia dell'uomo, Firenze, 1895.

17) Morelli, J. B. Lecciones de Fisiología, 1897–1898, apuntes tomados por Ramón Llambías de Olivar, 625 págs. Manuscritas, in: Archivo D.H.M.

18) Morelli, J. B. Lecciones de Fisiología, 1900, tomados en clase. Cuaderno 1, 184 pág. y cuaderno II, 34 pág., in: Archivo de Rafael Schiaffino (A.G.N., fondo R. Schiaffino)

19) Evolución; Órgano de la Asociación de Estudiantes (1905), 1:359; 271–283 y 493–498, ver capítulo XX.

20) Morelli, J. B. Lecciones de fisiología, 199 págs., manuscrito (c. 1900), in: Archivo D.H.M.

21) Ver capítulo II.

Capítulo VI

PROFESOR DE TERAPÉUTICA Y PROFESOR DE CLÍNICA TERAPÉUTICA (1902–1924)

I

En 1898 Morelli contrae enlace con Rosa Mackinnon Algorta.[1] Para hacer frente a las obligaciones de su familia en ciernes, inicia su actividad asistencial extrahospitalaria. Esta con seguridad le va exigiendo cada vez mayor dedicación, por lo cual el 11 de junio de 1900 presenta renuncia a la Cátedra de Fisiología, la que no es aceptada. La nota de respuesta del Rector dice:

Tengo el honor de comunicar a Ud. que con (respecto a) la renuncia que ha presentado al cargo de Catedrático de Fisiología que dignamente desempeña, ha recibido la siguiente resolución del Consejo de Enseñanza Secundaria y Superior: «No se acepta esta renuncia, y se pide al Dr. Morelli que, en bien de los intereses universitarios, se sirva no insistir en ella».

Personalmente me complazco en expresar que, mediante esta justa y honrosa resolución del Consejo, se conseguirá que la Facultad de Medicina no se vea privada de los servicios de un facultativo que, como Ud., ha dado siempre brillo, tanto en sus trabajos como sobresaliente estudiante, como con sus importantes trabajos y sabias lecciones como profesor. Pablo De María, Rector; Enrique Azarola, Secretario. [2]

Atento a este elogioso juicio, permanecerá desempeñando dicha cátedra hasta el 15 de mayo de 1902, en que pasa a ocupar el Aula de Materia

Médica y Terapéutica. Esta cátedra, tercera en orden de antigüedad de fundación (1877), luego de las de Anatomía y Fisiología, tuvo como primeros profesores a Eduardo Kemmerich (9 de marzo de 1877 al 9 de junio de 1880), Tomás Paseyro (interino, desde el 23 de setiembre de 1880 al 14 de agosto de 1881), José María Muñoz Romarate (interino desde el 14 de agosto de 1881, luego titular por concurso, desde el 16 de marzo de 1882) y Américo Ricaldoni desde 1893.

Figura 27
Juan B. Morelli, c 1907.

II

Entre 1902 y 1916 el ritmo de su hasta entonces profuso flujo de publicaciones de intención tanto docente como de investigación, se ve prácticamente interrumpido. A ello contribuye que es durante ese período que su actividad política cobra mayor intensidad. En efecto, en 1903 lo vemos desempeñar el cargo de secretario del Directorio del Partido Nacional y poste-

riormente tener una franca actuación dentro de la Sanidad del Ejército Revolucionario de Aparicio Saravia en 1904[3], a tal punto que es destituido de su cátedra, la que recobra el 24 de febrero de 1905, luego de terminada la contienda.[4] Ese mismo año continúa integrando, ahora como vocal, el Directorio del Partido Nacional, cargo que desempeña con actitud combativa, al punto de ser, en 1906 detenido por orden del Presidente de la República José Batlle y Ordóñez.[5]

III

En 1907 se desempeña como vicepresidente del citado Directorio y emprende su primer viaje a Europa. De las pocas referencias que tenemos respecto a este viaje, que realiza junto con su familia, sabemos que su principal objetivo fue tomar contacto con la escuela médica donde se realizaba el tratamiento de la tuberculosis pulmonar mediante el neumotórax artificial, liderada por el Profesor Carlo Forlanini de Pavia. [6]

Allí asimila los conocimientos de diagnóstico y tratamiento quirúrgico de la enfermedad, que será motivo de su dedicación médica casi exclusiva en los años siguientes, lo que hará de Morelli el creador de la escuela tisiológica uruguaya. Posteriormente visita las clínicas médicas de París, que ocupaban en ese momento Louis Henri Vaquez[7], Charles Laubry[8] (1872–1960) y Joseph François Babinski (1857–1932).[9] El contacto con estos maestros de la cardiología y la neurología francesa justifican su excelente formación en estas disciplinas (fig. 27).

IV

Vuelto al país, agrega a su actividad, tanto profesional como política, su dedicación a la aplicación del neumotórax para el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, que comienza en forma experimental en el laboratorio. Cuenta ya entonces como colaborador a quien será luego brillante profesor de Terapéutica, Héctor J. Rossello (1883–1957). Así se expresa Morelli:

Entre nosotros el primer ensayo de neumotórax fue en mayo de 1910. Casi contemporáneamente el Doctor Tatti, de Buenos Aires, lo iniciaba en la República Argentina y el Dr. Oliveira Botello, en la República del Brasil. [10]

Sin embargo, existe constancia expresa de que Gumersindo Sayago, tisiólogo de Córdoba, expresó que Morelli se le había adelantado seis meses. Su labor sobre este tema fue cada día más intensa y ocupó numerosas lecciones, que impartía desde su cátedra del Hospital Maciel, en especial a partir de 1913. Contó como estrechos colaboradores a Alberto Mañé y Luis F. Algorta Guerra; en algu-

nas ocasiones también lo secundaron Luis Mondino, Eduardo Bastos, Juan A. González Tafernaberry y Juan N. Quagliotti. El primero de los nombrados, además de familiarizarse con el método de Forlanini, practicó diferentes tratamientos quirúrgicos de la tuberculosis pulmonar. (11)

V

Vocal nuevamente del directorio del Partido Nacional en 1909, es nombrado primer Vicepresidente en 1913. La inestabilidad política reinante y los rumores de que sería detenido por el gobierno de Batlle, lo obligan a exiliarse en Buenos Aires entre el 23 de octubre de 1910 y el 12 de febrero de 1911. (12)

VI

Es en el pleno desarrollo de esta actividad terapéutica, cuyos resultados eran cada vez más alentadores, como que eran los únicos recursos eficaces frente a dicha terrible enfermedad, cuando dicha afección es contraída por la única hija del entonces presidente de la República José Batlle y Ordóñez,

Morelli es requerido para asistirla, pese a la bien conocida animosidad que existía entre ellos. (13)

VII

Durante los años siguientes la actividad de Morelli continúa, tanto radicada en la labor de su cátedra como en su actividad asistencial *«en ville»*, mermando sustancialmente su participación partidaria.

En 1916 se publica la primera parte de su *magna opus, Pneumotórax artificial y tratamientos quirúrgicos de la tuberculosis pulmonar*, que es dado a luz en varias entregas en los Anales de la Universidad entre dicha fecha y 1918 y que luego es publicado en dos volúmenes. (14)

Morelli dedica esta obra en estos términos

A mi maestro, el Doctor H. Vaquez, agregado de la Facultad de París, Médico de los hospitales: Testimonio de gratitud y admiración. A los doctores Juan A. Crispo Brandis y Alfredo Vásquez Acevedo, Maestro por ciencia y honestidad y amigo de todos los momentos el primero. Ciudadano eminente, creador de la moderna Universidad de Montevideo y benévolo protector de mi vida científica, el segundo.

Dedicatoria que luego completa ofreciendo dicha obra:

Entrego a mis discípulos y colegas este trabajo, que refleja los ocho años de labor científica y sentimental más ocupados y agitados de mi vida de médico y profesor. (15)

VIII

El 21 de agosto de 1917 es designado profesor en propiedad por nombramiento directo de Clínica Terapéutica, con antigüedad al 1 de marzo del mismo año.[16] En este nuevo cargo, que desempeña en salas del hospital Maciel, continúa con su labor docente. Vuelve a publicar trabajos sobre medicina general.[17] Sus colaboradores en esta etapa fueron: Alberto Mañé, Luis F. Algorta Guerra, Juan N. Quagliotti, Héctor Rossello, Horacio Savio, Conrado Pelfort y Alfredo Nario.

IX

En 1917 integra la Asamblea Nacional Constituyente, encargada de redactar la nueva Constitución, que entrará en vigencia en marzo de 1919. En esta Constitución se consagra la participación del Partido Nacional en el gobierno, ya que dicha fracción política pasa a tener tres miembros en el Consejo Nacional de Administración. [18]

X

Es de recordar que alrededor del año 1920 Morelli, hasta entonces no adscripto a una línea confesional religiosa definida, se convierte e inicia su práctica católica activa. Una expresión de ello es su trabajo sobre Instrucción sexual, en tácita polémica con Paulina Luisi. [19]

Notas

1) Ver Capítulo II.
2) A.J.B.M. Bibliorato II:85.
3) Ver Capítulo VII.
4) A.J.B.M. Bibliorato II:86
5) Ver Capítulo II.
6) Carlo Forlanini (1847–1918) se graduó como médico en Pavia en 1870. En 1877 inicia su *«Rivista di Aero e Climatoterapia»* órgano del Instituto Médico–Pneumático de Milán, del que era director. En agosto de 1882, algunos meses después que Koch descubriera el bacilo de la tuberculosis, Forlanini, a los 45 años de edad, publica el artículo con el que nace la colapsoterapia con el título de *«A contribuzione della terapia della tisi»*. En el Congreso Internacional de Medicina de Roma, en 1894, presenta dos casos de tisis pulmonar tratados por el nuevo método, que es objeto de otra comunicación en 1895. Tres años después y sin tener conocimiento de los trabajos Italianos, el norteamericano Murphy dedica a la colapsoterapia un capítulo de una disertación sobre cirugía pulmonar. Recién en 1906 el método cobra importancia en los medios europeos, luego del trabajo de Brauer y de una publicación del propio Forlanini en el

Münch. Med. Woch, donde presenta 25 casos tratados y curados, recogidos en un período de 14 años. Fue recién en 1912, durante el Congreso Internacional de la Tuberculosis en Roma, en que se consagra al italiano como indiscutido precursor en el tratamiento de la tuberculosis. En 1894 Forlanini es docente de Propedéutica en Turín y a partir de 1899, profesor de Clínica Médica, cátedra en la que permanece hasta su fallecimiento. Sus publicaciones son variadas en cuanto a los temas, pero sus trabajos más destacados versan sobre patología pulmonar, los que le dieron fama mundial. Se interesó desde joven por el estudio de los aparatos neumáticos y la aeroterapia, estimulado por su hermano Enrico, pionero en la construcción de dirigibles. Era un gran apasionado por los llamados aparatos neumáticos, que tenían por finalidad mejorar la función pulmonar en el enfisema. Si bien esta tecnología era ingeniosa, no tuvo éxito como medio terapéutico, si bien fue el precedente de los aparatos de inhalación de medicamentos. Fueron fundamentales sus trabajos sobre enfisema y derrames pleurales. En el tratamiento de esta última afección, practicó por primera vez el neumotórax artificial, introduciendo aire en lugar del líquido extraído. También estudió la hipertensión arterial y de su escuela surgió el aún hoy utilizado esfigmomanómetro de Riva–Rocci. Lo más importante de su obra fue la introducción del neumotórax artificial en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, que constituyó hasta el advenimiento de la quimioterapia, el único recurso terapéutico efectivo contra dicha afección. Si bien, como se dijo más arriba, propuso dicho procedimiento en forma teórica en 1882, recién este se impuso a partir de 1906. Su real aporte en esta materia fue el de haber concebido la doctrina mecánica que justificaba el neumotórax, conocida como colapsoterapia. Sus ideas no encontraron aceptación fácil entre sus colegas al inicio; sólo después de muchos años su método fue aprobado y adoptado universalmente. Forlanini fue , por dos veces, y a iniciativa de Camilo Golgi, candidato al Premio Nóbel de Medicina. También fue combatiente garibaldino en su juventud, Senador desde 1913 y también miembro del Consejo Superior de Educación. Ver cap. IX.

7) Louis Henri Vaquez (1860–1936), nacido en París, se graduó de médico en 1890. Fue médico de los Hospitates en 1895, profesor agregado en 1898 y profesor de Clínica Médica en 1918. En ese mismo año entró a la Académie de Médicine. Sus trabajos iniciales fueron sobre temas hematológicos, insistiendo sobre las indicaciones de la esplenectomía. Influido por su maestro Pierre Charles Édouard Potain (1825–1901), se dedica luego a las enfermedades del corazón, disciplina en la que alcanza el liderazgo. Describe la policitemia vera en 1892. Fue el primero en reconocer que los síntomas del síndrome de Stokes Adams estaban relacionados con una interferencia en el haz de Hiss. Introdujo en Francia el registro del pulso venoso yugular y el electrocardiograma, así como prosiguió los estudios de Potain sobre hipertensión arterial. Publicó un libro sobre arritmias cardíacas en 1911 y un tratado de cardiología en 1920. También fue fundador y primer editor de los *Archives des maladies du coeur, vaissaux et du sang.* Sus íntimos amigos fueron Babinski, Georges Fernand–Isidore Widal (1827–1929) y el poeta André Rivoire (1871–1930).

8) Charles Laubry, nació en Saint–Florentin el 11 de noviembre de 1872. Educado celosamente por su padre, republicano y anticlerical, fue introducido por este en la moral práctica y en la música. Con una formación humanista clásica fue, en su momento el primero en hacer la traducción francesa de las obras en latín de William Harvey. También su padre le señaló el camino profesional: *«tú serás médico y político, para ser útil a tus electores, curándolos gratuitamente».* Fue interno de los Hospitales de París y luego eligió la cardiología por coincidencias del azar, que él así relataba: *«Una noche, luego de la cena, en la sala de guardia, uno de mis camaradas anunció que él optaría por la cirugía y que, de ese modo, su plaza en el servicio de Vaquez, quedaba vacante. Dado que era una situación codiciada, los internos presentes comenzaron a discutir, por lo que propuse que se tirara a suertes, jugando una partida de póquer, en la que fui ganador; de ese modo llegué a la especialidad».* De allí nació una colaboración amistosa entre este y su profesor, que duró diecisiete años, coronada por el descubrimiento, hacia 1910, de la medida clínica de la presión arterial y la puesta a punto del esfigmomanómetro con brazalete, que figura hoy en el equipamiento esencial de cualquier

médico. Sobrevenida la guerra de 1914, Laubry era jefe del hospital militar improvisado en Auxerre, pero en ese mismo año vuelve a París y forma un grupo de investigación, enseñanza y cuidados gratuitos en el hospital. Luego de echar así las bases del Hospital Ambroise Paré, se instala en el Broussais. En la Facultad de Medicina se instala una cátedra de cardiología especial para él. Sus trabajos versan sobre cardiopatías congénitas con el italiano Cesare Pezzi, identificación de la miocarditis con su asistente Jean Walser, estudio de las enfermedades coronarias con Pierre Soulié, puesta a punto de la radiología cardio–vascular con Heim de Balsac y Cottenot. Fue médico consultante de muchos personajes famosos: Claude Monet, Clemenceau, Léon Blum, Herriot. En 1937, funda la *Société Française de Cardiologie,* luego la Sociedad Internacional, que preside en ocasión del primer Congreso Mundial de Cardiología, en 1950, que se desarrolló en la Sorbonne. De él se dijo: *«Hombre emotivo frente a la enfermedad de los seres humanos, especialmente si se trataba de un niño. Pero también se emocionaba vivamente con una obra de arte, una pieza musical o una bella poesía».* Laubry falleció, siendo desde 1942 jefe de servicio honorario, en Flogny, el 11 de agosto de 1960. Su retrato figura en los frescos realizados por Diego Rivera en el Instituto Mexicano de Cardiología

9) Joseph Jules François Félix Babinski (1857–1932), fue junto a Jean Martin Charcot, Jules Déjérine y otros quienes hicieron del Hôpital de La Salpêtrière en París uno de los más famosos centros mundiales de neurología hacia fines del siglo XIX y comienzos del XX. Era hijo de un emigrado político polaco. Como joven estudiante de medicina Babinski se ganó la simpatía del gran Charcot, de quien fue el alumno favorito. Se graduó de médico en 1884 con una tesis sobre esclerosis múltiple, tópico que le había sido sugerido por Félix Alfred Vulpian (1826–1887). En 1890 fue Médico de los Hospitales. Debido a intrigas entre colegas, Babinski nunca llegó a profesor agregado, al punto que en 1895 fue designado jefe de clínica de La Pitié, donde trabajó hasta su retiro en 1922. Al apartamiento de lo académico, cosa que también le sucedió al otro discípulo de Charcot, Pierre Marie (que sólo alcanzó el grado de Profesor de Neurología 25 años después de la muerte de su maestro), le impidió hacer valer sus ideas y tener su propia escuela. No obstante fue miembro de la *Académie de Médicine* en 1914. Sin embargo, ese exilio le permitió dedicarse a perfeccionar sus habilidades clínicas y de laboratorio, a las que unió un extraordinario intelecto y una intuición sin igual. En 1900, un año antes que Alfred Fröhlich, Babinski describió el síndrome adiposo genital, que hoy lleva el nombre de ambos. Al año siguiente, en colaboración con Augustin Charpentier (1852–1916), describe el signo de Argyll Robertson, expresión de la neurosífilis. En 1902, con Jean Nageotte (1866–1948), describió los síntomas causados por lesiones posterolaterales de la protuberancia, conocido como síndrome de Babinski–Nageotte. En 1905 estableció las bases anatomoclínicas del tabes dorsal, así como de la patología cerebelosa, introduciendo los términos de ataxia y disdiakinesia, como elementos cardinales de ésta última. Charcot había concebido el cuadro de la histero–epilepsia, que fue desacreditado por su discípulo, quien la consideró una sintomatología inducida no por una enfermedad sino por una idea, por lo cual ambos propusieron como medidas terapéuticas el aislamiento y la sugestión. A pesar de que el clásico signo de lesión piramidal, *«phenomène des orteils»*, había sido descrito antes por Ernst Julius Remak (1849–1911) y aún antes señalado por Félix Alfred Vulpian, fue a partir de la presentación de Babinski ante la *Société de Biologie de París* en 1896 que el mismo tomó jerarquía diagnóstica, en especial cuando lo describió asociado con el *«signe de l'éventail»* (1903), razón por la cual lleva con justicia su nombre. Fue Babinski quien dio nuevo impulso a la neurocirugía francesa, al estimular a Thierry de Martel a operar, en 1911, un tumor localizado en el canal espinal, que él había diagnosticado. Con Édouard Brissaud (1852–1909), Pierre Marie (1853–1940), Joseph Jules Déjérine (1849–1917), Alexandre Achille Souquès (1860–1944) y otros, Babinski fundó la *Société de Neurologie de Paris* (Babinski, J. J. Oeuvre scientifique: recueil des principaux travaux. Publié par les soins de Barré, Chaillous, Charpentier, et al. Paris, Masson, 1934).

10) Ver capítulo IX.

11) Ver capítulo IX.

12) Ver capítulo II.

13) Ver capítulo VIII.

14) Ver capítulo IX.

15) Ver capítulo XX.

16) Ver capítulo II.

17) Ver capítulo XX.

18) Ver capítulo VII.

19) Luisi, P. Sobre educación sexual II Congr. Med. Nac., Montevideo, 16–23.X.1922, (1922), 1: 120 –179, ver capítulo XX.

Capítulo VII

JUAN B. MORELLI EN LAS REVOLUCIONES DE 1897 Y 1904

Augusto Soiza Larrosa

I

Juan B. Morelli al producirse la revolución de 1897 del Partido Nacional contra el gobierno del presidente Juan Idiarte Borda (5 de marzo a 18 de setiembre), era un joven médico que se había graduado en la Facultad de Medicina de Montevideo en febrero de 1890 a los 29 años. No formó parte de la sanidad revolucionaria, pero participó en la guerra como médico de la Cruz Roja Oriental. [1]

II

La primera batalla de la guerra (Paso del Arroyo Tres Árboles, 17 de marzo) en que se enfrentaron el ejército del Sur (Gral. José Villar, 2600 hombres) y el Cnel. Diego Lamas (1500 hombres) fue una sorpresa para ambas partes, lo que impidió prever recursos asistenciales. Las bajas fueron muy importantes, la Cruz Roja Oriental las estimó en 1100 entre muertos y heridos. El caos asistencial hizo presa en ambas filas. La sanidad de Lamas, que contaba sólo con algunos practicantes de medicina no pudo hacer en la precaria enfermería dispuesta a quince

cuadras de la línea de fuego en la casa azotea de Federico Silva. La necesidad de marchar obligó a dejar los heridos en ese obligado Hospital de Sangre. Por su lado el general Villar huyó en retirada *(«quise sorprender y fui sorprendido»*, dirá en su parte de batalla). Como consecuencia muchos heridos por hemorragia, shock agravado por deshidratación *(«un sol de fuego»* recordaría Luis A. de Herrera en sus memorias de la guerra) y quemaduras al incendiarse los pastos resecos en la retirada del general Villar. [2]

III

Tras la noticia de la batalla, un ferrocarril expreso partió de Montevideo a las dos de la mañana del día 18, con voluntarios de la Cruz Roja Oriental y de la Cruz Roja de Señoras Cristianas. En la expedición sanitaria iba Juan B. Morelli. Allí de buenas a primera tuvo su primera experiencia de campo en medicina de guerra. Los expedicionarios iban provistos de conveniente documentación que los habilitaba a pasar a la escena de la refriega, en conocimiento del Ministro de Gobierno Miguel Herrera y Obes.[3] En la ciudad de Paso de los Toros, verdadero nudo ferroviario, se estableció rápidamente un hospital de retaguardia, lo que facilitó la evacuación de los heridos hacia Montevideo. Los telegramas enviados dejaron en claro que *«hay heridos de dos días sin recursos, clamando por auxilios en el campo».*[4] El día 20 partió una segunda expedición sanitaria, la de la Cruz Roja de Señoras Cristianas con Luis Pedro Lenguas al frente y el día 21 arribó a Montevideo en ferrocarril el primer contingente de heridos, que fueron ingresados al Hospital de Caridad. La última remesa de heridos llegó acompañada por los doctores Morelli, Isidoro Rodríguez y el estudiante Ernesto Quintela.[5]

IV

No hubo más intervención médica en la guerra ya que el gobierno, en una decisión incomprensible, impidió la partida de nuevas expediciones sanitarias a partir de la batalla de Arbolito el 19 de marzo, recurriendo a la Comisión Nacional de Caridad y a su director Luis Piñeyro del Campo y al cuerpo de Sanidad Militar con su Cirujano Mayor Eduardo Emilio Martínez. El ejército revolucionario por su parte, dispuso de un cuerpo médico propio bastante bien organizado.

V

La guerra terminó con un pacto en el cual se aceptaron las bases de paz ofrecidas el 10 de setiembre por el presidente del Senado, en el ejercicio del gobierno ante la muerte del titular Juan Idiarte Borda, asesinado en la vía pública. Juan Lindolfo Cuestas fue el oferente; se aceptaron por el comando revolucionario el

día 17 y el día 18 se firmó en Montevideo el convenio de paz. Es importante destacar que algunas de las cláusulas del Pacto, que al ser luego desconocido por el gobierno desataron el alzamiento de 1903 y la guerra de 1904: 1) reforma del sistema electoral (representación de las minorías en las Juntas Electorales, Económico–Administrativas y Diputados); 2) nombramiento de Jefes Políticos en ciudadanos de cualidades personales que ofrecían las mayores garantías de probidad. En el Pacto no contaba la adjudicación al Partido Nacional de jefaturas políticas que serían desempeñadas (seis en total) en acuerdo con el Directorio partidario como garantía del cumplimiento de lo acordado. En realidad hubo dos pactos: uno escrito y uno verbal. Fue este último el desconocido en 1903 y 1904 porque José Batlle y Ordóñez nunca se consideró obligado por lo ofrecido por Cuestas. La Revolución consideraba que estas jefaturas políticas eran la garantía de paz (en San José, Flores, Cerro Largo, Treinta y tres, Maldonado y Rivera); era un recurso militar al que se podía echar mano cuando fuere necesario. Por parte, también verbalmente, se convino continuar con el sistema de *acuerdos electorales* para elegir al presidente del gobierno por mayoría de ambos partidos en la Asamblea General.

VI

El día 25 de setiembre se realizó el desarme del ejército revolucionario en la Estación del Ferrocarril Central La Cruz. Aquí Morelli integró la comisión de socorro para ayuda de los soldados liberados del ejército nacionalista que regresaban a sus pagos con lo puesto y algún pesito que les correspondió en los gastos de pacificación.[6]

VII

Un mes después de la paz Morelli decidió cuál sería su divisa partidaria. Contrariando lo que era un hábito de la colectividad italiana, adhirió al Partido Nacional; se postuló para integrar la Convención de él y resultó electo por Montevideo el 5 de diciembre de ese año. Desde entonces y hasta su muerte fue un permanente batallador en el Partido y la historia de esta colectividad política se confundió con la historia personal de Morelli entre 1897 y 1947, año de su muerte, particularmente con la del caudillo civil Luis Alberto de Herrera, a quien seguramente conoció en la revolución de 1897 y al cual le fue fiel por el resto de su vida. [7]

VIII

La paz de 1897 llevó el sillón presidencial a Juan Lindolfo Cuestas. Casi en vísperas de las nuevas elecciones generales de 1898 los partidarios de Cuestas

trataron de evitar cualquier perturbación que pudiera conmover las bases acordadas y por tanto la paz. Tentaron así un nuevo acuerdo electoral entre el Partido Nacional, el Partido Colorado y el Constitucionalista. El 19 de abril de 1898 fueron firmadas las bases entre las tres colectividades: artículo 4°: 59 bancas para el Colorado, 24 para el Nacional y 6 para el Constitucionalista; artículo 5°: se acepta la candidatura del Sr. Juan Lindolfo Cuestas para Presidente constitucional de la República. Como se observa, en esa época no había ni intervención de la ciudadanía ni representación proporcional, sino *acuerdos electorales* y para estos se necesitaba *fuerza militar* que respaldara la acción política.

El acuerdo partidario fue ardorosamente defendido por un grupo de la juventud nacionalista en la convención que integraban Luis A. de Herrera, Luis Ponce de León, Julián Quintana, Luis Pastoriza, Carlos Roxlo y Juan B. Morelli.

IX

José Batlle y Ordóñez, firmante también del acuerdo electoral de 1898, que aseguraba representación parlamentaria al nacionalismo, comenzaba a destacarse en el Partido Colorado y era por entonces eminentemente partidario de la coparticipación siguiendo la política de Cuestas. Batlle fue electo Presidente del Senado con los votos nacionalistas para el período 1899–1901. Fue este Senado que eligió Presidente de la República a Juan Lindolfo Cuestas para el período 1899–1903. Pero Batlle pronto renegaría de aquella postura de concordia nacional y buscaría la unidad de su partido para vencer al nacionalismo y desalojarlo de las posiciones conquistadas en el campo de batalla de 1897. Se enfrentó de esta forma con el Partido Nacional, que, recelando, no volvió a votarlo en 1900 para el nuevo período de presidencia del Senado a partir de 1901. El Nacionalismo votó a Juan Carlos Blanco con la consiguiente ofuscación de Batlle, lo que provocaría, al menos precipitaría, los alzamientos de 1903 y 1904. En efecto, amenazó con un *gobierno de partido*, recuperando así los seis departamentos bajo jefatura política del Partido Nacional.

Juan B. Morelli entre tanto se casó, emprendió el ejercicio médico privado y gestionó la ciudadanía uruguaya.

X

El proceso político que involucró una minoría de legisladores nacionalistas en la elección presidencial de 1903, prolegómeno de la guerra de 1904, es sumamente complejo y enredado; ha sido tratado con poco rigor histórico y bastante parcialidad por los cronistas del Partido Nacional. Hoy, cuando se escriben estas líneas, la figura de Eduardo Acevedo Díaz y sus *«siete»* no ha recibido el juicio histórico partidario sereno y objetivo, permaneciendo, como sus restos, en

la expatriación. El autor de *Ismael* fue la figura más destacada de su colectividad, luego de la reorganización de 1872 hasta su expulsión en 1903. Si se exceptúa la obra de su hijo del mismo nombre *«La vida de batalla de Eduardo Acevedo Díaz»*, que podría se sospechosa de parcialidad, nos queda el excelente trabajo de Sergio Deus *«Eduardo Acevedo Díaz, el caudillo olvidado»*. Se ha rendido un culto, no inmerecido, pero exorbitado al caudillo militar Aparicio Saravia, en detrimento del ideólogo civil del Partido Nacional, Eduardo Acevedo Díaz, que comprendió en los últimos días de su carrera política, lamentablemente tarde para él, que la montonera turbulenta ya había cumplido con creces su destino y había llegado la hora de construir el país moderno. Los resultados del enfrentamiento de la fracción anti acuerdista del Partido Nacional de Acevedo Díaz y sus *«siete»* legisladores con la fracción acuerdista y conservadora del directorio del Partido y sus siete jefes militares, demuestran el errado camino elegido por la mayoría blanca: lo que se quería evitar ocurrió: el alzamiento de 1903 y la guerra civil de 1904. [9]

XI

Acevedo Díaz repudió el manejo acuerdista y las *«cláusulas secretas»* del directorio y el caudillo Aparicio Saravia a sus espaldas. Por ejemplo la introducción de armamento para el Partido Nacional y la no presentación a la renovación del Senado de 1902. Lo consideró *«una propensión atávica hacia prácticas ominosas de aceptarlo todo en obsequio de una paz sin derechos y sin honor»*. La consecuencia fue la disidencia. El 1 de marzo de 1903, desechando votar a Eduardo Mac Eachen, candidato de la fracción acuerdista, el Senado votó para la presidencia de la República a José Batlle y Ordóñez (período 1903–1907) con los votos de los nacionalistas Eduardo Acevedo Díaz, Alfredo Vidal y Fuentes, Lauro V. Rodríguez, José Romeu, Juan Gil, Juan A. Smith, Eduardo Anaya y Mario Gil (los que fueron posteriormente llamados *«los calepines»*), todos sancionados luego por el Directorio del Partido Nacional, presidido por Escolástico Imas, al cual habían desobedecido.

El Directorio ante triunfo de Batlle expresó: «el *Partido Nacional fiel a su tradición y a su bandera acepta la nueva situación y para prestarle su concurso o combatirla sólo espera sus actos»*. La guerra de 1904 durará nueve meses, finalizando con la herida y muerte del caudillo militar Aparicio Saravia, 9 y 10 de setiembre, respectivamente. [11]

XII

A los quince días, después de una demora penosa, Batlle decretó la provisión de las jefaturas políticas, designando en dos de ellas a personas de la fracción acevedista. El Partido Nacional consideró esa actitud como una *«pérdida de posiciones de fuerza»* y se alzó nuevamente en armas. Pero la sangre no llegó al río y

Figura 28: Sanidad del Ejército Revolucionario de 1904. Sentados de izquierda a derecha: J. B. Morelli, quinto lugar.

10.000 hombres al mando de Aparicio Saravia, hicieron reconsiderar la decisión a Batlle, cuyos emisarios se apresuraron a pactar una nueva paz en la estación de ferrocarril de Nico Pérez el 22 de marzo de 1903. Las bases, efímeras, dejaron los seis departamentos para el Partido Nacional, aunque cinco jefes políticos serían nombrados con anuencia del Directorio, y uno (San José) sin su anuencia pero para un nacionalista. Batlle se comprometió únicamente durante la duración de su mandato (1907).

XIII

Batlle no estaba dispuesto a cumplir con el pacto de la Cruz de 1897 ni con el Nico Pérez de 1903 y continuó armando a su ejército y nombrando personal militar y civil inaceptables para el Partido Nacional. El 1 de noviembre de 1903 estalló un grave incidente en la frontera uruguayo–brasileña de la ciudad de Rivera, que ha sido llamado el episodio de Gentil Gómez, enviado a ese departamento, jefatura política blanca a cargo de Carmelo Cabrera, los regimientos de caballería 4° y 5° para garantizar el orden, desbordado por la amenaza de ingreso de militares brasileños. La actitud del gobierno fue interpretada como una violación territorial del acuerdo de Nico Pérez, exigiendo el directorio el inmediato retiro de las tropas enviadas por Batlle.

En tanto, el 25 de diciembre se integró el treceavo directorio del Partido Nacional bajo la presidencia de Alfonso Lamas, Juan B. Morelli fue su secretario. Este Directorio recibió el siguiente telegrama al despuntar el año 1904: *«Melo enero 1 (1 p. m.) – Al doctor Alfonso Lamas. Comunícole que colorados Zapicán gente y caballada. Pueblo alarmadísimo. Espero de ésa si es posible palabras que hagan renacer la calma. Aparicio Saravia»*. El 2 de enero Saravia inicia la revolución de 1904 con la siguiente proclama: *«Al País. A los Nacionalistas. La revolución queda proclamada; el ejército nacional os invita a ocupar en sus filas el puesto que a cada uno corresponde»*. El Directorio pasó a Buenos Aires para formar una Junta de Guerra; algunos de sus miembros, Morelli entre ellos, se unieron rápidamente Ejército Revolucionario.

La organización de un cuerpo de sanidad en el Ejercito Revolucionario fue una temprana preocupación de los jefes militares[10], pero recién se ordenó su organización el 28 de marzo[11]. La organización de los médicos y practicantes fue hecha por Arturo Berro, cirujano mayor interino de ejercito Revolucionario por ausencia de Alfonso Lamas, y aprobada por el Coronel Gregorio Lamas, jefe del estado Mayor. La primera nómina oficial fue fechada en Carpintería el 9 de abril: Juan B. Morelli figura en ella como médico adjunto al Estado Mayor, donde se mantuvo durante toda la guerra. En la conocida fotografía del cuerpo de Sanidad de dicho Ejército (fig. 28), tomada en Rivera el 13 de abril y que circuló profusamente como tarjeta postal, Morelli está en primera fila, sentado, el último a la derecha del observador, de saco blanco, sombrero con divisa nacionalista,

pañuelo blanco al cuello y abundante barba. En esta fotografía, inserta en el libro de Blixen y Adami *«Sangre de Hermanos»*[12], evidentemente una foto de estudio, Morelli está de pie, ha cambiado el atuendo por un traje oscuro, luce un brazalete en su brazo izquierdo, con una cruz, emblema del Cuerpo de Sanidad del Ejército Revolucionario, según la orden general número 7, artículo *(«Reglamento de Insignias»)*.[13]

Morelli hizo toda la campaña y estuvo en todas las batallas, no podía ser menos siendo adjunto al Estado Mayor, hasta su detención en Melo. Poco habituado a las marchas a caballo y muy quebrantado físicamente, en la retirada de Saravia desde Mansavillagra a Melo, perseguido por el ejército del Sur, quedó Morelli en Melo, donde fue detenido. Allí lo encontró a fines de enero el joven teniente del grupo de ametralladoras del gobierno Alfredo R. Campos, que acompañaba a quince kilómetros de la ciudad con el grueso del ejército. Relató que se *«le hizo entrega a Morelli del detenido Javier de Viana, bajo palabra de honor de no retornar a filas de la revolución»*.[13] Viana, que marchaba con el ejército revolucionario, al entrar a Melo, bajo intensa lluvia fría, había sufrido una recaída de la neumonía que lo había aquejado desde un mes. Febril, tuvo que ser dejado en la casa de un caritativo vecino melense, pero el jefe político lo detuvo por orden del General Justino Muniz, jefe del Ejército del Sur, como también lo hizo con Morelli. El encuentro en el vivac de Muniz con Viana fue relatado por este en su libro de memorias de la guerra de 1904[14] de la siguiente forma:

«—Ya sé que es muy defensor del portugués Aparicio –empezó a decirme–. Ahora seguirá aquí.

—Estoy enfermo general –objeté–, no me es posible seguir al ejército.

—¿Qué decís, que no vas a seguir?

—Digo, general, que estoy enfermo.

—Yo también estoy enfermo, carajo, y sin embargo sigo.

—Usted es general –le dije–.

—Y vos sos un embrollón de letra menuda, que son los piores –rugió, ya fuera de sí–.»

XVII

Pese a este infeliz encuentro el teniente Campos agrega que Viana fue objeto de atenciones especiales por la oficialidad en el campamento. Y Muniz fue finalmente convencido para dejarlo en Melo, hacia donde partió desde el vivac *«en un tilburi entre saludos de afectuosa simpatía»*.[15] Pero Viana fue después trasladado hacia Montevideo como prisionero bajo custodia humanitaria, aunque llegando a San Ramón pudo escapar y volvió a incorporarse al ejército. En tanto, Morelli fue liberado a condición de no participar en la guerra, y sólo ejercer su labor

médica mientras se encontrara en la campaña hasta regresar a Montevideo lo antes posible. Pero al igual que Viana se reincorporó al Ejército Revolucionario en la cruenta batalla de Tupambaé.[16]

XVIII

Entre el 22 y 23 de junio se libró la más cruenta batalla de 1904: Tupambaé. El Ejercito Revolucionario tenía 15.000 hombres y el gubernista, bajo el mando del coronel Pablo Galarza 4000. En los dos días de lucha se produjeron más de 2000 bajas entre muertos y heridos de ambos bandos. La primera asistencia se hizo en el campo de batalla; el Ejercito Revolucionario utilizó para puesto de comando e improvisado hospital de sangre el comercio–pulpería de Fasciolo y algunas fincas vecinas al mismo que se encontraba a unos dos kilómetros de la línea de fuego. Desde allí, en la retirada del Ejército Revolucionario, se trasladaron en seis carretas a los heridos que podían hacerlo hacia Melo por el camino nacional, a donde llegaron el 1 de julio.[12] Algunos heridos debieron de ser dejados por su estado en el comercio de Fasciolo a cargo de Morelli. Este comercio finalmente quedó en poder del ejercito del gobierno e ingresaron los médicos del mismo: *«En lo de Fasciolo, hospital de sangre, fraternizan en los mismos cuartos, heridos graves de ambos contendientes y hasta los más desconfiados se entregan ante los cuidados que se les prodigan. Actúa también el doctor Morelli con gran eficacia profesional».*[13] Entre los heridos que quedaron bajo el cuidado de Morelli el secretario de Saravia, Luis Ponce de León (herida transfixiante de abdomen por bala), Asdrúbal Delgado y Julián Quintana. Los sobrevivientes marcharon con el convoy de heridos del ejército hasta ser entregados a la Cruz Roja con destino a Montevideo.

XIX

En el comercio de Fasciolo se produjo la segunda detención de Morelli, la primera había sido en Melo, narrada de su propia pluma: [17]

El día 25 de junio habiendo sido avisado por el doctor Juan A. Eirale del ejercito gubernista, que en unas casas a veinticinco cuadras se encontraban heridos del Ejercito Revolucionario, se encaminó Morelli al lugar, llevando un maletín con material de curación. A pocos pasos fue interceptado por la guardia, siendo detenido y quedando incomunicado, acusado de intentar huir. Fue enviado a Montevideo junto con Luis Ponce de León y terminó internado como prisionero de guerra en la isla de Flores hasta la finalización de la contienda. En esa isla, pero en la más apartada, la tercera, que habitualmente queda incomunicada con las otras dos, escribió Ponce de León a su esposa: «... No podemos decir que aquí lo pasamos mal. Se nos da bien de comer; se nos trata con consideración y no se nos molesta cuando leemos o dormimos» .[18] El 17 de agosto: *«Han sido traídos nuevos prisioneros. Los han traido a la tercera isla que está quedando hecha un verdadero conventillo. Los que estamos mejor somos Morelli,*

Arocena (Ramón) y yo, que tenemos una buena pieza. De primera somos seis; ¡de tercera 74!».[20]

A mediados de octubre Morelli y los demás prisioneros recuperan la libertad. Ya no hubo más revolución para los liberados.

Notas

1) Martínez Montero, Alcides A. Los cruzados del Uruguay. Historia de la Cruz Roja Uruguaya. Montevideo, (1959):28. Esta fue una efímera pero eficaz asociación. Sucesora de la primera Cruz Roja Oriental (1890) con intervención en la «revolución del Parque» en Buenos Aires. La inminencia de la guerra fue el factor propulsor de su creación. Por intermedio de la prensa periódica (*«El Siglo»* Nº 9534, 27 de febrero de 1897, Cruz Roja Militar (sic)) y a iniciativa del coronel Lucas Rodríguez y del teniente coronel Gregorio Lamas se invitó a médicos y estudiantes de medicina a concurrir a una reunión en la sede del periódico. La mayoría de los profesores de la Facultad de Medicina respondieron al llamado y allí se decidió, bajo la presidencia de Eduardo Acevedo, organizar inmediatamente la Cruz Roja Oriental para presentar servicio tanto a heridos y enfermos del ejército revolucionario como a tropas del gobierno en el caso que estallara la guerra civil. Como integrante del cuerpo docente de la Facultad de Medicina, Morelli se unió al prestigioso grupo de la Cruz Roja Oriental. Quedó organizado definitivamente pocos días antes del inicio de las operaciones (2 de marzo).

2) Soiza Larrosa, Augusto. Medicina y cirugía en las guerras civiles uruguayas de 1897 y 1904. Ses. Soc. Urug. Hist. Med. (1986), 1:40–159. Trascribimos por ser un relato de un testigo presencial la escena del campo de batalla de Tres Árboles: *«Una visita al campo de batalla después del combate. Con el interés y la curiosidad de conocer bien el terreno y los pormenores de la batalla, nos dirigimos desde Paso de los Toros al campo donde había tenido lugar el gran combate. A las dos o tres cuadras (de la casa de Federico Silva) ya empezamos a encontrar algunos caballos muertos y algunos heridos. Como a cuatro cuadras del arroyo el hedor a carne corrompida empezó a hacerse sentir, y dos cuadras más adelante ya era imposible... Al llegar al borde de la barranca, nos apeamos para reconocer a pie los lugares donde más había sido la lucha... Junto a gran cantidad de cartuchos vacíos se mezclaban polainas, kepis y piezas de ropa interior manchadas de sangre la mayor parte de ellas. En la parte izquierda del paso se veían los troncos humeantes de los cadáveres que allí habían quemado. A La derecha había otra hoguera, donde se habían quemado otros treinta cadáveres más, a los que no se había podido dar sepultura, por no haber quien las abriera. Entre tanto humo que salía de la hoguera y el hedor que despedían los caballos muertos había un ambiente muy difícil de respirar* (Irrellor, Juan B. Saravia y Lamas o sea, la Revolución Oriental de 1897, Buenos Aires y Montevideo (1897):21).

3) Martínez Montero, A. A. Op. cit.:30. Transcribe los documentos habilitantes y la lista del personal sanitario.

4) Cruz Roja de señoras Cristianas. Memoria de sus trabajos durante la guerra civil de 1897, Montevideo (1898):30.

5) Ver capítulo II.

6) Herrera, Luis Alberto de. Por la patria. La revolución de 1897 y sus antecedentes, (1953), 2:414–419.

7) Ver capítulo II.

8) Garat, Carlos M. y Garat, Mirtha. E. Herrera de. Semblanza de un patriota (1989):45–47.

9) Soiza Larrosa, A. Alfredo Vidal y Fuentes (1863–1926) in: Gutiérrez Blanco, Horacio. Médicos uruguayos ejemplares (1989), 2:52. Aquí se resume todo el proceso que culminó con la expulsión de Eduardo Acevedo Díaz.

10) Soiza Larrosa, A. La asistencia médico quirúrgica en la guerra civil de 1904. *«La Revista Blanca»*, número monográfico sobre Aparicio Saravia y la guerra civil de 1904 (en prensa).

11) Anónimo (Enrique Brito). Ejército Nacionalista. Campaña de 1904. Colección completa de órdenes generales dictadas por el estado mayor general del ejercito (1905): orden N° 7 campamento, marzo de 1904. Las órdenes siguientes fueron las N° 10, 16, 27, 28, 29, 30 y 33, en Fraile Muerto, julio 4 de 1904.

12) Blixen, Samuel y Adami, Ángel. Sangre de hermanos. Crónica completa de los sucesos militares y políticos de la revolución de 1904 (1905):175 (con foto de Juan B. Morelli).

13) Piovene, Alejandro. Diario (1904) in: Gutiérrez, Fernando. Tupambaé (1918), 3:242–243.

14) Campos, Alfredo R. Diario de un teniente de la campaña de (1904), 2:43.

15) de Viana, Javier. Con divisa blanca. Crónica de la guerra uruguaya, Buenos Aires, (1904): 82–85.

16) Campos, Alfredo R. Op. cit.: 66.

17) Ver capítulo II.

18) Ponce de León, Luis R. Aparicio Saravia. Héroe de la libertad electoral (1956): 112–114.

Capítulo VIII

ENFERMEDAD Y MUERTE DE ANA AMALIA BATLLE PACHECO (1896–1913)

I

Un lugar especial en la narración de la vida de Juan B. Morelli, debe ocupar su participación en la asistencia de Ana Amalia Batlle Pacheco. El 12 de mayo de 1912, la única hija viva de José Batlle y Ordóñez[1], a la sazón Presidente de la República por segunda vez, en ese momento de 16 años de edad, luego de una reunión social, inicia una enfermedad progresiva que la va debilitando poco a poco y ante la cual los tratamientos efectuados no fueron eficaces. El 5 de noviembre, Ana Amalia comenzó un diario, que finaliza abruptamente el 24 de diciembre:

¡Hace 6 meses y 17 días que estoy enferma! Cuál es mi enfermedad, no sé seguro, pero me inclino a creer en una...

Relata con coraje y resignación el progresivo estado de debilitamiento que la obliga a permanecer en silla de ruedas, bajo los árboles de la quinta o en una casilla de madera y vidrio que su padre había hecho construir para que estuviera al aire libre sin exponerse a las inclemencias del tiempo. El día 7 refiere que el sillón *«con sus ruedas suple mis piernas»* y describe el espectáculo de la naturaleza a la hora...

... en que el sol se esconde en el horizonte, que los pájaros se recogen en sus nidos y las ranas, sapos y grillos comienzan a dejar oír sus simpáticas vocecitas. Desgraciadamente es a esta

hora tan linda que yo también me recojo (a pesar mío). ¡Pero no importa! ¡Yo contemplo a mis anchas toda la inmensidad del campo! ¡Qué tranquilidad! ¡Qué melancolía! ¡Cómo me gusta esto!» (fig. 29).

El día 8 escribe:

Estoy sentada bajo un gran naranjo; en la capota de mi sillón siento el golpe de los azahares que se desprenden del árbol.

Por la noche, los hermanos César y Rafael velan su descanso hasta que los releva el padre en la madrugada. La salud de Ana Amalia sufre alternativas, el 15 sintiéndose mejor, vuelve a anotar:

¡Ha salido el sol! «Oh soleil je t'adore». Estoy tan contenta de verlo que no he podido menos que pescar esta frase del «Chateclair» de Edmond Rostand para saludarlo. [2]

El único médico que cita como tratante es Américo Ricaldoni. Este, ante la signología alarmante de su paciente *(«tosía sangre»)*, aconsejó la consulta con Morelli, quien era ya reconocido como la máxima autoridad nacional en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar, enfermedad que evidentemente afectaba a Ana Amalia. Ya han sido narrados los detalles de esta consulta, en la que se enfrentaron dos personas, enemigas políticamente. [3]

II

Sobre la enfermedad de Ana Amalia se habían realizado previamente consultas con especialistas europeos. A través del Ministro del Uruguay en Berlín se contactó a Friedreich Frantz Lothar Friedman (1876–1953), quien proponía la eficacia de una vacuna antituberculosa, pero las referencias sobre este profesional, conocidas a través del joven médico uruguayo, muy allegado a la familia Batlle, a la sazón en Alemania, Santín Carlos Rossi (1883–1936), no fueron elogiosas.[4] También por intermedio del diplomático y médico Rafael de Miero se consultó a Carlo Forlanini, quien, como ya lo hemos referido, fue el gran propulsor del tratamiento de la tuberculosis por medio del neumotórax artificial, hasta entonces el único que había mostrado ser eficaz. Dicho profesor, ante la insinuación de trasladarse a Montevideo para asistir a la enferma, expresó que ello no era necesario, dado que en esa ciudad existía un especialista de gran capacidad para realizar dicha terapéutica, que era Morelli.[5]

III

Desde setiembre de 1912, vista la gravedad de la situación, Batlle decide *«tomar el primer vapor»* a Europa, saliendo el 23 de noviembre, siempre que los médicos europeos afirmaran que el suero Friedmann era ineficaz. Entretanto,

Figura 29
Ana Amalia Batlle Pacheco con su madre Matilde Pacheco de Batlle y Ordóñez.

decide llevar a su hija a una estancia en Arazatí, departamento de San José, a orillas del Río de la Plata, buscando *«el aire de mar»*. Este traslado tuvo lugar el 29 de noviembre y la estadía se prolongó hasta el 16 de enero. [6]

Figura 30
Costa de Arazatí, donde fue desembarcada Ana Amalia Batlle Pacheco.

IV

Este período fue particularmente conflictivo para Batlle. En efecto, a la vez que hondamente afectado por la enfermedad de su única hija, a la cual lo unía una particular ternura, estaba enfrentado a una situación política que se veía muy azarosa, con amenazas de levantamientos en la frontera con Brasil por parte del Partido Nacional y con el Partido Colorado profundamente dividido. En medios políticos se cuestionaba la situación creada por el hecho de que Batlle pasara a residir intermitentemente en Arazatí, aduciendo que razones constitucionales lo obligarían a pedir licencia y a delegar el poder en el presidente del Senado, en manos en ese momento de figuras dentro del Partido Colorado, no totalmente adictas al Presidente.

Batlle viajó en total cinco veces a Arazatí en el plazo que ya hemos dicho, permaneciendo más de tres semanas en la última de ellas. Mantenía, sin embargo, conexión con el gobierno mediante una línea telefónica expresamente tendida. Los rumores de levantamientos armados eran inquietantes, al punto que destacó una fuerte escolta con la finalidad de asegurar su poder. [7]

V

El estado de salud de Ana Amalia permitió su traslado a Arazatí con sumo cuidado. Desde Piedras Blancas fue llevada en una ambulancia hacia el puerto, a la que seguían en dos automóviles el presidente y su familia. En una camilla fue embarcada en el crucero *«Uruguay»* y frente a los campos de la estancia, el barco se aproximó a la costa. La costa del departamento de San José tiene barrancas que bordean el río: la de Arazatí y San Gregorio. El río a ese nivel es de muy baja profundidad, con dos bancos de arena perpendiculares a la costa: el Santa Lucía y el Jesús María, por lo cual aproximar una embarcación a la costa es muy riesgoso. Al crucero *Uruguay*, que tenía un calado de cuatro metros, se le hacía muy peligroso acercase a ella y, de hacer-

Figura 31
Camino en la barranca, por donde fue conducida Ana Amalia Batlle Pacheco hasta la carreta.

lo, debía aproximarse en forma perpendicular a la orilla para obviar dichos bancos. La distancia en la que podía fondear no debía ser menor de una o dos millas. Esto implicaba que los botes para acceder a la playa no podían tardar menos de media a una hora.[8] La enferma fue traslada a la playa, donde se había dispuesto una carpa para que descansara. Luego fue conducida hasta el casco de la estancia en una carreta tirada por bueyes, acondicionada con colchones y paja. En una visita que realizamos especialmente el día 20 de noviembre de 2003, hicimos un relevamiento directo en Arazatí. La estancia pertenecía a Puppo, gran amigo de Batlle. En la zona en que se sitúa esa propiedad, con costa sobre el Río de la Plata, ésta ofrece barrancas de discre-

ta elevación, dejando una estrecha playa (fig. 30). La carpa a la que nos hemos referido, muy probablemente estuvo situada por encima de la barranca, accediéndose a los médanos circundantes mediante una escarpada cuesta.(fig. 31). El traslado al casco de la estancia se realizó, como queda dicho, en una enorme carreta tirada por bueyes, por un camino que tiene que atravesar un bañado y para ello se acondicionaron tirantes de madera dura, a fin de facilitar el pasaje del vehículo, restos de los cuales aún se pueden apreciar. La distancia entre la costa y el casco de la estancia es de cuatro kilómetros y cien metros, por lo cual se infiere el largo tiempo que llevó este traslado. La casa, aún existente, aunque con modificaciones, conserva su estructura básica: su fachada tiene orientación al norte, es en forma de «U», con un patio central abierto hacia el frente, que hoy ha sido cerrado por una mampara de vidrio (fig. 32). Sobre él se abren las puertas de las habitaciones, interconectadas entre sí. Las del ala izquierda fueron ocupadas por Ana Amalia y sus padres. En la segunda de ellas fue alojada la enferma (fig. 33), de cuya ventana ella

Figura 32
Frente del casco de la estancia de Puppo en Arazatí (estado actual).

contemplaba un hermoso paisaje que se extendía hacia el río (fig. 34). Suponemos que las habitaciones del ala derecha estaban ocupadas por el médico dedicado a la asistencia, Alberto Mañé y probablemente también por los edecanes del presidente. Aunque se ha forestado mucho alrededor del casco, aún persisten árboles de la época a la cual nos referimos, varios viejos olivos y restos de una doble fila de Eucaliptus hoy muy menguados. [9]

Fue destacado como médico a cargo de la asistencia inmediata de la paciente, Alberto Mañé (1884–1960), médico y cirujano, recién vuelto de su estadía de perfeccionamiento en Europa y estrecho colaborador de Morelli en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar (fig. 35).

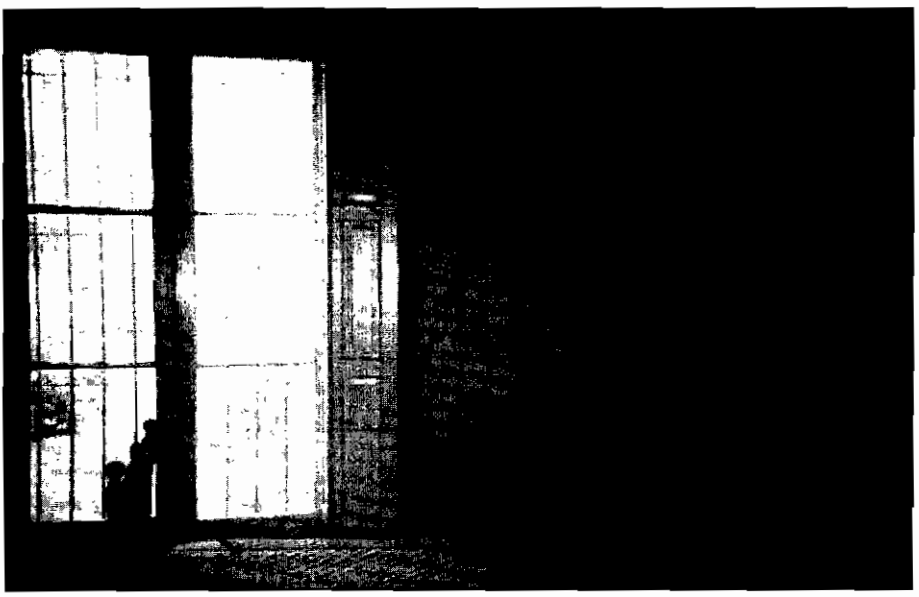


Figura 33
Habitación donde fue asistida Ana Amalia Batlle Pacheco.

VI

En la segunda semana de diciembre, Domingo Arena y el presidente del Senado Feliciano Viera visitaron Arazatí. Batlle, viendo que el tratamiento con un suero francés antituberculoso que se le había administrado resultó ineficaz, nuevamente quiso arriesgarse y llevar la enferma a Europa. Arena escribió a Manini, entonces ausente:

La preocupación, la obsesión de Batlle es escapar para Europa. Pero los médicos no lo dejan con la amenaza de que la muerte de su hija puede asaltarlo en el camino... Te imaginarás la nerviosidad de nuestro pequeño mundo político ante la perspectiva de viaje de Batlle... Pero la verdad es que Batlle se prepara a irse contando con la solidez del mecanismo constitucional y dispuesto a delegar el mando en Viera. [10]

Ana Amalia escribe en su diario:

Papá ha ideado un viaje de cinco o seis meses a Italia, porque dice que allí hay sitios donde el clima es muy bueno y me sentaría muy bien a mí. Primero nos propuso ir solas con los muchachos; esto fue rechazado, pero lo que dijo que pediría licencia e iría con nosotros, entonces la idea fue bastante bien recibida. Se arregló tan pronto el viaje que creímos que nos iríamos el 13 de este mes.

Figura 34: Ventana mirando el campo de la habitaicón donde fue asistida Ana Amalia Batlle Pacheco.

La posibilidad del viaje a Europa la ilusiona, pero no deja de pensar en las complicaciones que ello podría acarrear a su padre ni en la pena de dejar a Sofía (su hermanastra) y a los niños. Una vez más esperanzada, manifiesta:

Más que en la ida, pienso en la vuelta, sana, ¡marchando por mis piernas! ¡Ah, qué felicidad! ¡Cuándo será ese día! (11)

VII

Vuelto Batlle de Montevideo, donde había permanecido por tercera vez desde el 16 al 18 de diciembre, todavía piensa en viajar a Europa, cosa de la que lo disuaden los médicos. Estos deciden y efectúan el primer neumotórax en esos días.

La enferma se asustó cuando vio a los doctores entrar en su cuarto, las mangas arrolladas hasta los codos; Matilde, su madre, no pudo soportarlo. Los médicos tranquilizaron a la joven; su padre la tomó de las manos. Ella sufrió y lloró: «El pobre papá, pálido y bañado en sudor, trataba de sonreír y me animaba».

En ese momento Ana Amalia confiesa:

Mi valor comenzó a decaer; comprendí que aquello no era tan simple como decían. Mañana vienen otra vez. «Veremos. Mañana diré el resultado».

En efecto, dos días después, se le realiza un segundo neumotórax y luego un tercer intento. Estos no fueron eficaces, debido, según se dedujo, a las adherencias pleurales del proceso tuberculoso. Los neumotórax fueron practicados por Alberto Mañé. (12)

Figura 35
Alberto Mañé (1884–1960), c 1912.

El diario de la enferma es cerrado por una nota de Batlle: *«Murió el 24 de enero de 1913 a las 7.20 p. m.»* En esa misma libreta, Batlle evoca, trece años después, en marzo de 1926: *«nunca se le oyó una queja, guardó siempre para sí sola su dolor, como lo había hecho siempre»*[13] (fig. 36).

VIII

No sólo se agravaba la enfermedad de Ana Amalia, sino que la situación política tomaba rumbos totalmente alarmantes. Los diputados Luis Melián Lafinur y José Enrique Rodó intentaron promover un juicio político al Presidente, a lo que se sumó la opinión de Emilio Frugoni, quien adujo el costo que implicaba esa residencia temporal del presidente.[14] Para obtener tal decisión parlamentaria era necesario convocar la Asamblea General. La Cámara de Representantes el 20 de diciembre votó negativamente la propuesta mencionada. No obstante ello, la situación provocó enorme disgusto en Batlle, quien, años después, manifestó que este debate había sido *«indiscutiblemente infame»* y fue recién entonces que dio a conocer lo que había mantenido en secreto: que el carbón del barco de guerra que lo trasladaba entre Montevideo y Arazatí había sido pagado de su bolsillo. [15]

IX

Llega entonces el último período de la enfermedad de Ana Amalia. Vista la inoperancia del tratamiento realizado (la familia en privado consideraba que el neumotórax había inyectado demasiado aire en la cavidad pleural), Batlle decide llevar nuevamente su hija a la quinta de Piedras Blancas. Es así que emprende su quinto y último viaje a Montevideo. Según fuentes fidedignas se había tramado un secuestro del Presidente en ocasión de este viaje. Dicho tema habría sido el que ocupó la entrevista de Batlle en el viaje previo a Montevideo con el Jefe de Estado Mayor y otros oficiales. Carlos Travieso era el supuesto jefe del secuestro, aunque indignado negó siempre haber tenido nada que ver con conspiraciones.

X

Alberto Mañé, que cuidaba como dijimos de la enferma, solía comunicarse con algunos oficiales del crucero *«Uruguay»*, que bajaban a tierra por las tardes. Uno de ellos, con quien había trabado particular amistad, le manifestó que a bordo se había propalado el rumor que al día siguiente, cuando Batlle se embarcara hacia Montevideo, lo harían prisionero y sería llevado a Río de Janeiro. Esa misma noche, cenando a solas junto con Batlle, se vio en la obligación de comunicarle la conversación que había sostenido. Batlle, impertérrito, oyó la versión que Mañé le hacía saber. Sin notársele ningún gesto, ni haber pronunciado

Figura 36
Ana Amalia Batlle Pacheco.

palabra, siguió comiendo sin perturbarse. Mohíno quedó Mañé ante dicha falta de reacción, pero de nuevo consideró que era su deber trasmitirle esa novedad. A la mañana siguiente (16 de enero), los botes del crucero *«Uruguay»* se acercaron a la costa para llevar al Presidente a bordo. Batlle llamó al coronel Dufrechou, a cargo de su seguridad personal y le ordenó que embarcara primero toda su escolta. Luego de ello, Batlle, acompañado de sus edecanes y de Mañé, se trasladó al barco, donde ocurrió un episodio, muy probablemente único en la historia naval: presentaron armas al Presidente su escolta de infantería y en una segunda fila, la marinería del barco. Según versiones con respecto a este episodio, Batlle iba armado. No está demás recordar que era un excelente tirador. Decía Mañé que en sus ratos de ocio junto al Presidente en Arazatí solían tirar al blanco, ejercicio por el cual aquel tenía particular afición; recordaba que la puntería de Batlle era realmente asombrosa, como lo demostró años después en una trágica ocasión. El viaje transcurrió sin incidentes. La familia Batlle Pacheco siempre guardó un sentido reconocimiento a la asistencia brindada por Mañé. Poco tiempo después de fallecida Ana Amalia, Batlle le obsequió un hermosísimo jarrón de Sèvres, que guarda aún la familia. [16]

XI

En Piedras Blancas la enferma se agravó progresivamente. Su respiración dificultosa angustió a la familia. Los dos últimos días se la mantuvo gracias a extremos cuidados. A las 7 y 15 de la tarde del 24 de enero de 1913, falleció. Es velada en un salón de la quinta. Desfilan cientos de personas. Llegada la hora del sepelio, su ataúd es colocado es un vagón de ferrocarril, que lo traslada hasta la estación Treinta y Tres, para poder tomar la línea del ferrocarril Central, mientras muchos saludan respetuosamente el paso del tren. Luego de las 17 y 30 el cortejo llega a la estación Central, donde le espera un gentío, que se extiende por las calles aledañas. En una de las salas de la Estación, sobre la calle Río Negro, se agolpan los diplomáticos, en compañía del introductor de embajadores Fermín C. de Yéregui. Conducido el ataúd a la carroza fúnebre, sigue un largo camino por las calles Miguelete, Rondeau, 18 de julio y Yaguarón, escoltado por una multitud acongojada. El sepelio es breve; los restos son colocados en el nicho número 672, propiedad del señor Jorge Pacheco. Batlle se retira cabizbajo, la muchedumbre se abalanza sobre él, tratando de expresarle sus condolencias, hasta que sube al coche que lo conduciría de regreso a su residencia.[17] En el viaje de regreso del entierro, Don Pepe, aquel hombre enorme, de voz áspera y rasgos impasibles, no pudo controlarse más y lloró. Domingo Arena, su incondicional y fiel seguidor, así se expresó sobre Batlle:

Un corazón inmenso tras siete muros de roca. [18]

La desolación del gran político es enorme:

Tú eras mi orgullo, mi fe en la vida, mi alegría; yo descansaba de la lucha al contemplarte; eras mi galardón; eras la esperanza de un dulce anochecer de mi existencia.

En sus anotaciones íntimas escribe:

Estas líneas son hijas de un deseo de llorar... Son una queja... también una ofrenda, un homenaje: flores que deposito sobre su tumba con el rocío de mis lágrimas; inscripción que grabo en su losa funeraria... Son, a más, caricia de la esperanza de hallarla algún día, no sé dónde, en el seno del inconcebible infinito, protesta contra el olvido que, como la oscura hiedra, cubre poco a poco los sepulcros. ¡Oh, Ana Amalia! ¡Yo no te doy aún por perdida... ! ¡Espero!... En tanto, que viva en el recuerdo la suave y dulce voz de tu sonrisa, la purísima serenidad de tu mirada, tus líneas helénicas, tu aroma de flor, la claridad de tu razón, la austeridad de tu carácter; tu ser todo, aureolado de lealtad, de bondad, de poesía. [19]

Notas

1) El matrimonio Batlle Pacheco había tenido otra hija, llamada Amalia Ana, que falleció a los 16 meses de edad en febrero de 1895.

2) Diario de Ana Amalia Batlle Pacheco, Archivo Batlle, Biblioteca Nacional.

3) Ver Capítulo II.

4) Debemos hacer un sustancioso informe sobre la vacuna concebida por Friedreich Friedman, Conrado Pelfort, becado por el gobierno para realizar estudios en Europa, quien fue posteriormente distinguido pediatra y dilecto discípulo de Luis Morquio, en 1920 concurrió en Berlín al Hospital Neukölln, donde tuvo ocasión de aplicar dicho tratamiento. Concurrió también a la clínica que dirigía Friedmann, en ese entonces profesor de Clínica Médica, donde lo vio personalmente indicarla. La vacuna Friedmann fue presentada por su descubridor ante la Sociedad de Medicina de Berlín el 6 de noviembre de 1912, noticia que al día siguiente ya se conoció en Montevideo por el servicio telegráfico de noticias del exterior, lo que motivó ese mismo día un telegrama de Batlle al Ministro del Uruguay en Berlín. Con ello vemos la amplia repercusión y esperanza que daba dicho descubrimiento para el tratamiento de tan terrible flagelo. Dicha vacuna consiste en la inoculación del bacilo vivo de la tuberculosis de la tortuga marina *Careta careta L.*, emulsionado y recientemente preparado y que se inyecta al enfermo por vía subcutánea, intramuscular o intravenosa. Aceradas críticas mereció su aplicación y efectividad, por lo cual entró en descrédito la vacuna hasta 1914 y luego casi fue ignorada durante la guerra 1914–1918. A partir de entonces fue objeto de reconsideración, aceptada y aplicada ya con mayores requerimientos de pureza y concentración, avalada por su preparación por el Instituto de Higiene de la Universidad de Leipzig bajo el contralor del profesor Kruse, con evidente garantía de preparación y esterilidad. Se preparó en tres concentraciones, fuerte, débil y muy débil. Se demostró eficaz sólo en los procesos tuberculosos incipientes y en las localizaciones tuberculosas extrapulmonares, en especial óseas y genitales (Pelfort, C. La lucha contra la tuberculosis y la vacuna de Friedman. Rev. Med. Uruguay (1920), 23: 427–432). Uno de nosotros (F.M.G.) recuerda que siendo practicante interno en el Servicio de Ginecología de Ernesto Tarigo (1953), este indicaba con frecuencia dicha vacuna en la tuberculosis genital, en la que, según su opinión y experiencia, era muy eficaz. Cabe agregar que Friedman, quien contó en un primer momento con el apoyo de figuras de la talla de Robert Koch y Paul Ehrlich y tuvo gran notoriedad y fama en Europa y Estados Unidos, cayó luego en descrédito. Vale la anécdota que por tratar al hijo de un acaudalado norteamericano, le fue obsequiado un millón de dólares. Con el advenimiento del nazismo, fue destituido de su cátedra por su con-

dición de judío y pasó a vivir en Mónaco, donde murió, habiéndose convertido en sus últimos años al cristianismo.

5) Vangler, Milton I. The Model Country: José Batlle y Ordóñez of Uruguay (1907–1915) Ann Arbor, Mich., 1980; 2ª Edición, Buenos Aires, 1983, 3ª edición Montevideo, (1991):204.

6) Vangler, M. I. Op. cit.: 198–199.

7) Vangler, M. I. Op. cit.:199.

8) Agradecemos estos datos náuticos al Dr. Raúl C. Praderi.

9) Los datos que consignamos los obtuvimos gracias a la gentileza de la Sra. Elvira Iglesias Puig de Voulminot y su hijo, Ingeniero Carlos Voulminot, quien demostró un excelente conocimiento del terreno y sus accidentes.

10) Vangler, M. I. Op. cit.: 199.

11) Diario de Ana Amalia, op. cit.

12) Mañé, A. Comunicación personal a F.M.G., circa 1950.

13) Diario de Ana Amalia, op. cit.

14) Es de particular interés la censura que se le aplicaba al Presidente por alejarse de la capital. Implicaba una prohibición tácita a que este la abandonara, como si el interior de la República no fuera territorio nacional y que el titular del gobierno dejaba de serlo al pasar a habitar, aunque fuera temporariamente, fuera de Montevideo. Implicaría, no dudamos, que la República era Montevideo y el resto del territorio nacional algo anexo que no adquiría relevancia significativa sino cuando se integraba a él. Resabio quizás de los años previos a la independencia política, en que se llamó a nuestro país Provincia de Montevideo y hasta en algunas citas europeas República de Montevideo.

15) Es sin duda doloroso ver el ensañamiento con que sus opositores en el parlamento denunciaran la situación creada por la grave enfermedad de la hija de Batlle, quien denotó con duras expresiones esta afrenta. Sin embargo, no debemos olvidar que él era también despiadado con sus enemigos, para ellos no conocía la tolerancia ni menos el perdón. Recordemos su rotunda negativa a tributarle honores fúnebres a Julio Herrera y Obes, que fue un adversario de proceder admirable y de dignidad ejemplar durante los últimos años de su vida, así comoo también la vengativa actitud frente a José Enrique Rodó, negándole respeto y apoyo nacional en ocasión de la repatriación de sus restos.

16) Mañé, Alberto: comunicación personal a F.M.G., circa 1950.

17) *El Día,* 25 y 27.I.1913.

18) Erserguer, E. V. El líder del colegiado, Montevideo (1916): 77.

19) Russell, Dora I. Ana Amalia Batlle Pacheco, *El Día,* 3 de febrero de 1963.

Capítulo IX

TRATAMIENTO QUIRÚRGICO DE LA TUBERCULOSIS PULMONAR

I

El origen de la cirugía de la tuberculosis pulmonar marca también el inicio de la cirugía torácica. Si bien aquélla ha sido prácticamente abandonada hoy, las diferentes técnicas y capacidades quirúrgicas concretadas, permitieron seguir, facilitadas por los adelantos de la anestesia, apoyo ventilatorio, así como el correcto manejo del medio interno y el empleo de antibióticos, acceder a intervenciones intrapulmonares, bronquiales y mediastinales.

Desde la introducción de la cirugía de la tuberculosis, esta enfermedad tiene por primera vez un tratamiento específico. Como afirma Head, *«la tuberculosis nunca parece tan grave como en realidad es»*. Cuando al tratamiento sanatorial en áreas rurales se le agregó el recurso quirúrgico para los casos que tenían correcta indicación, la mortalidad bajó en forma dramática, así como se incrementó la negativización del esputo y se abrevió el tiempo de internación. La mortalidad entre los que recibían sólo cura sanatorial (reposo, sobrealimentación, climatoterapia) y los que recibían alguna forma de tratamiento quirúrgico, pasa del 25,9 % al 13 %, respectivamente. Tomado en conjunto el número de pacientes atendidos en sanatorios para tuberculosos, el 65% eran susceptibles de beneficiarse con alguna forma de colapsoterapia, introducida en la práctica habitual hacia el año 1910.

En años sucesivos se fueron agregando nuevas técnicas, muchas de ellas muy audaces, todas orientadas a obtener un mejor cuando no completo colapso pulmonar. Así se concretan las siguientes técnicas operatorias: toracoplastia, sección de múltiples nervios intercostales, el oleotórax o introducción de cuerpos extraños en la cavidad pleural, la escalenotomía y escalenectomía, simpatectomía, frenicectomía, para en años posteriores proponer las resecciones pulmonares, desinserción del diafragma, ligadura de la arteria pulmonar, de las venas pulmonares, etc. [1]

II

Al tiempo que Morelli desarrollaba su interés por el origen microbiógico de las enfermedades, se fue marcando en él, en forma progresiva hasta llegar a ser casi exclusiva, su inquietud por el diagnóstico bacteriológico, clínico y la terapéutica de la tuberculosis en general y de la tuberculosis pulmonar en particular. En uno de sus primeros trabajos[2] ya se manifiesta esa preocupación, en una contribución sobre los modos de coloración del bacilo de Koch, a la cual sigue en el mismo año otro sobre fagocitosis de dicho germen.[3] En este último, a punto de partida de una observación clínica, advierte la presencia de numerosos bacilos dentro de los fagocitos hallados en el esputo. Dado que esta era una comprobación poco frecuente (en la mayoría de los casos estaban ubicados fuera de los leucocitos), propone la hipótesis de que su observación evidenciaba la resistencia o inmunidad del paciente contra el microbio, lo que podía condicionar la evolución más lenta de la enfermedad en algunos casos.

Figura 37
Carlo Forlanini (1847–1918).

III

Un lapso considerable de tiempo transcurre hasta que en 1907 concreta su preocupación por el tratamiento de la tuberculosis en la realización de un viaje a Europa, cuyo fin primordial fue interiorizarse y aprender la técnica del colapso pulmonar, neumotórax artificial, practicado en Pavia por Carlo Forlanini (1847–1918)[4] (fig. 37).

IV

Rico de esta experiencia, vuelto al país, inicia su práctica de este método terapéutico, primero en forma experimental y, a partir de 1910, en pacientes que así lo requerían. La primera constancia que nos ha llegado es que ya era considerado un especialista destacado en dicho tratamiento cuando en 1912 es solicitado para tratar en esta forma a la hija del Presidente de la República José Batlle y Ordóñez.[5] Como el mismo Morelli lo dice, en estos años (1908–1916) practicó y adquirió experiencia personal en dicho tratamiento.

La novedad y lo invasivo de este método, levantó serias reservas, cuando no abierta oposición a su práctica, particularmente de parte de figuras asaz relevantes de la medicina nacional. Es en parte debido a ello, que Morelli se contrajo en documentar su experiencia, en la cual se demostraba la eficacia de dicho procedimiento, siendo así que entre 1916 y 1918, publicó su obra, su monografía sobre el tratamiento quirúrgico de la tuberculosis pulmonar.[6] En la misma puso énfasis en que el único tratamiento eficaz para ciertas formas de la tuberculosis pulmonar era el neumotórax u otros procedimientos quirúrgicos, lo que le valió a Morelli el reconocimiento, no sólo nacional sino internacional en las principales publicaciones sobre el tema.[7] Este es el primer libro de intención original de la literatura médica uruguaya, en el que expone con particular precisión el fruto de una labor sostenida y original.

V

Es difícil hacer hoy un comentario acerca de un tratado a propósito de un recurso terapéutico ya abandonado hace muchos años, pero que fue durante cuarenta años el más eficaz para el tratamiento de la tuberculosis pulmonar. Si bien las prácticas quirúrgicas utilizadas fueron de cirugía mayor, éstas fueron prácticamente dejadas de lado, luego del advenimiento de la terapia antibiótica y quimioterápica de la tuberculosis, no obstante lo cual constituyeron la base sobre la cual se desarrolló la cirugía de tórax. En efecto, podemos decir que todos los cirujanos de tórax de la primera generación se iniciaron como cirujanos de la tuberculosis. Esto les permitió sin duda un

más seguro abordaje en intervenciones cada vez más radicales efectuadas con otras indicaciones.

Cuando circunstancias especiales, como es el presente intento de estudiar la figura de Morelli y su obra clínica, nos llevaron a hacer una lectura rápida de los subtítulos que figuran al inicio de cada capítulo, empezamos a hallar aspectos curiosos o interesantes. Entonces sobrevino nuestro asombro ante el orden lógico de la presentación, el lenguaje, correcto y expresivo, el contenido, de una gran riqueza conceptual, espejo de una cultura médica amplia, críticamente asimilada y rigurosamente pasada por el tamiz de la vivencia clínica.

Todo lo anterior nos permite catalogar a este libro como un clásico, en cuya lectura es posible encontrar caminos para la reflexión y que nos plantea la necesidad de reincorporar a la medicina actual elementos de observación y de juicio, que han sido lamentablemente abandonados en aras de la utilización indiscriminada de la tecnología.

En él surge además la concepción de la medicina de Morelli, su dedicación a curar o aliviar a los enfermos, su sólida formación en las materias básicas, con fuerte acento en la bacteriología y fisiolopatología, su dominio de todos los aspectos de la patología, su actitud abarcativa, holística del paciente, su espíritu crítico frente a lo que ve o lee. En ningún momento pierde el *«leit motif»,* que da coherencia a un conjunto intrincado y enorme de datos: la misión del médico frente al enfermo como clínico y frente a sus colegas como docente.

VI

Debemos recordar que en el momento en que apareció esta obra (fig. 38), 1916–1918, la tuberculosis constituía el principal flagelo que diezmaba las poblaciones, que no respetaba edades ni clases sociales, aunque era más mortífero entre los pobres. Frente a esta enfermedad se fueron desarrollando sustanciales avances en los procedimientos de diagnóstico (semiológicos, bacteriológicos y radiológicos), que hicieron posible su identificación etiológica. Sin embargo, los recursos para combatirla, fueron por siglos muy limitados, casi diríamos que tan sólo contribuían a facilitar la acción de la *vis medicatrix naturae* el reposo, el aire puro del campo, el mar o la montaña, la helioterapia, la sobrealimentación. A partir de las observaciones de Carlo Forlanini, a fines del siglo XIX, surgió el que sería, hasta la aparición de los antibióticos y los quimioterápicos, el único medio que podía aportar una cierta esperanza de curación o mejoría: el neumotórax artificial.. La dedicación de Morelli al tema se pone de manifiesto con sus propias palabras:

Los ocho años de labor científica y sentimental más ocupados y agitados de mi vida de médico y de profesor.

PNEUMOTÓRAX ARTIFICIAL

Y OTRAS INTERVENCIONES

EN LA TUBERCULOSIS PULMONAR

ESTUDIO CRÍTICO Y CLÍNICO

POR EL

Doctor JUAN B. MORELLI

Profesor de Clínica Terapéutica de la Facultad de Medicina

MONTEVIDEO

Imprenta Nacional

1918

Figura 38

VII

A partir de Forlanini, otros autores agregaron detalles y perfeccionaron la técnica, especialmente con la introducción del manómetro, *sin el cual no se concebiría hoy realizar un pneumotórax artificial.*

Nada hubiera sido posible en el progreso de esta técnica sin los conocimientos previos de fisiología general y estos no se habrían alcanzado sin la experimentación animal, a la que Morelli dedicó en exclusividad sus primeros años de investigador y docente.

Señala la importancia, no solamente del vacío pleural, sino de la adherencia de las hojas serosas que *como dos vidrios mojados*, impiden su separación, sin obstaculizar los movimientos del pulmón. A las ideas de otros autores, Morelli responde:

El razonamiento de Brauer me parece encerrar una petición de principio. La penetración del gas se verifica desde el primer momento por aspiración. La superficie pleural puesta en relación en un punto limitado con un sistema fluido, capaz de sufrir una deformación marcada, ejerce sobre éste una aspiración que lo hace penetrar sucesivamente hasta que la presión en el interior del manómetro haya descendido al nivel de la que existe en la pleura en el momento de la lectura del manómetro.

No olvida sus conocimientos de física...

... puesto que el sistema tiene en su conjunto una forma hemisférica y las líneas de fuerza están representadas en todos los momentos por los radios que divergen de la punta de la aguja y la elasticidad pulmonar, como la de las paredes, y la acción de los músculos respiradores, representan factores dinámicos, mientras que la adhesión pleural es un factor estático, comparable por ejemplo a la resistencia de una palanca en movimiento o en el estado de equilibrio.

Tampoco deja de tener en cuenta que el estado de...

... distensión o estiramiento a que está sujeto el pulmón en el tórax (de los adultos) es debido al hecho de que a partir de la infancia, el tórax crece más rápidamente que el pulmón... El valor de esta deformación –por decirlo así– del pulmón, se puede medir de dos maneras: o bien mediante la introducción en la cavidad pleural de una cánula en comunicación con un manómetro, o bien por la fijación de un manómetro en el tubo laringo–traqueal, que hace comunicar el gran saco pulmonar con el exterior. Previa abertura de los espacios intercostales, se deja que el pulmón pueda volver a su estado de equilibrio elástico. Veremos, entonces, de esta manera, que el pulmón vuelve sobre sí mismo, lo que produce una fuerza sobre los manómetros que varía en condiciones normales y sobre todo en condiciones patológicas, pero que, en término medio va de 10 a 20 ó 25 cm de agua y que representa el valor de la aspiración pleural estática, en posición cadavérica o de espiración forzada del tórax... A esto se agrega in vivo otro factor que tiene su importancia y su utilidad, cuando se emplea la técnica de Forlanini: la presencia de la delgada capa de líquido pleural.

No cabe duda alguna que Morelli domina los principios que gobiernan la respiración en condiciones normales y patológicas y que hacen posible la maniobra de introducción del gas en la pleura, conceptos que transmite con gran capacidad docente.

VIII

Luego considera los factores que distorsionan las condiciones ideales antes expuestas y que pueden alterar los resultados del procedimiento: un volumen exagerado de gas introducido en la pleura, la presencia de adherencias que unen las dos capas serosas o una resistencia aumentada del tejido pulmonar a la compresión y retracción, así como una amplitud exagerada (superior a la de la glotis) de la abertura pleural.

Todo requiere comprobación experimental y por eso Morelli cita numerosos estudios en animales de laboratorio, en los que, con variaciones según la especie que se trate, se observan las consecuencias del neumotórax sobre el pulmón homolateral y sobre el contralateral, su repercusión sobre la circulación y la hematosis, sobre el funcionamiento del diafragma, de la parrilla costal y de los órganos abdominales. Por analogía, similares comprobaciones se van haciendo en el hombre y tratan de evitarse aquéllas que puedan resultar contrarias a su estado de salud, ya de por sí comprometido por la enfermedad.

La compensación de la función pulmonar se realiza por el aumento de la profundidad de los *actos respiratorios*, que pueden alcanzar hasta cinco veces la excursión normal. Respecto a la frecuencia, ha observado disminución o tardíamente, aumento de la misma.

Es fundamental conocer el impacto funcional del neumotórax, tanto sobre el pulmón opuesto como sobre el colapsado, así como sobre la circulación linfática, venosa y arterial y sobre la inervación:

Una vez estudiada la fisiología patológica... nos podemos explicar satisfactoriamente por qué la influencia favorable del pneumotórax sobre la bacilosis es un hecho casi constante con el pneumotórax artificial, cerrado, regular y progresivo.

Cuando el pulmón es puesto en reposo por el neumotórax, favorece el colapso de los tejidos y de los vasos, lo que evita las hemorragias, incrementa los procesos de cicatrización, pero, quizás también, y esta es una hipótesis propuesta sostenidamente por Morelli, ocasiona *una inmunización pasiva*. Probablemente, postula, en los tejidos caseosos se forman sustancias inmunes, que difícilmente pasan a la circulación mientras el pulmón está expandido. Sin embargo, cuando se colapsa, este se «exprime» y dichas sustancias llegan masivamente a la circulación general. Por eso, afirma Morelli, se observan mejorías inmedia-

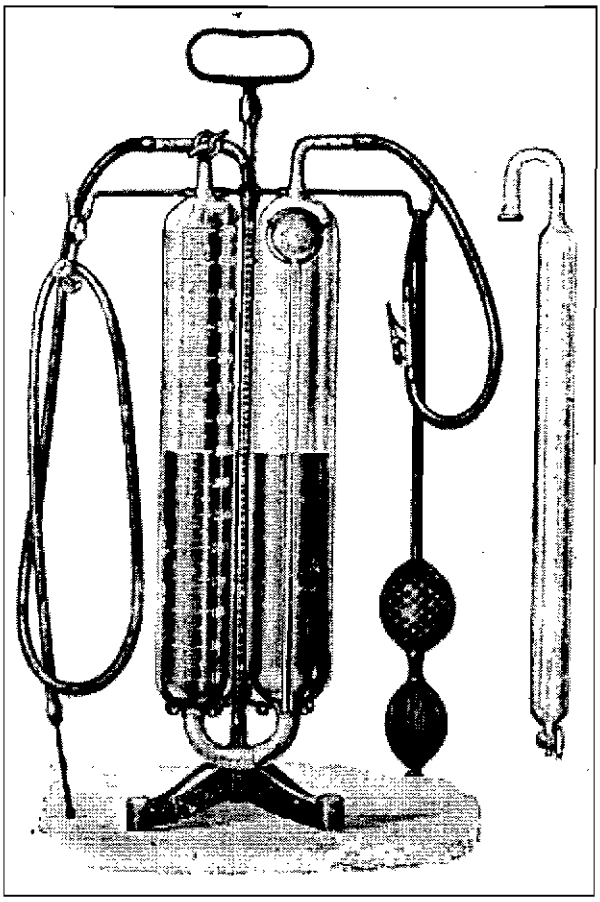


Figura 39
Aparato de Forlanini para efectuar el neumotórax artificial.

tas, no sólo de las lesiones pulmonares subyacentes al neumotórax, sino también de las de otras localizaciones (en el pulmón contralateral enfermo por ejemplo), así como del estado general. La cantidad de sustancias inmunes acumuladas y la capacidad de continuar formándolas, daría razón de evoluciones clínicas muy dispares, que van desde la curación total (o aparentemente tal), al fracaso o las recidivas.

IX

La técnica en sí tiene sus riesgos y pueden cometerse errores, de ahí la necesidad de emplear aparatos como el manómetro (fig. 39), de hacer las inyecciones en forma progresiva y reiterada hasta alcanzar un *valor crítico* o *punto óptimo.* Destaca la frecuencia, el peligro y la forma de sortear las adherencias o sínfisis pleurales.

Es preciso vigilar la evolución del enfermo. Este debe estar *en vitrina*, ya que tendrá mayores posibilidades de contaminación pulmonar no tuberculosa. Puesto que el proceso curativo es lento y el gas se reabsorbe, es preciso repetir las inyecciones durante meses o incluso años, mientras no se presenten intolerancias derivadas de la desviación del mediastino, del descenso del diafragma, de la aparición de adherencias o de infecciones secundarias. Señala Morelli la utilidad de la toracoscopía, a efectos de destruir las adherencias:

Este procedimiento, propuesto por Jacobeus, consiste en la utilización de una cánula trócar que permite la introducción por ella de un cistoscopio de Nitze número 12, con el cual se puede explorar ante todo la cavidad pleural y reconocer luego, previa aspiración de los exudados

pleurales cuando ellos existen, la situación de las adherencias. En caso necesario, mediante la introducción del aparato en su proximidad, se puede colocar un galvanocauterio en el interior del trócar hasta la pleura e intentar destruirla.

El adelanto más importante consistie en la utilización del manómetro, cuya lectura permite deducir lo que está ocurriendo dentro del tórax, dadas condiciones dinámicas que son expuestas por el autor con gran exactitud. En efecto, dicho instrumento permite diferenciar oscilaciones respiratorias, las variaciones de las mismas durante la introducción del gas o las modificaciones que se observan si existen adherencias que dificultan o imposibilitan la retracción del pulmón. También hay fluctuaciones de presión ligadas al estado de equilibrio de las paredes torácicas, ya sea en su componente osteoarticular como muscular. Igualmente observa oscilaciones ligadas a la actividad cardíaca, que pueden, además poner de manifiesto la penetración accidental en un vaso. Con el manómetro es posible continuar la inyección hasta alcanzar una presión adecuada, sin exponerse a los peligros de las altas tensiones intrapleurales. La radioscopia o la radiografía son también medios eficaces para valorar los resultados obtenidos con el neumotórax.

Señala minuciosamente las consecuencias inmediatas producidas por el procedimiento: dolor, disnea, tos, hipertermia, deterioro del estado general y alteraciones nerviosas.

X

La semiología juega, como decíamos al comienzo, un papel fundamental en el diagnóstico. Describe todos los elementos recogidos por medio de vibración de la voz o de la tos, la percusión, la auscultación, la sucución. De este modo llega a establecer la topografía y la naturaleza anatómica de las lesiones pulmonares, pero también la instalación y persistencia del neumotórax, su repercusión sobre órganos vecinos (corazón, circulación, diafragma) o alejados (abdomen, sistema nervioso). Nos deleitamos al leer los detalles sobre el timpanismo y el ruido de caja, el sonido anfórico, el fenómeno de la moneda, la percusión auscultada, el ruido de olla cascada, el silencio respiratorio, las variaciones de la voz auscultada (resonancias metálica y anfórica), los soplos. No por eso Morelli deja de lado los datos que puede ofrecer la radiología e incluso la ya mencionada toracoscopía.

XI

Las adherencias, uno de los grandes obstáculos y fuente de complicaciones del método, son estudiadas en su mecanismo de formación, evolución, topografía y estructura macro y microscópica, denotando lasólida preparación anatomo–histo–patológica del autor.

XII

Señala Morelli que el neumotórax fue utilizado al principio con el propósito de tratar las lesiones del pulmón subyacente y sólo cuando éstas eran avanzadas, sobretodo para evitar o disminuir el riesgo de hemoptisis, la frecuente y dramática causa de muerte de los tuberculosos. Luego se observó que también mejoraban las lesiones incipientes, las del otro pulmón o la sintomatología general. Por eso Morelli propone utilizar este recurso quirúrgico aún en casos iniciales. Frente a la objeción de que en estas condiciones se sometía al enfermo a los peligros derivados del procedimiento sin haber agotado otros recursos menos agresivos, contesta que el método ha probado ser el único procedimiento de tratamiento eficaz, aún en esas etapas, en las cuales, por otra parte, al no haber adherencias, la retracción pulmonar es más completa y fácil de obtener y las complicaciones menos frecuentes.

XIII

Asegura que el procedimiento no es una terapéutica específica de la tuberculosis, que tan sólo favorece los mecanismos naturales de curación, para lo que se requiere tiempo. Insiste en la dificultad para reconocer el momento en que ha ocurrido la curación o aparente curación, cosa importante a efectos de definir la interrupción del tratamiento. Señala que, si estos enfermos deben ser particularmente vigilados *como en vitrina* mientras dure el tratamiento, con no menos cuidado ha de continuarse su observación de por vida. En efecto, relata casos aparentemente curados en los que, al contraerse una gripe u otra infección pulmonar, ocurrieron evoluciones graves. Indica que durante la terapéutica pueden verse alternativas de mejoramiento y recidiva, sin ser siempre posible explicar éstas últimas. Además de la clínica y la radiología, pregona como criterios evolutivos, la reacción de Mantoux o las diazoreacciones en orina. Es categórico en afirmar que el neumotórax no es un tratamiento que deba sustituir a ninguno de los otros que han probado ser favorables, como el reposo, el aire libre, la heliotérapia o la sobrealimentación, porque, en definitiva, los resultados de la técnica pleural dependen del estado general del paciente y de sus recursos defensivos naturales.

XIV

Entre las complicaciones del neumotórax artificial, señala el enfisema, intersticial o mediastínico, subpleural o subcutáneo, las pleuresías y en particular los accidentes sincopales. Estos últimos ocupan un lugar importante en la obra. Consisten en el *shock* e incluso la muerte que se produce en el momento de efectuar la maniobra. Generalmente se deben a embolias gaseosas. Aprovecha la

oportunidad para repasar todas posibles causas de tales accidentes, sin olvidar siquiera las traumatológicas, urológicas o ginecológicas. Establece su fisiopatología y su clínica, avalada por algunos casos vividos por el autor. Pero no olvida otro mecanismo posible de los accidentes sincopales: la acción refleja a punto de partida de la estimulación de nervios de la pleura, que provoca una descarga del vago, situación que también describe y para la que propone algunas alternativas terapéuticas, como la belladona o la atropina.

XV

Hace un minucioso estudio de las hemoptisis, de cómo se originan a punto de partida de los vasos que atraviesan las lesiones, especialmente las cavitadas, vasos que tienen una pared debilitada y que están sometidos a diferencias de presión. En determinadas circunstancias (tos, vómito, maniobra de Valsalva), aumentan aún más los gradientes tensionales entre la luz del vaso y su entorno, lo que provoca su rotura. Destaca el dramatismo de estos *«episodios rojos»*, que muchas veces llevan a la muerte, así como la impotencia del médico para paliarlos y la imposibilidad de prevenir su ocurrencia o su recidiva. Ante esta amenaza, el neumotórax artificial constituye un recurso válido, ya que, al determinar el colapso del pulmón, también ocasiona el de las cavernas y la compresión de los vasos, disminuyendo la diferencia de presiones entre interior y exterior, todo lo cual disminuye el riesgo de hemoptisis.

XVI

En la última parte de la obra se refiere específicamente a la cirugía torácica, comenzando por las intervenciones sobre la pleura, las ligaduras vasculares y la sección de los nervios frénico, simpático, vago e intercostales. Cuando trata de las resecciones costales y la frenicectomía, pone de manifiesto los avances obtenidos. El decolamiento y *plombaje* de la cavidad pleural, procuran comprimir el pulmón, ya sea mediante el desprendimiento parcial extrapleural por medio de la resección costal, mediante la introducción de grasa, parafina, gasas o globos de caucho. Mención especial merece, la *«modificación feliz»*, introducida por Alberto Mañé, jefe de trabajos quirúrgicos en el Hospital Fermín Ferreira, en la mujer, consistente en el empleo de la mama, que es luxada e introducida en el interior del tórax para comprimir el pulmón.

XVII

La cirugía torácica se había desarrollado primero en base a experimentación animal, por lo que Morelli afirma que con ella...

... nos proponemos crear en los animales condiciones semejantes a las que se producen en el hombre, estudiando paso a paso las modificaciones que, bajo la influencia de las intervenciones, se producen en el proceso tuberculoso, pudiéndose variar, según lo exijan las necesidades de la experimentación el número e intensidad de los factores determinantes.

La finalidad de la cirugía era crear, mediante la formación de espacios, extra o intrapleurales, llenos o vacíos, por el efecto compresor de la propia pared torácica o, finalmente, por la parálisis provocada de los músculos respiratorios, el *«reposo pulmonar»* necesario para que ocurriera naturalmente la cicatrización de las lesiones y evitar las hemoptisis.

En épocas anteriores se había intentado, sin éxito, extirpar o drenar el proceso tuberculoso propiamente dicho o usar inyecciones de sustancias irritantes (fenol, ácido bórico, acetato de aluminio, solución oleosa de iodoformo).

Al impulso de algunos cirujanos europeos eminentes (Brauer, Tuffier, Truc, De Cerenville, Friedreich y Sauerbruch), se idearon procedimientos quirúrgicos sobre la pleura, en especial la pleurolisis o apicolisis. Morelli relata que Alberto Mañé modificó la técnica de Tuffier, asociando a la apicolisis una resección parcial costal superior. Agrega al respecto, con su acostumbrada honestidad:

El doctor Mañé ha operado 7 enfermos míos. En 5 de ellos, la intervención no modificó en nada la marcha de la enfermedad. En otro el resultado debe ser calificado de brillantísimo...

Otro procedimiento consiste en la resección extrapleural de segmentos en los extremos anterior y posterior de las costillas, *«toracoplastia»* (Wilms, Sauerbruch). De ese modo:

... como se habían quitado los dos puntos de apoyo, se producía una caída de las costillas con un grado marcado de aplastamiento torácico y pulmonar.

También se contaba con que:

... el omóplato, después de la sección de los músculos que lo fijan a la columna vertebral queda bastante libre, de manera tal que, una vez terminadas las resecciones costales, tiende a caer por su propio peso en el fondo de la brecha ósea, efectuando cierto grado de presión .

Este hueso también podía luxarse e introducirse por debajo de los fragmentos costales, procedimiento conocido como técnica de Sauerbruch.

Otro recurso con el objeto de inmovilizar el diafragma y lograr el deseado *«reposo pulmonar»* es la sección del nervio frénico del lado enfermo (Stuertz). Muchas veces este procedimiento se combinaba con alguno de los anteriores.

Un problema especial era explicar por qué las lesiones pulmonares eran más frecuentes en los vértices. Numerosas investigaciones anatómicas y fisiológicas parecían mostrar que en los individuos con un *«hábitus tísicus»*, el primer cartílago costal estaba acortado, por lo que, al modificarse la dirección y los mo-

vimientos de la costilla correspondiente, ocurría una compresión del parénquima subyacente, que favorecía la localización de las lesiones en esa área. Otra explicación era que en esas zonas el pulmón tenía menor movilidad, o bien que el bronquio tenía una angulación tal que facilitaba la entrada y estancamiento a ese nivel de las secreciones infectadas. Por alguna de estas razones se idearon intervenciones, consistentes en:

... la sección de un angosto segmento del ángulo esternal, obteniendo con la movilización del manubrio y formación de una pseudo artrosis consecutiva, el levantamiento y liberación del anillo costal superior.

Esta técnica propuesta por Rothschild fue efectuada en una ocasión por Alfonso Lamas en Montevideo.

Morelli insiste mucho en la importancia de los ejercicios respiratorios, que tan gran papel cobraron en ese momento dentro de las medidas para luchar contra la tuberculosis.

XVIII

Termina Morelli su extensa obra diciendo:

Cada método responde a principios distintos de terapéutica antituberculosa, y además se distinguen por particularidades específicas en su acción, de tal manera que el clínico puede, en la hora actual, delante de un enfermo, hacer una elección fundada de las acciones que es dable esperar del método empleado. En esta elección tendrá también muy en cuenta la gravedad tan distinta ligada a las diferentes intervenciones... Surge como consecuencia lógica la deducción de que tantos esfuerzos divergentes no han sido perdidos, porque todos han conseguido una adquisición preciosa para el tratamiento de la tisis pulmonar, mientras muestran por otra parte, que la actividad exclusivamente dedicada por un médico, es apenas suficiente para dominar el vasto campo de la tisioterapia y para hacer beneficiar a sus enfermos de todo lo que hasta ahora ha sido adquirido.

XIX

Luego del análisis de esta tan completa obra, que requirió un ingente esfuerzo, vale recordar a quién Morelli la dedica. En primer término a Henri Vaquez, distinguido profesor y cardiólogo de París y a los Dres. Juan A. Crispo Brandis, tan ligado como ya hemos referido a la familia de Morelli y en especial a Alfredo Vásquez Acevedo *«ciudadano eminente, creador de la moderna Universidad de Montevideo y benévolo protector de mi vida científica»*. Su firme convencimiento y experiencia en el único tratamiento eficaz para combatir la tuberculosis pulmonar va expresado en este texto que toma de Bullock y Twitchell:

«Cuando uno ha tenido la experiencia de ver a un lázaro levantarse de entre los muertos, el hecho no puede ser olvidado nunca; y el procedimiento capaz de hacer esto no se abandonará más, aún cuando estos sucesos dramáticos sean raros en comparación con el número de casos en los cuales se efectúa el neumotórax artificial».

XX

Los resultados obtenidos con el neumotórax artificial se van sucediendo y son concretados en varias publicaciones. Es así que Morelli publica en 1919 una síntesis de la cuestión y algunos resultados y conclusiones.[8] En el trabajo compara las observaciones de Forlanini con algunas suyas en las que hay mejoría *«maravillosa»* de las lesiones, no sólo del lado del neumotórax, sino en el pulmón contralateral. Destaca su idea, a la que ya nos hemos referido de la *«inmunización pasiva»*.

Expone las contraindicaciones del neumotórax artificial e insiste en que:

... no hay duda de que (no seleccionando mucho los casos, habrá) una cantidad mayor de fracasos y que las estadísticas globales, de las que somos partidarios, serán menos brillantes que las de los que siguen otras reglas de conducta; pero en el ejercicio de la Medicina, hay que tener siempre presente el interés del enfermo y no el propio; y en el terreno de las satisfacciones profesionales, una sola vida que se haya podido salvar entre 20 ó 30 casos en los cuales el tratamiento ensayado tenía pocas probabilidades de éxito, compensa ampliamente el fracaso, casi seguramente descontado, en los demás, y la contrariedad despreciable de tener una estadística menos cargada.

Se refiere otra vez a las objeciones de someter a un enfermo al peligro de una complicación fatal en etapas de la enfermedad en las que todavía pueden obtenerse mejorías con otros procedimientos. Frente a ello plantea su ya conocida posición. Cree como los autores alemanes que la embolia gaseosa es frecuente, pero:

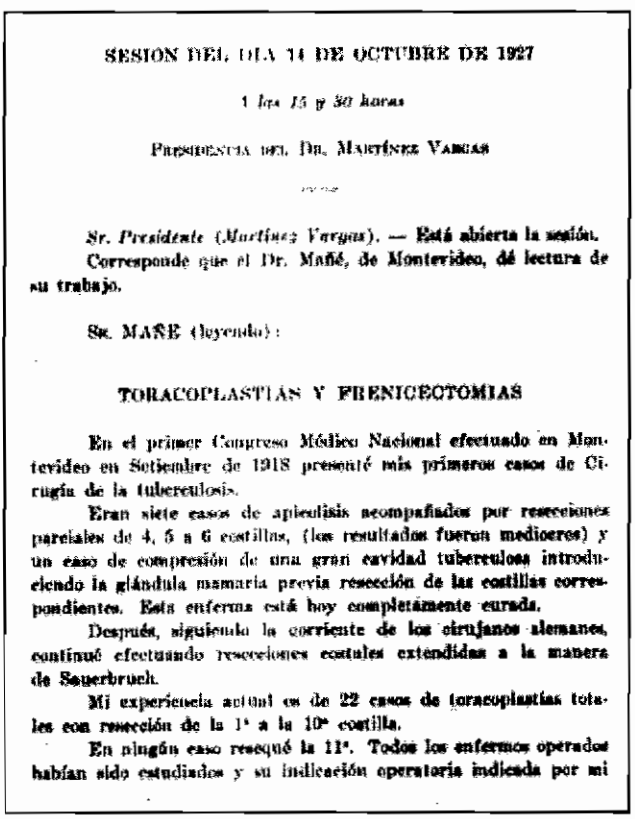
... estos accidentes no se publican por dos razones: primero, porque una muerte operatoria no es considerada generalmente como motivo suficiente (o conveniente, agregaré) para una comunicación científica; y segundo, porque aquellos médicos a los cuales les ha sucedido tan desagradable trance se sienten oprimidos ante la errónea afirmación de aquellos que sostienen que mediante el empleo de una técnica más rigurosa, los accidentes no se hubieran producido.

Concluye aseverando que:

... a pesar de todo lo expuesto, el pneumotórax artificial está todavía en el período de formación (...) es legítima la aspiración de alcanzar un perfeccionamiento del método, a fin de poder multiplicar las resurrecciones maravillosas (Léon Bernard) y definitivas que se han podido conseguir hasta ahora... Los conocimientos permitirán una adaptación más perfecta del pneumotórax a las condiciones orgánicas de cada enfermo.

XXI

A partir de la publicación del libro, la cirugía de la tuberculosis pulmonar va cobrando mayor importancia. A este respecto, el discípulo quirúrgico de Morelli, Alberto Mañé, practica diferentes técnicas operatorias para lograr un mejor colapso pulmonar, particularmente en las lesiones cavitarias, localizadas en el vértice del pulmón. Ya en 1916 Mañé publica su experiencia en toracoplastia[9], la que en años sucesivos va a completar hasta presentar en el primer congreso panamericano de la tuberculosis en Córdoba, los resultados así obtenidos[10] (fig. 40).



SESION DEL DIA 14 DE OCTUBRE DE 1927

A las 15 y 30 horas

Presidencia del Dr. Martínez Vargas

Sr. Presidente (Martínez Vargas). — Está abierta la sesión.

Corresponde que el Dr. Mañé, de Montevideo, dé lectura de su trabajo.

Sr. MAÑE (leyendo):

TORACOPLASTIAS Y FRENICECTOMIAS

En el primer Congreso Médico Nacional efectuado en Montevideo en Setiembre de 1918 presenté mis primeros casos de Cirugía de la tuberculosis.

Eran siete casos de apicolisis acompañados por resecciones parciales de 4, 5 a 6 costillas, (los resultados fueron medioeres) y un caso de compresión de una gran cavidad tuberculosa introduciendo la glándula mamaria previa resección de las costillas correspondientes. Esta enferma está hoy completámente curada.

Después, siguiendo la corriente de los cirujanos alemanes, continuó efectuando resecciones costales extendidas a la manera de Sauerbruch.

Mi experiencia actual es de 22 casos de toracoplastias totales con resección de la 1ª a la 10ª costilla.

En ningún caso resequé la 11ª. Todos los enfermos operados habían sido estudiados y su indicación operatoria indicada por mi

Figura 40

En 1924, ambos autores conjuntamente con José N. Quagliotti[11] se ocupan de las perforaciones pulmonares en el curso del neumotórax y su posible consecuencia, la fístula pleural interna, que puede hacerse permanente y convertirse en una pleuresía, no infrecuentemente purulenta. A esta complicación se agrega la formación de una fístula externa o pleuro–cutánea, cuando se evacua un piotórax al exterior o si se mantiene el trayecto de las punciones por infección

a punto de partida del líquido pleural. En 1927, Morelli y Mañé[12] presentan un caso de supuración pulmonar, aparecida largo tiempo después de la curación de la tuberculosis por medio del neumotórax, circunstancia en la que se practica un drenaje.

XXII

En 1928 publica un caso de neumopatía del muñón en un neumotórax artificial. [13]

Con Camilo Fabini en 1937[14] comunica dos casos en los que el diagnóstico de tuberculosis pulmonar se hace por punción de adenopatías satélites, presentes en distintos grupos ganglionares de la pared del tórax.

XXIII

Muy significativo como demostración de la transición de la tisio a la neumología, es el estudio de 1925 sobre neumopatías paratuberculosas[15], a las que Morelli define como:

... procesos agudos o subagudos, con los caracteres de las neumopatías clásicas, que aparecen en los tuberculosos, pero que son independientes de esta afección. La misma podría ser el terreno predisponente para el desarrollo de las otras infecciones, sin perjuicio de que luego el bacilo de Koch puede volver a colonizar el pulmón.

XXIV

En 1926 comunica un neumotórax sofocante[16] a consecuencia de un quiste hidático pulmonar abierto en la pleura; allí demuestra la utilidad del manejo del manómetro, que le permite concluir que el valor crítico para la vida del enfermo es de +15 a +16 centímetros de agua, en lugar de los 6 ó 7 que se consignaban hasta entonces en la literatura.

XXV

Gran observador, habituado a emitir hipótesis que luego serán o no confirmadas por los hechos, ya desde 1922[17] reflexiona acerca de por qué en ciertos casos la tuberculosis pulmonar se inicia y persiste como una invasión simultánea de todos los elementos constitutivos del pulmón, mientras que en otros la enfermedad se instala y progresa, atacando específicamente determinados elementos anatómicos pulmonares y respetando *«cuidadosamente»* otros, que parecen poseer cierta resistencia a la invasión del bacilo de Koch. Plantea varias explicaciones:

que el germen invada por vía linfática, *«apagándose»* de manera más o menos rápida; que se trate de distintas variedades de bacilo con diferente afinidad por los variados tejidos; o que las formas clínicas tengan explicación en la embriología del pulmón. En efecto, cada uno de los sectores de origen embriológico diferente, tendría una tuberculosis individualizada: bacilosis del sistema broncoalveolar, muy rara, de evolución aguda y que va hacia formas duraderas (neumonía necrosante, descamativa o caseosa); bacilosis del sistema pleural, responsable de las corticalitis tuberculosas asociadas con pleuresía, en general benigna; o la bacilosis del sistema hiliar, en su forma ganglionar o peribronquítica. En 1940 vuelve sobre este tema con un trabajo titulado *«Sistematizaciones embriológicas en patología pulmonar»*.[18]

En 1934[19], realiza una exposición de conjunto sobre la técnica, la duración, las complicaciones, la evolución, las indicaciones, los éxitos y las ventajas sociales. Con referencia a éstas últimas, afirma:

La colapsoterapia en general y en el neumotórax artificial en especial, presentan frente a los tratamientos habituales también ventajas bajo el punto de vista social: 1) La esterilización rápida de los enfermos; anulación del contagio; 2) Restablecimiento a menudo rápido también de la aptitud al trabajo; 3) Disminución notable del costo de asistencia de los enfermos; 4) Recuperación de un número de vidas irremediablemente perdidas sin su intervención.

XXVI

Resulta muy interesante como indicación de la visión de conjunto alcanzada por la Escuela tisiológica de Montevideo con referencia a aspectos individuales y sociales de la tuberculosis, la publicación de 1941, en colaboración con Ramón Marín Pittaluga[20], sobre herencia y contagio de la tuberculosis. En él trata sobre la etiopatogenia de dicha enfermedad y aún hoy es vigente la opinión de un sabio investigador que dedicó cuarenta años a su estudio, haciéndonos ver ya al fin de su vida,cuáles eran sus ideas con respecto a los complejos mecanismo que la determinaban. Desde el inicio pone a consideración los tres componentes esenciales de la enfermedad: el contagio, los agentes extrínsecos y el factor terreno. Estas son sus palabras:

El descubrimiento del germen no ha tenido la validez de establecer conclusiones definitivas en este terreno, puesto que el bacilo de Koch no ha mantenido el punto predominante que parecía haber conquistado en los primeros tiempos. Los estudios posteriores han legitimado el papel importantísimo que la clínica y la epidemiología han contribuido a los factores terreno y agentes extrínsecos en la aparición de la enfermedad.

En efecto, la cuestión del contagio y la herencia de la tuberculosis ha sido considerada de una manera simplista, también deben considerarse la transmisión, el contagio y la herencia.

Por un lado Virchow ha insistido en la herencia del terreno, heredo–predisposición: enfermedades previas, mala nutrición, etc., pero luego ha cobrado importancia la presencia de una disposición general de menor resistencia: las enfermedades, un factor hereditario, que explicaría por qué unos enferman y otros no. Otros autores destacan que no se ha tenido en cuenta la intensidad del contagio y su duración. Existiría, pues, una inmunización selectiva de las razas ya tocadas por la infección. Pero concluye que la herencia de la tuberculosis como tal no existe, no es transmitida de la madre al feto. La teoría de la transmisión en forma de virus filtrables (Sanarelli) ha sido totalmente desechada.

Es el contagio del agente determinante, el bacilo de Koch, el causante de la enfermedad. Morelli aporta una erudita serie de estudios epidemiológicos que lo demuestra. Estos indican que de las poblaciones bajo la acción del bacilo de Koch, una fracción enferma o muere, mientras que otra se inmuniza, quedando pues divididas en propensas e inmunes. Un lugar especial merece la magnitud y la prolongación del contagio. Para que ocurra la enfermedad es esencial la cantidad de gérmenes y la reiteración de las infecciones. Además del contagio intervienen una serie de factores, tanto ambientales (nutricionales, sociales, etc.), como constitucionales:

Se percibe claramente en algunos casos su presencia, pero ha sido imposible caracterizarlos. Se trataría indudablemente de un factor biológico complejo inmunitario de acción negativa, factor que es generalmente hereditario. De este punto de vista se puede hablar de herencia de la tuberculosis como un hecho no excepcional.

Concluye:

El contagio de las tuberculosis es pues un fenómeno complejo, no idéntico al que se observa en las demás infecciones; por la enorme desproporción que existe entre el número de contaminados y de aquellos que van a desarrollar la enfermedad, por la probabilidad de que se efectúe en varios actos consecutivos, y por la variación morfológica que revisten estas infecciones consecutivas, debidas a la modificada manera de reacciones que en el organismo se observan a consecuencia de aquellas que, generalmente van acompañadas de un cierto grado de inmunidad.

La ecléctica actitud de Morelli con respecto a la tuberculosis es por demás valiosa. Es indiscutible la presencia del bacilo de Koch para originar la enfermedad, pero como él bien dice él no es todo. Intervienen factores ambientales y endógenos. Unos enferman y otros no. Algunos pacientes tienen una predisposición especial a la tuberculosis. Esto se ha probado en estudios sobre mellizos[21] y sobre acumulación de casos según familias y etnias.[22] Se ha encontrado una relación con ciertos haplotipos HLA, así como polimorfismos en los genes de macrófagos para resistencia natural asociada (NRAMPI), receptores a la vitamina D e interleukina 1 y 10. Ello implica una relación a la susceptibilidad a la tuberculosis.[23] No debe sin embargo dejarse de tener en cuenta la interferencia de los factores ambientales múltiples que intrincan el determinismo ulterior.

En el año 1941, concluye su obra tisiológica con una reflexión sobre la concepción del neumotórax artificial según Forlanini.[24] Este hace una distinción entre proceso tuberculoso y proceso tísico, en el que considera a este último de carácter destructivo en oposición al primero, con su tendencia a la fibrosis, la esclerosis, la neumonía crónica. La fase tísica, dice, está determinada y señalada por la invasión de los bronquiolos y los alvéolos. A esto último atribuye Forlanini una importancia decisiva en la formación del proceso caseoso y en la destrucción del parénquima pulmonar. Refiere las tres etapas del proceso tuberculoso pulmonar, asignándole a cada una preferencia por sectores del aparato respiratorio de origen embriológico diferente, respectivamente la zona córticopleural, donde asienta casi invariablemente el chancro de inoculación; el mesénquima circundante, que presenta una reacción inflamatoria proliferativa, característica del período miliar y la porción bronco alveolar. Esta última, que ha sido preservada hasta la última etapa por la citada reacción mesenquimal, sufre la destrucción caseosa final, el *derrumbe del pulmón*, en el postrer estadío, cuando ya los procesos defensivos aludidos han claudicado.

En un capítulo aparte[25] analizaremos la obra estrictamente neumológica de Morelli.

Notas

1) Alexander, J. The collapse therapy of pulmonary tuberculosis, Baltimore, 1935.
2) Morelli, J. B. Modificación al método de Frankel para colorear el bacilus de la tuberculosis en cortes Rev. Cient. Med. Cien. (1888), 1:47–49, ver capítulo XX.
3) Morelli, J. B. Fagocitosis en la tuberculosis, Rev. Cient. Med. Cienc. (1888), 1:49–50, ver capítulo XX.
4) Ver capítulos II y VIII.
5) Ver capítulo XII.
6) Morelli, J. B. El Pneumotórax artificial. An. Universidad, (1916–18), ver capítulo XX.
7) Alexander, J. Op. cit.
8) Morelli J. B. El pneumotórax artificial. Estado actual de la cuestión– Resultados adquiridos– Ideales que hay que alcanzar. Rev. Med. Uruguay (1919), 22:293–323, ver capítulo XX.
9) Mañé, A. Contribución al estudio del tratamiento quirúrgico de la tuberculosis pulmonar. Seis casos de apicolisis, Primer Congr. Med. Nacional, Montevideo 9–16.IV.1916, (1917), 3:51–58.
10) Mañé, A. Toracoplastias y frenicectomías, Primer Congr. Panameric. Tuberculosis, Córdoba, oct. 10–16 de 1927, (1928), 5:5–9.
11) Morelli, J. B.; Mañé, A.; Quagliotti, J. N. Contribuciones al estudio del neumotórax artificial. A. Las fístulas pleurales internas. B. Las fístulas pleurales externas, Rev. Med. Uruguay (1924), 27:189–210, ver capítulo XX.
12) Morelli, J. B. Mañé, A. Neumonía supurada en una enferma anteriormente curada por el neumotórax artificial. Rev. Med. Uruguay (1927), 30:401–412, ver capítulo XX.

2) Morelli, J. B. Modificación al método de Frankel para colorear el bacilus de la tuberculosis en cortes Rev. Cient. Med. Cien. (1888), 1:47–49, ver capítulo XX.

3) Morelli, J. B. Fagocitosis en la tuberculosis, Rev. Cient. Med. Cienc. (1888), 1:49–50, ver capítulo XX.

4) Ver capítulos II y VIII.

5) Ver capítulo XII.

6) Morelli, J. B. El Pneumotórax artificial. An. Universidad, (1916–18), ver capítulo XX.

7) Alexander, J. Op. cit.

8) Morelli J. B. El pneumotórax artificial. Estado actual de la cuestión– Resultados adquiridos– Ideales que hay que alcanzar. Rev. Med. Uruguay (1919), 22:293–323, ver capítulo XX.

9) Mañé, A. Contribución al estudio del tratamiento quirúrgico de la tuberculosis pulmonar. Seis casos de apicolisis, Primer Congr. Med. Nacional, Montevideo 9–16.IV.1916, (1917), 3:51–58.

10) Mañé, A. Toracoplastias y frenicectomías, Primer Congr. Panameric. Tuberculosis, Córdoba, oct. 10–16 de 1927, (1928), 5:5–9.

11) Morelli, J. B.; Mañé, A.; Quagliotti, J. N. Contribuciones al estudio del neumotórax artificial. A. Las fístulas pleurales internas. B. Las fístulas pleurales externas, Rev. Med. Uruguay (1924), 27:189–210, ver capítulo XX.

12) Morelli, J. B. Mañé, A. Neumonía supurada en una enferma anteriormente curada por el neumotórax artificial. Rev. Med. Uruguay (1927), 30:401–412, ver capítulo XX.

13) Morelli J.C., Murguía, C. H. y Lemos, T. Pleuresía contralateral en el neumotórax artificial, Rev. Med. Uruguay (1928)31:231–239 y Morelli, J. B. Neumonía del muñón en un neumotórax artificial, Rev. Med. Uruguay (1931), 34:224–236, ver capítulo XX.

14) Morelli, J. B.; Fabini, C. Adenopatías satélites en neumopatías tuberculosas. Arch. Urug. Med. Cir. Espec. (1937), 11:11–20, ver capítulo XX.

15) Morelli, J. B. Neumopatías paratuberculosas. Concepción de los procesos paratuberculosos. Su patogenia. Las diversas neumopatías paratuberculosas, Rev. Med. Uruguay, (1925), 28:49–85, ver capítulo XX.

16) Morelli, J. B. Neumotórax sofocante por quiste hidático pulmonar, Rev. Med. Uruguay (1926), 29:27–39, ver capítulo XX.

17) Morelli, J. B. La sistematización de las diversas formas de tuberculosis pulmonar. La importancia del factor embriológico, II Congr. Med. Nacional, Montevideo (1922), 1:5–13, ver capítulo XX.

18) Morelli, J. B. Sistematizaciones embriológicas en patología pulmonar. Arch. Tisiol. Pneumol. Uruguay (1940), 1:3–36, ver capítulo XX.

19) Morelli, J. B. El neumotórax artificial, Tercer Congreso Pan–Americano de Tuberculosis, (1934), ver cap. XIX.

20) Morelli, J. B. y Marín Pittaluga, R. Herencia y contagio de la tuberculosis, Arch. Tisiol. Pneumol. Uruguay (1941), ver cap. XIX

21) Comstock, G. W. Tubertulosis in twins. Am. Rev. Resp. Dis. (1978), 127:621–624.

22) Stead, W.W. Genetics and resistance to tuberculosis. An. Int. Med. (1992), 116:937–941.

23) Belami, R. et al. Variations in NRAMPI gene and susceptibility to tuberculosis, N.E.J. Med. (1998), 279:226–228.

24) Ver cap XII.

Capítulo X

ATENTADO EN LA CATEDRAL*

I

Íntimamente ligado a la firme convicción religiosa como católico de Morelli está su precoz actuación como médico de confianza de esa jerarquía confesional, al ser llamado a asistir al Segundo Arzobispo de Montevideo, Dr. Juan Francisco Aragone (1883–1953)[1] luego del atentado del que fuera objeto el 18 de junio de 1922, mientras pronunciaba un sermón en la Catedral de Montevideo.

II

Se vivía en el país en esos años un duro enfrentamiento entre la Iglesia uruguaya y el poder político. En efecto, por la Constitución de 1918, la Iglesia quedó separada del Estado. Esta situación creó animosidades de uno y otro lado, que cuestionaban tanto las propiedades afectadas al culto, como su gravitación sobre la enseñanza (fig. 41). La opinión política, estaba dominada por la fracción batllista del partido colorado, de reconocida convicción anticlerical, militando en la oposición una fracción de dicho Partido, el Partido Nacional y la ya represen-

---

* El texto a continuación es un extracto de la conferencia dictada por Fernando Mañé Garzón, el día 5.VII.95, en el Club Católico de Montevideo. Los documentos y artículos de prensa citados pertenecen al Archivo de Alberto Mañé, en posesión de F.M.G.

Figura 41
Monseñor Dr. Juan Francisco Aragone (1883–1953).

tativa fuerza del partido católico, la Unión Cívica. Dos periódicos se enfrentaban casi diariamente en un manifiesto antagonismo de ideas, cuando no de franca agresividad: *«El Día»* y *«El Bien Público»*, en el que terciaba a favor de la Iglesia *«La Mañana»*. Estas fueron las circunstancias que rodearon al episodio que vamos a relatar. (2)

III

Como hemos ya dicho, el 18 de junio de 1922, en ocasión de un *Te Deum* realizado en la Catedral con motivo de la solemnidad de *Corpus Christi*, destinado a los miembros del Club Católico y de la Archicofradía del Santísimo Sacramento, llegado el momento del sermón, Monseñor Aragone se acerca a la parte derecha del comulgatorio e inicia su prédica. Sin que nadie lo advirtiera, por la nave izquierda avanza una persona desconocida empuñando una pistola. (fig. 42). Enfrentando al prelado desde el lado opuesto a donde se hallaba, le dispara un primer tiro, sin que el orador lo advierta, quien continúa el uso de la palabra Inmediatamente sigue un segundo tiro, ante el cual éste reacciona y, dándose vuelta, se dirige a la sacristía. En ese momento el atacante sube las gradas del comulgatorio y dispara nuevamente, tiro que alcanza al prelado en la región glútea derecha. Entretanto, el cura Baccino se interpone, cubriendo con su cuerpo a Monseñor Aragone. Continúa la persecución introduciéndose también el atacante en la sacristía, donde dispara todavía dos balas más, antes de ser reducido por los asistentes. Valientemente, Mario Artagaveytia se abalanza sobre el agresor y lo desarma (fig. 43). Ya en la sacristía, rodean al Arzobispo, Artagaveytia, Juan Natalio Quagliotti, Tomás Arocena, Julio Etchepare y Carlos Peixoto, que reconocen la herida y hacen la primera cura. El herido es acostado sobre una camilla que proporciona la guardia republicana. Don Juan Zorrilla de San Martín lo abriga con su sobretodo. En todo momento Monseñor Aragone guarda una absoluta tranquilidad espiritual y con su expresión habitual repite varias veces que acordaba su perdón al autor del atentado. Su estado era grave, solicitó inmediatamente los auxilios de la religión que los prestó el Presbítero Benítez. Dos horas después, hacia las diez de la mañana, es trasladado en ambulancia hacia la Sede Episcopal, situada en 18 de julio esquina Gaboto.

IV

Es inmediatamente requerido para asistirlo Juan B. Morelli, quien examina minuciosamente al paciente y ya sospecha la penetración abdominal del proyectil, ante lo cual la opinión y asistencia de Alberto Mañé. En vista de esta situación, sobre las 14 horas, el enfermo es trasladado al Sanatorio Modelo de Blanco Acevedo y Mañé, situado en Bulevar Artigas esquina Maldonado. Allí se le practica un hemograma (glóbulos blancos: 16.000) y una radiografía de abdomen de

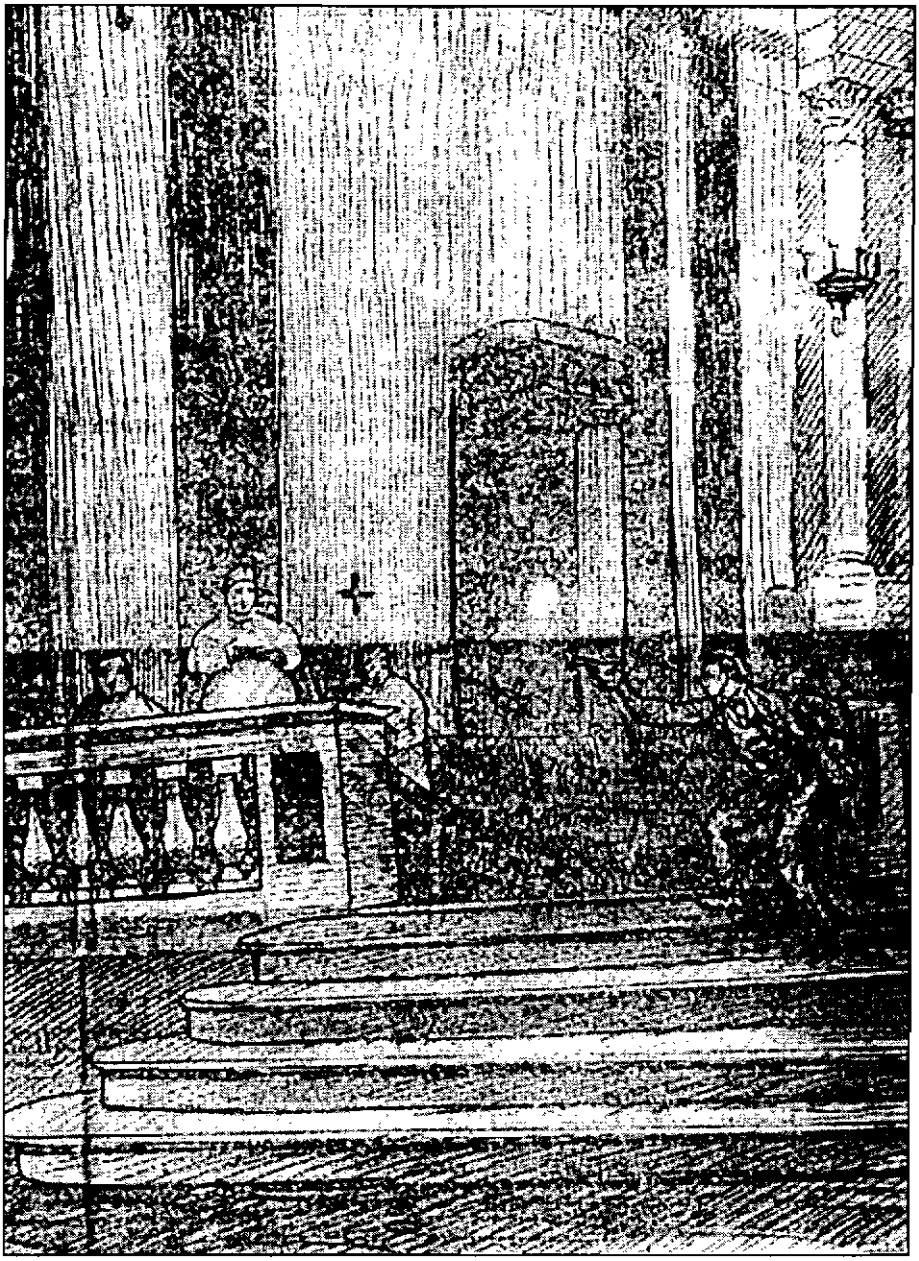


Figura 42
Herrera Salazar perpetrando el atentado
(apunte de Radaelli).

frente, que no ubicó la bala. Se requirió entonces la colaboración del Dr. Pedro Barcia, que realizó una segunda radiografía y demostró que el proyectil había interesado el vientre. Antes de las 18 horas aparece dolor en dicha localización, el pulso se mantiene en 120 por minuto y la fiebre llega a 38° y medio (fig. 44). Ante esta situación, Morelli expresa:

Mi experiencia en las guerras me dice que estas heridas hacen peritonitis en la tarde.

Figura 43
Mario Artagaveytia (1883–1966).

En efecto, entre las 18 y 19 horas, el paciente se agrava, persiste el dolor en fosa ilíaca derecha, distensión abdominal y franca reacción peritoneal, la fiebre y el pulso permanecen en los mismos valores. Se decide la laparotomía exploradora, con la sospecha de perforación intestinal. Esta es practicada alrededor de las 21 horas por Alberto Mañé, ayudado por Artagaveytia y Eduardo Blanco Acevedo. Practica la anestesia con el aparato de Ombredanne, Juan Antonio Romeu, dilecto colaborador del cirujano. Presenciaron la operación Juan B. Morelli, Luis P. Bottaro, Luis P. Mondino y Juan N. Quagliotti. Mañé practicó una incisión mediana infraumbilical y exploró el intestino rápida y minuciosamente, encontran-

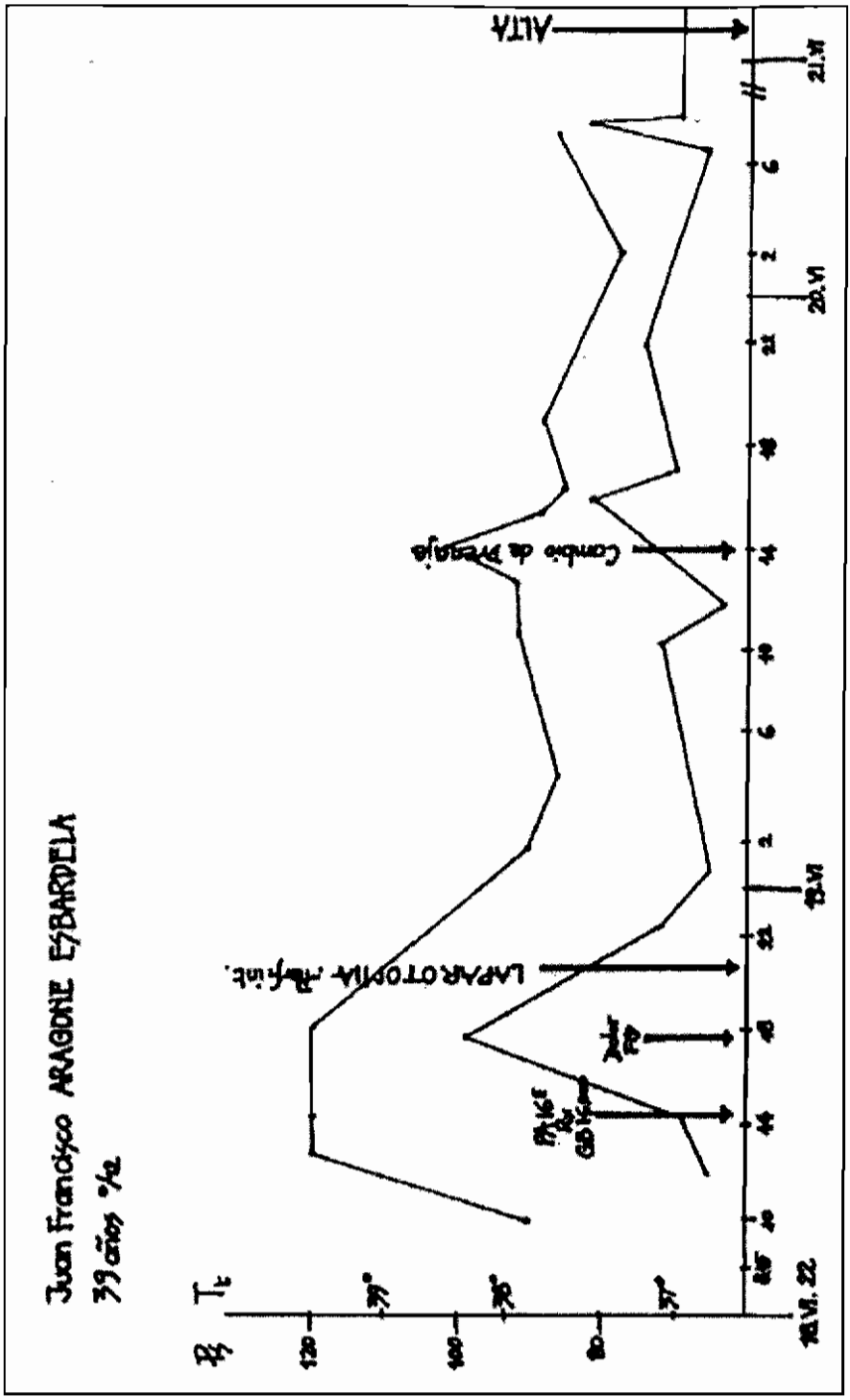


Figura 44: Cuadrícula evolutiva pre y postoperatora de Monseñor Aragone.

do una perforación de las últimas asas yeyunales, que suturó con un surget, lavando luego ampliamente la cavidad peritoneal con suero. Así se expresó el cirujano inmediatamente después del acto:

Entré rápido al vientre y salí aún más rápido.

La evolución fue sin mayores tropiezos. Un parte oficial a las 21:45 así expresó:

El excelentísimo Sr. Arzobispo acaba de ser operado, encontrándose una perforación abdominal. Dentro de la gravedad natural de estos casos, el enfermo por el momento soporta bien la herida y la intervención operatoria. El pronóstico continúa grave y reservado.

El día 19, la temperatura y el pulso son normales, constatándose al final del día, un ligero ascenso térmico, así como del pulso, para entrar en la normalidad total el día 21 en el que se le otorga el alta. (fig. 45) Justo antes de ésta, la bala fue recuperada en las heces. El Arzobispo pasó a recuperarse en la chacra de Melilla de Félix Buxareo y Oribe (fig. 46).

V

El insólito agresor, José Benigno Herrera Salazar, era español, educado en Madrid y marinero eventual. Había viajado a Estados Unidos, luego llega a Buenos Aires y más tarde a Montevideo. En esta ciudad se aloja en una pensión llamada *«Flor de Vigo»*, en Cerrito y Pérez Castellanos. Obtiene la nacionalidad uruguaya mediante falsos testigos. Viaja nuevamente a Buenos Aires, donde es observado como agitador político. Vuelto a Montevideo, urde su plan: matar al Arzobispo de Montevideo. El día antes del atentado, le dirige un telegrama a José Batlle y Ordóñez, en ese momento en Treinta y Tres, se apersona a la casa de éste y, burlando al portero, entra al patio y habla con Doña Matilde y un hijo, diciendo que tenía algo muy importante que comunicar. Sin atenderlo, lo hacen salir. De allí se dirige a un comercio, donde compra una pistola *Venus*, alemana, de 65 mm. Es luego visto dentro de la Catedral con ejemplares de *«El Bien Público»* y *«La Batalla»* (periódico anarquista). El día del suceso, sale temprano de su pensión y compra un cuchillo de mediano tamaño.

El informe médico psicopatógico fue delirante crónico con períodos conpulsivos y fue descrito físicamente del siguiente modo:

Rubio, de mirada hosca, con el cabello echado hacia atrás, vestido modestamente de negro, denotando signos evidentes de estar bajo el influjo de una fuerte tensión nerviosa.

La actuación judicial determinó, dado el informe pericial médico–legal, que el agresor, debido a su psicopatología, no era imputable, por lo cual fue puesto en libertad pocos días después. El atentado fue motivo de una importante reacción de la prensa. Así todos los diarios de la capital: *«El Bien Público»*, *«Los*

Figura 45
Dibujo de Monseñor Aragone internado.
De izquierda a derecha: Alberto Mañé, Monseñor Aragone, Juan N. Quagliotti, Juan B. Morelli, Félix Aragone (hermano del paciente) y Hermana de Caridad (apunte tomado por Radaelli).

Principios», «El País», «La Mañana», «El Siglo», «La Razón», «El Día», «El Sol» y *«La Justicia»*, expresaron su opinión, tanto a favor como en contra. Así se expresa uno de ellos:

... la bala indigna y tonta tirada por un loco, era sin embargo de un loco que albergaba en él, los apasionamientos del momento, las iniquidades de esos tiempos, las políticas radicales que, seguidas durante años, llevaban consigo el prestigio de un gran líder político, a quien seguía una importante fracción del país. (3)

Desde *«El Bien Público»* Dardo Regules expresa:

Creo sinceramente que uno de los factores que mayor influencia ejerció sobre lo ocurrido es la predica a que se ha abocado la prensa opositora a nuestras ideas filosóficas, a la cual creo que es conveniente poner coto. (4)

El mismo diario se refiere al desequilibrio de Herrera Salazar, pero puntualiza:

Si por ello se quiere decir o dar a entender que en la psicología del criminal hay objeto a la execración pública, hay alguna lista de anormalidad, alguna lista que la separa de lo psicológico, de lo ordinario y vulgar, se trata de una tesis cuya demostración es superflua: un crimen estúpido como el cometido por Herrera Salazar no se realiza por un individuo que está en la plenitud de la normalidad psicológica.

Pero Herrera Salazar coordina perfectamente ideas, frases y recuerdos. Habla sin incoherencia ni lágrima. Explica por su apasionamiento anticlerical la enormidad de su crimen. No olvida detalle de su infame delito.

Aducen la referencia de normalidad de su vida en la fonda, así como propuestas de agresión: el crimen no responde a un relámpago mórbido de su espíritu, es un crimen más que calculado premeditado en el colmo de la frialdad y de horas en muchos días. Es a un tiempo un crimen que responde a un estado permanente de su psicología y no al cruzar maléfico de una idea insana.

Es un crimen contra la Iglesia y el apasionamiento anticlerical es una característica continua de Herrera Salazar.

El se sentía solidario con todas las pasiones anticlericales del país. Pretende que dirigió un telegrama a don José Batlle y Ordóñez para comunicarle que era necesario eliminar al jefe de la Iglesia.

En su firme y constante apasionamiento, surge la decisión obstinada del crimen, el que no responde a una insanía pasajera, sino a un permanente arraigo de odio anticlerical. (5)

VI

En todo este largo proceso que significó el atentado a la figura principal de la Iglesia uruguaya, Morelli fue en quien, desde su inicio, se depositó la con-

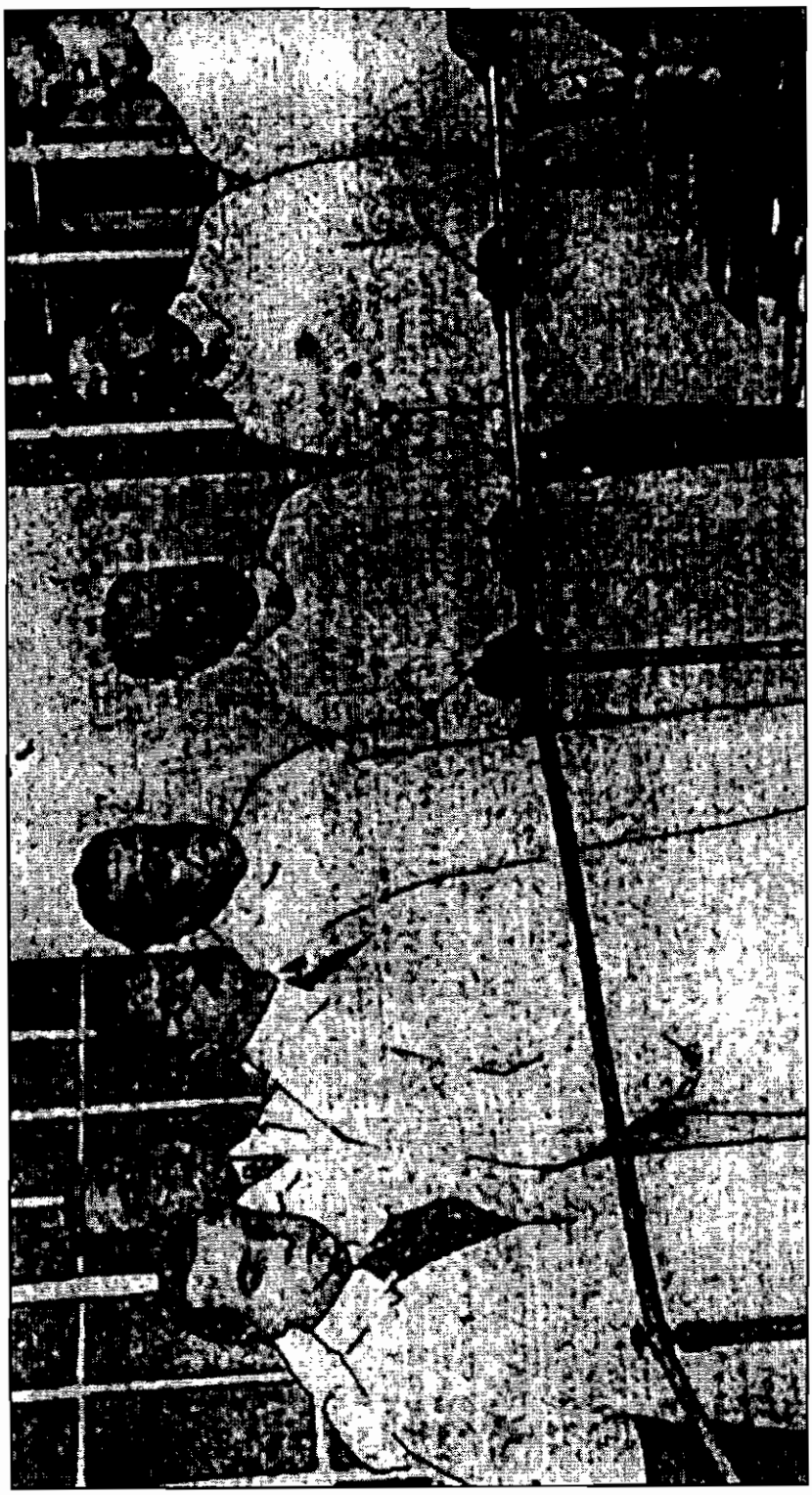


Figura 46: Médicos que asistieron a Monseñor Aragone durante su internación.
De izquierda a derecha: Abelardo Sáenz, Mario Rossi, Juan N. Quagliotti, Alberto Mañé, Juan B. Morelli, Eduardo Blanco Acevedo y José Romeu.

fianza del prelado. A lo largo de toda la asistencia, Morelli se hizo cargo de su conducción, convocando a su discípulo Alberto Mañé para compartir dicha responsabilidad, que culminó en la intervención ya referida. Llama la atención esta confianza depositada en Morelli, cuya vinculación a la Iglesia era asaz reciente, como ya lo hemos visto. Muy probablemente ello se debió a que era en ese momento el más relevante médico general vinculado a la Iglesia, a través de su amistad con Don Orione, durante su estadía en Montevideo, la que se continuó como ya hemos visto.[6] En ocasión de la exitosa asistencia al prelado de la Iglesia Uruguaya, el Papa condecora con la Orden de San Gregorio Magno a Morelli, a Mañé y a Artagaveytia (fig. 47).

PIVS PP. XI

Dilecte Fili, salutem et Apostolicam Benedictionem. Ex [illegible] Equitem Ordinis Sancti Gregorii Magni, classis civilis, [illegible] Romae, apud Sanctum Petrum, sub anulo Piscatoris die XXVI mensis Octobris anno MCMXXII. Pontificatus [illegible]

Dilecto Filio Joanni Morelli [illegible]

Figura 47: Equitem Ordinis Santi Gregorii Magni Gregorio Magni, die XXVI mensio Octobrio Anno MCMXXII.

Notas

1) Juan Francisco Aragone, Segundo Arzobispo de Montevideo, nació en Carmelo, departamento de Colonia, el 24 de mayo de 1883. Inició su educación primaria en una de las escuelas públicas del Estado, pasando después al Colegio del Seminario Conciliar de Montevideo, al que ingresó el 18 de febrero de 1898 y donde más tarde inició sus estudios sacerdotales bajo la Dirección de los P. P. de la Compañía de Jesús. Habiéndose resentido su salud, se trasladó a Roma, ingresando en el Colegio Pío Latino Americano, en el que permaneció seis años, donde recibe las Ordenes Sagradas el 28 de octubre de 1908, es decir poco después de cumplir 25 años de edad. Más tarde, durante su estadía en Europa, visitó las principales instituciones católicas de Italia, Alemania, Francia, Suiza y Bélgica, en las que entra en contacto con los maestros en teología de esos países. Vuelto a la patria, fue designado Cura Párroco de Santa Lucía, más tarde de Pando y años después fue Visitador de Parroquias. En su visita a Bélgica

redacta un informe sobre las obras sociales, que remite al Consejo de Círculos Católicos de Obreros del Uruguay. El 4 de julio de 1919 un telegrama de Roma hacía saber que S.S. lo había designado Arzobispo de Montevideo, cargo vacante desde hacía 11 años por fallecimiento de monseñor Mariano Soler, verificándose su consagración el 9 de noviembre siguiente. El 11 de junio de 1924 emprendió un nuevo viaje a Roma y lleva ante la Santa Sede un amplio informe sobre la Arquidiócesis de Montevideo. (Scarone, Arturo. Uruguayos contemporáneos, Montevideo (1937), 25–26). Su gestión se extendió hasta 1940 y en el curso de la misma desarrolló una intensa y muy acertada conducción de la Iglesia. Se vivió en esa época la animosidad a la que nos hemos referido, pese a lo cual Aragone mantuvo una actitud equidistante entre el poder político y el partido católico. Esta impecable conducta le causó ser crudamente criticado en las esferas confesionales. Una tan confiada como inocente conducción de los recursos económicos de la Iglesia, lo llevaron a confiar en las gestiones de un colaborador, que resultaron fraudulentas. Esto lo condujo a una situación tan crítica, que se vio obligado a ceder ante terribles y arbitrarias presiones, protagonizadas por figuras prominentes de la Iglesia uruguaya. Con total tranquilidad de conciencia y abnegación, abdicó de su alto rango, trasladándose con enorme humildad a Buenos Aires. Y en ese lugar terminó su vida en 1953, tal cual lo había profetizado Don Orione. Refiere Alejandro Gallinal (hijo) que Monseñor Aragone *«vivió su último largo ciclo realizando una caridad empinada, dura, agotadora: una caridad sin diálogo, como capellán del cotolengo de Caypole de Buenos Aires»*, que había sido fundado por Don Orione y donde hoy reposa la reliquia de su corazón incorrupto. Su grey reivindicó apoteósicamente su memoria. En efecto, el 28 de noviembre de 1959, sus restos fueron sepultados junto a los anteriores Arzobispos de Montevideo, Jacinto Vera y Mariano Soler, lo que dio lugar a una inolvidable ceremonia. Tuvo un sobrino, el padre Domingo Aragone, que fue vicario de la parroquia del Sagrado Corazón de Arroyito, Rosario, República Argentina.

2) La Iglesia en el Uruguay, Montevideo, 1978.

3) *«El Día»*, 20.VI.1922.

4) *«El Bien Público»*, 19 .VI. 1922

5) *«El Bien Público»*, 20.VI. 1922.

6) Ver capítulo XIV.

Capítulo XI

PROFESOR DE CLÍNICA MÉDICA (1924–1937)

I

En 1924, durante el decanato de Manuel Quintela, se crea la IV Cátedra de Clínica Médica. Al efecto, siguiendo lo dispuesto en el reglamento para la provisión de Cátedras, se llamó a aspirantes por rotación para ocuparla. Ante esta circunstancia se presentaron Carlos Brito Foresti y Juan B. Morelli. En nota del decano Quintela a los miembros del Consejo dice:

Ambos tienen aptitudes y títulos para ocupar la cátedra vacante, pero los títulos y antecedentes del profesor Morelli, lo destacan sobre todos los que estarían en condiciones de solicitar la Clínica vacante, con una evidencia y con una superioridad que no admite comparaciones.

A continuación hace un detallado análisis de los méritos de Morelli, que se inician con su precoz colaboración en la Facultad de Medicina como ayudante estrecho de José Arechavaleta desde 1887. [1]

II

Al ocupar la cátedra y su servicio en la Sala Lavalleja del Hospital Maciel, concurren sus anteriores colaboradores, pero va a congregarse también una nueva generación de discípulos en años sucesivos. Entre estos últimos debemos

destacar a Pablo Purriel (fig. 48), José J. Estable, Uruguay Marino (fig. 49), Manuel Abascal, Aristeo Piaggio, Virgilio Bottero y Cleopatra Epifanio.

La labor de este período de la actividad asistencial, docente y científica de Morelli, va a cursar por dos orientaciones bien definidas: la primera, sin duda no la más importante, es el cultivo de la medicina general, el cual se ve plasmado con la publicación de varios trabajos sobre afecciones infecciosas (sífilis hepática, sífilis maligna); sobre cardiología (edema pulmonar, insuficiencia cardíaca), así como otros referentes a problemas neurológicos (paraplegia en flexión; secuelas post encefalíticas; síndrome de Guillain–Thaon; síndrome bulbar, etc.). [2]

Figura 48
Pablo Purriel (1905–1975).

III

Pero es sin duda la dedicación neumológica la que va a ir cobrando en el curso de los años mayor dedicación y originalidad. Continúa su labor en la práctica del neumotórax artificial, así como en el tratamiento quirúrgico de la tuberculosis pulmonar, que inspiraron los trabajos de su colaborador Alberto Mañé.

Desde el punto de vista neumológico general, publica trabajos relacionados al asma, sistematización embriológica en patología pulmonar, así como con referencia al istmo pulmonar. Una especial mención se debe hacer a la descripción de una enfermedad familiar, disgenesia quística del sistema respiratorio, que constituye una nueva entidad nosológica.[3]

Figura 49
Uruguay Marino (1901 – 2001).

IV

Es consecuencia de ello que, siendo Senador de la República, obtiene del Parlamento en 1937 la creación del Instituto de Tisiología (hoy Instituto de Neumología), cuya dirección desempeñará hasta su retiro en 1943. Es por lo tanto el creador de dicha especialidad en nuestro país, sucediéndole en el desempeño de la dirección dicho Instituto Fernando D. Gómez, José Pedro Ibarra, Miguel Mello Aguerre, José Luis Piñeyro y Gilberto Prat Capurro.

V

Recién nombrado profesor de Clínica Médica en 1924, emprende un viaje a Europa, ocasión en que visita los principales centros médicos de Italia. En especial se detiene en el gran policlínico de Roma que alberga clínicas de todas las especialidades. Se admira de la dotación que cada una de ellas tiene, así como de los laboratorios y centros de diagnóstico y tratamiento radiológico. Hace referencia a que, si bien la medicina italiana era de un excelente nivel, dependía aún, para difundir el esfuerzo de sus investigadores, de la publicación de los resultados en revistas extranjeras, particularmente alemanas. Lamenta «*que lo que falta es un órgano científico adecuado, una revista técnica que recoja los valiosos trabajos de investigación*». Sin entrar, prudentemente, a juzgar la situación política, se admira de la Italia de postguerra, en su vitalidad comercial, en el orden y en la corrección de los servicios.

Se conservan cuatro cartas de Morelli a Alberto Mañé fechadas entre el 24 de diciembre de 1924 al 22 de febrero de 1925. La primera de ellas, desde Roma, ciudad donde permanece siete semanas, relata, aparte de noticias familiares, su asistencia al ya mencionado policlínico, donde se contacta con distinguidos colegas. Asiste en la Basílica de San Pedro a la apertura de la Puerta Santa y allí encuentra a Monseñor Tomás Gregorio Camacho, recientemente nombrado Obispo de Salto. La segunda carta también de Roma, es del 16 de enero, en la que refiere que luego de pasear por Roma visitan Artena, su pueblo natal:

Una tarde maravillosa. Desde la terraza de la plaza pública suspendida a unos cien metros del llano, una vista estupenda. Las montañas llenas de aldeas enfrente. La llanura salpicada y verdeante. El cielo azul oscuro. En el pueblo nos encontramos desde nuestra llegada con un joven abogado Flico y un sacerdote también joven. El abogado venía a descasar con su familia por un esfuerzo sobrehumano que acababa de hacer: una tesis sobre las causas de la criminalidad de los Arteneses y remedios para emplearse. Espero poder conseguir esa tesis cuando se imprima; pero de cualquier manera abrigo la esperanza de que pronto mis coterráneos se transformarán en una manada de ángeles. Durante nuestra visita toda la población se asomaba a las puertas y ventanas y los chicos nos seguían en bandada. No nos pasó nada (creo por la presencia de los dos compañeros). Pero... A los dos días recibí una invitación para un banquete que me proyectaban dar los jóvenes intelectuales del pueblo. Me puse colorado, estuve por aceptar pero después resolví que no... por temor a las pechadas. Y luego vi que había sido un sabio. Sin embargo me queda la espina que si hubiera aceptado quizás me habían nombrado diputado o suplente. De manera que es posible que haya perdido una volada. Será para otra vez.

Como fue muy frecuente esa época, muchas personas adhirieron a la reforma socialista que proponía el fascismo, particularmente centrada en la figura de Mussolini.

Aquí el amigo Mussolini sigue dominando la situación. No hay nada que hacer por el momento, pues el fascismo está fuertísimo y la oposición muy desconceptualizada. Por de pronto

D. Iturzo está aliado a los socialistas y ha dejado su diario y pasar sin protesta unas declaraciones insolentes de Turcati sobre el negocio católico del año santo. Es indudable que a D. Sturzo en el medio católico se lo quiere muy poco, aún cuando sus virtudes están fuera de toda discusión se le acusa de hacer política personal de odio a Mussolini. He conocido a dos ases del fascismo.

La tercera carta es de Venecia del 22 de febrero y la cuarta de París del 7 de abril. En esta última afirma:

«Hay tanto que hacer aquí en materia de hospitales, etc. ... No hemos visto nada de París en un mes y pico que estamos acá». Ahora que han empezado las vacaciones de Pascuas, quince largos días en que faltan todos los gros bonnets. Por suerte el profesor Lapicque, el fisiólogo de la Sorbonne nos está dando un curso teórico práctico sobre cronaxia, completado por Bourguignon en el terreno clínico. Además es posible que pueda trabajar en acidosis de los cardíacos y nefríticos en las clínicas de Vaquez y Laubry, con un aparato que están construyendo los chicos y que resulta permitiría determinar el valor de pH en la sangre circulante. Ellos están trabajando con el Dr. (Juan Antonio) Collazo en el laboratorio de Marcel Labbé, ayudando a Collazo a hacer estudios sobre insulina, glicemia y ácido láctico. Esperan publicar un trabajito en los C. R. de la Societé de Biologie. Este trabajo iría a nombre de Collazo y de Juancito. Alberto y Juancito han seguido un magnífico curso de fisiología experimental en el laboratorio de C. Richet, bajo la dirección de Gautrelet y otros especialistas. Imagínese el programa. Comprendía entre otras cosas cronaxia ... y determinaciones psicomotrices en el laboratorio de prueba para los aviadores en el Val de Grace. ... Gautrelet les ha ofrecido de presentar cualquier trabajo que ellos hagan, a la Societe de Biologie. Me he interesado que aprendan bien los microanálisis y espero hacerles estudiar bien los dosajes de colesterina, lecitina y grasas de la sangre en la clínica de Chauffard. Por mi parte he presentado un trabajo a la Société Médicale des Hopitaux «Pleurésie sclerogènes du Pneumothorax artificiel» sobre los casos de Pilar Pereira Braga... .. Lo llevaba escrito, pero en el momento viendo que todos resumen in voce las comunicaciones, me largué también yo a improvisar en francés. Estuve hablando cerca de ¼ de hora y me escucharon con atención y benevolencia. Al terminar me aplaudieron. Entonces aprovechó Laubry para que me nombraran por aclamación socio corresponsal, a lo cual se opuso el reglamento por boca del presidente: Guinan, quien dijo que se votaría en la sesión siguiente. Habló Rist y dijo que «M. Morelli donc la compétence en question de P. A. est universellemente reconnue» y llamó muy interesantes mis observaciones. Después se levantaron Achard, Marfan y Fiessinger a presentarse y a hablar conmigo. Ha estado por acá Abella. Fuimos juntos a los hospitales, pero ahora partió para Dinamarca donde le han señalado que hay trabajos nuevos sobre el empleo del oro en la tuberculosis. Me prometió escribirme una impresión... He visto a Blanco Acevedo, quien se prepara para el Congreso de Medicina Militar. Con Pablito (Mañé) nos vemos a menudo... Visitamos su estudio y quedamos prendados de su obra. Especialmente la dolorosa de la tumba de Curcha (¿?) me ha gustado muchísimo. Creo y le dije que eso solo bastaría para satisfacer a cualquier artista y que no recordaba haber visto una expresión más notable del dolor profundo y resignado. [5, 6]

Con referencia a la situación política en Francia agrega:

... Es malísima. Los mismos republicanos avanzados reconocen que «C'est un maladroit» y que en cuestión de finanzas ... Creo que al llegar de esta carta habrá caído l'imbécile Herriot, como dice Léon Daudet. Hay además temores de disturbios comunistas y de motines royalistas. Por de pronto la juventud universitaria se está volviendo royalista en sensibles proporciones. [4]

Posteriormente visita Suiza, Alemania e Inglaterra. Este viaje, en el que fue acompañado por su esposa e hijos, se prolongó entre enero y abril de aquel año. Es en ocasión de este periplo que visita, por encargo de Don Orione, al reputado beato Padre Pío de Pietrelchina. [5]

VI

En este período vuelve a participar en la actividad política, accediendo al Directorio del Partido Nacional como presidente en 1926, suplente en 1934 y segundo vicepresidente en 1938. A partir de 1927 ingresa al Senado, en el que permanece hasta 1942.[7] El único paréntesis es la etapa comprendida entre el 20 de marzo de 1933 y el 20 de marzo de 1934, período de la dictadura de Terra, durante el cual estuvo suspendido el Poder Legislativo y en el que se gestó la nueva Constitución. Ocupó la presidencia del Cuerpo en 1929 y en 1941.

VII

En 1937, en ocasión de cumplirse cincuenta años de su labor docente (1887–1937), se le realiza un emotivo homenaje. En diciembre de 1943 el Consejo de la Facultad de Medicina resolvió dar al Instituto de Tisiología el nombre de *«Juan B. Morelli»*. En el acto realizado con tal objeto hace uso de la palabra en nombre de la Facultad de Medicina el Decano Julio García Otero y en nombre de dicho Instituto y de sus discípulos, Pablo Purriel. [8]

Notas

1) A.J.B.M. Bibliorato II:87.
2) Ver Capítulo XII.
3) Ver Capítulo XII.
4) Ver apend. docum.: 9.
5) Italia y su ciencia in: *«La Época»*, Mercedes, enero de 1925.
6) Ver Capítulo XIV.
7) Legislaturas XXIX a la XXXIII.
8) Ver Capítulo II.

Capítulo XII

ANÁLISIS DE LA OBRA CIENTÍFICA

La obra científica de Morelli se extiende durante 55 años, período durante el cual manifiesta intereses variados, pero donde predomina su intención docente y neumotisiológica. Toda ella está marcada por un profundo conocimiento de las ciencias básicas de la medicina. Es por ello que en su generación ocupa un lugar destacado, que no ha sido a nuestro criterio suficientemente jerarquizado.

Proponemos para el estudio de su extensa y variada obra la siguiente clasificación: A) Intención docente y de divulgación; B) Bacteriología, Anatomía Patológica y Fisiología; C) Neurología ; D) Tisiología; E) Neumología; F) Medicina general (Ver cuadro 1).

Cuadro I
CLASIFICACIÓN DE LA OBRA CIENTÍFICA DE MORELLI (1888–1943)*

A: Intención docente y de divulgación: *1, 4, 12, 22, 47, 54, 64 y 91.*

B: Bacteriología, Anatomía Patológica y Fisiología: *2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 27 y 29.*

C: Neurología: *28, 36, 37, 48, 58, 65, 66, 67, 70, 72 y 74.*

---

* Los números arábicos corresponden a la numeración de la bibliografía ordenada cronológicamente, ver capítulo XX. Los mismos aparecen entre paréntesis en cursiva en el texto.

D: Tisiología: *42, 44, 46, 51, 52, 56, 59, 63, 68, 81, 87 y 88.*

E: Neumología: *31, 32, 35, 55, 57, 75, 76, 77, 79, 80, 82, 83, 85, 86, 89 y 90.*

F: Medicina General: *16, 33, 34, 38, 39, 40, 43, 45, 49, 50, 53, 60, 61, 62, 69, 71 y 84*

A.— Con intención docente y de divulgación

I

De los trabajos dedicados a la labor docente no nos referiremos a aquellos que ya hemos analizado en los respectivos capítulos referentes a bacteriología, anatomía patológica y fisiología.[1] En este grupo se destaca uno, que es su primera publicación de 1888, sobre el origen microbiológico del cáncer *(2)* y que se inscribe en el período de pasión por la promoción de la teoría microbiológica de la enfermedad. De este mismo tenor pueden considerarse varias contribuciones al estudio anatomopatológico de casos clínicos, incluidos en el parágrafo siguiente *(3, 8, 9)*. Estos modestos aportes marcan en la literatura médica nacional el inicio de la correlación anatomoclínica, tanto en la asistencia como en la docencia. Nombraremos también su comentario al problema del tasajo, acusado injustamente de transmitir el cólera *(4)*.

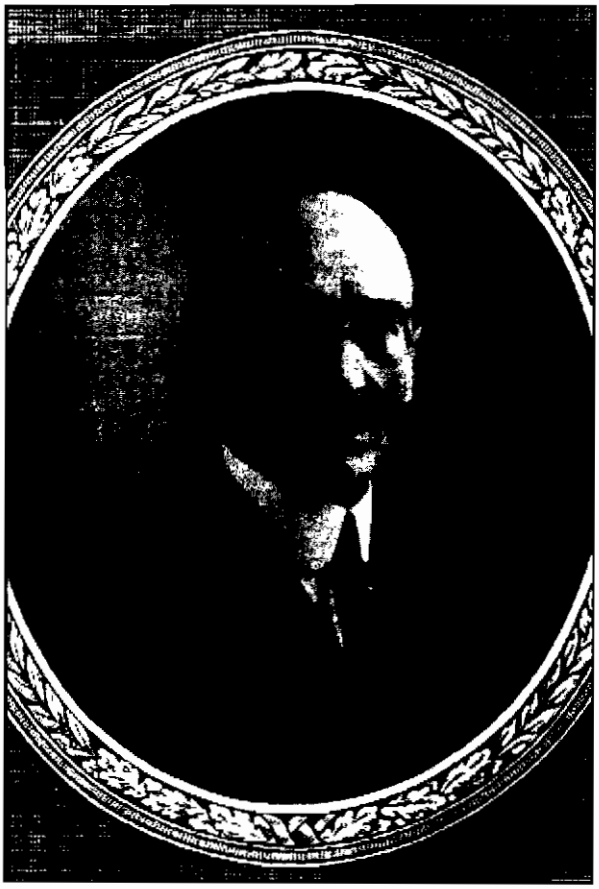


Figura 50
Américo Ricaldoni (1868–1928).

II

Otros trabajos están dedicados a resaltar la personalidad de su colaborador José Musso *(12)*, las bases fisiológicas y éticas de la educación sexual *(47)*; un sentido elogio de las personalidades de Alfredo Vásquez Acevedo (*54*) y de Américo Ricaldoni *(64)* (fig. 50). Merece una particular consideración esta semblanza de su compañero de estudios y cuñado; es la primera biografía de esta eminente figura de la medicina nacional. Luego de una corta referencia a la vida del estudiante, del precoz docente y profesor de la Facultad, que ocupó la Cátedra de Terapéutica a los 19 años, nos da una imagen precisa de la personalidad de Ricaldoni, exaltando en ella su característico tesón en el esfuerzo y el trabajo, así como la meticulosidad que ponía en sus empresas, en las que se hacía evidente, tanto su talento como su vigor científico. La última publicación dentro de este grupo, de 1943, consiste en la evocación de una figura médica de singular espiritualidad, Manuel Abascal *(91)*. Esta semblanza será analizada en el capítulo correspondiente a la actuación religiosa de Morelli. [2]

B.— Bacteriología, Anatomía Patológica y Fisiología

El conjunto de estos trabajos, que fueron comentados en los capítulos respectivos, forman en nuestra medicina la base, tanto de la relación anatomoclínica como de la importancia de la fisiología y su relación con la patología. Se refieren a este grupo los siguientes trabajos: *2, 3, 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 13, 14, 15, 17, 18, 19, 20, 21, 23, 24, 25, 26, 27 y 29.*

C.— Neurología

I

Un conjunto de artículos se refieren a temas neurológicos. Como veremos más adelante, Morelli era considerado a cierta altura de su carrera como un especialista en este campo de la clínica. Su interés por el mismo fue adquirido con seguridad en los primeros años de ejercicio, dado que ese período coincide con el surgimiento, en diferentes centros médicos mundiales, del interés por las entidades clínicas neurológicas.

II

En el primero, referido a astasia abasia *(28)*, refiere el caso de una paciente de 19 años que después de una consulta con odontólogo, que la había afectado psicológicamente, presentó temblor intenso que le impedía la marcha y la estación de pie. El síntoma patológico consistía en movimientos de flexión anteroexterna de la articulación coxofemoral, acompañados de flexión de la rodilla, del pie y en parte de la columna vertebral. Se presentaba en el miembro inferior que apoyaba durante la marcha y alternativamente en uno y otro si se mantenía de pie. Se repetía 40 a 50 veces por minuto y cesaba inmediatamente cuando la enferma se sentaba. Puede sin embargo correr, subir una escalera o bailar. Cuando se la distraía, el cuadro disminuía. El resto del examen neurológico era normal. Los episodios motores se repiten luego de emociones. Afirma que se trata de una astasia abasia de Blocq y Charcot. La atribuye en este caso a histeria, pese a que señala que existen otras causas posibles del síndrome. Destaca los síntomas compatibles con la etiología invocada: hipoestesias en diversas regiones, anestesia faríngea, zona histerógena en el vértex, sensación de bola ascendente con sofocación, que aparece luego de accesos de risa o de llanto, por otra parte frecuentes. Tiene sueños terroríficos, en los que intervienen gatos, a los que la enferma tiene especial aversión. Padece claustrofobia, en especial en presencia de varias personas extrañas. A veces también experimenta vértigos.

La exposición de este caso da lugar a una interesante discusión entre el autor y dos eminentes y eruditos colegas, ambos con franco interés por la nosología neurológica: Luis Morquio y Jacinto De León. Afirma el primero que la etiología de la astasia abasia puede ser, como lo propone Morelli, de origen histérico o por degeneración, dado que la paciente presentaba estigmas de esta naturaleza. Por su parte, De León hace referencia a tres tipos de dicha entidad descritos por Charcot: la forma coreiforme, la paralítica y la trepidante, relacionadas todas ellas con las coreas, tanto la de Sydenham[3], como la eléctrica o la de Bergeron. Sin dejar de estar de acuerdo con el diagnóstico nosológico, en pormenorizada discusión se adscriben a diferentes posibilidades patogénicas, muy al estilo del momento de la neurología: la distinción entre semiología funcional (histérica o neurasténica) y orgánica (degeneración). A este respecto expresa Morelli:

Me parece que se ha abusado un tanto del empleo de esta palabra (degeneración) pues porque un sujeto presente uno o dos estigmas físicos, no es razón suficiente para declararlo degenerado.

El concepto de degeneración, formulado por Morel y Magnan entre 1857 y 1860, cundió con vigor durante casi la totalidad de la segunda mitad del siglo XIX como causa etiológica de muchas enfermedades, en particular neurológicas, psíquicas y genéticas. La propuesta de Morelli marca una crítica a esta concepción etiológica que se verá progresivamente desplazada, sobre todo frente a los

avances de la teoría microbiológica de las enfermedades, los aportes de la disciplina psicoanalítica y el mejor conocimiento de los factores hereditarios en el determinismo etiológico.

III

El segundo trabajo versa sobre un caso de jaqueca con parálisis del IV par *(36)*. Al analizar el mismo, Morelli hace referencia a la rareza de esta asociación, sin embargo bien conocida y sobre la cual se han descrito alrededor de diez casos.

IV

El tercero trata sobre tabes espasmódico familiar *(37)*. Lo publicado no es el trabajo en sí, sino la discusión a que este da lugar entre el autor y Morquio. Este último señala que en su criterio el caso pertenece al grupo de las diplejias familiares, similares a las observadas en la esclerosis en placa. Para él, tabes implica el compromiso de los miembros inferiores. Morelli realiza algunas puntualizaciones sobre la semiología y dice que prefiere la denominación de tabes espasmódico, ya que pone énfasis en que los desórdenes, si bien pueden no estar limitados a los miembros inferiores, empiezan por ellos y progresan hacia arriba. Morquio insiste en su argumento diciendo que la designación de diplejia cerebral ofrece la ventaja sobre la de tabes de que permite agrupar modalidades distintas, bajo el punto de vista clínico, a la vez que poner en evidencia su origen cerebral. Aclara que admitiría diferencias entre los diferentes síndromes, puesto que en algunos casos existe, no ya la localización del proceso mórbido, sino la predominancia del mismo en el cerebro, tratándose entonces de una diplejia, o bien, en otros casos, preeminencia a nivel de la médula, constituyendo el tabes. El real interés de esta discusión radica en el fluido conocimiento semiológico y clínico de las diferentes entidades consideradas. Visto en nuestra actual perspectiva, aunque no contamos con la descripción original, nos inclinamos a considerar el caso como una esclerosis múltiple en forma ya establecida: cuadriplejia, alteraciones del equilibrio, movimientos oculares nistagmiformes y alteración de la palabra. Llama la atención su presentación en forma familiar. En la esclerosis múltiple, enfermedad de etiología aún desconocida, se han descrito casos de herencia autosómica dominante.

V

El cuarto artículo es de 1922 *(48)* y corresponde a la descripción de un caso de parálisis bilateral de los pares VII y VIII luego de una meningitis sifilítica.

Morelli recuerda la descripción princeps de Ramsay Hunt, realizada entre 1906 y 1908, por lo que propone la denominación de *«complexus de Ramsay Hunt»*.[4] Puesto que se comprueba, además, una erupción herpética que abarca las regiones ótica, trigeminal y occípito cervical, atribuye la etiología del síndrome a la *localización cefálica del herpes zóster, enfermedad infecciosa a virus ultrafiltrables*. Este, también llamado del ganglio geniculado o neuralgia genicular, herpes zóster auricular, es la localización del virus del herpes en dicho ganglio que afecta el oído externo y la mucosa oral. Puede acompañarse de parálisis facial, dolor del pabellón auricular, erupción vesicular en la región, hipoacusia y vértigo.

V

En 1926 (*58*), en colaboración con el profesor de oftalmología Albérico Isola, presentan un caso de deformidad unilateral de pupila con falta del reflejo fotomotor en la iluminación de dicha pupila y conservación de dicha pupila. No había reflejo fotomotor consensual al iluminar el ojo sano. Sostiene: *«en estos casos hay que pensar en una lesión del centro motor del núcleo esfinteriano o de las fibras descendentes»*. Se inclinan a que corresponde al signo de Argyll Robertson[5], pues presenta exagerada miosis a la convergencia, acomodación y pérdida de la inestabilidad pupilar.

Aunque profusamente estudiado no hay certeza absoluta sobre la localización de la lesión responsable de la pupila del Argyll Robertson y si es única o no. La mayor parte de los autores la sitúan en la región supra acuaductal, aunque esta localización no explica la miosis que es parte del síndrome de acuerdo a la descripción del mismo por Argyll Robertson.

Las fibras de la vía aferente pupilar, cruzadas desde el quiasma y que se han separado de las restantes fibras ópticas a la altura del brazo del cuerpo geniculado, hacen sinapsis en el dorso del acueducto de Silvio. Estas sinapsis, derecha e izquierda, reciben fibras de ambos ojos. De ellas salen axones que se dirigen a los núcleos del III par, algunos directos a los núcleos ipsilaterales y otros cruzados a los controlaterales. De este modo, luego del entrecruzamiento, quedan de cada lado fibras que, contorneando el acueducto, sólo conectan al núcleo del III par homolateral, especialmente al núcleo de Edinger–Westphal, que controla los movimientos pupilares. En la lesión de estos axones, que llevan impulsos de ambos ojos pero que van a un solo núcleo de Edinger–Westphal, son las que mejor explican el Argyll Robertson unilateral. Las lesiones de las células del dorso del acueducto producirían reacciones muy similares, pero de ambos ojos, o sea el signo de Argyll Robertson clásico bilateral. La miosis de convergencia –acomodación no se altera por la presencia de vías aferentes distintas, que alcanzan el núcleo de Perlia, también parte del II par pero en forma independiente a las fotomotoras.

Al signo de Argyll Robertson para considerarlo completo, además de la pérdida del reflejo fotomotor y de la conservación de la miosis de convergencia, se le exige una serie de signos accesorios, los que no siempre se presentan: A) sensibilidad de la retina a la luz (para diferenciarlo del seudosigno de Argyll Robertson amaurótico); B) pupilas mióticas (difíciles de explicar por lesiones sólo periacueductales); C) pupilas irregulares y anisocoria; D) mala dilatación con atropina; E) reacción a la acomodación exagerada.

La disociación del reflejo ala luz y a la acomodación, si bien es sifilítica en la mayor parte de los casos, puede tener otras causas, tales como esclerosis múltiple, diabetes, trastornos maculares, etc.

El reflejo de Argyll Robertson unilateral debe ser diferenciado del reflejo de Argyll Robertson asimétrico, con afectación mínima de un ojo, pero que es en realidad bilateral y de una atrofia del iris y del esfínter. El reflejo de acomodación es más vivo que el reflejo fotomotor, de modo que, con esfínter atrófico, puede aún reaccionar a la acomodación cuando el primero a dejado de hacerlo, los signos de atrofia iridiana los diferencian. También debe diferenciarse de la falta del reflejo fotomotor por amaurosis, de la pupila de Adie (en general unilateral), se le ha denominado seudo Argyll Robertson pero es una afección totalmente distinta con midriasis, reflejos más retardados que ausentes, además de las clásicas pruebas farmacológicas de denervación.

En el trabajo que comentamos, Isola plantea además una parálisis del III par en el período de recuperación, pero en estos casos no sólo la pupila es más midriática, sino que también queda diplopia en algunos campos de la mirada.

Este trabajo, mirado a ocho décadas de su presentación, resulta muy interesante. El signo de Argyll Robertson unilateral no es frecuente y justifica la presentación del caso como se haría en la actualidad. La cifra de siete en 20.000 que citan Isola y Morelli es menor que la del 1,4% en 749 casos de Merit y Moore[6]. Estos autores expresan además que dicho signo «puede ser asimétrico y la unilateralidad es rara».

Sitúan Isola y Morelli la posible lesión *«en el centro motor, el núcleo esfinteriano o las fibras descendentes»*. Esta expresión, de acuerdo a la nomenclatura actual, resulta algo oscura. No queda claro el *«centro motor»*, tal vez se refiere a los grupos celulares del dorso del acueducto, donde hacen sinapsis las fibras pupilares de la vía óptica. *«El centro esfinteriano»* debemos entenderlo como el de Edinger–Westphal y *«las fibras descendentes»* a los axones que desde las sinapsis del dorso del acueducto buscan dicho núcleo. Como ya se ha expresado, estas fibras son la localización más razonable del signo de Argyll Robertson unilateral. La posibilidad que también plantean que se trate del *«centro esfinteriano»*, si se refiere al núcleo de Edinger–Westphal, debe ser desechada porque en este caso no habría miosis de convergencia–acomodación. Plantean muy inteligentemente la posibilidad de un reflejo asimétrico en evo-

lución y la diferencia entre el reflejo restringido a sus dos síntomas básicos (falta de reflejo fotomotor y conservación de la miosis de acomodación–convergencia) y la constelación de signos que le dan mayor certeza diagnóstica. Separa el verdadero signo de Argyll Robertson del producido de la amaurosis, lo que es un diagnóstico muy obvio. Se refieren también a la atrofia del iris y a que halla persistido un reflejo a la acomodación más intenso y desaparecido el reflejo fotomotor. Ese error es difícil de cometer en nuestros días con biomicroscopios de fuerte intensidad luminosa y de 40 ó más aumentos, pero puede haber sido mucho más frecuente en la época en que el artículo fue escrito. El biomicroscopio consta de una hendidura luminosa, fue perfeccionado en 1911 y se unió a un microscopio. Aunque ya había tenido algunos predecesores, su divulgación con modelos comerciales se realizó en la década de 1920 y es muy posible que Isola no dispusiera del instrumento en ese momento. La impresión que deja la presentación en su conjunto es la de clínicos muy experimentados, con un excelente conocimiento teórico del problema que abordan. La apreciación, la semiología y el significado del signo de Argyll Robertson mantienen una sorprendente actualidad. A través de casi un siglo, un enfermo en el que se dan simultáneamente dos síndromes: tabético (que incluye el signo de Argyll Robertson unilateral, hallazgo raro, que dio motivo a la investigación del caso en profundidad) y el de Brown–Séquard, de tipo cervical superior[7] merece ser comentado.

El signo de Argyll Robertson, junto al de Romberg, la analgesia testicular y la artropatía fueron los más patognomónicos de la neurosífilis.

VI

En el año 1929 aparecen tres trabajos neurológicos de Morelli. El primero, en colaboración con Héctor Bove Macció *(65)*, se refiere a dos casos de meningitis a neumococo. En uno de ellos la autopsia revela un hecho excepcional: la propagación directa del germen por una vaina purulenta alrededor del nervio óptico. Con Juan N. Quagliotti presenta los dos trabajos restantes, publicados en francés, sobre diferentes secuelas neurológicas de la encefalitis epidémica. El primero de ellos *(66)* versa sobre una paraplegia en flexión, consecutiva a aquella enfermedad, aparentemente consignada por primera vez en la literatura mundial. El otro *(67)* se refiere a la *bradiestesia* o *viscosidad psico–sensitiva*, términos con que describen sensaciones que perduran luego de cesado el estímulo que las determinó.

VII

Con Camilo Fabini, Morelli publica en 1934 un caso del síndrome de Guillain–Thaon[9] *(70)*, forma de sífilis del neuroeje, que constituye una transición entre la mielitis luética, el tabes y la parálisis general, descrita por dichos

autores en 1907 y que había sido publicada en siete ocasiones en la literatura internacional previamente a esta comunicación.

VIII

También en 1934 presenta un interesante trabajo sobre reflejos de descerebración[8] *(72)*. Comienza por distinguir los reflejos elementales de los de defensa o automatismo, a los que describe con precisión. Se centra luego en la consideración de estos últimos a nivel de los miembros superiores, en particular en sujetos con parálisis flácida de origen cerebral, por compromiso parcial de las estructuras estriatales y de las fibras piramidales en su transcurso por la cápsula interna. Dado que son similares a los observados en animales descerebrados, propone la denominación de *reflejos de descerebración*, a los que subdivide en dos grupos: los de extensión y los de flexión. Se refiere especialmente a los primeros y señala su utilidad para establecer la localización y extensión de la lesión, así como para prever un pronóstico sombrío.

IX

Con el mismo colaborador, en 1936, presenta el último de sus trabajos neurológicos, titulado síndrome bulbar retroolivar *(74)*, publicación en la que describe un caso de esa naturaleza, concluyendo que siempre que se observe tal signología, debe ser tratado como sifilítico, aún cuando las reacciones serológicas sean negativas.

D. Tisiología

Todos los trabajos sobre esta disciplina, que suman en total once han sido comentados en el capítulo correspondiente al tratamiento quirúrgico de la tuberculosis, en especial en su localización pulmonar. Se trata de los siguientes: *42, 44, 46, 51, 52, 56, 59, 63, 68, 81 y 87.*

E. Neumología

Varios son los trabajos que dedica Morelli a temas de patología pulmonar no tisiológica, lo que demuestra indudablemente una preocupación por dicha nosología en forma general.

I

El primero de ellos, que publica en 1899 *(31)* se refiere a un caso de lepra pulmonar. Se trata de un paciente con lesiones cutáneas progresivas, que son exhaustivamente analizadas por Morelli, quien las describe en estos términos:

Hace unos diez años el enfermo viene observando el desarrollo de una afección cutánea, bajo forma de pequeñas manchas, de color chocolate, del tamaño de una lenteja, que a partir de la región esternal, fueron paulatinamente invadiendo la región anterior y posterior del tórax, la parte superior del abdomen, la raíz de los miembros superiores y la cara... Ha notado que la tos se le ha hecho más rebelde... La erupción aparece esencialmente maculosa, anestésica en algunos puntos e hiperestésica en otros. La cara presenta una ligerísima infiltración de la dermis con una leve anestesia... A la auscultación, los dos tercios inferiores del pulmón derecho (se presentan) con submatidez...

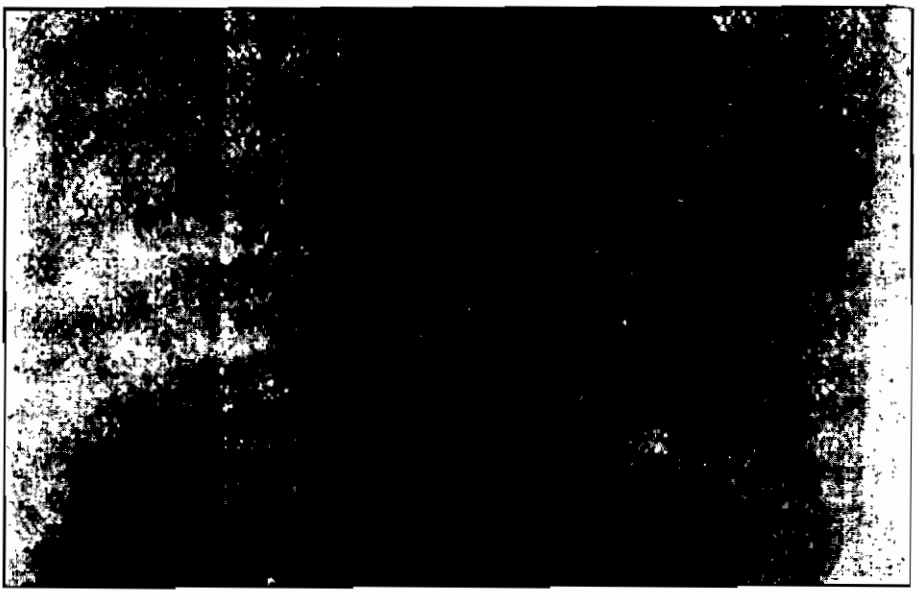


Figura 51

El estudio bacteriológico de la expectoración mostró numerosos microbios con las características del bacilo de Hansen. Basa el diagnóstico de lepra pulmonar en las informaciones de José Brito Foresti (1879– 1945).[9] Entre ambos completan los datos referentes a las formas anatomoclínicas de esta localización de la enfermedad y avalan que el contagio puede ocurrir por los esputos, hecho al que asignan importancia en la profilaxis de la infección.

II

Debemos hacer especial referencia a una comunicación del año 1900 en la que presenta la radiografía de un caso de neumonía enquistada del lado izquierdo *(35)*, a la que adjunta la imagen de la misma (aunque en el texto aparece invertida) (fig. 51). Puncionado el paciente, se extraen 150 c. c. de pus, en el cual no fue posible reconocer gérmenes. Atribuye el caso a una pleuresía supurada metaneumónica. Esta presentación da lugar a una discusión sobre el valor a darse a la radiografía, según la técnica empleada, aún no bien protocolizada y las diferencias que existen entre la radioscopía y la radiografía. Discuten en esta ocasión Luis Morquio quien refiere un caso similar, y sobretodo Augusto Turenne, cuya experiencia era ya rica, dado que era director del recién creada sección de radiología de la Facultad de Medicina.

III

En 1925 y 1926 Morelli estudia las neumopatías paratuberculosas *(55)* y un caso de neumotórax sofocante a consecuencia de un quiste hidático pulmonar abierto en la pleura *(57)*, que ya han sido objeto de nuestro análisis. También hemos comentado su trabajo de 1900 *(32)* sobre congestiones pulmonares gripales y sus relaciones con la tuberculosis.[10]

IV

Es sin duda la contribución más original de Morelli, en colaboración con su hijo Alberto (*75*) (fig. 52), la descripción de una familia en la que siete de sus miembros presen-

Figura 52
Alberto C. Morelli Mackinnon (1906–1988).

taron la asociación de alteraciones congénitas: 1) arteritis pulmonar con dilatación del tronco de la arteria; 2) quistes gaseosos o enfermedad quística pulmonar y del desarrollo bronquial; 3) eritremia variable; 4) síndrome endotelio–hemorrágico; 5) deformación de las últimas costillas con tórax en campana o trapezoidal (fig. 53).

Dysgénésie familiale du système respiratoire

(Étude clinique et radiologique)

Par Juan B. MORELLI et Alberto C. MORELLI

(de Montévidéo)

Nous avons eu l'occasion de suivre une famille dont six membres : le père, deux oncles et trois fils (auxquels on pourrait peut-être ajouter le grand-père) présentent une association de lésions congénitales ; elles le sont très franchement chez les uns, et très probablement chez les autres.

Chez deux de ces sujets on observe tous les composants de la série :

1° Artérite pulmonaire avec dilatation du tronc de l'artère.

2° Kystes gazeux, ou maladie kystique du poumon, et altération du développement bronchial.

3° Un complexus angiohématique dont le premier élément est constant et le deuxième variable : *a*) une erythrémie variable ; *b*) un syndrome endothélio-hémorragique. D'après la doctrine classique, le premier se rattacherait à la lésion de l'artère pulmonaire. Nous reviendrons sur ce point tout à l'heure. La cyanose s'observe, quoique à un degré variable, chez tous les sujets.

4° Déformation des dernières côtes en forme de thorax en cloche ou trapézoïdal, suivant la projection choisie.

C'est donc une tétralogie qui comprend des éléments morphologiques et anatomo-pathologiques à première vue très disparates et pour un des membres, le n° 3, très éloigné des autres, et cependant comme nous le verrons ils répondent à une unité fonctionnelle dont ils font partie, ce qui explique

Figura 53

Esta asociación lesional, que distingue de otras entidades nosológicas en que aparecen algunos de los rasgos mencionados, es asignada por Morelli a un origen genético en forma de una herencia autosómica dominante (fig. 54). La enfermedad quística pulmonar no se acompaña de otras alteraciones dismórficas ni cardiovasculares, es de herencia autosómica recesiva y afecta predominantemente a los judíos askenasi.[11] La distrofia torácica aislada se presenta con un tórax en campana, costillas deformadas, *pectum excavatum* y sin alteraciones cardiovasculares.[12] Aquellas afecciones que incluyen una estenosis pulmonar, tanto la idiopá–tica como las que acompañan otras malformaciones

cardiovasculares, no se presentan con alteraciones morfológicas del tórax ni de pulmón poliquístico.[13]

En ese mismo año, publica un trabajo complementario del anterior sobre una disgenesia del aparato respiratorio: el enfisema gigante con pulmonalitis congénita *(76)*. Es esta documentada publicación continuación y complemento anatomoclínico del previo. En él relata dos casos de quistes pulmonares gigantes con un minucioso estudio anatomopatológico, que le permite afirmar el origen intrapulmonar y subpleural de dichos quistes, que se acompañan de un engrosamiento de la arteria pulmonar y cuya etiología no es debida, como había sido propuesto, a un mecanismo de válvula, sino a una alteración primaria de su bronquio fuente. Concluye del siguiente modo:

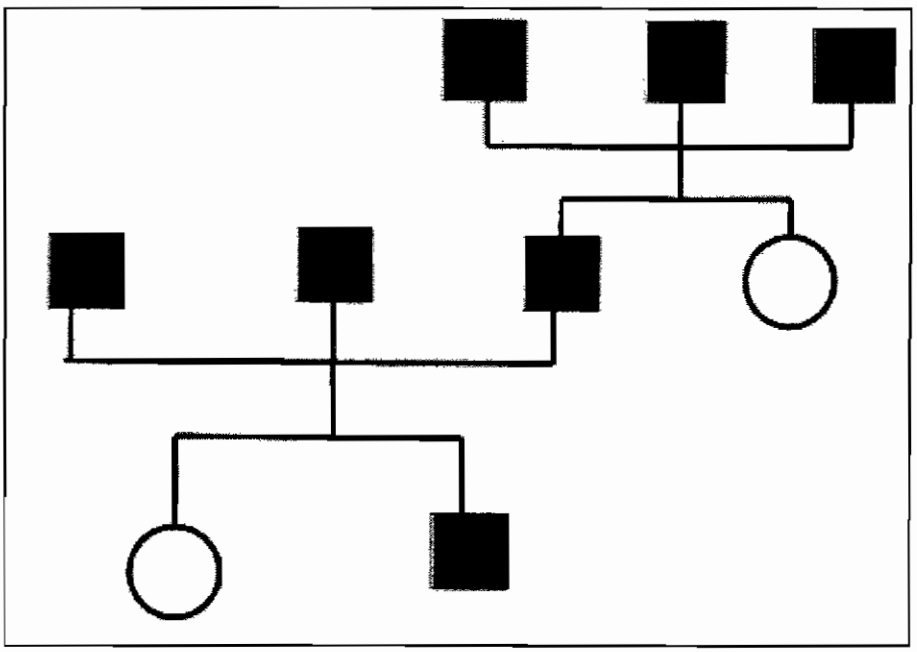


Figura 54
Genealogía de la disgenesia pulmonar familiar.

1) Existe un enfisema subpleural, ligado fundamentalmente a un defecto del desarrollo del pulmón. 2) Puede asociarse a otras malformaciones somáticas, en nuestros casos, estaba acompañado por alteraciones congénitas de la arteria pulmonar, eritremia moderada y por cierto grado de cianosis paradojal, formando así un complejo absolutamente comparable a la disgenesia del sistema respiratorio que hemos descrito y a la que ya hemos hecho referencia. 3) El diagnóstico intra vitam es posible por el estudio radiográfico en diversos grados de incidencia, que demuestran en algún punto un borde desflecado que denuncia el tejido pulmonar incompletamente limitado. 4) Una comunicación siempre presente con los bronquios, constatable difícilmente con

el lipiodol intrabronquial, pero mejor con las inyecciones coloreadas en plena cavidad. 5) Existen complicaciones propias (sin contar las que corresponden a otras malformaciones asociadas), son las de los quistes: derrames, hipertensión progresiva, neumotórax, etc. 6) En estos casos el tratamiento quirúrgico puede estar indicado, siempre que se efectúe siguiendo la conducta establecida por Sauerbruch para los quistes congénitos. 7) En los casos en que faltaran complicaciones graves, el pronóstico está determinado por las lesiones asociadas y especialmente por las alteraciones de la arteria pulmonar.

V

En 1937, también con su hijo, publica un estudio sobre la función del diafragma en el asma *(77)*. Su mente de fisiólogo nunca deja de proyectarse sobre los hechos patológicos; la experimentación clínica será en este caso la que dilucidará los mecanismos fisiopatológicos y que eventualmente permitirá llegar a conceptos de interés práctico. Para aclarar el funcionamiento del diafragma en dicha enfermedad, los autores piensan que sería ideal la obtención de los potenciales de acción del nervio frénico, idea que abandonan por considerarla inaplicable al hombre. Recurren entonces a una modificación de la toracografía, denominada *«roentgenkimografía»*. Emplean la *«variedad concéntrica linear»*, con la que *«se obtiene el trazado en un gráfico de cualquier movimiento inscrito sobre un segmento del circulo, simultáneamente en varios puntos del arco muscular del diafragma»*. En la inspiración, en el enfermo asmático, se observa un primer período, *«relativamente inclinado y que ocupa la mayor parte de este tiempo, y un segundo tiempo, brusco y profundo»*. El trazado costal es opuesto al anteriormente indicado. En las fases fuera del acceso, la línea del trazado diafragmático es recta, mientras que en período previo o durante el acceso, adquiere las características señaladas. En la espiración, durante el ataque, se observa la prolongación de dicho segmento, con un período de inicio abrupto, seguido por otro de mayor lentitud. Se inscriben sacudidas clónicas intercaladas en la fase espiratoria. Confirman así el concepto de *«unidad funcional costo–diafragmática»*. Finalmente, distinguen la fisiopatología del asma del adulto de la del niño, así como de ciertas afecciones bronquiales no asmáticas del primero. También la diferencian del asma cardíaca.

VI

En un artículo publicado en Buenos Aires sobre los accidentes de las punciones en el neumotórax artificial *(81)* enumera los posibles mecanismos de producción de los mismos, a saber: embolia gaseosa o reflejos a punto de partida de la serosa. Considera que deben darse varios factores, como por ejemplo la pérdida de la elasticidad del pulmón por procesos patológicos que asientan en él, para que en el sitio de la punción existan condiciones favorables, de modo que por la presión negativa en la venas tenga lugar la embolia, a punto de partida de la

herida de un vaso. En vista de esto propone las medidas necesarias para evitar la embolia, sin estar seguro, por las indicaciones manométricas o por la presencia de líquido en la pleura, de que la situación de la aguja sea la correcta, sin cersiorarse que la misma esté perfectamente fijada durante todo el curso de la intervención y que el paciente no realice movimientos, ni tosa mientras tiene la tiene colocada. Para ello propone una posición especial: acostarlo sobre el lado sano con la cabeza baja y el brazo homónimo doblado sobre ella, maniobra sobre la cual se manifiesta sin embargo escéptico. Finalmente, recomienda efectuar todas las manipulaciones de una manera lenta y cuidadosa.

En este artículo Morelli aborda nuevamente el problema de los accidentes del neumotórax, que desarrolló de manera analítica y completa en su obra de conjunto sobre el particular *(42)*.

VII

En otro artículo del año siguiente se ocupa de las que llama bronconeumonias asmatiformes *(83)*. Señala la presencia de un enfisema pulmonar agudo o subagudo durante los procesos infecciosos de ese órgano, debido a la insuflación producida por los bronquiolos parcialmente obliterados. Recurre a su teoría sobre la existencia de dos puntos estrechos en el aparato respiratorio: la laringe y los bronquios terminales, comparándolos con dos embudos de dirección opuesta. Si uno de ellos está eslenosado, el aire en movimiento provoca turbulencias que chocan contra las paredes cuando la dirección es de entrada, los que no ocurren si la dirección de la corriente de aire es opuesta. Esto explica que la disnea sea inspiratoria en la estrechez laríngea y espiratoria en la bronquiolar. Refiere casos observados durante las epidemias de gripe de 1920 y 1921, en los que comprobó síndromes asmatiformes, con agravación progresiva. En otro caso, tuvo ocasión de estudiar el roentgenkimograma, en el que comprobó las alteraciones características del asma. En la necropsia observó un importante enfisema, en algunas zonas alternando con áreas condensadas de color rojo oscuro. Microscópicamente esto correspondía a un proceso hemorrágico intersticial, con invasión también de alvéolos, pero con escasas lesiones inflamatorias, mientras que la luz del bronquiolo estaba ocupada por una masa de polinucleares y células inflamatorias y fibrina, sin compromiso importante del revestimiento epitelial. Esta bronconeumonia tendría en su opinión un origen exclusivamente por la vía aérea, a punto de partida de la laringe y evolución descendente posterior, hasta que, al llegar a la porción estrechada del bronquiolo, determina su obstrucción. A ese nivel puede pasar hacia el intersticio y alvéolos vecinos y quedar allí o bien continuar con la invasión del mismo con infiltrado inflamatorio. . De este modo se dan a nivel bronquial las mismas condiciones que en el asma, sólo que no en forma funcional y transitoria como en este, sino orgánica y permanente.

Situación similar puede ser ocasionada por la granulia tuberculosa en la que el bronquiolo se estrecha por las lesiones ubicadas en torno a él.

Es por demás interesante la interpretación dada por Morelli a lo que hoy llamamos bronquiolitis aguda o bronquiolitis obliterante, así como hablamos hoy de neumonitis cuando se ve afectado el alvéolo. La referencia a la granulia es también valiosa, dado que esta afectación parenquimatosa puede expresarse como un síndrome asmatiforme, que se observa particularmente en el lactante y en el niño.

VIII

En ese mismo año, en colaboración con Julio C. Benítez y José J. Estable *(80)*, estudia el diagnóstico clínico radiológico de las bronquiectasias congénitas. Considera este un grupo aparte dentro de las dilataciones bronquiales de etiología adquirida. Los seis casos que estudia se han manifestado por bronquitis crónica con expectoración abundante, disnea, eritremia e hipocratismo digital. El estudio radiológico muestra las imágenes características, en particular con la broncografía con lipiodol y que guardan las siguientes reglas: unilateralidad, agrupación en racimos, bordes regulares (se separan así de las bronquiectasias secundarias), desviación del mediastino, asociación con malformaciones, tanto pulmonares como de otros órganos o sistemas. Propone el tratamiento con vacunas, lipiodol y en los casos bien localizados y graves, la resección quirúrgica del sector afectado.

Es interesante el hecho de que Morelli trate este tema aún poco conocido en una época en que las bronquiectasias congénitas eran difíciles de distinguir de las adquiridas, como ser las secundarias a la tos convulsa u otras infecciones bronquiales. Propone la sanción quirúrgica, teniendo en cuenta que era una de los recursos realmente efectivos.

IX

Una patología pulmonar poco frecuente es objeto de un trabajo en colaboración con el distinguido parasitólogo especialista en micología humana, Juan E. Mackinnon, en 1938 *(85)*: la actinomicosis pulmonar, con diseminación piohémica posterior. En este caso el estudio del material de una fístula ganglionar supraclavicular, muestra la presencia de levaduras, en tanto que la anatomía patológica indica la presencia de las lesiones típicas del *Actinomyces israeli*. Se hace mención a un trabajo del año anterior de Raúl A. Piaggio Blanco y colaboradores, así como a los estudios sobre el particular realizados en nuestro país por Estenio Homaeche y Rodolfo V. Tálice y otros realizados en Argentina. Este trabajo es un excelente estudio detallado, tanto desde el punto de vista clínico como en sus

aspectos micológicos. Para esa época, como aclaran bien los autores, se aceptaba una sola especie patógena anaerobia para el hombre y los bovinos, el *A. Israel.* Con el tiempo se fueron aceptando como válidas otras especies (*A. bovis, A. laeslundi, Arachnia propionida, Rothia dentocariosa*, etc.). Este caso de actinomicosis sistémica fue el primero diagnosticado en el país como lo destacan los autores. En esa fecha ya se habían registrado 43 observaciones. Hoy día la enfermedad es rara entre nosotros, posiblemente debido a la mejor salud bucal y al uso de la penicilina en afecciones de la cavidad bucal.[14]

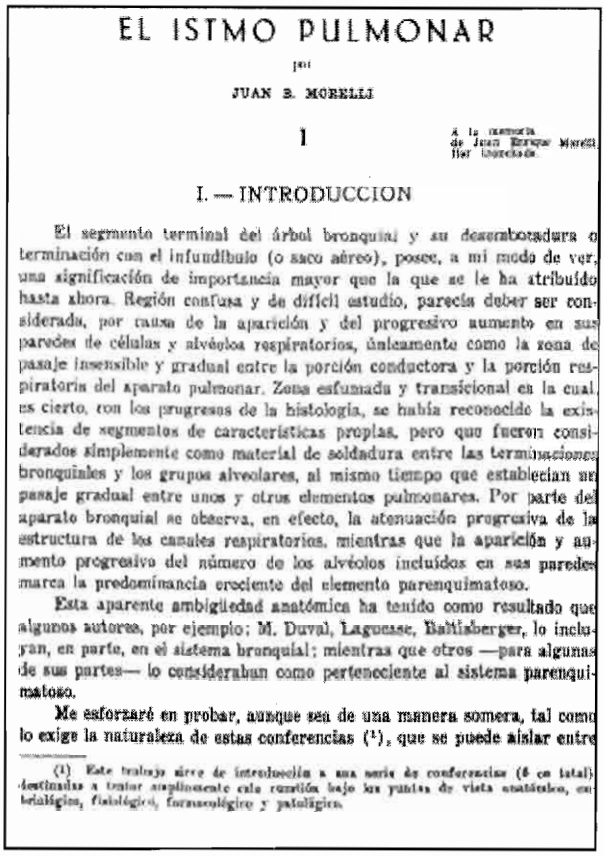
X

En 1938, en el Libro de Oro ofrecido al Profesor Mariano R. Castex *(82)*, Morelli se ocupa de la patogenia del asma. Analiza primero todos los posibles mecanismos implicados (secreción, contracción de la musculatura bronquial, contractura del diafragma, choque anafiláctico, causas sicógenas y endócrinas) y destaca la importancia del terreno. Luego expone su teoría acerca de la disnea espiratoria, que denominada del embudo bronquioloalveolar, que, al igual que la laringe, en las que una zona dilatada se continúa con una porción estrecha. Cuando ésta reduce aún más su calibre, las turbulencias del aire ocurrirán cuando la corriente va de la parte ensanchada a la más angosta. Pasa luego a considerar la participación del diafragma y señala las contracciones clónicas espiratorias de dicho músculo, así como de los que movilizan a las últimas costillas, hechos comprobados mediante *Roentgenkimografía*, a la cual ya hemos hecho referencia. Estudia la participación de la histamina, haciendo una enumeración precisa de sus efectos: contracción muscular, exudación intersticial, alteraciones epiteliales, dilatación y aumento de la permeabilidad vascular. Finalmente, enfatiza la participación de los centros nerviosos y plantea las analogías entre el asma y la epilepsia. Como dato importante, que señala la visión global del paciente por parte de Morelli, dice en las conclusiones:

... el ataque de asma es un complejo patológico en el que intervienen numerosos factores. Entre ellos haremos notar que hay uno propio al hombre, el factor psicógeno, que interviene en el asma y que por lo tanto no podrá nunca ser reproducido íntegramente en los animales. El hombre, a diferencia de estos, no es una confederación celular sino una unidad psíquico–física inseparable en su esencia.

XI

En 1940 publica un extenso trabajo sobre sistematizaciones embriogénicas en patología pulmonar *(86)*. En él resume la división de la patología según se manifieste en uno de los tres sistemas embriológicos del pulmón: bronco–alveolar, pleural e hiliar; sistematización funcional, en especial la disgenesia del sistema



EL ISTMO PULMONAR

por

JUAN B. MORELLI

I

A la memoria de Juan Enrique Morelli, fiel inocente.

I. — INTRODUCCION

El segmento terminal del árbol bronquial y su desembocadura o terminación con el infundíbulo (o saco aéreo), posee, a mi modo de ver, una significación de importancia mayor que la que se le ha atribuído hasta ahora. Región confusa y de difícil estudio, parecía deber ser considerada, por causa de la aparición y del progresivo aumento en sus paredes de células y alvéolos respiratorios, únicamente como la zona de pasaje insensible y gradual entre la porción conductora y la porción respiratoria del aparato pulmonar. Zona esfumada y transicional en la cual, es cierto, con los progresos de la histología, se había reconocido la existencia de segmentos de características propias, pero que fueron considerados simplemente como material de soldadura entre las terminaciones bronquiales y los grupos alveolares, al mismo tiempo que establecían un pasaje gradual entre unos y otros elementos pulmonares. Por parte del aparato bronquial se observa, en efecto, la atenuación progresiva de la estructura de los canales respiratorios, mientras que la aparición y aumento progresivo del número de los alvéolos incluídos en sus paredes marca la predominancia creciente del elemento parenquimatoso.

Esta aparente ambigüedad anatómica ha tenido como resultado que algunos autores, por ejemplo: M. Duval, Laguesse, Battisberger, lo incluyan, en parte, en el sistema bronquial; mientras que otros —para algunas de sus partes— lo consideraban como perteneciente al sistema parenquimatoso.

Me esforzaré en probar, aunque sea de una manera somera, tal como lo exige la naturaleza de estas conferencias (1), que se puede aislar entre

(1) Este trabajo sirve de introducción a una serie de conferencias (6 en total) destinadas a tratar simplemente esta cuestión bajo los puntos de vista anatómico, embriológico, fisiológico, farmacológico y patológico.

Figura 55

respiratorio y la sistematización cronológica o evolutiva. Hace una exhaustiva revisión de las patologías respiratorias de diversa etiología de acuerdo con los criterios antes citados.

XII

En un trabajo de 1942 *(89)*, da una visión sintetizadora sobre lo que denomina el istmo pulmonar (fig. 55), formado por la última parte del bronquiolo terminal, el bronquiolo respiratorio, el conductillo alveolar y el atrio, siendo este último el más característico y donde se verifican las reacciones más típicas de la región, al tiempo que constituye la parte más estrecha. Opera allí un mecanismo neuro–muscular, responsable de la regulación del calibre del conducto y, por consiguiente, del flujo de aire. Cataloga al istmo como un complejo tubo–vesículo–mio–mesenquimatoso–vascular, con integración nerviosa y linfática y le da el carácter de una unidad anatomo–funcional autónoma. Estudia la acción de los agentes patógenos, capaces de provocar una serie de cambios bruscos e importantes, que en su conjunto caracterizan al que denomina *síndrome ístmico*. Consideramos que esta publicación es la muestra del dominio de Morelli en materia de embriología, anatomía macro y microscópica, fisiología y patología del pulmón, con tal grado de perfección como sólo puede darlo el estudio directo de la realidad en esos diferentes aspectos durante un tiempo prolongado. A su criterio, la embriología pulmonar no finaliza en el momento del nacimiento, sino que culmina recién alrededor de los doce años, de ahí que factores patológicos actuantes en distintos momentos del desarrollo, puedan causar distorsiones en la sinergia funcional alvéolo–vascular, constituida por elementos de origen embriológico diferente, que se integran durante el desarrollo, *«lo que hace de esta zona un sector muy cambiante y reactivo (y también vulnerable) frente a diversos estímulos»*.

A efecto de afirmar sus observaciones clínicas, recurre a la anatomía comparada, señalando:

Hemos tenido la ocasión de estudiar pulmones de palomas muertas por inyecciones de toxina diftérica... y que en las aves se afirma con su máximum de autonomía los dos importantes componentes del istmo pulmonar: el bronquiolo respiratorio y el canal alveolar persisten, mientras falta en absoluto el alvéolo.

Figura 56
Juan Enrique Morelli Mackinnon (1906–1942).

Morelli toma en cuenta todos esos elementos para sacar conclusiones diagnósticas, pronósticas y terapéuticas. El artículo tiene numerosas imágenes didácticas e innumerables microfotografías. Culmina con una reseña bibliográfica de 130 fichas, de las que sólo dos son de autores argentinos y una del propio Morelli. En el texto hace la siguiente referencia a un investigador compatriota:

... que la contracción de las fibras angulares no fijas, en estructuras angulares, puedan tener como resultado un alargamiento, ha sido sostenido recientemente, por el Profesor Clemente Estable para las fibras cardíacas.

Como manifestación de la sensibilidad de Morelli, dedica el trabajo *«A la memoria de Juan Enrique Morelli, flor tronchada»* (fig. 56).

XIII

Sobre el tema de la sistematización embrionaria del pulmón, vuelve a ocuparse al comentar un libro del checo J. Skaládal, *El sistema cortical del pulmón (90)*. Una vez más señala cómo la ontogenia del pulmón explica algunas particularidades de su patología, en este caso de localización córticopleural.

F. Medicina general

Se reúnen en este parágrafo un conjunto de trabajos que versan sobre diferentes patologías, lo que pone en evidencia la curiosidad de Morelli frente a la fuente inagotable de observaciones provenientes, ya sea de su práctica privada como hospitalaria.

I

El primero de ellos es de 1892 *(15)* y pertenece a la época de los estudios bacteriológicos que Morelli comienza a aplicar a la clínica, con la finalidad de aclarar la etiología. En esta precoz publicación da cuenta de dos casos, pertenecientes a Joaquín de Salterain. Comienza por hacer la distinción entre conjuntivitis crupal y diftérica: en aquéllas no se identifica el *Bacillus diphteriae,* que será aislado a partir de las falsas membranas de los pacientes. El primer caso es una forma grave, en la que se reconocen dos clases de gérmenes: *bacillus* y *diplococcus*. Por medio del cultivo se obtienen dos tipos diferentes de colonias, una de las cuales corresponde al *B. diphteriae* de Löffler. Su inoculación al conejo produce la muerte del animal en 42 horas con las lesiones descritas por Roux y Yersin en la difteria experimental. El otro germen cultivado es un *Streptococcus piogenes,* acompañante habitual del anterior en las falsas membranas. Luego de unos días, el paciente desarrolla estas lesiones, de las que, como ya fue dicho, se aísla el bacilo de la difteria. Esta es la *«contraprueba clínica de la naturaleza de la lesión conjuntival»*. El segundo caso, más benigno, observa microscópicamente gran cantidad de *coccus* y *bacillus*, pero ninguno morfológicamente característico; no obstante, el cultivo desarrolla *B. diphteriae*.

Este trabajo es la primera observación nacional en que se hace diagnóstico bacteriológico de angina diftérica.

II

En 1893 publica en *Comptes Rendus de la Société de Biologie de Paris*, además de un trabajo sobre la colonización secundaria en el beri–beri por diversos tipos de bacterias *(17)*, otro referido a la descripción de un caso de lengua negra *(18)*. Describe minuciosamente esta curiosa afección, en que la lengua adquiere un color negro similar al que tienen los loros y la jirafa.

Esta entidad se caracteriza por la proliferación de las papilas filiformes, que son conolizadas por bacterias cromógenas. El signo también puede ser dibido al depósito melánico en ellas, como se ha observado en negros, ya sea en forma puntata y en el ápex, así como en su totalidad en casos muy raros. La primera descripción corresponde a Bertrand de Saint Germain, que la llamó *negritie*, en la que la pigmentgación toma el centro de la lengua, se extiende hasta ocupar toda la superficie superior, desapareciendo luego de dos o tres meses.[15]

III

En 1900 (*34*) refiere el empleo de *«preparados insolubles de mercurio para el tratamiento de casos graves de sífilis, ya sea por las localizaciones viscerales producidas o por la evolución rápida y la tenacidad y generalización de sus determinaciones vulgares»*. Relata el caso de un hombre con una ulceración sifilítica de la lengua, tratado de ese modo. En el curso del tratamiento se presentó *«una de las complicaciones posibles de observar en el mismo: la embolia pulmonar»*. Establece claramente la fisiopatogenia de la misma, producida por *«obstrucciones capilares»* y los fenómenos de isquemia local subsecuentes. Hace una muy precisa descripción de la clínica de la mencionada patología.

IV

Por su rareza y por las derivaciones médicolegales inesperadas, incluimos este trabajo, también de 1900, titulado *«Chancro sifilítico en el dedo de una partera» (33)*, que muestra cómo a partir de una observación aparentemente intrascendente pueden sacarse conclusiones relevantes y que ningún hecho es indigno de ser tratado en un círculo científico que con espíritu libre y bienintencionado está dispuesto a discutirlo. El caso es el siguiente: cefaleas en una partera luego de una quemadura de mano en el momento de examinar a una paciente. Por ese síntoma consulta a Albérico Isola, quien hace diagnóstico de iritis (sifilítica) e identifica como puerta de entrada la articulación falangino–falangeta del dedo índice, que la enferma consideraba como una parte de su quemadura no curada. Morelli describe el chancro y

la adenopatía epitroclear satélite. La trata con mercuriales y yoduro de potasio, más tarde con una asociación de antipirina, fenacetina y acetanilide, ideada por el profesor Bozzolo de Turín. Se enfrenta a la disyuntiva ética entre dar la información acerca de la enfermedad y denunciar el caso a fin de evitar el contagio:

Tenía que actuar con tanta energía como prudencia. Mentí a esa enferma y le dije que la denunciaría en el caso que ella asistiese a una sola mujer embarazada; que yo sería su primer acusador y que las penas señaladas en el código para su crimen eran penas terribles.

La paciente no volvió a consultarlo. Concluye afirmando la necesidad de examinar a las parteras antes de permitir que toquen a ninguna mujer embarazada.

En la discusión del caso, en el seno de la Sociedad de Medicina, Alejandro Fiol de Pereda apoya la idea porque:

... se les muestra los peligros que hay en ejercer la profesión en esas condiciones, pero muchas veces ellas no quieren ceder porque en algunos casos se trata de personas refractarias a todo lo que es moderno; no quieren saber nada con la antisepsia.

Otro de los asistentes, Augusto Turenne, destaca que el caso es de tanta gravedad que juzga necesario que la Sociedad de Medicina adopte una resolución que siente jurisprudencia al respecto. Afirma contundentemente:

Yo respeto mucho la teoría del secreto profesional absoluto, sobre todo cuando se trata de afecciones que pueden traer consigo vergüenza o perjuicio; pero creo que por encima de estas consideraciones están otras de un orden más elevado. Me pregunto si no hay peligro en esa falta de denuncia. Por mi parte creo que sin violar el secreto médico de una manera explícita, haciendo la denuncia de una manera, por decirlo así, íntima, a la autoridad sanitaria, el Dr. Morelli sin faltar en lo más mínimo a sus deberes de facultativo, hubiera prestado un importante servicio a la población de Montevideo. Opino que en el caso presente de nada han servido sus frases más o menos enérgicas con respecto a la conducta de esta partera: tengo la íntima convicción de que habrá seguido asistiendo, y probablemente a la fecha, más de una mujer se ha sifilizado por el dedo de esta partera, y creo que todo esto se podría evitar si la fórmula que yo propongo, en realidad fuera aceptada por la Sociedad de Medicina, (lo que) no implicaría violación del secreto profesional puesto que no hay necesidad de hacer pública la enfermedad de que padezca la partera. La autoridad sanitaria la llamaría a su seno y si aún presentara signos de poder ser contagiosa, le impediría entonces de una manera severa y enérgica el ejercicio de la profesión.

Morelli responde que a su juicio sería más perjudicial para la sociedad darle al médico el derecho a transgredir el secreto profesional cuando lo considerara necesario que mantener el secreto más absoluto. Hace referencia a Brouardel, profesor de Medicina Legal en París. Fiol de Pereda señala que el secreto debería guardarse siempre que esto no perjudique a la sociedad. Cree que e médico que no actuara en consecuencia sería culpable de los resultados. Turenne acota que aquí como «*siempre el absolutismo es un defecto*». Cree que al no hacerse sino en forma

oficiosa, la denuncia no implica una violación del secreto profesional. Cree que la denuncia es obligatoria y que todavía se está a tiempo de hacerla.

Luis Morquio tercia en la discusión y señala que:

Está de acuerdo con la defensa del secreto profesional, pero que debería hacerse obligatoria la denuncia, como se hace con la tuberculosis y otras enfermedades contagiosas.

Manuel Quintela, otro de los que interviene en la sesión, señala:

... que la propuesta de Turenne es poco práctica y propone que la Sociedad de Medicina informe al Consejo de Higiene sobre la frecuencia de la sífilis en las parteras, para que este tome medidas generales. Cree que el secreto médico no existe desde que en todo el mundo hay enfermedades de denuncia obligatoria.

Morelli manifiesta que su proceder es informar al paciente de que la ley obliga a denunciar su caso; «*si él quiere yo lo denuncio; si él no quiere yo me retiro*». A lo que Morquio contraargumenta que «*con ese criterio los enfermos se quedarían sin asistencia*». Joaquín de Salterain explica los fundamentos de por qué la denuncia obligatoria no es ley en Uruguay y asevera:

Me parece que en un país como el nuestro en que el secreto profesional no existe, que es una ficción teórica, ese secreto médico debe quedar librado a la manera de apreciar cada uno los casos ocurrentes.

Se nombra una Comisión, de la que Turenne y Quintela serán los *rapporteurs*.

V

En 1901 presenta un caso de faringomicosis benigna *(38)*. Este trabajo es de sumo interés. Morelli atribuye la enfermedad a un hongo, cuando en realidad la causante es una bacteria perteneciente al género *Leptothrix*. Refiere con muchos detalles el cuadro clínico. La denominación de esta afección se mantiene hoy en día, aunque es naturalmente incorrecta, ya que alude erróneamente a una etiología micótica. La duda es si realmente la bacteria en cuestión tiene acción patógena propia, originando en este caso la faringitis o si es simplemente un invasor secundario implantado sobre alteraciones patológicas previas, como ha sido reiteradamente sostenido. En efecto, en las muestras de esputo de casos de diferentes etiologías, es frecuente observar estas típicas bacterias, formando verdaderos seudogránulos. Pese a lo excepcional de esta entidad, siempre resulta interesante su identificación[16].

VI

En 1901, presenta un interesante artículo sobre dermografismo familiar *(39)* (fig. 57). El autor relata un cuidadoso estudio familiar de este rasgo patológico, tan peculiar, que encuentra en una de sus pacientes.

Se produce inmediatamente en los puntos excitados una raya roja, que al cabo de tres o cuatro minutos adquiría relieve, persistía in statu quo seis u ocho horas para desaparecer progresivamente en el espacio de una hora. La enferma presentaba este síntoma bien marcado en sus regiones descubiertas, cara, manos, antebrazos, y me aseguró sucederle lo mismo en el tórax y abdomen. Las elevaciones producidas tendrían unos dos o tres milímetros de alto y exigían una presión de mediana intensidad para que fueran bien visibles.

Dermografismo familiar

POR EL DOCTOR J. B. MORELLI

He tenido recientemente ocasión de estudiar una serie de sujetos dermográficos pertenecientes á una misma familia que me parecen presentar algunas particularidades interesantes. La primera enferma observada, N. N., 35 años, gastrópata antigua (tipo hiperpéptico) presenta de un tiempo á esta parte los síntomas de una enfermedad de Basedow bien caracterizada; es además histérica aunque esté dotada de una fuerza de voluntad poco común.

Desde hace muchísimo tiempo había notado que por medio de la uña podía trazar sobre su piel líneas que rápidamente adquirían relieve.

Suponiendo este fenómeno normal no se había detenido mayormente en él. Fué incidentalmente al estudiar su sistema nervioso que pude comprobar la existencia de un dermografismo bien marcado (forma intensiva de Barthélemy).

Como es clásico se produce inmediatamente en los puntos excitados una raya roja que al cabo de tres ó cuatro minutos adquiría relieve que iba creciendo tres ó cuatro minutos más, persistía *in statu quo* seis ó ocho horas para desaparecer progresivamente en el espacio de una hora. La enferma presentaba este síntoma bien marcado en sus regiones descubiertas, cara, mano, antebrazos, y me aseguró sucederle lo mismo en el tórax y abdomen. Las elevaciones producidas tendrían unos dos ó tres milímetros de alto y exigían una presión de mediana intensidad para que fueran bien visibles.

No se obtenía relieve con detalles cuando se efectuaba la presión con una moneda de mucho relieve (1 peso nacional).

La enferma no ha observado acentuación del fenómeno por la ingestión de peces, moluscos, frutillas ó alimento alguno. Las fuertes emociones depresivas que desgraciadamente ha tenido que soportar en estos últimos años no parecen tampoco haber influenciado en nada su dermografismo.

Figura 57

Tiene una excelente intuición al describir este síndrome a nivel familiar e incorporar otros rasgos, posiblemente conectados etiopatogénicamente, como la hipertensión arterial y posibles fenómenos vasomotores a nivel coronario, con lo que elabora una interesante descripción, que se vería entonces en su forma completa. El rasgo dermográfico aparece en dos generaciones y sólo son afectadas las mujeres. Suponemos que se trata de una desviación al azar de lo esperado en herencia autosómica dominante, si bien existe la alternativa, incluso más atractiva, de que se trate de una patología multifactorial en su etiología e influida por el sexo (fig. 58). El autor lo explica como vinculado a la histeria:

Se trata de una familia de dermogáficas en las cuales existen asociadas la influencia gastropática y hemopática, bajo forma de histerismo.

Si bien discutibles, sus conclusiones son un interesante ejemplo de lo que sería una relación psicosomática. Por demás evocadoras son las consideraciones sobre la presencia de antecesores (por línea materna y paterna) de casos de angina de pecho. Las considera como un probable fenómeno vasomotor, asociado a la presencia de hipertensión arterial, lo que constituye un ajustado razonamiento

etiopatogénico sobre un tema relevante en la investigación actual en patología cardiovascular.

En este caso en que vemos coincidir en la misma familia el angor pectoris y las manifestaciones toxicovasomotrices, podríamos pensar en algo más que una simple coincidencia. Parece tratarse de una sensibilidad especial del árbol arterial produciendo reacciones intensas y pasajeras en la juventud en presencia de ciertas causas de excitación y más durables en la edad adulta.[17]

Si bien se tiene por primera descripción del dermografismo familiar a la publicación de Gedele y Mitchell en 1991[18], es preciso asignarle a Morelli la prioridad de casi novena años. Dichos autores la observan en cinco casos en cuatro generaciones y, hecho curioso, tampoco transmitidos de varón a varón.

VII

El siguiente trabajo que comentaremos es de 1902 *(40)* y versa sobre *«pigmentación seudoaddisoniana»*. Demuestra una vez más la sagacidad clínica del autor, su conocida versación fisiológica, así como la inclinación que por esa época tenía por la opoterapia de Brown–Séquard[19] y por los aspectos psicosomáticos de las enfermedades. Refiere un caso basado en la relación escrita del propio paciente, en la cual este relata:

Oscurecimiento del pelo, de la piel de los testículos y pezones, pigmentación amarilla del resto del revestimiento cutáneo, asociadas con astenia, adelgazamiento y trastornos digestivos.

Ha recibido tratamiento con *«cápsulas crudas y cápsulas cocidas suprarrenales»*; las primeras le *«provocaron una fuerte indigestión»*. Morelli hace seguidamente una revisión de la bibliografía existente sobre casos similares.

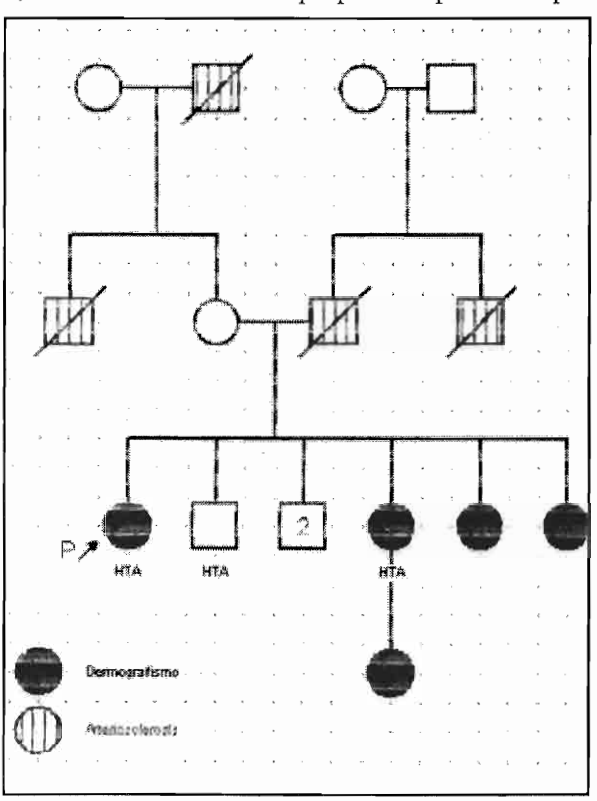


Figura 58

Establece las razones que justificaron el diagnóstico de enfermedad de Addison[20], así como también los argumentos en contra. Destaca:

La intervención posible de la sugestión en este enfermo muy nervioso e inteligente, para agravar los fenómenos subjetivos de la astenia.

Asevera que es posible que la causa sea una...

... alteración tuberculosa superficial de las cápsulas suprarrenales, pero curable; y en realidad no sé por qué en los casos suprarrenales no podría curarse la tuberculosis, que se puede curar en todos los demás órganos.

O bien, continúa:

Podrá suponerse que se tratara de un desorden puramente funcional: alteraciones tóxicas por las toxinas de las bacterias.

El tratamiento instituido por Morelli fue:

Galvanización del simpático a nivel del cuello, primero ascendente, con pésimos resultados, luego descendente, con amejoramiento notable en sus manifestaciones nerviosas.

Evidentemente el caso referido por Morelli corresponde desde el punto de vista nosológico clásico a una enfermedad de Addison, por tener la signología característica de esta afección, lo que invalidaría considerar la pigmentación como seudoaddisoniana. Es este el primer caso de dicha enfermedad publicado en el país.

VIII

Los cuatro trabajos que se analizan a continuación pertenecen al área de la cardiología.

En 1920, Morelli pronuncia una conferencia en la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, que luego es publicada en nuestro medio *(45)* sobre patogenia y tratamiento del asma cardíaca. Comienza planteando el *«problema terapéutico»*, dada la complejidad del síndrome.

Porque la terapéutica racional de este síndrome debe valorar, en todos los momentos, la presencia e importancia de estos múltiples factores, adaptándose a ellos, variando según los casos y modificándose necesariamente durante la evolución de los fenómenos mórbidos.

Ubica el asma en general entre los fenómenos respiratorios. Hace un análisis pormenorizado de los músculos respiratorios principales y accesorios acerca del incremento del trabajo de los mismos que se traduce por disnea. Define al asma en general como *una disnea paroxística.* Con referencia a la de origen cardíaco, afirma que:

Nos falta todavía una explicación patogénica (...) suficientemente amplia para adaptarse a todos los hechos señalados, algunos de ellos a primera vista contradictorios y que explique la sucesión de los diferentes síntomas, la ausencia posible de algunos de estos y la evolución tan variada que puede presentar el acceso.

Analiza cuatro posibles teorías patogénicas: a) hipertensión arterial, que al ocasionar la falla del ventrículo izquierdo sería el origen de la disnea; b)el desfallecimiento cardíaco de Basch, insuficiencia ventricular izquierda sin insuficiencia derecha, que ocasionaría un estado de hiperemia o erección del pulmón; c) la auto intoxicación y la intoxicación alimentaria, determinada por la presencia de sustancias hipertensivas en algunos alimentos o debida a la insuficiencia hepática y renal; d) las retenciones: hiperazoemia, hipernatremia, hipercloruremia.

Pasa luego a exponer la patogenia del asma cardíaca y destaca la influencia de tres factores: a) la acidosis, que actuaría directamente sobre el centro respiratorio; b) los factores digestivos o asma dispéptica, que provocarían influencias reflejas a dicho punto de partida o alteraciones en la composición del medio interno; c) los estímulos nerviosos, por lo que aduce la analogía de las crisis vasculares con las asmáticas, ambas debidas a *«descargas convulsivas del aparato vasomotor, condicionadas por la presencia de alteraciones (...) que incrementan la ya importante expresión del sistema nervioso».*

Analiza a continuación las teorías expuestas y concluye que:

Ninguno de los factores es la causa única del ataque; no podemos encontrar en ellos la clara explicación del asma cardíaca y es lógico que debamos deducir que es el centro respiratorio el que produce el ataque de asma cardíaca, y que las alteraciones circulatorias y discrásicas que hemos enumerado, no desempeñan otro papel que el de causas ocasionales que provocan la reacción propia de dicho centro... y tanto más es esto así, cuanto que sólo por la intervención de una descarga autónoma del centro, puede explicarse la forma intermitente, episódica del síndrome, frente a ciertos estados de carácter permanente o de ritmo prolongado, por ejemplo las retenciones.

Trae como argumento a favor de su aseveración la comprobación clínica de las diferencias entre el asma esencial y la cardíaca:

Falta (en ésta) el espasmo de los bronquios, la secreción de la mucosa y la expiración prolongada, dominando en cambio una regular aceleración de los movimientos respiratorios con igualdad de duración de los dos tiempos, pero a veces se observan formas semejantes al asma bronquial.

Las presentaciones clínicas son variables...

... desde rumorosas y fugaces en medio de un estado gravísimo a las modificaciones bruscas y profundas de la tensión sanguínea, de la fuerza del corazón y de la composición de la sangre, que no van a ser influenciadas profundamente por el acceso...

Otras veces es un accidente grave...

... su importancia es entonces primordial, su repercusión es capital y se puede decir que el sujeto puede entrar en insuficiencia cardíaca, exclusivamente por causa de los accesos de asma circulatoria.

Otro argumento a favor de la participación de la descarga autónoma es que *«el más típico de los agentes farmacológicos utilizados es la morfina».*

Se detiene en el capítulo siguiente en los factores que se presentan durante la evolución y la terminación del acceso. *«Una vez iniciado el ataque de disnea el bulbo es quien tiene la palabra».* Destaca los cambios en el ritmo respiratorio: aceleración de los movimientos respiratorios, con el consiguiente aumento del trabajo respiratorio y la dilatación del pulmón, que determina la posición inspiratoria, con el consiguiente aumento del vacío intratorácico, que a su vez conduce a la alteración de la circulación pulmonar, con estancamiento pasivo de sangre a ese nivel. Estos cambios, *pueden o no corresponderse con alteraciones en las curvas «pneumográficas».* Lo fundamental es, a su criterio, el efecto de aspiración que se ejerce directamente sobre el corazón, órgano intratorácico, cuyas partes de paredes más delgadas son las más afectadas. Conjuntamente con las modificaciones de la circulación pulmonar, estos cambios llevan al desfallecimiento progresivo de la tonicidad cardíaca.

La aspiración torácica que continúa elevada, sigue favoreciendo la afluencia de la sangre venosa al corazón derecho. La aurícula y el ventrículo izquierdo debilitados y las cavidades derechas fuertemente dilatadas, dificultan más, por una parte, los cambios respiratorios, mientras por la otra permiten la aparición de la más temible complicación cual es el edema pulmonar.

Esta alteración provoca una asfixia rápida con cianosis intensísima. Esta anoxemia contribuirá, a su vez, a mantener de una manera secundaria la excitación del centro respiratorio.

El estado asfíctico de la sangre tiende además a debilitar las contracciones cardíacas y cuando como en este caso se produce de una manera brusca, resulta una fuerte excitación del centro vaso motor, cuya excitación aumenta la resistencia al trabajo ya debilitado del corazón. Se produce, por lo tanto, un verdadero círculo vicioso, consistiendo el eslabón intermediario, en el estado asfíctico de la sangre, factor secundario en cuanto a su aparición, pero que tiende a prolongar el estado patológico que le ha dado origen.

Estudia luego las variaciones en la presentación clínica del ataque, su forma nocturna, las relaciones del asma cardíaca con el edema pulmonar, la patogenia de este último (retención hidrosalina, participación suprarrenal, aumento de la volemia y de la viscosidad sanguínea, alteración de las paredes de los capilares pulmonares, participación del sistema nervioso central) y la depresión del centro respiratorio, responsable del ritmo de Cheyne–Stockes.

La oposición teórica entre el asma cardíaca y este último ritmo respiratorio no implica la posibilidad de que coexistan en el mismo enfermo, puesto que en estados de extremo desorden

circulatorio no es de extrañar que se mezclen y se subsigan manifestaciones de excitación extrema y de desfallecimiento progresivo.

En el capítulo V aborda el tratamiento del asma cardíaca: la morfina, la atropina...

... las emisiones sanguíneas, los nervinos e hipnóticos (bromuro, valeriana, veronal, isopral, adalina, cloral), el oxígeno, los diuréticos (teobromina, diuretina, agurina, teocina, digital), el tratamiento de la acidosis (dieta, bicarbonato o citrato de sodio, dextrosa, vía oral, subcutánea o intravenosa).

Cita como recurso, en los casos en que falla la sangría, la punción lumbar, que es un *«arma de doble filo»* y no debe usarse en sujetos proclives a una hemorragia cerebral *ex vacuo*. Entre los vasodilatadores, cita:

... el nitrito de amilo, la trinitrina, los nitritos alcalinos, el tetranitrato de eritrol y el espíritu dulce de nitro. Finalmente analiza el empleo de los tonicardíacos (digitalina, estrofantina, ouabaína, el alcanfor – el más frecuentemente utilizado por vía subcutánea–, o el oxialcanfor) y de la medicación yódica (droga esta última cuya acción sobre el centro respiratorio es indudable).

Evidentemente, por su extensión, por el conocimiento profundo de la fisiología, la patología, la clínica y la terapéutica de uno de los más comunes episodios cardiovasculares que el médico debe encarar, este artículo, con constantes alusiones a la más reciente literatura, con una lógica expositiva perfecta, con un criterio didáctico acertado, en pocas páginas, brinda una síntesis magistral sobre los principales problemas de la cardiología en el momento en que fue escrito. Podríamos decir que esta publicación es una verdadera joya, que expone la perfecta conjunción de la medicina anatomo–clínica con la interpretación fisiopatológico–experimental, atenta a la aceptación de dicho mecanismo hemodinámico, admitido en esa época. Quedan expresamente observados y deslindados aquellos hechos claros y comprobados con respecto de los hipotéticos (probables o imposibles). Deja la enseñanza de que la realidad clínica es un hecho complejo, multifactorial más que causal y que en ese enmarañado conjunto de relaciones se debe mover con cautela el médico, cuando no quiere engañarse con dogmas o explicaciones simplistas y cómodas.

IX

En 1928 presenta una comunicación sobre el edema pulmonar en la estrechez mitral (*61*). Afirma que si bien...

... se conocía el edema cardíaco agudo en las estrechadas durante el trabajo de parto (accidentes grávido cardíacos de Peter, Huchard y Vinay) o como consecuencia de una insu-

ficiencia cardíaca intensa, hay otros, de escasa entidad y corta duración, que pueden pasar inadvertidos si la anamnesis no es muy cuidadosa o si el médico no tiene ocasión de ser testigo de ella.

Hace la recopilación de 29 casos de la literatura mundial, aparecidos entre 1903 y 1922, a los que agrega el suyo personal. Realiza una cuidadosa descripción de la semiología cardiovascular observada en el mismo. Refiere que las crisis se repiten y agravan, hasta que se instala una insuficiencia cardíaca. Utiliza con solvencia las informaciones que brinda el electrocardiograma, así como las imágenes radioscópicas y radiográficas seriadas. Concluye que cuando a la estrechez mitral se agrega la insuficiencia pulmonar primero y tricuspídea después, lo que determina un descenso de la presión en la pequeña circulación, los accesos de edema pulmonar desaparecen.

Mi caso parece demostrar la importancia de las variaciones del elemento mecánico en el lecho de la circulación de la arteria pulmonar.

Recuerda la enseñanza de King de 1831, autor que denominó al fenómeno mencionado, *«efecto de válvula de seguridad»*. Plantea que algunas de las alternativas de empeoramiento podrían explicarse por empujes de endocarditis, los que, a su vez, pueden ocasionar la insuficiencia tricuspídea. Caracteriza finalmente al *pequeño edema pulmonar a repetición de la estrechez mitral*, al que considera como forma autónoma, mientras que las variedades asistólicas no se diferencian de los edemas que ocurren en el curso de otras afecciones circulatorias. No descarta la participación nerviosa, por lo que aconseja la belladona y la atropina, así como los bromuros, nervinos e hipnóticos. En esta publicación se manifiesta, una vez más, la solidez de los conocimientos fisiológicos de Morelli, que, aplicados a la clínica y con elementos de la naciente paraclínica, le permiten sacar conclusiones con derivaciones pronósticas y terapéuticas.

X

En el mismo año, presenta en colaboración con Alberto Mañé otro trabajo de interés cardiológico (*62*). Se refiere a la intervención de una paciente, afectada de estrechez mitral en etapa de insuficiencia cardíaca, que presenta una colecistitis supurada:

La única probabilidad de curación, podría conseguirse por vía quirúrgica. Se descartó naturalmente la anestesia general y cualquier veleidad de efectuar una cura radical (colecistectomía). Anestesia local y colecistostomía, por lo tanto, lo que resuelve el caso.

Esta historia clínica demuestra pues, acabadamente, que las cardiopatías no contraindican en una manera absoluta las intervenciones quirúrgicas, siempre que éstas puedan ser efectuadas con anestesia local. Estando nosotros, por lo tanto, completamente de acuerdo con lo sostenido por Laubry en la Sociedad Médica de los Hospitales de París.

XI

En 1934, en colaboración con Camilo Fabini (*71*), refiere un caso de pulso paradojal (desaparición inspiratoria), unilateral o asimétrico, por la presencia de un tumor de mediastino de rápida evolución. La explicación fisiopatogénica hipotética (pues no cuenta con datos necrópsicos) es que:

... el tumor con sus múltiples conexiones al mediastino posterior y anterior, realiza un estado de cosas equivalentes a las producidas por las sínfisis y adherencias, pero obrando exclusivamente o preferentemente, sobre el tronco braquiocefálico.

El pulso de Kussmaul o pulso paradojal es la disminución de este en la inspiración descrito en la pericarditis adhesiva[21].

XII

En 1924, Morelli publica dos trabajos sobre sífilis. El primero, titulado *Sífilis hepática febril* (*49*), comienza con una revisión cuidadosa de la literatura sobre la presencia de fiebre y hepatomegalia dolorosa en los enfermos sifilíticos. Presenta el caso de una paciente de veintiocho años de edad que consultó por ictericia y dolor en epigastrio, que presentaba hepatomegalia dolorosa. El único antecedente a destacar era que un año antes se había hecho cargo de amamantar a un niño del Asilo de Expósitos.

La criatura tenía una erupción pustulosa discreta en el tegumento externo por cuya causa se resistía a recibirla; pero un médico le había asegurado que no se trataba de afección contagiosa, por lo que cual había cedido. Al cabo de un mes de lactancia le había aparecido una herida costrosa en el pezón izquierdo, a la que no había dado importancia y que no tardó en cicatrizar espontáneamente.

Tiempo después fue operada con diagnóstico de colecistitis aguda, ocasión en la que se comprobó:

Una masa blanquisca traslúcida, formada por la conglomeración de cuatro masas redondas del tamaño de tres pequeñas nueces. Ante la sospecha expresada por los cirujanos de que se tratara de un neoplasma, pedí que se extrajera un fragmento para ser estudiado al microscopio.

Este estudio comprobó que se trataba del tejido del goma sifilítico típico y como tal fue tratado. Morelli destaca que es el primer caso de sífilis hepática febril con comprobación anatómica completa, con un diagnóstico relativamente precoz y que abrió la posibilidad de una curación completa de la enfermedad. Finaliza relatando otras dos historias similares observadas por él muchos años atrás.

En el segundo trabajo, sobre *sífilis maligna* (*50*), se presenta un caso de esta enfermedad, caracterizado por evolución rápida, presencia de lesiones en nume-

rosos aparatos y órganos, así como resistencia marcada al tratamiento específico. Morelli señala que la presentación del caso es interesante, ya que el cuadro clínico complejo y agudo daba la impresión de una septicemia y como tal fue tratada las dos primeras semanas. Destaca la jerarquía de la reacción de Wasserman y concluye:

... finalmente tengo que hacer resaltar la importancia capital que asumió el dato suministrado de un chancro anterior en el que se habían encontrado treponemas. La anamnesis, que tan a menudo se reconstruye de una manera apurada e incompleta, respondió a su cometido, que, según el viejo adagio clínico es: dar en algunos casos la mitad del diagnóstico, mientras que en otros lo da por entero.

Estas observaciones son sumamente interesantes por lo simples, lo frecuentes y lo características. En esos años el concepto de sífilis cursando en tres periodos era aún poco difundido. La sintomatología llevaba muchas veces a diagnósticos erróneos por no conocer ese concepto. Esta idea también condujo a otros errores diagnósticos, como confundir las hepatitis virales con secundarismos sifilíticos, en épocas en que las pruebas serológicas estaban aún sujetas a errores de importancia. Luego de la aparición del tratamiento quimioterápico de la sífilis, con el 606 y el salvarsán[22], muchas veces se trataron hepatitis virales con esta terapéutica agresiva, con los resultados que se pueden inducir. Hasta la década de 1950–60 la neurosífilis era la proveedora del mayor número de entidades nosológicas neurológicas, tanto generales como focales. Se describieron así numerosos síndromes atribuidos a dicha etiología. Al ser controlada la sífilis por el tratamiento efectivo, la penicilina, esta causa fue mermando y muchos de los cuadros clínicos atribuidos previamente a ella, pusieron en evidencia otras etiologías, de las cuales no pocas son genéticas.

XIII

En la bibliografía de Morelli hay dos publicaciones sobre temas hematológicos, la primera es de 1927, en colaboración con Juan N. Quagliotti sobre *poliglobulia oscilante* (*60*). Presentan un enfermo de 51 años, con insuficiencia cardíaca descompensada...

... pero (en el que) llamaba poderosamente la atención la coloración especial de su piel y sobre todo la de sus mucosas bucales, violáceo púrpura (propias) de las eritremias.

El laboratorio demostró 14.000.000 de eritrocitos por mm³. La enfermedad parece...

... haber comenzado tres meses antes con cefaleas, amaurosis, zumbidos de oído, epistaxis, diarreas de materias oscuras, rectorragias, dolores precordiales, disnea, edemas y nocturia... Inmediatamente se le hace una gran sangría de 400 c. c., se le da un drástico y la medicación cardiotónica apropiada.

El profesor Isola diagnostica por el fondo de ojo una enfermedad de Vaquez[23]. Los autores se preguntan si la asociación de eritremia, nefritis e hipertensión no sería la forma hipertónica de Geisbock. Plantean que podrían estar frente a una poliglobulia falsa o transitoria, como se observa, especialmente en los recién nacidos, por deshidratación. Piensan en la posibilidad de una poliglobulia compensadora o reaccional, *«llamada por Birn–Hirschfeld eritrocitosis»,* que, conjuntamente con la enfermedad de Vaquez, constituyen las poliglobulias verdaderas, que son aquéllas debidas a hipoxia de diversas causas. Inquieren si en el caso presentado, que culmina con la muerte del enfermo por insuficiencia cardíaca, la poliglobulia no podría *«obedecer a la cianosis (hipoxia) por obstáculo respiratorio. «* Concluyen que se trataba de un verdadero poliglobúlico con nefritis concomitante hipertensiva. Del poliglobúlico esencial tenía la poliglobulia oscilante, a causa de sus ocultas hemorragias (digestivas)...

... de allí que le hayamos aplicado la frase clásica, dada al hígado cardíaco con remisiones paroxísticas de su poder circulatorio, el hígado en acordeón; en nuestro caso de poliglobulia oscilante en acordeón. Se trataba de una eritremia que quería negar su existencia con sus propios síntomas.

El segundo trabajo hematológico es de 1932, en colaboración con Alberto Morelli (*69*) y versa sobre irradiación del bazo en el púrpura. Se trata de una enferma de 25 años, con tuberculosis pulmonar localizada a derecha y pequeñas lesiones hiliares del lado izquierdo y en el lóbulo inferior del mismo. Fue tratada con sales de oro, que se suspendieron por la aparición de albuminuria. Se presentaron luego epistaxis y púrpura, hematurias abundantes y expectoración hemática, así como menstruación abundante y prolongada. Se inyectó *«coaguleno y suero de caballo».* Ante la gravedad del caso y antes de efectuar la esplenectomía, ensayaron la roentgenterapia, el 5 de noviembre de 1930. Esto determinó una rápida mejoría, hasta que el ataque de púrpura se dio por curado. Hacen una enumeración de las posibles etiologías, que van descartando, y por descarte consideran que se trata de un púrpura esencial agudo. Este es un nuevo caso a agregar a los de irradiación del bazo en enfermedades hemorragíparas en las cuales se ha obtenido un resultado positivo. Consideran las posibles patogenias de este proceso terapéutico, entre otras, que:

... al irradiar órganos ricos en sangre, la destrucción celular pone en libertad sustancias que aumentan la coagulación de la sangre y producen una constricción de los vasos. Hay quien llega a aconsejar la irradiación profiláctica preoperatoria en todos los enfermos para evitar las hemorragias quirúrgicas.

Este procedimiento terapéutico, que tuvo su auge en los primeros tiempos de la radioterapia, dejó de usarse a mediados de la década del 50, momento a partir del cual comenzó a realizarse la esplenectomía y los cuidados profilácticos con penicilina primero y luego con la vacuna antineumocóccica. La irradiación

tiene un efecto que suele ser transitorio, presenta además el inconveniente de producir adherencias periesplénicas, que pueden dificultar una esplenectomía posterior. No obstante, aún hoy día tendría muy excepcionales indicaciones en casos de contraindicación quirúrgica

Es digno de mención que Morelli fue uno de los primeros en aplicar los rayos X como medio terapéutico. En 1924, publica un caso de mejoría de una tuberculosis hepática mediante dicho recurso (*51*), que por su originalidad analizaremos brevemente. Presenta el caso de un hombre de cuarenta y tres años, con elementos de compromiso de la base del pulmón derecho, que empeora progresivamente. El diagnóstico fue perihepatitis supurada infradiafragmática de causa desconocida. Alfonso Lamas lo intervino quirúrgicamente, comprobando una hepatomegalia de superficie irregular, que hizo pensar en un cáncer. Practicada la biopsia, se comprueba una cirrosis tuberculosa. Al cabo de dos meses y medio (en el año 1902), Morelli realizó radioterapia, dos o tres veces por semana, de diez minutos de duración en cada ocasión, colocando el tubo a treinta centímetros de la piel. En total se hicieron tres meses de tratamiento, *«con un resultado tan brillante como inesperado»*. La salud del enfermo se recuperó, volvió a Italia donde residía, falleciendo dos o tres años después.

XIV

En otro interesante trabajo aborda el problema de la autointoxicación (*84*) que fue promovido en la literatura latina por Charles Bouchard. Se trataba de enfermedades atribuidas a la degradación de las proteínas en cantidades elevadas y que no eran rápidamente eliminadas y que...

... obran como agentes nocivos y causan trastornos funcionales y más aún lesiones orgánicas sistematizadas.

Esta teoría había sido según Morelli rechazada sin razón pues no se buscó darle una confrontación experimental. Algunas de aquellas sustancias tienen una acción tóxica farmacológica, como son las llamadas aminas biológicas: histamina, tiramina, adrenalina, simpatinas, etc... Emprende el estudio experimentalmente en el cobayo con la inyección de histamina prolongada y expone el resultado de estas experiencias con todo detalle histopatológico. Obtiene así lesiones a nivel pulmonar, donde se produce una bronquiolitis obliterante y mientras en otros órganos se observan tanto lesiones de inflamación crónica como de degeneración seguida de secuelas fibrosas. Es interesante la inquietud de los autores por explorar un campo que se hará cada día más fecundo en la fisiopatología del tejido mesenquimático como causa patogénica de muchas afecciones hasta entonces mal definidas.

G. Conclusiones

Juzgada globalmente la obra científica de Morelli, en toda ella se refleja un vivo interés por la investigación clínica. Tomando como punto de partida su sólida formación en las materias básicas, anatomía patológica, bacteriología, fisiología y fisiopatología, se van sucediendo trabajos inicialmente orientados a la comprobación etiológica de enfermedades de origen infeccioso en general, para luego orientarse en forma decidida y con profundidad hacia la tisiología y la neumología. Se puede decir que aborda todos los grandes temas de dicha nosología para la época. No descuida sin embargo tratar otros tópicos de clínica médica, particularmente neurológicos, a los cuales hace contribuciones importantes en las que pone de manifiesto no sólo una correcta información sino perspicacia diagnóstica.

Entre lo más original de toda esta obra debemos destacar: A) la descripción del dermografismo familiar en el que le corresponde prioridad, B) su tratado sobre el neumotórax artificial y otras intervenciones quirúrgicas en la tuberculosis pulmonar, que deben parangonarse a cualquiera de los que fueron publicados en ese período, C) su descripción de la disgenesia pulmonar, también la publicación prínceps de una entidad aún no descrita y que debe llamarse enfermedad de Morelli y Morelli, D) sus consideraciones sobre fisiopatología respiratoria, concretadas en sendos trabajos sobre sistematización embriológica del pulmón, así como el que denomina síndrome del istmo pulmonar.

Notas

1) Ver cap. XIV.
2) Ver cap. IV y V.
3) Thomas Sydenham escribió en 1683 su obra mayor, el tratado sobre la gota, enfermedad que personalmente él sufría y que sigue siendo una de las mejores descripciones de esta enfermedad. Dos de sus amigos, el químico Robert Boyle (1627–1691) y el filósofo John Locke (1632–1704), con quienes compartía la admiración por Bacon, contribuyeron a orientarlo en sus estudios sobre las epidemias. Estableció la relación entre los piojos y el tifus, priorizó el uso del opio como una panacea, por lo que dio en llamársele *doctoribus oipiatus*, así como el hierro en el tratamiento de la anemia y la quinina en el de la malaria. Preconizó el empleo de aire frío y bebidas heladas en los pacientes febriles, en sustitución de los métodos para inducir la sudoración empleados hasta entonces. Estudió la gran plaga de Londres, al igual que la severa epidemia de viruela que la siguió. Propuso el uso de la cinchona en el tratamiento de la viruela e inventó el *laudanum*, que simboliza su aporte a la medicina. La corea lleva su nombre tan sólo por dos parágrafos intercalados en uno de sus tratados.
4) Hunt, J. R. On herpetic inflamation of the genicular ganglion. A new syndrome and its complications. J. Nerv. Ment. Dis. (1907), 34:73–96. Se distinguen con igual denominación tres entidades nosológicas: Síndrome de Ramsay Hunt II, que es el descrito por Morelli; Síndrome de Ramsay Hunt I: rara forma de disinergia cerebelosa, caracterizada por temblor

intencional y a menudo asociada con convulsiones y elementos de epilepsia mioclónica; Síndrome de Ramsay Hunt III: afección ocupacional caracterizada por neuritis por compresión de la rama palmar profunda del nervio ulnar.
James Ramsay Hunt (1872–1937) se graduó en la Universidad de Pennsilvania en 1893, luego estudió en París, Viena y Berlín. Retornó para practicar la neurología en New York, donde fue docente de la Universidad Cornell entre 1900 y 1910. Hizo investigaciones sobre la anatomía y patología del cuerpo estriado y del sistema extrapiramidal. Culminó como profesor de neurología en la última universidad citada, en 1924.

5) Douglas Moray Cooper Lamb Argyll Robertson (1837–1909). Oftalmólogo y cirujano ocular escocés, discípulo de Albrecht von Graefe (1828–1870). En 1869 describió el fenómeno que nos ocupa en dos artículos. No fue sino a comienzos del siglo XX en que la sífilis fue generalmente aceptada como causa de diferentes manifestaciones del sistema nervioso central, luego del descubrimiento del *Treponema pallidum* por Schaudinn y Hofmann en 1905 y el test serológico por August Paul von Wassermann (1866–1925) en 1906. Esto le dio al signo especificidad diagnóstica. Bibliografía Robertson, D. A. On an interesting series of eye symptoms in a case of spinal disease, with remarks of the action of beladonna on the iris. Edin. Med. J. (1893), 14:696–708; Robertson, D. A. Four cases of spinal myosis; with remark of the action of light on the pupil. Edim. Med. J. (1869), 15:487–493.

6) Duke–Elder, S. System of ophthalmology (1971), 12:658; Miller, N. and Newman, N. Clinical neuroophtalmology. The essentials (1999), 46.

7) gradecemos al Profesor Antonio Borrás este interesante comentario.

8) Georges Charles Guillain (1876–1961). Estudió medicina en París, donde se interesó rápidamente por la neurología. Su primera publicación de 1898 versó sobre lesiones del plexo braquial. Se doctoró en 1902. Jefe de Clínica Neurológica en 1910, participó en la I guerra mundial. Luego actuó en el hospital de Charité, hasta que alcanzó el profesorado en 1923, que ejerció en la Salpetrière hasta su retiro en 1947. Fue miembro de las Academias de Medicina de Francia, Estados Unidos y Japón. En 1949 fue designado comendador de la Legión de Honor. Se recuerda especialmente la descripción conjuntamente con Barré del síndrome de neurona motora anterior agudo y reversible.

9) Brito Foresti, J. Lepra anestésica. Rev. Med. Uruguay (1899), 2:85–87 y 120–122 y Brito Foresti, J. Lepra anestésica. Rev. Med. Uruguay (1899), 2:85–87 y 120–122.

10) Ver capítulos II y IX.

11) Mac Rae, D. F. Congenital cyst diseases of lung. Canad. Med. Assoc. (1947), 57:545–550.

12) Baum, G. L. et al. Cystic diseases of the lung, Report of 88 cases with an aetiological relationship. Finn. J. Med. (1966), 40:578–602.

13) McKussick, V. Mendelian inheritance in man, (1996), 1:178500.

14) Agrademos al Dr. Ismael Conti Díaz su colaboración.

15) Saint Germain, Bertrand de. Sur la langue noire. Acad. Scien. Paris, (1855):73; Kullaa–Mikkonen, A. Morphology variations of the dorsal surface of the human tongue. Proc. Finn. Dent. Soc. (1955), 81:1204–110; Selly C. ad Flint S. An atlas of stomatology oral diseases and manifestations of systemic diseases, London (1989): 154.

16) Agradecemos este informe al Dr. Ismael Conti Díaz.

17) Agradecemos al Dr. Víctor Raggio su colaboración.

18) Gedele, K. B. y Mitchels, V. V. Familial dermographism Am. J. Genet.(1991),39:201–203.

19) Charles Édouard Brown–Séquard nació en isla Mauricio. Fue a París, al igual que Claude Bernard, paraser escritor de obras teatrales, pero comenzó a estudiar medicina. Allí trabajó junto a los mayores exponentes de la clínica de la época, Armand Trousseau (1801–1867) y Henri Louis Roger (1809–1891). Pero también como Claude Bernard, prefirió la investigación

fisiológica Cuando su madre murió en 1843, volvió a Mauricio, de donde retornó con rapidez, al no encontrar ubicación en su sitio natal. Se doctoró en Medicina en 1846 y fue el protegido de Pierre Rayer (1793–1867), con quien participó en investigaciones en la Charité, tomando especial interés en la función del jugo digestivo. Su tesis lo llevó a descubrir que la hemisección de la médula producía anestesia del lado controlateral y conservación de la sensibilidad del mismo lado. Contribuyó al descubrimiento del sistema vasomotor por parte de Claude Bernard, gracias a los experimentos de estimulación del ganglio simpático cervical superior, pruebas efectuadas en condiciones de extrema carencia de medios materiales. En una encrucijada crítica, se embarcó para Estados Unidos muñido de una carta de su joven amigo Pierre Paul Broca (1824–1880), dirigida a la Universidad de Pennsilvania. Pese a sus esfuerzos, no consiguió ubicarse académicamente, pero sí casarse con una bostoniana, luego de lo cual regresó a Francia en 1853, donde encontró la gran epidemia de cólera, ocasión que le sirvió para brindar ayuda sanitaria y comprobar la potencial eficacia del láudano, para lo que bebió vómitos de enfermos, llegando casi a morir... intoxicado por el láudano. En 1855 comenzó su práctica clínica, aplicando un estimulador eléctrico, en el tratamiento de la epilepsia. Luego de un nuevo pasaje por Boston, vivió dos años en Londres, donde ejerció gran influencia sobre el joven John Hughlings Jackson (1835–1911). Entre 1864 a 1867 fue profesor de fisiología en The Harvard Medical School. Luego de idas y venidas inició una etapa de actividad intensa: fundó una revista y un laboratorio de fisiología en New York, dio conferencias in Boston, London, Dublin y París y escribió docenas de artículos científicos. En 1878, ya ciudadano francés, sucedió a Claude Bernard en el *Collège de France*, donde frecuentemente delegaba funciones en su discípulo Jacques Arsène D'Arsonval (1851–1940). En 1880 fue elegido miembro de la *Académie Française*. Pese a su inicial afición por la neurología, sus investigaciones lo condujeron a la endocrinología, campo en el cual definió el concepto de hormona. El 1 de junio de 1889 presentó a la *Société de Biologie de Paris* un reporte sensacional: creía haberse rejuvenecido mediante las inyecciones subcutáneas de un líquido extraído de los testículos de conejos de indias recién sacrificados (Expérience démontrant la puissance dynamogénique chez l'homme d'un liquide extrait de testicule d'animaux. Archives de physiologie normale et pathologique, Paris, 1889, 5, sér. 1: 651–658 y Comptes rendus de la Société de biologie, 1889; 41: 415–422), lo que significó el inicio de la moderna opoterpia y de la hormonoterapia. El gran logro de Brown fue comprender que a través de las secreciones internas las células podían influir unas sobre otras, sin la acción del sistema nervioso. Su mayor descubrimiento fue poner en evidencia que las glándulas suprarrenales son esenciales para la vida (Recherches expérimentales sur la physiologie et la pathologie des capsules surrénales. Comptes rendus hebdomadaires des séances de l'Académie des Sciences. Paris, 1856, 8: 422–425.).

20) Thomas Addison (1795–1860). A partir de sus comienzos se interesó en enfermedades de la piel. Esto muy probablemente lo condujo a describir la pigmentación propia de la enfermedad que lleva su nombre. En 1817 se inició como docente en el Guy's Hospital, donde sucedió a Richard Bright como profesor en 1854. La historia de la enfermedad de Addison comienza con la publicación de un corto artículo en el *London Medical Gazette*, bajo el título de *Anaemia – disease of the suprarenal capsules*. Este artículo fue seguido por una monografía sobre el mismo tema (*On the Constitutional and Local Effects of Disease of the Suprarenal Capsule*, Londres, 1855). Pese a ser negada por gran parte de las autoridades médicas europeas, el autor describió con precisión la afección, vinculándola a un deterioro de las glándulas suprarrenales, especialmente en un enfermo visto años antes por Bright. Confundió, sin embargo dicha insuficiencia con la anemia perniciosa, que, habiendo sido descrita con anterioridad, dio lugar a problemas de prioridad y que hoy es conocida como anemia de Addison–Biermer. Otros hallazgos de Addison fueron el *xantoma diabeticorum*, la esclerodermia circunscripta, la patología de la neumonía (Addison, T. Chronic Suprarenal Insufficiency, Usually due to Tuberculosis of Suprarenal Capsule. London Medical Gazette, n. s. (1849), 43: 517–518; On the Constitutional and Local Effects of Disease of the Supra–renal Capsules, London, 1855).

21) Vale la pena reseñar la azarosa vida de Wilheim Griesinger, niño precoz, obtuvo su bachillerato en 1834. El mismo año ingresó a la Facultad de Medicina de la Universidad de Tübingen. Fue muy crítico con sus profesores, insuficiencia que sustituyó con la lectura de la obra fisiológica de Johannes Müller (1801–1858), así como del *Traité d'anatomie pathologique* (3 volumes, Paris, 1829) de Gabriel Andral (1797–1876). Las diferencias con los docentes, determinó su suspensión por un año, pero, en otro acto de rebeldía, Griesinger se dirigió a la Universidad de Zurich, lo que estaba prohibido por el Bundestag. Allí estudió bajo la dirección de Johann Lukas Schönlein (1793–1864), familiarizándose con la obra magna de este, *Allgemeine und Spezielle Pathologie* (1832), pero fue especialmente marcado por la enseñanza clínica de dicho eminente profesor. Vuelto a Tübingen, se doctoró con una tesis sobre difteria (*Garrotillo*), hoy perdida. Inmediatamente se trasladó a París, donde tomó contacto con François Magendie (1783–1855). En 1839 inició su práctica en Friedrichshafen über Bodensee y al año siguiente ocupó el cargo de asistente del Manicomio del castillo de Winnethal bajo la dirección de Ernst Albert von Zeller (1804–1877), donde trabajó por espacio de dos años y recogió la experiencia que le serviría de base para su famoso libro sobre enfermedades mentales, aparecido en 1845. Luego de nuevos viajes a París y Viena, se establece primero en Stuttgart y luego en Tübingen, como asistente en la clínica de su amigo Wunderlich. Allí recibió la habilitación docente en 1843, siendo profesor extraordinario de patología, materia médica e historia de la medicina en 1847. Entre 1849 y 1852, fue feje del departamento estatal de salud de Egipto y médico personal del califa Abbas. Si bien retornó a Stuttgart, la experiencia en África le sirvió para redactar en 1857 su libro sobre enfermedades infecciosas. En 1854 fue nombrado profesor titular de clínica médica en Tübingen. Más tarde ocupó la misma posición en Zürich, donde planeó el nuevo hospital psiquiátrico, Burghölzli. En 1894 se trasladó a Berlín, donde, como sucesor inmediato de Moritz Heinrich Romberg (1795–1873) en el hospital de la Charité, ejerció como profesor de psiquiatría y neurología. Fundó dos publicaciones periódicas que pronto serían las primeras del mundo, *Medicinisch–psychologische Gesellschaft* y el *Archiv für Psychiatrie und Nervenkrankheiten*. Murió de una peritonitis apendicular el 26 de octubre de 1868.

Adolph Kussmaul, nacido en Graben en 1822 y muerto en Heiderberg en 1902. Inició sus estudios médicos en 1840 como asistente de Frantz Karl Nägele (1778–1851), terminados los cuales pasó a Viena, donde se graduó en 1846. Pasó luego a Heilderberg, Praga y Viena. Por razones de salud, dejó la práctica médica y se trasladó a Würsburg, dado que Rudolph Virchow (1821–1902) enseñaba allí. Recibió el título de Doctor en 1855. Fue, sucesivamente profesor de medicina interna en Heilderberg, Freiburg y Strassburg, donde permaneció hasta su muerte. Escribió sobre muchos temas, incluyendo psicología, neurología y patología. Fue el primero en describir la periarteritis nodosa y la parálisis bulbar progresiva y en diagnosticar la embolia mesentérica. Quizás su más importante trabajo fue el libro sobre afasias. Su nombre está asociado con múltiples cuadros patológicos, entre ellos el llamado pulso o signo de Kussmaul, debido a una restricción en la diástole del ventrículo derecho (Kussmaul, A. Über schweilige Mediantino, Pericarditis in den paradoxen Pulse. Berlín Klin. Wissensch (1873), 10:433–461).

22) Paul Ehrlich (1854–1915). Bacteriólogo y premio Nóbel alemán, conocido por sus estudios sobre el sistema inmune y por su método para el tratamiento de la sífilis. Como responsable del Hospital de la Charité en Berlín, impulsó el campo de la hematología, desarrollando métodos para la detección y diferenciación de diversas enfermedades de la sangre. La más significativa de sus innovaciones fue el uso de diferentes colorantes, por ejemplo los azules de metileno y de indofenol, como tintes selectivos para diferentes tipos de células. Su principal contribución a la medicina fue la teoría de la inmunidad de cadena lateral, que establecía la base química para la especificidad de la respuesta inmunológica. Con esta teoría se intentó explicar la capacidad de ciertas toxinas para producir tanto un efecto tóxico como una respuesta inmune en los mamíferos. Ehrlich postuló que las células tienen en su superficie moléculas receptoras específicas, o cadenas laterales, que sólo se unen a determinados grupos químicos de las moléculas de toxina; si las células sobreviven a esta unión, se produce un excedente de cadenas

laterales, algunas de las cuales son liberadas a la sangre en forma de antitoxinas circulantes, lo que hoy llamaríamos anticuerpos. Esta teoría sentó las bases de las modernas teorías inmunológicas. También hizo importantes aportaciones en el campo de la quimioterapia, que incluyen el uso del 606, la llamada *«bala mágica»* o salvarsán, una preparación de arsénico orgánico empleada en el tratamiento de la sífilis. En 1908 compartió el Premio Nóbel de Fisiología y Medicina con el bacteriólogo ruso Iliá Mechnikov en reconocimiento al trabajo de ambos en el terreno de la química inmunológica. Recibió también la Gran Medalla d Oro Prusiana de la Ciencia (1903) y la Medalla Liebig (1911); fue nombrado miembro honorario de más de ochenta sociedades médicas y científicas nacionales y extranjeras, y recibió varios doctorados honoríficos. Estos triunfos son realmente gratificantes dado que su condición de judío le impidió en muchas ocasiones lograr lo que merecía. Murió el 20 de agosto de 1915, en Hamburgo (Prüll, Cay–Rüdinger. Part of a Scientific Master Plan. Paul Ehrlich and the Origins of his Receptor Concepts. Med. Hist. (2003), 47:332–356).

23) Louis Henri Vaquez (1860–1935). La enfermedad que lleva su nombre también es conocida como: enfermedad de Osler, de Osler–Vaquez, eritremia de Osler–Vaquez, policitemia de Vaquez. Vaquez, L. H. Sur une forme spéciale de cyanose s'accompagnant d'hyperglobulie excessive et persistante. Comp. Rend. Soc. Biol. Paris, (1892), 44: 384–388 y Osler, W. Chronic Cyanosis with polycythemia and enlarged spleen: a new clinical entity. Am. J. Med. Scien. (1903), 126:187–201.

Capítulo XIII

CREACIÓN DE LA CÁTEDRA Y DEL INSTITUTO DE TISIOLOGÍA*

I

La creación de la Cátedra e Instituto de Tisiología fue el término final de un largo camino, en el que colaboraron muchas iniciativas, pero en el que la actuación de Juan B. Morelli, su primer profesor y director, fue decisiva.

II

La tuberculosis, especialmente pulmonar, constituía el problema más importante de Salud Pública al que se enfrentaba la medicina mundial en la primera mitad del Siglo XX. Conocido su agente causal microbiano desde 1882, se tenía conciencia del carácter contagioso de la enfermedad, aunque también se consideraban capitales los factores hereditarios y las condiciones predisponentes. En años sucesivos al citado, se fueron incorporando elementos de diagnóstico precoz, en especial mediante la radiografía y las reacciones cutáneas para evaluar el estado inmunológico del individuo. En efecto, a punto de partida de los estudios

---

* La mayoría de los datos que constan en este capítulo fueron tomados de Gorlero Bacigalupi, Ruben; Historia de la Lucha Antituberculosa en el Uruguay, Ministerio de Salud Pública, Montevideo, 1964.

con la tuberculina, llevados a cabo por Albert Calmette (1863–1933) y Alfred Wolf–Eisner (1877–1948), el pediatra austríaco Clemens Pirquet (1874–1929) introduce el test cutáneo con dicha sustancia. Finalmente, en 1921, los bacteriólogos franceses Calmette y Camille Guérin (1872–1961) aplican por primera vez al hombre una vacuna contra la tuberculosis, mediante la inoculación de un bacilo de menor virulencia, el Bacille Calmette–Guérin (BCG), que aplican con buenos resultados en lactantes entre 1924 y 1925. La invención del brasileño Manoel D. Abreu (1940), consistente en la toma de radiografías en fotografías de pequeño tamaño (abreugrafía) hizo posible su aplicación a grandes colectividades. Mientras tanto, en el terreno del tratamiento, sólo contaban las medidas higiénicas y los métodos quirúrgicos a que ya hemos hecho mención. Esta situación continúa incambiada hasta que en 1944 Selman Abraham Waksman (1888–1973), descubre la estreptomicina, antibiótico que demuestra ser de gran eficacia en el tratamiento de la tuberculosis. Dos años después, el sueco Jorgen Lehman (1898–1990) introduce el ácido paraaminosalicílico (PAS), que se asocia, a partir de 1950 con la estreptomicina primero y más tarde con la isoniazida, introducida por Edward H. Robinzek.

III

En el Uruguay, el Director General de la Asistencia Pública Nacional y Consejero de la Facultad de Medicina, José Martirené, se preocupó por la formación de los estudiantes de medicina y de los profesionales en el campo de la Tisiología. Con esta finalidad, en mayo de 1929, presentó al Consejo de la Facultad de Medicina un proyecto para la creación de una Cátedra de Clínica de la Tuberculosis, que debían cursar en forma obligatoria los estudiantes de sexto año, además de servir para la preparación de los médicos especialistas en tisiología. En el caso de los primeros, durante un mes se impartirían nociones de clínica, semiología, bacteriología, anatomía patológica, radiología, dietética, profilaxis con vacunas, fisioterapia, terapéutica médica y quirúrgica, así como trabajos prácticos en el ámbito del tratamiento quirúrgico. Para los futuros tisiológos el curso implicaría, además de la ya citada introducción, un mes de práctica en el Dispensario de la Asistencia Pública adscripto a la clínica y otro mes en la clínica a crear o en algún sanatorio destinado a dicho fin por la Asistencia Pública Nacional. A efectos de llevar adelante el proyecto, propone que el nuevo servicio...

... funcione en el pabellón que la Facultad de Medicina posee en el Hospital Fermín Ferreira, en el pabellón de bacilares del citado nosocomio y en el dispensario de la Asistencia Pública, adscripto a la Cátedra.

En lo referente a los trabajos de laboratorio, los mismos se llevarían a cabo en las instalaciones de la Facultad de Medicina.

IV

En relación con esta iniciativa y su marcha ulterior, comentaba la *Revista de la Tuberculosis del Uruguay* en mayo de 1931, que en la sesión del Consejo de la Facultad de Medicina del 11 de junio de 1929, el decano Alfredo Navarro propuso que:

Estando en discusión el presupuesto de dicha casa de estudios, podría transformarse la actual Clínica Semiológica en Clínica de la Tuberculosis y Enfermedades Infecto–contagiosas, desde que la actual Cátedra de Clínica Semiológica, de acuerdo con las ideas por mí sustanciadas anteriormente, no tenía razón de existir.

Ángel Gaminara apoyó la idea, pero sugirió que se dejase para más adelante lo relativo a las enfermedades infecto–contagiosas. Arnoldo Berta recordó que seis años antes había propuesto la creación de un pabellón dedicado a estas últimas, anexado al Instituto de Higiene Experimental, que él dirigía. . Terminada la discusión, se resolvió:

Pedir al Parlamento que al sancionarse la ley de presupuesto, se aprobara la transformación antes mencionada y dejar para la sesión próxima proyectar su organización.

A partir de entonces, el tema figuró en el orden del día durante largos meses, hasta que finalmente desapareció. Al tratarse el plan de estudios, a propuesta del decano, se dispuso que dicha cátedra sería de asistencia facultativa. Culmina el artículo diciendo:

La enseñanza de la tuberculosis, tan amplia y perfectamente concebida en el proyecto Martirené, nacía por incomprensión del Consejo, no sólo raquítica en importancia, sino también en condiciones precarias de funcionamiento, pues su personal estaría formado solamente por el Profesor, un Jefe de Clínica y un Jefe de Laboratorio. Quedó también por resolverse donde funcionaría el nuevo servicio, desde que la creación del Instituto de Neurología había dejado sin salas a la Cuarta Clínica Médica, que debió por ese motivo ocupar las correspondientes a la Clínica Semiológica, o sea justamente las de aquella a la cual se pedía se transformara en Clínica de la Tuberculosis. Una Cátedra a la cual el Consejo de la Facultad, que es quien en cuestiones técnicas de enseñanza debe marcar rumbos, ha atribuido tan menguada importancia, despertará la atención necesaria dentro del Consejo de la Asistencia Pública, como para que este órgano le conceda un servicio hospitalario suficiente. La detención desde largos meses atrás del presupuesto de la Facultad de Medicina, en las carpetas del Parlamento, ha hecho no se cuente todavía con la programada Cátedra de la Tuberculosis.

V

Fue entonces que Morelli (fig. 59), presidente en ese momento de la Cámara de Senadores, tratando de corregir esa anomalía, presenta en 1931 un proyecto de ley, en el que se propone la transformación de una de las Clínicas Médi-

cas de la Facultad en Cátedra de Tisiología. Propone destinar para la misma un servicio de hombres y otro de mujeres en el hospital donde está funcionando la Clínica Médica, además de un pabellón de hombres en el Hospital Fermín Ferreira. Establece que se anexarán a la nueva Cátedra un servicio de cirugía, un laboratorio de anatomía patológica (autopsias e histología) y un laboratorio especial para estudios sobre la tuberculosis. Se establecen los montos de sueldos de sus integrantes (5.673,60 pesos anuales) y 20.000 pesos adicionales para los gastos de instalación. Se encomienda a la Facultad la realización de los trámites para la obtención de los servicios hospitalarios señalados y a la Asistencia Pública Nacional la reglamentación de la ley.

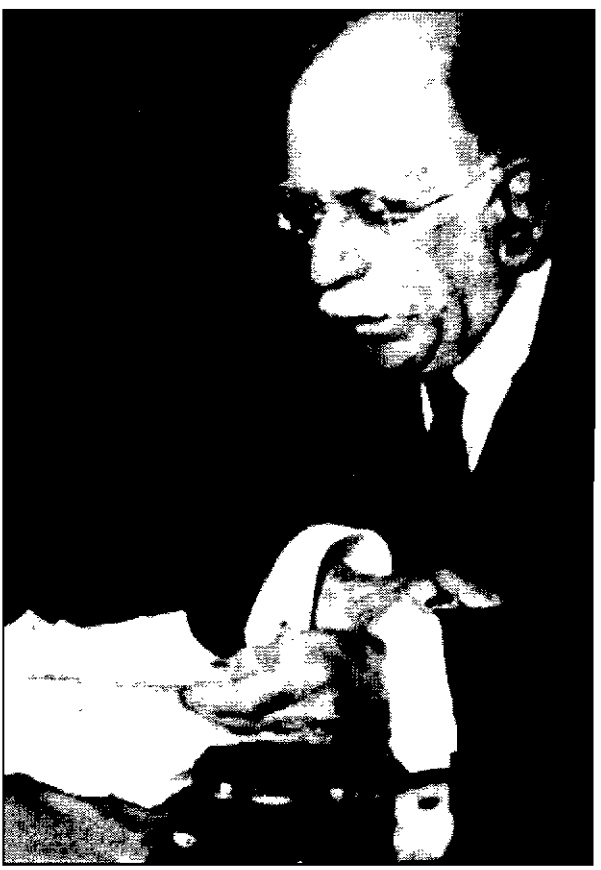


Figura 59
Juan B. Morelli.

En la exposición de motivos hace referencia a un curso de tisiología dictado por esta última institución, al que asistió un número crecido de oyentes. Señala la iniciativa procedente de la Facultad de Medicina y destaca que:

Esta sería una manera modesta pero satisfactoria de resolver el problema, en la espera de ocasiones más propicias que permitan crear un Instituto para la Tuberculosis y reunir como se expresa más arriba alrededor de la enseñanza clínica, el estudio de todos los hechos y problemas relativos a la tuberculosis.

VI

Este proyecto de Morelli ni siquiera fue tratado. El día 30 de diciembre de 1936, al discutirse en la Cámara de Senadores el Presupuesto General de Gastos correspondiente al año 1937 y algunas enmiendas al mismo, el primer Vice–presidente del Cuerpo, Juan B. Morelli, que en esa sesión ocupara la Presidencia, efectuó las siguientes declaraciones:

Declaro que voy a votar favorablemente este artículo, pero lamentando que una vez más se haya privado a la Facultad de Medicina de un progreso indispensable para nosotros y reconocido varias veces por este Cuerpo, de la Cátedra de Tisiología y Clínica Tisiológica... Manifiesto igualmente que habiendo sido durante algún tiempo candidato a ocupar esa Cátedra he tomado ahora la resolución irrevocable de no aceptarla aún cuando fuera nombrado por la Universidad... El Uruguay está quedando atrás a este respecto porque hay otras naciones sudamericanas, como Paraguay y Chile, y podría citar otras, que han establecido ya esa Cátedra. No quiero hablar de los países europeos, especialmente de Italia, que ha instalado en Roma un Instituto modelo, verdaderamente extraordinario con ese propósito... Yo he podido comprobar el poco interés que han demostrado a este respecto, tanto el Poder Ejecutivo como el Poder Legislativo y podría agregar que, en cambio, han pasado otras iniciativas con extraordinaria facilidad y rapidez. En cambio, esta iniciativa que fue presentada por mí en 1931, no ha tenido, hasta hoy, un andamiento propicio para que pudiera verse convertida en realidad.

Ante estas manifestaciones tan enfáticas, el Senado estructuró un artículo aditivo a la ley presupuestal, que estaba redactado de la manera siguiente:

Incorpórase a la Facultad de Medicina un Profesor de Tisiología con los servicios correspondientes al Instituto, $ 5.000.

Al tratarse en la Cámara de Representantes, recibe un informe favorable, expresa que:

Por el inciso B) se crea el Instituto de Tisiología, de acuerdo con la feliz iniciativa que en el Senado tuvo el Dr. Morelli, pero discriminando la forma como han de invertirse los $ 5000 anuales que el proyecto fija a tal fin.

Y a continuación establece las planillas detalladas para el nuevo Instituto.

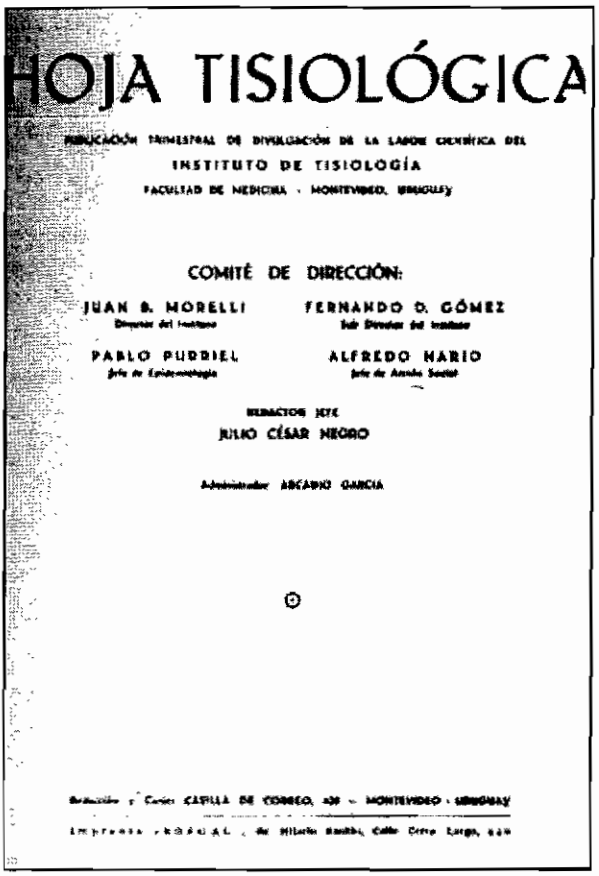
Una vez votado en Diputados, pasa al Senado con las enmiendas señaladas, que son aceptadas por este último cuerpo. La Ley N° 9.667 fue promulgada el 8 de julio de 1937, con la firma del Presidente Dr. Gabriel Terra y de su Ministro de Hacienda, Dr. César Charlone.

Así vistas las cosas, parece que la actuación de Morelli se limitó a una gestión parlamentaria. No obstante una visión más próxima a la realidad, como siempre poblada de luces y sombras, nos la da, al respecto Ángel María Cusano, en su intervención con motivo del homenaje que el Senado le tributara a Morelli en 1943:

Figura 60
Fernando D. Gómez (1897–1979).

Los que hemos asistido de cerca a la tremenda lucha, al combate que desarrolló el doctor Morelli contra la incomprensión, contra el egoísmo y, a veces, contra la hostilidad que se levantaba en su camino, rodeado por un grupo benemérito de discípulos, sabemos que el doctor Morelli en un sótano del hospital Fermín Ferreira, careciendo de los elementos más esenciales, pudo, al fin, hacer triunfar el Instituto de Tisiología, que es ahora uno de los elementos primordiales de investigación en la lucha contra la tuberculosis. Todo lo sacrificó Morelli para conseguir

los medios materiales que le permitiesen seguir adelante. Para él no había humillación: pedía, rogaba, imploraba como si se tratara de algo para sí; pedía para su Instituto, donde la sombra tutelar del gran profesor prolongada en sus discípulos, aparece como un fulgor de esperanza para los que sufren. Veía a los legisladores, a los hombres públicos. Todo le parecía poco y, al fin, el doctor Morelli pudo cimentar el Instituto de Tisiología, que hoy con plena justicia lleva su nombre...


HOJA TISIOLÓGICA

PUBLICACIÓN TRIMESTRAL DE DIVULGACIÓN DE LA LABOR CIENTÍFICA DEL
INSTITUTO DE TISIOLOGÍA
FACULTAD DE MEDICINA - MONTEVIDEO, URUGUAY

COMITÉ DE DIRECCIÓN:

JUAN B. MORELLI — Director del Instituto
FERNANDO D. GÓMEZ — Sub Director del Instituto
PABLO PURRIEL — Jefe de Epidemiología
ALFREDO NARIO — Jefe de Asistencia Social

REDACTOR JEFE
JULIO CÉSAR NEGRO

Administrador ARCADIO GARCIA

Redacción y Correo: CASILLA DE CORREO, 638 - MONTEVIDEO - URUGUAY

Imprenta ROSGAL - de Hilario Rodríguez, Calle Cerro Largo, 820

Figura 61

VII

Pese a lo que había manifestado Morelli, y seguramente impulsado por sus colegas, en vista de sus méritos indiscutibles, pasa a ocupar la Dirección del Instituto, que desempeña durante siete años hasta su jubilación en enero de 1943.

En esa ocasión, el consejo de la Facultad de Medicina, resolvió nombrarlo Profesor Emérito y poco después, el 11 de octubre, designa con su nombre al Instituto de Tisiología:

... queriendo de esa forma testimoniar y hacer justicia a la inmensa labor desarrollada por este insigne Maestro, en ese Instituto, del cual fuera su principal impulsor en las horas de la creación y su constante guía en los difíciles momentos de su iniciación como Instituto especializado en la formación de técnicos capaces para hacer obra efectiva en la lucha antituberculosa.

Con posterioridad, el Instituto estuvo bajo la dirección de sus discípulos: Fernando D. Gómez (fig. 60) y José P. Ibarra. Este contó, para la divulgación de la labor realizada, con una revista de aparición trimestral, *Hoja Tisiológica* (1940–1961) (fig. 61).

VIII

Las encuestas tuberculínicas y radiológicas de tórax, destinadas al estudio de la población supuestamente sana fueron encauzadas en Uruguay de una manera científica desde el año 1939, fecha en la que, el entonces Ministro de Salud Pública, Juan César Mussio Fournier (1890–1961), encomendó al eminente tisiológo español Luis Sayé (1888–1975) la organización del Servicio de Examen de Colectividades, con la finalidad de estudiar diversos grupos de población aparentemente sanos e indemnes de la afección tuberculosa, y determinar los índices de morbilidad por esta afección en esos sectores. Con este propósito, en el presupuesto aprobado a fines de ese año, se incluyeron las partidas para ponerlo en marcha. Dicho servicio dependería técnica y administrativamente del servicio de Asistencia y Preservación Antituberculosa del Ministerio de Salud Pública. En el mes de junio de 1940 se expidió la reglamentación a que se debía ajustar la recién creada repartición. En la misma se establece que la Oficina de Colectividades del Servicio de Asistencia y Preservación Antituberculosa, completaría la acción de los Dispensarios Antituberculosos. Con este fin, dispondría de los servicios y laboratorios que funcionaban bajo la órbita de la Dirección de la Lucha Antituberculosa, además de una Sección de Fotoroentgenografía, con sus técnicos especializados. Los enfermos detectados pasarían con su ficha a los servicios de la Lucha Antituberculosa. Su funcionamiento debía estar coordinado con el dispensario a cuya zona correspondiera el grupo a estudiar. Mensualmente, el Jefe de la Oficina de Colectividades, elevaría un informe detallado con el movimiento habido en la repartición a su cargo.

IX

Los resultados fueron tan estimulantes, que se vio la necesidad de ampliar esta clase de servicios a grupos de personas, aparentemente sanas, particularmente expuestas al riesgo del contagio. Con ese objeto, el 8 de abril de 1940, Morelli, en su carácter de Director del Instituto de Tisiología, elevó al Decano de la Facultad de Medicina una nota en la que expresa:

Estudios epidemiológicos realizados en lo últimos años han contribuído a modificar el concepto clínico sobre contagio y desarrollo de la infección y enfermedad tuberculosa. Fundamentalmente, como se sabe, se ha probado que alrededor del 50% de la población adquiere recién después de los veinte años la infección bacilar; por otro lado la enfermedad se desarrolla la mayoría de las veces, no años después como se creía hasta hace poco tiempo, sino en los meses inmediatos al contagio, especialmente cuando el sujeto, ignorante de que pasa en esos momentos la primoinfección, continúa en contacto con la fuente bacilífera o debilita sus defensas biológicas.

Los estudiantes de medicina, como puede verse en el resumen de los principales trabajos sobre el tema que publicó nuestro colaborador el Profesor Agregado Fernando D. Gómez, al

ponerse en contacto en las clínicas con los enfermos pulmonares, adquieren la infección de manera más masiva que el resto de la población de la misma edad, y como consecuencia de ello se hacen alérgicos y desarrollan la enfermedad en proporción mucho mayor.

Además, ya sea por continuidad de contagio o por debilitamiento corporal como consecuencia de la preparación de exámenes y concursos, muestran una mayor tendencia a presentar formas anatomo clínicas severas.

La mejor manera de evitar que la infección tuberculosa se transforme en enfermedad, se ha visto que es practicar exámenes periódicos sistemáticos, que permiten reconocer el momento en que se adquiere el contagio, facilitan aconsejar precauciones necesarias para evitar la enfermedad y seguir de cerca por algunos meses las alternativas de su salud.

En el peor de los casos es posible reconocer las formas inaparentes del mal, que, manteniéndose completamente asintomático (como lo hace tan frecuentemente, mismo durante meses a su comienzo), impide ser conocido y tratado cuando es más pronto y seguramente curable.

Teniendo presente estos principios y a mayor abundamiento los que se detallan en el trabajo citado que acompañamos, es que proponemos al Honorable Consejo que establezca con carácter obligatorio el examen periódico de los estudiantes de la Facultad por roentgenfotografía y reacciones tuberculínicas.

El Instituto a mi cargo creará con este objeto una Sección que se denominaría «Dispensario Profiláctico Antituberculoso Estudiantil», donde se efectuarían dos veces por año los exámenes referidos, manteniéndose los resultados que serían de carácter confidencial, en un fichero especialmente llevado al efecto.

Morelli acompaña su iniciativa con un anteproyecto de ordenanza sobre «Examen sistemático radiológico y tuberculínico de los estudiantes de la Facultad de Medicina», que establece:

Artículo 1. Los aspirantes a ingresar a la Facultad deberán someterse antes de la inauguración de los cursos y para regularizar su inscripción, a un examen radiológico y tuberculínico, que se practicará en el «Dispensario Profiláctico Antituberculoso Estudiantil» del Instituto de Tisiología.

Artículo 2. Todos los alumnos de la Facultad deberán presentar en Bedelía antes del 1 de abril y de noviembre de cada año un certificado expedido por dicha dependencia.

X

En el largo trámite que implicó la organización de la Lucha Antituberculosa, así como de su tratamiento especializado, culmina la labor pertinaz y sostenida de Morelli durante treinta años. Una serie de medidas complementarias mostrarán la continuidad de este esfuerzo, que culmina en la creación en 1945, a influjo del entonces ministro de Salud Pública, José Matiauda y del subsecretario Ricardo Yannicelli, de la Comisión Honorarioa de la Lucha Antituberculosa. Esta se

ve espectacularmente complementada por el desarrollo del tratamiento etiológico, lo que ha llevado al control exitoso y ejemplar en el Uruguay de la enfermedad tuberculosa. En el momento actual cobra nuevamente vigor esa lucha preventiva, debido a la difusión del síndrome de la inmunodeficiencia adquirida, a la aparición de cepas resistentes al tratamiento quimioterápico y a la acentuación de los factores predisponentes de naturaleza socio económica. Este denodado esfuerzo es aún vigente, marcado su desarrollo en la transformación de la Cátedra de Tisiología y Cirugía Torácica, en el Instituto de Enfermedades del Tórax, creado en 1953, cuya acción se prolonga hasta nuestros días. Esta orientación condicionó el desarrollo de la neumología clínica general, así como, basado en la experiencia quirúrgica del tratamiento de la tuberculosis, de la cirugía torácica actual, cada día cobrando mayor prevalencia y éxito.

Esta misma disciplina médico social, permitió posteriormente y sobre las mismas bases, establecer el diagnóstico y tratamiento precoz de otra enfermedad de importancia en el Uruguay, como es la equinococosis y particularmente en su localización pulmonar.

XI

La obra neumotisiológica de Morelli fue continuada por la escuela por él creada, la que tuvo la mayor gravitación, tanto en la docencia como en la investigación y en la prevención y la asistencia social de la tuberculosis. Las obras de Pablo Purriel, Aristeo Piaggio, Cleopatra Epifanio, Pedro Cantonnet y Olga Muras ampliamente lo atestiguan.

Otras dos líneas de dedicación neumotisiológica fueron las que se diferenciaron desde las cátedras de clínica médica de Raúl Piaggio Blanco (1905–1952)[1] y Julio García Otero (1895–1966)[2], escuelas que no dejaron de sentir la influencia de la creada por Morelli.

La obra de Raúl A. Piaggio Blanco fue particularmente fecunda. Pese a su vida trágicamente truncada, su dedicación particularmente tisiológica es muy rica, ocupa casi el treinta por ciento de su profusa bibliografía. Se atiene a la aplicación del neumotórax artificial, sus indicaciones y accidentes. En la vertiente neumológica desarrolla técnicas diagnósticas, en especial la broncografía contrastada, patología pleural, formas de atelectasias primitivas y secundarias, etc. En referencia al tratamiento de la tuberculosis su obra se detiene antes de la aparición de los recursos antibióticos y quimioterápicos que cambiaron el pronóstico de la tuberculosis.

La escuela liderada por Julio C. García Otero, es igualmente rica en tisioneumología. En un primer período se ocupa de la colapsoterapia y posteriormente a confirmar los resultados obtenidos con los nuevos tratamientos a los

que ya nos hemos referido. En relación a la neumología su dedicación preferente fue al diagnóstico del cáncer de pulmón. Entre sus discípulos se distinguió en neumología Manlio Ferrari y colaboradores. [3]

Notas

1) Piaggio Blanco, Raúl A. (Homenajes y bibliografía). An. Fac. Med. Montevideo (1952), 37:259–422.

2) Ferrari, Manlio; García Otero (1895–1966). In: Gutiérrez Blanco, Horacio. Médicos Uruguayos Ejemplares (1988), 2:137–140.

3) Ferrari, Manlio; Oehninger, Carlos e Ibarra, José Pedro. Aparato Respiratorio. Patología Clínica, Montevideo, 1961.

Capítulo XIV

MORELLI CATÓLICO

Si eres hombre de ciencia, busca a tu Dios primero en tu corazón, luego en la ciencia y verás que Dios está en los dos lados... los que no creen en Dios a veces piensan que saben mucho porque niegan mucho... *

I

En sentido estricto, Morelli era católico desde su nacimiento, ya que poseemos su partida de bautismo en Italia.[1] Los testimonios familiares afirman que no fue educado en la fe católica, dado que su padre Leone era ateo. Su niñez y juventud en Uruguay coincidieron con el momento del auge del positivismo, tendencia opositora a la Iglesia Católica. Puede suponerse, por consiguiente, que compartiera la ideología de muchos de sus coetáneos, ya que desde su ingreso a la Facultad de Medicina trabajó y trabó amistad con José Arechavaleta, uno de los adalides de dicha filosofía en su versión materialista.[2] En efecto, Morelli se perfiló desde un comienzo como investigador sobre temas de fisiología y bacteriología, campos en los que se inscriben sus precoces actuaciones como docente universitario y sus primeras publicaciones científicas.

Se vinculó por el matrimonio con Rosa Mackinnon Algorta[3] a una familia tradicionalmente católica. Fue ella una mujer piadosa, que llevaba una vida de cotidiana práctica religiosa y dedicada a obras de caridad.

---

* Morelli, J. B. Manuel Abascal (1943): 35.

La curiosidad espiritual de Morelli, se manifestó lo largo de toda su vida por una gran afinididad por el arte, la historia y los estudios filosóficos. Los familiares relatan que:

... con su mente inquisidora se preguntaba si había o no Dios. Compraba y leía libros acerca de distintas religiones, llegando a reunir una biblioteca muy completa sobre este tema. No obstante, Morelli fue desarrollando diariamente, durante cincuenta años, la Gracia recibida en el Bautismo, que culminó con su conversión. Tenía largas charlas con su gran amigo, el Padre Generoso Pérez, capuchino que había sido capellán del ejército de Aparicio Saravia en 1904. Morelli asistía también a sesiones de espiritismo, serias y con gente preparada. Sacerdotes amigos le habían aconsejado que si en algún momento llegaba al convencimiento de que existía un más allá con un Dios, no siguiera frecuentando a dichas reuniones, porque eso podía ser espiritualmente peligroso. En una ocasión fue invitado por un colega a una sesión espiritista con una médium (francesa?) muy famosa, que estaba de paso en Montevideo. Se trataba de una sesión especial para personas de alto nivel intelectual y científicos. Morelli le prometió a su esposa que ésta sería la última. Al salir, ella le puso para protegerlo un crucifijo en el bolsillo. En plena sesión, en la que supuestamente se comunicaban a través de la medium con los muertos, Morelli le preguntó dónde estaban las trenzas de Clarita. Esta era la hija única de un matrimonio de estancieros, a quien Morelli había tratado antes de ésta morir, muy joven. Su madre le había cortado su larga trenza y la había guardado en un ropero. Un año más tarde, ésta última, en trance de muerte, le pide al doctor que cuando la entierren, le pongan la trenza de Clarita en el ataúd con ella, deseo que se cumplió. Ante la pregunta de Morelli, la medium entró en trance y contestó: «Bajo tierra, con su madre». Morelli entonces, queriendo conocer el origen de esa comunicación, volvió a preguntar, mientras tomaba fuertemente el crucifijo dentro del bolsillo: «¿Qué tengo en mi mano?». Y ella entró en un ataque de furia, lanzando espuma por la boca e insultándolo gritaba que lo sacaran de ahí. Esto fue una primera evidencia sobre las dos fuerzas misteriosas que están en pugna por el hombre en el mundo y Morelli se planteó el poder real del crucifijo sobre esos espíritus que sólo podían ser malignos y que, por consiguiente, también debían existir espíritus buenos, un más allá y por lo tanto un Dios. Ya convencido, se dedicó a estudiar a fondo la vida y las enseñanzas de Jesús y se convirtió. Pidió su admisión en la Iglesia, cosa que causó escándalo entre sus adversarios políticos, que utilizaron eso en su contra, publicando en «El Día» artículos donde, en tono de burla, hacían alusión a su conversión. Al principio, Morelli, para no llamar la atención, iba a Buenos Aires a tomar la comunión. Más tarde fue un católico práctico, de Misa y comunión diarias. Al salir de su casa cada mañana para dirigirse a la iglesia de los Vascos (?), pasaba frente a sus pacientes, que ya lo esperaban desde temprano y les hacía un gesto de silencio porque «sus primeras palabras de cada día eran para el Señor». [4]

El episodio narrado habría ocurrido alrededor de 1920, cuando Morelli frisaba los cincuenta años y estaba en la plenitud de sus facultades intelectuales.[5] No obstante, tenemos indicios que pudiera haberse producido unos años antes. En efecto, en una publicación (Boletín N° 67) de la Iglesia de San José de Progreso, Canelones, que versa sobre su construcción, figuran donaciones de Morelli y familia, efectuadas entre 1917 y 1920. Estas consistieron en sustanciales aportes

en efectivo, para los vitrales, para el altar de mármol, el comulgatorio y toda la obra de marlos, así como para la imagen de San José, Patrón del templo. También fue donante de dos de las campanas: «La Fe» de 175 quilos de hierro, así como la chica, de bronce, de 50 quilos.

En una publicación suya de esa época, surgida de una controversia con la Dra. Paulina Luisi en ocasión de un congreso médico y referida a instrucción sexual, así se manifiesta Morelli:

Creo ante todo un deber de lealtad, declarar–aunque ello no es un misterio para nadie y no he tenido por qué ocultarlo– que profeso, desde hace poco tiempo, un credo confesional, que sustenta principios y prácticas fundamentales e inflexibles... Pero declaro también que no voy a acudir a ellas para fundar mi disconformidad con doctrinas erróneas... No sería aquí, en esta asamblea científica (en las que las simpatías o las antipatías por las doctrinas religiosas no pueden tener fuerza), donde hay que traer los argumentos en pro o en contra de estas doctrinas, porque, evidentemente, quitaría todo carácter de persuasión a una controversia que debe dirigirse a toda inteligencia desde su origen y tal debe mantenerse hasta el fin. [6]

En estas líneas se aprecian la sinceridad y fineza de espíritu de quien defiende los principios sustentados por la Iglesia Católica, pero sin pretender obtener de sus oyentes la aceptación indiscutida de sus ideas por provenir de aquélla, sino por la fuerza de los argumentos racionales. Es así que por primera vez declara públicamente su adhesión al Catolicismo en una reunión científica.

La conversión de Morelli, fue calificada acertadamente por Salvador García Pintos[7] como *cerebral* al comienzo, para evolucionar desde la racionalidad a la espiritualidad, desde el humanismo hacia el cristianismo experimentado *desde adentro.* No llama la atención la fuerza de la convicción religiosa en Morelli, un «romántico», que fue capaz de comprometerse radicalmente con idearios políticos, que lo llevaron en varias oportunidades a alejarse de su familia, de su profesión y del cuidado de sus intereses, para asistir a los heridos en el campo de batalla, situaciones que le hicieron peligrar la vida, lo condujeron a la cárcel y hasta al destierro. Ese individuo, capaz de darse por entero a un ideal político y de admirar con fervor a su caudillo, con ese mismo entusiasmo y radicalidad, cuando experimentó el llamado de la Gracia, respondió a ella con igual entrega. Fue, no obstante, extremadamente respetuoso con quienes no pensaban o sentían como él. En su clínica, anota Pablo Purriel[8], coexistían un anarquista como Bottero, un socialista como el que lo relata y hasta un místico como Abascal (sobre el que volveremos más adelante). Nunca fue «demagógico» en sus expresiones, en su apostolado se condujo a través del ejemplo de una vida de servicio, de desinterés y de generosidad. Siempre fue austero, cosa que, luego de la muerte de su esposa y, años más tarde de su hijo Juan Enrique, se acentuó, casi hasta el ascetismo, lo que se trasuntaba por la manera sencilla de vestir, la modestia con que se expresaba y la suavidad de su trato, en el que solía intercalar notas de un humor algo infantil, no rara vez con frases en el más puro italiano.[9]

II

Trabó conocimiento con Don Orione[10] (fig. 62), quien vivió en Montevideo entre 1921 y 22.[11] Morelli fue un benefactor de la congregación saleciana y colaboró con la fundación y mantenimiento del cotolengo, así como en la construcción del santuario Nuestra Señora de las Flores, en La Floresta (departamento de Canelones) (fig. 63), obra emprendida por el *Sindicato (saleciano) de Iniciativas.* Al respecto, Don Orione, finaliza una carta en la que se refiere a este último emprendimiento, diciéndole:

Coraje, pues, Doctor, y adelante en el Señor! Caminemos humildes y fieles al pie de la Santa Iglesia y de su venerado Arzobispo y todo será bendito. [12]

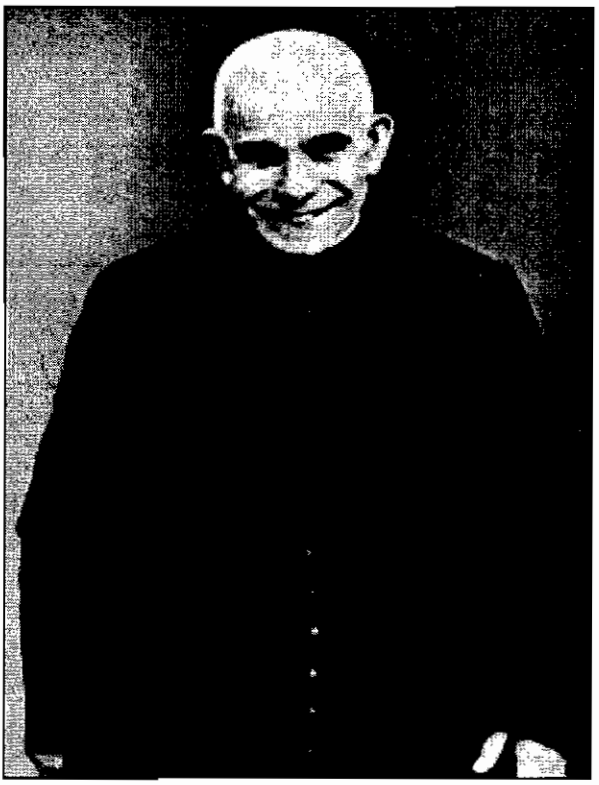


Figura 62: Don Orione.

Dada esa relación con el sacerdote italiano y a su pedido, Morelli visita al Padre Pío de Pietrelchina[13] (fig. 64), en ocasión de uno de sus viajes a Europa. En efecto, entre el 9 y el 11 de febrero de 1925, viaja de Roma a San Giovanni Rotondo, donde habitaba el hoy Santo, con la finalidad de entrevistarlo, examinar los estigmas y dar una opinión médica. Su visita coincide (no sabemos si por

casualidad) con la de otros dos uruguayos, Monseñor Tomás Gregorio Camacho, obispo de Salto y su secretario, Monseñor Alfredo Viola. Eran épocas difíciles para el Padre Pío; un importante e influyente sector de la curia vaticana cuestionaba sus dotes sobrenaturales, entre las que se contaban los estigmas de Cristo en las manos, la capacidad de bilocación (estar presente en dos sitios simultáneamente), así como algunas curas milagrosas. Morelli había sido testigo de una de estas últimas en Montevideo: se trataba de una religiosa uruguaya, la hermana Teresa Salvadores, aquejada ignoramos de qué enfermedad, cuyas lesiones habían desaparecido luego de la aplicación sobre la parte enferma de un guante que había sido usado por el Padre Pío. De esta experiencia dio testimonio en Roma.[14] Luego veremos que este no será el único milagro del que fuera testigo Morelli.

Figura 63: En La Floresta: Juan B. Morelli (tercero desde la izquierda), Monseñor Juan F. Aragone (quinto desde la izquierda) y Don Orione (séptimo desde la izquierda).

Nuestro compatriota hizo una suscinta relación escrita de su opinión personal sobre el Padre Pío, que contribuyó a la reinvindicación del religioso y a su canonización en junio de 2002. Entre muchas cosas, escribe a Don Orione:

He reflexionado mucho en estos días sobre el Padre Pío y por varias razones estoy convencido de su virtud sobrenatural.

Cuando Morelli regresa a Montevideo, en mayo de 1925, su esposa enferma gravemente. En relación con este hecho, Don Orione le escribe para asegurarle su afecto y sus oraciones, y agrega que las oraciones continuarán también en San Giovanni Rotondo, en obvia referencia al Padre Pío.

Otra vez a pedido de Don Orione, Morelli le envió una carta de siete páginas sobre el Padre Pío, fechada el 18 y 19 de febrero de 1928, en la que manifiesta:

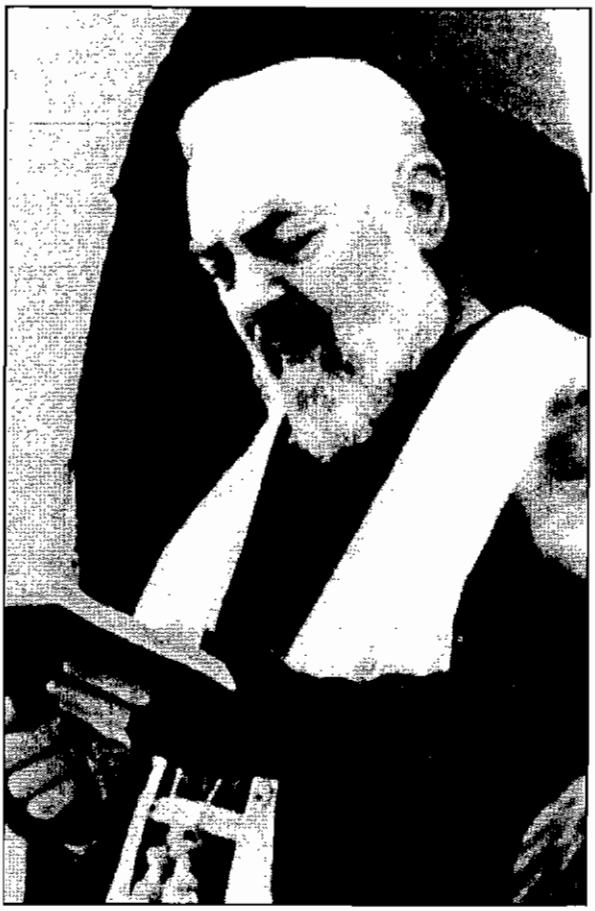


Figura 64
Padre Pío de Pietrelchina Santo.

Habría deseado mucho hacer un estudio completo, tanto desde el punto de vista médico como psicológico (o psicológico–religioso) sobre el Padre Pío, pero me era imposible por dos razones: 1) La prohibición expresa del Santo Oficio... 2) por la falta de tiempo para efectuar un estudio realmente riguroso, ya que el estudio y el control severo del hecho físico más saliente que ofrece el Padre Pío, que son sus estigmas, requeriría para la ciencia positiva, una observación prolongada, por lo menos semanal, en condiciones tales que pudiera excluir absolutamente cualquier causa de error. Esto sería muy interesante, porque (y hablo en sentido general, ya que, como se verá enseguida, tengo tanto respeto por el Padre Pío, que esta segunda suposición no podría aplicársele) una vez descartado el fraude, no quedaría para explicar los estigmas, otra posibilidad que la causa extra–natural (super o praeter). Por mi parte, alumno como soy de Babinski y de Mingazzini, creo debe excluirse absolutamente la producción de los estigmas por influencia neuropática. Es mi opinión que jamás el histerismo puede llegar a provocar estas lesiones tróficas... Por las razones antes mencionadas, el estudio científico–médico, según las exigencias de la ciencia positiva y racionalista no fue efectuado. ... Pero es imposible que un médico como yo, que se ha ocupado mucho de neuropatología y sobre psicología... hubiera dejado de observar y reflexionar sobre las características psicológicas y religiosas de un religioso que tanto ha dado que hablar, a través de las múltiples conversaciones sostenidas con él... Mi interés es tanto mayor cuanto que yo soy un convertido a la fe desde hace pocos años, empeñado, como es mi dulce deber, de hacer ver a los otros el camino que conduce a Jesucristo... Confieso que no sólo no tenía una disposición favorable, sino que guar-

daba cierta prevención... (por) las declaraciones del Santo Oficio, que me habían impresionado mucho.

Después de relatar brevemente sus días en San Giovanni Rotondo, afirma:

... El Padre Pío no tiene visiblemente un temperamento nervioso, mucho menos histérico... Una de sus características psíquicas es la dulzura en el trato, en el pensamiento y en el consejo, que le da un encanto especial, ... Su fisonomía vivaz siguiendo el flujo de los temas y su mirada penetrante, revelan indudablemente un espíritu no común... Esta suavidad se transforma en firmeza cuando se trata de asuntos religiosos... A pesar de alguna apariencia que pudiera indicar lo contrario, su espíritu es de gran humildad... Disimula sus estigmas, y cuando le hablo de la devoción a las llagas de NS Jesucristo, tan recomendadas por el Vicario de Melo, P. Generoso Pérez, la alaba, pero cambia de tema... Pero lo que más caracteriza la personalidad del Padre Pío es su intensa vida interior... nada lo ocupa que no sea del orden espiritual ... Si siempre se manifiesta como un místico en el momento de la oración, lo que me impresionó vivamente fue el momento de la consagración... parecía transportado fura de nuestra vida... Es muy afectuoso con los penitentes...

Finaliza:

Así es como he visto al Padre Pío de San Giovanni Rotondo... [14]

Estas citas son dignas de un breve comentario. Morelli habla en ellas desde la perspectiva de la ciencia, ideología en la que fue formado y a la que adhirió exclusivamente durante cincuenta años. Sus puntualizaciones son inobjetables: no ha realizado comprobaciones que puedan admitirse sin discusión. Hace no obstante algunas observaciones clínicas desde el pun-

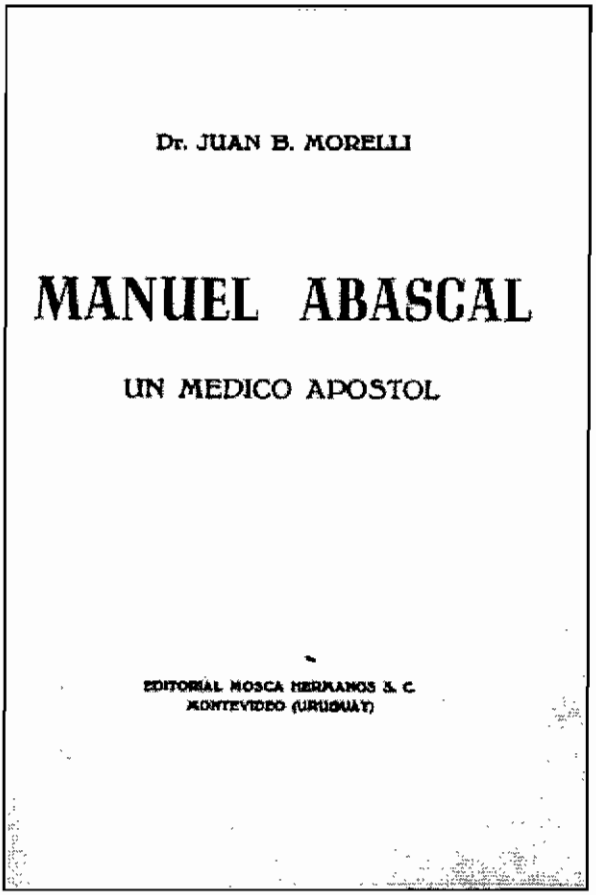
Figura 65
Manuel Abascal (1897–1929).

to de vista psicológico, que no tienen otra prueba que el de haberlas aprehendido en forma directa con sus sentidos y que abonan a favor de sus impresiones subjetivas acerca de las facultades carismáticas del religioso. Por otro lado asoma la fé, su deslumbramiento frente a la piedad y al espíritu de oración y humildad del entrevistado.

III

Uno de los mejores y más entrañables testimonios de la espiritualidad de Morelli está reflejado en la evocación que hace de la personalidad de su discípulo Manuel Abascal (Salto 1897– Montevideo 1929) (fig. 65) y que constituye su última publicación[15] (fig. 66). Este era un médico ejemplar, tanto por sus condiciones personales como, y principalmente, por la piedad, el espíritu de abnegación que mostró a lo largo de su vida, así como por la seriedad de su actuación profesional.[16]

Morelli, que en el curso del relato, raramente escribe en primera persona y que procura mantener la objetividad como si estuviera relatando un caso clínico, deja traslucir, sin embargo, una gran admiración y afecto por Abascal y su íntima y espiritual identificación con él. En efecto, el lector percibe que todo cuanto refiere coincide con su propio ideal en lo que debe ser un hombre, un médico y un católico. Entre los rasgos más prominentes destaca el amor por la verdad, que lleva a que Abascal se enfrente con respetados colegas en la Sociedad de Medicina y hasta con el propio jefe; el entusiasmo y la entrega con que ejerce su profesión, derivado de la con-


Dr. JUAN B. MORELLI

MANUEL ABASCAL

UN MEDICO APOSTOL

EDITORIAL MOSCA HERMANOS & C.
MONTEVIDEO (URUGUAY)

Figura 66

fianza en los recursos de la medicina; el acento en la lucha contra el sufrimiento físico y moral, y el invariable consuelo que aporta a sus pacientes. Médico del cuerpo y del alma, aspecto este último que jamás descuida y deja de tener presente, sobre todo a la hora del paso definitivo. Abascal, y seguramente esta frase también es aplicable al mismo Morelli: *supo utilizar el ejercicio de la medicina como instrumento precioso de acercamiento a Dios.*

Hilvana las etapas de esta vida ejemplar, cuando transcribe apuntes de Abascal:

Si miras la vida como un banquete, acuérdate que tienes dos convidados, el cuerpo y el alma, y que en el mejor de los casos, es decir si procedes bien, lo que das al cuerpo se pierde, mientras que lo que das al alma permanecerá para siempre.

Y añade:

Entendió la profesión médica como una profesión de abnegación y de sacrificio, en todos los terrenos, como un verdadero Sacerdote. Hay dos sacerdotes, el del alma y el del cuerpo. Quitadles el espíritu de sacrificio con el cual deben cumplir su elevado cargo y verás que toda la sabiduría y toda la buena voluntad son nada contra el embate diario que se ha de sostener y la amargura a sobrellevar.

Hay que saber y querer corresponder a la Gracia Santificante y a las Gracias particulares que se han recibido... El médico ha recibido con su profesión una gracia grande, de la cual hay que ser digno...

El Maestro evoca las virtudes humanas de Abascal, en especial la caridad, dar de comer al hambriento, vestir al desnudo, alojar al peregrino, enterrar a los muertos y también sus virtudes morales. Con verdadera ternura relata la vida de asceta, el desprendimiento de lo material y la asiduidad con que Abascal frecuentaba la Euscaristía.

Queda clara su concepción, que es también la de Morelli, acerca de la articulación de la fe con la ciencia, cuando cita este pasaje de los apuntes:

Si eres hombre de ciencia, busca a tu Dios primero en tu corazón, luego en la ciencia y verás que Dios está en los dos lados... los que no creen en Dios a veces piensan que saben mucho porque niegan mucho...

El relato de la muerte de Abascal constituye una auténtica oración y un magnífico testimonio de fe de Morelli. Aquejado de una peritonitis de origen apendicular, fue operado en dos ocasiones por Luis P. Lenguas en el Círculo Católico de Obreros, institución de la que aquel era médico. La referencia a la agonía, con una constante evocación de Jesús, el pedido insistente de la oración en su ayuda y la preocupación, no por sí mismo, sino por quienes quedaban, constituye casi un pasaje hagiográfico. Finalmente, es tocante la descripción de la «resurrección» que se produce en el enfermo, casi muerto, cuando el Dr. Quagliotti aplica:

Sobre su frente una reliquia de San Juan Bosco que había sido enviada por los PP salecianos con ese objeto. El efecto fue instantáneo. Al contacto con ella, se produce una fuerte excitación, recupera enteramente su voz y su pulso, se pone instantáneamente rosado y, con un aspecto de asombro casi angustioso, empieza a hablar con voz fuerte «¿Qué es esto, Dios mío? ¿Qué ha pasado? ¿De dónde vengo? ¿Dónde estaba? Yo ya estaba... Yo no estaba aquí. ¿Cómo yo he vuelto acá? ¡Qué contenta va a estar mamá!... Muchas veces me he reprochado de no haberle preguntado dónde había estado y qué había visto. Pero otras tantas me he corregido de no haber obedecido a ese impulso de mi curiosidad ansiosa pero irreverente. Me he consolado siempre diciéndome que Abascal no me hubiera contestado, dejando caer el velo que parecía en parte haberse levantado... Creí entonces (1929) y creo ahora (1934) que efectivamente su alma se había trasladado... Luego se dirigió a mí y con profunda expresión de angustia me dijo: «Doctor Morelli, esto que acaba de pasar no es histeria; Ud. sabe bien que yo no soy neurótico; esto no es nervioso ¿No es cierto? ¿No es verdad que todo esto es orgánico? Yo me estaba muriendo, me moría de peritonitis ¿No es verdad?, dígamelo Dr Morelli»... Hube de tranquilizarlo, así como lo hizo el Dr. Quagliotti, asegurándole que todo lo que él decía era cierto y que efectivamente estaba muriéndose, según todas las apariencias y de la peritonitis... Confieso que en ese momento no me explicaba la razón inmediata ni la trascendencia de aquel suceso impresionante. Sólo después de largos meses, al reflexionar sobre la escena, creí y creo percibir el verdadero alcance del testimonio requerido; y hoy, después de cinco años, cumplo con su pedido y de lo que ordene el Señor... Luego el enfermo impidió que la reliquia le fuera aplicada nuevamente y que se le aplicaran otros medicamentos... Mucho hemos llorado y lloramos esta pérdida para nosotros muy grande. Por mi parte, confieso que me ha servido de gran edificación.

Morelli, el científico, relata con lenguaje preciso y sobrio, propio de un sagaz observador, en procura de no perder la objetividad frente a los hechos que presencia. Comprueba la coherencia lógica de los sucesos y busca explicaciones. Primero se pregunta por las causas científico–médicas, cuestionamiento que lo lleva a declarar su incapacidad para conocer las causas y razones. Luego apela a su fe, a lo suprarracional y da a entender que ha presenciado un milagro. La curiosidad humana lo asalta en el instante en que presencia el hecho referido, con deseos por preguntarle al moribundo sobre el más allá que probablemente este había contemplado. Esta inquietud es fuerte y da cuenta de la también humana y constante inquietud frente a la muerte. De inmediato, Morelli se inhibe de formular preguntas, porque lo considera «irreverente»; entonces cambia la óptica y el lenguaje: su fe le basta para admitir con certeza que *su alma* (la de Abascal*) se había trasladado.* Morelli acaba de tocar el misterio, que ha compartido con varias personas también presentes. Primero queda admirado pero confuso; con el paso de los meses y de los años, toma conciencia de la trascendencia espiritual que el hecho ha tenido para él y decide darlo a conocer públicamente.

Alma inquieta frente al fenómeno humano, Morelli traduce en este relato su exquisita captación de lo espiritual, con una cuidadosa medida de las palabras, para no dejarse llevar por el entusiasmo y la emoción. No por eso deja de mani-

festar que ha sido profundamente movilizado frente a lo sobrenatural y consciente de la persistencia de los efectos espirituales que le ha deparado con el ejemplo su discípulo como postrer homenaje.

IV

Durante su prolongada actuación como Senador de la República (1927–1942) Morelli en reiteradas oportunidades trató temas en los que manifestó su condición de católico, casi siempre sin hacer referencia expresa a su confesión religiosa. Es así que se ocupa de moralidad pública, instrucción sexual y de rendir público homenaje a SS Pío XI en ocasión de su deceso en 1938.[17] El tópico que vamos a desarrollar *in extenso* es el de su participación en la legislación sobre el aborto provocado. El mismo, que fuera considerado y castigado como delito por la Ley de 1889, fue despenalizado cuando se aprobó, por votación *«a libro cerrado»,* el nuevo Código Penal, redactado por José Irureta Goyena, el 30 de noviembre de 1933, ya que el mismo contenía esa modificación en su artículo 335.

Esto desencadenó una discusión pública del proyecto, en la cual fueron protagonistas los librepensadores, encabezados por Augusto Turenne y los católicos, por Alejandro Gallinal y Salvador García Pintos.

El primero de los nombrados, que ya desde 1916 había mostrado preocupación por el tema, rechaza el aborto al que cataloga de *práctica abominable.* Su prédica es enérgica y prolongada, a través de clases, conferencias y publicaciones.[18] Destaca el aumento rápido del número de abortos, que, realizados clandestinamente, provocan numerosas muertes maternas. Considera que en el período posterior a la aprobación del Código en 1933 hasta la derogación de su artículo 335 en 1938, se observó una disminución de las catastróficas consecuencias del aborto. Se muestra Turenne tácitamente partidario de la despenalización, pero insiste, y lo seguirá haciendo hasta el fin de su vida, en que lo importante es prevenir, para lo que es preciso educar sobre sexualidad a la población y poner a su alcance los medios anticoncepcionales para evitar el embarazo no deseado y practicar una *concepción consciente.*

La Facultad de Medicina nombra una Comisión para el estudio del aborto, que concluye en conceptos muy similares a los antes expuestos, con el voto en contra de uno de sus integrantes, Juan Pou y Orfila[19] quien sustenta, sin serlo, una posición muy próxima a la de los católicos.

Estos últimos, de acuerdo a las ideas sostenidas como Magisterio de la Iglesia desde el Concilio de Trento y en reiteradas encíclicas y declaraciones conciliares y pontificias[20] consideran que el aborto, cualquiera sea el momento o la razón (salvo para salvaguardar la vida de la madre, cuando estuviera severamente comprometida y si el aborto es un efecto secundario no buscado del tratamiento

instituido) es un atentado contra la vida humana y debe ser condenado. Frente a los recursos contraceptivos, los consideran por igual condenables, por cuanto interfieren artificialmente con uno de los fines ineludibles del matrimonio, la procreación. Los dos últimos parlamentarios mencionados, dejan su opinión en sendas publicaciones.[21, 22]

El Poder Ejecutivo, cuyo titular era Gabriel Terra, a instancias del entonces ministro de Salud Pública, Eduardo Blanco Acevedo, con fecha 15 de enero de 1935, aprueba un Decreto prohibiendo la realización de abortos en dependencias de tal repartición y en el que además prevé las sanciones a los infractores, haciendo especial referencia a las parteras.

En forma simultánea, el 15 de marzo de 1935, se presentan sendos proyectos de Ley modificativos del ya citado artículo 335: el de Elías Regules ante la Cámara de Diputados y el de Morelli en la de Senadores, que quedan a consideración de las comisiones. El 1 de junio de 1937, el Poder Ejecutivo envía un Mensaje a la Asamblea General, con una extensa exposición de motivos y un proyecto de ley, firmado por el Presidente de la república y el ministro de Salud Pública, Juan César Mussio Fournier.[23] En enero del año siguiente es aprobado por la Cámara Baja y pasa a consideración del Senado. No obstante tener discrepancias con el último texto (que es el vigente en la actualidad), por considerarlo poco radical, Morelli solicita su discusión en el plenario, circunstancia en la que pronuncia el discurso que será objeto de breve análisis a continuación.[24] Como es habitual en el orador, se expresa en forma concisa, clara, completa y contundente. También según su modalidad, procura servirse de argumentos racionales, sin hacer mención a declaraciones de la Iglesia Católica sobre el particular. Efectúa un *racconto* histórico acerca de las prácticas abortivas en distintas culturas a lo largo de la historia y señala cómo las mismas crecen precediendo a épocas de decadencia y extinción. Demuestra, con cifras de diferentes países, el notorio incremento del aborto en las primeras décadas de Siglo XX, incluso en la Unión Soviética, donde es legalmente aceptado.

Pasa luego a considerar con exactitud y detalle los hechos biológicos relacionados con la fecundación e implantación del huevo y su desarrollo en el útero materno, y subraya las profundas y precoces influencias que ejerce el embarazo sobre el organismo de la mujer que lo porta. Entonces realiza categóricas afirmaciones, desde el plano puramente científico:

Desde el momento en que sucede la fecundación, los elementos del espermatozoide van a fusionarse con los elementos fundamentales del huevo. Ha nacido un ser, ha nacido un ser que manifiesta una voluntad biológica indudable...

... En vez de lo que se creía hasta hoy, que la fijación del huevo era un fenómeno pasivo, que era la madre la que retenía el huevo, es el huevo el que obliga a la madre a retenerlo. Si ésta no es una expresión de la voluntad biológica, no sé qué interpretación lógica habrá de dársele.

... El huevo fecundado origina modificaciones en los órganos maternos que van a seguir un ciclo armónico y ese ciclo es, para la mujer, de nueve meses. Durante (ese lapso) se producirán (cambios) anatómicos y funcionales en todo el organismo, que no pueden, evidentemente, interrumpirse sin un grave perjuicio para el funcionamiento de todos los órganos de la madre.

Contra lo que afirman los adversarios de su posición, Morelli responde:

Es un ser vivo –admiten– pero un hombre, no. ¡Cómo puede admitirse que sea un hombre una masa de protoplasma sencilla, donde no hay órganos, donde el sistema nervioso no se ha desarrollado y que, en consecuencia, no tendría conciencia!

... Pero, ante todo, debemos ser más cautos, más prudentes, respecto de las funciones psíquicas. No debemos confundir las manifestaciones de esas funciones, con la existencia de las mismas. En medicina se ha visto en estos últimos años pronunciarse una tendencia prestigiosa por la autoridad de sus defensores e interesante a propósito de los enfermos demenciales, enfermos que se consideraba hasta hace poco como completamente desprovistos de toda vida psíquica, o por lo menos, en los cuales esa vida estaría reducida a un mínimo, a un vislumbre, a una cantidad despreciable.

... Debido a estos trabajos... la vida psíquica de estos sujetos, es, probablemente, más intensa de lo que se cree; únicamente les falta la comunicación; están aislados del mundo exterior, no comunican con el espíritu de los otros seres humanos; se hallan en estado de reconcentración, en un estado designado por los especialistas bajo el nombre de autismo.

¿Quién puede asegurar que en este pequeño ser no existe, en embrión, pero entera, el alma, la psiquis?

... Por otra parte, si se considera que este huevo fecundado no es de un ser humano, tenemos el derecho de preguntar en qué momento puede considerarse como ser humano... evidentemente no es en el momento del parto... desde el momento en que el huevo se fecunda hasta el momento en que el feto nace, existe una serie de cambios graduales e insensibles que impiden precisar fecha y decir en tal momento se ha transformado en hombre.

No sin cierta ironía, agrega:

Por otra parte, si se admite que es un ser vivo, ¿qué clasificación se le da a ese ser?... ¿Será entonces un antropoide o un ser más inferior, un vertebrado, un invertebrado? No existe otro puesto para él en el casillero zoológico. De tal manera que nos vemos obligados a declarar que el huevo humano en el momento de la fecundación adquiere todos los caracteres de un ser humano. Luego se desarrollará; evidentemente está en un estado de organización que en ese instante no ha adquirido toda su plenitud. Pero algo parecido ocurre en la vida extrauterina. Entre el niño que nace y el hombre desarrollado de treinta años de edad, existen las mismas diferencias que entre el feto a término y el feto de siete meses o el de nueve meses.

Es, por lo tanto un hombre que existe en el útero materno; es un hombre que se mata en el momento del aborto, éste, por tanto, es un homicidio.

Es muy difícil resumir en tan pocas palabras conceptos que hasta hoy, comienzos del tercer milenio, tienen total vigencia biológica y filosófica. Morelli, con su sólida formación intelectual, avanza argumentos de gran peso cuando hace la diferencia entre potencia y acto, sin que de ello resulte un menoscabo de la dignidad humana. Pasa seguidamente a refutar las supuestas justificaciones del aborto de orden socio económico. Para eso expone con total solvencia la ley de Malthus, a la que pone en tela de juicio, en base a datos demográficos mundiales. Dicha ley considera el crecimiento de la humanidad según criterios matemáticos y...

... tenemos que sospechar que las cosas no suceden de una manera (tan) simple y sobre todo es un hecho de observación vulgar, es un hecho completamente lógico, que los fenómenos humanos no pueden recibir una interpretación simple o simplista y la ley de Malthus expresa una relación totalmente simplista.

Objeta también como falsa la aseveración maltusiana acerca del crecimiento de los recursos de alimentación, ya que ésta supone una extrapolación de las observaciones realizadas en ciertas épocas y lugares al resto del mundo y de la historia:

Si Malthus se levantara de la tumba, si se hubiera levantado en 1930, hubiera quedado sorprendido al saber que en esta época se producían en el mundo más medios de subsistencias que lo que la humanidad presente pudiera consumir o pudiera comprar... Estemos tranquilos que nuestros niños encontrarán alimentos. Será otra cosa lo que les falte.

Con referencia a las posibles consecuencias poblacionales, afirma:

El problema demográfico es un problema que tiene doble importancia: por una parte la tiene en sí, por la reducción del número de los habitantes, la disminución de los elementos jóvenes con predominio de los viejos, si es que no se quiere ir a la eugenesia por edad, la cual se ha llegado a proponer y tiene una importancia también como elemento de desmoralización. El aborto provocado disminuye la moralidad de los pueblos.

Destaca las posibles, frecuentes y graves consecuencias del aborto sobre la salud física y psíquica de la mujer. Finaliza por hacer consideraciones acerca del concepto del honor ultrajado de la mujer, que es una causa de exención en el proyecto a consideración. Señala que en su concepto la referida palabra es equivalente a la pérdida de la virginidad y que ésta ya se perdió en toda mujer embarazada.

Este es el tenor de la intervención de Morelli, que puede o no ser compartida por el lector o parecer fuera de época en lo que al honor de la mujer se refiere, pero que fue clave en la modificación del Código Penal, que se aprobó ese mismo año.[25]

V

Uno de los aspectos en los que la confesión religiosa de Morelli más se pone de manifiesto, es en su publicación sobre instrucción sexual.[26] Se trata de

una extensa respuesta a la presentación de la Dra. Paulina Luisi, en la que esta colega propone que se incluyan los temas de educación sexual en los programas desde la escuela primaria hasta la universidad...

... sin mutilaciones; la realidad tal cual es, que en los liceos deben establecerse cursos obligatorios de higiene individual y social, incluyendo la profilaxis de las afecciones venéreas y los conocimientos de deontología social relacionados con ellas. Lo mismo en los cursos para adultos, de los dos sexos. Deben organizarse conferencias populares para los padres y las madres sobre nociones elementales de pedagogía e higiene sexual. Que las mismas deben extenderse a todas las agrupaciones populares, sociedades recreativas y sportivas...

Morelli, recién convertido al catolicismo, declara que no va a acudir a los principios de su religión para fundar sus argumentaciones. La educación sexual debe enmarcarse en el asunto sexual general,

(La sexualidad) no es una obligación que deriva de la propia esencia de la naturaleza humana; es una obligación social de continuidad de la especie para la cual está adaptada la naturaleza humana, pero a la cual cada ser puede dar o no cumplimiento según su voluntad. Su asimilación con los apetitos elementales del hambre y de la sed es falsa en absoluto

Ante todo porque (la sexualidad) no se trata de un instinto indispensable y necesario para la vida de cada uno; en segundo lugar porque, como podemos vivir sin reproducirnos, la razón biológica de este sentimiento puede encontrarse negada en muchos seres. Y es que en el terreno sexual se pasa fácil e involuntariamente de la palabra al sentimiento y de este a la pasión y a la locura y del acto a la licencia, al desenfreno y a la degradación.

Señala que médicos como Freud, Marcuse y otros...

... han propuesto suprimir en proporciones variables los dictados de la moral clásica que nosotros recibimos de nuestros padres... Se afirma que el hombre, animal en su esencia como los otros animales, tiene fundamentalmente las mismas exigencias que aquellas bestias que nos son presentadas como nuestros hermanos y nuestros antepasados; que, en consecuencia, todo lo que quiera contrariar y ocultar la libertad en materia sexual es ilógico, absurdo y contrario a las leyes naturales y a la verdad, que el pudor es una hipocresía; la virtud y la fidelidad, palabras vanas y la castidad, una mentira o un sacrificio imposible de mantener; que todo el mundo tiene el derecho a los placeres sexuales, que no hay por qué fulminar a la seducción y a la corrupción, porque con ellas no se hace un mal a nadie, al contrario, se ofrece participación a otro ser de los propios placeres; que no es, por lo tanto, el caso del que roba el pan ajeno para comer y el agua ajena para beber... La frecuencia con que son violados los principios (morales) no legitima en manera alguna la negación de los mismos, porque con la misma lógica negaríamos la existencia de preceptos morales para la propiedad, la vida y el honor de nuestros semejantes... La moral contribuye a estimular los sentimientos idealistas y en luchar de todas maneras oponiéndose al dominio de los sentimientos egoístas, reglamentándolos, contrariando en lo posible la tendencia de nuestro espíritu a crearse necesidades y condenando la indulgencia de nuestro razonamiento para encontrarlas justificadas... El mundo no se guía casi nunca por los postulados de la cabeza,

de la razón, sino del sentimiento, por consiguiente no puede reducirse la conducta a reglas científicas ni de moral abstracta.

Hace una apología de la castidad: en las mujeres, la virginidad prematrimonial (insiste en la importancia de la existencia de una estructura anatómica, el himen, que la señala) y la inseparabilidad del matrimonio. Para avalar ésta última aseveración, esgrime argumentos biológicos según los cuales la...

... *«Impregnación»* por el esperma de un varón, *(justifica que los descencedientes engendrados) sucesivamente por otros padres, puedan llevar algunos caracteres que recuerden al ser que anteriormente había tenido relaciones con la madre.*

Esta referencia a la impregnación no deja de ser curiosa, pese a que fue un fenómeno muy tenido en cuenta en la biología premendeliana.

También se refiere a la castidad en el sexo masculino, pese a que no hay en este caso *«virginidad anatómica»*. La misma para Morelli sería garantía de encontrar una compañera noble y digna, evitar los hijos ilegítimos, estimular la solidez de la familia, desalentar la seducción, engaño o violación *y* disminuir las enfermedades venéreas. Indica que:

... como era de preverse, la práctica del divorcio ha puesto bien de relieve su influencia perniciosa sobre la solidez de la familia.

Y también se refiere...

... (al) cáncer social de la prostitución, del cual los varones somos únicos y exclusivamente responsables, llaga dolorosa que con razón ha hecho llorar a tantos ojos femeninos, promoviendo generosos movimientos feministas; aberración moral, que la sociedad y los gobiernos, lejos de combatir, se preocupan a menudo de explotar, aprovechar o fomentar.

Indica las formas prácticas de luchar por la castidad, no por medio de reglamentaciones, sino por la...

... persecución de los pensamientos lascivos, de las lecturas eróticas, de los espectáculos públicos, teatros, cafés conciertos, biógrafos, evitar las imágenes obscenas, los vestidos insuficientes y la exposición de las desnudeces en las mujeres que han caracterizado las épocas de degeneración de la historia; la promiscuidad, inducida por un feminismo mal entendido, que hace caer la barrera que siempre debiera existir alrededor de la mujer ¿Qué decir en este momento de los baños mixtos?; los bailes cuyo origen y fin son la excitación sexual y la unión de los sexos; todas las prácticas de excitación besos, abrazos, alimentación inútilmente copiosa, de las comidas fuertemente condimentadas... alcohol, morfina, cocaína, haschich; siempre hay que tener delante de sí y agitar ante los ojos de los demás las enfermedades venéreas, con su carácter repugnante y con sus consecuencias locales a veces definitivas, comprometiendo la fecundidad en el matrimonio y los resultados generales... y a menudo el estigma físico, moral y mental de la descendencia.

Pasa luego a analizar los inconvenientes derivados de las ideas de Freud:

Aún en la doctrina de Freud, que tantas deducciones discutibles ha originado, se admite también la importancia fundamental que tienen los sentimientos morales para la represión del sentimiento sexual. La conclusión no es dudosa. Hay que fortificar con la prédica, con el ejemplo y con todos los medios apropiados, los sentimientos morales, individuales y colectivos, como fundamental solución en la represión sexual, especialmente para el periodo de la vida en el cual no se ha alcanzado aún la madurez del espíritu y en el que especialmente los complexus superiores, morales e ideales no tienen aun la suficiente fuerza para anular los sentimientos inferiores y egoístas, tan característicos del niño.

Señala que hay que poner en guardia contra el concepto puramente intelectual del asunto sexual. En lugar de instruir fría y generalizadamente, *«parece más apropiada la propedéutica sexual que consiste en una gimnasia preventiva de la voluntad»*. Habla de la lucha contra el instinto y la pasión sexual. La utilidad de ocupaciones intelectuales intensas para contrarrestar los efectos de la imaginación. *«Deja a Venus un mes y ella te dejará tres»*, argumenta para justificar la privación voluntaria de la actividad sexual:

Vencerse mediante la abstinencia sexual es uno de los mejores medios de fortificar la voluntad y la energía, es el preservativo eficaz contra los peligros del amor desordenado y del concubinato y constituye, en fin, la prueba de que existen aspiraciones más dignas de ser buscadas en la existencia que las voluptuosidades genitales, aun cuando el instinto sexual quede, después del de la propia conservación, como el más poderoso resorte de la vida.

Este es un modo de proteger a la mujer, porque ésta...

... cuando en lugar de ser vendida, puede ser propietaria, su dignidad progresa y la castidad tiene mayor valor para ella. La simpatía conyugal gobierna la evolución de la castidad en el hombre; ella es la base de la estabilidad de la unión.

Destaca que la castidad no es perjudicial para la salud, como podría pensarse de acuerdo a la teoría de Freud. Por lo tanto:

Es inadmisible que se quiera sostener científicamente que la búsqueda del placer sea la justificación fisiológica de las relaciones sexuales. Estas deben ser consideradas, desde el punto de vista biológico como exclusivamente destinadas a servir a la especie, reservadas, por lo tanto, a la reproducción en las condiciones más útiles para la sociedad humana y... al matrimonio.

Hace un análisis detenido de las doctrinas de Freud, por lo que demuestra que las ha estudiado detenidamente. Es destacable la siguiente frase:

Es ahora el momento de hacer notar la semejanza que en este punto tiene la doctrina de Freud con la doctrina cristiana. Solamente que esta última, admitiendo la vuelta más o menos frecuente al campo de la conciencia, de pensamientos lúbricos, sostiene la necesidad y la posibilidad de dominarlos, por un esfuerzo de la voluntad, ayudado por la intervención eficaz de la plegaria y la penitencia. Significativa acción reguladora la de la Iglesia Católica, que, luchando contra la escuela romántica a principios del siglo XIX, mostraba cuánto tiene de orgánico la naturaleza humana, mientras que a principios de

este siglo XX, combatiendo contra el materialismo imperante, defiende todo lo que existe de ideal en la actividad humana.

El médico debe convertirse en un agente celoso de la moral, poniéndose decididamente en contra de las tendencias anormales y del sensualismo del enfermo... Debe cuidarse de toda tendencia de compasión culpable, porque muy grande sería su responsabilidad, por las consecuencias morales o médicas de sus condescendencias y porque muy a menudo sería él mismo la víctima de la maquinación más o menos bien simulada de un cliente que lo puede llevar hábilmente al terreno de las prescripciones que está deseando.

Señala que la importancia sociológica de la castidad ha llevado a que sea estimulada en muchos países europeos.

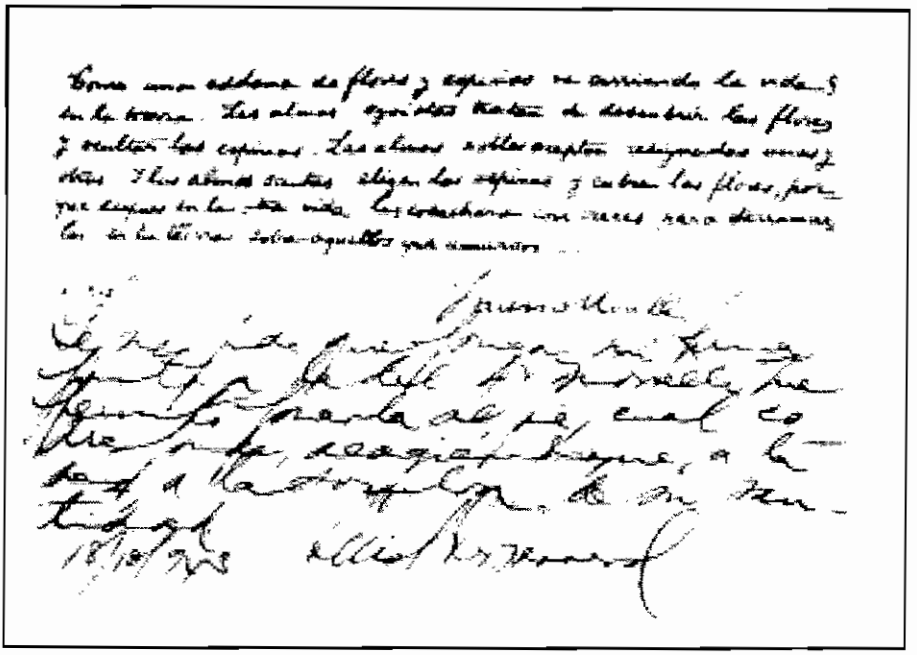


Figura 67
Manuscritos de Juan B. Morelli (arriba) y de Luis A. de Herrera (abajo).

La tarea más difícil que se puede emprender en una sociedad es la de tratar de disciplinar al más indisciplinado de nuestros instintos. Por estas razones somos adversarios de la enseñanza sexual en las escuelas, sosteniendo el rol educador de los padres y en el caso de que estos no se atrevieran, el papel podría ser desempeñado por un médico de confianza de la familia.

Vista en perspectiva histórica las opiniones vertidas por Morelli, muestran una posición ortodoxa, aún sustentada por múltiples corrientes confesionales cristianas. Ello marca para nuestro ambiente cultural ese compromiso ideológico, compartido por numerosos dirigentes de la Iglesia Católica uruguaya. Pasa-

dos muchos años, el tema de la educación sexual, como el del aborto, sigue siendo un tema un tema de perpetua discusión, en que encontradas posiciones educacionales se enfrentan con varias razones.

VI

Entre los papeles pertenecientes a la familia[27] hay uno (fig. 67)donde se lee un pensamiento, escrito de puño y letra por Morelli, que sintetiza, como perla de su espiritualidad, la concepción que tenía sobre las *espinas* que el hombre generoso acoge y soporta en su vida terrena, para devolverlas como *flores* desde el cielo sobre quienes ama. Esta breve reflexión, casi una oración, muy propia de la robusta fe un converso, expresa la actitud de quien cristianamente desprecia los honores o conquistas mundanas, trocándolos en flores de espiritualidad. Hermosa y densa en sustancia de vida, por provenir de un hombre que, si bien recogió muchos honores, también tuvo enormes dolores, soportó grandes injusticias y dio testimonio de sus creencias en el servicio diario y desinteresado a sus semejantes, pacientes, discípulos, amigos, parientes.

Para agregar un dato más a la fuerza de esta *«perla»*, el manuscrito morelliano es seguido por un apunte, también autógrafo, de Luis Alberto de Herrera, su admirado caudillo político y entrañable amigo de toda la vida. Este último, sensible a lo espiritual, aunque con ascedencia protestante, manifiesta su emoción y deja traslucir con ello su percepción de inferioridad espiritual con respecto a Morelli, a quien no vacila en calificar de santo. Probablemente el íntimo y prolongado conocimiento que tenía Herrera de Morelli, le permitiera saber que reunía condiciones especiales como ser humano, muchas de las cuales ignoramos e ignoraremos.

VII

Morelli integra un grupo de médicos católicos, que se inicia con José Máximo Carafí y continúa con Luis Pedro Lenguas, Julio García Otero, Salvador García Pintos, Raúl A. Piaggio Blanco y hasta la misma Esther de Cáceres, otra conversa. Apoyaban la presencia católica, en reacción a la laicidad al anticlericalismo, la prédica periodística de un diario, *«El Bien Público»* y un partido político, la Unión Cívica. También instituciones de prestigio como el Club Católico, la Acción Católica, el Círculo Católico de Obreros y notorias instituciones de enseñanza. La temprana escisión del Estado y de la Iglesia, el laicismo de la educación, la precoz desaparición de los estudios teológicos de los *curricula* universitarios, contribuyeron a que el ser católico en Uruguay, no fuera una posición de privilegio a nivel social, académico o intelectual.[28] Es nuestro parecer que esto, lejos de amenguar o desmerecer la confesión religiosa, la hizo más profunda, auténtica y discreta. Si

se obtenía una posición, era más bien *«a pesar de»* que *«debido a»* la condición de católico. Hubo en Uruguay grandes y fecundos creyentes, pero que en su mayoría participaron de lo que hemos denominado el *cripto–catolicismo.* Esa presencia viva y real, valiente pero escondida, por ser en ocasiones contraria a la posición oficial, se puso de manifiesto a lo largo de nuestra historia. Casi siempre como opinión minoritaria (por más que las cifras censales mostraran altos porcentajes de adhesión a la Iglesia), como oposición. Pero no por eso dejó de cumplir con una función de *«denuncia»*, de *«marcar presencia»*, de contribuir a despertar el espíritu de conciencia en distintas instancias (discusión de la ley de divorcio, de aborto, etc). Y esta fracción no se caracterizó por su antagonismo indeclinable o reacción descalificadora frente a sus opositores ideológicos. Por el contrario, hubo lazos de amistad y de tolerancia, como puntualmente puede advertirse en la relación de largo y profundo afecto entre Morelli y Domingo Arena. En otro sentido, muchos de los librepensadores, sin aceptar los dogmas católicos, se aproximaban al ideario cristiano, como en la campaña de Rodó en contra del retiro de los crucifijos de los hospitales, que dio lugar a los artículos que forman su *Liberalismo y jacobinismo.*[29]

En medio de esa sociedad laica, muchas veces anticlerical, como una manifestación más de la democracia, creció y dio frutos un grupo confesional, dentro del cual figuró Morelli a partir de su conversión tardía a los cincuenta años.

VIII

Es apasionante dar a luz estas historias, casi siempre semisecretas, de conversión, a menudo tardía, laboriosa, lenta y llena de meandros. Caminos que conducen a los hombres, a veces los más científicamente pensantes, al nivel suprarracional de la fe, que convierte desde adentro sus vidas, sin dar demasiados indicios aparentes. Puede admirarse la grandeza y la valentía de la sinceridad de los que se llaman ateos, pero aún más el renunciamiento de los creyentes a ciertas aparentes certidumbres, arraigadas por la formación intelectual y la presión del ambiente, renunciamientos a través de los cuales seres como Morelli alcanzan la vida plena del espíritu. Nos preguntamos a cuántos momentos de duda racional, a cuántas situaciones de *noche del alma*, al decir de San Juan de la Cruz, se habrá visto enfrentado un intelecto lúcido e inquieto como el de Morelli. Se cuenta que Matisse, frente a uno de sus últimas obras, ejemplo de extrema sencillez, exclamó: *Je m'enrichie en me dépouillant.* Suponemos una trayectoria de este tipo en Morelli, hasta culminar en la conocida anécdota de la confesión a Purriel: *Toda mi vida he sido un farsante.* Esa entrada en la metahistoria humana,como la han denominado Berta y Mañé[30] señala el enfrentamiento sereno, más allá del tiempo histórico. Es como mirar en perspectiva la autovaloración de sí mismo, que ha llegado a percibir ideales tan altos, horizontes tales de perfección, que, al otear retrospectivamente su propia perspectiva vital, en una visión depurada de lo contingente,

comprende la radical pobreza humana, ansiando experimentar en plenitud en su organismo sobrenatural, adquirido en su lejano bautismo, desarrollado en tantas experiencias vividas como talentos multiplicados, ese amor que presiente lo llama desde la eternidad, donde se encontrará con todos sus amores.

Notas

1) A.J.B.M. Bibliorato I:3.
2) Ardao, Arturo. Espiritualismo y Positivismo en el Uruguay, Montevideo, 1950,287 págs.
3) Ver Capítulo II.
4) Familia Morelli: comunicación personal, 2003.
5) García Pintos, S. Homenaje al Profesor Juan B. Morelli con motivo de su fallecimiento, *«El Bien Público»*, Montevideo, 2 de enero de 1947
6) Morelli, Juan B. A Propósito de la Instrucción Sexual, Propaganda cultural de La Federación de la Juventud Católica del Uruguay, Montevideo, 1922, 56 pág.; Luisi, Paulina. Segundo Congr. Med. Nac. Montevideo, 1921 (1922), 1: 150–179.
7) García Pintos, S. Op. cit.
8) Purriel, P. Discurso de homenaje al Profesor Juan B. Morelli con motivo de conmemorarse los 50 años de docencia universitaria, Montevideo, 1943.
9) Herrera de Lacalle, María Hortensia de. Comunicación personal, 2003.
10) Don Orione nace el 23 de junio Pontecurone (Italia) y al día siguiente es bautizado. El 4 de septiembre de 1889 ingresa al convento franciscano de Voghera, de donde saldrá al año siguiente a causa de una grave enfermedad. Al año siguiente conoce a Don Bosco, hecho capital para su vida futura. En 1889 ingresa en el Seminario de Tortona, siendo ordenado sacerdote el. 13 de abril de 1895.El 30 de julio de 1899 impone los hábitos a los primeros Ermitaños de la Divina Providencia, obra que es aprobada por su obispo. Monseñor Bandi en 1903.En 1909 viaja a Sicilia para ayudar a las víctimas del terremoto de Messina; más tarde es nombrado por el Papa Pío X como Vicario General de esa diócesis. En diciembre de 1913 parten los primeros misioneros para Brasil y en 1915 funda la congregación de las Pequeñas Hermanas de la Caridad, y abre el primer Pequeño Cottolengo en Ameno (Italia).En 1921 llega por primera vez a Argentina, procedente de Brasil, y acepta una iglesia en Victoria en la que encuentra una imagen de la Virgen de la Guardia. Viaja a Montevideo durante su permanencia en el Río de la Plata, donde funda el Cotolengo que hoy lleva su nombre. En 1934 vuelve a visitar Buenos Aires y Montevideo, en ocasión del Congreso Eucarístico Internacional, en compañía del Legado Papal, Eugenio Pacelli, luego Pío XII. El 9 de marzo de 1940 sale con destino a San Remo, el 12 reza su última Santa Misa y envía un telegrama al Papa. A las 22:45 muere. El 10 de marzo de 1965 el cuerpo de Don Orione es descubierto y hallado incorrupto. El 26 de octubre de 1980 es beatificado por el Papa Juan Pablo II. En octubre de 1984 su corazón es traído en un relicario especial, para recorrer las comunidades de Argentina y Uruguay todas las comunidades. El 29 de agosto de 2000 dicha reliquia llega definitivamente a la Argentina, para ser colocado en el Cottolengo de Claypole. El 7 de julio es promulgación del Decreto que reconoce un milagro atribuido a la intercesión del Beato Don Luis Orione, cuya causa de canonización está en marcha.
11) Refiere María Hortensia de Herrera de Lacalle, que Don Orione vino a Montevideo por iniciativa de Morelli. En ocasión de un viaje que la cronista realizó a Europa con su madre, Margarita Uriarte de Herrera (viuda de Heber), inmediatamente después del fallecimiento de una de sus hijas Heber, Morelli le pidió que visitara al sacerdote en Roma. Al llegar, Don Orione

estaba rezando la Misa en una iglesia colmada; ante su sorpresa, llegado el momento del sermón, se expresó como si se estuviera dirigiendo a Misia Margarita, que le sirvieron de gran consuelo. Terminado el oficio, se dirigió junto a su hija a la sacristía y le manifestó su emoción al sacerdote, quien le aseguró que él tuvo la moción espiritual de su presencia en el templo desde el momento en que se sumó a la multitud congregada allí y que había sido expresamente a ella a quien se había dirigido en el sermón para brindarle paz en la triste circunstancia por la que atravesaba; Don Orione nunca había visto antes a la señora de Herrera ni tenía conocimiento de lo acontecido en Montevideo.

12) Don Orione. Scritti 51:221–223.

13) El Padre Pío nació el 25 de mayo de 1887 en Pietrelcina, archidiócesis de Benevento, hijo de Grazio Forgione y de María Giuseppa De Nunzio. Fue bautizado al día siguiente recibiendo el nombre de Francisco. A los 12 años recibió el Sacramento de la Confirmación y la Primera Comunión. El 6 de enero de 1903, cuando contaba 16 años, entró en el noviciado de la orden de los Frailes Menores Capuchinos en Morcone, donde el 22 del mismo mes vistió el hábito franciscano y recibió el nombre de Fray Pío. Acabado el año de noviciado, emitió la profesión de los votos simples y el 27 de enero de 1907 la profesión solemne. Después de la ordenación sacerdotal, recibida el 10 de agosto de 1910 en Benevento, por motivos de salud, permaneció en su familia hasta 1916. En septiembre del mismo año fue enviado al Convento de San Giovanni Rotondo y permaneció allí hasta su muerte. Enardecido por el amor a Dios y al prójimo, Padre Pío vivió en plenitud la vocación de colaborar en la redención del hombre, según la misión especial que caracterizó toda su vida y que llevó a cabo mediante la dirección espiritual de los fieles, la reconciliación sacramental de los penitentes y la celebración de la Eucaristía. El momento cumbre de su actividad apostólica era aquél en el que celebraba la Santa Misa. Los fieles que participaban en la misma percibían la altura y profundidad de su espiritualidad. En el orden de la caridad social se comprometió en aliviar los dolores y las miserias de tantas familias, especialmente con la fundación de la *«Casa del Alivio del Sufrimiento»*, inaugurada el 5 de mayo de 1956. Para el Padre Pío la fe era la vida: quería y hacía todo a la luz de la fe. Estuvo dedicado asiduamente a la oración. Pasaba el día y gran parte de la noche en coloquio con Dios. Decía: *«En los libros buscamos a Dios, en la oración lo encontramos. La oración es la llave que abre el corazón de Dios»*. La fe lo llevó siempre a la aceptación de la voluntad misteriosa de Dios. Expresó el máximo de su caridad hacia el prójimo acogiendo, por más de 50 años, a muchísimas personas que acudían a su ministerio y a su confesionario, recibiendo su consejo y su consuelo. Era como un asedio: lo buscaban en la iglesia, en la sacristía y en el convento. Y él se daba a todos, haciendo renacer la fe, distribuyendo la gracia y llevando luz. Pero especialmente en los pobres, en quienes sufrían y en los enfermos, él veía la imagen de Cristo y se entregaba especialmente a ellos. Durante años soportó los dolores de sus llagas con admirable serenidad. Cuando tuvo que sufrir investigaciones y restricciones en su servicio sacerdotal, todo lo aceptó con profunda humildad y resignación. Ante acusaciones injustificadas y calumnias, siempre calló confiando en el juicio de Dios, de sus directores espirituales y de la propia conciencia. Su salud, desde la juventud, no fue muy robusta y, especialmente en los últimos años de su vida, empeoró rápidamente. La muerte lo sorprendió preparado y sereno el 23 de septiembre de 1968, a los 81 años de edad. Sus funerales se caracterizaron por una extraordinaria concurrencia de personas. El 2 de mayo de 1999 a lo largo de una solemne Concelebración Eucarística en la plaza de San Pedro Su Santidad Juan Pablo II, con su autoridad apostólica declaró Beato al Venerable Siervo de Dios Pío de Pietrelcina, estableciendo el 23 de septiembre como fecha de su fiesta litúrgica. Más de 200 mil personas (entre los que se encontraba uno de los autores, R.P.F.) acudieron a los actos de la canonización de San Pío de Pietrelcina celebrados en la Plaza de San Pedro, del Vaticano, el domingo 16 de junio del 2002.

14) Peloso, Flavio, Don Luigi Orione e Padre Pío da Pietrelcina. Nel decennio della tormenta: 1923–1933, Roma, 1999, 190 pág.

15) Morelli, J. B. Manuel Abascal. Un médico Apóstol, Montevideo (1943), 65 pág.

16) Abascal, M. B. y Cerviño, J. M. A propósito de epilepsia cardíaca. Rev. Med. Uruguay (1925), 28:223–238; Abascal, Manuel; Canzani, Raúl; Etchelar, Rito. Plasmodium falciparum (trabajo de la clínica del Profesor Morelli); Rev. Med. Uruguay (1925), 28:249–303; Abascal, M. B.; Quagliotti, J. N.; Bozzano, J. L. Compresión de la aurícula derecha por aneurisma sacciforme de la aorta. Rev. Med. Uruguay (1925), 28:312–323.

17) Ver Capítulo XV.

18) Turenne, A. El aborto provocado, conferencias en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Montevideo, 1931 y Turenne, A. La protección prenatal del niño, contralor y racionalización de la procreación, Montevideo, 1935.

19) Pou y Orfila, J. Los problemas del aborto contra natura y la lucha antiabortiva, Montevideo, 1936, 43 págs.

20) Catecismo de Trento, p. 2, c. 8, número 13; Sisto V., Constitución *Effrenatam*; Gregorio XIV, Constitución *Sede Apostólica*; Concilio Vaticano I; Pío XI, Encíclica *Casti connubii*, 1930; Pío XII, Exhortaciones y discursos a los médicos,1955; Concilio Vaticano II; Pablo VI, Encíclica *Humane vitae*, 1968; Juan Pablo II, Encíclica *Familiaris consortio*, 1981, comentarios a la Encíclica *Humanae Vitae*, L'Oss.Romano,1984, Carta Apostólica *Salvifici doloris*, 1984.

21) Gallinal, A. Sobre Aborto Criminal. Antecedentes de oportunidad, Montevideo, 1935, 199 pág.

22) García Pintos, S. En nuevo derecho al aborto libre, Montevideo, 1934, 42 pág.

23) Mensaje y proyecto de ley enviado por el Poder Ejecutivo a la Asamblea General, el 1 de junio de 1937, in: Juan César Mussio Fournier (1963):95–110.

24) Diario de Sesiones de la Cámara de Senadores, enero 13 de 1938.

25) Ley 9.763/38.

26) Morelli, J. B. Op. cit. (1922).

27) A.J.B.M. Bibliorato II: 40.

28) La Iglesia en el Uruguay, Montevideo, 1978, 356 págs.

29) Rodó, J. E. Liberalismo y Jacobinismo. La expulsión de los crucifijos, in: Obras Completas de José E. Rodó, Ministerio de Instrucción Pública (edit.), Montevideo (1945), p. 221–326.

30) Berta, M. y Mañé Garzón, F. Metahistoria, en torno a una anécdota ejemplar, Montevideo, 2003.

Capítulo XV

ACTUACIÓN PARLAMENTARIA

I

La actuación parlamentaria de Juan B. Morelli se extiende desde enero de 1927 a febrero de 1942, con la interrupción durante el período en que las cámaras estuvieron clausuradas en razón del golpe de Estado del 31 de marzo de 1933 hasta su restablecimiento en octubre de 1934 (fig. 68).

En su carácter de Senador de la República, Morelli tuvo una importante actuación, centrada en aspectos referentes a la promoción de la cultura nacional y a la salud pública.

II

Así lo vemos en primer término, proponer medidas de control la tuberculosis, las enfermedades venéreas y el cáncer.[1] La primera de las mencionadas, era causante de un tercio a la mitad de las muertes en nuestro país, por lo cual Morelli considera que debe ser promovida una campaña en su contra, teniendo en consideración tanto los aspectos asistenciales como sociales, entre los cuales destaca la eficaz actuación de la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, presidida por Joaquín de Salterain.

Con respecto al cáncer, promueve su control, expresándose de este modo:

... El cáncer es otra de las enfermedades que también constituye una amenaza en todo el mundo... ha ido aumentando progresivamente en estos últimos años... especialmente el cáncer de pulmón se ha multiplicado en proporciones tan alarmantes como asombrosas... Es cierto que existen entre nosotros sociedades meritorias... me refiero a la Sociedad de médicos contra el cáncer en general y especialmente contra el cáncer uterino.

También le preocupa la incidencia en nuestra población del quiste hidático, particularmente en sus localizaciones pulmonar y hepática, tema sobre el cual manifiesta:

Respecto a la lucha contra el quiste hidático, después de un período de entusiasmo, muy poco se ha continuado haciendo, de tal manera que nuestros Hospitales hoy día reciben un número bastante crecido de enfermos de quiste. El mismo es una afección fácilmente evitable. (2)

Figura 68: Juan B. Morelli dando posesión en el Senado a Alfredo Navarro como Vicepresidente de la República, 1934.

III

Morelli se refiere al ejercicio ilegal de la medicina en estos términos:

Es evidente que los enfermos no pueden ser tratados y que no se puede luchar contra las enfermedades por aquellos que no han hecho estudios suficientes. Desgraciadamente, hay que confesar que en nuestro País, y especialmente en la ciudad de Montevideo, –me especializo con Montevideo porque es una metrópolis que bajo otros puntos de vista puede rivalizar con las

grandes capitales del nuevo y viejo mundo–, no existe una lucha eficaz, eficiente contra el ejercicio ilegal de la medicina... Nosotros vemos contínuamente grandes avisos, grandes chapas y en las calles no muy apartadas, con toda frescura, se anuncia el tratamiento y la curación de las enfermedades... El País que ha adelantado tanto políticamente, –me complazco en reconocerlo, sabiendo bien el peso de mis palabras–, en estos últimos treinta años, bajo el punto de vista del curanderismo, del ejercicio ilegal de la profesión, ha adelantado muy poco desde aquellos floridos tiempos en que el señor Don ***Tránsito López*** *prodigaba palabras, cruces y saliva en la calle Guaraní, a los enfermos numerosos que lo visitaban.*[3]

IV

Entre las intervenciones de 1928, expone su preocupación por la expansión de la rabia[4], expresando:

Este problema se ha hecho entre nosotros, de algunos meses a esta parte, de una importancia verdaderamente alarmante. Durante los meses de verano, en algunos barrios, existen verdaderas jaurías rabiosas que ponen en peligro la salud y la vida de los habitantes. Quiero decir, especialmente, el barrio de los Pocitos.

Como medidas preventivas señala:

Que se cumplan con más severidad las disposiciones que existen y no se reduzca la ejecución de las leyes y disposiciones policiales a aparatosos y rumorosos paseos del carro – perrera, que recorre algunos barrios apartados... de vez en cuando... y que no sirve más que para solaz de los muchachos... Tanto más que el tratamiento profiláctico por el método de Pasteur, presenta también sus inconvenientes, no solamente la molestia de las inyecciones sino peligros que hemos palpado muy especialmente entre nosotros.

Más tarde agrega, refiriéndose al proyecto de ley presentado por Alejandro Gallinal relativo a esta enfermedad:

He hecho alusión a medidas de medicina veterinaria... me referí a ese proyecto justamente porque establece la vacunación obligatoria de los perros contra la rabia... pero es un proyecto muy discutible bajo el punto de vista legal y de su eficacia, mientras que las disposiciones policiales y legales que existen no son discutibles, pues en todas partes del mundo se ha demostrado su eficacia.

V

Es muy relevante su constante prédica por estimular la enseñanza superior. A este respecto, presenta un proyecto de ley para incorporar a la Universidad de la República la Facultad de Veterinaria, la Escuela Superior de Comercio y el Instituto de Química Industrial. En la sesión del 13 de agosto de 1928, durante la exposición de motivos de la citada ley, manifiesta:

... la conveniencia de que todos los institutos de enseñanza científica, profesional o superior, formen parte de las Universidades locales, aun cuando conserven una relativa autonomía en las cuestiones de carácter marcadamente técnico...

VI

Su marcada afición a los estudios astronómicos, lo llevan a proponer una ayuda económica especial para que la comisión, creada a efecto de poner en marcha un observatorio en la Sección de Enseñanza Secundaria, pueda adquirir los instrumentos de la calidad necesaria para hacer de dicho observatorio un centro de investigación digno. Termina su exposición diciendo:

... que el nuevo Instituto fundado en la Universidad, con sus recursos propios, además de llenar una necesidad impostergable en la buena enseñanza de las ciencias físicas y naturales, cual es la de la contemplación directa de los fenómenos del universo, contribuirá a elevar el nivel cultural de nuestro pueblo, abriendo sus puertas a todo el que tenga deseos de saber y sienta la sugestión profunda que en todos los espíritus aviva la contemplación del firmamento. (5)

VII

Prosigue, años después, con su interés por impulsar la lucha antituberculosa, logrando la contratación del profesor español Sayé, para dictar conferencias al respecto. También promueve una ayuda económica al Tercer Congreso Panamericano de la Tuberculosis, que tuvo lugar en Montevideo en 1934. Defiende además, la creación de una Clínica Tisilógica en la Facultad de Medicina, respecto de la cual dice en la Sesión del 12 de Diciembre de 1934:

Los poderes públicos se han ocupado repetidamente, y siempre favorablemente, de la creación de esta Cátedra. La Universidad parecía interesarse por ella... pero nada absolutamente se ha hecho a ese respecto. La Cátedra de Clínica Tisiológica, hoy en día es una necesidad científica, como lo demuestra el hecho de que numerosas facultades, y entre ellas varias sudamericanas, ... se han apresurado a instituir la enseñanza especial de la materia.

Son de destacar los conceptos que vierte el 9 de Agosto de 1937, en referencia a la comprobación de que no se ha producido disminución de la mortalidad por tuberculosis en los cinco años posteriores al comienzo del funcionamiento de los dispensarios especializados:

... Esto desgraciadamente, está de acuerdo con las ideas que yo sostengo en este Cuerpo a partir del año 1926... que el problema de la lucha contra la tuberculosis es muy complejo, que no hay que encararlo como un problema puramente de carácter médico; que en estas condiciones está destinado al fracaso. El problema de la tuberculosis es el de todas las enfermedades sociales... que requiere la intervención contemporánea de numerosas medidas de orden médico, legal y económico... Señalo como una cosa absolutamente indispensable para el éxito de la lucha, la

implantación del seguro social contra la tuberculosis, porque si nosotros no tenemos el medio de evitar que el obrero o el empleado atacado de tuberculosis continúe trabajando, este enfermo se va a convertir de nuevo en un agente de difusión de la enfermedad. También es necesario hacer una campaña amplia, moralizadora, para modificar el espíritu de muchos tuberculosos, los cuales no quieren entender, no saben quizás la mayoría, que un deber de estricta moral les obliga a ellos a no convertirse en agentes de difusión de la enfermedad. (6)

Figura 69
Juan B. Morelli y Luis A. de Herrera en sus bancas del Senado, c 1938.

VIII

Pide la atención de la Cámara Alta acerca del control estricto de nacimientos y defunciones por parte del Estado. Expresa enfáticamente:

Entre nosotros basta una simple declaración hecha por una partera o por un médico, sobre que ha nacido un niño, como también basta un certificado expedido por un médico que se supone ser tratante – muchas veces ni siquiera es un médico tratante, o es un certificado hecho por complacencia, o por un médico que ha visto al sujeto dos o tres meses antes – para que se cierre la vida civil de un habitante de la República. Creo que deben ser médicos especialmente competentes, médicos que tengan una preparación médico legal y anatomopatológica quienes expidan los certificados de defunción. Me alarma que en casos de muerte súbita se expide el certificado por síncope cardíaco. Todos los médicos sabemos que la mayor parte de estos diagnósticos, son diagnósticos cómodos, para evitar una investigación más profunda, o hacer una necropsia. (7)

IX

En otras sesiones participa en la aprobación de una Ley de Imprenta que respete, tanto la libertad de expresión como la responsabilidad de información[8], (fig. 69).

X

Interviene con respecto al Laboratorio de Ciencias Biológicas, creado por el Consejo de Enseñanza Primaria y Normal en 1927, bajo la dirección del Profesor Clemente Estable[9], que ha dejado de ser contemplado en su presupuesto por dicho organismo. Considera que debe pasar a depender directamente del Ministerio de Instrucción Pública, aseverando:

... este laboratorio corresponde indudablemente a la ciencia superior, a la enseñanza superior; entre nosotros no tenemos todavía organizada esta enseñanza superior ni conviene organizarla de una manera prematura. Nosotros no podemos crear de golpe, de una manera precipitada, facultades de ciencias exactas, de ciencias naturales, de filosofía y letras; esas cosas hay que hacerlas lentamente, es necesario ante todo que surjan los trabajadores, que se les dote de cátedras, de institutos y luego, cuando el número sea suficiente, agruparlas bajo forma de facultades. [10]

Defiende también la creación de un Instituto de Glotología, dirigido por el filólogo Ferrario, así como otro de Etnología Americana. [11]

En el mismo sentido plantea que los estudios sobre la fauna del país deben realizarse desde el Museo Nacional de Historia Natural.[12] A este propósito señala:

... el Museo de Historia Natural y los elementos allí existentes, los que han trabajado de una manera honoraria, voluntaria y meritoria en ese ambiente científico, tienen la necesidad de la creación de cátedras de zoología. Por ahora mi opinión es que se podría establecer una cátedra de zoología de los vertebrados y otra de los invertebrados. Soy enemigo de que se creen grandes instituciones y cátedras cuando no existen elementos capaces de desempeñarlas. Para la creación de la Facultad de Ciencias nosotros no estamos todavía preparados; pero tenemos algunos elementos valiosos que se están actualmente esterilizando por falta de medios de trabajo y de los cuales el país no puede desgraciadamente aprovechar todavía sus enseñanzas y su producción científica. [13, 14]

Destaca la necesidad de estimular entre la juventud el interés ya existente por el estudio biológico en general y de la historia natural en particular, así como la promoción de la Sociedad Linneana, creada por Clemente Estable.

Años después, al tratarse ya en forma concreta un proyecto de ley para la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias en 1941 y que culminará en

1945, Morelli tiene una activa participación apoyando la referida iniciativa. En la sesión del 24 de diciembre de 1941, Morelli manifiesta que en su calidad de *viejo investigador* debe evocar las figuras de los hombres de ciencia más notables que ha tenido el país, especialmente José Arechavaleta. Pasa luego a hacer una reseña de la actuación de Alfredo Vásquez Acevedo en la Universidad, donde *ha puesto la piedra fundamental y los primeros muros en los cuales descansa la enseñanza superior.* Y pasa a afirmar:

La enseñanza superior comprende, en realidad, dos cosas: la enseñanza reglamentada, utilitaria –aunque el término podría tener algo de condenable, que no tiene en realidad y que es la enseñanza que asegura al estudiante la adquisición de su diploma– y después la enseñanza... desinteresada, la enseñanza humanística, que más y más llega hasta el estudio de las minucias, si se quiere, estudios monográficos que también merecen ser contemplados.

Trae el ejemplo de Francia:

... Donde hay dos centros superiores de enseñanza, la vieja Universidad de París, la vieja Sorbona, afamada y grande, y tiene otro organismo que es el Colegio de Francia... donde tenemos una cosa completamente distinta (de la enseñanza profesional), original. (...) Tiene una serie de cátedras, cuyo número y cuya materia varía según las circunstancias. Se enseña allí varias materias: a los candidatos que han profundizado un estudio, se les da, con la cátedra, los medios necesarios para profundizar sus estudios... No se va a buscar el profesor para la cátedra, sino que ésta se crea para el individuo. Se han visto casos en que(...)ha llegado a dirigir una cátedra una persona completamente desprovista de título. Por lo tanto, el Colegio de Francia representa la enseñanza ideal, la enseñanza desinteresada profunda que (se) reclamaba (...) para la Facultad de Humanidades y Ciencias (...). Yo pediría –por lo menos sugeriría– la introducción en el cuerpo de profesores de la Facultad de Humanidades, de una puerta abierta que permitiera, en el caso especial de existir entre nosotros un trabajador dotado de gran competencia, que le permitiera dictar una clase, en las mismas condiciones que se realizan en el Colegio de Francia.

Más adelante agrega:

Entre nosotros hay cosas lamentables. Sería necesario retribuir el trabajo del hombre de ciencia. Es necesario asegurar el trabajo de un hombre para que ese dedique enteramente con todo su tiempo, lo que se llama en Norte América el «full time», a los hombres de ciencia hay que retribuirle su trabajo por lo menos, asegurándole lo suficiente para una vida modesta.

Creo que(...)este proyecto se completa favorablemente por la trascendencia y la utilidad de las Facultades, la forma como se aprende en esas cátedras libros, donde se puede decir que nace el trabajo general, el trabajo que no es de enseñanza, diremos, de enseñanza diaria, de enseñar la ciencia en los renglones conocidos y clásicos, sino que se suministra la enseñanza en movimientos, la investigación, la que al mismo tiempo se transmite a un número determinado de estudiantes, podría decir a un número muy reducido de estudiantes. [15]

XI

Nuevamente emprende hacia el estímulo de la lucha antituberculosa, destacando los estudios epidemiológicos realizados por Alfredo Nario y la creación de la Revista de Tisiología Práctica. A este respecto y teniendo en cuenta la importancia veterinaria de esta lucha, propone se contrate, a pedido de Mariano Carballo Pou y Miguel C. Rubino, al profesor Finzi, para dictar conferencias a este respecto.

XII

En ocasión de realizarse en Buenos Aires una exposición sobre equinococosis en el hombre, presenta una detallada ponencia de la contribución uruguaya al diagnóstico y tratamiento de esta enfermedad:

Efectivamente se han hecho en nuestro país importantes estudios sobre el quiste hidático, de tal manera que la opinión de los cirujanos uruguayos es muy apreciada en esta materia, en los medios científicos americanos y europeos. Desde el punto de vista especial del tratamiento quirúrgico del quiste hidático humano, hago notar con legítimo orgullo, que la operación más empleada actualmente es la que lleva el nombre de dos eminentes cirujanos uruguayos, que son los doctores Alfonso Lamas y Luis Mondino.

XIII

Es de real interés su exposición en ocasión del fallecimiento del Papa Pío XI, sobre el que se expresa en los siguientes términos:

La muerte de Pío XI, Jefe de Estado temporal al mismo tiempo que Jefe de la Iglesia Cristiana más numerosa, constituye un luto no solamente para esta iglesia, que cuenta entre nosotros con numerosos creyentes, sino un luto para todos los hombres de corazón, y tanto más en las actuales circunstancias que puedo, sin temor de ser tachado de exagerado, calificar como terribles para la humanidad. La voz de Pío XI se ha hecho siempre sentir en pro de la paz y la fraternidad entre los hombres, y, cosa verdaderamente admirable y que ha causado asombro en más de un círculo, se ha hecho sentir con todo el poder y todo el prestigio que deriva de la más imponente investidura espiritual, a favor de una colectividad humana que no ha encontrado fuera del Papa una protección efectiva. Por lo tanto, creo que la humanidad toda le debe un homenaje de agradecimiento al Soberano extinto, homenaje que no le ha faltado ni por parte de los elementos políticos más apartados, ni de parte de las ideologías espirituales más separadas de él. Propongo que el Senado de la República se ponga de pie en homenaje a la figura del extinto[16, 17] (fig. 70).

XIV

Toma la palabra en ocasión de cumplirse dos aniversarios muy importantes para la ciencia del Uruguay: en 1940, el centenario del nacimiento de Pedro Visca (1840–1912) y en 1942, los treinta años del fallecimiento de José Arechavaleta (1838–1912). Son sensibles las semblanzas que de ellos traza, dado que ambos fueron sus dilectos maestros. En ocasión del primero de ellos, así se expresa:

Figura 70
Juan B. Morelli y Eugene Millington Drake, c 1943.

El Dr. Pedro Visca, después de haber cumplido estudios brillantes que lo señalaron a la consideración de sus compañeros y de sus maestros en la facultad de París, vino a esta capital a principios del año 1871, trayendo consigo un bagaje científico respetable, tan respetable que se impuso de inmediato a la atención y a la admiración de amigos y enfermos. Se puede decir, sin temor de caer en exageraciones, que Pedro Visca durante dos decenios por lo menos, llenó completamente el ambiente médico de Montevideo, con el brillo de su ciencia y con las dotes que

iluminaban su espíritu. Llegado al profesorado de la Facultad de Medicina, ocupó la clase de Clínica Médica, completando de una manera feliz y perfecta la evolución que la Facultad de Medicina, recién salida de su período embrionario, estaba cumpliendo. Por lo tanto, la incorporación de Pedro Visca a dicha Facultad, marca una verdadera etapa en la enseñanza de la ciencia médica. Dio en esa Cátedra lo que era dable esperar de un maestro de saber profundo, un maestro de sagacidad, un maestro de una intuición genial, una intuición que en algunos momentos, ante los ojos deslumbrados de sus discípulos y de sus clientes, tenía algo de lo maravilloso de la adivinación, pero ello era el fruto de una agudeza especial de su talento, que le permitía en todo momento dar una interpretación segura de un síntoma, que muchas veces se presentaba como de una importancia secundaria.

La Cátedra de Clínica Médica, que fue ocupada después con mucho brillo por Soca y Ricaldoni, adquirió bajo la dirección de ese maestro un brillo inusitado... Pedro Visca fue también un hombre bueno con sus discípulos, por eso, los que hemos tenido el raro privilegio de habernos sentado en las bancas de su cátedra, lo recordamos con emoción y cariño... Visca fue un hombre bueno... sabemos que sonreía con la misma afabilidad al prodigar su asistencia a los personajes más encumbrados de la sociedad de Montevideo, como a los pobres enfermos aislados en las salas de los hospitales.

Pedro Visca perteneció también a este Alto Cuerpo, perteneció en una época de confusionismo político del cual no están exentos los países en épocas prolongadas de su evolución democrática... Se ocupó ante todo de los asuntos médicos y de orden higiénico; pero una de las preocupaciones más grandes fue la de conseguir que el Senado enalteciera... la dignidad de las carreras científicas, de la carrera médica. Y uno de los dolores más grandes que indudablemente amargó su corazón, fue no haberlo podido conseguir tan plenamente como él lo hubiera deseado... [18]

XV

Dos años después, en oportunidad de cumplirse 30 años de la muerte de José Arechavaleta (1838–1912), al proponer su nombre para el Instituto de Higiene Experimental, por ser el primer naturalista y bacteriólogo uruguayo, así pone de relieve su actuación:

El Profesor Arechavaleta, artífice de su trabajo, llegó a estas playas joven, imberbe. Venía de las vigorosas y honradas Provincias Vascongadas. Llegaba completamente desprovisto de todo bagaje científico. Tomó plaza como pequeño dependiente de botica en una vieja farmacia que muy pocos recuerdan, que existía en la calle Sarandí: la farmacia Las Cases... En aquel tiempo la farmacia constituía un punto de reunión, sobre todo de los médicos y de aquellos que tenían interés por las noticias científicas que llegaban a estas tierras mal y tarde... Entre los concurrentes... se encontraba un tipo singular, don Ernest Gibert, sabio botánico francés... A la vuelta, por un extraño capricho, se quedó en Montevideo, donde vivió enseñando la botánica y el francés. Bien pronto las enseñanzas de Gibert se hicieron carne en Arechavaleta y poco a poco fue el compañero de su maestro; adquirió conocimientos propios, extensos, profundos en esa materia... los trabajos de este sabio en Cactáceas, en Herbáceas, Gramíneas, fueron

poco a poco adquiriendo renombre europeo, especialmente en Suecia donde se le apreciaba mucho y donde colaboró activamente en un trabajo de conjunto sobre algas. Sus conocimientos eran tan vastos que el País pensó aprovecharlos y fue nombrado Profesor de Botánica Médica en la Facultad de Medicina... Allí empiezan sus trabajos de biología, colaborando a las primeras experiencias... hechas por Kemmerich y Joaquín de Salterain, experiencias sobre la transfusión de leche en las venas, en 1882, 1883 y 1884... En esa época, la bacteriología había venido a revolucionar completamente el vasto capítulo del origen y causas de las enfermedades infecciosas. Arechavaleta, que ya había hecho estudios importantes de microscopía en los seres inferiores, algas y hongos, se encontró fuertemente atraído por la nueva ciencia. Construyó un pequeño laboratorio y de esta manera fue el primer uruguayo que se dedicó a la microbiología en la farmacia de él... hizo construir también un laboratorio en la Facultad de Medicina. Arechavaleta fue de los primeros en América del Sur que confirmaron los trabajos de Koch. Aplicó las nociones bacteriológicas a la higiene para lo cual recorrió primero los tambos, los corrales de abasto para las carnes, los lugares de captación de las aguas corrientes y en todas partes dejó las huellas de sus conocimientos y de su saber. Habiendo llegado a la cúspide... llegó a ser un factor importante en la defensa de la industria del tasajo, razón por la cual fue reconocido por el Gobierno ya que pudo salvar al País de una verdadera bancarrota financiera. [19]

XVI

Una mención especial merece la posición adoptada por Morelli con referencia a la modificación del artículo 335 del Código Penal, redactado por el destacado jurista uruguayo José Irureta Goyena. Dicho tema será objeto de análisis profundo en el capítulo referido a su actuación confesional religiosa[20] (fig. 62).

XVII

No dejaremos de mencionar por su importancia conceptual numerosas y breves intervenciones de Morelli sobre temas de interés médico, social y cultural tales como: estudio del carbunclo (1927), seguro de desocupación y seguros sociales (1928), manifestaciones sobre la situación de la biblioteca de la Facultad de Medicina (1928), sobre la adquisición de tres gramos de radium (abril de 1929), a propósito de la creación del Instituto Nacional del Cáncer (julio de 1929), proponiendo la contribución para la publicación de la obra de los profesores Schroeder y Dreedam (julio de 1928) sobre el aborto epizoótico (julio de 1934), sobre la regulación de las uniones ilegítimas (diciembre de 1934), sobre el atentado criminal cometido en la persona del Sr. Presidente de la República Dr. Gabriel Terra (junio de 1935), sobre protección de las revistas científicas y a los Archivos Uruguayos de Medicina Cirugía y Especialidades, sobre los Archivos Uruguayos de Cardiología, sobre las becas a profesores universitarios para ampliar estudios en universidades extranjeras, sobre la difusión de la triquinosis en los Estados Unidos, sobre locales inmorales cercanos a la Escuela Pública.

Notas

1) Diario de Sesiones del Senado, 9 de junio de 1927.
2) Diario de Sesiones del Senado, 9 de Junio de 1927.
3) Diario de Sesiones del Senado, 6 de junio de 1927.
4) Diario de Sesiones del Senado, 1°. De Agosto de 1928.
5) En 1890 se incluye por primera vez la asignatura Astronomía (denominada entonces Cosmografía, nombre que mantendría hasta 1974) en los planes de estudio de Educación Secundaria, que por entonces dependía de la Universidad. El primer programa conocido de Cosmografía data de 1892. Surgen en este período instituciones tales como el Observatorio Meteorológico del Colegio Pío de Villa Colón (1882), el Observatorio Astronómico de Educación Secundaria (1938) y la primera sociedad de aficionados a la Astronomía (1952). En este período se crea también el Instituto de Estudios Superiores (que fuera el precursor de la Facultad de Humanidades y Ciencias) donde se forma la primera cátedra de Astronomía, en 1955. El Observatorio de Montevideo fue creado a instancias de los profesores Alberto Reyes Thèvenet, Elzear Giuffra y Carlos Etchecopar. En 1949, se crea el Instituto de Profesores Artigas, encargado de la formación de los docentes de Astronomía. El primer texto nacional de cosmografía fue publicado en 1939 por Alberto Reyes Thèvenet, con numerosas reediciones. (Sosa Oyarzábal, Andrea. Ensayo sobre la historia de la Astronomía en el Uruguay, Facultad de Ciencias de la Universidad de la República, 1997).
6) Diario de Sesiones del Senado, 15 de Diciembre de 1928.
7) Diario de Sesiones del Senado, 15 de Diciembre de 1927.
8) Diario de Sesiones del Senado, 5 de Junio de 1935.
9) Clemente Estable nació el 23 de mayo de 1894 en las inmediaciones de Margat, zona rural del Departamento de Canelones. A los 15 años ingresa en el Instituto de Enseñanza Primaria y Normal, al amparo de una beca, egresando a los 20 años. Se desempeña como maestro en varias escuelas de la capital para ser luego nombrado para dictar cursos de vocaciones para maestros, mientras termina sus estudios de segundo grado. Es en este período concurrente libre a los cursos de la Facultad de Medicina. Ya poseedor de un microscopio que logró comprar con sus ahorros, entra en contacto con la obra de Ramón y Cajal. Vistas sus excepcionales condiciones, así como su dedicación al estudio y al trabajo, el profesor Juan Pou y Orfila, alumno a su vez de Cajal, solicita para Estable un lugar en el laboratorio del ilustre maestro español. Allí se convirtió en un investigador formal, maduro y completo, permaneciendo durante casi tres años. Vuelto al país, se reintegra a la enseñanza en el Instituto Normal y obtiene un reducido laboratorio en el subsuelo de la Facultad de Medicina y posteriormente un cargo en el recientemente fundado Instituto de Neurología que le ofrece Américo Ricaldoni. En 1927 se crea a su influjo el Laboratorio de Ciencias Biológicas en la Avenida Millán, primera institución destinada pura y exclusivamente a la investigación, que culminará en la inauguración en 1950 del Instituto de Ciencias Biológicas, hoy Clemente Estable. Desde el Instituto promueve la investigación en el campo de la biología experimental. Fue el creador y primer presidente de la Sociedad de Biología de Montevideo, que editó la prestigiosa revista Archivos de la Sociedad de Biología, cuyos resúmenes a su vez fueron publicados en los *Comptes Rendus de la Société de Biologie de Paris,* y que se continuó publicando hasta 1969. El resto de la vida de Estable fue una consecuente y denodada dedicación a la investigación diversificada en varios campos que motivaron sus múltiples inquietudes, así como en profundizar sus ideas sobre la enseñanza y en meditaciones filosóficas y estéticas, actividad que conservó hasta su muerte a los 82 años. (Mañé Garzón, F. El maestro Clemente Estable (1894–1994) en la historia de la ciencia y el pensamiento nacional, Montevideo, 1994).
10) Diario de Sesiones del Senado, 27 de junio de 1935.

11) Diario de Sesiones del Senado, 20 de noviembre de 1935.

12) En 1837 surgió la idea de crear un Museo de Historia Natural, para lo cual el 4 de Setiembre de 1837, un decreto del Ministerio de Gobierno establecía una comisión encomendada de organizar una biblioteca y un museo de esa materia, que fue presidida inicialmente por Teodoro M. Vilardebó y más tarde por Dámaso A. Larrañaga, cuyas colecciones, marcaron el inicio del acervo de la Institución. Los otros integrantes de la Comisión eran renombrados hombres públicos, como Ramón Masini, Bernardo P. Berro, Manuel Errazquín y Cristóbal Salvañach. Entre el 9 y el 14 de diciembre de 1837 el Museo realiza la primera expedición científica, integrada por Vilardebó, Berro y Arsène Isabelle, para extraer lo que se dio en llamar el *«fósil del Pedernal»* gliptodonte hallado a orillas del arroyo de ese nombre, en el Departamento de Canelones, que fue bautizado como *Dasypus antiquus.* (Vilardebó, T. M. y Berro, B. P.) El Universal, Montevideo, 1838. Al año siguiente, el Museo abre por primera vez sus puertas al público; era el 18 de Julio de 1838. Luego vino la designación de Francisco Acuña de Figueroa, hombre de letras, pero no de ciencias, la Guerra Grande (1843–1851), los viajes de Vilardebó a Brasil (1844) y a Europa (1847), la muerte de Larrañaga (1848), y, por último, la temprana vocación política de Berro. Estaba dirigido por D. Joaquín Reyes, completamente lego en la materia. En 1868, por iniciativa del Dr. Mariano Ferreira, la Biblioteca y el Museo pasan a depender de la Junta Económico Administrativa de Montevideo. Ese mismo año se crea el cargo de Director científico, que es ocupado por José Arechavaleta. Seguramente preocupado por el deterioro creciente del Museo, el Gobierno aprueba un Reglamento del Museo Nacional (1875), con la finalidad de establecer algunas pautas, que sin duda estaban siendo descuidadas. En 1879, el Museo Nacional se traslada al ala Oeste del Teatro Solís, local que ocupó durante 120 años. Su acervo estaba distribuido en tres secciones: Historia Natural, Bellas Artes e Historia. En 1880, el Museo Nacional y la Biblioteca Nacional, se escinden y pasan a constituirse en instituciones independientes. El renacimiento del Museo Nacional de Historia Natural, se produce a partir de marzo de 1890, cuando se le encarga a Carlos Berg, que ocupa el cargo hasta 1892, en que renuncia para ocupar la dirección del Museo de Historia Natural de Buenos Aires. Entonces es nombrado José Arechavaleta, cargo que desempeña hasta su muerte en 1912.Luego de superadas algunas dificultades con la Sección de Bellas Artes, el Museo de Historia Natural reabrirá sus puertas al público en Setiembre de 1891. Un cambio trascendente ocurre el 10 de diciembre de 1911: las antiguas secciones del Museo Nacional se hacen independientes y tomarán vida propia los Museos Nacionales de Historia Natural, de Bellas Artes, e Histórico Nacional. En 1915, el Estado adquiere el Herbario y la Biblioteca de Arechavaleta, que consta de unas 7.000 plantas y 1.500 volúmenes, respectivamente, lo que significó una invalorable adquisición para el acervo del Museo. A partir de la desaparición de Arechavaleta, Garibaldi J. Devincenzi, ocupa la Dirección y dedica todos sus esfuerzos al inventario de los vertebrados del Uruguay. Al retirarse, en 1942, le sucede Ergasto H. Cordero, que dará un importante impulso a los estudios sobre invertebrados. Desempeña el cargo hasta su fallecimiento en 1951. Diego Legrand, que desde 1938 ocupaba la Subdirección, es designado Director y continuará en el cargo hasta 1970. Desde la aparición del primer número de *Anales* (1894), la publicación científica de vida más prolongada del país –ha superado el centenario–, el Museo ha publicado más de 500 títulos, muchos de los cuales se han convertido en cita obligada para los investigadores. (Mañé Garzón, F. En el centenario de los Anales del Museo Nacional (1894–1994). Cuadernos de Marcha, 1994 y Mones, A. Página web del Museo Nacional de Historia Natural).

13) Diario de Sesiones del Senado, 11 de mayo de 1936.

14) En el Uruguay, con anterioridad a la creación de la Facultad de Humanidades y Ciencias, existieron, al margen de la Universidad, organizaciones educativas donde se cultivaron el estudio tanto de las ciencias como de las humanidades. En tal sentido cabe destacar el Instituto de Estudios Superiores, fundado por el Ing. Eduardo García de Zúñiga (1867–1951), dirigido por el Dr. José Carlos Montaner y Antonio M. Grompone, donde, entre 1927 y 1955, se

dictaron cursos regulares de biología, zoología, botánica, historia, literatura, lenguas. Otras iniciativas en tal sentido surgieron en el seno de la Iglesia. En efecto, 1876 el Pbro. Mariano Soler fundó el Liceo de Estudios Universitarios que se convirtió en Universidad Libre en 1878, con la aprobación del gobierno de la República. Su funcionamiento se extendió hasta 1886, momento en el que por problemas económicos y debido a la legislación restrictiva en el área de los estudios secundarios y universitarios, fue clausurada. En 1954, por iniciativa de las Hermanas del Sagrado Corazón se fundó el Instituto de Filosofía, que tuvo crecimiento lento pero constante en la década de 1960. En 1967 dicho centro, que había extendido sus tareas educativas a otros sectores del conocimiento, pasó a llamarse Instituto de Filosofía, Ciencias y Letras, que a partir de 1979 es encomendado a la Compañía de Jesús y que en 1984, se convirtió en Universidad Católica del Uruguay *«Dámaso Antonio Larrañaga»*.

15) Facultad de Humanidades y Ciencias. Ley, antecedentes y discusión parlamentaria, Cámara de Senadores (1945):120–126.

16) Diario de Sesiones del Senado, 12 de setiembre de 1933.

17) Ambroggio Damiano Achille Ratti nació en Desio (cerca de Milán) el 31 de mayo de 1857. Fue ordenado sacerdote en 1879. Actúa primero como docente y, dedicado luego a la paleografía, asume en 1907 el cargo de director de la gran Biblioteca Vaticana. En 1918, dada su gran versación en diversos idiomas, es nombrado nuncio en Polonia por Benedicto XV, donde tuvo una valiente actuación, negándose a abandonar Varsovia en oportunidad de la invasión del ejército bolchevique en 1920. Por esa misma época fue designado Obispo de Milán y se le otorga el capelo cardenalicio. Pocos meses después, con el nombre de Pío XI, ocupa el Pontificado. Su *«programa pontificio»*, en un mundo sacudido por las amenazas de guerra, fue *«lograr la paz de Cristo en el reino de Cristo»*, procurando la construcción de un nuevo orden social según principios de convivencia pacífica, en reafirmación de las enseñanzas de León XIII. Son de singular interés sus encíclicas sobre la educación cristiana (*Divini illius magistri*, 1929) y sobre el matrimonio y la condena de la contracepción (*Casti connubii*, 1930). En 1936 fundó de la Academia Pontificia de las Ciencias y la Radio Vaticana. Realizó acuerdos o concordatos por los que la Iglesia regularizaba su posición y sus derechos frente a diversos estados, como por ejemplo con Italia (Tratado de Letrán, 1929) y con el Reich alemán y Austria (1933). Su preocupación por el totalitarismo que se había adueñado de extensas zonas del mundo fue en aumento con el transcurrir de los años. Entre 1933 y 1936 dirigió 34 cartas de protesta al Reich alemán, por la continua violación del concordato y por la progresiva opresión a que se iba sometiendo a la Iglesia en aquel país. Sobre temas socio políticos, se manifestó valientemente en dos encíclicas del año 1931, *Quadragessimo anno* y *Non abbiamo bisogno*. Esta situación daría pie finalmente a hacer pública, en su encíclica *Mit brennender Sorge* (1937), una enérgica condena a las enseñanzas y prácticas del nacionalsocialismo alemán. En el mismo año condenaría también al comunismo en la encíclica *Divini Redeptoris*. Igualmente, protestó ante la cruel y feroz persecución desatada en México contra los católicos y en 1933 denunció asimismo la separación entre Iglesia y Estado declarada por el gobierno republicano en España. El 10 de febrero de 1939, ya muy enfermo y ante la inminencia de la guerra, Pío XI ofreció su vida por la paz del mundo. Un día antes del elegido para dirigir un discurso al pueblo italiano en el que condenaba abiertamente al fascismo y al Duce, murió, siendo sucedido por Eugenio Pacelli, que tomó el nombre de Pío XII.

18) Diario de Sesiones del Senado, 12 setiembre de 1938.

19) Diario de Sesiones del Senado, 4 de marzo de 1940.

20) Diario de Sesiones del Senado, 10 de febrero de 1942.

Capítulo XVI

HOMENAJES RENDIDOS Y ÚLTIMOS AÑOS DE MORELLI (1937–1957)

I

Morelli fue un hombre querido y reconocido, no sólo por quienes compartieron su ideario religioso y político, sino por todos aquellos que tuvieron la ocasión de vivir con él los tan variados como importantes aspectos de su actividad. Ya en 1893, como hemos visto, fue objeto de una inusual demostración, primero como desagravio por el premio a que con sus trabajos sobre el beri–beri hubiera merecido y que no se le pudo conceder y luego por parte de la Universidad, en reconocimiento por la actividad cumplida como docente de Bacteriología y Fisiología. Era entonces un hombre joven, que desinteresadamente había puesto todo su esfuerzo por contribuir a dar relieve científico a la naciente Facultad de Medicina. A ello adhirieron las más destacadas personalidades de la época, a las que se unieron los jóvenes estudiantes que ya reconocían en él a un individuo de singular relieve, no sólo en el plano científico, sino también humano. [1]

II

El día 17 de agosto 1937, al cumplirse el cincuentenario de la primera clase que dictara en la Facultad, con apenas 19 años de edad., se le rindió un

sentido homenaje. Los actos comenzaron a las 9 y 30 horas en el Hospital Maciel, escenario donde había desarrollado su prolongada docencia en la Clínica Terapéutica primero y en la IV Clínica Médica después. Al tiempo que se descubría una placa recordatoria, obra del escultor José Luis Zorrilla de San Martín, hicieron uso de la palabra en nombre de la facultad, Julio C. García Otero, en nombre del Ministerio de Salud Pública, Rafael Schiaffino, en el del personal docente, José J. Estable y como representante de los alumnos, el bachiller Carlos María Abella. A las 10 horas 30, la vieja Sociedad de Medicina, en el seno de la cual, durante decenios, Morelli había presentado sus trabajos, celebró una sesión solemne, en la cual disertó Pedro Cossio (hijo), Profesor de Semiología de la Facultad de Ciencias Médicas de Buenos Aires, ocupándose del tema *«Registro gráfico de los ruidos de percusión cardíaca»*. A las 13 horas se celebró un almuerzo en el Hotel Lanata, al cual asistieron gran número de profesores, médicos y alumnos. A las 18 y 30, en el salón de Actos de la Facultad de Medicina, tuvo lugar un sesión académica, presidida por el rector Carlos Vaz Ferreira. Hicieron uso de la palabra, el decano, Pablo Scremini, quien había sido su primer ayudante en el laboratorio de fisiología, el Presidente de la Federación de Sociedades Científicas del Uruguay, Augusto Turenne y Justo Montes Pareja, en nombre de sus discípulos. Morelli cerró el acto con un sentido discurso.[2] Son dignas de transcribirse, por su jerarquía literaria y la sinceridad de las ideas que exponen, las expresiones formuladas en la oportunidad por Turenne:

Los homenajes que durante su vida se ofrecen a los hombres son amenudo motivo de desconfianza y de envidia. Explicables ambas por el concepto que merece la grey humana y por el que a ésta le provoca el ajeno valer, afianza la justificación de aquel modo de pensar la frecuencia con que móviles mezquinos, transitorios e interesados inducen a provocarlos cuando no a solicitarlos.

Pero si esto es corriente en la vida social y en la vida política, su rareza es extrema en el mundo de la Ciencia y en particular en el de la Medicina.

«Invidia medicorum» es la marca que desde la antigüedad llevamos y un poco ésta y otro mucho, el espíritu de análisis que desarrollan las disciplinas que nos hacen desconfiados del primer impulso, explican por qué, dentro de las Ciencias Médicas, sea escasa la proporción de médicos y profesores que alcanza la satisfacción de ver apreciados mientras viven, los frutos de sus desvelos y de sus investigaciones.

En nuestro país pueden contarse con los dedos, y aún así sobran, los profesores y los médicos que han merecido este plesbicito afirmatorio de su personalidad.

Juan B. Morelli alcanza esa meta deseada, ostensible o no recónditamente por todo, y su vida y su situación dan motivo a cumplir un acto de justicia distributiva... Fue maestro cuando aún no era médico; con ardor de catecúmeno, con ese ardor característicamente personal que pone en todos sus actos, abrazó el culto de una nueva ciencia preñada de posibilidades. La Bacteriología balbuceaba sus primeras palabras...

En todos los escalones de su vida científica el Profesor Morelli dejó fuertes rastros de su robusta inteligencia, de su prodigiosa memoria y de un sólido buen sentido clínico, cualidades que le permitieron, cuando aún se discutían sus indicaciones y sus técnicas, escribir ese libro recio y perdurable sobre el Pneumotórax terapéutico.

Solicitado por una labor profesional extraordinaria, y por actividades políticas absorbentes, no olvidó que lo mejor del médico es continuar haciendo medicina. Por gran ventura, la Política, esa hada maligna que tan amenudo hace con los hombres que a ella se entregan lo que Circé con los compañeros de Odiseo, no consiguió alejarlo de sus estudios básicos ni modificar la estructura fundamental de su personalidad humana. Demos por ello gracias a los dioses que nos conservaron para la Ciencia un cultor eximio y para la Sociedad un hombre honesto...

Se contempla en el profesor Morelli a uno de los entusiastas iniciadores de la Medicina científica en el Uruguay y a un continuador tesonero y sabio y por ello es que en su nombre le ofrecemos en estas líneas su cálido homenaje de admiración y de reconocimiento, al que tampoco es ajeno el sentimiento de fraternal comunión que nos vincula, nacido en los albores de nuestra vida y que ha permanecido invariable al través de los años y de los embates de una larga existencia. (3)

En esa ocasión también el Senado, del que Morelli formaba parte, presidido por Alfredo Navarro, le tributó un aplauso como homenaje del Cuerpo.

III

El 28 de diciembre de 1943, con motivo de su retiro académico (fig. 71), se le tributaron nuevos homenajes. En esa ocasión, el Consejo de la Facultad de Medicina, resolvió designarlo Profesor Emérito, circunstancia en que se le cursó la siguiente nota:

Montevideo, octubre 6 de 1943.

Sr. Profesor Emérito Dr. Juan B. Morelli.

Habiendo recibido este Decanato la comunicación que usted había sido declarado jubilado en el acuerdo del Ministerio de Instrucción Pública del día 12 de agosto pasado, y enterado el Consejo Directivo, resolvió por unanimidad designarlo Profesor Emérito y hacerle entrega del diploma correspondiente.

Sr. Profesor Morelli: El Consejo Directivo ha querido tributarle el mayor homenaje que autoriza el reglamento vigente, pues considera que es deber de justicia, para quien ha sido uno de los valores más sólidos de esta Escuela Médica, a la que ha prestigiado dentro y fuera del país, Su larga actuación en el profesorado de esta casa, su valiosa producción científica, hacen de usted un valor excepcional en nuestro medio; por eso, al verlo alejado de la Cátedra titular sentimos hondo pesar, sólo atenuado por la seguridad de que usted quedará vinculado a esta casa, que ha sido su segundo hogar y en la que

cuenta con el alto respeto que su destacada personalidad merece y el cariño y la admiración que su valiosa obra inspiran.

Quedando a sus gratas órdenes, me es grato saludar al señor Profesor con mi mayor aprecio.

Julio C. García Otero, Decano. *M. E. Fourcade, Secretario.*

Figura 71: La última clase.

Además, el Consejo, en sesión de fecha 11 de noviembre de 1943, resolvió:

... Designar con el nombre de Profesor Juan B. Morelli, el Instituto de Tisiología, queriendo de esa forma testimoniar y hacer justicia a la inmensa labor desarrollada por este insigne Maestro, en ese Instituto, del cual fuera su principal impulsor en las horas de la creación y su constante guía en los difíciles momentos de su iniciación como Instituto especializado en la formación de técnicos capaces para hacer obra efectiva en la lucha antituberculosa. [4]

En ocasión de la entrega del diploma de Profesor Emérito, su alumno Pablo Purriel, pronunció un discurso, donde destaca con su acostumbrada elocuencia y singular lucidez, un esbozo magnífico de la personalidad del maestro. Allí pinta a Morelli en toda su grandeza de hombre sabio y humilde, presto siempre a enseñar, a orientar a sus colaboradores en los trabajos científicos, a facilitarles material bibliográfico. Con cariño señala la amplitud y tolerancia de Morelli, que congregaba a su alrededor a un conjunto de profesionales de las más diferentes ideologías, algunas contrarias a las propias, sin que ello fuera obstáculo al trato igualitario y afable, ni al menor roce entre ellos. Dada la jerarquía de esta pieza oratoria, se la reproduce completa en el apéndice documental. [5]

IV

En el Senado de la República, del que ya no formaba parte, se aprobó por unanimidad un homenaje. . En la ocasión el senador Cyro Giambruno, hizo su semblanza, destacándolo como

Portaestandarte del movimiento científico de la terapéutica de la tuberculosis. Inició en el año 1910, frente a una expectativa pesimista de los médicos y a una observación neutral de la propia Facultad de Medicina, el tratamiento eficaz contra la peste blanca, y pudo decir con brillo en el congreso de 1927, en la ciudad de Córdoba, el doctor Alberto Mañé, que debía reconocerse al Uruguay y a aquel benemérito iniciador de esta cruzada, el doctor Juan B. Morelli, el honor de haber sido el primero en América, en haber instituido el tratamiento científico y racional contra la tuberculosis.

Seguidamente Ángel María Cusano expresó lo que sigue:

El doctor Morelli lo ha dado todo a esta tierra: su corazón, su ciencia, su prolongación familiar, en una familia honorable, donde varios hijos médicos –uno de los cuales, desgraciadamente desaparecido, cuando iba persiguiendo con éxito las huellas luminosas del padre– también honran el nombre ilustre. Lo han destacado aquí el senador Giambruno, con su amplia generosidad que le es característica y que le honra y también el doctor Forteza. Ambos senadores han destacado la grandeza del sabio. Pero yo me quiero referir a un Morelli que conozco íntimamente; al hombre del corazón; al Morelli que actualmente consagra su existencia a las clases humildes; al Morelli que, sin ninguna ostentación, continúa ejerciendo su profesión de médico solamente para ayudar a los necesitados; al Morelli que pudiendo poseer una inmensa fortuna, prefirió la modesta posición de acuerdo a su cristiana humildad; al Morelli del Instituto de Tisiología. Los que hemos asistido de cerca de la tremenda lucha, al combate que desarrolló el doctor Morelli contra la incomprensión, contra el egoísmo y, a veces, contra la hostilidad que se levantaba en su camino, rodeado por un grupo benemérito de discípulos, sabemos que el doctor Morelli en un sótano del hospital Fermín Ferreira, careciendo de los elementos más esenciales, pudo, al fin, hacer triunfar el Instituto de Tisiología, que es ahora uno de los elementos primordiales de investigación en la

lucha contra la tuberculosis. Todo lo sacrificó Morelli para conseguir los medios materiales que le permitiesen seguir adelante. Para él no había humillación: pedía, rogaba, imploraba como si se tratara de algo para sí; pedía para su Instituto, donde la sombra tutelar del gran profesor prolongada en sus discípulos, aparece como un fulgor de esperanza para los que sufren. Veía a los legisladores, a los hombres públicos. Todo le parecía poco y, al fin, el doctor Morelli pudo cimentar el Instituto de Tisiología, que hoy con plena justicia lleva su nombre... El doctor Morelli últimamente ha sufrido un gran quebranto moral: la perdida de su hijo, que ya aparecía como una magnífica figura joven el mundo científico rioplatense. Pero, como ocurre en los hombre superiores, en esos espíritus luminosos, como el del doctor Morelli, no se dejó abatir por el dolor, sino que encontró en su propio duelo una razón más para consagrarse a la ciencia y al bien. En este momento en que el doctor Morelli, reuniendo sus experiencias de 50 años está escribiendo su obra capital, que será su legado máximo a la ciencia uruguaya y, conjuntamente con ella, al propio tiempo que trabaja incansablemente en la obra científica, nos ha brindado hace pocos meses un delicioso opúsculo conteniendo la semblanza nobilísima, estilizada por el afecto y la devoción, sobre la vida del doctor Abascal, un médico que se consagró al dolor de los necesitados, que les entregó su existencia y que murió joven, con la resignación de un santo, médico al cual no conocí, sino a través de nobilísimas referencias, pero que surge a través de las páginas del doctor Morelli como una maravillosa personalidad moral.

Seguidamente, el senador Barañano evocó la actuación de Morelli en la Cruz Roja del Ejército Nacionalista, su prisión en la isla de Flores, la asistencia a Ana Amalia Batlle Pacheco, su actuación profesional. Para terminar, refiere un episodio con especial emoción:

Como hombre sentimental y humano también vi al doctor Morelli cuando falleció un compañero nuestro, el ex senador Juan Pedro Suárez. Nos encontrábamos al pie del lecho de ese inolvidable compañero con el doctor Morelli, y, las palabras de aliento que él le daba al moribundo, parece que le transmitieron serenidad al pasar a la otra vida. Y, ¿saben señores senadores la última actitud del doctor Morelli para Juan Pedro Suárez?: abrióse la camisa, sacó un crucifijo de su pecho, poniéndoselo en los labios de aquel compañero que ya no vivía más... y, de hinojos, comenzó a orar... (6)

V

Con motivo de su muerte se le rindieron sentidos homenajes, tanto por el Poder Ejecutivo, el Parlamento, la Facultad de Medicina y sus discípulos. (7)

En 1957, al cumplirse diez años de su fallecimiento, tuvo lugar un postrero reconocimiento a una labor tan vocacional como humanitaria, que llevó nuevamente a uno de sus discípulos, Uruguay Marino(8) a trazar su trayectoria y jerarquizar la Escuela por él creada.(9)

Notas

1) Ver capítulo II.
2) *La Mañana, El Debate,* martes 17 de agosto de 1937.
3) Turenne, A. Profesor Juan B. Morelli. Cincuenta años de profesorado. 1887–1937. Arch. Urug. Med. Cir. Esp. (1937), 11:121–123.
4) A.J.B.M. Bibliorato II, 56.
5) Ver Apéndice documental.
6) *El Debate,* miércoles 29 de diciembre de 1943, pág. 3.
7) Ver Capítulo II.
8) Uruguay Marino nace en Montevideo el 18 de enero de 1899, octavo hijo de diez hermanos de un matrimonio de inmigrantes italianos. Ingresa a la Facultad de Medicina en 1918. En 1922 es practicante interno del Hospital Militar y ayudante del curso práctico de anatomía patológica en la Facultad de Medicina. Obtiene el título de Médico–Cirujano en 1926, siendo designado Jefe de Clínica Adjunto primero y titular por concurso al año siguiente en el servicio de Morelli. Paralelamente comienza su actividad asistencial en la zona rural de Colón. En 1928 obtiene, también por concurso de oposición, el cargo de médico de la Asistencia Pública Nacional en la policlínica del Cerro. Al año siguiente es Jefe del Dispensario Nº 1 del Servicio de Asistencia y Prevención de la Tuberculosis. En 1930 pasa a ser director del Dispensario Central Antituberculoso. En 1935 es delegado del Ministerio de Salud Pública en la Liga Uruguaya contra la Tuberculosis, institución que preside a partir del año siguiente. . En 1942 se casa con Gabriela Diverio Alfonso y al año nace su único hijo. En 1942 se lo nombra director de la Colonia Sanatorial Saint Bois y en 1948 pasa a integrar la Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa. En 1951 fue designado miembro del Consejo Consultivo del Ministerio de Salud Pública como delegado de la Facultad de Medicina y en calidad de tal concurrió a Río Grande do Sul para organizar, en base a la experiencia uruguaya, la lucha contra la tuberculosis. En 1954 visitó el Hospital Forlanini en Roma, participando en actividades científicas y fue designado miembro de la Sociedad Italiana de Tisiología. En esa oportunidad también concurrió a la clínica del profesor Etienne Bernard en París, realizando una revisión de trabajos publicados en varias revistas científicas, que incluyen el *Paris Médical.* En su paso por Suiza visita los Sanatorios de Altura. En 1956 pasa a ocupar la secretaría de la Comisión Honoraria para la Lucha Antituberculosa, cargo que desempeña junto al de director del hospital Saint Bois hasta su retiro en 1960. Publicó numerosos trabajos científicos. Al alejarse de sus tareas médicas, desarrolla una extensa obra escrita, tanto en prosa como en verso, aún inédita. Fallece en Montevideo en agosto de 2000, a los 101 años de edad.
9) Ver Apéndice documental.

Capítulo XVII

JUAN B. MORELLI: SEMBLANZA PERSONAL

(F. M. G.)

I

No podemos dejar de hacer una cuarta semblanza de Juan B. Morelli. A las ya bien vibrantes debidas a la pluma de dos de sus más consecuentes discípulos Uruguay Marino (1899–1999) y Pablo Purriel (1905–1971) así como a la biografía hecha por su hijo José León (1905 –1995). Nos cabe agregar otra debida a quien lo conoció bajo una perspectiva defierente, y no creo menos valiosa, para ahondar aún más en esa fascinante personalidad. Fue junto a Luis Pedro Lenguas, el maestro de mi padre, médico mío y de mis hermanos, y permanente punto de referencia en la admiración y respeto.

II

Bien lo ha descrito afectuosamente su hijo José León, Leo como siempre lo llamáramos. Lo recuerdo en su *verte viellesse, vivaz y afable.* Hombre pequeño, de gran cabeza ya bien cana, bigote grueso, ojos escruñidores de miope, atraía por su presencia siempre resuelta aunque modesta y pulcra. Su deambular era característico, inclinando su tronco hacia la derecha dando a ello un ritmo armonioso y firme. Pronto siempre al dialogo y la conversación sentenciosa, hacía partícipe a todos de perennes o circunstanciales intereses, surgidos de sus observaciones,

así como de sus permanentes y variadas lecturas. Nada escapaba a su ardiente curiosidad.

III

Con modales delicados, era un señor al acercarse a la cama del paciente, ya adulto ya niño y luego de un interrogatorio que conducía con dulzura, practicaba un minucioso exámen que lo detenía particularmente en la auscultación. Su enorme oreja, bien provista de pelos, de desmedido tamaño, se aplicaba cual ventosa a la superficie dorsal del tórax, no sin hacernos sentir las aguzadas puntas de ellos... , mientras exclamaba en voz gruesa aunque atildada la palabra: ¡*rrespire*! Terminado su examen e indicación, risueño y protector, al punto que nos acariciaba suavemente la cabeza, se alejaba lentamente a lavarse las manos mientras comentaba con mi padre tanto el diagnóstico de nuestro sarampión o escarlatina como intercalaba sentencias o frases apropiadas al caso, comentarios singulares referentes a la semiología clásica, tanto expresadas en español como en un exquisito italiano. Guardaba en su prosodia una entonación propia de la lengua italiana, refinada y armoniosa, algo musical y entonada como un eco risueño, alegre pero también sentenciosa y festejaba con mi padre tanto una *boutade* como una etimología, mientras emprendía su salida, dispuesto a seguir dialogando sin demostrar premura.

IV

Modestia y cariño brotaba de sus expresiones siempre candorosas y cálidas, diría que exteriorizaba una resuelta ternura hacia los otros, una actitud propia a comprender y amar.

Algunas anécdotas lo definen con sutil sabor. En una ocasión una de sus adminadores le preguntó, sabiendo las muchas actividades que desplegaba con responsabilidad y vocación: profesor de Clínica Médica y Jefe de Servicio en el Hospital Maciel, permanente figura directiva del Partido Nacional, Senador de la República, publicista de nota, partícipe en la promoción de la grey católica, atento a una vasta clientela *en ville*, en consultorio y como podía hacer tantas cosas diferentes, a lo que en su llana y atiplada dicción contestó: No se admire tanto, ¡todas las hago mal! En el curso de este libro queda bien patente lo contrario, tanto su inherente humildad y respeto ajeno como su sentido del humor...

V

Aunque ya alejado de la enseñanza de las disciplinas básicas, bacteriología, anatomía patológica, fisiología, tenía en su domicilio, en el entresuelo de la gran

casa que fuera de Julio Herrera y Obes, un completo laboratorio de bacteriología y sobre todo de histología en el que practicaba las técnicas básicas. A él concurrió en sus años juveniles mi padre, quien aprendió junto a él y luego junto a sus hijos Juan Enrique, Alberto y José León, las elementales técnicas del laboratorio clínico, auxiliados por el famoso texto de Agasse–Lafont y el de histología normal y patología de Santiago Ramón y Cajal. Estas inquietudes, particularmente hacia el microscopio, me fueron trasmitidas por mi padre, lo que condicionaría sin duda mi vocación hacia las ciencias biológicas.

VI

Esta continuidad en la persistente inquietud científica se vió continuada a través de los años en el recuerdo que siempre condicionó la vida afectiva de Morelli, la precoz muerte de su mujer Rosa, Puse para la familia, y a su brillante hijo Juan Enrique, quien me guió en los primeros años hacia la investigación biológica. Su hijo, Alberto, talento brillante, multifacético como su padre, quien todo lo que emprendía lo hacía bien, fue el creador de varias técnicas diagnósticas en nuestro medio, y en su ya añosa empresa, creó entre nosotros la gerontología. Tanto en el ámbito docente como asistencial, sin dejar hasta sus últimos años de cultivar la morfofisiología en trabajos publicados en los mejores archivos internacionales. Leo, el que colmado de inteligencia, generosidad, modestia y laboriosidad supo atesorar la memoria de su padre como lo demuestra la impecable biografía que inicia este libro. No menos presentes están en mí sus dos hijas, y Silvia, que frecuentaban las reuniones de mi familia. Todos ellos se perpetúan en largas familias que no desmerecen el ejemplo de aquel abuelo, aún vigente y justamente recordado y que nos mantiene con su mensaje.

VII

Guardo con especial afecto el ejemplar de su libro sobre Manuel Abascal, que me obsequió cuando yo apenas contaba 17 años, con una sentida y cariñosa dedicatoria, que era como una advertencia, emulad mi conducta por el camino de la esperanza y la fe...

VIII

De su amistad entrañable con Luis Alberto de Herrera, que era no sólo de convicción partidaria, combativa, revolucionario, sino a través de sus esposas que se guardaban una entrañable amistad. Es bien sabido el temperamento simpático, jocoso, atrevido y seductor del caudillo nacionalista. Solía bromearlo en su seriedad académica, en su firme y manifiesta confesión religiosa, en una pala-

bra de su manifiesto puritanismo. Con sobrada confianza solía escandalizarlo con inprecaciones, tan osadas como cariñosas, a lo que un tanto adusto como tentado en un reir contenido, contestaba Morelli: ¡Luis Alberto!

IX

Pero quiero aquí referir una anécdota que consideramos sublime y que nos ha permitido con Mario Berta escribir un libro sobre ella, sobre la que vamos a referir y exponer algunas consideraciones, que culminan en la creación del concepto de *metahistoria.*

Mario Berta, discípulo, amigo del bien recordado psiquiatra y cumplido humanista Alfredo Cáceres y de su esposa la poetisa Esther de Cáceres recogió de boca de ésta última la siguiente anécdota:

El Prof. J. B. Morelli, ya jubilado y enfermo, recibía periódicamente la visita devota de su discípulo Pablo Purriel, profesor de Semiología de la Facultad de Medicina. En la última entrevista, siempre afectuosa, Morelli conversaba y oía a Purriel con la afabilidad acostumbrada. De pronto, sin mediar nada que anticipara lo que iba a decir, pone la mano en la rodilla del discípulo y le dice: Pablo, toda mi vida he sido un farsante. *Purriel quedó profundamente impactado y le cuenta lo ocurrido a Esther de Cáceres y ésta nos lo trasmite fielmente. Después de varias décadas, Mario Berta no olvidó la frase memorable de Morelli y le cuenta la anécdota a su amigo Fernando Mañé Garzón y, a pesar de los años transcurridos, ambos quedan profundamente impactados como lo fue Purriel, en su momento.*

Al meditar un juicio autocrítico tan insólito, inesperado e íntimo, por su aparente simplicidad y amplitud se impone como un ejemplo de honradez intelectual y moral que conduce sentirse maravillado y comprometido. Maravillado pues revela una singular calidad humana, pocos hombres pueden llegar a esa cumbre de serenidad frente a su entorno y a si mismo. Comprometido al llamado reaccional de nuestra conciencia que imperiosamente nos azuza, ¿quién no es un farsante? Es luego de afrontar esta situación real, impactante, activa que se nos hace necesario afrontar nuestras propias farsas. La aventura metafísica culmina cuando llega a esta punta de inflexión, permite al reflexionar, contemplar y juzgar con sentida objetividad el trazado complejo pero no por ello menos digno de entenderse, aceptarse que todas las historias de nuestra vida, de nuestro actuar. Permite asumir dentro de ella tanto lo positivo en el discurso como lo negativo, el mal y el bien inherente a todo pasado.

A esta implicancia de inflexión perspectiva, ya saliente a la historia, es lo que hemos llamado con Mario Berta *metahistoria.* Desde esa cumbre se contempla una realidad total, el ser bueno y malo que somos indefectiblemente cada uno. La *metahistoria* es una ampliación de la conciencia que nos hace ver, con clara serenidad un diferente sentido de nuestra existencia.

Es la *metahistoria* más una sublimación que una transformación, sin dejar de ser el mismo, se abre un panorama que abarca el todo del tiempo historia personal, desde una cima que todo lo contempla sin permitir asomar el juicio subjetivo o justificante. Es el panorama que la cumbre permite, sin contrapesas, contemplar viviendo sin inmediatismos ni compromisos, que nos deja ver y saber los tortuosos y diferentes caminos del camino, laderas y riscos, valles umbrosos, llanos soleados...

La frase de Morelli es universal y propia de la calidad superior de un ser humano. Nos conduce y obliga, en corta–larga serenidad del fin del camino, en el sentido de la vida, que nos colma y nos trasciende.

Capítulo XVIII

LA FIGURA DE MORELLI EN LA MEDICINA NACIONAL

El Dr. Morelli os explica la historia del cielo como un astrónomo: sabe de las virtudes de los simples como una hechicera del medioevo; maneja el microscopio como si de lo pequeño dependiese su salvación; os cita cuanto nombre eslavo y alemán se lee en las revistas, o se escribe en los libros; todas las enfermedades le han costado vigilias a la luz de la lámpara y a todos los dolores ha buscado consuelo, con un ardor en el que se confunden expresamente las piedades y la nunca saciada curiosidad del sabio.

Carlos Roxlo[*]

I

La medicina clínica académica en el Uruguay tiene una historia simple y concreta. Se inicia en 1885 con la designación de Pedro Visca (1840–1912) como profesor de Clínica Médica en nuestra Facultad de Medicina.

Antes de esa fecha, la conducción de la medicina general o interna cursó por períodos de diferente notoriedad. Al ejercicio inicial de la medicina por parte de profesionales con formación básica reducida, en general médicos militares o navales, sucede una pléyade de muy dispar origen, predominando primero los españoles y más tarde los de diferente nacionalidad: portugueses, italianos, fran-

---

Roxlo, C. El Uruguay en 1904. La Guerra Civil. 290 pág., Buenos Aires, (1904):108.

ceses, ingleses y alemanes. Sus discrepancias, originadas en apasionamientos nacionalistas y en muy dispares formaciones, hicieron del ambiente médico montevideano teatro de enfrentamientos tan estériles como agresivos. Paulatinamente los extranjeros son suplantados por uruguayos o argentinos, que ocupan los escaños más relevantes en la apreciación social, en modo casi siempre individual. Ya hacia fin del siglo XIX los médicos nacionales ocuparon prácticamente todos los lugares de relieve en la Facultad de Medicina, en las organizaciones sanitarias, así como en la asistencia privada.

II

Entre los primeros en cobrar prestigio como médicos clínicos se contaron: Teodoro Miguel Vilardebó (1803–1857), Francisco Antonino Vidal (1825–1884), Gualberto Méndez (1838–1882) y Pedro Visca (1840–1912), todos con formación francesa. Si bien Vidal y Méndez fueron excelentes *praticiens*, tan talentosos como bien formados, no alcanzaron, quizás por su compromiso partidario y político, el nivel académico que lograron Vilardebó y Visca. El último de los nombrados es el paradigma del clínico brillante, el estudioso y el profesor universitario, jerarquía a la que accedió al ocupar, como ya hemos dicho, el Aula de Clínica Médica en 1885, coincidentemente con la renovación universitaria operada durante el rectorado de Alfredo Vásquez Acevedo.

Dicha cátedra había sido creada cuando los alumnos de la primera generación, que ingresaron en 1876, tres años más tarde debieron cursar los estudios prácticos de medicina interna. La ocuparon en forma podríamos decir errática, primero Guillermo Leopold (1879–1881), luego José Majó (1883) y nuevamente Leopold (1883–1885).[1] Durante el profesorado de Visca, que se extendió desde 1885 hasta su muerte en 1912, se distinguirán en su entorno varias generaciones de alumnos y algunas de discípulos. Entre ellas figuran algunos miembros de la generación del 900: Luis Pedro Lenguas (1862–1932), Elías Regules (1868–1922), Augusto Turenne (1868–1948), Luis Morquio (1868–1935), Américo Ricaldoni (1868–1928) y Juan B. Morelli (1868–1947), entre otros.[2]

Son estos tres últimos sus más conspícuos discípulos, a quienes cupo ser, no sólo sus continuadores en el cultivo de la clínica médica, sino los forjadores de tres escuelas, emanadas de la anterior pero no por eso divorciadas de ésta, a saber, la pediatría, la neurología y la neumología, respectivamente.

III

En el contexto de este cuadro histórico general es que debemos ubicar la figura de Morelli. Formado en las ciencias básicas de la medicina, contribuyó a establecer los fundamentos fisiológicos y microbiológicos de la práctica médica.

Nuestro pensamiento médico a partir de Morelli tiene por esencia, además de la anatomía macroscópica tradicional, la microestructura y la función, normal o alterada, así como también la identificación de los factores causales, en particular los microbiológicos. Morelli expone cada caso como un experimento clínico, o sea la investigación de un conjunto intrincado de condiciones que al interactuar dan por resultado la entidad mórbida que se manifiesta y evoluciona en el tiempo. Este criterio incluye la terapéutica, que procura corregir o suprimir los factores patógenos. Toda comprobación debe tener una explicación anatomo–fisio–patológica en el marco de los conocimientos disponibles en el momento. No obstante, asigna a cada cosa el grado de evidencia que puede tener: la hipótesis queda en ese nivel mientras los hechos no demuestren su validez o falsedad. Los datos obtenidos del experimento clínico son consignados con total fidelidad y especial precaución para no introducir distorsiones, cosa importante en un momento en que la estadística no había alcanzado aún el desarrollo que hoy día hace posible controlar la confiabilidad de las conclusiones.

Bien se pone esto de manifiesto en sus trabajos iniciales, que demuestran su primaria inquietud por la bacteriología, que lo llevaron a ser, junto a sus maestros José Arechavaleta y Julio Jurkovski, de los primeros en jerarquizar la etiología microbiológica de la enfermedad (*germ cell theory of disease*). En el afán por promoverla, Morelli investigó la etiología bacteriana del beri–beri, en trabajos bien conducidos, aunque no fueron luego confirmados. Este tipo de error fue cometido por numerosos investigadores, lo que, sin embargo, no fue estéril, pues motivaron críticas positivas y facilitaron la dilucidación de la etiología carencial. [3]

IV

Luego de abandonar la cátedra de Fisiología y la de Patología Médica, es nombrado profesor de Terapéutica, posición desde la que emprende sus primeras actuaciones clínicas, destacándose ya sus trabajos referentes a la nosología y diagnóstico de afecciones concretas, casi todas de etiología bacteriana.

La bibliografía de Morelli muestra un hiatus significativo entre 1901 y 1916, período durante el cual su producción científica publicada es muy escasa. Lo interpretamos como debido a tres motivos. El primero, su dedicación a la docencia, abocándose en la cátedra al gran esfuerzo de enseñar terapéutica. El segundo, su vinculación política activa, que lo lleva a desempeñar cargos de responsabilidad en el Partido Nacional y participar en la revolución de 1904.[4] En tercer lugar, y quizás sea lo más importante, el inicio de su interés por el diagnóstico y tratamiento de la tuberculosis. Al respecto, fue un pionero en el país en el uso la colapsoterapia pulmonar, preconizada por Carlo Forlanini. Entre 1910 y 1916, obtuvo un número suficiente de casos tratados por este y otros métodos quirúrgicos, lo que le permitió publicar, entre 1916 y 1918, su *magna opus, El*

Pneumotórax artificial.[5] En 1917 es nombrado Profesor de Clínica Terapéutica, servicio en el que predominó siempre el interés primario por el tratamiento de la tuberculosis. Varios trabajos complementarios, tanto suyos como de sus colaboradores marcan con vigor el desarrollo de la tisiología.[6] En 1924 ocupa la IV Cátedra de Clínica Médica. Podemos considerar esta designación como la culminación de la carrera universitaria de Morelli, en cuyo largo transcurso se pone de manifiesto por un lado su interés por la medicina general y por otro su creciente dedicación a la tuberculosis pulmonar y demás patologías respiratorias.[7]

V

Desde estas cátedras Morelli enseña otra de las bases del progreso de la medicina: no descartar ningún hecho como objeto de descripción, por intrascendente que parezca, punto de partida para la reflexión, motivo para la discusión y razón para compararlo con otros, provenientes de la experiencia personal o de la bibliografía: nada de lo clínico le resulta ajeno; su curiosidad no tiene límites. De lo anterior surge la magnitud de su obra escrita en esta etapa, la variedad de los temas que aborda, la interacción con las más dispares disciplinas, los nuevos estudios e intercambios de opinión que genera, las sustanciosas conclusiones que saca, evadiendo muchas veces el campo estricto de las ciencias médicas. Con la perseverancia de un naturalista, Morelli cosecha en el terreno fértil de la clínica, datos que procura comprobar (empleo del microscopio, de los cultivos, de los instrumentos), correlacionar con otros ya conocidos, a través de inducciones racionalmente aceptables. Es el ejemplo paradigmático del clínico investigador: su tarea principal, y Morelli no olvida esto jamás, es la de curar o mejorar al enfermo, pero en ese camino va descubriendo hechos, que describe con precisión, clasifica y correlaciona con posibles factores causales. Emite hipótesis, de las que sólo una minoría logra demostrar, ya sea en el ser humano o en los animales de experimentación. Proyecta incluso sus observaciones en la perspectiva filo y ontogenética. De todo lo anterior Morelli saca conclusiones que pueden no tener una aplicación clínica inmediata, pero que son eventualmente la base en que se apoyan futuros procedimientos diagnósticos o terapéuticos.

En 1936, en colaboración con su hijo Alberto Carlos, publica un trabajo sobre una afección osteo pleuro pulmonar característica que proponemos debe llevar hoy el nombre de Enfermedad de Morelli y Morelli.[8]

VI

Sin abandonar su práctica médica, fue Senador de la República desde 1927 hasta 1942. Desde esta jerarquía obtuvo en 1937 la creación del Instituto de Tisiología, centro de asistencia e investigación, dedicado al estudio de las

enfermedades pulmonares, tanto tuberculosas como no tuberculosas (fig. 64). Surge allí, en medio de entusiastas colaboradores, una renovada inquietud por llevar la especialidad, tanto al ámbito docente, de investigación, como social y preventivo. Ocupa la dirección del mencionado Instituto hasta su retiro en 1943.[9] Se hace evidente así otra faceta de su personalidad: el espíritu académico. Su actividad médica se desarrolló siempre en torno a la docencia, sin dejar de tener actuación exitosa en su práctica privada. Sus conocimientos fueron compartidos con los discípulos, en el medio hospitalario o en las sociedades científicas. Su obsesión fue la de crear esa cátedra e instituto a que hacíamos mención, que fuera el espacio para el desarrollo de la enseñanza y la investigación. Sus clases y publicaciones reflejan concretamente esta tendencia docente. Las correspondientes a la última época se caracterizan por desarrollar cada tema desde todos los ángulos posibles (embriología, anatomía, fisiología, patología, clínica, terapéutica), así como por agotar el análisis de las fuentes bibliográficas disponibles. Consecuencia de este espíritu académico es haber creado una escuela, entendiendo por tal un conjunto de profesionales, que guiados por el maestro, amplían, completan e incluso corrigen la obra de éste. La escuela de Morelli ha continuado hasta el momento actual en el ámbito de la neumotisiología.

Fue decisiva la contribución de Morelli a la creación de esta especialidad, que se desprende de la medicina interna, centrándose inicialmente en la tuberculosis pulmonar, para luego abarcar también otras patologías del aparato respiratorio. Es de destacar, además, la importancia del aspecto social que la neumotisiología fue tomando con el paso de los años, con lo que podemos ubicar a Morelli, junto a Augusto Turenne y Luis Morquio, entre los maestros pertenecientes a la misma generación que dieron un carácter social a la medicina nacional: la salud y la enfermedad son temas de naturaleza social, por consiguiente, este aspecto no puede ser desconocido por el médico. Es preciso que el profesional se forme y preocupe por las condiciones de vida, de trabajo, de alimentación, de retribución, de educación, etc., tanto o más que por los aspectos estrictamente médicos. De esta actitud social surge el criterio de la prevención en gran escala, en lo que la escuela neumotisiológica del Uruguay, obra inicial de Morelli, fue adalid, a través de la acción de sus discípulos, Pablo Purriel, Fernando D. Gómez, Cleopatra Epifanio, Aristeo Piaggio y otros. Las generaciones sucesivas lograron el despistaje en grandes poblaciones de las enfermedades respiratorias, la tuberculosis primero, el quiste hidático y el cáncer de pulmón después. También llevaron adelante campañas de educación popular, a efectos de prevenir o tratar precozmente tales afecciones. Con referencia estricta a la tuberculosis, se estableció la obligatoriedad de la vacunación antituberculosa, el estudio de colectividades por la abreugrafía y la cutirreacción, las investigaciones epidemiológicas a punto de partida de los casos diagnosticados, así como la quimioprevención de las poblaciones expuestas.

VII

Los tres grandes discípulos de Pedro Visca fueron la base de nuestra vigorosa medicina clínica y creadores de tres Institutos: el de Neurología en 1927 (hoy Américo Ricaldoni), el de Pediatría y Puericultura (hoy Luis Morquio) en 1935 y el de Tisiología (hoy Juan B. Morelli) en 1937. A ellos se sumaron en 1936 el Instituto de Endocrinología (hoy Juan César Mussio Fournier) y en 1943 el de Enfermedades Infecciosas (hoy Enrique Claveaux). En cada uno de ellos se desarrolló una actividad completa en la docencia, la asistencia y la investigación, que se prolongó sin interrupción hasta hoy. Fueron dotados en períodos diferentes de excelentes locales: el de Pediatría en el Hospital Pereira Rossel desde su fundación; el de Neurología, primero en el Hospital Maciel y luego de 1953 en el Hospital de Clínicas; el de Neumología en los hospitales Fermín Ferreira (fig. 72) y Saint Bois desde 1943 y el de Enfermedades infecciosas en el Instituto de Higiene Doctor Arnoldo Berta.

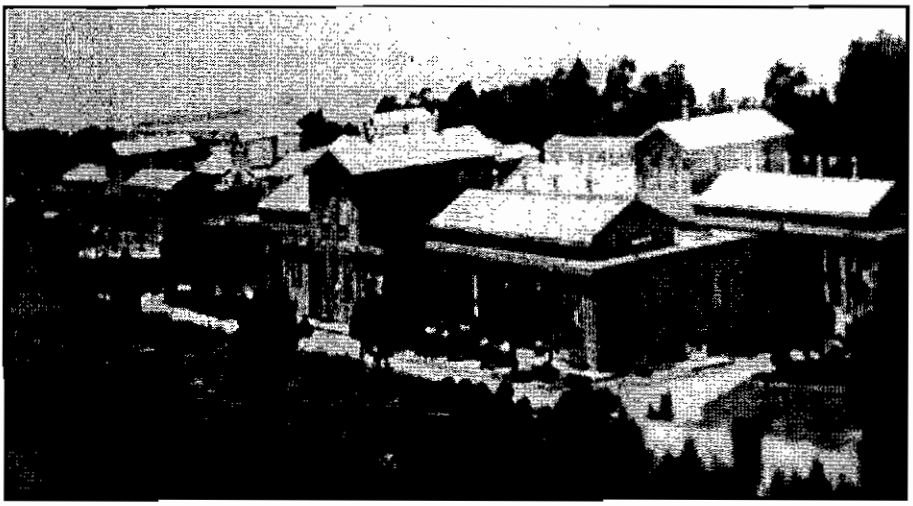


Figura 72
Instituto de Tisiología. Hospital Fermín Ferreira.

La producción científica de todos estos servicios se vio plasmada en importantes publicaciones propias de cada uno de ellos: *Archivos de Neurología* (1928–2003), *Archivos de Pediatría del Uruguay* (1928–2003), *Revista Uruguaya de la Tuberculosis* (1930–1951), *El Tórax* (1945–1970), *Revista del Instituto de Enfermedades Infecciosas* (1943–1951). La labor de los referidos institutos también se puede apreciar en numerosos artículos publicados en revistas, tanto nacionales como extranjeras y en múltiples tesis y monografías de investigación, así como en textos para estudiantes y postgraduados. Finalmente, se reflejó en la creación de sociedades científicas, que en gran parte funcionaron en torno a dichos Institutos.

Notas

1) Mañé Garzón, F.; Pedro Visca. Fundador de la Clínica Médica en el Uruguay, Montevideo, 1980.
2) Ver capítulo I.
3) Ver Capítulo III.
4) Ver Capítulo IX.
5) Ver Capítulo II.
6) Ver Capítulo VI.
7) Ver Capítulo XI.
8) Ver Capítulo XII.
9) Ver Capítulo XV.

Capítulo XIX

GENEALOGÍA DE LA FAMILIA MORELLI – MACKINNON*

Juan B. Morelli D'Auggero nació en Artena, Italia, el 27 de abril de 1868 y murió en Montevideo el 31 de diciembre de 1947. Era hijo de Leone María Morelli Zampieri, médico nacido en Roma el 30 de mayo de 1837 y muerto en Montevideo el 8 de enero de 1902. Se casó este último en 1865 con Constanza D'Auggero Bottini, nacida en Roma el 27 de febrero de 1842 y muerta en Montevideo en 1870. También tuvieron una hija, María, que se casó con Américo Ricaldoni (1868–1927) y tuvieron tres hijos: Américo, Julio y Roberto. Leone María Morelli Zampieri era hijo de Domenico Morelli, nacido en Roma en 1806, casado en 1836 con Umbelina Zampieri Narni. El padre de Domenico era Bartolomé Morelli, proveniente del Cantón de Ticino. Constanza D'Auggero era hija de Juan Bautista Auggero, médico pontificio, nacido en 1798 en Menton, Mónaco y de Cyrilla de Bottini, nacida en 1796 en Lantenac, Menton, Mónaco. El doctor Juan Bautista Auggero era hijo de Francisco Augereau (Auggero), nacido también en Menton. Cyrilla de Bottini era hija del Barón Bogini de Santa Agnese, nacido en Menton y de la Contessina de Lantenac, hija, a su vez, de la Viscondesa Adhemar de Lantagnac, nacida en París en 1755 y allí guillotinada en 1789.

Juan Bautista Morelli D'Auggero se casó el 31 de agosto 1898 con Rosa María Magdalena Mackinnon y Algorta, nacida en Montevideo el 22 de julio de 1870 y muerta en la misma ciudad el 5 de enero de 1929. Era hija de John Henry

---

* Los datos consignados a continuación provienen de los documentos incluidos en el Archivo de Juan B. Morelli en manos de su familia, así como a los datos suministrados por esta última.

Mackinnon Clymont, nacido en Belfast el 28 de junio de 1834 y muerto en Montevideo el 6 de enero de 1895 y de Rosa Algorta y Villademoros, nacida en Montevideo en 1846 y muerta en la misma ciudad en 1912. Tuvieron, además de Rosa María Magdalena, en total diez hijos: Enrique Brayce, nacido en Montevideo el 13 de junio de 1869 y fallecido en 1952[1] casado en Buenos Aires con María Celia Dessein; Elena, nacida el 15 de diciembre de 1871, soltera; Paulina Luisa, nacida en1873 y fallecida a los 8 meses; Ricardo Roberto[2], médico, nacido el 15 de octubre de 1874, fallecido en 1943, casado con María Josefa Artagaveytia Arocena (1876–1963), sin descendencia; María Elisa, nacida el 15 de agosto de 1881, fallecida en 1968, casada con Adolfo Demetrio Pérez Verde (1877–1959), ingeniero; tuvieron numerosa descendencia.

John Henry Mackinnon Clymont, el primero en venir al Uruguay, era hijo de John Bryce Mackinnon, nacido en 1797 y de Jane Mac Clymont, casados en Belfast. Tuvo varios hermanos, todos residentes en Irlanda: Esther Janet, Peter, Hellen y Bryce.

Figura 73
Familia Algorta–Villademoros tomando el té.

Rosa María Magdalena Algorta y Villademoros era hija de Cayetano Alonso Peláez Villademoros y García de Paredes, nacido en Asturias en 1776 y fallecido en Montevideo el 6 de setiembre de 1857 y de Rosa María Fernández y Pintos de Malbar, nacida en Montevideo el 30 de agosto de 1791 y fallecida en la misma ciudad el 30 de mayo de 1857. Contrajeron enlace el 27 de setiembre de 1805, él de 29 años y ella de 14 años de edad. En 1791, Cayetano Alonso había embarca-

do con su madre y sus hermanos Francisco y Carlos al Río de la Plata, fue comerciante en cueros y frutos del país. Compraron una estancia que sumó en total 85.927 cuadras (63.405 hectáreas), situada en el departamento de Paysandú, sobre el Río Queguay, entre el arroyo Capilla la Vieja y el arroyo Guayabos Grande[3]. Los hermanos ya nombrados fallecieron sin descendencia. El padre de Cayetano Alonso, Joseph Peláez Villademoros, teniente de una compañía de infantería de Asturias, era hijo de Diego García Villademoros y heredero del Mayorazgo y de la Baronía, fundada en la época de Felipe II. Se casó con Ana María García de Paredes, hija de Diego y Ana de Paredes.

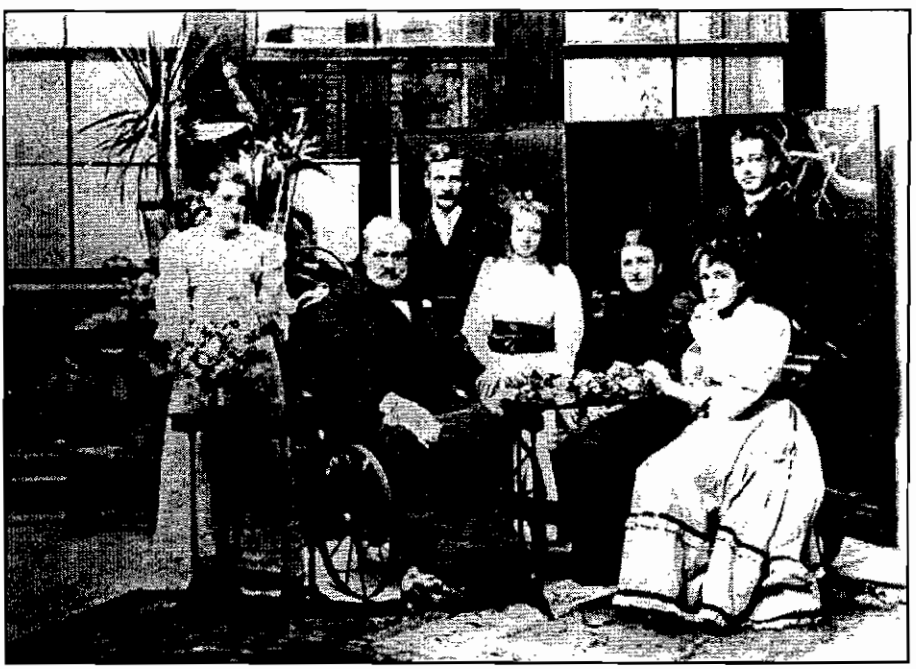


Figura 74
Familia Mackinnon–Algorta.

Rosa María Fernández y Pintos de Malbar era hija de Vicente Fernández y Vigil, natural de San Martín de Salcedo y de Juana Pintos de Malbar, nacida en Santa María de Moureria en 1786 y fallecida en Montevideo el 17 de marzo de 1814. Viuda en primeras nupcias de Francisco Zurdo y Vega. Casados poco antes de embarcarse en La Coruña, llegó con su primer marido en junio de 1781, como pobladores de la costa patagónica y al fracasar esta expedición, fueron destinados a la nueva población de Santa Lucía, Canelones, Uruguay. Vicente Fernández y Vigil era hijo de Pedro Fernández y María Antonia de Vigil, vecinos de Salcedo en Galicia. Juana Pintos de Malbar era hija de Lucas Pintos y de María Jacinta Malbar, naturales de Santa María de Moureira, Pontevedra, Galicia, España. El

matrimonio de Cayetano Alonso y Rosa María tuvo dos hijas: Paulina y Dorotea. Paulina Peláez Villademoros y Fernández, bautizada el 23 de junio de 1809 en Montevideo y fallecida en la misma ciudad el 23 de junio de 1890, heredó de su padre unas 30.000 hectáreas. Contrajo matrimonio el 29 de agosto de 1828, en Montevideo, con Juan Vicente de Algorta y de Torres, nacido el 23 de junio 1801 en la villa de Cabra, Córdoba, Andalucía, hijo de Nicolás de Algorta y de Aurrecoechea y de María de los Milagros de Torres; falleció en Montevideo el 17 de enero de 1852. Fue comerciante en frutos del país y hacendado en el departamento de Paysandú. De este matrimonio nacieron once hijos (fig. 73): Paulina, casada con Santiago Susviela, sin descendencia; Elodia, casada con Juan José Cohelo; Isabel, casada con Pedro Lenguas; Enrique, casado con Rosa Camusso Torquinst; Eduardo, casado con Juana Butler, sin descendencia; Ricardo, casado con María Guerra; Carlos, casado con Encarnación Real de Azúa; Ana con Pablo Mañé; Darío, soltero; Dolores, casada con Elbio Fernández y Rosa con John Henry Mackinnon (fig. 74). Dorotea Villademoros y Pintos de Malbar, nació en Montevideo en 1806 y murió en esa ciudad en 1884. Casada en primeras nupcias con Anselmo Segura, tuvo de él un solo hijo, Germán Segura, médico, nacido el 18 de enero de 1839 y muerto el 2 de febrero de 1901. Casada en segundas nupcias con Francisco Soneira tuvo también un solo hijo, Arturo Soneira, escultor, que dejó a su vez un solo hijo, Arturo, casado con Carmen Perey. Este último matrimonio tuvo tres hijos: Lía, casada con Miguel Urioste; Federico, casado con Hortensia Urioste y Arturo, casado con Enriqueta Arteaga.

Juan Bautista Morelli y Rosa Mackinnon tuvieron cinco hijos (fig. 75):

Juan Enrique Morelli Mackinnon (24.IX.1905 – 12.VIII.1942), casado con Fanny Brum Larrachea, tuvo los siguientes hijos: Juan Enrique, casado con Martha Ximénez, padres de Patricia y Juan Enrique; Ricardo, casado en primeras nupcias con Elisa Richino tuvo dos hijos, Ricardo y Elisa, y en segundas nupcias con Elisa Viana; Jorge, casado en primeras nupcias con Beatriz Mañé, dos hijos: Jorge y Haroldo y en segunas nupcias con María R. Calcagno, tres hijos Aníbal, Andrés y Fanny; Raúl, casado con Ana Paseyro, tres hijos: Pablo, Gabriel y Cecilia; Carlos, casado con Susana Irastorza, un hijo, Ignacio.

Alberto Carlos Morelli Mackinnon (26.X.1906 – IV.1988), casado con Albertina Colombres Navarro (1907); tuvo nueve hijos: Alberto Carlos, casado con Lucía Gallinal Acevedo, cuatro hijos: Lucía Inés, Alberto, Francisco y Andrés; Eduardo, casado con Margarita Rius, un hijo, Eduardo; Rafael Martín, casado con Beatriz Roubaud, seis hijos: Rafael, María Florencia, Ignacio, Virginia, Javier y Federica; Guillermina, casada con Enrique Terra Algorta, cinco hijos: Mariana, Victoria, María José, Eduardo y María Pía; Sara Rosa casada con Adolfo Boll, tres hijos: Carmen, Adolfo José y Germán; Luis Francisco, casado con Beatriz Rebagliatti, tres hijos: Luis Eduardo, Graciela y Guillermo; Albertina, casada con Pedro Martín, sin descendencia; Marcela, casada con Marcelo Wathelet, tres

hijos: Carolina, María y Juan Manuel; José Eusebio, casado con Mónica Torreta, una hija: María Delia.

Elena María Morelli Mackinnon (4.III.1908 – IV.1988), casada con Eduardo Piccardo Ruano, tuvieron seis hijos: Juan Bautista, casado con Lilian Gelpi, dos hijos, Leticia y Juan Pablo; Horacio, casado en primeras nupcias con Susana Bolo, dos hijos, María Cecilia y Pablo, casado en segundas nupcias con Graciela Pereira, tres hijos: Daniel, Diego y Gabriel; Rosa, casada con Aldo Brussoni: tres hijos: Aldo, Andrés y Mariana; Eduardo, casado en primeras nupcias con Elisabeth Silvestri, dos hijos Rómulo y Alfonso y en segundas nupcias con Dima Sasías, una hija: Mariana; León Mario, casado con Inés Ferrero, tres hijas: Verónica, Adriana y Rosina; Lucía, casada con Arturo Guella, cinco hijos: Laura, María, Horacio, Francisco y Juan Manuel.

Figura 75
Familia Morelli–Mackinnon

León José Morelli Mackinnon[4] (3.VII.1910 – 1995) casado con María Eugenia Colombres Navarro (8.VIII.1915)[5], tuvieron diez hijos; Adriana, casada con Gregorio Aznárez Bertold, diez hijos: Gregorio, Federico, Gabriel, Ignacio, Adriana, María Eugenia, Nicolás, Mariana, Matías y Agustín; León José, casado con Sylvia Ferreira Sienra, tres hijos: Sylvia, Magdalena y Verónica; Guillermo, fallecido (1943–1959); Daniel Eduardo, casado con Graciela Veraza Laurnaga, cinco hijos: Graciana, Margarita, Santiago, Gabriel y Mauricio; María Eugenia, casada con Rodolfo Ponce de León, cinco hijos: Rodrigo, Victoria, Agustina, Gerónimo y María Eugenia; Juan Bautista, casado con María Inés Roubaud, cin-

co hijos: Ana Inés, Juan Bautista, Sebastián, Carolina y Paula; María del Rosario, soltera; Pablo, casado con Lilia Infante López, tres hijos: Simón, Sofía y Juliana; Alejandro, casado con Alejandra Mautone, cuatro hijos, Guillermo, Diego, Valentina y Camila.

Silvia Inés Morelli Mackinnon (21.I.1912 – 2001), casada con Alfredo Mones Quintela, diez hijos: Alfredo, casado con María del Carmen Saxlund, dos hijos: María José y María del Carmen; Pablo, casado en primeras nupcias con Olga Fernández, tres hijos: Pablo, Beatriz y Gonzalo y en segundas nupcias con Kelly Garín, dos hijos, Marcos y María Victoria; Silvia, casada con Piria Freitas, dos hijos: Alfredo y Mariana; Ernesto, casado con Zulma Cámara, cuatro hijos: María Alejandra, Noel, Alfredo Martín y María Eugenia; Diego, casado con Alba Hofmann, tres hijos: Leticia, Natalia y Juan Bautista; Inés, casada con Jorge García Carrère, dos hijos: María Inés y Alicia; Guillermo, fallecido(1952–1969); Teresa, casada con Luis Felipe Coutinho, cuatro hijos: Verónica, Rodrigo, Gonzalo y Luis Felipe; Enrique, casado con Teresa de los Santos, dos hijos: Silvia y Enrique; Alejandro, casado con Carmiña Casañas, dos hijos: Ramiro y Pastora.

Notas

1) Padrino de Bautismo de F.M.G.
2) Distinguido médico que actuó profesionalmente en el Paso del Molino.
3) Es tradición que en 1815 Cayetano Alonso, obedeciendo a la orden de Artigas de presentarse como español ante él en el reciente pueblo de Purificación, su mujer lo acompañó hasta las costas del Queguay, que debía atravesar. Esta no quiso dejarlo solo y cruzó el río prendida de la cola del caballo. Al haber permanecido en sus campos, Cayetano fue respetado por los patriotas, al punto que en una ocasión, habiéndosele sustraído ganado de su hacienda, Artigas obligó a que se le devolviera.
4) Llamado familiarmente Leo y autor del capítulo II de esta obra. Tuvo actuación como laboratorista clínico.
5) Hermana de la mujer de Alberto Carlos.

Capítulo XX

BIBLIOGRAFÍA
1888 – 1943

Sin una amplia discusión, sin un elevado espíritu de crítica y una opinión favorable la ciencia no vive, no progresa, no resplandece la luz propia, no llegará nunca a ser nacional: y aun cuando la ciencia se cosmopolita deberían sin embargo los hijos de un pueblo privilegiado empeñarse en la construcción de un edificio científico que sin perder los caracteres generales, tenga la fisonomía especial de la nación a la cual pertenece.

*José Pugnalini**.

1888

1. El bacilo del cáncer. Rev. Quim. Farm. Cienc. Aux., 1888, 1: 63–72. Rev. Cienc. Med. Cienc., 1888, 1: 16–19, 95–96.
2. (Morelli, Juan. B.)** Trabajos del Laboratorio Bacteriológico de la Facultad de Medicina, Director Profesor José Arechavaleta. Septicemia conse-

---

* Discurso del Decano de la Facultad de Medicina de Montevideo al iniciarse los cursos del año 1883 (*El Siglo*, año XX, 2ª época, Nº 5.401, 8.III.1883 y Nº 5402, 9.III.1883 y Ses. Soc. Urug. Hist. Med. (1995), 15: 214).

** Estos trabajos aunque no llevan el nombre de Morelli consideramos que son de su autoría, ya que los temas tratados son de índole anatomoclínico y figuran como tales en una lista de sus trabajos hecha con seguridad antes de su muerte.

cutiva a ántrax. Accidentes sépticos en un nefrítico. Vesícula de disector. Rev. Cient. Med. Cienc., 1888, 1: 149–151.

3. (Morelli, Juan B.)[1] Trabajos del Laboratorio de bacteriología e histología patológica de la Escuela de Medicina de Montevideo, Prof. José Arechavaleta. Carcinoma coloideo de la lengua. Rev. Cient. Med. Cienc., 1888, 1: 181–182.

4. Solari, Felipe y Morelli, Juan B.** Trabajos del laboratorio de micrografía y bacteriología de la Escuela de Medicina de Montevideo. El tasajo y el microbio del cólera. Rev. Cient. Med. Cienc., 1888, 1: 45–47.

5. Solari, Felipe y Morelli, Juan B. Modificaciones al método de Frankel para colorear el Bacillus de la tuberculosis en los cortes. Rev. Cient. Med. Cienc., 1888, 1: 47–49.

6. Solari, Felipe y Morelli, Juan B. Fagocitosis en la tuberculosis. Rev. Cient. Med. Cienc., 1888, 1: 49–50.

7. Morelli, Juan B. Apuntes de bacteriología. Introducción y Lección I. Rev. Cient. Med. Cienc., 1888, 1: 48–56. Lección II, Apertura de los objetivos, teoría de Abbe sobre la formación de las imágenes; 1: 78–81. Lección III, Dibujo, fotografía y medidas de las bacterias; 1: 123–125. Lección IV, Micrótomos, endurecimiento inclusión; 1: 183–187 y 201–206. Coloración y examen de las bacterias. Métodos especiales. Bacillus de la tuberculosis; 2: 41–43. Lección V, Examen y coloración de las bacterias; 1: 270–273.

8. Morelli, Juan B. Carcinoma hepático. Cirrosis consecutiva. Nódulos cancerosos en el peritoneo. Rev. Cienc. Med. Cienc., 1888, 1: 296–298.

1889

9. Musso, José y Morelli, Juan B. Sobre la etiología del beri–beri, Investigaciones bacteriológicas (Laboratorios de la Facultad de Medicina), Rev. Urug. Med. Farm., 1889, 1: 557–559.

10. Morelli, Juan B. y Prunés, Antonio. Laboratorio de Micrografía y Bacteriología de la Facultad de Medicina. La septicemia de los conejos. Rev. Urug. Med. Farm. 1889, 1: 33–36.

11. Musso, José y Morelli, Juan B. Sobre la etiología del beri–beri. Investigaciones bacteriológicas. An. Circ. Argentina, 1890, 13: 313–315 y Rev. Urug. Med. Farm., 1890, 1: 557–559.

---

1 Incluimos este trabajo que en realidad es de José Arechavaleta, por ser sus dos discípulos quienes justificaron la publicación del texto del Maestro a fin de preservar su prioridad.1890

1919

44. Morelli, Juan B. Pneumotórax artificial. Estado actual de la cuestión. Resultaos adquiridos. Ideales que hay que alcanzar. Rev. Méd. Uruguay, 1919, 22: 293–323.

1891

12. Morelli, Juan B. El doctor José Musso. An. Universidad, 1891, 1: 210–215.

13. Morelli, Juan B. Laboratorio de Fisiología. An. Universidad, 1891, 1: 285–293.

14. Musso, José y Morelli, Juan B. Laboratorio de Bacteriología de la Facultad de Medicina, Contribuciones al estudio del beri–beri. An. Universidad 1891, I. Autopsia de dos beribéricos; II. Examen de sangre de dos beribéricos; III. Etiología del beri–beri. An. Universidad, 1891, 640–645, 1892, 2: 196–204, 545–550.

1892

15. Morelli, Juan B. Sobre la etiología de la conjuntivitis crupal (nota preventiva). An. Universidad, 1892, 2: 194–195.

16. Morelli, Juan B. Laboratorio de bacteriología de la Facultad de Medicina. Absceso del hígado por Bacterium coli commune. An. Universidad, 1892, 2: 192–193.

1893

17. Morelli, Juan B. Sur la penetration de microbes étrangers dans le sang et dans les tussus des maladies de Beri–beri. Comp. Rend. Soc. Biol., Paris, 1893: 22–23.

18. Morelli, Juan B. Etudes sur un cas de langue noire. Comp. Rend. Soc. Biol., Paris, 1893: 23–25.

19. Morelli, Juan B. y Musso, José. Contribución al estudio bacteriológico del beri–beri. An. Cir. Med. Argentino, 1893, 16: 431–451.

20. Morelli, Juan B. Técnica del microbio de la blenorragia, in: Canessa J. F. Etiología y patogenia de la oftalónica purulenta de los recién nacidos. Tesis para optar al título de doctor en medicina, 1893: 52–55.

1894

21. Morelli, Juan B. Microbios colerígenos de las aguas. Centro Farmacéutico, Rev. Mens., 1894, 3.

22. Regules, Elías; Morelli, Juan B. y Cadozo, Luis. Régimen alimenticio en nuestras cárceles. *El Siglo,* 8.V.1894.

23. Morelli, Juan B. y Mondino, Luis. Laboratorio de Bacteriología de la Facultad de Medicina. El Bacterium coli commune en el agua corriente. An. Universidad, 1894, 5: 191–196.

1896

24. Morelli, Juan B. La linfa. La Facultad de Medicina, Rev. Quincenal, 1896, 1: 3–4, 1: 7–8.

1898

25. Morelli, Juan B. Determinación del período de excitación latente de los músculos. An. Universidad, 1898, 10: 293–295 y Rev. Méd. Uruguay, 1898, 1: 166–170.

26. Morelli, Juan B. Sobre el diagnóstico microscópico de la prostatitis crónica, Rev. Méd. Uruguay, 1898, 1: 147–148.

1899

27. Morelli, Juan B. Programa de Fisiología (hecho por un estudiante con arreglo a las explicaciones del Prof. Juan B. Morelli en el curso del año 1897). Los Debates, Rev. Universitario, 1899, 4: 103–108, 130–135, 165–169, 195–199, 259–261 y 279.

28. Morelli, Juan B. Un caso de astasia abasia. Rev. Méd. Uruguay, 1899, 2: 257–262.

29. Morelli, Juan B. Anomalías de las venas de la glándula submaxilar en el perro. Rev. Méd. Uruguay, 1899, 2: 245.

30. Morelli, Juan B. Un caso de peritonitis de origen urinario. Estudio bacteriológico. Rev. Méd. Uruguay, 1899, 2: 222–223.

31. Morelli, Juan B. Un caso de lepra pulmonar. Rev. Méd. Uruguay, 1899, 2: 302–305.

1900

32. Morelli, Juan B. Congestiones pulmonares gripales, Rev. Méd. Uruguay, 1900, 3: 268–273.

33. Morelli, Juan B. Chancro sifilítico del cerdo de una partera. Rev. Méd. Uruguay, 1900, 3: 274–281.

34. Morelli, Juan B. Peligro de las inyecciones mercuriales insolubles. Rev. Méd. Uruguay, 1900, 3: 293–297.

35. Morelli, Juan B. Pleuresía enquistada del lado izquierdo. Radiografía.[2] Rev. Méd. Uruguay, 1900, 3: 298–303.

36. Morelli, Juan B. Sobre un caso presentado de jaqueca y parálisis del IV par. Rev. Méd. Uruguay, 1900, 3: 310–311.

37. Morelli, Juan B.[3] Tabes espasmódico familiar. Rev. Méd. Uruguay, 1900, 3: 325–328 (discusión entre J. B. Morelli y Luis Morquio).

1901

38. Morelli, Juan B. Faringomicosis benigna. Rev. Méd. Uruguay, 1901, 4: 427–430.

39. Morelli, Juan B. Dermografismo familiar, Rev. Méd. Uruguay, 1901, 4: 195–197.

1902

40. Morelli, Juan B. Pigmentación seudo–addisoniana. Rev. Méd. Uruguay, 1902, 5: 10–16.

1906

41. Morelli, Juan B. Anotación al texto de clase de Fisiología Humana (Fredericq y Noël), Evolución, 1906, 1: 1–16 y 49–498.

1916

42. Morelli, Juan B. Pneumotórax artificial y otras intervenciones en la tuberculosis pulmonar. Estudios clínico y crítico. An. Universidad, 1916, 95: 233–401; 1917, 96: 133–594; 1918, 100: 5–572 + 8 láms., Edic. en 2 vols., 1918.

1918

43. Morelli, Juan B. Sobre una nueva forma de angina séptica (nota preventiva). Rev. Méd. Uruguay, 1918, 21: 723–729.

---

2 Según nuestro conocimiento y ello se deduce de la discusión de este caso, esta es la primera radiografía publicada en el Uruguay. La imagen aparece invertida.

3 La observación fue presentada pero no publicada. Se publicó sólo la discusión sobre ella.

1919

44. Morelli, Juan B. Pneumotórax artificial. Estado actual de la cuestión. Resultaos adquiridos. Ideales que hay que alcanzar. Rev. Méd. Uruguay, 1919, 22: 293–323.

1920

45. Morelli, Juan B. Patogenia y tratamiento del asma cardíaca, An. Universidad, 1920, 109: 5–100.

1922

46. Morelli, Juan B. La sistematización de las diversas formas de tuberculosis pulmonar. Importancia del factor embriológico. Segundo Congr. Méd. Nac. Montevideo, 16 – 23.X.1922, 1: 5–13.

47. Morelli, Juan B. A propósito de la educación sexual. Segundo Congr. Méd. Nac. Montevideo, 16 – 23.X.1922, 1: 179–239 y Pren. Med. Argentina.

48. Morelli, Juan B. Parálisis asociada de los nervios craneanos y el complexus de Ramsay Hunt. Segundo Congr. Méd. Nac. Montevideo. 16– 23.X.1922, 1: 239–248.

1924

49. Morelli, Juan B. Sífilis hepática febril. Rev. Méd. Uruguay, 1924, 27: 163–175 + 1 lám.

50. Morelli, Juan B. Sífilis maligna, Rev. Méd. Uruguay, 1924, 27: 289–294.

51. Morelli, Juan B. Tuberculosis hepática mejorada por la radioterapia, Rev. Méd. Urug. 1924, 27: 353–357.

52. Morelli, Juan B.; Mañé, Alberto y Quagliotti, Juan N. Contribuciones al estudio del neumotórax artificial. A. Las fístulas pleurales internas en el curso del neumotórax artificial. B. Fístulas pleurales externas en el curso del neumotórax artificial; Rev. Méd. Uruguay, 1924, 27: 189–210.

53. Morelli, Juan B. Varios casos de poliglobulias, Rev. Méd. Urug., 1924, 27.

1925

54. Morelli, Juan B. La Facultad de Enseñanza Secundaria es hija gloriosa del Doctor Vásquez Acevedo, *El País,* 5.VII.1925 y An. Universidad, 1925, 117: 21–26.

55. Morelli, Juan B. Neumopatías paratuberculosas. Concepción de los procesos paratuberculosos. Su patogenia. Las diversas neumopatías paratuberculosas. Rev. Méd. Uruguay, 1925, 28: 49–85 + 6 láms.

56. Morelli, Juan B. La pleuresie sclérosante du pmeumothorax artificiel. Comp. Soc. Med. Hôp. Paris, 1924.

1926

57. Morelli, Juan B. Neumotórax sofocante por quiste hidático pulmonar. Rev. Méd. Uruguay, 1926, 29: 27–39.

58. Morelli, Juan B. e Isola, Albérico. El signo de Argyll Robertson unilateral, Rev. Méd. Uruguay, 1926, 29: 253–259.

1927

59. Morelli, Juan B.; Mañé, Alberto. Neumonía supurada en una enferma anteriormente curada por el neumotórax artificial. Rev. Méd. Uruguay, 1927, 30: 401–412.

60. Morelli, Juan B. y Quagliotti, Juan N. Poliglobulia oscilante o en «acordeón». Rev. Méd. Uruguay, 1927, 30: 1–17.

1928

61. Morelli, Juan B. El pequeño edema pulmonar de repetición en la estrechez mitral. Rev. Méd. Uruguay, 1928, 31: 137–163.

62. Mañé, Alberto y Morelli, Juan B. Operación en una cardiópata en estado de insuficiencia. Rev. Méd. Uruguay, 1928, 31: 209–217.

63. Morelli, Juan B. Murguía, Carlos H. y Lemos, T. Pleuresía controlateral en el neumotórax artificial. Rev. Méd. Uruguay, 1928, 31: 231–239.

1929

64. Morelli, Juan B. Américo Ricaldoni. Homenaje a los profesores en la Clínica Médica (Sala Vilardebó). An. Fac. Med. Montevideo, 1929, 14: 855–863.

65. Morelli, Juan B. y Bove Macció, Héctor. Dos casos de meningitis a neumococo. Rev. Méd. Uruguay, 1929, 32: 236–239.

66. Morelli, Jean B. y Quagliotti, Jean N. Paraplégie en fléxion, An. Fac. Med. Montevideo, 1929, 14: 1138–1143.

67. Morelli, Jean B. y Quagliotti, Jean N. Les bradyesthésies post–encephalitiques, Viscosité psychosensorielle et sensitive. An. Fac. Med. Montevideo, 1929, 14: 1144–1148.

1931

68. Morelli, Juan B. Neumonía del muñón en un neumotórax artificial, Rev. Méd. Urug., 1931, 34: 224–236.

1932

69. Morelli, Juan B. y Morelli, Alberto C. Irradiación del bazo en el púrpura. Rev. Méd. Uruguay, 1932, 35: 285–291.

1934

70. Morelli, Juan B. y Fabini, Camilo. Síndrome de Guillain–Thaon. Arch. Urug. Med. Cir. Espec. 1934, 4: 105–110.

71. Morelli, Juan B. Pulso de Griesinger–Kussmaul asimétrico, Arch. Urug. Med. Cir. Espec., 1934, 5: 39–59.

72. Morelli, Juan B. Reflejos de descerebración. Pren. Med. Argentina, 1934, 21: 1235–1239.

73. Morelli, Juan B. El neumotórax artificial. Tercer Congr. Pan–Amer. Tuberc., Montevideo, 16 – 19.XII.1934, 1: 132–139.

1936

74. Morelli, Juan B. Síndrome bulbar retro–olivar. Arch. Urug. Med. Cirg. Espec., 1936, 9: 241–252.

75. Morelli, Juan B. y Morelli, Alberto C. Dysgénesie familiales kystique du système respiratoire. Arch. Med. Chir. App. Resp. Paris, 1936, 11: 64–79.

76. Morelli, Juan B. Disgenesis de aparato respiratorio II. El eufisema gigante con pulmonalitis congénita. Bol. Acad. Nac. Med. Buenos Aires, 1936: 39–80 y Prens. Med. Argentina, 1936, 21: 2411–2430.

77. Morelli, Juan B. Disgenesia familia (Quística) del sistema respiratorio). Rev. Tisiol. Pract., 1936, 2: 1–30.

1937

78. Morelli, Juan B. y Fabini, Camilo. Adenopatías satélites en neumopatías tuberculosas. Arch. Urug. Med. Cir. Espec., 1937, 11: 11–20.

79. Morelli, Juan B. y Morelli, Alberto C. El diafragma en el asma. Arch. Urug. Med. Cir. Espec., 1937, 11: 379–392.

80. Morelli, Juan B.: Estable, José J. y Benítez, J. Bronquicetasias congénitas. Arch. Arg. Enf. Ap. Resp. y Tuberc., 1937.

81. Morelli, Juan B. Los accidentes de las punciones del neumotórax: su aptogenia y su profilaxis. Arch. Arg. Enf. Ap. Resp. y Tuberc., 1937.

1938

82. Morelli, Juan B. Contribución a la patogenia del asma, in: Libro de Oro dedicado al Dr. Mariano R. Castex con motivo de sus Bodas de Plata con el Profesionado de Clínica Médica en la Universidad de Buenos Aires, 1938, 2.

83. Morelli, Juan B. Bronconeumonías asmtiformes Arch. Arg. Enf. Ap. Resp. y Tuberc., 1938.

84. Morelli, Juan B. Las autointoxicaciones y la histamina, IV Congr. Nac. Med. Córdoba.

85. Morelli, Juan B. y Mackinnon, Juan E. Actynomicose pulmonaire et généralization pyohémique pur *Actinomyces israeli* (Kruse). Arch. Méd. Chir. App. Resp. Paris, 1938, 12: 115.

1940

86. Morelli, Juan B. Sistematizaciones embriológicas en patología pulmonar. Arch. Tisiol. Pneurol. Uruguay. 1940, 1: 3–56.

1941

87. Morelli, Juan B. y Marin Pittaluga, Ramón. Herencia y contagio de la tuberculosis. Arch. Tisiol. Pneumol. Uruguay. 1941, 2: 16–32.

1942

88. Morelli, Juan B. El istmo pulmonar. Arch. Tisiol. Pneumol. Uruguay. 1942, 1: 838–492.

1943

89. Morelli, Juan B. El sistema cortical del pulmón. A propósito de un libro de Skládal, Hoja Tisiológica, 1943, 3: 223–228.

90. Morelli, Juan B. Manuel Abascal un médico apóstol, 65 págs., Montevideo.

APÉNDICE DOCUMENTAL

Incluimos en este apéndice documental, ordenado cronológicamente, una serie de documentos que consideramos de interés, tanto periodísticos como otros aparecidos en revistas científicas, libros, folletos o procedentes del archivo de Juan B. Morelli. Se ha hecho referencia a ellos, en forma total o parcial, en los diferentes capítulos de esta obra. En cada uno damos la cita concreta de su procedencia.

1. Del Decano de la Facultad de Medicina, Elías Regules al Rector de la Universidad, solicitando el otorgamiento al Dr. Juan B. Morelli de una placa de oro en reconocimiento a su carrera en la Facultad de Medicina. *An. Universidad, (1893), 4:305–307.*

Documentos oficiales.
Facultad de Medicina, Montevideo, Junio 29 de 1893.

Señor Rector de la Universidad:

Para los que siguen de cerca la vida activa de nuestra Facultad de Medicina, es un hecho evidente que muchos de los adelantos efectuados en estos últimos años, han sido debidos a la dedicación ejemplar del profesor de Fisiología, doctor don Juan B. Morelli, quien ha puesto incondicionalmente al servicio de la enseñanza, todo el esfuerzo de su exuberante inteligencia y de su admirable voluntad.

Con el objeto de realizar algunos ejercicios prácticos, destinados a la asignatura de Historia Natural Médica, se estableció un pequeño laboratorio, cuya dirección

fue encomendada al doctor Morelli. En poco tiempo, el desenvolvimiento de aquel laboratorio fue un verdadero asombro para todos, tanto por el arsenal de aparatos con que contaba, como por la variedad é importancia de las observaciones que en él se recogían. Poco más tarde, la iniciativa del doctor Morelli abrió, allí mismo, el servicio de análisis químicos y microscópicos con aplicación clínica, que ha ido gradualmente conquistando la confianza del cuerpo médico de Montevideo y al que se recurre hoy, sin vacilaciones, en la mayoría de los casos.

Producida la última vacante en la Cátedra de Fisiología, se designó al doctor Morelli para ocuparla. Esta materia, hasta ese entonces, se había enseñado exclusivamente en la forma teórica. El doctor Morelli fundó el laboratorio respectivo; y acompañando sus lecciones con experiencias interesantes y completas, ha hecho de su asignatura una de las que con más brillantez se cursan actualmente en nuestra Facultad.

Las novedades de laboratorio que han despertado algún interés en el mundo científico europeo, han sido repetidas por su mano en esta Facultad, y nuestros estudiantes han podido observar, desde las experiencias antirrábicas de Pasteur hasta los últimos estudios de Brown–Séquard y D'Arsonval, ofrecido todo por el indiscutible entusiasmo y generosos afanes del doctor Morelli.

Entre sus trabajos, tiene uno dedicado á la investigación del microbio patógeno del beri–beri, que envió al Concurso Sudamericano de Medicina, celebrado últimamente en la ciudad de Buenos Aires, por el Círculo Médico Argentino, para solemnizar el 4° centenario del descubrimiento de América. El Jurado de ese Concurso declara en su veredicto que: el titulado *«Contribución al estudio bacteriológico del beri–beri» (sin lema), es acreedor al premio del Gobierno de la República Oriental del Uruguay (medalla de oro), por su originalidad; pero no tiene atribución para adjudicárselo, por cuanto carece de la condición de ser inédito que el reglamento exige, pues los mismos artículos han sido publicados por Leopold en la revista «Berliner Klinische Wachenschirft»,* número 40–1892.

Ese trabajo era el del doctor Morelli, y los artículos del doctor Leopold, á que hace referencia el veredicto, fueron noticias ó apuntes facilitados á este último por el doctor Morelli, sobre los primeros resultados de sus investigaciones.

De todas maneras, la declaración del Jurado en el Concurso del Círculo Médico Argentino, es altamente honrosa para nuestro joven profesor, y he creído cumplir con un deber de justicia, aprovechando esta oportunidad para pedir, en mi carácter de Decano, al Consejo de Instrucción Secundaria y Superior, que por este éxito, por sus desinteresados y útiles esfuerzos en la fundación y sostenimiento de nuestros laboratorios y pos su intachable laboriosidad, ofrezca al doctor Morelli una placa conmemorativa, como demostración tangible de que la Universidad de Montevideo sabe premiar á sus buenos profesores.

Saludo al señor Rector atentamente.

Elías Regules.

2. Informe del Dr. Luis P. Lenguas, Director Técnico de la expedición de la Cruz Roja de Señoras Cristianas. *El Bien, 25.III.1897.*

Montevideo, marzo 21 de 1897.

Señora Presidenta de la Cruz Roja de Señoras Cristianas,
Doña Aurelia R. de Segarra

Señora:

Me es grato poner en conocimiento de Ud. el resultado de la misión, cuya dirección me fue confiada por la sociedad que Ud. preside con tanto acierto y dedicación.

El sábado 20 del corriente, a las tres PM, emprendí viaje al Paso de los Toros, acompañado del Dr. Barattini y de los practicantes Valentín Aznárez, Ignacio C. Arcos, Andrés Pujol, Juan B. Viacava, Aníbal Méndez del Marco, Horacio García Rodríguez y Juan Vicente Algorta.

En el trayecto recibimos finas atenciones de la Cruz Roja de Florida, proporcionándonos todo lo necesario para cenar en el viaje, lo que me complazco en poner en conocimiento de la señora Presidenta, para que les agradezca en nuestro nombre y como se merecen.

En el Durazno fuimos recibidos con aclamaciones entusiastas, agregándose a nuestra expedición la Cruz Roja de dicho paraje, dirigida por el facultativo Dr. Castells.

Llegamos al Paso de los Toros a las diez de la noche, apersonándose el infrascripto al Dr. Pouey y ofreciéndoles, en nombre de Uds., nuestro humilde concurso el que fue inmediatamente aceptado por ese amigo querido, el cual me pidió me hiciera cargo por esa noche de los heridos, pues ellos necesitaban descanso, vista la ruda labor que habían emprendido.

Los elementos enviados por Uds., como ser: catres, colchones, almohadas, sábanas, material de curación, etc., prestaron un servicio incalculable, utilizándolo con verdadero provecho a favor de los infelices que habían caído en el campo de batalla.

Me creo en la obligación, Señora Presidenta, de hacer un paréntesis en mi relación, para ponderar y admirar el acto de humanidad y de heroísmo realizado por la expedición presidida por el sabio y apreciable colega Dr. Enrique Pouey.

Por lo expuesto, podrá comprender la Señora Presidenta, que nuestro rol ha sido pálido, en comparación de los sacrificios realizados por esos distinguidos compañeros; nos queda, no obstante, la satisfacción de haber aliviado en algo, la ruda carga que pesaba sobre sus hombros.

Recibidas de campaña las últimas expediciones de heridos, fueron colocados estos en el ferrocarril y diseminados en los breaks para su cuidado, los practicantes de las dos expediciones. Solo quedaron acompañando a los Doctores Morelli y Rodríguez (Isidoro), y al practicante Quintela (Ernesto), los miembros de nuestra expedición señores Viacava y García Rodríguez, con el objeto de ayudar a la curación y conducción de los últimos heridos que no habían podido ser trasladados a ésta.

Creo inútil dar cuenta a Ud., de la misión desempeñada por las beneméritas Hermanas de San Vicente y por los Sacerdotes que nos acompañaron, como así mismo de la del Señor Juan M. O'Neill, delegado de esa Comisión, por tratarse en la presente de una cuestión meramente profesional.

Dios premie a Uds., Señora Presidenta, el interés que se toma por la humanidad que sufre y el alivio que han proporcionado a nuestros queridos hermanos, sin distinción de colores y de partidos.

Creyendo con la presente dar fin a mi cometido, me es grato reiterar a la Señora Presidenta, las seguridades de mi aprecio y rogar a Dios le conceda de vida muchos y dichosos años. Luis Pedro Lenguas.

3. Informe de Luis Piñeyro del Campo a la Junta Central de Auxilios presidida por el Dr. Pedro Figari en Agosto de 1904, in: *Gutiérrez, Fernando. Tupambaé (1915), 3: 279–292*

Señor Presidente de la Junta Central de Auxilios,
doctor don Pedro Figari.

El personal de la expedición décima cuarta, cuya dirección me confió la Junta Central, quedó, como a ella le consta, definitivamente organizado en la siguiente forma:

Dirección:	Luis Piñeyro del Campo
Segundos directores:	Señores don Juan Carlos Blanco Sienra y don Alejandro Beisso.
Encargado del Parque:	Señor don Alejandro Zorrilla de San Martín.

El personal técnico, bajo la inmediata dirección del doctor don Luis P. Bottaro, era compuesto por los doctores Eduardo Lorenzo, Agustín Álvarez y Andrés Crovetto, que sin duda indispuesto, regresó a Montevideo al día siguiente de nuestra salida, y de los practicantes señores Rosselló, Díaz, Cuervo, Jaime Gianetto, Antonio Carrau, Arnoldo Berta, Alberto Carriquiri y Picasso. Por un desgraciado accidente mandé al practicante A. Carriquiri, que se luxó la extremidad externa de la clavícula derecha a Nico Pérez; él y el señor Picasso, volvieron también a la capital con el doctor Crovetto.

Llevábamos instrumentos quirúrgicos y los elementos necesarios par mil curaciones, 500 frzadas para los heridos, a más de otros artículos, detallados en el estado respectivo del parque, de algunas provisiones para el personal y del forraje indispensable hasta nuestra llegada a Melo, para los 108 caballos conducirnos. La expedición contaba con dos breaks llevados de Montevideo y otro contratado en Nico Pérez, y para la carga, con cuatro carros, contratados también por la Comisión de Auxilios de Montevideo, con sus carreros y tiros. Completaba el persoal subordinado ocho peones, de los cuales cuatro fueron suministrados por el Corralón Municipal. El inspector de diligencias y antiguo mayoral señor José Gascue, se prestó a acompañarnos como hombre baqueano y de relaciones, para tomar en el camino la dirección de todo lo relativo a la marcha de la expedición.

El 26 de junio partimos de Montevideo a las 9 de la mañana y llegamos a Nico Pérez a las 8.20 p.m. por el extremado movimiento de la vía férrea, ocupada por trenes con tropas y pertrechos de guerra. Al día siguiente, 29, salimos d Nico Pérez bajo una lluvia torrencial, que entorpeció la marcha de nuestros vehículos, permitiéndonos llegar sólo a los Valentines, a cinco leguas de distacia; en el trayecto habíamos encontrado ya de regreso a la expedición del doctor Lacordelle y doctor Navarro. El 30 pudimos llegar a Cerro Chato y el 31 a Santa Clara de Olimar, donde fuimos detenidos por fuerzas del ejército nacionalista, que nos manifestaron que había orden de no dejar pasar a nadie, y que debíamos volver a Nico Pérez. Insistiendo en que, dada nuestra misión, que era de llevar auxilios a los heridos de su propio ejército, esa disposición no podía rezar con nuestr expedición, obtuvimos, después de algunas horas, en el día 1 de Julio, la autorización para seguir adelante, el doctor Bottaro, los señores Blanco Sienra y Beisso y el que suscribe, para entrevistarnos con el jefe de la revolución, a fin de saber si ratificaba o rectificaba la orden transmitida por sus subordinados. Logramos entrevistarnos con él el 3 de Julio en Sarandí del Quebracho, y nos confirmó lo que ya nos había anticipado el doctor Alfonso Lamas, que el día anterior había venido a nuestro encuentro, expresándonos: que la orden había procedido de una mala interpretación, que ella no podría rezar con nosotros, dado el objeto de nuestra misión humanitaria y que, por lo tanto, podíamos seguir adelante, cuando lo juzgáramos oportuno. En el acto enviamos un chasque al doctor Lorenzo, que había quedado en Santa Clara, al cargo del resto de la expedición, para que continuara avanzando, y nosotros seguimos viaje a Melo, a cuya ciudad llegamos, no sin demoras debido a la lentitud forzosa de nuestra marcha el día 5 de julio a las 5 de la tarde.

Ya estaban instalados en ella todos los heridos que debían recibir allí hospitalización, conducidos por comisiones del ejército revolucionario y por la Delegada de Melo, que en este caso, como durante todo el período de la guerra, ha desplegado, con la cooperación general de los vecinos y la muy especial de las damas de la población, una actividad y celo admirables; pero que luchaba ya con la escasez de elementos de curación y de personal científico, abrumada, a pesar de sus esfuerzos, por el número de heridos.

Al día siguiente llegaron los doctores Lorenzo y Álvarez con los practicantes y el resto de la expedición y en el acto y prontos todos los elementos de ciencia y de asistencia en poder de la Delegada, el doctor Bottaro, que desde los primeros momentos había recorrido los hospitales improvisados, dándose cuenta de las necesidades y proyectando los servicios, asignó al doctor Lorenzo y a los practicantes señores Cuervo, Díaz y Gianetto, del hospital instalado en la jefatura que estaba a cargo del doctor Luis G. Murguía, médico de Melo; al doctor Álvarez, con el practicante Carrau, el instalado en una escuela en que estaba el doctor Juan Iglesias, y, reservándose él con los practicantes A. Rosselló y Berta, el instalado en la Junta, que se hallaba a cargo del doctor José Ortiz. En el cuartel Presidente, en las afueras de la población, se había constituido el hospital de convalecientes y enfermos, bajo la dirección también del doctor Murguía. Los practicantes Imof y Lladó, enviados anteriormente por la Junta, prestaban ya sus servicios en aquellos hospitales, cuya parte administrativa estaba a cargo de la Delegada de esa Junta Central, desempeñando abnegadamente la vigilancia interna las Hermanas de la Inmaculada, con el escaso personal de su colegio.

Trescientas personas han recibido asistencia en Melo después de la acción de Tupambaé, según consta de la nómina que he puesto en poder de esa Junta, habiendo entre ellos escasos enfermos y seis militares de la fuerza del gobierno: el resto es todo de heridos revolucionarios. Los estados clínicos que a esos asistidos corresponde, no han podido ser traídos por nosotros por haber quedado en Melo para su complementación, en manos del doctor Lorenzo, que los conducirá cuando regrese.

Las cifras indicadas bastan para encomiar la actividad que han debido desplegar los señores médicos y practicantes, durante días enteros invertidos en operaciones y curaciones de heridos, en gran número infectados, a pesar de las curas de primera intención realizadas con anterioridad y muchas de una manera rápida e incompleta.

En tanto que ellos desempeñaban la misión, me preocupé el día 7 de Julio de hacer regresar a Montevideo, para ahorrar gastos, los tres carros que no eran ya necesarios, casi toda la peonada, parte de la cual debía ser recogida en Santa Clara, donde había quedado, y 44 caballos, reservando en Melo un carro, dos breaks, algunos peones competentes, que me había visto obligado a contratar, por la deficiencia de los llevados de Montevideo, y 83 caballos elegidos, con cuyos elementos contaba poder trasladar la expedición, en cualquier dirección, según las necesidades lo exigieran. El día mismo de nuestra llegada a Melo, la Delegada de esa Junta en aquella población, se constituyó a conferenciar en el Hotel en que residíamos, expresándonos que además de llenar así un deber de atención, ponía en nuestro conocimiento el telegrama siguiente, que había recibido de la Junta Central de Auxilios: Gobierno comunica esta junta que caso entrar fuerzas legales Melo, podrán tomar como prisioneros de guerra insurrectos heridos o no que halle en la plaza, lo que pongo en su conocimiento para que lo haga saber a los mismos y expedicionarios.

Esta comunicación, que había causado agitación no solo en la Delegada sino en todo Melo y especialmente entre los heridos, me sorprendió también vivamente, desde que la expedición que dirijo había salido de Montevideo con instrucciones escritas que declaraban «indultados los heridos que traigan las expediciones de la Junta Central de Auxilio, los que serán devueltos a los departamentos de su procedencia por la misma Junta».

Temiendo que resolución tan contradictoria a nuestras instrucciones, y que me desautorizaba tan completamente en parte tan importante de mi cometido, pudiera atribuirse a erróneas informaciones transmitidas al Ejecutivo, y esperando, como todos los que me acompañaban, que las reflexiones que en aquellos antecedentes se podían fundar, y las explicaciones sobre algún hecho que a tal medida hubiera dado origen, fueran eficaces para obtener su modificación, por lo menos respecto a los heridos anteriores a nuestra salida de la capital, se decidió que los señores Blanco Sienra y Beisso volvieran inmediatamente a Montevideo a solicitar dicha modificación; así lo verificaron esos señores al día siguiente, 6 de julio, con encargo de exponer las razones en que nuestra solicitud se fundaba, y obtener que se nos transmitiera inmediatamente la resolución del Ejecutivo. Como se decía en la nota que los delegados llevaban: «esa medida, contraria a nuestras instrucciones, provocaría un éxodo doloroso de heridos y de enfermos a territorio extranjero.»

Al mismo tiempo yo despachaba por vía de Artigas a esa Junta el siguiente telegrama:

Julio 6 de 1904. A Presidente Junta de Auxilios. Montevideo. Llegamos esta noche. Resto mañana. Después de tensión temporaria por mala interpretación subalternos nuestra expedición auxiliada en su marcha y recibida con agradecimiento. Entre heridos hay ocho del gobierno conducidos en completa libertad. Enterado disposición gobierno respecto heridos comunicada por esa Junta a Delegada Melo, confío será revocada en virtud consideraciones que expondrán señores Blanco Sienra y Beisso que van hoy a Montevideo con ese objeto. Por cualquiera comunicación chasque espera dos días en Artigas. Todos buenos. Saludo. L. Piñeyro del Campo.

Y el 11 de julio, no habiendo recibido noticia alguna, ni de la Junta ni de los señores Blanco Sienra y Beisso, insistía yo en nueva nota al señor presidente de esa corporación manifestándole: ... Esperamos todos la solución definitiva respecto a la situación de todos los hospitalizados en esta ciudad, cuando las fuerzas del gobierno vengan a ella. Con ese motivo, dirigí a Ud. un telegrama desde Artigas, que fue expedido el día nueve de este mes y al que no he recibido aún contestación. No he tenido tampoco noticia del encargo que sobre el mismo punto llevaban los señores Blanco Sienra y Beisso, demora de vida sin duda a lo que estos habrán experimentado en su viaje a Montevideo.

Como las fuerzas que ocupaban a Melo empiezan a retirarse, también comienzan a irse, no aún completamente curados, los heridos de la revolución que

pueden moverse aunque sea con dificultad; y si en dos o tres días mas no se han recibido noticias de Montevideo que les de seguridad de no ser considerados prisioneros, como lo establece la disposición firmada del Ejecutivo, seguro es que migrarán al Brasil como puedan, aún los graves que no podrán hacerlo sin peligro de su vida.

Y en ese caso la alternativa para el personal de esta expedición será muy dura, pues no podrá abandonar a esos heridos sin evidente inhumanidad, y para cumplir su misión habrá de aceptar sacrificios y sufrir perjuicios, de que le ponían a cubierto las instrucciones y garantías con que partió de Montevideo.

Por estas consideraciones y las que verbalmente habrán expuesto los señores Blanco Sienra y Beisso, esperamos todos que la Junta de Auxilios ha de gestionar y el Ejecutivo ha de acceder a la revocación de la disposición que motiva nuestras actuales dificultades, manteniendo en toda su integridad el artículo primero de las instrucciones escritas que recibimos, y según el cual, los heridos que traigan las expediciones de la J.C. de Auxilios se considerarán indultados y serán devueltos a los departamentos de su procedencia. Saluda a Ud. con toda consideración.

Tal caso se produjo dos días después, cuando los heridos, desesperanzados de que llegara pronto una resolución favorable, comenzaron a abandonar a Melo en dirección a Aceguá, sin que fuera dable detenerlos pues en realidad, no nos era posible darles una garantía absoluta contra su temor –que era en definitiva lo que más les asaltaba– de ser forzados, una vez prisioneros, a tomar las armas contra sus propios copartidarios.

Y entonces creíamos llegado el momento de realizar lo que desde el principio se expuso a nuestro espíritu como el cumplimiento estricto, no sólo de un deber de humanidad, sino de la misión que en representación de esa Junta desempeñábamos: dividir la expedición dejando una parte de ella al cuidado de los heridos que por su gravedad no podían moverse de Melo, y acompañar con la otra a los que emigraban al Brasil, hasta que los médicos del ejército revolucionario que ya marchaba distante y en diversa dirección, concurrieran con los elementos indispensables a hacerse cargo de ellos.

Con nosotros o sin nosotros, esos heridos hubieran partido: al acompañarlos, fue, para que la infección y el abandono no los matara, no perjudicábamos en manera alguna la acción del gobierno; cumplíamos lisa y llanamente el objeto expreso con que nos había enviado la Junta Central de Auxilio: asistir a los heridos de la revolución que encontráramos en nuestro camino, en donde quiera que los halláramos, y siempre que, a eso limitáramos nuestra acción. Así lo había hecho con aplauso general la Cruz Roja Oriental en 1897, recorriendo toda la zona fronteriza del Brasil, desde Rivera hasta Bagé y Río Grande.

Y en el caso actual, parece que el telegrama mismo de la Junta Central a la Delegada de Melo previéndole que los heridos serían declarados prisioneros si las fuerzas legales llegaban a la población, y pidiéndole que lo comunicara a aquéllos y a nuestra expedición, telegrama transmitido con conocimiento del

gobierno, no importaba otra cosa que advertir a los heridos que debían abandonar a Melo y a nosotros que debíamos acompañarlos; pues no se concibe que con otro propósito se anunciara semejante resolución, cuyos efectos iban evidentemente a ser aprovechados por su mismo aviso anticipado.

He entrado en estos detalles, tal vez inoficiosos, porque, como es público, no ha faltado quien censurara mi actitud, y porque, si bien no dudo de que la Junta no participa de tales opiniones, aunque no lo haya manifestado públicamente, juzgo oportuno que queden consignados en este informe los móviles elevados en que se ha inspirado el personal de la 14 expedición.

El Dr. Bottaro como yo comprendimos que esta parte de nuestra misión era la más difícil, la más penosa y la más delicada, y por eso, como era nuestro deber de directores, la tomamos a nuestro cargo, designando para acompañarnos, a los practicantes Gianetto, Correa y Cuervo, con cuyo personal, que se consideró suficiente, podríamos dirigirnos con relativa facilidad en cualquier dirección. Iban en representación de la Delegada de Melo, prestando inapreciables servicios por su actividad, competencia y relaciones, los señores Páez, Monegal, Morales y Guerrero.

Tres días duró la marcha hacia Aceguá durante los cuales se efectuó una curación general al aire libre, frente a la estancia de la señora viuda de Noble, haciendo por desfilar por ella el convoy y varios... que continuaron sobre la misma frontera hasta el 21 de julio, en que llegaron los médicos y practicantes que debían hacerse cargo de los heridos. El 16 se había recibido el telegrama en que la Junta me comunicaba que mi nota del 6 había sido elevada al gobierno, cuya resolución se me transmitiría oportunamente. Entre tanto, el doctor Alfonso Lamas, que al primer aviso había venido desde el ejército, tomaba las disposiciones necesarias para la instalación de un hospital en territorio brasilero, no muy distante del caserío de Aceguá.

De los numerosos heridos que habían salido de Melo, 200 próximamente, un día había yo dado de alta por ser leves; otros se habían instalado por su cuenta en casas de familia, algunos habían seguido a Bagé, y el resto –cuya nómina he entregado a esa Junta–, iban a ser hospitalizados.

Asegurada ya a los heridos la asistencia necesaria, cuando nos dirigíamos a Bagé, habiendo dada por terminada nuestra misión, llegó a mi poder el 21 de Julio el telegrama de esa Junta en que comunicaba que el Poder Ejecutivo mantenía su resolución; único aviso que sobre ese punto he recibido, a pesar de que otro me ha sido dirigido por los señores Blanco Sienra y Beisso, en cumplimiento de la comisión que se les había confiado, y que desempeñaron celosamente, aunque sin éxito. Resolvimos regresar por Bagé, porque la venida a Melo y luego a Nico Pérez se hace imposible, en concepto general y especialmente en el de nuestros propios mayorales por el mal estado de los caminos y por la extenuación y escasez de nuestros caballos. De los 30 que nos habíamos reservado, y que con gran costo habíamos sostenido a pesebre, por temor a sacarlos a pastoreo, nos fueron tomados la mitad en la última noche de nuestra permanencia en Melo; y con el resto, hubimos de hacer el viaje a Aceguá, donde difícilmente pudimos

conservarlos, teniéndolos de noche atados, y, por consiguiente, sin la libertad y la alimentación necesarias para que se repusieran. En tales condiciones agregarnos nosotros a la gente de la expedición que había quedado en Melo, hubiera sido condenarnos a todos a una segura inmovilidad; y por eso decidimos enviar todos los elementos al doctor Lorenzo, dándole instrucciones para que, con ellos o con otros que pudiera conseguir, se pusiese en marcha hacia Montevideo, por la vía que considerara más conveniente, y autorizándolo a solicitar a los señores Acevedo y Álvarez, los fondos necesarios para cubrir los gastos ocasionados desde nuestra salida de Melo, pues hasta ese día los había yo abonado.

Una vez en Bagé, desechamos la vía de Rivera, porque con dificultades semejantes a las anteriores, hubiéramos luchado para llegar a Santa Ana, y exponiéndonos a encontrar después de varios días de marcha, cortada la vía férrea de Rivera, desde que el ejército revolucionario estaba ya, según nuestros informes, al otro lado del Río Negro.

De Río Grande no salía vapor hasta el 28, con lo cual sólo habríamos anticipado en un día nuestra llegada a Montevideo, arrastrando un viaje peligroso en esta época.

El 25 de Julio tomamos el ferrocarril hasta Cacequí, estación próxima al río Ibicuy, el 26 nos embarcamos en el vapor que, siguiendo ese río y después el Uruguay, nos dejó en Uruguaya el 27; en la mañana siguiente pasamos a Libres, a territorio argentina, y de allí en ferrocarril a Concordia, en cuyo punto tomamos el día 29, el vapor Helios, que tocando en Buenos Aires nos condujo a esta ciudad el domingo 31 de Julio.

Acompañó a este informe cuenta detallada de la inversión de los mil pesos, que esa Junta me entregó para gastos y el saldo que de ella resulta. Faltan aún por abonar algunos sueldos del personal y el costo de algunos vehículos, varios gastos hechos durante el tránsito, que con los acaecidos después de nuestra salida de Melo, podrán ser liquidados a la llegada del doctor Lorenzo.

Adjunto también la cuenta que me ha presentado el señor Perdomo, que no puedo conformar en su principal partida de pesos porque habiendo sido el break a que se refiere contratado en Nico Pérez, según telegrama del señor... a la Junta de... de Junio, ignoro a qué precio lo fue. Ello podrá averiguarse del mismo señor.

Debo, antes de concluir, hacer presente que si algunos comerciantes, vecinos e industriales han procurado sacar el mayor provecho de nuestra expedición, otros se han conducido con verdadera generosidad, hospedando a todo o a parte del personal, sin admitir compensación alguna, entre las cuales merecen mención especial el señor Echande, los señores Amenjeiros y compañía, los señores Yáñez hermanos, el señor Argencio, la señora viuda de Noble, el señor Martínez, de la casa Julián del Campo y el señor Ibos en Aceguá.

Esperando que este informe merezca la aprobación de la Junta que me confió la dirección de la 14 expedición, saludo al Señor Presidente con toda consideración,

Luis Piñeyro del Campo.

Señor Presidente de la Junta Central de Auxilio.

Señor Presidente: Sabe la Junta Central de Auxilios que Usted dignamente preside que sin pretender desconocer las consecuencias que se derivan del estado de guerra civil, ni la aplicación que en rigor absoluto pende de ella, he creído siempre que debían ser mitigadas en nuestro país y en nuestra época, por razones políticas y sociales, que no es el momento de exponer. En tal sentido he contribuido con otros miembros de esta Junta –entre los cuales figura Ud. mismo– a que tal criterio fuese aceptado al establecer la situación de los heridos, amparada por la Junta Central de Auxilios, que de hecho no habían sido hasta ahora considerados como prisioneros, por acto espontáneo del Poder Ejecutivo.

Consta también a esa Junta, sólo con arreglo a ese criterio –si se quiere convencional, pero a mi juicio necesario para la completa eficacia de esa corporación– he entendido que podía prestar a ella mis servicios; como así mismo le consta que al aceptar la dirección de la 14 expedición, lo hice por habérseme dado instrucciones escritas que consagraban y aseguraban la aplicación de tales procedimientos.

Hechos notorios evidencias la voluntad en el Poder Ejecutivo de modificar esa situación, hasta el punto de haber revocado las instrucciones que llevaba la 14 expedición, con respecto a los heridos que habían motivado su salida, y cuando ella se hallaba ya desempeñando su misión.

La modificación de los procedimientos hasta entonces vigentes, la desautorización de mis instrucciones y la situación violenta que con ella se me creó, me ponen en el caso, por convicción y por delicadeza, de presentar renuncia indeclinable del cargo de miembro de la Junta Central de Auxilios, que hasta hoy he desempeñado, si no con el acierto deseado, con mi mayor buena voluntad.

Saludo a Ud. y a los demás miembros de esa Junta con toda consideración,

Luis Piñeyro del Campo

Copia: Ministerio de Guerra y Marina. En el escrito presentado por el miembro de esa Junta Dr. Luis Piñeyro del Campo, elevando renuncia de dicho cargo ha recaído la siguiente resolución que transcribo a Ud. a los efectos consiguientes: Ministerio de Guerra y Marina –Montevideo, agosto 9 de 1904.– Aunque los motivos que presenta el Dr. Luis Piñeyro del Campo, no se conceptúan justificados, se resuelve aceptarla, dado su carácter de indeclinable, agradeciéndose a dicho ciudadano los servicios prestados y comuníquese a quienes corresponda.– Batlle y Ordóñez. Eduardo Vázquez.– Dios guarde a Ud. muchos años.

Eduardo Vázquez.– Se.
Presidente de la Junta Central de Auxilios.

Señor Luis Piñeyro del Campo.

Agosto 14 de 1904.– Montevideo.

Cumplo con el deber de comunicarle que el Poder Ejecutivo ha aceptado la renuncia presentada por Ud. de Miembro de esta Junta.

El celo filantrópico y la abnegación decidida con que Ud. ha prestado hasta ahora su concurso a esta institución, hace verdaderamente sensible su separación de ella. Al dárselo a conocer así, interpretando el ánimo de la Junta, le agradezco en su nombre los servicios que se ha servido prestar a la humanitaria causa de los heridos.

Con tal motivo es grato saludar a Ud. con la mayor consideración. Pedro Figari.– José Irureta Goyena.

4. Carta de Juan B. Morelli a Luis A. de Herrera. *La Democracia, 23.XI. 1904.*

En «La Democracia», edición del día 17 de noviembre, en la continuación de una serie de artículos titulados «Tupambaé», escritos por el Sr. Ismael Cortinas, se dice lo siguiente, refiriéndose a la Batalla de Tupambaé:

Los heridos nuestros, –a excepción del Dr. Luis Ponce de León y del Sr. Arocena, acompañados por el Dr. Morelli que optaron por permanecer en la casa, –fueron retirados y entregados a la Cruz roja de Melo, que llegó el mismo días.

En ese mismo periódico, el día 23 de noviembre de 1904, aparece un artículo, página 1, titulado:

«Dr. JUAN B. MORELLI»

«Este noble compañero tan brillantemente vinculado a la última campaña revolucionaria, nos ha dirigido una carta que va al pie, agregando nuevos datos sobre las circunstancias que rodearon su prisión el día 23 de Junio, en el 2°. Acto de la batalla de Tupambaé, ganada en tercera y definitiva instancia por el esclarecido General Aparicio Saravia.»

«Para establecer el contraste de conductas es oportuno decir que, el mismo día 23, fuerzas nuestras tomaron prisionero en la línea de fuego, al Capitán Aurelio Mora y Otero, de la sanidad oficial, devolviéndole su libertad así que acreditó su carácter» (Nota pág. 23).

«Con respecto a la honrosa referencia que el Dr. Morelli hace del bravo Comandante José Chiaparra, tenemos el mayor placer en confirmarla como acto de merecida justicia, que ante la verdad desaparecen las diferencias de Partido.»

«Dice así la carta:»

«Señor Director de «La Democracia».

«Estimado correligionario y amigo:

«Su diario, en el número de hoy, y a propósito de la batalla de Tupambaé, hace mención de las razones por las que quedé en el Almacén de Fasciolo, y fui reducido a prisión por el ejército del coronel Galarza.»

«Me interesa completar su exposición por razones personales, y por las proyecciones que le han querido asignar sobre la significación militar de la toma de la Casa de Fasciolo.»

«El día 22 de Junio, como Médico que era del Cuartel General seguí el movimiento de la extrema vanguardia (Divisiones 9 y 2) guiada por el propio General.»

«Llegué al Almacén de Fasciolo, recién dominado por nosotros, a las 4 y 30 post meridiano. Empezaron a llegar heridos que se fueron acomodando en las piezas disponibles, en la cochera, en el galpón, y en dos ranchos inmediatos».

«A la una de la tarde, ya terminado el combate, dispuso el General, abandonar esa posición. Todos los heridos ambulatorios, es decir transportables, fueron llevados a nuestro parque, inclusive Villa Saravia, herido en el abdomen. Cuando el General me preguntó si su hijo estaba en condiciones de montar a caballo sin peligro para su vida, le contesté afirmativamente, pero como el muchacho sufría mucho, si lo quería dejar, estuviera tranquilo, porque yo me quedaría allí hasta que llegaran recursos. Me contestó que no.»

«Comuniqué también mi decisión al Comandante Lindoro Pereira, encerré mi caballo en el patio, escondí el recado, y me quedé con los instrumentos y material de curaciones indispensables».

«Esto acontecía a las 3 de la tarde».

«Nuestras líneas se retiraron de allí, y yo quedé con 40 heridos graves de abdomen, tórax, médula y cerebro, entre los cuales recuerdo Leonesto Daguerre, Cleto Latorre, Villalba, Luis Ponce, y varios heridos no transportables, como Ramón Arocena y Agustín Iglesias (Tan sólo en la primera noche murieron 9, y así sucesivamente, hasta llegar a una veintena de defunciones).»

«Hice cerrar las puertas de la casa, tranquilicé a los heridos y esperé.»

«A las 5 y 15 llegó la primera guerrilla colorada. La mandaba un oficial Troncoso. Al informarlo Fasciolo, de nuestra presencia, le dijo que tanto yo como los heridos, estábamos completamente garantidos».

«A los pocos momentos llegó el Mayor Dubra, a quien comuniqué que me quedaba allí hasta la llegada de la Cruz Roja de Montevideo y de Treinta y Tres, que se calculaba, no podía tardar más de dos días, para entonces reincorporarme a mi Ejército. Se encargó de comunicarle al Coronel Galarza mi intención, así como el texto de un telegrama de mi amigo, Domingo Arena, recibido por mí en Melo, en donde se me decía que previa promesa de ir al Ejército solamente como médico, el Presidente me daría plena libertad de acción».

«Con toda candidez creía que este dato, así como los antecedentes de mi acción en Melo, a favor de los propios soldados del Gobierno, me permitirían acompa-

ñar a mis heridos hasta entregarlos a la Comisión de Auxilios funcionante de Cruz Roja.»

«Al día siguiente requerí la contestación del coronel Galarza. Se me dijo que había telegrafiado a Montevideo y que esperaba contestación».

«El día 24 la contestación no había llegado».

«El día 25, a las 9 de la mañana, el Dr. Eirale, del Ejército Gubernista, me comunicó que en la Estancia de José Francisco Lucas, distante unas veinticinco cuadras de allí, habían quedado quince heridos nacionalistas sin ser curados. Le dije que iría inmediatamente, le pedí unos paquetes de gasa, y después de cargar una pequeña maleta de lona improvisada por la excelente y caritativa señora de Fasciolo, me dirigí a pie hacia la estancia. Había caminado tres cuadras, cuando me alcanzó un Oficial, preguntándome para donde iba. Le expuse el objeto de mi paseo. Me hicieron volver al Almacén, y me arrestaron incomunicándome. Pedí por curar mis heridos. Imposible. Ni pude ver al Capitán Berhuet del Ejército del gobierno que estaba muy mal y quería que yo lo asistiese. Tampoco».

«Por la mañana del día siguiente, a las 8 me comunicaron orden de marcha. Marchamos con el ejército del coronel Galarza hasta Olimar, donde pasamos la noche. El día siguiente se hizo convoy de heridos, porque se sabía que la Comisión de Auxilios estaba cerca. Precediendo de algunas horas al ejército del Gobierno, llegamos a las 2 p.m. al almacén de Bacelo en Puntas del Cordobés. De allí seguimos marcha para Nico Pérez, Montevideo, y de aquí a la Isla de Flores».

«Olvidaba decir que cuando llegamos al Almacén de Bacelo, mi amigo, el Señor Alberto Lacordelle, se entrevistó con el coronel Galarza comunicándole haber visto el Telegrama del Dr. Arena. Le contestó aquél, que tenía razones especiales para detenerme. Hasta la fecha ignoro cuáles habrán sido esas razones».

«He aquí como víctima de un triple candor, he pasado tres meses detenido como preso político en la Isla de Flores».

«No puedo hablar de este suceso sin evocar el recuerdo del Comandante José Chiaparra, al cual fuimos entregados a su pedido, que fue nuestro amigo premuroso durante esos días, y quien nos envió hasta Montevideo acompañados por un Oficial de su Escuadrón, el Señor Felippone».

«Mucho más le debemos a este apreciable Oficial, y dignísimo Ciudadano pero, quizás, algún día habrá que volver sobre este episodio, y podremos ser más explícitos».

«Montevideo, 22 de Noviembre de 1904.

Firma: Juan B. Morelli».

5. Carta de Luis Ponce de León a Luis A. de Herrera. *La Democracia, 27.XI.1904.*

Recibimos de este digno ciudadano y amigo las líneas que subsiguen, que arrojan nueva luz sobre la victoria de Tupambaé:

Melo, Noviembre 27 de 1904.–

Querido Luis Alberto:

En *La Democracia* del 22 que en este momento llega a mi poder conjuntamente con los números del 23 y 24, se encuentra un suelto, titulado *Con mucho gusto*, en que explicas como a pesar del éxito de nuestras armas en la batalla de Tupambaé –caímos prisioneros del gobierno, Morelli, Arocena, Iglesias y yo–. Deseo ampliar ese suelto en lo que a mi se refiere, y con tal motivo, te pido hospitalidad en tu diario para la presente carta.

Yo fui herido entre dos luces el día 22. Llevado a lo de Fasciolo, me reconocieron, haciéndome al mismo tiempo la primera cura, Alfonso Lamas y Morelli. Manifestándome el primero que su primera impresión era favorable, yo verdaderamente entusiasmado con la forma en que la batalla se había librado y con el éxito obtenido, dije que si mi herida era leve montaría nuevamente a caballo, pues en tal caso no habría razón para que se me hospitalizara. Entonces Alfonso, que, como tú sabes, me profesa verdadero cariño y que, dado el paraje de la herida no podía garantir la levedad, cambió de tono como tu recordarás, me dijo que no hiciera locuras, me intimó que me acostase, y, sin duda para estimularme a no salir de allí, agregó que veía que había que decirme la verdad, *que mi herida era perforante.*

Con todo esto, es claro que me acosté enseguida, y aunque no estaba muy impresionado, porque me sentía bien y no sufría dolores, tampoco las tenía todas conmigo, como vulgarmente se dice. Tú también, como lo dices en tu diario, me exhortaste a guardar cama y a quedarme tranquilo.

Esa noche vino el general a vernos –¡fue la última vez que hablé con él!– y al expresarnos su sentimiento por nuestras heridas, agregó que ya la última posición había sido tomada por los nuestros.

Al día siguiente la pelea no se reanudó tan temprano como lo esperábamos. Vicente Ponce de León, que había quedado esa noche en nuestra misma pieza con el fin de atendernos y que en la mañana del 23 era quien calmaba, de rato en rato, nuestra sed de noticias, a eso de las 11, cuando el fuego era más recio, nos comunicó que a nuestra gente se le empezaba a agotar la munición, agregando que sería previsor que saliésemos de allí en nuestros caballos, único medio de locomoción disponible en aquellos momentos.

Bernardo García, cuya herida era notoriamente leve, aprovechó el dato y montó enseguida a caballo, sirviendo todo ese día como ayudante del general.

En cuanto a mí, tuve miedo a que, el andar del caballo me acarrease consecuencias irremediables, y opté por quedarme, disipando el momento de excitación que recuerdo haber tenido.

Otras tres consideraciones: 1ª. Que Ramón Arocena, mi excelente compañero de toda la campaña, sufría mucho de su herida, estando materialmente imposibilitado para cabalgar; 2ª. Que yo no creí en que la retirada de nuestras fuerzas se efectuase; y 3ª. Que aún en tal caso era de presumir que, dada nuestra calidad de heridos hospitalizados, no se nos consideraría como prisioneros de guerra, entregándosenos, en el peor de los casos, a la Junta de Auxilios, para que ésta, una vez curados, nos devolviera nuestra libertad.

¡Qué candidez la mía al suponer habría de procederse en esta forma con nosotros!

Continúo mi relato.

Fueron más tarde llevados a la casa de Fasciolo varios compañeros recientemente heridos, entre ellos Villanueva Saravia y Fernando Guerrero a los que sacó a último momento un asistente del general, llamado Teófilo.

En cuanto a mí, después de mi reclusión en la Isla de Flores – sobre la cual creo lo mejor no hablar– he sabido que el general Saravia comisionó a determinada persona para que, *en carruaje*, nos sacara de lo de Fasciolo. Esta persona no cumplió su cometido ignoro por que causa, e hizo entender al general que yo no había querido moverme de ninguna manera por creer que mi estado era muy grave.

El general que, en lo que a lo ajeno concernía sabía respetar las voluntades y muy especialmente las de aquellos que le eran particularmente queridos, no creyendo por otra parte que se nos hiciese prisioneros por el solo prurito de alardear del hecho y presentarnos como trofeos de un triunfo imaginario, – no insistió mas en que se me sacara, y, aunque lamentando mi resolución, optó por respetarla.

Quedamos, pues, en la casa de Fasciolo a donde, como a la media hora de retirarse nuestras fuerzas, llegaron las del gobierno, portándose con nosotros y los demás heridos con toda corrección, y algunos de los jefes y oficiales con verdadera gentileza, que por segunda vez me complazco en reconocer públicamente.

En la madrugada del 25 al 26 llegó a la pieza que, conjuntamente con el compañero del gobierno capitán Bravo y tenientes Gomeza y Morales, ocupábamos, el comandante Chiaparra, quién nos transmitió la orden de aprontarnos para ponernos inmediatamente en marcha. Así lo hicimos a los pocos momentos, siendo Arocena e Iglesias acomodados en un carrito, único vehículo que había sido posible hallar – y dándosenos caballos a Morelli y a mí.

Debo advertir que mi herida ya no ofrecía temores –pues el período de observación había pasado – y que mi única molestia, que recién experimenté con intensidad al aproximarnos a Santa Clara de Olimar, fue una gran debilidad, debida a la absoluta dieta que en los primeros días me prescribió Morelli, el más cariñoso previsor y paciente de los médicos, el mejor de los compañeros, y el más viril y

altivo de los ciudadanos. Desde Santa Clara hasta Nico Pérez hicimos el trayecto en el carruaje de nuestro invalorable amigo Miguel Etchandy (hijo).

¿Por qué se nos había sacado tan precipitadamente de casa de Fasciolo?... Pronto lo supimos. El general Saravia había iniciado un movimiento de avance sobre las fuerzas del coronel Galarza, que, diezmadas más aún que las nuestras en el colosal choque, y también como ellas, faltas de municiones, se veían en la precisión de rehuir combate y retirarse, como lo hicieron, hasta las Pavas, según es público y notorio.

He aquí explicado por qué quedó el Secretario del general Saravia en poder de las fuerzas del Gobierno, y por qué a pesar de ello, si en Tupambaé hubo vencedores, no pueden, ciertamente, ser considerados como tales, quienes se vieron precisados a abandonar el campo de pelea y retirarse muchas leguas para evitar la reanudación de la batalla, hostilizados siempre por el general en persona.

Por hoy basta con lo escrito y con felicitarte muy de veras por tu mesurada, valiente, sesuda y noticiosa *Democracia*.

Tu compañero de siempre,

Luis Ponce de León.

6. Carta de Juan B. Morelli a Luis A. de Herrera. *La Democracia, 7.V.1905.*

A los muchos testimonios que hemos acumulado en nuestras publicaciones anteriores, tenemos que agregar hoy el muy valioso que nos ofrece hoy el nobilísimo y abnegado correligionario Dr. Juan B. Morelli.

El Dr. Morelli, que es un verdadero carácter, un verdadero apóstol de la verdad, nos escribe la carta que, complacidos, publicamos más abajo.

Lo que dice el Dr. Morelli no puede ser discutido; es lo cierto, lo innegable, lo que nadie puede desautorizar.

Este testimonio tiene valor inapreciable, y que estamos seguros que así lo comprenderán, no solamente nuestros correligionarios, sino que también, hasta nuestros propios adversarios.

«Señor Director de «La Democracia»»

«Dr. Luis Alberto de Herrera»

«Querido Luis Alberto:»

«Según «DIARIO NUEVO», durante la batalla de Tupambaé, el General Aparicio Saravia había quedado en el Almacén de Fasciolo.»

«Como en ese establecimiento se instaló desde el primer momento, es decir, desde que se desalojó al enemigo de esas inmediaciones, el Hospital de Vanguar-

dia, a cuyo frente yo estaba, cúmpleme declarar que la persona que ha informado a «DIARIO NUEVO» no ha dicho la verdad, porque el General estuvo en esa casa tres veces únicamente durante los dos primeros días; a las 8 y media de la noche del día 22, a la una y media del 23, y a las tres y media de la tarde, hora en que ordenó que su hijo Villanueva, herido, pasara al Parque.»

«A las 5 de la tarde, vuelto a esas inmediaciones, tomó de manos de un soldado una carabina máuser, con la cual hizo 7 u 8 disparos a las guerrillas del gobierno. Le contestaron una descarga cerrada. El General se rió fuerte, montó a caballo y marchó en dirección de la división número Diez.»

«Fue la última vez que vi a ese soldado sin miedo, y caballero sin mancha, que ha sido el corazón más noble y el cerebro más claro que yo haya nunca conocido.» «Juan B. Morelli. Mayo 6, de 1905».

7. El Dr. Juan B. Morelli. Su libertad provisional. El Fiscal Romeo Burgues. Luminosa vista. ¡Qué puntillazo! *La Democracia, 17.III.1906*

Después de 13 días de prisión tan injusta como irritante, ayer de mañana recobró su libertad nuestro nobilísimo y distinguido correligionario Dr. Juan B. Morelli. No necesitamos recordar aquí las causas que motivaron la prisión de aquel consecuente compañero de causa, ni tampoco tenemos para qué insistir en el móvil vengativo que revelan las persecuciones de que ha sido objeto el Dr. Morelli.

Todo eso ya se ha hecho carne en la conciencia popular, juzgándolo con merecida severidad.

Una vez más el Presidente de la República ha puesto en evidencia que nada ni nadie lo detienen cuando la pasión lo domina; y una vez más también, un fracaso completo, absoluto, ha sido el resultado de sus actos rencorosos.

La prisión del Dr. Morelli fue la consecuencia lógica de las prevenciones que el Primer Magistrado tiene para aquel dignísimo ciudadano.

Quiso envolverlo en una terrible conspiración, urdida allá en la soledad de Piedras Blancas, y por más empeño que puso para lograr ese objeto, sus planes fallaron totalmente.

8. Morelli, Juan B. El pneumotórax artificial y otras intervenciones quirúrgicas en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar. Prólogo. *An. Universidad, 1916–1918, en dos vol., Montevideo, 1918.*

El tema que he abordado en estas páginas me ha ocupado repetidas veces en mi enseñanza de la Clínica Terapéutica en el Hospital Maciel. Fue especialmente á fines de 1913 que dediqué á desarrollarlo una serie numerosa de lecciones. Podría

considerarse el presente trabajo como una reproducción de aquella enseñanza, completada en muchos puntos y puesta posiblemente al día. El tema está constituido, ante todo, por el pneumotórax artificial, aplicado á la tuberculosis pulmonar, procedimiento de cura que los autores franceses fueron los primeros en denominar: «Método de Forlanini».

En efecto, el sabio italiano Forlanini, á la sazón profesor de la Universidad de Turín y luego de la Universidad de Pavia, partiendo de una serie de estudios teóricos sobre el problema de la bacilosis pulmonar, apoyado después en investigaciones anátomo–patológicas lo más demostrativas posibles, y fundado finalmente en una serie de experimentos en los animales, pudo aportar al campo de la terapéutica humana, al cabo de treinta años de trabajo fecundo, un procedimiento que constituye, indudablemente, la conquista más preciosa conseguida en la lucha que el arte de curar ha emprendido contra una enfermedad tan difundida, de síntomas tan molestos y que constituye la plaga más grande que azota en estos momentos a la humanidad entera. Las investigaciones de Forlanini, por su valor intrínseco y por el volumen de los trabajos que han provocado, han abierto una era nueva, rica en triunfos de la tisioterapia.

Pero, por capital que sea la importancia del pneumotórax artificial, debemos prestar también la consideración merecida á otros procedimientos que tienen de común con él, la producción de un colapso pulmonar. Estos procedimientos (resecciones costales externas, plombaje extrapleural, apicolisis y frenicotomía), han sido felizmente designados, junto con el pneumotórax, con la apropiada denominación de colapsoterapia pulmonar. Debemos al eminente clínico Brauer una serie de estudios profundos al respecto, los que, completando por una parte el conocimiento del pneumotórax y de sus riesgos, y por otra, estableciendo la posibilidad de obtener un colapso pulmonar por medio de otros procedimientos, han permitido que se desarrollara vigorosamente este segundo capítulo de la colapsoterapia, de tal manera que, pneumotórax y otros procedimientos, deben andar paralelamente en el estudio y en la práctica.

Terminaremos este trabajo, analizando algunas intervenciones dirigidas sobre el pulmón tuberculoso que no derivan de la colapsoterapia.

Corresponden las cuestiones elucidadas en este libro, á ese terreno limite entre la medicina y la cirugía, que los alemanes han designado con una expresión feliz: «Grenzgebiete der Medizin und Chirurgie», y que ningún internista puede ignorar, ni aún en lo que respecta á los detalles técnicos de la intervención. Las opiniones del internista deben primar á propósito de las indicaciones operatorias, deben ser tenidas en cuenta para la elección del procedimiento á seguirse, para la elección de la anestesia, y finalmente, su colaboración será muy útil al cirujano para combatir las complicaciones que pueden sobrevenir durante el acto operatorio ó como consecuencia del mismo. Es de la colaboración íntima del médico y del cirujano que pueden resultar para el enfermo todas las ventajas de la completa y concienzuda aplicación de todos los recursos del arte de curar.

Entrego á mis discípulos y colegas este trabajo que refleja los ocho años de labor científica y sentimental más ocupados y agitados de mi vida de médico y de profesor.

Cumplo con un grato deber agradeciendo públicamente la paciente é iluminada colaboración de los doctores Alberto Mañé y Luis F. Algorta Guerra, durante estos últimos años. Los doctores Luis Mondino, Eduardo Bastos y Juan A. González Tafernaberry, también me han ayudado repetidas veces. Y el doctor Juan N. Quagliotti, me ha prestado con abnegación sin límites, su precioso concurso en la ejecución de esta obra.

Noviembre, 1918.

9. Cartas de Juan B. Morelli a Alberto Mañé desde Europa (24.XII.1924 al 7.IV.1925).

a) Roma, 24.XII.24. Querido compadre: Cálese las gafas para descifrar estos jeroglíficos que complementan la carta a Quagliotti, como la dirigida a él complementa a ésta. Estamos instalados en el Hotel Moderno con cuatro ventanas al Corso y tres a la vía Marco Minghitti. El movimiento de Roma es extraordinario y la ciudad ha crecido en proporciones respetables desbordando del lado de Putti di Castelli, Porta Nomentana, Porta Pia y Porta del Popollo. Desde hoy andamos en nuestro Fiat mod.510, berlina. Hoy recorrimos 65 kilómetros. Fuimos al Pincio, Villa Borghese, Monte Mario, Via Appia Nuova. Salimos a las 3.15 volviendo al Hotel a las 6.30. Los chicos se han orientado perfectamente en Roma. Como ya lo habían hecho en Génova. Andan con su plan en el bolsillo y pasean todo el día. Tienen dos primos, Mario y Giorgio Cavallini, estudiantes de ingeniería, que son bien a propósito para ellos. Todos estamos viviendo en la calle, porque están haciéndonos días preciosos. Algo fríos por la mañana: ¡4° a las 8:30! No ha caído nieve en la ciudad.Alberto dio examen de chauffeur en Génova y el ingeniero municipal le preguntó cómo podía haber hecho una maniobra con los tres pedales que lo dejó intrigado. «Ma lei sa guidare» le dijo. Y Alberto: «sono profesionale» (Le escribo seguido para aprovechar).

Ayer asistimos a la apertura de la Puerta Santa: San Pedro, era un mar de gente. Nos pudimos acomodar junto a un pilar. Habíamos llevado un banquito de tijera, que nos prestó buenos servicios en las cuatro horas que estuvimos dentro de la Basílica. La parte de la ceremonia que pudimos ver fue imponente: el cortejo y la bendición. Tenía antojo de oír el «En es Petrus» por el coro sixtino y las trompas de plata, resulta verdaderamente impresionante. ¡Y después la plaza de San Pedro! A la salida nos encontramos con Msr. Camacho, quien quedará aquí todavía algunos días. Anoche oímos Misa de Gallo en Sn. Marcello a dos cuadras del Hotel. Un órgano maravilloso con carillón estupendo. Después nos fuimos al Caffe Biffi a tomar algo. Yo por variar tomé un helado de café, me quedé ídem eran las 1.30.

La situación política aquí es de intensa expectativa. El golpe de escena de Mussolini modificando la ley electoral ha venido a desconcertar a la opinión. No obstante todas las incertidumbres del momento actual «Il Duce» ha querido jugar el todo por el todo, apelando al juicio del país. ¿Cual será la respuesta? Pronto lo sabremos. Pero de cualquier manera el acto es valiente y hostil al mismo tiempo. Continuo admirando al hombre y todos mis parientes y el elemento católico en su mayoría tienen entusiasmo por él. No he visto aún el P. Orione así que dígale a Quagliotti, no he podido saber como piensa actualmente sobre estas cuestiones. Como Ud. sabe traigo recomendaciones para visitarlo, pero me parece prudente esperar un poco... Que se serene el ambiente y que el hombre tenga ya organizado su plan de campaña. Le envío un recorte del *Messaggero* para que lea lo que dicen en Italia de su ídolo Bolívar. ¿Qué le parece? Aquí el espíritu de la gente en general ha cambiado totalmente. Parecería que todo el mundo está pronto para subir a las montañas o para pelear. Adiós compadre, recuerdos a todos los enfermos principalmente de Colón, de Cuñarro (¿?), de Aguirre González (¿?). Cariños al ahijado Alberto, Hortensia y los mellizos. A Ud. un abrazo.

J. B. Morelli.

b) Roma, 16.I.25. Mi querido Dr. Mañé: Ud. imaginará la alegría que me produjeron las buenas noticias que Ud. me ha enviado sobre nuestros enfermos, aun cuando se trate de éxitos condicionales, siempre son muy agradables. Le aseguro que estaba yo con una espina... que su carta ha aliviado mucho por lo que se refiere a algunos mientras que la ha quitado para otros. En fin es lo que me faltaba para completar mi tranquilidad.

Quagliotti le contará de nuestra visita al Papa, etc., etc.

Hemos tenido un tiempo maravilloso: 5 días de Génova y hasta hoy (26) 37 días de Roma con 3 días únicamente cubiertos y con lluvia. Los demás días azules, preciosos y hemos aprovechado en grande para pasear y ver todo lo posible en Roma y sus alrededores. Una de las más interesantes excursiones fue a Artena. Una tarde maravillosa. Desde la terraza de la plaza pública, suspendida a unos cien metros del llano una vista estupenda. Las montañas llenas de aldeas enfrente. La llanura salpicada y verdeante. El cielo azul oscuro.

En el pueblo nos encontramos desde nuestra llegada con un joven abogado Flico y un sacerdote también joven. El abogado venía a descansar con su familia por un esfuerzo sobrehumano que acababa de hacer: una tesis sobre las causas de la criminalidad de los Arteneses y remedios para emplearse. Espero poder conseguir esa tesis cuando se imprima; pero de cualquier manera abrigo la esperanza de que pronto mis coterráneos se transformarán en una manada de ángeles. Durante nuestra visita toda la población se asomaba a las puertas y ventanas y los chicos nos seguían en bandada. No nos pasó nada (creo por la presencia de los dos compañeros). Pero... A los dos días recibí una invitación para un ban-

quete que me proyectaban dar los jóvenes intelectuales del pueblo. Me puse colorado, estuve por aceptar pero después resolví que no... por temor a las pechadas. Y luego vi que había sido un sabio. Sin embargo me queda la espina que si hubiera aceptado quizás me habían nombrado diputado o suplente. De manera que es posible que haya perdido una bolada. Será para otra vez. Aquí el amigo Mussolini sigue dominando la situación. No hay nada que hacer por el momento, pues el fascismo está fuertísimo y la oposición muy desconceptualizada. Por de pronto D. Sturzo (Luigi, 1891–1959) está aliado a los socialistas y ha dejado su diario y pasar sin protesta unas declaraciones insolentes de Turcatti sobre el negocio católico del año santo. Es indudable que a D. Sturzo en el medio católico lo quieren muy poco, aún cuando sus virtudes están fuera de toda discusión. Se le acusa de hacer política personal de odio a Mussolini. He conocido a dos ases del fascismo: Giuseppe Bastianini (1899–1961) y Giuseppe Bottai (1895–1959). Este último sobre todo es un sujeto interesante y tiene 26 años y es director de «*Critica fascista*» revista quincenal interesante y muy considerada. El es decidido enemigo de la violencia y de la mezcla impura en el fascismo. Sostiene que el fascismo no debe ser un partido organizado con sus autoridades, sus prebendas y sus intrigas, sino que debe limitarse a ser una tendencia, un sistema político en el sentimiento y en la acción. En el próximo correo le voy a mandar un número de «*Critica fascista*» con un artículo muy interesante. De cualquier manera existe aquí un ambiente ardiente e idealista, por lo menos en la mayoría de la masa.

Voy al Policlínico tres o cuatro veces en la semana. Hoy fui al Tuberculosario «Umberto I». He visto dos casos de neumotórax artificial bilateral muy interesantes. Dice mi mujer que hoy ha rezado mucho a la Virgen del Divino Parto porque se le ha puesto que hoy es el día de Miñonga (de los mellizos digo yo). Cariño a ella, Hortensia, el ahijado y al Nenin y a Ud. un abrazo.

Juan B. Morelli

c) Venecia, 22.II.25. Mi querido compadre: Viva pues su Timoteo y viva también su Feliciano. Aunque con los tiempos que están soplando desde el día 8 me parece que será el primero, el preferido. ¡Entrieguen! Me parece que yo la cincho más estando lejos que estando cerca. Pues para otra elección me marcho para las Europas o para Nahuel Huapi.

Mucho me temo que Ud. no haya recibido más que una de mis cartas y que otra muy larga, escrita en papel de bloc desde Roma se haya perdido. Una igualita le había escrito a Quagliotti y ambas se complementan y les pedía que se las leyeran mutuamente para estar al tanto de las últimas novedades.

Pues al fin me sacaron de Roma, después de siete semanas de estadía en ella. Y fue necesario que mis hijos protestasen y mi mujer me disintiera diez días seguidos para poderme convencer que debíamos ver otras cosas. El día 7 salimos para Nápoles y los muchachos quedaron encantados con la ciudad y alrededores

y también con los habitantes. Después de 5 días salimos para Florencia, donde quedamos también 5 días (un día más de lo proyectado por una influenza de mi mujer). Nada de Timoteos y menos de Felicianos. Así mismo nos dimos un atracón de Galería degli Uffizi y Palacio Pitti. Pocas librerías de ocasión, en Nápoles no me dejaron ir, en Venecia llueve y no hay ni «fósforo» de librería. «¡Qué atraso!» Mañana salimos para Milán donde quedaremos 4 días, luego 1 día en Lucerna y el 2 de marzo por la noche pensamos estar en París.

Pablito* se ha prestado gentilmente a fijarnos hotel. Paramos en el Hotel St. James et d'Albany, Rue St Honoré 211 y Rivoli 202, donde pensamos permanecer hasta el 15 de abril. Petite pointe a Hamburgo y Londres y luego Lourdes, Madrid, Barcelona. Hemos tomado pasaje en el Julio Cesare que sale el 1° de mayo de esa ciudad. Me habla Ud. de la situación delicada de Mussolini. No crea compadre. El hombre domina y es la admiración de los italianos. No sé si Ud. estará enterado que los diarios franceses (los nacionalistas y conservadores por lo menos) han vuelto a hablar con elogios del fascismo y de su jefe. Especialmente ahora que hay una fuerte reacción contra Herriot, Caillaux, Matry y Cª.

Desde París le escribiré mis impresiones.

d) París, 7.IV.25. Querido compadre: No creía tardar tanto tiempo en terminar esta carta, pero como se enterará por la carta a Quagliotti hemos estado todos enfermos y además hay tanto que hacer aquí en cuestión de Hospitales, etc., que nunca alcanza el tiempo. No hemos visto nada de París en un mes y pico que estamos acá. Ahora que han empezado las vacaciones de Pascuas, quince largos días en que faltan todos los gros bonnets. Por suerte el profesor Lapicque, el fisiólogo de la Sorbonne nos está dando un curso teórico práctico sobre cronaxia, completado por Bourguignon en el terreno clínico. Además es posible que pueda trabajar en acidosis de los cardíacos y nefríticos en las clínicas de Vaquez y Laubry, con un aparato que están construyendo los chicos y que resulta permitiría determinar el valor de pH de la sangre circulante. Ellos están trabajando con el Dr. Collazo en el laboratorio de Marcel (Ernest) Labbé (1870–1939), ayudando a Collazo a hacer estudios sobre la insulina, glicemia y ácido láctico. Esperan publicar un trabajito en los C. R. de la Société de Biologie. Este trabajo iría a nombre de Collazo y de Juancito. Alberto y Juancito han seguido un magnífico curso de fisiología experimental en el laboratorio de C. Richet (1850–1935), bajo la dirección de Gautrelet (Jean, 1878–1941) y otros especialistas. Imagínese el programa. Comprendía entre otras cosas cronaxia que estudiaron en la Sorbonne y las determinaciones psicomotrices en el laboratorio de prueba para los aviadores en el Val–de–Grâce. Ellos han hecho de buenas relaciones y especialmente Juancito tiene muchos amigos. Gautrelet les ha ofrecido de presentar cualquier trabajo

* Se refiere al escultor Pablo Mañé (1879–1981), hermano de Alberto Mañé, radicado en París.

que ellos hagan a la Société de Biologie. Me he interesado que aprendan bien los microanálisis y espero hacerles estudiar bien los dosajes de colesterina, lecitina y grasas de la sangre con Grigauten en la clínica de Chauffard.

Por mi parte he presentado un trabajo a la Société Médicale des Hôpitaux «Pleurésies sclerogènes du Pneumothorax artificiel», sobre los casos de Pilar Pereira Braga y Fraga. Lo llevaba escrito pero en el momento viendo que todos resumen in voce las comunicaciones, me largue también yo a improvisar francés. Estuve hablando cerca de ¼ de hora y me escucharon con atención y benevolencia. Al terminar me aplaudieron. Entonces aprovechó Laubry para que me nombraran por aclamación socio corresponsal, a lo cual se opuso el reglamento por boca del presidente M. Guinan, quien dijo que se votaría en la sesión siguiente. Habló Rist y dijo que «Mr. Morelli dont la compétence en question de P.A. est universellement reconnue»... y llamó muy interesantes mis observaciones. Después se levantaron Achard (Emile Charles, 1860–1944), Marfan (Antoine Bernard Jean, 1858–1962) y Fiessinger (Noël, 1881–1946) a presentarse y a hablar conmigo.

Ha estado por acá Abella. Fuimos juntos a los hospitales, pero ahora partió para Dinamarca donde le han señalado que hay trabajos nuevos sobre el empleo del oro en la tuberculosis. Me prometió escribirme en seguida que pueda adquirir una impresión cualquiera.

He visto a Blanco Acevedo (Eduardo) quien se prepara para el Congreso de Medicina Militar.

Con Pablito nos vemos a menudo. Comimos dos domingos juntos pero las tres últimas semanas con nuestras gripes le he pedido que no volviera.

Visitamos su estudio y quedamos prendados de su obra. Especialmente la dolorosa de la tumba de C.? Me ha gustado muchísimo. Creo y le dije que eso solo bastaría para satisfacer a cualquier artista y que no recordaba haber visto una expresión más notable del dolor profundo y resignado. Nos sé si Ud. se acuerda de la estatua?

La señora de Pablo es monísima*. Ha acompañado a mi mujer en muchas correrías tiendo–modistales!

Aquí la situación política es malísima. Los mismos republicanos avanzados reconocen que «c'est un maladroit» y que en cuestión de finanzas no yerra zoncera. Creo que al llegar de esta carta habrá caído l'imbécile Herriot, como dice Léon Daudet. Hay además temores de disturbios comunistas y de motín royalistes. Por de pronto la juventud universitaria se está volviendo royaliste en sensibles proporciones.

Adiós mi querido compadre. Cariños a la comadre, al ahijado, a Hortensia, al Nenin y a Timoteo. Felicitaciones a sus padres y hermanos. Lo abraza,

Juan B. Morelli

* Se refiere a la esposa de Pablo Mañé, Julia Elena Varela Acevedo (1899–1984).

Cuantas noticias tristes de Montevideo. ¡Pobre Clorinda, Cuñarro y Rodríguez y otros!

10. El rectorado del Doctor Alfredo Vásquez Acevedo. «La Facultad de Enseñanza Secundaria es hija gloriosa del Doctor Vásquez Acevedo».– Un juicio del Doctor Juan B. Morelli, *An. Universidad, 1925, 117:21–28 y El País, 5 de Julio de 1925.*

Espontáneamente, sin anuncio de lucha ni propósito de polémica, uno de los hombres más hondamente vinculados a la Universidad, el doctor Juan B. Morelli, hizo el relato y produjo el juicio acabado sobre la obra verdaderamente creadora del doctor don Alfredo Vásquez Acevedo al frente de la Universidad Mayor de la República. Hoy, que se escatiman a aquel gran impulsor de ese centro docente, que se pretende negar su obra y recordar su memoria en la misma casa donde difundió su serena palabra y adquirieron vida sus vastas concepciones, juzgamos que difícilmente podríamos encontrar palabra más autorizada y elocuente que la del sabio catedrático.

Ha hecho El País oportunamente una ligera reseña de la vida pública del doctor Alfredo Vásquez Acevedo, designado recientemente por el Partido Nacional para uno de los puestos de miembro del Consejo de Administración, y ha enumerado los valiosos servicios prestados por tan preclaro ciudadano al país y al partido a que está afiliado, pero en ese breve artículo faltó evidentemente el espacio para poner bien de relieve los imperecederos méritos que para la Patria ha adquirido durante el desempeño del Rectorado.

Si muchos y muy buenos han sido los servicios prestados a su partido, pasan ellos a segunda línea, ante el glorioso título que debe atribuirse al doctor Vásquez Acevedo, de ser el creador de la Universidad moderna de Montevideo, la que es en entero obra suya, fruto de su patriotismo, de su talento universal, de sus extraordinarias dotes pedagógicas, de su tenacidad y de su caluroso y contagioso entusiasmo.

Hemos justicieramente glorificado, hace pocos días, la memoria de José Pedro Varela, el reformador de la enseñanza primaria; nada más oportuno, en este momento histórico, que glorificar en vida (y esto sea por muchos años), a Alfredo Vásquez Acevedo, figura sobresaliente que en nada desmerece de José Pedro Varela, y que ha llevado a cabo en la enseñanza universitaria una obra por lo menos tan grande como la que Varela hiciera para la enseñanza primaria. La historia de la instrucción pública de este país escribirá algún día en letras de oro esos dos nombres que encarnan, cada uno en su esfera, un esfuerzo prodigioso en pro del progreso intelectual.

Tengo el derecho y la obligación de hablar así por mi condición de viejo universitario. Comencé mis estudios en 1885, es decir, en el momento en que Vásquez

Acevedo se hacía cargo del Rectorado; primero como estudiante, después como asistente del laboratorio de bacteriología, luego como director del mismo y finalmente como jefe del laboratorio de fisiología; he tenido ocasión, como pocos, de apreciar todo el valor de la obra por él realizada.

Antes de 1885

Antes de 1885, la Universidad existía, por decirlo así, solamente de una manera esquemática. Suprimidos por Latorre en la Universidad los estudios secundarios, éstos habían renacido en las cuatro valientes sociedades científicas surgidas en aquella época: el Ateneo del Uruguay, el Club Universitario, la Sociedad Ciencias y Artes y la Sociedad Universitaria. Entusiastas profesionales y adelantados estudiantes eran los encargados de dictar los cursos correspondientes, y los que pertenecemos a aquella época sentimos un legítimo orgullo, mezclado de dulce gratitud, proclamando que aquellos desinteresados profesores desempeñaban sus tareas con tanta asiduidad como competencia. El movimiento estudioso producido fue tan grande, que creo debiera bautizarse ese período de época de oro de la intelectualidad uruguaya. Pero, el estudiante de esos tiempos nos llevaría muy lejos de nuestro tema...

Con la desaparición de los cursos de bachillerato, quedaba reducida la Universidad a dos únicas Facultades: Derecho y Medicina. Respetable la primera, ilustrada como siempre por las lecciones de los talentosos juristas que han sido gloria de este país, pero muy aferrada a las tradiciones y sin haber recibido aún el soplo vivificante de las nuevas corrientes, que ya venían diseñándose en la ciencia de las leyes.

La Facultad de Medicina, surgida pocos años antes por el entusiasmo de algunos médicos, con los escasos recursos que les concedía el Gobierno, con planes de estudio muy reducidos, con programas rudimentarios, creando nuevas cátedras a medida que las necesidades así lo exigían, se presentaba en condiciones de inferioridad más marcada, casi de noble indigencia.

Han salido, es cierto, de esa época, colegas muy distinguidos; pero qué esfuerzo propio han tenido que agregar a las insuficientes enseñanzas de las aulas, para llegar a ser lo que son muchos de ellos, brillantes maestros, y otros, profesionales de fama bien cimentada.

Encárguese de la reorganización al Dr. Vásquez Acevedo.

En ese momento, Vásquez Acevedo fue encargado de la reorganización universitaria.

Dos o tres años después, todo había cambiado. La Facultad de Derecho rejuvenecida, vigorizada, había alcanzado rápidamente el puesto a que era acreedora, por el valor intelectual y moral de sus profesores. Se habían creado nuevas asignaturas, los programas habían sido reformados completamente, el espíritu nuevo había hecho renacer el vigor en ese organismo que parecía condenado a vivir con una solemne monotonía. Una rica biblioteca fue construida.

La transformación de la Facultad de Medicina fue incomparablemente mayor. El local ampliado, los estudios extendidos y profundizados, podían rivalizar ya con los de otras universidades americanas; se habían creado numerosos laboratorios: el de química, el del toxicología, el de bacteriología, el de histología, el de fotografía, el de física, a los cuales debía agregarse bien pronto el de fisiología. La biblioteca, preferentemente atendida y ricamente dotada, había adquirido la importancia que debe tener en una Facultad de Medicina. Me complazco en recordar aquí la colaboración prestada al Rector por el Decano, doctor José Máximo Carafí.

La Facultad de Enseñanza Secundaria

Al mismo tiempo habían surgido dos nuevas Facultades: Enseñanza Secundaria e Ingeniería.

Es sobre todo la primera, hija gloriosa de Vásquez Acevedo, quien, recogiendo el fuego sagrado, que se había refugiado en las sociedades científicas que he mencionado, lo transportó a nuestra Universidad, vigorizándolo con el soplo oficial y aprovechando gran parte de esos abnegados y entrenados enseñantes, pudo constituir rápidamente un numeroso cuerpo de profesores nacionales, empresa que hubiera sido ardua en un país europeo, pero que entre nosotros revestía los caracteres de una imposibilidad casi absoluta.

Plan de estudios, programas, textos, laboratorios, biblioteca y hasta la educación física, de la cual ha sido el precursor, todo fue creado o por lo menos felizmente modificado por el Rector. A esa tarea ímproba dedicó todas sus energías, todos sus inteligentes entusiasmos, todas las horas y todos los minutos de sus largas jornadas de actividad. El primero en llegar y el último en salir de la Universidad; al corriente del funcionamiento de las clases y de las lecciones dictadas, como cualquier estudiante; conociendo el movimiento de la caja tanto como el tesorero; la biblioteca como el bibliotecario, hubiera podido decir con toda justicia, parodiando la frase de Luis XIV: «La Universidad soy yo».

En los recuerdos dorados y sinceros de mi vida estudiantil, la imagen de Vásquez Acevedo se me confunde tan íntimamente con la de la Universidad, que aún hoy conservado la firme impresión de que la compleja máquina universitaria se hubiera detenido bruscamente si ese hombre hubiera llegado a faltarnos entonces.

Facultad de Ingeniería

En Ingeniería necesitó, como en natural, más directamente la colaboración de los especialistas, en primer término de Juan Monteverde. Ellos podrán decir mejor que yo, la gran parte de entusiasmo, de clarividencia y de tesón, que aportó a la difícil tarea de la creación de esa Facultad. Aquí la escasez de elementos nacionales obligó a contratar numerosos elementos extraños en Europa, medida que, como se comprende, no dejó de origina dificultades de todo género, que venían a dificultar, aún más, la marcha de la complicada máquina universitaria.

Después de algunos años de labor iluminada y tenaz, la Universidad quedaba constituida. Existía, pero era necesario asegurar su funcionamiento regular. Fue entonces que se revelaron otras cualidades de Vásquez Acevedo: el tacto, la firmeza y la ductilidad.

Antes de esa época dominaba en la vieja Universidad un espíritu de tolerancia familiar, inevitable en todas las instituciones en su período de formación, y que era necesario corregir con mano firme pero con gesto suave. Los profesores dictaban sus cursos de una manera irregular, contándose en algunas aulas un número de faltas que se acercaba y a veces pasaba al de las asistencias, los problemas programas eran insuficientes, los exámenes excesivamente benévolos. Existían, es cierto, excepciones, y me complazco en recordar en primera línea los nombres de Crispo Brandis, Arechavaleta, Jurkowski y Kemmerich en nuestra Facultad de Medicina; pero en conjunto, faltaba la seriedad de los estudios, tan necesaria, especialmente para nuestra carrera.

El Rector incomparable

Pues bien, ese Rector incomparable, creando verdaderamente su tiempo, completó su obra colosal, fiscalizando día por día, todos los actos de la vida universitaria, llevando a todas partes la nota de la seriedad, de la disciplina y de la justicia. Durante algunos años se le vio asistir a todos los exámenes de la Facultad de Enseñanza Secundaria, preguntando a los estudiantes en todas las materias, impidiendo alternativamente que los exámenes fueran demasiados severos o demasiado benévolos, discutiendo con los examinadores las clasificaciones, impidiendo injusticias, animándolo todo, limando todas las asperezas y salvando todas las dificultades con su inteligencia, su bondad y con el prestigio de su persona. ¡Cuántas cosas imposibles no conseguía con su sonrisa y su palabra insinuante, cuántos conflictos estudiantiles abortaron, gracias a la solícita presencia de ese funcionario que siempre supo acudir al sitio donde su presencia era necesaria! Aún en la Facultad de Medicina, más de una vez su oportuna presencia en las aulas y en los exámenes pudo desarmar las protestas, a veces violentas, que despertaba la implantación del nuevo régimen.

La acción de Vásquez Acevedo en la Facultad de Medicina me ha dejado recuerdos indelebles. Había elegido para visitarnos todos los días, las primeras horas de la tarde. Empezando por la sala de disección, que recorría invariablemente, recordándonos el respeto que se debe a la muerte, iba pasando sucesivamente por los laboratorios en formación, por las bibliotecas, por las oficinas. Vigilaba las obras de albañilería, las de carpintería, consultaba a todo el mundo, resolvía todas las dificultades; nada escapaba a su interés y a su vigilancia.

Todos los que tuvimos la suerte de trabajar en los laboratorios en esa época luminosa y lejana: Scoseria, Isola, Iturriaga, De María, los dos Guglielmetti,

Mondino, Solari, sabíamos bien que todo lo que se hacía en nuestra Facultad, había sido debidamente apreciado, estudiado y resuelto por él, que fue legítimamente el alma de la transformación de nuestra querida «alma mater».

Obviando dificultades

Las dificultades que se ofrecían a la obra de Vásquez Acevedo eran mucho mayores que las que se le presentaron a José Pedro Varela. Mientras que este último desarrollaba toda su acción entre niños por un lado y maestros de escuela por otro, el esfuerzo de Vásquez Acevedo tuvo que hacerse sentir entre jóvenes con todas las pretensiones y susceptibilidades de los hombres por un lado, y profesionales, a veces de elevada situación, por otro. Naturalmente, las modificaciones efectuadas en tan breve plazo, podían ofrecer motivos para resistencias más o menos violentas, por parte de los profesores, de los alumnos y también del público. Digo del público, recordando que hubo, una fuerte oposición popular en aquella época, cuando la Universidad resolvió suprimir, por fin, esa cátedra de homeopatía, enclavada de una manera tan singular en nuestra Facultad de Medicina.

Durante todo el tiempo de su Rectorado, vigilaba Vásquez Acevedo atentamente la falange estudiantil. Al tanto de la contracción como de las aptitudes y de las inclinaciones de la mayoría de los estudiantes, seguía con benévolo interés el desarrollo de la vida universitaria de cada uno. Y aquí una felicitación, allí un consejo, más allá un suave reproche, para todos tenía una palabra de interés, ese verdadero padre espiritual de todos aquellos que vivíamos de la vida universitaria.

Y mientras tanto valoraba y elegía y con vistas claras y mano firme, iba integrando ese complejo personal universitario tan difícil de proveer, especialmente entre nosotros.

Cuántos de los que ocupamos puestos en la Universidad, hemos iniciado nuestra carrera, gracias a la solicitud del doctor Vásquez Acevedo, que contó siempre con la colaboración eficaz de Decanos como los ya nombrados, Williman y Brito del Pino, y el apoyo de los Consejos Universitarios y de las autoridades superiores.

Ejemplo de ecuanimidad

Supo demostrar, en todos momentos, la alta ecuanimidad de su espíritu. Positivista y liberal, y precisamente porque lo era y sincero, llevó a la práctica en todo momento los más amplios principios de tolerancia y respeto. Baste recordar que por mucho tiempo se invitó regularmente como examinador de filosofía a Monseñor Lasagna, y este eminente sacerdote supo responder dignamente a ese noble rasgo, concurriendo con asiduidad a los exámenes, y la presencia de este prelado, afable y firme, sosteniendo en sus preguntas los postulados del credo

católico, en medio de ese ambiente descreído y respetuoso, constituyó una de las notas más significativas de esa época universitaria, tan elevada como tolerante.

Así surgió y así se aseguró la vida espiritual de la moderna Universidad de Montevideo, que habrá sido completada después, pero que en su conjunto, – pese al olvido y pese ala ingratitud – queda para la historia, como la obra creada por la labor tenaz e iluminada de Alfredo Vásquez Acevedo.

Juan B. Morelli

11. Morelli, Juan B. Elogio de Ricaldoni, *An. Fac. Med. Montevideo, (1929), 14: 855–863.*

Señores:

Cuarenta años ha iniciábamos nuestros estudios clínicos en esta misma sala y bajo la paternal dirección del querido Maestro, cuyo nombre quedará unido a la sala anexa (Dr. Serratosa), un grupo de jóvenes estudiantes, algunos de los cuales deberían quedar incorporados como enseñantes a nuestra Facultad de Medicina, Manuel Quintela, Alfonso Lamas, Juan Guglielmetti que enseñó durante largos años toxicología farmacéutica, Américo Ricaldoni y yo. Nereo Iturriaga, hermosa figura romántica, hermano de estudios de Ricaldoni y que fue un disector incomparable, debía morir inesperadamente casi en los brazos de Ricaldoni y míos, en la víspera de terminar sus estudios, candidato designado de antemano, por voto unánime de maestros y discípulos, para ocupar la Cátedra de Anatomía.

Ricaldoni llegó a la Facultad precedido por una fama tan amplia como merecida, sus exámenes en el bachillerato fueron otros tantos triunfos, y en el último, el de filosofía, el tribunal se vio obligado a discernirle una clasificación que no había sido decretada aún.

Su luminosa carrera de estudiante, sus triunfos como profesional, su prestigio y su brillantez como profesor, han sido tan abundantemente realzados en estos días, que no creo necesario tener que volver a repetir lo que otros, con más elocuencia, han dicho en todos los medios intelectuales del País: en la Universidad, como en las sociedades científicas, en la prensa, como en el Parlamento.

Pero, sin embargo, no me parece inútil volver a insistir sobre algunas características sobre este selecto espíritu, características que constituyen otras tantas virtudes dignas de ser meditadas y, sobre todo, imitadas.

Ante todo, su enorme laboriosidad, que unida a su claro talento, le permitió dominar la Medicina con aquella seguridad tan característica en él. Sin metáforas, se puede decir que pasó su vida entre los enfermos y los libros: todos los días y en todas las horas del día y la noche que podía disputar al descanso más imperioso. Hasta en esas idas a su chacra, en los días festivos que a muchos se les representaba una tarde de asueto, eran para él horas de libertad para, sin temor a

interrupciones ni llamadas, poder satisfacer durante algún tiempo más ese siempre insaciado deseo de aprender que lo acicateó durante toda la vida.

Pero, este alto espíritu de trabajo, no hubiera dado todos sus frutos si no hubiera estado acompañado y dirigido por un método riguroso y meticuloso que, comprimiendo a veces entusiasmos prematuros, sosteniendo otras la línea derecha, e impidiendo tanto las desviaciones como los desfallecimientos, sistematizara con un rigor que no conocía suspensiones, toda la enorme labor de su espíritu.

Espíritu analítico y sintético a un tiempo, sabía escudriñar a los enfermos como pocos. Por su paciente y metódica investigación iban surgiendo los síntomas claramente, sin confusión posible. Ante su examen, los síntomas se revestían de una claridad tan esquemática, tan luminosa, que, por ello fue (dicho sea de paso), un Maestro insuperable de semiología.

Pero, una vez conseguido todo ese sólido material capaz de resistir a cualquier empuje, comenzaba el trabajo constructivo; y es aquí que se revelaba su talento de síntesis, de clínico consumado. Infundiendo la intensa vida de su espíritu a los diferentes elementos sintomáticos y anamnésicos que acaba de penetrar tan íntimamente, con su trabajo de concienzuda disección, animaba a todos esos materiales que parecían, bajo el influjo de sus juicios condensados y terminantes, disponerse por ellos mismos en armónico conjunto que no tardaba en verse coronado, naturalmente, casi forzosamente diría, por el diagnóstico exacto.

Va a ser difícil encontrar un Maestro que sepa estudiar y descubrir un síntoma como Ricaldoni, y que sea luego capaz de una amplia mirada sobre el conjunto del cuadro como él sabía hacerlo.

Todo, en todos los momentos lo hacía concienzudamente. Recuerdo emocionado la impresión que me produjo, siendo estudiantes ambos, el penetrar en su cuarto de trabajo. El orden más perfecto reinaba en él. No muy numerosos eran los libros que había podido adquirir, pero numerosas llamadas y nutridas notas al margen, demostraban claramente el profundo trabajo desplegado al leer cada párrafo del texto. Cuadernos llenados con su clara y apretada escritura atesoraban las lecturas que en las bibliotecas o en volúmenes prestados iba amontonando como materiales preciosos para el mañana. Todo respiraba labor y método, en todo se reflejaba el alma lúcida y precozmente severa de ese adolescente.

La misma dedicación debía desplegar en el estudio de los enfermos. Ya sea en su vida de estudiante, como después en su vida de médico, el examen de un enfermo fue siempre para él un asunto de conciencia. Nunca admitió que pudiera examinarse superficialmente a un paciente ni dejar para el día siguiente la discriminación de un síntoma. Inclinado, prendido diría, sobre el enfermo, descuidando el tiempo, otros llamados, el cansancio propio, no cesaba en su labor, no respiraba en libertad, hasta no haber agotado en el límite de lo posible el estudio del caso, hasta no haber «prensado su cerebro» según una frase que le era familiar para llegar al diagnóstico, no encontraba paz ese espíritu que era agitado en ese

momento por todas las inquietudes del que quiere alcanzar, cumpliendo todo entero su deber, la consoladora tranquilidad de su conciencia.

No era tan sólo por un estéril, aunque respetabilísimo sentimiento del deber, que se desvivía, algo humano más grande era el móvil que lo animaba. Poco antes de morir le decía a su compañera: «Lo que más siento es no poder seguir prestando obra útil, salvando algún enfermo, aliviando algún moribundo, porque tengo la conciencia de haber salvado alguna vida y de haber sido útil a algún enfermo».

Enamorado de la medicina, esclavo de su deber, descuidó por un esfuerzo de la voluntad, otros estudios que sin embargo le atraían. Todo el tiempo le era insuficiente para poder dominar la difícil y absorbente ciencia de la medicina y el maravilloso arte de curar.

En su enseñanza, en sus diagnósticos y en su palabra, nada había que fuese improvisado. Nada salía de sus labios que no fuese el fruto de una larga meditación; algunas pocas palabras dichas escultóricamente, era generalmente el fruto de un intenso trabajo lógico, al cual se había entregado con todas sus energías y con todo el tesoro de su sólida erudición. Nada de lo que decía era superfluo, y una vez emitida una opinión, ésta era tenazmente sostenida, con una invariabilidad inquebrantable, hija de un sólido conocimiento.

La misma perfección, la misma conciencia, desplegaba en todas sus actividades. Todos recuerdan la dedicación con que atendió el Decanato en los años en que desempeñara ese alto cargo. Sacrificando a menudo no sus enfermos, pero sí la extensión de su clientela, sacrificando sus distracciones, su descanso, fue verdaderamente infatigable en la dirección de la Facultad de Medicina. Uno de los primeros en llegar y uno de los últimos en abandonar las oficinas, se había entregado en cuerpo y alma al engranaje reglamentario, estudiando todas las cuestiones, ninguna de las cuales lo dejaban indiferente, vigilando todos los complicados rodajes de la Facultad, dejando en todas partes y en todos los momentos, las huellas de su enorme y metódica laboriosidad.

A este respecto, cómo no puntualizar su acción en los ANALES DE LA FACULTAD DE MEDICINA, por él fundados y que amó con toda intensidad y que vigorizó con todos los cuidados del padre para con el hijo querido, fruto de su sangre, al que sabe destinada a cumplir una misión grande, una misión esperada.

Director en jefe, vigilaba todos los resortes del novel órgano. Composición, tirada, grabados, todo pasaba por sus manos y muchas alboradas del día lo sorprendieron inclinado sobre un papel, corrigiendo las pruebas de imprenta, traduciendo un artículo escrito en lengua extranjera o sosteniendo la enorme y variada correspondencia que apareja la vida de un periódico.

Como médico conquistó una situación única en el país. El Profesor Scremini dijo ya, con palabras de admiración, su intervención generalmente decisiva, cómo su palabra era luminosa y convincente para aquellos que lo escuchaban. Pero

además de su ciencia sabía desplegar en la asistencia de sus enfermos un tesoro de cariño, de atenciones, de delicadezas, unido a un tacto invariable de todos los momentos que bien pronto lo hacían considerar, por parte de la familia, como un elemento decisivo y precioso, no sólo en la lucha contra la enfermedad, sino también en la tan valiosa sentimental del enfermo.

En sinnúmero de hogares reina hoy la desolación ante la pérdida del profesional incomparable, hacia el cual se tendían las miradas y la esperanza en los momentos de angustia y de dolor.

Era profundamente discreto y prudente. Una contradicción surgía de su espíritu como un pronóstico desfavorable, eran presentados con un tacto tan perfecto como para herir lo menos posible los sentimientos de los interesados. Se podía descubrir en él una verdadera pena, tanto más impresionante cuanto más trataba de ocultarla, en no poder ser más condescendiente o ser más optimista. Pero, todas estas cualidades tan preciosas no hubieran bastado para conseguir resultado tan perfecto si no hubiera estado unidas y puede decirse disciplinadas por el culto apasionado e inflaqueable del deber.

En edad bien temprana debía conocer el joven Ricaldoni la voz del deber y a este deber debía sacrificar las horas de distracción; las horas de descanso también. Hijo de un eminente educacionista, que demostró tener más ciencia y corazón que espíritu comercial, se vio obligado, ante el requerimiento paterno, a formar, adolescente, entre los maestros de ese Instituto Nacional al que tanto debió la cultura del país. Enseñante del Instituto y estudiante universitario a un tiempo vio transcurrir los años de su juventud sin distracciones, sin vacaciones. Se puede decir que Ricaldoni no conoció la juventud. Fue precozmente un hombre con todas las condiciones, con todas las virtudes, pero también con todos los dolores de los hombres. Pero en medio de su tristeza conservaba intacto un espíritu enamorado de todo lo bueno y de todo lo bello y una sed inextinguible de saber.

Amó tanto su carrera, sintió tanto la dignidad de su profesión, que no toleraba irregularidades de parte de ningún compañero, y las pocas veces que se le oyó condenar a un colega era porque olvidara los principios de moral que deben seguir los iniciados de la Medicina.

Todas las contrariedades, todas las injusticias las soportaba con altura, su alma estaba exenta de odios, a lo más la sorpresa dolorida, o hasta la conmiseración, despertaban en él los ataques y las envidias.

Ante el dolor y ante la visión de la muerte mostró un estoicismo digno de un alma excepcional. Sabiéndose inexorablemente condenado, no participó esa triste noticia más que a la compañera que la Providencia le deparó, prohibiéndole que lo comunicase a nadie. Seguramente temía que solicitaciones porfiadas vinieran a turbar el decidido plan de seguir su trabajo serena y afanosamente hasta sus últimos momentos. Y durante esos veinte años, con su tranquila sonrisa en los labios, engañándonos a todos, con la espada de Damocles suspendida sobre su

cabeza, vivió sereno y resignado una vida de intensa labor. Se puede decir que esa larga familiaridad con la idea de la muerte ha contribuido, y no poco, a imprimir a su fisonomía, como a su espíritu, ese sello de seria austeridad que le fue característico en sus últimos años.

Amaba con profundo cariño la pléyade estudiantil. En medio de sus alumnos se sentía como en una segunda familia; y su amor a la enseñanza era, en gran parte, fundado en el sentimiento de bien espiritual que repartía frecuente y generosamente a sus discípulos. Todo le interesaba de lo que concernía a los estudiantes, con afecto de padre vigilaba y dirigía todo el rodaje didáctico del Instituto.

Era con verdadera ternura que tomaba en cuenta la vida y las aspiraciones de los estudiantes. «Desearía, me decía un día, que estos pobres no tuvieran que pasar por los dolores y las dificultades que a mí me tocaron». Si para alguno puede haberse excedido en ese terreno nadie puede atribuir, a un deseo de popularidad mal adquirida, lo que fue siempre en él manifestación siempre ingenua de sentimientos purísimos.

Bajo una apariencia fría y medida, se ocultaba un alma sensible y pronta a vibrar al unísono con todas las armonías espirituales. Es necesario haber podido penetrar en la intimidad de ese corazón para ver cómo se entusiasmaba ante todas las fases sentimentales de la vida humana; desde sus primeros escritos juveniles trascienden esos entusiasmos y vibraciones que alcanzan a veces a presentar contornos de hermoso lirismo. Nunca permaneció indiferente ante los grandes sucesos trascendentales que agitaban la humanidad. Era cosa que sorprendía a aquellos que no conocían más que la superficie de su alma descubrir un tesoro de sentimientos que él ocultaba celosamente por temor a las profanaciones de la burla o de la incomprensión extraña.

Fue un apasionado del arte y sus tentativas de asociarlo a la ciencia, en la vida de nuestra Facultad de Medicina, en múltiples cuestiones son bien recientes para deberlas puntualizar; y su fracaso no sirvió más que para demostrar la impreparación de nuestro medio para sostener esa doble tentativa, de asociar el arte, adorno del alma, a la ciencia, fortaleza del espíritu.

Este conjunto de cualidades armoniosamente asociadas constituían una personalidad espiritual bien cercana a la perfección. «El impecable Ricaldoni» lo proclamó otro maestro eximio también demasiado pronto desaparecido. Y a fe que impecable lo fue en el sentido de la perfección, en su vida intelectual, como en la altura de su vida moral.

En sus relaciones con sus clientes fue un intachable caballero, en sus relaciones con sus colegas un irreprochable compañero y en la vida de la cátedra un maestro perfecto en toda la extensión de la palabra.

En todos los momentos y en todas sus acciones se podía descubrir la orientación hacia un ideal, y todos esos ideales que tanto amó, que abrazó con invariable fe y que practicó con inquebrantable firmeza que habían hecho carne en él. De

tal manera que a los ideales que él recibiera agregó con su vida un nuevo elemento ideal que vosotros estudiantes, debéis recoger con respeto y decisión, y que nosotros debemos tener siempre como luminoso ejemplo a seguir.

Estudiantes de la Clínica: Este fue el hombre y el profesor cuya muerte lloramos todos, prototipo de noble pasión por el trabajo y de culto inflexible por el deber. Esta es la vida que la Universidad, vuestra gran madre espiritual os señala como vuestro modelo para vuestra labor científico y vuestra vida moral.

Miembros del Instituto de Neurología que me habéis hecho el honor de venir a escucharme: la pérdida ha sido particularmente cruel para vosotros, mucho contabais aprender bajo una dirección tal elevada y segura. Al contacto diario con el maestro y con el hombre, vuestra estimación, vuestro afecto se debe haber trocado en noble pasión. El vacío es grande e imposible de ser llenado en todos sus aspectos. Llevaréis el luto de vuestro maestro por mucho tiempo y nunca se podrá borrar completamente ese vacío que al frente de vuestra falange y en vuestros corazones ha dejado esa eterna separación.

Pero yo leo en vuestros rostros, pero yo adivino en vuestras almas una grande e inquebrantable resolución: la de seguir trabajando afanosamente, porfiadamente, tragando vuestras lágrimas, para hacer obra digna de aquel que al abandonaros para misteriosas regiones cayó en plena batalla, ofreciendo sus últimos movimientos, sus últimos alientos y su postrer pensamiento a ese instituto que fue la pasión de sus últimos años y que llevará celosa y dignamente el nombre venerado y glorioso de Américo Ricaldoni.

12. Turenne, Augusto. Profesor Juan B. Morelli. 50 años de profesorado. 1887–1937. *Arch. Urug. Med. Cir. Esp. (1937), 11: 121–123.*

Los hombres que durante su vida se ofrecen a los hombres son a menudo motivo de desconfianza y de envidia. Explicables ambas por el concepto que merece la grey humana y por el que a ésta le provoca el ajeno valer, afianza la justificación de aquel modo de pensar la frecuencia con que móviles mezquinos, transitorios e interesados inducen a provocarlos cuando no a solicitarlos.

Pero si esto es corriente en la vida social y en la vida política, su rareza es extrema en el mundo de la Ciencia y en particular en el de la Medicina.

«Invidia medicorum» es la marca que desde la antigüedad llevamos y un poco ésta y otro mucho, el espíritu de análisis que desarrollan las disciplinas que nos hacen desconfiados del primer impulso, explican por qué, dentro de las Ciencias médicas, sea escasa la proporción de médicos y profesores que alcanza la satisfacción de ver apreciados mientras viven, los frutos de sus desvelos y de sus investigaciones.

En nuestro país pueden contarse con los dedos, y aún así sobran, los profesores y los médicos que han merecido este plebiscito afirmatorio de su personalidad.

Juan B. Morelli alcanza esa meta deseada, ostensible o recónditamente por todos, y su vida y su situación dan motivo a cumplir un acto de justicia distributiva en estas líneas que expresan el sentir de la «Federación de las Sociedades médico-científicas del Uruguay» y el mío propio que, coincidente con aquél, juzga propicia la ocasión para rememorar una amistad que nació en los bancos de la escuela y que en casi sesenta años nada perturbó, a pesar de los vuelcos ideológicos que pudieron separarnos y no lo consiguieron, porque por encima de ellos, muy por encima de las deleznables querellas que hacen del hombre «un lobo para el hombre» se erguía un robusto plano de amistad y de estimación recíprocas, más potente que las encontradas contingencias de la existencia.

Morelli fue uno de los alumnos sobresalientes del «Colegio Internacional» que dirigía un hombre raro y fino psicólogo que no se equivocó en ninguno de los pronósticos que formuló sobre los que recibían de él una enseñanza avanzada para su tiempo. Su paso por la Universidad ahondó sus prestigios y cuando, estudiante de Medicina, se ensayó en la docencia, a nadie sorprendió que mostrara la garra del maestro y reuniera a su alrededor un núcleo de compañeros, de los que muchos ascendieron a las más altas cumbres del Profesorado.

Fue maestro cuando aún no era médico; con ardor de catecúmeno, con ese ardor característicamente personal que pone en todos sus actos, abrazó el culto de una nueva ciencia preñada de posibilidades.

La Bacteriología balbuceaba sus primeras palabras; Arechavaleta, con conocimientos rudimentarios había ganado ya una batalla en la que estaba comprometida la industria básica del país. Morelli, ni lerdo ni perezoso, comprendió cuánto podía esperar la Medicina de es ciencia nueva.

Más tarde enseñó Fisiología para culminar en la cátedra de Clínica terapéutica que fue creada expresamente para él, para que no se esterilizara en la docencia de una cátedra exclusivamente teórica. En todos los escalones de su vida científica el Profesor Morelli dejó fuertes rastros de su robusta inteligencia, de su prodigiosa memoria y de un sólido buen sentido clínico, cualidades que le permitieron, cuando aún se discutían sus indicaciones y sus técnicas, escribir ese libro recio y perdurable sobre le Pneumotórax terapéutico.

Solicitado por una labor profesional extraordinaria y por actividades políticas absorbentes, no olvidó que lo mejor del médico es continuar haciendo medicina. Por gran ventura, la Política, esa hada maligna que tan a menudo hace con los hombres que a ella se entregan lo que Circé con los compañeros de Odiseo, no consiguió alejarlo de sus estudios básicos ni modificar la estructura fundamental de su personalidad humana. Demos por ello gracias a los dioses que nos conservaron para la Ciencia un cultor eximio y para la Sociedad un hombre honesto.

Fue iniciador con Scoseria y Morquio de la creación del Instituto Experimental de Higiene, al que en breve un edificio monumental servirá de marco a la magnifica floración de actividades que el país espera de él, siquiera sea como ofrenda al

sacrificio que por su sostenimiento hizo durante muchos años. Fundó poco tiempo después, con los mismos colegas y algunos otros entusiastas ingenuos de la primera hora, la Sociedad de Medicina, colaborando durante muchos años y en forma activa a su labor.

Y a cuarenta años de distancia, en las órdenes del día de la vieja Sociedad, su nombre y sus trabajos aparecen con notable frecuencia, exponente de una frescura mental y de una laboriosidad que más de uno creería reñida con el peso de los años.

La «Federación» tiene con el Profesor Morelli una deuda de gratitud que con satisfacción redime. Desde su elevado sitial de senador supo hacer valorar la importancia de los «ARCHIVOS» señalando la pérdida que representaría para la Ciencia médica nacional su amenguamiento o su desaparición. Su palabra severa, su argumentación vigorosa obtuvieron la sanción de una ley propicia a su desenvolvimiento ya su progreso.

Mucho podemos esperar aún de la potencialidad intelectual del Profesor Morelli, de su profunda cultura y de su inagotable voluntad de contribuir a los progresos de la Medicina nacional.

La «Federación» que reúne en apretado haz a todas las Sociedades médico científicas del país, contempla en el Profesor Morelli a uno de los entusiastas iniciadores de la Medicina científica en el Uruguay y a un continuador tesonero y sabio y por ello es que en su nombre le ofrecemos en estas líneas su cálido homenaje de admiración y de reconocimiento, al que tampoco es ajeno el sentimiento de fraternal comunión que nos vincula, nacido en los albores de nuestra vida y que ha permanecido invariable al través de los años y de los embates de una larga existencia.

Augusto Turenne

13. Purriel, Pablo. En homenaje al Profesor Juan B. Morelli, 23 pág. Montevideo, 1943.

En diciembre de 1943 el Consejo de la Facultad de Medicina resolvió dar al Instituto de Tisiología el nombre de JUAN B. MORELLI. En el acto realizado con tal objeto, y que abrió en representación de la Facultad el Señor Decano, Prof. Julio García Otero, el Profesor Purriel, en nombre del personal del Instituto, pronunció el discurso aquí inserto.

Sr. Rector, Maestro, Señores Profesores;

Señoras y Señores:

Hace ya muchos años, a nuestra desolada campaña de aquella época llegó, procedente de un pueblo vasco, una joven mujer que traía por todo capital el idea-

lismo de su raza, y por toda ambición, dar a su pequeño hijo la carrera liberal que consideraba más humana, la más beneficiosa para la comunidad: la carrera de médico. Solía decir esta santa mujer, que para ejercer a conciencia tan delicada profesión se necesitaba un alma bondadosa, pura, impregnada de ternura, con gran espíritu de justicia, y, según ella, estas condiciones espirituales sólo podían adquirirse dentro de las normas de la religión católica. La mujer de que os hablo era mi madre, y el pequeño era yo.

Muy de vez en vez llegaba a tan apartados lugares un sacerdote, también de origen vasco, quien, en una pequeña y modesta capilla que un terrateniente mandó construir, ejercía sus oficios; misas y sermones se cumplían con estricta regularidad durante algunos días del año. A ellos asistía mi madre acompañada por mí.

Entre los dulces y puros recuerdos de mi infancia pocos persisten con tanta intensidad como el de aquellos sermones, durante los cuales mi madre se afanaba, sin mayor resultado, por forzar mi atención hacia la exposición del sacerdote. Pero una noche – ¡la recuerdo muy bien! – el tema del sermón versaba sobre la conversión al cristianismo de hombres de importancia. Y el cura narró el caso reciente de un médico ya célebre, poseedor de grandes conocimientos científicos y filosóficos, popular en lo político, que habiendo hasta entonces militado en campos diametralmente opuestos a la religión católica, acababa de engrosar sus filas. El nombre del personaje de la narración era el de Juan B. Morelli. He aquí cómo y de qué manera oí hablar por primera vez de un hombre que debía tener más tarde capital influencia en la dirección de mis estudios médicos. Tiempo después enfermó gravemente el terrateniente de que os hablé, dueño de grandes haciendas, de influencia básica en la vida de todos los que en sus predios vivían; su suerte inquietaba profundamente a aquellas gentes, pero he aquí una alentadora noticia recorre la comarca: «Mañana vendrá de la capital a asistir al enfermo un célebre médico.» Y en los angustiados corazones de aquellos buenos campesinos renace la esperanza. Llega Morelli. Hace un pronóstico fatal, que se cumple inexorablemente.

No hay nada que más influya en la idea que de un hombre os formamos, que la primera impresión que de él tenemos: y en estos dos hechos en que se mezcla lo real y lo irreal, mi imaginación de niño saca elementos para hacer una imagen de Morelli que sobresale muy por encima de los hombres que hasta entonces yo había conocido.

Un nuevo ciclo de mi vida ha pasado. Soy ahora un inquieto adolescente, pletórico de esperanzas, sediento de justicia, indiferente a lo pasado, enamorado de lo que y creo que vendrá. El eco de la gran guerra todavía resuena con fuerza en el alma de algunos de los componentes de mi generación, quienes creer que se abre un nuevo ciclo de cultura, de reforma universitaria y de reforma social.

Las clases de Filosofía son tribuna apropiada para exponer nuestras inquietudes, para defender nuestra posición, con el fuego y el ardor propios de aquella her-

mosa edad. Pero hay allí un compañero que se sitúa frecuentemente en opuesto campo ideológico; defiende ideas y posiciones que nosotros combatimos; es partidario de doctrinas y, ¿por qué no decirlo?, pertenece a una clase social que no es la nuestra. Uno y otro tenemos adeptos; y el ala derecha e izquierda de nuestra clase queda constituida. Pero todo esto es esporádico y accidental; el fin de la clase pone término a la polémica y luego somos amigos como se es cuando se tiene quince o veinte años.

Mi circunstancial adversario es Alberto Morelli, hijo muy querido del Profesor Morelli. El solía comentar ante su padre nuestras discusiones, nuestras divergencias ideológicas; y he aquí que ahora Morelli sabe que yo existo; pero también conoce mi posición que en lo social y en lo filosófico es precisamente el polo opuesto de la de él y los suyos. A pesar de ello no se ha formado mal concepto de mí. Un día, al notar yo que no podía seguir estudiando y leyendo con la avidez de antes, al sentir declinar mis fuerzas, disminuir mi entusiasmo pienso que tal vez me sea imposible continuar mis estudios. Recurro a Morelli, quien me recibe con todo cariño y ternura; me estimula, y con sonrisa afable y paternal me dice: «Crisis de la adolescencia, cosa sin importancia. ¡Adelante muchacho!» Aquello me lo había dicho Morelli, tenía que ser cierto, y lo fue. La cuenta entre ambos, con eterno saldo a su favor, quedó abierta ese día.

Pocos años después, al iniciarse los cursos de un nuevo año escolar, me presento a Morelli y le digo: «Vengo a que me enseñe Ud. Medicina.» Y ese día Morelli me demuestra por primera vez que sabe y conoce la manera de orientar a un discípulo. «Bien, me dijo, el caso de la clase de mañana lo presentará Ud.; se trata de un Cáncer de Pulmón; puede Ud. consultar el tema en los siguientes tratados; yo sé que Ud. es estudioso y mañana tendrá una ocasión para lucirse.»

No olvidaré nunca mi tarea febril de aquella tarde en la Biblioteca de la Facultad...». Morelli me ha dicho que mañana podré lucirme; será el primer triunfo.» ¿A qué hombre no le gusta el triunfo y más si es un adolescente? «Por otra parte, si él me dice que puedo triunfar es porque cree en mí y tiene fe en mí.» Y desde entonces Morelli es mi Maestro. Antes de haberme enseñado Cáncer de Pulmón había cumplido con la función esencial del maestro, había creado fe en mí; y maestros, señores, no sólo son los que enseñan, sino los que depositan también la fe en el corazón de sus discípulos.

Cristo es mil veces más maestro cuando transporta se fu al alma de los apóstoles, que cuando predica su Divino Verbo.

Ahora Morelli es mi Profesor de Clínica, yo soy su discípulo, pero esto no es todo. Desde el primer día este hombre deposita en mí una entera confianza, que no se justifica por mis escasos méritos, sino que está basada en la simpatía que yo le he inspirado.

En su clínica se puede trabajar ampliamente; hay libertad máxima, que es lo que más me agrada; hay allí un hombre a quien puedo consultar sobre cualquier tema;

siempre me informará al respecto, siempre me dará datos bibliográficos, y con dulce sonrisa terminará diciendo: «Yo tengo el libro o la revista, pase por mi casa a buscarlo.»

Pero este en este hombre hay muchas cosas que admirar. Se le ve activo al exceso; su capacidad de trabajo es infinita, y lo que más me impresiona es esa contagiante inquietud que tiene por lo desconocido. En todo punto encuentra el misterio. Como sabe y está informado ubica el problema, pero siempre plantea la falta de solución. En su duda se adivina el conocimiento del punto, pues sólo a los que saben los asalta la duda, y son los ignorantes los que todo lo han resuelto. Uno va viendo la parte más interesante de la Medicina, lo desconocido, que será tema para probar nuestra capacidad, aunque más no sea como objeto de gimnasia psicológica, en el simple planteo de intentos de solución.

¡Qué recuerdos tan hermosos conservo del Morelli de aquella época! A la mañana dicta su clase, a la tarde despliega una intensa actividad profesional que matiza con ocupaciones de orden político; y ya muy entrada la noche, cuando la carne cansada pide reposo, cuando los instintos aprisionados en el fondo del subconsciente piden a gritos venir al mundo de lo consciente, Morelli empieza a estudiar, prepara sus clases, plantea sus investigaciones, hace experimentación, lee literatura, crítica de arte en sus diferentes aspectos, o con olímpico aire llega al mirador de su casa para atisbar con su telescopio el centellear de las estrellas, hundiéndose en el infinito misterio del Cosmos, donde tal vez encuentre descanso el espíritu, sometido durante el día a las mil vibraciones de una desorbitada actividad.

Poco a poco voy enterándome de su vida, la voy conociendo como se debe conocer la vida de los grandes hombres. Estando a su lado, compulsando sus defectos y virtudes, siendo testigo de los problemas que en esa vida se van planteando. ¡Así yo he conocido a Morelli!

Así supe que nació en tierra de artistas, que fue médico por tradición, pues su padre también lo era. Aventajado y estudioso, que, según él, le encendió la lámpara divina de la investigación desde las primeras épocas de su vida de estudiante. Llegó a profesor de la Universidad muy joven, cuando era casi un adolescente, y por aquella época su alma de investigador vibró con la intensidad de los aldabonazos que anunciaban los descubrimientos de fines de siglo pasado y comienzos de éste.

Lo atrae la Bacteriología, que vive su infancia; empieza a profundizar los conocimientos fisiológicos que van tomando auge; domina diferentes lenguas, y tal vez, en aquella época, nada de lo contemporáneo le es desconocido. Es un humanista, muy del ciclo renacentista.

Pero no hay que olvidar que nació en Italia y que además por sus venas corre savia del Siglo XVIII. Es un romántico, tiene sed de aventuras. La época es propicia, se está viviendo el comienzo de nuestro incipiente sistema democrático. Existen convulsiones internas, revueltas, montoneras y revoluciones. Morelli toma

partido y sale pro nuestros campos a dar su ciencia, y su sangre si es necesario, a una causa que, lógico es suponer, él debió creer justa.

Sinsabores, destierros, persecuciones. Accidentes sin importancia para su espíritu como el suyo. Todo pasa rápidamente y poco tiempo después se embarca para Europa. Lleva una intensa cultura médica que le permitirá asimilar todo lo que los clásicos puedan ofrecerle.

Conoce allí a los grandes maestros: Babinski, Déjérine, Sergent, Besançon... Todos esos cíclopes de la medicina francesa le son familiares en la ciencia y en el trato. Llega hasta Italia, su país de origen. Asimila la Ciencia allí imperante y sumerge su espíritu de artista en los escondidos tesoros que guarda la Roma Eterna. Visita su solar natal, evoca los recuerdos de sus antepasados y vuelve de nuevo a estas tierras más inquieto que nunca, con las alforjas del saber repletas de conocimientos, con un corazón henchido de esperanzas, con miles de proyectos a realizar.

Inicia febrilmente su acción; todo lo quiere abarcar, la Ciencia, la Filosofía, la política, el Arte, la Historia, la Literatura. La época de Leonardo ha pasado, pero este hombre que posiblemente debió nacer cien años atrás, quiere encerrar en su cerebro todo el conocimiento humano de su época, con la misma audacia que el artista del Renacimiento quería representar una lucha de gigantes en el puño de una espada. Sólo una vertiginosa acción proteiforme, pero fecunda, recuerda Morelli de aquella época.

Un día le pregunto: «¿Qué hacía Ud., Maestro, en su juventud, en las horas de ocio?» Y él me responde: «Nunca tenía horas libres. ¡Solía diversificarme tanto!»

Morelli, como tantos otros selectos espíritus, pagó tributo a estos medios embrionarios, sobre todo en aquella época, que obligaba a los hombres de esta calidad a abarcar problemas múltiples, heterogéneos, pues así lo exigía la escasez de valores humanos.

Pronto inicia su tarea fundamental, su obra tisiológica.

Ha aparecido una nueva arma que parece revolucionar los conocimientos terapéuticos en la cura de la Tuberculosis: me refiero al pneumotórax.

Morelli se da por entero al estudio del método, lo practica con la audacia de los precursores, lo estudia con el ahínco que le es propio, atesora bibliografías con la capacidad del bibliómano reconocida en él. Proyecta escribir una obra trascendente en donde resumirá su experiencia de años; marcará los derroteros que es necesario seguir en la aplicación del método, y expondrá la bibliografía existente sobre el tema; todo con la elegancia y el arte de que él es poseedor.

Tiene ahora una colaboradora que endulza sus horas, estimula su trabajo, y perpetúa su estirpe; tiene una esposa. La quiere entrañablemente y ella colaborará en esta su obra que considera fundamental.

Y aparece su tratado sobre pneumotórax, obra fundamental en la literatura científica de Latino–América; pilar principal en las publicaciones de nuestra escuela Médica.

Morelli hubiera justificado su existencia con sólo haber escrito este hermoso libro.

Ahora es ya un maestro dentro de la Tisiología de su época. Conoce esta rama de la ciencia como nadie, sabe de sus secretos y conoce también sus fracasos.

Pero es tanta su avidez de aprender, es tanta la curiosidad de su espíritu, que no decide dedicar todos sus esfuerzos al estudio de este sector del conocimiento; y es así cómo hoy lo veréis entrañablemente preocupado con un tema de Tisiología, mañana estará dictando una clase esmeradamente preparada sobre cronaxia, y pocas horas después llegarán a su escritorio todos los libros y monografías que sobre temas de Metafísica acaban de aparecer.

Su espíritu humanista no se aviene con las rígidas disciplinas de la ciencia actual que exigen que el hombre siga un estrecho surco profundizándolo sin prestar atención a los problemas que se van planteando a su lado, ni detenerse a admirar o a coger las flores que se presentan en la vera del camino. El es un gustador de la vida y quiere conocer todo aquello que la inteligencia del hombre o l espíritu creador del artista edifican.

Recorred su bibliografía personal: cientos y cientos de trabajos, todos sobre diferentes temas, todos planteados, todos resueltos.

El hombre es esclavo de un determinismo psicofisiológico, en nuestro sentir; es como lo quiere su constitución; así es la constitución de Morelli, y así será su obra.

No son humanas ni lógicas tontas críticas de comentaristas desocupados sobre lo que podía haber hecho; lo lógico y viril es reconocer lo que se ha hecho. Y por otra parte, comparando lo que se puede hacer en el momento actual, puede deducirse lo que era factible en esa época en donde no existía, no existe actualmente, un ambiente propicio para severas investigaciones; todo fallaba, medios, colaboradores, ambiente, material de investigación; sólo teniendo una férrea voluntad y una recia personalidad, era posible dejar grabado el paso del cientista por esas desoladas y áridas épocas.

Fue siempre profundamente tolerante; logró reunir a su lado, en cierto momento, colaboradores que sustentaban las más contradictorias ideas. En su clínica hay convivido, en su trabajo diario, místicos como Abascal, anarquistas como Bottero, socialistas como yo, hombres que él sabía que combatíamos con todo nuestro ardor sus ideas políticas, que las ubicábamos dentro de los severos límites de un conservadorismo que siempre creímos perjudicial y enemigo para la felicidad de los hombres humildes. Jamás puso reparos a nuestra manera de pensar, haciendo en ocasiones un estudio analítico de nuestro ideario y reconociendo los puntos que él aceptada como buenos.

Se equivocan los que crean o digan que ofreció su ciencia con más amor a los que profesaban sus mismas ideas filosóficas o pertenecían a su mismo sector político. Ofreció siempre, generosamente, su ciencia al hombre, sin tener en cuenta para nada lo político o lo filosófico.

Yo no vengo a deciros que en este hombre sólo existe lo excepcional, lo puro, lo virtuoso. No. De la misma manera que en tantos años de amistad pude percibir las aristas más brillantes de su personalidad, pude observar también que tenía defectos, fallas, y tal vez alguna claudicación; pero ¿es que habéis conocido hombres puros? Y por otra parte, el defecto, ¿no entra dentro de la constitución del hombre como inexorable fatalismo? Los puros llegan al Apostolado y, creedme, señores, que desde que existe el hombre, el número de apóstoles no debió sobrepasa a doce. ¿Dónde está el hombre con la suficiente autoridad moral para criticar los defectos de otro hombre?

Morelli forma parte de una maravillosa generación de hombres que yo tuve la suerte de mirar desde abajo, de conocerlos en la cátedra y también en la vida; verdaderos maestros que, como antes he dicho, pagaron tributo al medio primitivo en que actuaron, pero que dejaron, en el espíritu de las generaciones a quienes enseñaron, la huella de su indiscutible personalidad.

A esa generación pertenecen hombres como Alfredo Navarro, señor de la cátedra, de inigualada elegancia en el decir, majestuoso, hierático en el hacer; dueño de una vasta cultura médica, poseedor de un dinamismo que propulsa o destruye, y en ambos casos igualmente maravilloso. Los grandes clásicos franceses fueron sus condiscípulos y no debieron haber llegado más alto que él.

Turenne, el galo, que no se conforma con ejercer la medicina como un arte, sino que es un artista de su vida. Su cerebro está alumbrado por la llama de la Francia eterna.

Lamas, el épico, recio espíritu de acero que dominó la ciencia de su época, formó escuela entre sus discípulos y legiones en su pueblo, pues a su alma de maestro, se unía el viril carácter de un caudillo.

Lussich, ¡justo, ecuánime, virtuoso, Catón de nuestros días! Su figura puede exhibirse como ejemplo ante las nuevas generaciones como un legado de virtudes.

Mondino, el santo laico. Desparramó con gesto generoso y noble la enseñanza que asimiló en largos años de penoso aprendizaje. Y tantos otros que yo no tuve la suerte de conocer.

Los que rigen los destinos de nuestra Facultad no podrían realizar acción más grande y simbólica que fundir en bronce las figuras de estos hombres. Ellas evocarían épocas pasadas en las que para triunfar había que tener, además de otras cualidades, espíritu épico. Tiempos difíciles en que los arquitectos de nuestra magna obra no se dedicaban a superfluas decoraciones, sino a construir los cimientos básicos que hoy sostienen el complejo y enorme edificio que es la Medicina moderna.

No hay cultura sin tradición. Los hombres de que os he hablado constituyen la tradición de nuestra cultura médica.

Hace algunos años se encomendó a Morelli a la creación de nuestro Instituto de Tisiología y se le dio un título y un depósito de tuberculosos crónicos para que

hiciese escuela, para formar discípulos, para realizar obra social. Y todo esto a un hombre que ya hace tiempo ha pasado los sesenta años, que en su creación científica disputa una carrera con el tiempo, para quien cada minuto que pasa es de vital importancia, pues la marcha del tiempo es ahora muy diferente a la de los años mozos. Otro se hubiera desanimado ante semejante ambiente, paupérrimo, de trabajo; pero este hombre no desmayó y como el personaje de la leyenda se propuso hacer germinar una simiente en árido desierto. Vio a políticos, personas influyentes a quienes expuso sus problemas, aprovechó su situación de hombre de partido para obtener rubros, adquirir aparatos, crear puestos, etc., con el fin de fundar un Instituto que aun estando situado en insalubres sótanos, más convenientes para albergue de animales de experimentación que para locales de trabajo, pudiera cumplirse la labor que se le había asignado.

Son muy pocos los que conocen todo el esfuerzo que tuvo que hacer Morelli para la obtención del material y personal con que este Instituto actualmente cuenta.

Juntos recorrimos muchas veces oficinas y Ministerios para pedir, insistentemente, lo que él creía imprescindible. Gracias a Morelli el Instituto posee un discreto material de investigación que le permite, en el momento actual, iniciar una obra que tendrá vasta proyección en lo científico y social en un futuro próximo.

Nuevamente aquí, Morelli fue generoso conmigo al extremo. Puso a mi disposición todos los medios a su alcance para que yo pudiera iniciar una actividad científica que es y ha de ser sin duda mi orientación definitiva: la Medicina Social.

Dejó en mis manos la dirección de la Sección Epidemiología de este Instituto, que inició, dentro del ambiente docente, una nueva orientación en la investigación científica.

Aquí, como otras veces, hice lo posible por no defraudar a mi Maestro y justificar la confianza que me dispensó. Cúmpleme manifestar que el acto generoso de Morelli hoy tiene retribución, pues con mi compañero Piaggio, logramos realizar el estudio epidemiológico de 60.000 personas, constituyendo así un material científico que sabremos aprovechar y servirá de tema de estudio a los que vienen subiendo detrás nuestro.

¡Cuánto podría decirse de este hombre que solamente en la enseñanza de la Medicina lleva actuando más de 55 años! ¿Sabéis lo que es enseñar durante 55 años?

Sólo pueden enseñar los que viven en perpetua tensión, los que tienen sus antenas prontas para captar toda onda de cultura que circula en el Cosmos, los que llevan dentro de sí el fuego del entusiasmo que deben propagar a sus discípulos, los que saben sentir lo que enseñan.

Los que así enseñan, cada vez que lo hacen se desprenden de algo de sí mismos, y al hacerlo vibra su espíritu como elástica vara.

No hace mucho tiempo, al final de una clase, Morelli me dijo: «Vive Ud. todavía la emoción de la clase. ¡Cuántas veces la he sentido en mi vida!»

En el transcurso de esta disertación he preferido más que hacer un estudio analítico de la personalidad de Morelli, hablar de nuestra amistad, de la influencia que en mí ha tenido, de lo mucho que le debo, del profundo agradecimiento que le guardo, de lo entrañablemente que lo aprecio; es que todo esto me resulta fácil expresarlo, y es una especie de alivio que siento al dar forma a estos sentimientos; es algo así como si me desprendiese de parte de una pesada carga que voy llevando. Por otra parte, tú, Morelli, eres un afectivo, un sentimental, y hoy te he hablado con sincero lenguaje del afecto. ¡Te ha hablado mi corazón!

Maestro: vienes de vuelta por el camino de la vida. Traes el recuerdo de jornadas pasadas en las que unas veces te has embriagado con el vino del triunfo, y otras has probado el acíbar del fracaso.

Has amado y te han amado. Has luchado y en tu alma han quedado las huellas de mil justas cumplidas. Yo te he visto subir impulsivo y anhelante y bajar poseído de augusta serenidad. Dime, Maestro, ¿qué has visto desde arriba?

Tal vez tu carne esté cansada, es posible que no quieras volver a recorrer lo andado, pero tu espíritu se siente con ansias de subir nuevas cuestas, de seguir salvando obstáculos, de sacudirse con nuevos bríos.

¡Trágico desacuerdo entre la carne y el alma que suele perpetuarse hasta el fin de la existencia!

Yo voy subiendo, estoy muy lejos del nevado pico del que por voluntad propia decidiste emprender el retorno. Está tan alto, falta tanto para llegar a él, que no sé si tendré fuerzas para alcanzarlo; pero cuanto más me aproxime, tanto mejor podré apreciar la distancia que lo separa de lo vulgar, tanto mejor podré ver lo grande que tú has sido.

Maestro: hace tiempo que te noto apartado, retraído, sumergido en ti mismo, poseído de augusta serenidad.

¡Haces bien! Consérvate así. Estás en la época de la vida en que el hombre sólo debe enfrentarse con lo sublime o trascendente.

Si alguien quiere saber de ti, si alguien quiere saber quién eres, que vaya a estudiar tu obra, pues tú, como el grande Miguel Ángel, puedes decir a ella: «¡Habla por mí!»

Y esto, Morelli, te lo digo yo, que soy uno de tus tantos discípulos ¡que soy el más fiel de tus discípulos!

14. García Pintos, Salvador. Juicio sobre el Dr. J. B. Morelli en la Cámara de Representantes. *El Bien Público, 3.I.1948.*

Damos a continuación el texto de la alocución que sobre la personalidad del Dr. Juan B. Morelli, pronunció en la Cámara de Diputados el representante Dr. Salvador García Pintos:

Señor García Pintos.– Pido la palabra.

Señor Presidente.– Tiene la palabra el señor diputado.

Señor García Pintos.– Señor Presidente: Nuestro sector ha adherido a los homenajes fúnebres propuestos por el Poder Ejecutivo en honor del doctor Morelli, con la íntima convicción de que ellos guardan una adecuada proporción con el deber de justicia y de reconocimiento que el país contrae frente a sus hijos preclaros que bajan a la tumba.

Fue el doctor Morelli hijo de esta tierra a pesar del hecho físico de no haber nacido en ella, tierra que amó entrañablemente y que sirvió desde todos los puestos de actividad de su vida fecunda; vida fecunda en sentimientos generosos, fecunda en pensamientos levantados y fecunda en acciones benéficas para sus semejantes.

El doctor Morelli sirvió al país desde el sector de la cultura y de la ciencia, en que descolló con la prestancia de los maestros indiscutidos. Sin dejar de ser un humanista fino la estilo clásico, fue el doctor Morelli un cultor apasionado de las ciencias naturales, de la física, de la astronomía, de la biología, de la medicina: de la medicina sobre todo, que fue en sus manos un precioso instrumento para la docencia de varias generaciones de médicos y un precioso instrumento para la curación o alivio de muchas generaciones de enfermos de nuestra ciudad y de nuestra campaña.

Fue el doctor Morelli un maestro eximio de la clínica humana. Fue un maestro en la acabada acepción de la palabra, un maestro por vocación, por convicción y por imperativo del deber que le imponía su calidad de hombre sabio. Fue con Morquio, con Ricaldoni, con Soca, con Navarro, uno de los forjadores iniciales de la brillante escuela médica uruguaya; fue un precursor de la Tisiología, como rama de la medicina especializada, en el Uruguay, en la América Latina y acaso en toda la América, introdujo en estos países el método curativo de Neumotórax artificial, llamado de Forlanini, y su obra «princeps» sobre este mecanismo de curación de la tuberculosis fue admirado y recomendado por el inventor del sistema, libro que, a pesar de su antigüedad, aún sigue siendo una fuente valiosa de documentación y de enseñanzas.

El doctor Morelli, que hizo de su vida un permanente culto de estas disciplinas científicas, se distinguió también por otra faceta singular: su militancia política; la política, que él concibió a la manera noble y caballeresca que explica esta sensación unánime de que una vida intensamente aplicada a la política, luego de extinguirse, no deja tras de sí ningún recuerdo amargo, ni aún ente aquellos que fueron sus adversarios; y es porque el tono dominante de esta su militancia política fue siempre el de una gran moderación, alentada por una gran sinceridad...

(Muy bien)

... La gran sinceridad que llevaba el doctor Morelli a ver en sus adversarios su propia imagen, la de los conciudadanos mirando hacia el mismo ideal y hacia la

misma meta, con la única diferencia que miran ellos a través de prismas diferentes; y estos prismas que son las ideas, no siempre se eligen, sino que ellas se imponen a la mente por la fuerza de su sugestión. De allí ese tono respetuoso del doctor Morelli frente a sus adversarios políticos. El doctor Morelli sirvió al país desde ésta su actividad política con la naturalidad de quien concibe en ella el cumplimiento de un deber. Su condición de hombre de ciencia, de hombre totalmente absorbido por los cuidados de su profesión y por los afanes de sus obligaciones de universitario y de docente, no encontraba excusa para sustraerse a ese deber de todos los ciudadanos, de prestar sus servicios a la política, a esta política a la cual él nada le pedía y a la cual nada le debió, fuera de la satisfacción de los servicios prestados sin ponerles precio.

(Muy bien)

–Me permitiré, señor Presidente, que nuestro sector, por su condición de sector militante en ideas religiosas, recuerde otra faceta singular de la vida de esta brillante personalidad extinguida. Fue la comunidad de la fe religiosa que nos vinculaba a la misma. El doctor Morelli, como todos los hombres de su tiempo, sobre todo como los universitarios de su generación, creció y se formó en la filosofía del agnosticismo, del escepticismo metafísico y casi de una concepción materialista de la vida; pero el doctor Morelli, que no era solamente un hombre de ciencia, sino que fue un hombre de intensa vida interior, fue llevado por sus preocupaciones filosóficas, lentamente y en una evolución natural, hacia una concepción menos materialista de la vida; luego, a una concepción espiritualista de la misma, para terminar en la concepción religiosa de la vida, que al fin y al cabo no es más que el complemento y la coronación de la primera.

Fue primeramente un convertido cerebral, conversión acaecida cuando el doctor Morelli estaba en el apogeo de sus facultades mentales y en el pináculo de su gloria de sabio; un convertido cerebral, primero donde la verdad es todavía fría, como la luz de los astros muertos, que sólo pueden reflejarla recibida de otros, pero sin calor propio. Mas como también ocurre siempre en los hombres que con sinceridad buscan la senda de la verdad, sin oponerle trabas, esa verdad marcha, invade otras regiones del espíritu y, cuando llega a transformarse en amor y hacerse sentimiento, ya esa verdad que entró por la vía del raciocinio filosófico, a fertilizado el espíritu y lo ha vuelto apto para la fecundación por la Fe; la hora en la Fe desciende de lo alto como un don inestimable y gratuito, está próxima. Y así ocurrió en el doctor Morelli, cuya vida, al parecer sumergida en los afanes de la Ciencia y la Política, mantuvo siempre encendidas las altas lámparas de la Espiritualidad.

Abrazó la religión católica, se hizo confesor de la divinidad de Cristo e ingresó en su Iglesia aceptando el indiscutible imperio sobre las conciencias que esta sociedad espiritual ejerce en la tierra. Encontró el doctor Morelli que nada había perdido de su libertad al entrar decididamente en la esfera del imperio religioso, que la fe se armoniza, sin interferencias ni estorbos,

con la libertad más pura del espíritu para toda clase de investigaciones; y así el doctor Morelli fue, con toda libertad y con toda verdad, un perfecto cristiano en el concepto integral de este vocablo y un perfecto hombre de ciencia porque son las de la Razón y de la Fe, verdades paralelas y no contrarias, que marchan del brazo por los caminos de la vida sin estorbarse en sus pasos respectivos.

Han de permitir el señor Presidente y los estimados colegas de Cámara que yo traiga este recuerdo en este momento, porque siento que así cumplo con una necesidad espiritual, porque este recuerdo de la profunda vida interior del doctor Morelli, ya empapada plenamente por la Gracia y las verdades de la fe, hace de nuestra afirmación una verdad, a saber, que su vida terrenal que acaba de extinguirse, renace para una vivencia definitiva en la contemplación de la verdad completa, desnuda ya de las desfiguraciones que le impone nuestra visión antropomórfica y analógica de las grandes verdades metafísicas que se refieren a Dios. La contemplación de esa verdad sin sombras y el goce de ese bien sin límites, el Bien Supremo, y la Verdad Suprema que como sabía el doctor Morelli se identifica con la esencia y la definición misma del Creador.

He terminado.

(Muy bien).

15. Marino, Uruguay. A diez años de la muerte del Profesor Morelli, s/p, Montevideo, 1958.

Su vida y su obra

«Si por desdicha la Humanidad hubiera de desesperar definitivamente de la inmortalidad de la conciencia individual, el sentimiento más religioso con que podrían sustituirlo, sería el que nace de pensar en que, aún después de disuelta nuestra alma en el seno de las cosas, persistirá en la herencia que se trasmiten las generaciones humanas lo mejor de lo que ella ha sentido y sonado, su esencia más íntima y más pura al modo que el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarlo con su melancólica luz».

Rodó

Expiraba el año 1947, y aquel noble pecho entregaba al espacio su último suspiro: se cerraba así el ciclo vital de un hombre de excepción. Si en el ideario de la Filosofía espiritualista, se prevé el devenir del ser, ¡qué lugar de privilegio tendría determinado el alma del maestro!

Muy pocas como ella con el derecho a la conquista del eterno descanso en el más encumbrado sitial.

Jóvenes brazos de América extendidos en puente hacia el Continente milenario.

Cielos ignotos, majestáticos picachos cordilleranos verdor de valles sonados, vegetación de trópicos maravillosos, blancas arenas de soleadas playas de ríos anchos como mares, acogieron en su regazo a los hombres representantes de una milenaria civilización: cultura calidad, valor indómito, pujanza, laboriosidad, atributos de una latinidad que veneramos.

Estamos en las últimas décadas del siglo XIX: vare llegando a las playas del Plata numerosos representantes de la hidalga raza latina: artesanos, intelectuales, artistas, profesionales: magro el bagaje en las humildes maletas... pero enorme el caudal en el espíritu desbordante de fe y esperanza el corazón.

Así integrando uno de aquellos contingentes migratorios llegó a Uruguay la familia Morelli. Provenía del Mediodía de Italia, de la tierra donde el ardiente sol pone en los ojos de sus hijos un fulgor singular, y en el lama un «clan especial en inquietud comunicada por su generosa sangre de noble sembrador, le cupo desarrollar una amplia, proficua y generosa misión en el campo aún infértil de nuestra Medicina Nacional.

Juan B. Morelli, era uno de los hijos menores de aquella familia. Con frecuencia acompañaba a su padre en sus visitas a los enfermos, traducidas muchas veces en largas caminatas, a través de las mal empedradas calles de aquel Montevideo, aún casi colonial.

¿Fue el amor y la admiración hacia su padre, el dialogar en la frecuentación de su actividad profesional, o una vocación irrumpiendo con fuerza de impulso atávico lo que le impeliera a seguir la profesión de su progenitor?

Diríamos, un hombre predestinado a la profesión en cuyo ejercicio puede el hombre hacer el mayor bien a sus hermanos.

El Médico, El Profesor

Se graduó de médico el 26 de febrero de 1890. Dueño de un cerebro poderoso y de una voluntad férrea y decidida, aparece en el escenario de sus futuros triunfos en un momento en que la medicina Nacional necesitaba a los renovadores de su estirpe. Su erudición e inclinación por la docencia, fueron de inmediato utilizadas por la Facultad de Medicina, quien le llamó para dictar la cátedra de Bacteriología.

La investigación que le apasionaba, y su inclinación a la disciplina de las ciencias experimentales, le condujeron a la cátedra de Fisiología, a cuya enseñanza da vigoroso impulso.

El profesorado de Patología y la dirección de la Clínica Terapéutica, son las grandes avenidas que lo conducen a la cima: la cátedra de Clínica Médica, meta brillante de su extraordinaria carrera docente.

Culminó en la docencia, como culminara en todas las actividades al servicio de las cuales puso sus energías, consagrándose como Maestro Ilustre, profesor erudito, creador y propulsor de una célula de trabajo, sobre todo en el campo de las

enfermedades del aparato respiratorio, proyectada luego en Escuela: la Escuela Tisiológica del Uruguay.

Saber enseñar se ha dicho es algo así como saber engendrar la ficción maravillosa del recuerdo. En sus lecciones era claro, fácil, sencillo, fluido, ameno, transparente, dejando la sensación de alguien que hiciera un relatorio de hechos que le hubiesen ocurrido a él mismo.

Hacer escuela, singular tarea, en nuestro medio reservada a muy pocos. Arar hondo y sembrar profundo en sus discípulos que han de prolongar en el tiempo su obra; he ahí al Maestro Juan N. Quagliotti, José A. Gallinal, Abelardo Sáenz, Manuel Abascal, Carlos H. Murguía, Gilberto Sáenz, Camilo Fabini, Pablo Purriel, Julio C. Benítez, Aristeo Piaggio, etc. Son nombres que algo dicen de la prosecución de su obra.

Entre los privilegios que nos brindó la vida a los que tuvimos la suerte de ser sus discípulos y colaboradores asiduos, contarnos el de la frecuentación de un hombre poseedor de uno de los espíritus más bondadosos.

Se ha dicho, que no importa que el médico no sea tres veces sabio, con tal que resulte seis veces piadoso.

«¿Me concedes al menos la piedad? No puedo vivir sin piedad si llego a ser médico», dijo Axel Munthe al «fantasma desconocido»; y la piedad del médico, olvidada en el juramento hipocrático, y que debe ser en su carne en su espíritu, enseñoreaba en el Maestro.

En el difícil trato con el enfermo objeto de la lección, no descuidaba jamás el subterfugio dialéctico, para que el alumno captara perfectamente el sentido de la exposición, al mismo tiempo que mantenía alerta su preocupación para enmascararla frente a la atención a veces demasiado alerta, del enfermo motivo de la clase. Siempre alcanzaba la conquista del enfermo, frecuentemente huraño y no muy dispuesto a entregarse para ser escudriñado con la finalidad, de una completa historia clínica. Así lo vimos siempre, hurgando en su sed de saber, inclinándose ante las camas de sus enfermos, inquiriendo un dato clínico, brindando un cariñoso consejo u ofrendando las frases de consuelo que tan bien sabía manejar y que tanto se adentra en el alma de los que están por perder la última esperanza.

La docencia le atraía siempre en este afán brotado de un ingente natural y generoso que le ordenaba transmitir a los demás los conocimientos adquiridos en sus jornadas de estudio sin límites, y entregar generosamente el tesoro copiado en el pasado de su dilatada experiencia. Su erudición le permitía remontarse siempre a las nociones generales, siempre necesarias para la buena observación y la exacta interpretación de los hechos. «Qué pequeños somos, y cuán poco sabemos», repetía con frecuencia; y eso lo decía quien podía avizorar el panorama desde la cima de su gigantesca talla moral, y quien podía hablar durante cinco clases consecutivas sobre propiedades de los alcoholes, durante una semana sobre los peligros de la punción lumbar, o sobre la farmacodinamia de los compuestos

digitálicos, durante seis meses consecutivos sobre el neumotórax artificial, hacer un curso de dos meses sobre «síndrome del núcleo rojo», o escribir el más completo tratado sobre el origen de la lengua italiana.

La historia de nuestra Facultad de Medicina está jalonada por un período culminado entre los años 1915–1945, que bien podría llamarse «la época de oro» de la Facultad, período que caracteriza un pedazo de esa historia que, haciendo una excepción a lo expresado en la frase, muy posiblemente ya no se repita.

Cinco ilustres nombres dieron relieve y brillo a ese lapso: Soca, Navarro, Ricaldoni, Morquio y Morelli; estatutario el relieve y deslumbrador el brillo.

Siempre sostuvimos que, de no haberse diluido y prodigado tanto en tan múltiples y variadas actividades intelectuales, Morelli hubiera sido el mejor profesor de Clínica de nuestra Facultad. Su celebración excepcional, así lo hacía presumir; pero su temperamental inquietud y su generosidad, conspiraron contra lo que hubiese sido fácil realización.

Profesor de Clínica, Senador de la República, Presidente del Senado durante varios períodos, integrante de múltiples sociedades científicas a las que concurría y presentaba trabajos, la asidua y proverbial atención a una profusa y absorbente clientela privada, en la que por cierto no primaba el interés material, etc., no obstaban para que siempre encontrara algún intersticio de tiempo, para llenarlo con el estudio, cuando no lo escamoteara a sus menguadas horas de reposo.

El Médico y su Obra

Ya hemos dicho en alguna otra oportunidad que Morelli fue el hombre que mejor estudió la tuberculosis en el Uruguay. Las primeras etapas del ejercicio de su profesión coincidieron con un período de inusitado auge epidemiológico de la terrible enfermedad.

Apenas habían transcurrido unos pocos años desde que Robert Koch descubriera el micobacterium, haciéndose la luz para todos los ojos se pusiera fin a la vieja y enconada lucha entre contagionistas y anticontagionistas. La enfermedad diezmaba a la juventud, tronchando numerosas vidas en flor. Eran sobre todo los humildes, los más débiles económicamente los que pagaban mayor tributo al flagelo, y ya no dudó un solo momento en dedicar lo mejor de sus afanes y de su vida a la batalla contra esa dolencia. En el sector de su clínica terapéutica del Hospital Fermín Ferreira, y en el viejo Hospital Maciel, comenzó las pacientes observaciones, el conocimiento a fondo de las características epidemiológicas, la identificación de las proteiformes manifestaciones clínicas y su preocupación por lo más decepcionante: lo poco con que se contaba en el arsenal terapéutico para combatir la enfermedad.

Era la época en que la carencia de recursos terapéuticos obligaba a prenderse de un clavo ardiendo. Ya Forlanini y Murphy, siguiendo las ideas del escocés James Carson y después de experimentar en animales, habían inyectado aire en el tórax

de enfermos tuberculosos con fines curativos. En honor a la verdad, puede afirmarse que Forlanini y Murphy alimentaron la idea inicial del procedimiento, en la misma época. Morelli tomó con ahínco el estudio del método.

Cumplidos los estudios experimentales y luego de pacientes observaciones, lo ensaya en algunos enfermos y el resultado es satisfactorio. Desde entonces, por una asidua correspondencia establece un permanente contacto con el ilustre Profesor de la Facultad de Pavia, intercambiando impresiones. El beneficio del método va extendiéndose a mayor número de enfermos, y su satisfacción se ve colmada al encontrar una nueva arma que, bien esgrimida, va a permitir arrebatar muchas vidas a la eterna enemiga.

Pero al mismo tiempo aparecen en el escenario los escépticos y los recalcitrantes opositores al método de la colapsoterapia. La lucha se entabla recia. En las filas de los contrarios al procedimiento, forman algunas figuras de gran prestigio en la Medicina Nacional. Es necesario defenderse y convencer; y el mejor argumento para la defensa y el convencimiento es la presentación de los enfermos mejorados y curados cada vez más numerosos; y así llega a reunir un profuso material que le permite en el año 1919, responder a los detractores con la publicación de un tratado sobre colapsoterapia de la tuberculosis pulmonar, titulado: «Pneumotórax artificial y otras intervenciones en la tuberculosis pulmonar», en dos fascículos, contando con mil doscientas treinta y tres páginas y dos mil fichas bibliográficas, tomadas de los trabajos originales.

«Representó para médicos y especialistas de América dijo el Profesor Sayago la guía fundamenta, y la mejor fuente de sus conocimientos en la práctica del «método de Forlanini». Y el amor y la emoción el entusiasmo y el fervor puestos en la obra, se trasuntan en las palabras con que en simbólica donación finaliza el prólogo: «entrego a mis discípulos y colegas este trabajo que refleja los ocho años de labor científica y sentimental más ocupados de mi vida de médico y de profesor».

El prestigio del famoso tratado sobrevivió al auge del método, constituyendo la fuente de información y de consulta más completa publicada sobre el tema.

La recopilación de los innumerables trabajos publicados en revistas de diversos países, integraría varios volúmenes; y ejerciendo la dirección del Instituto de Tisiología a que fundó, y lleva su ilustre nombre, publicó los «Archivos de Tisiología y Pneumología», donde se encuentran los más enjundiosos trabajos de sus últimos años, destacándose sobre todo los referentes al «istmo pulmonar» y «sistematizaciones embriogénicas en patología pulmonar».

El Hombre

Su temperamento pasional de meridional, auténtico, aparecía dominante en toda actividad que conmoviera su espíritu. Así transcurrió su inquieta juventud entregado con ardor al estudio y a las luchas por las reivindicaciones sociales.

Viviendo en una época que exigía definiciones, su temperamento pasional y romántico, no podía mantenerlo ajeno a las luchas ciudadanas, cuando se jugaban los destinos de su patria de adopción, y decididamente tomo posición en uno de los bandos en pugna. Integrante de una sociedad a la que se había dado entero, su solidaridad abarcaba no solamente la defensa de la salud física de sus semejantes, sino también la de las libertades ciudadanas y –equivocado o no– se jugó entero cuando las creyó amenazadas.

La pasión política dominaba los ánimos; era el signo de la época.

Años más tarde, la fatalidad se cierne sobre el hogar del prominente hombre público, jefe del partido político opuesto al suyo. Se enferma seriamente un dilecto familiar del referido personaje; todo concurre, a la gravedad del caso, a que se haga imprescindible la opinión del Maestro. El entrañable amor paterno puede más que el encono, y la enemistad política, y se solicitan sus servicios profesionales.

El episodio vivido es digno de ambos personajes ¿Qué ocurrirá?... que de él salen enaltecidas dos figuras próceres.

Son las dos de la tarde; llega el Dr. Morelli a su casa, luego de una semana de intenso trajín, cuando le esperaba el requerimiento. Este, no llega a iniciarse, puesto que, volviéndose rápidamente el Maestro, ya enterado que iba a ser llamado, contesta con un firme «estoy a las órdenes, señor, y dispuesto a ir ahora mismo a ver a la enferma, cuya asistencia tomaré a mi cargo si así es el deseo».

«Ese mismo día, empezó una denodada lucha contra una inexorable enfermedad. Así era el hombre; así era el médico.

Viviendo para el trabajo y para el bien, huyendo del invasor y desintegrante epicureísmo, siempre prevaleció en él, el concepto senequista, de la existencia, la que propendió a preparar y fertilizar su espíritu para la germinación de una poderosa influencia que pronto se cerniría sobre él.

En la biografía de los grandes hombres, con frecuencia se percibe el influjo que un libro o algunos libros ejercieron en alguna etapa de su vida. Fue decisiva –y con frecuencia se lo oíamos comentar– la influencia que sobre el espíritu del maestro, ya iniciada su madurez, ejercieron los libros de uno de sus autores favoritos: Giovanni Pappini; contribuyendo de una manera fundamental en el viraje de sus ideas filosóficas, austeridad en que siempre vivió se hizo más rígida, y luego, la desolación provocada por la pérdida de uno de sus seres más queridos, fue paulatinamente dando paso al ascetismo de sus últimos años.

Han pasado diez años desde su muerte. Ahora, a través de ese lente con que se cubren las distancias y los días, lente de la evocación la nostalgia, con frecuencia enturbiado por las lágrimas, te seguiremos viendo allí, Maestro; sabio, activo, recto, paternal, sin mostrar, jamás el ceño adusto tan propicio al empaque del magister encastillado en la marfilínea torre; sino llano, indulgente, comunicativo, comprensivo, pleno de ternura, esencial y serenamente humano, con el gesto

magnífico y casi divino con que diariamente y durante largos años contribuisteis a la formación médica de las corrientes juveniles que llegaban a tu clínica.

Como todos los que han cumplido un destino glorioso, tienes que haberte dormido en el regazo de la muerte con una sonrisa placentera de los que saben que, : «aún después de disuelta nuestra alma en el seno de cosas, persistirá, en la herencia que se transmiten las generaciones humanas, lo mejor de lo que ella ha sentido y soñado, su esencia más y más pura, al modo que el rayo lumínico de la estrella extinguida persiste en lo infinito y desciende a acariciarlo con su melancólica luz».

ÍNDICE ONOMÁSTICO

A

Abadie, José P. 62
Abascal, Manuel B. 48, 49, 168, 175, 227, 232, 233, 234, 246, 247, 268, 273, 299, 342, 354
Abbas, Califa 210
Abella, Carlos María 171, 264, 324
Abreu, Eduardo 63
Abreu, Manoel D. 49, 51, 66, 214
Acevedo Díaz, Eduardo 17, 42, 112, 113, 118
Acuña de Figueroa, Francisco 261
Acuña, Uberfil R. 62
Achard, Arturo 99
Achard, Emile Charles 171, 324
Adami, Ángel 64, 116, 119
Addison, Thomas 94, 198, 209
Agasse–Lafont 273
Aguerre, Agustín J. 62
Aguirre González, Juan 321
Aguirre, Martín 43
Agustini, Delmira 17
Aicardi, Pedro G. 63
Albury, William R. 79
Alexander, John 153
Algorta, Flia. 63, 64
Algorta Guerra, Luis F. 105, 113, 324
Algorta, Juan Vicente 303
Algorta, Luis Felipe 49
Algorta Villademoros, Ana María 288
Algorta Villademoros, Carlos 288
Algorta Villademoros, Darío 288
Algorta Villademoros, Dolores 288
Algorta Villademoros, Eduardo 288
Algorta Villademoros, Elodia 288
Algorta Villademoros, Enrique 288
Algorta Villademoros, Isabel 288
Algorta Villademoros, Paulina 288
Algorta Villademoros, Ricardo 288
Algorta Villademoros, Rosa 63, 286, 288
Algorta y de Aurrecoechea, Nicolás de 288
Algorta y de Torres, Juan Vicente de 288
Álvarez, Agustín 304, 305, 306
Álvarez, Luis 42
Allende 51
Amenjeiros y Cía. 310
Anaya, Eduardo 113
Andral, Gabriel 210
Ansoategui, Héctor 63
Aragone, Domingo 166
Aragone, Juan Francisco 155, 157, 165, 166
Aranguren, Juan 62

Arcos, Ignacio C. 62, 303
Ardao, Arturo 17, 60, 245
Arechavaleta, José 15, 24, 25, 60, 67, 73, 75, 85, 167, 225, 255, 257, 258, 259, 261, 279, 291, 292, 328, 336
Arena, Domingo 29, 36, 43, 47, 62, 127, 132, 244, 313, 314
Argencio, Señor 310
Arocena, Ramón 40, 41, 118, 312, 313, 315, 316
Arocena, Tomás 157
Arosteguy, Abdón 46
Arregui, José María 62
Arrizabalaga, Gerardo 13, 15, 63
Artagaveytia Arocena, María Josefa 286
Artagaveytia, Mario 157, 159, 165
Arteaga, Enriqueta 288
Artigas, José Gervasio 290
Augereau, Francisco 285
Auggero, Juan Bautista 285
Ayestarán, Ángel 61
Azarola, Enrique 91, 101
Azcárate, Natalio 63
Aznárez Bertold, Gregorio 289
Aznárez Morelli, Adriana 289
Aznárez Morelli, Federico 289
Aznárez Morelli, Gabriel 289
Aznárez Morelli, Gregorio 289
Aznárez Morelli, Ignacio 289
Aznárez Morelli, María Eugenia 289
Aznárez Morelli, Mariana 289
Aznarez Morelli, Matías 289
Aznárez Morelli, Nicolás 289
Aznárez, Valentín 62, 303

B

Babès, Víctor 74
Babinski, Joseph J. 103, 106, 107, 341
Baccino, Presbítero 157
Bacigalupi, Esteban 59
Bacon, Francis 207
Bachini, Antonio 46, 65
Bado, José 15
Bado, Juan 62
Baitx, Enrique 63
Bandi, Monseñor 245
Barañano, Gregorio 268
Barattini, Luis 303
Barcia, Pedro 159
Barré, Jean A. 107, 208
Bastianini, Giuseppe 322
Bastos, Arturo J. 62
Bastos, Eduardo 49, 113, 324
Batlle Pacheco, Ana Amalia 8, 47, 121, 122, 125, 126, 127, 128, 130, 132, 133, 134, 268
Batlle Pacheco, César 47, 122
Batlle Pacheco, Flia. 132
Batlle Pacheco, Lorenzo 58
Batlle Pacheco, Rafael 122
Batlle y Ordóñez, Flia. 65, 122
Batlle y Ordóñez, José 17, 35, 36, 38, 39, 40, 41, 42, 43, 46, 47, 48, 54, 56, 57, 60, 64, 65, 103, 104, 111, 112, 113, 115, 121, 122, 124, 125, 127, 128, 130, 132, 133, 134, 137, 161, 163, 311
Baum, George L. 208
Baumgartem, Paul C. von 74
Bazzano, Héctor C. 63
Beisso, Alejandro 304, 305, 307, 308, 309
Belami, R. 154
Benítez, Julio C. 188, 299, 354
Benítez, Presbítero 157
Berg, Carlos 261
Berg, Frederick 77
Bergalli, Luis 64
Bergeron, Etienne J. 177
Berhuet, Capitán 314
Bernard, Claude 22, 94, 95, 96, 208, 209
Bernard, Etienne 269
Bernard, Léon 148
Berro, Arturo 64, 115
Berro, Bernardo P. 261
Berro, Carlos 43
Berrutti, Carlos 62
Berta, Arnoldo 215, 304, 306
Berta, Mario 244, 247, 274
Besançon 341
Bessio, Ángel 62

Betteder, Joaquín 62
Bianchi, Lázaro N. 63
Bichat, Xavier 81
Birn–Hirschfeld, Félix Viktor 205
Blanco Acevedo, Eduardo 157, 159, 171, 236, 324
Blanco Sienra, Juan Carlos 112, 304, 305, 307, 308, 309
Blixen, Samuel 13, 116, 119
Blocq, Paul O. 176
Blum, Léon 107
Bogini de Santa Agnese, Barón 285
Bolívar, Simón 321
Bolo, Susana 289
Boll, Adolfo 288
Boll Morelli, Adolfo José 288
Boll Morelli, Carmen 288
Boll Morelli, Germán 288
Bollini Folchi, Hebe 61
Bonnet, Julián 63
Bordoni, Josué 24, 60
Bordoni Pose, César 60
Bordoni Pose, Eliseo 60
Bortás, Antonio 208
Bosch, Isabelino 62
Boselli, Pietro 66
Bottai, Giuseppe 322
Bottaro, Luis P. 10, 13, 16, 41, 42, 63, 159, 304, 305, 306, 309
Bottazzi, Filippo 93, 99
Bottero, Virgilio 49, 64, 168, 227, 342
Bottini, Cyrilla de 23, 285
Bouchard, Charles 206
Bourguignon, George 323
Bove Macció, Héctor 180, 297
Boyle, Robert 207
Bozzolo, Profesor 196
Brase, Girdle 60
Brauer, Ludolph 105, 140, 146, 319
Bravo, Capitán 316
Brayce, Enrique 286
Brendel, Carlos 61
Bright, Richard 209
Brignole, Atilio C. 63
Brissaud, Édouard 107
Brito del Pino, Eduardo 329
Brito, Enrique 119
Brito Foresti, Carlos 167
Brito Foresti, José 15, 62, 63, 182, 208
Brizuela, Señor 44
Broca, Pierre P. 209
Brouardel, Paul C. 194
Brown–Séquard, Charles E. 27, 90, 94, 180, 197, 208, 209, 302
Brücke, Ernst W. 96
Bruel, Eugenio 62
Brum Larrachea, Fanny 288
Brussoni, Aldo 289
Brussoni Piccardo, Aldo 289
Brussoni Piccardo, Andrés 289
Brussoni Piccardo, Mariana 289
Buceta, Miguel 62
Bullock, E. S. 147
Buño, Washington 61
Burgues, Luis Romeo 44
Burgues Roca, Sandra 7, 61
Burgues, Romeo 44, 318
Burlando, Ernesto 62
Burmester, Ricardo A. 62
Butler, Flia. 64
Butler, Juana 288
Bynum, William F. 60, 79, 84

C

Cabrera, Carmelo 46, 115
Cáceres, Alfredo 274
Cáceres, Esther de 243, 274
Cadozo, Luis 294
Caffera, Francisco A. 62
Caillaux, Joseph 323
Calcagno, María R. 288
Calmette, Albert 76, 214
Calleriza, Óscar P. 58
Camacho, Tomás Gregorio 63, 170, 229, 320
Cámara, Zulma 290
Campos, Alfredo R. 116, 119
Camusso Torquinst, Rosa 288
Canessa, Juan Francisco 10, 13
Cantonnet Blanch, Pedro 223
Canzani, Raúl 247

Carafí, José Máximo 15, 62, 243, 327
Carbajal, Ángel 64
Carballido, Antonio R. 63
Carballido, José J. 63
Carballo Pou, Mariano 256
Carbó, Julián 63
Cardozo, E. 63
Carle 79
Carlosena, Carlos María 62
Carnelli, Lorenzo 56
Carrau, Antonio 304, 306
Carriquiri, Alberto 304
Carson, James 351
Carvallo Lerena, Antonio 43
Carve, Flia. 64
Casañas, Carmiña 290
Castellanos, Remigio 43
Castells, Constancio 303
Castex, Mariano R. 189, 299
Castillos, Flia. 64
Castro, Andrés 48
Castro, Emilio 62
Castro, Enrique 15
Catalina, Domingo 62
Cavallini, Giorgio 320
Cavallini, Mario 320
Cavanera, José N. 63
Cazau, Juan Francisco 62
Cerenville, Henri E. De 146
Cerviño, José M. 247
Clemenceau, George 107
Cobo, Señor 44
Cohelo, Juan José 64, 288
Colombres Navarro, Albertina 288
Colombres Navarro, María Eugenia 289
Collazo, Juan Antonio 171, 323
Comstock, George W. 154
Conti Díaz, Ismael 208
Coppola, Juan J. 62
Cordero, Ergasto H. 261
Cornelissen, Jozef 73
Cornil, Lucien 74
Correa 309
Correa, Practicante 42
Cortinas, Ismael 56, 312
Cottenot, Pierre 107
Coutinho, Luis Felipe 290
Coutinho Mones, Gonzalo 290
Coutinho Mones, Luis Felipe 290
Coutinho Mones, Rodrigo 290
Coutinho Mones, Verónica 290
Cravette, Mirabeau 46
Cremonesi, José 63
Crispo Brandis, Juan Antonio 24, 63, 104, 147, 328
Crovetto, Andrés 304
Cuervo, Ángel M. 42, 304, 306, 309
Cuestas, Juan Lindolfo 110, 111, 112
Cuocco, Luis 62
Curuchaga, Luis 62
Cusano, Ángel María 58, 219, 267
Cusoátegui, Fortunato 63

C H

Chaillous, Louis 107
Chamberland, Charles 76
Chans, Juan 62
Charcot, Jean Martin 79, 107, 176, 177
Charlone, César 219
Charpentier, Augustin 107
Chaveau, Adolphe 93
Chiafarini Díaz, J. 63
Chiaparra, José 35, 39, 40, 312, 314, 316
Chifflet, Abel 59
Chiozza, Juan J. 63

D

Daguerre, Leonesto 313
Danieri, Gerónimo 62
Danieri, Leonardo 63
D'Arsonval, Jacques Arsène 27, 90, 94, 209, 302
Daudet, Léon 172, 324
D'Auggero Bottini, Alberto 23
D'Auggero Bottini, Constanza 22, 23, 285
D'Auggero, Juan Bautista 22
Davaine, Casimir 77
de las Carreras, Roberto 13
De León, Jacinto 62, 176, 177

de León, Luis ... 62
de los Santos, Teresa ... 290
De María, Luis ... 63
De María, Pablo ... 29, 62, 101, 328
de Miero, Rafael ... 48, 62, 63, 122
De Nunzio, María Giuseppa ... 246
De Paulo, A. ... 66
De Sierra, G. ... 63
Déjérine, Joseph J. ... 107, 341
del Campo, Benito ... 62
del Campo, Julián ... 310
Delgado, Asdrúbal ... 117
Delger, Buenaventura ... 62
Demaría, Juan C. ... 62
Demicheri, Florencio ... 62
Demicheri, Luis ... 15, 63
Dessein, María Celia ... 286
Deus, Sergio ... 113
Devincenzi, Garibaldi J. ... 261
Díaz, Juan José ... 68
Díaz, Practicante ... 304, 306
Diverio Alfonso, Gabriela ... 269
Doléris, Jacques Amédée ... 68, 69, 77
Don Bosco ... 245
Don Orione ... 165, 166, 172, 228, 229, 230, 245, 246, 321
Donath, William F. ... 79
Doyen, Eugène ... 72
Dreedam, John ... 259
Dubra, Mayor ... 38, 313
Duclaux, Emile ... 76
Dufrechou, Carlos ... 132
Duke–Elder, Stewart ... 208
Dumas, Jean–Baptiste ... 75
Durán, Jacinto ... 43
Duval, Mathias ... 92, 99

E

Echande, Señor ... 310
Egger, Eugenio R. ... 62
Ehrlich, Paul ... 133, 210, 211
Eirale, Juan Alberto ... 38, 39, 40, 64, 65, 117, 314
Ellauri, Plácido ... 60
Epifanio, Cleopatra ... 48, 168, 223, 281
Errandonea, Horacio ... 62
Errazquín, Manuel ... 261
Erserguer, Eduardo V. ... 134
Escalada, José ... 63
Espalter, Aquiles ... 58
Espalter, José ... 39
Estable, Clemente ... 254, 260
Estable, José J. ... 48, 168, 188, 264, 299
Etchandy, Miguel (hijo) ... 317
Etchecopar, Carlos ... 260
Etchegoyen, Martín ... 58
Etchelar, Rito ... 247
Etchepare, Bernardo ... 10, 13, 15, 16
Etchepare, Julio J. ... 62, 157
Eyksmann, Christian ... 73, 78

F

Fabini, Camilo ... 150, 154, 180, 203, 298, 354
Faravelli, Julio A. ... 62
Fasciolo, Señor ... 38, 39, 40, 117, 313, 315, 316, 317
Fasciolo, Sra. de ... 39, 314
Felippone, Florentino ... 40, 314
Fernández, Antonio María ... 46
Fernández Crespo, Daniel ... 59
Fernández, Elbio ... 288
Fernández, Olga ... 290
Fernández, Pedro ... 287
Fernández y Pintos de Malbar, Rosa María ... 286, 287, 288
Fernández y Vigil, Vicente ... 287
Ferrando y Olaondo, Pablo ... 63
Ferrara Piegas de Ferreira, María Laura ... 7
Ferrari, Juan Manuel ... 13
Ferrari, Manlio ... 223, 225
Ferrario, Benigno ... 254
Ferreira, Mariano ... 261
Ferrer, Arturo ... 63
Ferrere, Flia. ... 64
Ferrería, Manuel ... 62
Ferrero, Inés ... 289
Fiessinger, Noël ... 171, 324
Figari, Enrique ... 15, 41, 62
Figari, Pedro ... 13, 39, 40, 60, 304, 312
Finzi, Neville Samuel ... 256

Fiol de Pereda, Alejandro 62, 72, 194
Fleurquin, Juan 62, 63
Forgione De Nunzio, Francisco (Padre Pío) 246
Forgione, Grazio 246
Forlanini, Carlo 45, 47, 49, 50, 103, 104, 105, 106, 122, 137, 138, 140, 148, 153, 279, 319, 346, 351, 352
Forlanini, Enrico 106
Forteza, Francisco S. 267
Fourcade, Miguel E. 266
Franck, Francois 93
Frankel, Karl 83, 84, 153, 292
Fraser, Henry 79
Fredericq, Léon 92, 93, 96, 99, 295
Freire, Fernando J. 65
Freitas Mones, Alfredo 290
Freitas Mones, Mariana 290
Freitas, Piria 290
Freud, Segismund 239, 240, 241
Friedman, Lothar F. 122, 133
Friedreich, Nikolaus 79, 146
Fröhlich, Alfred 107
Frugoni, Emilio 130
Funck, Casimir 79

G

Galarza, Antonio 44
Galarza, Guillermo 43
Galarza, Pablo 36, 38, 39, 41, 43, 56, 117, 313, 314, 317
Galileo 17
Gallinal Acevedo, Lucía 288
Gallinal, Alejandro 62, 235, 247, 251
Gallinal, Alejandro (hijo) 166
Gallinal, Gustavo 58
Gallinal, José A. 354
Gaminara, Ángel 215
Garabelli, Arteo 63
Garabelli, Arturo 62
Garabelli, Domingo 63
Garat, Carlos M. 118
García Acevedo, Daniel 63
García Acevedo, Ildefonso 63
García, Bernardo 63, 315
García Carrère, Jorge 290
García de Paredes, Ana María 287
García de Zúñiga, Eduardo 13, 261
García, Diego 287
García, Guillermo 43, 44, 46
García Mones, Alicia 290
García Mones, María Inés 290
García Otero, Julio C. 51, 172, 223, 225, 243, 264, 266, 337
García Pintos, Salvador 58, 59, 227, 235, 243, 245, 247, 345, 346
García Rodríguez, Horacio 303, 304
García Villademoros, Diego 287
Garín, Kelly 290
Garra Rossi, Dora 8
Gascue, José 305
Gasparri, Cardenal Enrico 66
Gastesi, Martín 62
Gaudencio, José 63
Gautier, Armand 93
Gautrelet, Jean 171, 323
Gaviejo, Antonio 63
Gedele, K. B. 197, 208
Geisbock, John 205
Gelpi, Lilian 289
Giambruno, Cyro 58, 59, 267
Gianetto, Jaime 42, 304, 306, 309
Gibert, Ernest 61, 75, 258
Gil, Mario 113
Gil Pérez, Juan J. 113
Giménez Pastor 64
Giribaldi, Alfredo 63
Giribaldi, Fernando 63
Giudice, Roberto B. 65
Giuffra, Elzear 260
Gley, Eugène 93, 94, 96, 99
Golgi, Camilo 95, 106
Gomensoro, José B. 64
Gómez, Fernando D. 169, 220, 221, 281
Gómez, Gentil 115
Gomeza, José María 35, 58, 316
González Conzi, Efraín 65
González Hackenbruch, A. 62
González, Justo F. 63

González, Lizardo 46
González Tafernaberry, Juan A. 49, 113, 324
Gorlero Bacigalupi, Ruben 66, 213
Goyechea, Flia. 64
Graefe, Albrecht von 208
Gram, Hans Christian 60, 71
Gregorio XIV 247
Gregorio XVI 23
Grezzi, Juan María 62
Griesinger, Wilhelm 210
Grigauten, Jean 324
Griijns, Gerrit 78
Grompone, Antonio M. 261
Grozcourth, Flia. 64
Guani, Flia. 64
Guella, Arturo 289
Guella Piccardo, Francisco 289
Guella Piccardo, Juan Manuel 289
Guella Piccardo, Laura 289
Guella Piccardo, María 289
Guérin, Camille 76, 214
Guerra, María 288
Guerrero, Fernando 309, 316
Guglielmetti, José G. 62
Guglielmetti, Juan 25, 63, 328, 330
Guillain, Georges C. 208
Guinan, Michel 171, 324
Gutiérrez Blanco, Horacio 99, 118, 223
Gutiérrez, Fernando 64, 65, 119, 304

H

Haedo, Eduardo Víctor 65
Harvey, William 106
Hayem, Georges 93
Heber, Flia. 64
Heim de Balsac, S. 107
Helmholtz, Herman Ludwig Ferdinand 91
Hernández, Flia. 64
Herrera, Carlos María 13
Herrera de Garat, Mirtha. E. 118
Herrera de Lacalle, María Hortensia de 245
Herrera, Luis Alberto de 13, 22, 44, 56, 57, 110, 111, 112, 118, 243, 273, 274, 312, 315, 317
Herrera Salazar, José Benigno 161, 163
Herrera y Obes, Julio 14, 34, 134, 273
Herrera y Obes, Miguel 110
Herrera y Reissig, Julio 13, 17
Herrero y Salas, Eustaquio 72
Herriot, Edoard 107, 172, 323, 324
Hertwig, Richard 92, 93, 96, 99
Hofmann, Alba 290
Hofmann, August Willhelm von 208
Holveg, Flia. 64
Homaeche, Estenio 188
Hormaeche, Pedro 27, 71
Huchard, Henri 201
Hughlings Jackson, John 209
Hunt, James Ramsay 178, 207, 208, 296

I

Ibarra, José Pedro 169, 220, 223
Ibos, Señor 310
Idiarte Borda, Juan 32, 35, 75, 109, 110
Iglesias, Agustín 313, 315, 316
Iglesias, Juan 306
Iglesias Puig de Voulminot, Elvira 8, 134
Imas, Escolástico 113
Imof, Francisco 306
Infante López, Lilia 290
Irastorza, Susana 288
Irisarri, Manuel 63
Irrellor, Juan B. 118
Irureta Goyena, José 13, 235, 259, 312
Isabelle, Arsène 261
Isola, Albérico 10, 15, 29, 62, 63, 178, 179, 180, 196, 205, 297, 328
Iturriaga, Nereo 25, 328, 330
Iturzo, Luigi D. 171

J

Jacobeus, Hans Christian 142
Jansen, Barend Coenraad Petrus 79
Jiménez, Alberto 63
Juan Pablo II 245, 246, 247
Jurkowski, Julio 60, 68, 90, 279, 328

K

Kemmerich, Eduardo 27, 61, 82, 86, 102, 259, 328
King, Joseph 202
Kitasato, Shibasaburo 74
Koch, Robert 32, 45, 50, 60, 67, 71, 72, 75, 76, 77, 83, 84, 105, 133, 136, 150, 151, 152, 259, 351
Koster, Frederik 84
Kruse, Herman 133
Kullaa-Mikkonen, Alex 208
Kussmaul, Adolph 210

L

Labbé, Marcel Ernest 171, 323
Lacerda, Joao Batista 73, 79
Lacordelle, Alberto 39, 305, 314
Laennec, René Théophile 81
Laguardia, Rafael 61
Lamas, Alejandro 63
Lamas, Alfonso 10, 13, 62, 64, 115, 147, 206, 256, 305, 309, 315, 330, 343
Lamas, Diego 35, 109, 118
Lamas, Eduardo 64
Lamas, Gregorio 115, 118
Lantagnac, Adhemar de 285
Lapicque, Louis 171, 323
Larralde, Domingo 62
Larrañaga, Dámaso Antonio 261
Larrañaga, Rodolfo 57
Latorre, Cleto 313
Latorre, Lorenzo 326
Laubry, Charles 22, 103, 106, 107, 171, 202, 324
Launy, Stella 7
Laurent Bayle, Gaspard 81
Legrand, Diego 261
Legrand, Enrique 13, 43
Lehman, Jorgen 214
Lemos, T. 154, 297
Lenguas, Luis Pedro 10, 13, 35, 64, 110, 233, 243, 271, 278, 303, 304
Lenguas, Pedro 288
León XIII 262
Leopold, Guillermo 29, 62, 74, 82, 90, 278, 302
Lessa, Flia. 64
Levratto, Señor 44
Lister, Joseph 76
Locke, John 207
López Gutiérrez, Juan C. 59
López, Tránsito 251
Lorenzo, Eduardo 42, 304, 305, 306, 310
Lorenzo, Julio 63
Lucas, José Francisco 39, 314
Luciani, Luigi 93, 100
Luis XIV 327
Luisi, Paulina 105, 108, 227, 239, 245
Lussich, Arturo 13, 40, 41, 46, 62, 64, 343

L L

Lladó, Antonio 306
Llambías de Olivar, Ramón 100
Llovet, Juan 46

M

Mac Clymont, Jane 286
Mac Eachen, Eduardo 113
Mac Rae, Daniel F. 208
Mackinnon Clymont, Bryce 286
Mackinnon Clymont, Esther Janet 286
Mackinnon Clymont, Hellen 286
Mackinnon Clymont, John Henry 285, 286
Mackinnon Clymont, Peter 286
Mackinnon, Enrique 63
Mackinnon, Flia. 64
Mackinnon, John Bryce 286
Mackinnon, John Henry 288
Mackinnon, Juan E. 188, 299
Mackinnon y Algorta, Elena 286
Mackinnon y Algorta, Paulina Luisa 286
Mackinnon y Algorta, Ricardo Roberto 286
Mackinnon y Algorta, Rosa María Magdalena 7, 33, 56, 57, 63, 101, 225, 273, 285, 286, 288
Magendie, François 210
Maggiolo, Ángel C. 63
Magnan, Valentín 177

Majó, José 278
Malbar, María Jacinta 287
Manini Ríos, Carlos 66, 127
Mantoux, Charles 144
Mañé, Alberto 48, 49, 50, 51, 103, 105, 126, 127, 128, 130, 132, 134, 145, 146, 149, 150, 153, 155, 157, 159, 165, 168, 170, 202, 244, 267, 296, 297, 320, 321, 323
Mañé, Beatriz 288
Mañé, Elia. 64
Mañé Garzón, Alberto 321, 323
Mañé Garzón, Fernando 27, 34, 60, 61, 63, 64, 77, 78, 80, 84, 85, 133, 155, 247, 260, 261, 274, 283
Mañé Garzón, Hortensia 321, 322, 324
Mañé Lezica de Harley, Teodelina 7
Mañé Morelli, Haroldo 288
Mañé, Pablo 171, 288, 323, 324
Marcuse, Herbert 239
Marengo, Héctor 63
Marey, Etienne J. 93, 96
Marfan, Antoine Bernard Jean 171, 324
Marie, Pierre 107
Marín Pittaluga, Ramón 151, 154, 299
Marino, Uruguay 47, 48, 50, 59, 65, 168, 268, 269, 271, 348
Martel, Thierry de 107
Martín, Pedro 288
Martínez, Alejo 62, 64
Martínez, Eduardo E. 110
Martínez, Martín C. 43, 44
Martínez Montero, Alcides A. 118
Martínez Rodríguez, F. 62
Martínez, Señor 310
Martínez Vigil, Carlos 13
Martínez Vigil, Daniel 13
Martino, Pedro 15
Martirené, José 15, 51, 214, 216
Masini, Ramón 261
Massiotto, Carlos 41
Matiauda, José 222
Matisse, Henri 244
Matry 323
Maulitz, Richard C. 84
Mautone, Alejandra 290
Mazzella, Héctor 61, 64, 85
McKussick, Víctor 208
Melián Lafinur, Luis 130
Mello Aguerre, Miguel 169
Méndez del Marco, Aníbal 62, 303
Méndez, Gualberto 15–301, 278
Mendivil, Javier 63
Mendoza y Durán, Leopoldo 44
Mering, Joseph von 94
Mestre, Roberto 63
Metchnikov, Elie 96
Milans, Salvador 43
Miller, N. 208
Minkowski, Oskar 94
Mitchels, V. V. 208
Mitchell, John 197
Miveris, Francisco M. 63
Mondino, Luis P. 13, 52, 62, 63, 83, 113, 159, 256, 294, 324, 329, 343
Monegal, Señor 309
Mones Cámara, Alfredo Martín 290
Mones Cámara, María Alejandra 290
Mones Cámara, María Eugenia 290
Mones Cámara, Noel 290
Mones Casañas, Pastora 290
Mones Casañas, Ramiro 290
Mones de los Santos, Enrique 290
Mones de los Santos, Silvia 290
Mones Fernández, Pablo 290
Mones Garín, Marcos 290
Mones Garín, María Victoria 290
Mones Hoffmann, Juan Bautista 290
Mones Hoffmann, Leticia 290
Mones Hoffmann, Natalia 290
Mones Morelli, Alejandro 290
Mones Morelli, Alfredo 290
Mones Morelli, Enrique 290
Mones Morelli, Ernesto 290
Mones Morelli, Inés 290
Mones Morelli, Pablo 290
Mones Morelli, Silvia 290
Mones Morelli, Teresa 290
Mones Quintela, Alfredo 290
Mones Saxlund, María del Carmen 290
Mones Saxlund, María José 290

Monet, Claude 107
Monsani, Aquiles J. 63
Montaner, José Carlos 261
Montes Pareja, Justo 48, 264
Monteverde, Juan 327
Mora y Otero, Aurelio 41, 312
Morales, Señor 309, 316
Morató, Ernesto 62
Morató, Ovidio 62, 63
Morel, Bénédict Agustín 177
Morelli, Bartolomé 285
Morelli Brum, Jorge 288
Morelli Brum, Juan Enrique 288
Morelli Brum, Raúl 288
Morelli Brum, Ricardo 288
Morelli Calcagno, Andrés 288
Morelli Calcagno, Aníbal 288
Morelli Calcagno, Fanny 288
Morelli Colombres, Adriana 289
Morelli Colombres, Albertina 288
Morelli Colombres, Alberto Carlos 288
Morelli Colombres, Alejandro 290
Morelli Colombres, Eduardo 288
Morelli Colombres, Guillermina 288
Morelli Colombres, Guillermo 290
Morelli Colombres, José Eusebio 289
Morelli Colombres, Juan Bautista 289
Morelli Colombres, Luis Francisco 288
Morelli Colombres, María del Rosario 290
Morelli Colombres, María Eugenia 289
Morelli Colombres, Pablo 290
Morelli Colombres, Rafael Martín 288
Morelli Colombres, Sara Rosa 288
Morelli D'Auggero, Juan Bautista 23
Morelli D'Auggero, María 23, 285
Morelli, Domenico 285
Morelli Fernández, Beatriz 290
Morelli Fernández, Gonzalo 290
Morelli, Flia. 60
Morelli Gallinal, Alberto 288
Morelli Gallinal, Andrés 288
Morelli Gallinal, Francisco 288
Morelli Gallinal, Lucía Inés 288
Morelli, Giovanni 24
Morelli Infante, Juliana 290
Morelli Infante, Simón 290
Morelli Infante, Sofía 290
Morelli Irastorza, Ignacio 288
Morelli, José León 65
Morelli, Luis León 63
Morelli Mackinnon, Alberto Carlos 34, 183, 205, 273, 280, 288, 290, 298, 299, 320, 339
Morelli Mackinnon, Elena María 289
Morelli Mackinnon, Flia. 7, 285
Morelli Mackinnon, Helena María 34
Morelli Mackinnon, José León 19, 34, 271, 273
Morelli Mackinnon, Juan Enrique 34, 57, 192, 227, 273, 288
Morelli Mackinnon, León José 273, 289, 290
Morelli Mackinnon, María Elisa 286
Morelli Mackinnon, Silvia Inés 34, 273, 290
Morelli Mañé, Jorge 288
Morelli Mautone, Camila 290
Morelli Mautone, Diego 290
Morelli Mautone, Guillermo 290
Morelli Mautone, Valentina 290
Morelli Paseyro, Cecilia 288
Morelli Paseyro, Gabriel 288
Morelli Paseyro, Pablo 288
Morelli Rebagliatti, Graciela 288
Morelli Rebagliatti, Guillermo 288
Morelli Rebagliatti, Luis Eduardo 288
Morelli Richino, Elisa 288
Morelli Richino, Ricardo 288
Morelli Rius, Eduardo 288
Morelli Roubaud, Ana Inés 290
Morelli Roubaud, Carlos 288
Morelli Roubaud, Carolina 290
Morelli Roubaud, Federica 288
Morelli Roubaud, Ignacio 288
Morelli Roubaud, Javier 288
Morelli Roubaud, Juan Bautista 290
Morelli Roubaud, María Florencia 288
Morelli Roubaud, Paula 290
Morelli Roubaud, Rafael 288
Morelli Roubaud, Sebastián 290
Morelli Roubaud, Virginia 288

Morelli Terra, María José 288
Morelli Terra, María Pía 288
Morelli Torreta, María Delia 289
Morelli Veraza, Gabriel 289
Morelli Veraza, Graciana 289
Morelli Veraza, Margarita 289
Morelli Veraza, Mauricio 289
Morelli Veraza, Santiago 289
Morelli Ximénez, Juan Enrique 288
Morelli Ximénez, Patricia 288
Morelli Zampieri, Leone María 22, 23, 24, 225, 285
Morgagni, Giovanni B. 81
Morquio, Luis 9, 10, 13, 15, 16, 27, 63, 77, 78, 133, 177, 183, 195, 278, 281, 295, 336, 346, 351
Mosso, Ángelo 94, 96
Müller, Johannes 81, 210
Muniz, Justino 35, 116
Munthe, Axel 350
Muñoz, Alberto 36
Muñoz, Basilio 36, 44, 46
Muñoz, Basilio (h) 46
Muñoz, Henrique 15
Muñoz, Juan J. 46
Muñoz Romarate, José María 63, 64, 102
Muras, Olga 223
Murguía, Carlos H. 154, 297, 350, 354
Murguía, Juan J. 62
Murguía, Luis G. 306
Murphy, John B. 45, 50, 105, 351, 352
Murray, Jonathan Stephen 94
Mussio Fournier, Juan César 220, 236, 247, 282
Musso, José 74, 79, 80, 84, 87, 89, 175, 292, 293
Mussolini, Benito 52, 66, 170, 171, 321, 322, 323

N

Nägele, Frantz Karl 210
Nageotte, Jean 107
Napoleón III 76
Nario, Alfredo 105, 256
Navarro, Alfredo 10, 13, 15, 16, 42, 215, 265, 305, 343, 346, 351
Necker, Jacques 46
Negrotto, José 77, 78
Newman, N. 208
Niel, Jean Joseph 99
Noble, Viuda de 309, 310
Noël, Bernard 295

O

Oddone, Juan Antonio 17
Oehninger, Carlos 223
Oliveira Botello, Carlos 103
Oliveira, Lecticia 7
Olivera, Félix Ángel 62, 64
Olivera, Regino 43
Olivera Ubios, José 59
O'Neill, Juan M. 304
Oris, Rosendo 44
Ortega y Gasset, José 11, 17
Ortiz, José 306
Osler, William 213
Otamendi Gallego, Pedro 63
Otero Mendoza 63

P

Pablo VI 247
Pacelli, Eugenio (Pío XII) 245, 262
Pacini, Philippo 77
Pacheco de Batlle, Matilde 128, 161
Pacheco, Jorge 132
Padre Pío da Pietrelcina 172, 228, 229, 230, 231, 246
Páez, Señor 309
Paiva, Benigno 63
Paiva, Martiniano J. 62
Pappini, Giovanni 353
Paredes, Ana de 287
París de Oddone, Blanca 17
Paseyro, Ana 288
Paseyro, Tomás 102
Passano, Flia. 64
Pasteur, Louis 27, 32, 60, 67, 68, 69, 72, 75, 76, 77, 90, 251, 302
Pastor, Eduardo 43
Pastori, Flia. 64
Pastoriza, Luis 112

Paysée, Eduardo 62, 63
Paysée, Emilio 63
Paysée, Luis 62
Peixoto, Carlos 157
Pelfort, Conrado 105, 133
Peloso, Flavio 246
Peluffo, Antonio 60
Pena, Carlos María de 73
Pena, Prudencio de 63
Perdomo, Señor 310
Pereira Braga, Pilar 171, 324
Pereira, Graciela 289
Pereira, Lindoro 36, 38, 313
Perey, Carmen 288
Pereyra, Miguel A. 46
Pérez, Ángel 63
Pérez, Generoso 226, 231
Pérez, José D. 63
Pérez, Manuel 63
Pérez Petit, Víctor 13
Pérez, Ramón 62
Pérez Verde, Adolfo Demetrio 286
Pernin, Alfredo 63
Peskelaharing, Willhelm 73
Peter, Charles 201
Pezzi, Cesare 107
Piaggio, Aristeo 48, 168, 223, 281, 344
Piaggio Blanco, Raúl A. 188, 223, 225, 243
Piaggio, Eugenio 15
Piccardo Bolo, María Cecilia 289
Piccardo Bolo, Pablo 289
Piccardo Ferrero, Adriana 289
Piccardo Ferrero, Rosina 289
Piccardo Ferrero, Verónica 289
Piccardo Gelpi, Juan Pablo 289
Piccardo Gelpi, Leticia 289
Piccardo Morelli, Eduardo 289
Piccardo Morelli, Horacio 289
Piccardo Morelli, Juan Bautista 289
Piccardo Morelli, León Mario 289
Piccardo Morelli, Lucía 289
Piccardo Morelli, Rosa 289
Piccardo Pereira, Daniel 289
Piccardo Pereira, Diego 289
Piccardo Pereira, Gabriel 289
Piccardo Ruano, Eduardo 289
Piccardo Sasías, Mariana 289
Piccardo Silvestri, Alfonso 289
Piccardo Silvestri, Rómulo 289
Piffaretti, José 59
Pintos de Malbar, Juana 287
Pintos de Vidal, Isabel 58
Pintos, Lucas 287
Piñeyro del Campo, Luis 41, 42, 110, 304, 307, 310, 311, 312
Piñeyro, José Luis 169
Pío X 245
Pío XI 235, 247, 256, 262
Pío XII 245, 247, 262
Piovene, Alejandro 62, 64, 119
Pirquet, Clemens 214
Pisano, Francisco 62
Ponce de León, Joaquín 62
Ponce de León, José 64
Ponce de León, Luis R. 35, 36, 40, 41, 65, 112, 117, 119, 312, 313, 315, 317
Ponce de León Morelli, Agustina 289
Ponce de León Morelli, Gerónimo 289
Ponce de León Morelli, María Eugenia 289
Ponce de León Morelli, Rodrigo 289
Ponce de León Morelli, Victoria 289
Ponce de León, Rodolfo 289
Ponce de León, Vicente 315
Porter, Roy 60, 79, 84
Potain, Édouard 106
Pou de Lacalle, Julia 8
Pou y Orfila, Juan 10, 13, 16, 235, 247, 260
Pouey, Enrique 10, 15, 16, 35, 62, 63, 68, 77, 90, 303
Praderi, Raúl C. 64, 134
Prat Capurro, Gilberto 169
Prunés, Antonio 62, 73, 79, 292
Pugnalini, José 10, 29, 62, 291
Puig, Felipe L. 63
Pujol, Andrés F. 62, 64, 303
Puppo, Enrique 63
Puppo, Santiago 62
Purriel, Pablo 48, 49, 59, 66, 168, 172, 223, 227, 244, 245, 267, 271, 274, 281, 337, 350

Q

Quagliotti, Juan Natalio 48, 49, 105, 113, 149, 153, 157, 159, 180, 204, 233, 234, 296, 297, 298, 320, 321, 322, 324, 350
Quesada, Eduardo 44
Quesada, Pantaleón 43
Quintana, Julián 63, 112, 117
Quintela, Ernesto 35, 63, 110, 304
Quintela, Manuel 10, 13, 15, 16, 61, 63, 167, 195, 330
Quiroga, Horacio 13, 17

R

Rabougeron 73
Raggio, Víctor 208
Ramasso, José 62
Ramasso, Luis S. 63
Ramírez, José Pedro 43
Ramón y Cajal, Santiago 92, 93, 95, 99, 260, 273
Ramos Suárez, Alejandro 64
Ratti, Ambroggio (Pío XI) 262
Ravecca, Juan 63
Rayer, Pierre 209
Real de Azúa, Carlos 17
Real de Azúa, Encarnación 288
Rebagliatti, Beatriz 288
Rebollada, Fernando 62
Regules, Dardo 58, 163
Regules, Elías 13, 15, 27, 29, 33, 61, 62, 64, 90, 91, 99, 236, 278, 294, 301, 302
Remak, Ernst Julius 107
Repetto, José 63
Reyes, Joaquín 261
Reyes Thèvenet, Alberto 260
Reyles, Carlos 13, 17, 60
Ricaldoni, Américo 9, 10, 13, 16, 23, 25, 27, 29, 47, 48, 60, 62, 102, 122, 175, 258, 260, 278, 282, 285, 297, 330, 331, 333, 334, 335, 346, 351
Ricaldoni Morelli, Américo 285
Ricaldoni Morelli, Julio 285
Ricaldoni Morelli, Roberto 285
Richet, Charles 171, 323
Richino, Elisa 288
Rist, Ernest 171, 324
Rius, Margarita 288
Rivera, Diego 107
Rivera, Pedro 62
Rivero, Camilo C. 62
Rivoire, André 106
Robertson, D. Argyll 178, 208
Robinzek, Edward H. 214
Rocca Pagliata, Joaquín 62
Rodó, José Enrique 13, 17, 60, 130, 134, 244, 247, 348
Rodríguez, Alfredo 63
Rodríguez, Antonio María 63
Rodríguez, Gregorio S. 43
Rodríguez, Isidoro 15, 35, 110, 304
Rodríguez, Juan Antonio 63, 159
Rodríguez, Lauro V. 113
Rodríguez, Lucas 118
Roger, Henri L. 209
Romberg, Moritz H. 210
Romeu, José 54, 113
Rosselló, Ángel 306
Rossello, Héctor J. 103, 105, 304
Rossi, Santín Carlos 122
Rossi, Temístocles 63
Rostand, Edmond 122
Roubaud, Beatriz 288
Roubaud, María Inés 289
Roux, Emile 76, 192
Roxlo, Carlos 13, 35, 40, 46, 48, 54, 56, 65, 66, 112, 277
Ruano, Rafael 64
Rubino, Miguel C. 256
Russell, Dora I. 134

S

Sáenz, Abelardo 48, 354
Sáenz, Gilberto 48, 350, 354
Sáez, Carlos Federico 13
Saint Germain, Bertrand de 193, 195, 208
Salterain, Joaquín de 15, 68, 69, 77, 90, 194, 195, 249, 259

Salvadores, Teresa ... 229
Salvañach, Cristóbal ... 261
Samarán, José ... 35, 62
Sambucetti, Luis ... 13
San Gregorio Magno ... 66
San Juan Bosco ... 234
San Juan de la Cruz ... 244
Sanarelli, José ... 32, 63, 75, 152
Sánchez, Florencio ... 13, 17
Sanguinetti, Antonio ... 63
Sanguinetti, Comisario ... 44
Santos, Máximo ... 68
Saráchaga, Alejandro ... 62
Saravia, Aparicio ... 22, 35, 36, 38, 41, 43, 65, 103, 113, 115, 116, 117, 119, 226, 312, 316, 317
Saravia, Juan B. ... 118
Saravia, Mariano ... 43, 46
Saravia, Nepomuceno ... 44, 46
Saravia, Villanueva ... 43, 316, 318
Sasías, Dima ... 289
Sauerbruch, Ernst F. ... 50, 51, 66, 146, 186
Savini, José ... 62
Savio, Horacio ... 105
Saxlund, María del Carmen ... 290
Sayago, Gumersindo ... 49, 103, 352
Sayé, Luis ... 220, 252
Scanavino, Ricardo ... 62
Scarone, Arturo ... 166
Scoseria, José ... 15, 29, 32, 60, 62, 63, 75, 86, 328, 336
Scremini, Pablo ... 29, 62, 85, 88, 91, 92, 94, 99, 264, 332
Schaudinn, Fritz Richard ... 208
Schiaffino, Rafael ... 100, 264
Schleiden, Matthias ... 93
Schönlein, Johann Lucas ... 77, 210
Schroeder, Ludwig ... 259
Schwann, Theodor ... 93
Segarra, Aurelia R. de ... 303
Segura, Anselmo ... 288
Segura, Germán ... 288
Selman Abraham Waksman ... 214
Semmelweiss, Ignacius F. ... 78
Seré, Juan B. ... 63
Sergent, Etienne ... 341
Serrato, José ... 13
Serratosa, Antonio ... 62, 330
Serruti, Santiago ... 62
Severia, Andrés ... 62
Sicardi, Juan B. ... 63
Silva, Arturo ... 62
Silva, Federico ... 110, 118
Silva, M. F. ... 63
Silvestri, Elisabeth ... 289
Sisto V ... 247
Smith, Juan A. ... 113
Soca, Francisco ... 9, 15, 68, 258, 346, 351
Soiza Larrosa, Augusto ... 7, 118, 119
Solari, Felipe ... 62, 63, 73, 84, 292, 329
Soler, Mariano ... 14, 166, 262
Soneira, Francisco ... 288
Soneira Perey, Arturo ... 288
Soneira Perey, Federico ... 288
Soneira Perey, Lía ... 288
Soneira Villademoros, Arturo ... 288
Sopeña, Luis ... 64
Sosa Oyarzábal, Andrea ... 260
Soto de Otamendi, Zulma ... 59
Soto, Flia. ... 64
Soulié, Pierre ... 107
Souquès, Alexandre A. ... 107
Staton, A. T. ... 79
Stead, W.W. ... 154
Stirling, Alberto ... 62
Sturzo, Luigi D. ... 171, 322
Suárez, Juan B. ... 62
Suárez, Juan Pedro ... 58, 268
Sugenoya, Junishi ... 73
Suñer y Capdevilla, Francisco ... 60
Surraco, Luis E. ... 62
Susviela, Santiago ... 288
Sydenham, Thomas ... 177, 207

T

Takaki, Kanehiro ... 78
Tálice, Rodolfo V. ... 188
Tanzi, Eugenio ... 79, 80
Tarigo, Ernesto ... 133
Tatti ... 103
Tejera, Adolfo ... 59

Terra Algorta, Enrique 288
Terra, Duvimioso 46
Terra, Gabriel 13, 63, 172, 219, 236, 259
Terra Morelli, Eduardo 288
Terra Morelli, Mariana 288
Terra Morelli, Victoria 288
Tommellu, Mirabeau 46
Torres, María de los Milagros de 288
Torret, Mónica 289
Travieso, Carlos 130
Troncoso, Oficial 38, 313
Trotta, Francisco 64
Trousseau, Armand 209
Truc, Henri 146
Tuffier, Théodore M. 146
Turcati 171
Turenne, Augusto 10, 13, 15, 16, 29, 60, 62, 63, 183, 194, 195, 235, 247, 264, 278, 281, 335, 337, 343
Twitchell, Ephrain M. 147

U

Urán, Amelia 7
Uriarte de Herrera, Margarita 56, 245, 246
Uriarte, Flia. 64
Urioste, Hortensia 288
Urioste, José Pedro 64
Urioste, Miguel 288
Uris, Practicante 36

V

Vacza, Alberto J. 63
Vangler, Milton I. 65, 134
Vaquez, Louis H. 22, 103, 104, 106, 147, 171, 205, 211
Varela Acevedo, Julia Elena 324
Varela, José Pedro 325, 329
Vargas, Raúl 62
Varzi, Alfredo 39
Vásquez Acevedo, Alfredo 13, 14, 17, 30, 43, 46, 60, 91, 104, 175, 255, 278, 296, 325, 326, 327, 328, 329, 330
Vaz Ferreira, Carlos 13, 17, 60, 264
Vaz Ferreira, María Eugenia 13, 17
Vázquez, Eduardo 311
Velazco, Francisco 35
Vera, Jacinto 166
Vero, Eduardo 63
Vero, Pascual 15, 62
Viacava, Juan B. 303, 304
Viana, Elisa 288
Viana, Javier de 13, 17, 116, 117, 119
Vidal, Francisco Antonino 15, 278
Vidal y Cuervo, Ángel 62
Vidal y Fuentes, Alfredo 13, 62, 63, 113, 118
Viera, Feliciano 127
Vigil, María Antonia de 287
Vilardebó, Teodoro Miguel 15, 16, 261, 278
Villademoros, Carlos Peláez 287
Villademoros, Cayetano Peláez 286, 287, 288, 290
Villademoros, Francisco Peláez 287
Villademoros, Joseph Peláez 287
Villademoros y Fernández, Dorotea 288
Villademoros y Fernández, Paulina 288
Villalba, Soldado 313
Villalengua, Escribano 43
Villar, José 109, 110
Villasucren, Manuel 63
Vinay 201
Viña, Alberto 58
Viola, Alfredo 229
Virchow, Rudolph 81, 152, 210
Visca, Pedro 9, 15, 16, 25, 27, 60, 61, 78, 83, 84, 90, 257, 258, 277, 278, 282, 283
Vitorio Emanuele (Rey de Italia) 66
Voulminot, Carlos 134
Vukassovich, Lucas J. 63
Vulpian, Alfred 107

W

Walser, Jean 107
Wassermann, August von 208
Wathelet, Marcelo 288
Wathelet Morelli, Carolina 289
Wathelet Morelli, Juan Manuel 289

Wathelet Morelli, María 289
West, Guillermo 63
Wickham 64
Widal, Georges F. 106
Wilms, Max 146
Williams, J. 79
Williman, Claudio 45, 329
Winckler, Max 73
Wolf–Eisner, Alfred 214
Wunderlich, Carl L. 210

X

Ximénez, Martha 288

Y

Yannicelli, Ricardo 222
Yáñez, Hermanos 310
Yáñez y Oribe, Pulpería de 36
Yéregui, Fermín C. de 132
Yersin, Alexandre 192

Z

Zampieri Narni, Umbelina 285
Zeballos, Matías 63
Zeller, Ernst A. von 210
Zorrilla de San Martín, Alejandro 304
Zorrilla de San Martín, José Luis 264
Zorrilla de San Martín, Juan 14, 157
Zunino Nogués, Juan 78
Zurdo y Vega, Francisco 287

ÍNDICE GENERAL

PRÓLOGO 7

INTRODUCCIÓN 9

Capítulo I
LA GENERACIÓN MÉDICA DEL 900 11

Capítulo II
JUAN B. MORELLI (1868–1947)
José León Morelli Mackinnon 19

Capítulo III
DOCENTE E INVESTIGADOR EN BACTERIOLOGÍA 67

Capítulo IV
DOCENTE Y PROMOTOR DEL DIAGNÓSTICO ANATOMOCLÍNICO 81

Capítulo V
DOCENTE E INVESTIGADOR DE FISIOLOGÍA
(1891–1902) 85

Capítulo VI
PROFESOR DE TERAPÉUTICA
Y PROFESOR DE CLÍNICA TERAPÉUTICA (1902–1924) 101

Capítulo VII
JUAN B. MORELLI EN LAS REVOLUCIONES DE 1897 Y 1904
Augusto Soiza Larrosa 109

Capítulo VIII
ENFERMEDAD Y MUERTE DE ANA AMALIA BATLLE PACHECO (1896–1913) 121

Capítulo IX
TRATAMIENTO QUIRÚRGICO DE LA TUBERCULOSIS PULMONAR 135

Capítulo X
ATENTADO EN LA CATEDRAL 155

Capítulo XI
PROFESOR DE CLÍNICA MÉDICA (1924–1937) 167

Capítulo XII
ANÁLISIS DE LA OBRA CIENTÍFICA 173

Capítlo XIII
CREACIÓN DE LA CÁTEDRA Y DEL INSTITUTO DE TISIOLOGÍA 213

Capítulo XIV
MORELLI CATÓLICO 225

Capítulo XV
ACTUACIÓN PARLAMENTARIA 249

Capítulo XVI
HOMENAJES RENDIDOS Y ÚLTIMOS AÑOS DE MORELLI (1937–1957) 263

Capítulo XVII
JUAN B. MORELLI: SEMBLANZA PERSONAL (F. M. G.) 271

Capítulo XVIII
LA FIGURA DE MORELLI EN LA MEDICINA NACIONAL 277

Capítulo XIX
GENEALOGÍA DE LA FAMILIA MORELLI – MACKINNON* 285

Capítulo XX
BIBLIOGRAFÍA 1888 – 1943 291

APÉNDICE DOCUMENTAL 301

1. Del Decano de la Facultad de Medicina, Elías Regules al Rector de la Universidad, solicitando el otorgamiento al Dr. Juan B. Morelli de una placa de oro en reconocimiento a su carrera en la Facultad de Medicina. An. Universidad, (1893), 4:305–307. 301

2. Informe del Dr. Luis P. Lenguas, Director Técnico de la expedición de la Cruz Roja de Señoras Cristianas. El Bien, 25.III.1897. 303

3. Informe de Luis Piñeyro del Campo a la Junta Central de Auxilios presidida por el Dr. Pedro Figari en Agosto de 1904, in: Gutiérrez, Fernando. Tupambaé (1915), 3: 279–292 304

4. Carta de Juan B. Morelli a Luis A. de Herrera. La Democracia, 23.XI. 1904. 312

5. Carta de Luis Ponce de León a Luis A. de Herrera. La Democracia, 27.XI.1904. 315

6. Carta de Juan B. Morelli a Luis A. de Herrera. La Democracia, 7.V.1905. 317

7. El Dr. Juan B. Morelli. Su libertad provisional. El Fiscal Romeo Burgues. Luminosa vista. ¡Qué puntillazo! La Democracia, 17.III.1906 318

8. Morelli, Juan B. El pneumotórax artificial y otras intervenciones quirúrgicas en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar. Prólogo. An. Universidad, 1916–1918, en dos vol., Montevideo, 1918. 318

9. Cartas de Juan B. Morelli a Alberto Mañé desde Europa (24.XII.1924 al 7.IV.1925). 320

10. El rectorado del Doctor Alfredo Vásquez Acevedo. «La Facultad de Enseñanza Secundaria es hija gloriosa del Doctor Vásquez Acevedo».– Un juicio del Doctor Juan B. Morelli, An. Universidad, 1925, 117:21–28 y El País, 5 de Julio de 1925. 325

11. Morelli, Juan B. Elogio de Ricaldoni, An. Fac. Med. Montevideo, (1929), 14: 855–863. 330

12. Turenne, Augusto. Profesor Juan B. Morelli. 50 años de profesorado. 1887–1937. Arch. Urug. Med. Cir. Esp. (1937), 11: 121–123. 335

13. Purriel, Pablo. En homenaje al Profesor Juan B. Morelli, 23 pág. Montevideo, 1943. 337

14. García Pintos, Salvador. Juicio sobre el Dr. J. B. Morelli en la Cámara de Representantes. El Bien Público, 3.I.1948. 345

15. Marino, Uruguay. A diez años de la muerte del Profesor Morelli, s/p, Montevideo, 1958. 348

ÍNDICE ONOMÁSTICO 355

ÍNDICE GENERAL 371

3. Informe de Luis Piñeyro del Campo a la Junta Central de Auxilios presidida por el Dr. Pedro Figari en Agosto de 1904, in: Gutiérrez, Fernando. Tupambaé (1915), 3: 279–292 304

4. Carta de Juan B. Morelli a Luis A. de Herrera. La Democracia, 23.XI. 1904. 312

5. Carta de Luis Ponce de León a Luis A. de Herrera. La Democracia, 27.XI.1904. 315

6. Carta de Juan B. Morelli a Luis A. de Herrera. La Democracia, 7.V.1905. 317

7. El Dr. Juan B. Morelli. Su libertad provisional. El Fiscal Romeo Burgues. Luminosa vista. ¡Qué puntillazo! La Democracia, 17.III.1906 318

8. Morelli, Juan B. El pneumotórax artificial y otras intervenciones quirúrgicas en el tratamiento de la tuberculosis pulmonar. Prólogo. An. Universidad, 1916–1918, en dos vol., Montevideo, 1918. 318

9. Cartas de Juan B. Morelli a Alberto Mañé desde Europa (24.XII.1924 al 7.IV.1925). 320

10. El rectorado del Doctor Alfredo Vásquez Acevedo. «La Facultad de Enseñanza Secundaria es hija gloriosa del Doctor Vásquez Acevedo».– Un juicio del Doctor Juan B. Morelli, An. Universidad, 1925, 117:21–28 y El País, 5 de Julio de 1925. 325

11. Morelli, Juan B. Elogio de Ricaldoni, An. Fac. Med. Montevideo, (1929), 14: 855–863. 330

12. Turenne, Augusto. Profesor Juan B. Morelli. 50 años de profesorado. 1887–1937. Arch. Urug. Med. Cir. Esp. (1937), 11: 121–123. 335

13. Purriel, Pablo. En homenaje al Profesor Juan B. Morelli, 23 pág. Montevideo, 1943. 337

14. García Pintos, Salvador. Juicio sobre el Dr. J. B. Morelli en la Cámara de Representantes. El Bien Público, 3.I.1948. 345

15. Marino, Uruguay. A diez años de la muerte del Profesor Morelli, s/p, Montevideo, 1958. 348

ÍNDICE ONOMÁSTICO 355

ÍNDICE GENERAL 371

La medicina uruguaya después de la generación fundacional que integraron Francisco Antonio Vidal, Gilberto Méndez, Francisco Soca, Joaquín de Salterain y Enrique Pouey contó con la generación que hemos llamado del 900, integrada entre otros por Juan Francisco Canessa, Bernardo Etchepare, Alfonso Lamas, Luis Pedro Lenguas, Juan B. Morelli, Luis Morquio, Alfredo Navarro y Américo Ricaldoni. Cada uno de ellos desarrolló una vertiente clínica ejemplar que los hace ser los iniciadores de disciplinas, escuelas, clínicas diferentes. Uno de ellos no ha merecido hasta hoy un estudio completo de su larga, destacada y original labor: Juan B. Morelli (1868-1947). Es con ese propósito que los autores han elaborado esta detallada biografía, destacando su formación en las ciencias básicas de la medicina (bacteriología, anatomía patológica y fisiología), para luego desarrollar con un espíritu asistencial, docente y de investigación la clínica médica general y luego en particular la tisiología, especialización en la cual ocupa un lugar prominente no solo nacional sino internacional. Su sólida convicción política así como su firme convicción confesional lo hacen un ejemplo de hombre, de talento y de sabio.